

SCOTT TUROW

PRESUNTO

INOCENTE

**"FASCINANTE...
EL SUSPENSE ES IMPLACABLE...
LA OBRA DE UN ESCRITOR
DE GRAN TALENTO."**

THE NEW YORK TIMES



DEBOLSILLO

Annotation

¿Quién mató a Carolyn Polhemus?

La enérgica, fascinante, sensual y ambiciosa ayudante del Fiscal General, Raymond Horgan, ha sido violada y asesinada casi al final de la campaña de su jefe por la reelección. Horgan necesita que el crimen sea esclarecido lo antes posible, y para conseguirlo confía las investigaciones del caso a Rusty Sabich, un reputado miembro de su oficina.

Lo que Horgan desconoce es que, pocos meses antes del asesinato, Carolyn y Rusty eran amantes.

- [PRESUNTO INOCENTE](#)
- [EL AUTOR](#)
 -
- [PRESUNTO INOCENTE \(1987\)](#)
 -
- [INFORME PRELIMINAR](#)
 -
- [PRIMAVERA](#)
 -
 - [CAPÍTULO 1](#)
 - [CAPÍTULO 2](#)
 - [CAPÍTULO 3](#)
 - [CAPÍTULO 4](#)
 - [CAPÍTULO 5](#)
 - [CAPÍTULO 6](#)
 - [CAPÍTULO 7](#)
 - [CAPÍTULO 8](#)
 - [CAPÍTULO 9](#)
 - [CAPÍTULO 10](#)
 - [CAPÍTULO 11](#)
 - [CAPÍTULO 12](#)
 - [CAPÍTULO 13](#)
 - [CAPÍTULO 14](#)

- [CAPÍTULO 15](#)
 - [CAPÍTULO 16](#)
 - [CAPÍTULO 17](#)
 - [VERANO](#)
 -
 - [CAPÍTULO 18](#)
 - [CAPÍTULO 19](#)
 - [CAPÍTULO 20](#)
 - [CAPÍTULO 21](#)
 - [CAPÍTULO 22](#)
 - [CAPÍTULO 23](#)
 - [CAPÍTULO 24](#)
 - [CAPÍTULO 25](#)
 - [CAPÍTULO 26](#)
 - [CAPÍTULO 27](#)
 - [CAPÍTULO 28](#)
 - [CAPÍTULO 29](#)
 - [CAPÍTULO 30](#)
 - [CAPÍTULO 31](#)
 - [CAPÍTULO 32](#)
 - [CAPÍTULO 33](#)
 - [CAPÍTULO 34](#)
 - [CAPÍTULO 35](#)
 - [CAPÍTULO 36](#)
 - [OTOÑO](#)
 -
 - [CAPÍTULO 37](#)
 - [CAPÍTULO 38](#)
 - [CAPÍTULO 39](#)
 - [CAPÍTULO 40](#)
 - [ALEGATO FINAL](#)
 -
 - [notes](#)
 -
 -
 -
-

PRESUNTO INOCENTE

¿Quién mató a Carolyn Polhemus?

La enérgica, fascinante, sensual y ambiciosa ayudante del Fiscal General, Raymond Horgan, ha sido violada y asesinada casi al final de la campaña de su jefe por la reelección. Horgan necesita que el crimen sea esclarecido lo antes posible, y para conseguirlo confía las investigaciones del caso a Rusty Sabich, un reputado miembro de su oficina.

Lo que Horgan desconoce es que, pocos meses antes del asesinato, Carolyn y Rusty eran amantes.

Título Original: *Presumed innocent*

Traductor: Murillo, Eduardo G.

©1987, Turow, Scott

©2006, Debolsillo

Colección: Bestseller, 454/2

ISBN: 9788483460955

Generado con: QualityEbook v0.41

EL AUTOR

Scott Turow es escritor y abogado. Es autor de ocho *best sellers*, incluyendo su primera novela *Presunto inocente* (Debolsillo, 2010) y, más recientemente, *Héroes corrientes* (Mondadori, 2006), así como la novela corta *Punto débil* (Mondadori, 2008), que fue publicada por primera vez por entregas en *The New York Times Sunday Magazine*.

También ha escrito dos libros de ensayo: *One L*, sobre su experiencia como estudiante de derecho, y *Ultimate Punishment*, una reflexión sobre la pena capital.

Desde 1986, Scott Turow es socio de la sede de Chicago del prestigioso bufete de abogados *Sonnenschein, Nath and Rosenthal*, donde se concentra en la defensa criminal de profesionales, dedicando gran parte de su tiempo libre a participar en programas de ayuda legal para desfavorecidos.

Ha sido miembro de numerosas instituciones públicas, incluyendo la Comisión de Illinois sobre la pena capital, instituida en el año 2000 por el gobernador George Ryan para promover la reforma del sistema de la pena capital en Illinois, y fue el presidente de la comisión ética del gobierno del estado de Illinois, creada en 2004 para supervisar a los empleados del gobierno federal.

También fue presidente de la Asociación de Autores, y en la actualidad es miembro del consejo de administración del *Amherst College*.

PRESUNTO INOCENTE (1987)

Para mi madre

INFORME PRELIMINAR

Siempre empiezo así:

—Yo soy el fiscal. Represento al estado. Estoy aquí para presentar las pruebas de un crimen. Juntos considerarán estas pruebas. Ustedes tendrán que deliberar sobre ellas y decidir si ha quedado probada la culpabilidad del acusado. Este hombre...

Y aquí, lo señalo con el dedo.

—Tienes que apuntarle con firmeza, Rusty —me dijo John White el mismo día que comencé a trabajar cuando, después de dejar que el sheriff tomara mis huellas digitales y jurar el cargo ante el juez, me llevó a presenciar el primer juicio con jurado que veía en mi vida. Ned Halsey tenía la palabra y estaba realizando el informe preliminar en representación de nuestra oficina. Y, mientras gesticulaba en la sala, John, con sus maneras campechanas y viriles, y un húmedo olor a alcohol en su aliento, incluso a las diez de la mañana, me susurró mi primera lección. Por entonces, era el ayudante jefe del fiscal general: un irlandés robusto y de cabello canoso y alborotado. Hará de aquello casi doce años, mucho antes de que hubiese concebido siquiera la secreta ambición de ocupar su cargo.

—Si no tienes los redaños suficientes para apuntarle —decía John White—. ¿Cómo vas a esperar que ellos los tengan para condenarle?

Por eso, yo lo señalo con el dedo. Extiendo el brazo, con el índice estirado y busco la mirada del acusado, a la vez que digo:

—Este hombre ha sido acusado.

Él se vuelve, o parpadea, o no muestra ningún signo externo.

Al principio, me quedaba muy preocupado imaginándome cómo se sentiría uno en aquel banquillo, al verse convertido en blanco de todo escrutinio, ardientemente acusado ante todo aquel que tuviera ganas de escuchar; sabiendo que los privilegios más normales de una vida decente: confianza, respeto e incluso libertad, quedaban en suspenso, como una chaqueta depositada en guardarropía, sin saber si le serían devueltos alguna vez. Llegaba a sentir su miedo, su frustración vehemente, su obsesiva escisión.

Ahora, como si se tratara de menas de algún mineral, los aspectos más duros de la obligación y del deber se han sedimentado en mis venas,

desplazando aquellos sentimientos. Tengo un trabajo que realizar. No es que me haya vuelto más insensible, créanme. Pero esto de acusar, juzgar y condenar ha existido siempre. Es una de las grandes ruedas que gira bajo todo aquello que hacemos. Yo cumplo con mi cometido. Soy un funcionario de este sistema nuestro, aceptado universalmente, que se siente capaz de dictaminar lo que está bien y lo que está mal; soy un burócrata de lo justo y de lo injusto. Esto es lo que deberían prohibir y no aquello. Cabría pensar que, después de tantos años de presentar cargos, llevar casos, ver cómo los acusados vienen y van, debería tener las ideas confusas. Pero, por alguna razón, no es así.

Me vuelvo al jurado y les digo:

—Hoy ustedes, todos ustedes, han asumido una de las obligaciones más solemnes que un ciudadano puede adquirir. Su deber es descubrir los hechos, averiguar la verdad. Ya sé que no es una tarea fácil. Puede que existan fallos de memoria, que los recuerdos sean vagos, que los indicios apunten en distintas direcciones. Puede que se vean obligados a juzgar hechos que nadie parece conocer o estar dispuesto a revelar. Si se encontraran en su casa, en su trabajo, en cualquier parte de su mundo cotidiano, tal vez podrían darse por vencidos y negarse a realizar el esfuerzo. Pero aquí no pueden. Aquí tienen el deber de hacerlo. Se ha cometido un crimen. Eso es algo que nadie puede negar. Existe una víctima real, un daño real. No es preciso que nos digan por qué ocurrió. Después de todo, la gente puede guardarse para sí sus motivos hasta el fin de sus días. Pero, al menos, tienen que tratar de averiguar qué es lo que sucedió realmente.

Si no lo logran, nunca sabremos si este hombre merece ser puesto en libertad o castigado. No sabremos a quién culpar. Si no podemos descubrir la verdad, ¿cómo vamos a hacer justicia?

PRIMAVERA

CAPÍTULO 1

—Tendría que sentirme más dolido —dice Raymond Horgan.

En un principio, pienso que se refiere al panegírico que va a pronunciar. Ha estado revisando sus notas otra vez y, en este momento, está poniendo dos hojas de la agenda en el bolsillo interior de su chaqueta de estameña azul. Pero, al observar su expresión, me doy cuenta de que su comentario es de carácter personal. Desde el asiento trasero del Buick oficial, observa a través de la ventanilla el tráfico que se va intensificando a medida que nos aproximamos al South End. Su mirada ha adquirido un aire meditabundo. Observándole, se me ocurre pensar que esta actitud podría haber sido de gran efectividad en los carteles de su campaña electoral de este año: Un Raymond cuyos marcados rasgos apuntan un aire de solemnidad, arrojo y un punto de dolor. Hay algo en él que refleja el aire estoico de esta metrópolis a veces triste, como los sucios ladrillos y los tejados alquitranados de esta parte de la ciudad.

Se ha convertido en un tópico, entre los que trabajamos con Raymond, comentar el mal aspecto que tiene. Hace veinte meses se separó de Ann, su mujer durante treinta años. Ha engordado y tiene una perpetua expresión sombría que sugiere haber alcanzado ese momento de la vida en el que uno se convence de que muchas cosas dolorosas no mejorarán. Hace un año se hacían apuestas a que Raymond no volvería a presentarse, por falta de nervio o de interés, y él esperó hasta cuatro meses antes de las primarias para anunciar finalmente su candidatura. Hay quien dice que fue la adicción al poder y a la vida pública lo que le decidió. Yo creo que su principal estímulo fue el aborrecimiento que siente por su oponente, Nico Della Guardia, quien, hasta el año pasado, era también ayudante del fiscal general de nuestra oficina. Cualesquiera que fuesen sus motivaciones, ha resultado ser una campaña dura. Mientras duró el dinero, utilizaron los servicios de agencias y asesorías de opinión pública. Tres hombres jóvenes, de sexualidad dudosa, tuvieron la última palabra sobre diversas cuestiones, como por ejemplo, la foto de la campaña. Y la imagen de Raymond que recorre la ciudad en la parte trasera de uno de cada cuatro autobuses municipales, tiene una sonrisa persuasiva que pretende ser reflejo de una voluntad tenaz. Según mi opinión, en la foto tiene aspecto de bobo. Es otra señal más de que Raymond ha

desperdiciado oportunidades. Quizás, eso es lo que quiso decir cuando habló de sentirse más dolido, queriendo indicar que los acontecimientos, una vez más, están escapándosele de las manos.

Continúa hablando de la muerte de Carolyn Polhemus, ocurrida tres noches atrás, el primero de abril:

—Es como si no pudiera abarcarlo todo. Por un lado, tengo a Nico, que intenta hacerme pasar por el responsable del asesinato. Por otro, a todos los cretinos del mundo con credenciales de prensa, que quieren saber cuándo vamos a atrapar al asesino. Y las secretarias que lloran en la oficina. Y, para colmo, esa mujer en la que tenemos que pensar. La conocí cuando ella era auxiliar, antes de que acabara sus estudios de derecho. Trabajó a mis órdenes; me gustaba. Una chica lista y sexy. Una abogada como la copa de un pino. Cuando me pongo a pensar en el hecho en sí... me siento hastiado. Pero, ¡Dios!, un imbécil fuerza la puerta de su casa y ¿así acaba su vida?, ¿es ése su adiós definitivo? Una sabandija demente que le rompe el cráneo y se la tira... ¡Dios! —vuelve a decir Raymond—, no puede uno sentirse lo bastante triste.

—Nadie forzó la puerta —digo yo después de un rato. Mi tono tajante me sorprende incluso a mí.

Raymond, que momentáneamente ha centrado su atención en un fajo de papeles que traía de la oficina, vuelve la cabeza y fija en mí sus astutos ojos grises.

—¿De dónde has sacado eso?

Demoro la contestación.

—La pobre mujer fue violada y atada —dice Raymond—. Vamos, que yo no empezaría a investigar entre sus amigos y admiradores.

—No había ventanas rotas —replicó— ni puertas forzadas.

En ese momento, Cody, el policía que, después de treinta años de servicio, pasa sus últimos días en activo conduciendo el coche oficial de Ray, irrumpe en nuestra conversación desde el asiento delantero. Hoy ha estado inusualmente silencioso, ahorrándonos sus acostumbradas evocaciones de los tratos entre maleantes y los robos sustanciosos que presenció en casi todas las calles de la ciudad. A diferencia de lo que le ocurre a Ray, o incluso a mí, él no tiene ninguna dificultad en mostrarse afectado. Parece no haber dormido, lo que da a su semblante un aire de dolor. Mi comentario sobre el estado en que encontraron el apartamento de Carolyn le ha hecho saltar, por alguna razón.

—Había dejado todas las puertas y las ventanas sin cerrar —dice—. Le

gustaba tenerlas así. La tía vivía en el país de las maravillas.

—Yo creo que alguien se las dio de listo —intervengo yo—. Opino que eso nos llevaría por un camino equivocado.

—¡Venga, Rusty! —exclama Raymond—. Estamos buscando a un delincuente. No necesitamos al maldito Sherlock Holmes. No quieras correr más que los detectives. Limítate a bajar la cabeza y a caminar en línea recta... ¿De acuerdo? Atrapa al culpable y así salvarás mi devaluado pellejo —ahora, me sonrío con calor y desparpajo. Quiere que sepa que se está animando. Pero no necesita enfatizarme la importancia de capturar al asesino de Carolyn.

En sus declaraciones sobre esta muerte, Nico se ha mostrado vil, aprovechado e implacable: «El comportamiento laxo del fiscal general, a la hora de hacer cumplir la ley en los últimos doce años, le ha hecho cómplice de los elementos criminales de esta ciudad. Ni tan siquiera los miembros de su propia oficina se encuentran a salvo, como esta tragedia ilustra.» Nico no se ha molestado en explicar cómo el hecho de haber estado trabajando diez años seguidos en esa oficina, encaja con estas supuestas relaciones de Raymond con los fuera de la ley. Pero explicar no es tarea del político. Y además, Nico siempre ha sido un cínico en su vida pública. Esa es una de las cualidades que lo han hecho apto para la carrera política.

Apto o no, Nico tiene todas las probabilidades de perder las primarias, para las que sólo faltan dieciocho días. Desde hace más de una década, Raymond Horgan ha arrasado entre el millón y medio de votantes inscritos en el censo del Condado de Kindle. Este año todavía le queda por obtener la confirmación del partido, pero eso se debe en gran medida a una vieja disidencia con el alcalde. Los asesores de Raymond en estas cuestiones, grupo al que jamás he pertenecido, creen que cuando se hagan públicos los primeros sondeos oficiales dentro de una semana y media, los otros líderes del partido podrán obligar al alcalde a cambiar de criterio, y que Raymond estará a salvo durante otro cuatrienio. En esta ciudad unipartidista, la victoria en las primarias equivale a la elección.

Cody vuelve la cabeza y comenta que es cerca de la una. Ray asiente distraído. Rudy lo toma por una anuencia y palpa bajo el salpicadero para hacer sonar la sirena. Lo hace en dos breves ráfagas, como puntuando el tráfico, pero es suficiente para que coches y camiones se hagan a un lado y el oscuro Buick avance orgullosamente entre ellos. Aquí, el vecindario todavía es marginal. Viejas casas, de paredes de guijarros y porches astillados. Los

niños, de una palidez lechosa, juegan a la pelota y a la comba al borde de la acera. Yo me crié a tres manzanas de aquí, en un piso que estaba sobre la panadería de mi padre. Recuerdo aquel tiempo como años oscuros. Durante el día, mi madre y a veces yo, cuando no iba a la escuela, ayudábamos a mi padre en la tienda. Por la noche, nos encerrábamos en una habitación mientras él bebía. No había más niños. Los actuales vecinos no son muy distintos; todavía hay muchos como mi padre: serbios, como él, ucranianos, italianos, polacos; grupos étnicos que guardan silencio y miran al mundo con ojos pesimistas.

Nos detenemos, inmersos en el intenso tráfico del viernes por la tarde. Cody se ha parado detrás de un autobús que emite sus nocivos humos con un rumor intestinal. En su trasera hay un cartel electoral de Horgan, y un Raymond de metro y medio de ancho mira por encima de nuestras cabezas con la expresión desventurada de un invitado a un debate televisivo o de un presentador de comida enlatada para gatos. Y yo no lo puedo evitar. Raymond es mi futuro y mi pasado. Llevo con él una docena de años; años llenos de auténtica lealtad y admiración. Yo soy su segundo de a bordo y su caída sería la mía. Pero no hay manera de acallar la voz del descontento: tiene sus propios imperativos. Y ahora, de repente, se pone a hablarle a la imagen de allí arriba con un tono firme.

—Bobo —le dice—. Eres un bobo.

Mientras bajamos por la calle Tercera, me doy cuenta de que el funeral se ha convertido en un hecho importante para el departamento de policía. La mayor parte de los coches aparcados son blancos y negros, y hay policías de uniforme por parejas o en tríos paseándose por toda la calle. Matar a un fiscal es casi como matar a un policía. Y, dejando aparte los intereses institucionales, Carolyn tenía muchos amigos en el cuerpo. Como fiscal competente que era, supo crear esos vínculos de lealtad con los policías apreciando la buena labor de éstos e impidiendo que aquélla quedara diluida en los tribunales. Y, desde luego, hay que tener en cuenta también que era una mujer hermosa y de temperamento moderno. Carolyn, todos somos conscientes, caía bien. Ya más cerca de la iglesia, el tráfico está completamente congestionado. Sólo avanzamos unos cuantos metros antes de volver a detenernos, a la espera de que los coches que nos preceden regurgiten a sus pasajeros. Los vehículos de las personalidades, limusinas con matrículas oficiales y los coches de la prensa en busca de sitio para aparcar por los alrededores cierran el paso con indiferencia bovina. Los

corresponsales de los informativos, en particular, no respetan ni la ordenanza local ni las reglas mínimas de educación. La unidad móvil de una de las cadenas de televisión, con su pequeño radar esférico sobre el techo, está aparcada en la acera justo delante de las puertas de roble abiertas de par en par de la capilla. Una nube de informadores aborda a la multitud, como si se tratara de un combate de boxeo profesional, lanzando sus micrófonos a las personalidades que van llegando.

—Después —dice Raymond. Y arremete contra la horda que rodea el coche en cuanto llegamos, por fin, al bordillo. Les explica que va a hacer algunas revelaciones en el elogio fúnebre y que, a la salida, las repetirá para las cámaras. Se detiene un instante para dar una palmada a Stanley Rosenberg, del Canal 5. Stanley, como de costumbre, obtendrá la primicia.

Paul Dry, del despacho del alcalde, se acerca a mí. Su Excelencia, según parece, desea cambiar impresiones con Raymond antes del comienzo del servicio religioso. Paso el mensaje a Horgan tan pronto se libera de los periodistas. Pone cara de pocos amigos, haciendo alarde de poca diplomacia pues, sin duda, Dry ha captado el gesto, y desaparece con él en la oscuridad gótica de la capilla. El alcalde, Augustine Bolcarro, tiene el carácter de un tirano. Hace diez años, cuando Raymond Horgan era la cara de moda de la ciudad, estuvo a punto de arrebatarse el cargo a Bolcarro. Pero sólo a punto. Desde que perdió aquellas elecciones, Raymond ha hecho todos los gestos de lealtad debidos. Pero Bolcarro aún se resiente de sus viejas heridas. Ahora que, por fin, le toca a Raymond superar unas elecciones reñidas, ha declarado que su posición dentro del partido le exige mantener una neutralidad absoluta, influyendo para que el partido demore también su confirmación. Es evidente que disfruta viendo los esfuerzos de Raymond por llegar a buen puerto; aunque, si lo logra, Augie será el primero en felicitarlo y afirmará no haber dudado nunca de su victoria.

En el interior de la iglesia, los bancos ya están casi todos ocupados. En el altar se destaca el féretro rodeado de flores: lirios y dalias blancas, y creo percibir en el ambiente, a pesar de tanta humanidad, un ligero aroma floral. Avanzo saludando con gestos a varios personajes y estrechando manos. Es una reunión de peces gordos. Han acudido todos los políticos de la ciudad y del condado. La mayoría de los magistrados y los abogados más brillantes están presentes. Una serie de grupos izquierdistas y feministas con los que, en ciertos períodos, Carolyn estuvo alineada, también están representados. Como la ocasión requiere, la charla se desarrolla en voz baja. Las expresiones

de condolencia y conmoción son sinceras.

Me topo con Della Guardia, que está también trabajándose al personal.

—Nico —le doy la mano. Lleva una flor en la solapa, costumbre que ha adquirido al hacerse candidato. Me pregunta por mi mujer y mi hijo y, antes de que pueda contestarle, empieza a hablar de la muerte de Carolyn, adoptando un tono moderadamente trágico.

—Ella... —da vueltas con la mano buscando la palabra adecuada. Me doy cuenta de que nuestro rutilante candidato a fiscal general tiene aspiraciones poéticas e intervengo.

—Ella era magnífica —y al decirlo, quedo momentáneamente atónito ante este súbito impulso sentimental y la fuerza y rapidez con que se ha abierto camino desde algún recóndito refugio interior.

—«Magnífica.» Eso es. Muy bien —Nico asiente y su rostro se ilumina por un instante. Yo, que lo conozco muy bien, sé que cree haber encontrado un pensamiento del que puede aprovecharse—. Supongo que Raymond os estará exigiendo el máximo en este caso.

—Raymond Horgan lo exige siempre. Eso ya lo sabes tú.

—¡Vaya, vaya! Yo creí que tú eras apolítico. Estás citando frases de Raymond.

—Son mejores que las tuyas, Delay¹.

Nico adquirió ese sobrenombre cuando ambos éramos jóvenes ayudantes de la oficina del fiscal general, adscritos a la sección de apelaciones. Nico jamás presentaba un informe a tiempo. John White, el antiguo ayudante jefe, lo llamaba el Inevitable Delay Guardia.

—¡Oye! —exclama—. ¿No estaréis enfadados conmigo por lo que he dicho, verdad? Porque lo pienso de veras. Creo que para que sea efectiva una ley, tiene que hacerse cumplir desde arriba. Es la verdad. Ray es un blando. Está cansado. No le quedan fuerzas para mantenerse firme.

Conocí a Nico hará una docena de años, el mismo día que empecé a trabajar como ayudante del fiscal, cuando nos asignaron el mismo despacho a los dos. Once años más tarde, yo era el ayudante jefe y él, el responsable máximo de la sección de homicidios. Y yo le despedí. Ya había empezado a intentar desbancar abiertamente a Raymond. Hubo un caso de un médico clandestino, un abortista, a quien Nico quería acusar de asesinato. Su pretensión no tenía ninguna base legal, pero excitaba las pasiones de varios grupos de presión cuyo apoyo buscaba. Hizo circular historias noticiosas sobre sus desacuerdos con Raymond y presentó ante el tribunal argumentos,

siempre respaldados por abundante cobertura de prensa, que eran simples panfletos electoralistas. Raymond dejó en mis manos el acto final. Una mañana, fui a los almacenes K-Mart y compré el par de playeras más barato que encontré. Las dejé sobre la mesa del despacho de Nico con una nota: «Adiós. Buena suerte. Rusty.»

Siempre supe que la pugna electoral le sentaría bien. Tiene buen aspecto. Nico Della Guardia rondará los cuarenta, es de estatura media y de una pulcritud fastidiosa. Siempre ha estado preocupado por su peso y, desde que lo conozco, come carnes a la plancha y cosas por el estilo.

Aunque su piel tiene imperfecciones y su color es peculiar: pelo rojo, tez verduzca y ojos claros, son detalles que no captan las cámaras de televisión, ni se aprecian tampoco en una sala de juicios. Con cierta unanimidad, se le considera bien parecido. Siempre ha vestido impecablemente; incluso cuando eso requería la mitad de su paga, sus trajes fueron siempre de sastre.

Pero dejando a un lado su buena apariencia, el rasgo más atractivo de Nico ha sido siempre esa sinceridad suya, descarada e indiscriminada, de la que está haciendo gala ahora, al recitar sin ningún pudor los puntos de su plataforma política mientras conversa, en medio de un funeral, con el principal ayudante de su oponente. Después de doce años, incluidos los dos durante los cuales compartimos el mismo despacho, he llegado a darme cuenta de que Nico puede evocar en cualquier momento esa fe en sí mismo, tan entusiasta e irreflexiva. La mañana en que le despedí, hace nueve meses, pasó por mi despacho camino de la calle, resplandeciente como un sol de mayo y me dijo sencillamente: «Volveré».

Intento desilusionar a Nico.

—Es demasiado tarde, Delay. Le he prometido mi voto a Raymond Horgan.

Le cuesta un tiempo captar la gracia, pero cuando lo hace quiere seguirla. Empezamos a jugar a una especie de tira y afloja, basado en las debilidades del otro. Nico admite que le falta dinero para su campaña, pero alardea del apoyo implícito que le brinda el arzobispo: «capital moral».

—En eso somos fuertes —dice—. De verdad. Ahí es donde vamos a captar votos. La gente ya ha olvidado por qué votó a Raymond «Derechos civiles». Para ellos, no es más que una mancha difusa. Un borrón. Mi mensaje es fuerte y claro.

La confianza de Nico es radiante como siempre que habla de sí mismo. Se me acerca un poco y baja la voz.

—¿Sabes qué era lo que me preocupaba? ¿Sabes a quién me hubiera costado vencer? A ti.

Se me escapa una carcajada, pero Nico continúa:

—Me sentí aliviado. Te estoy diciendo la verdad. Respiré cuando Raymond anunció su candidatura. Lo estaba viendo venir: Raymond celebra una gran conferencia de prensa en la que anuncia su próximo cese, pero aprovecha la ocasión para proponer a su primer ayudante como candidato. Los medios de comunicación adorarían a Rusty Sabich. Un tipo apolítico. Un fiscal profesional. Estable. Maduro. Un tipo en quien todo el mundo puede confiar. El que acabó con los Santos de la Noche. Todo eso lo doraría la prensa al máximo y Raymond conseguiría que Bolcarro te respaldara. Tú sí habrías resultado duro de vencer. Muy duro.

—Ridículo —comento yo, como si escenas similares no se me hubieran aparecido en la imaginación un centenar de veces durante el último año.

—Eres un personaje. De verdad, Delay —le digo—. Divide y vencerás, ¿eh? Tú nunca te amilanas.

—Oye, escucha —replica él—, pero si yo soy uno de tus verdaderos admiradores. No te guardo rencor —se toca la camisa por encima del chaleco—. Esa es una de las pocas cosas que va a seguir como está cuando llegué yo. Tú seguirás sentado en la oficina del ayudante jefe.

Yo le digo afablemente que eso no hay quien se lo crea.

—Tú nunca serás fiscal general. Y, si lo fueras, Tommy Molto sería tu hombre. Todo el mundo sabe que estás escondiendo a Tommy.

Tommy Molto es el mejor amigo de Nico, su antiguo segundo en la sección de homicidios. No ha aparecido por la oficina en los últimos tres días. No ha ido a trabajar y su mesa está vacía. La opinión general es que la semana que viene, cuando el furor por la muerte de Carolyn se haya enfriado un poco, Nico convocará a la prensa para anunciar que Tommy se ha unido a su campaña. Con ello, conseguirá de nuevo salir en los titulares: «Desilusionado ayudante de Horgan apoya a Nico.» Raymond monta en cólera cada vez que se menciona el nombre de Tommy.

—¿Molto? —pregunta Nico. No me convence su mirada inocente, pero no tengo la oportunidad de contestar.

Ante el facistol, el reverendo solicita a los asistentes que ocupen sus asientos. Sonríe afectadamente a Della Guardia en señal de despedida y empiezo a abrirme paso hacia las primeras filas, donde se supone que debemos sentarnos Raymond y yo en calidad de representantes de la oficina.

Pero, mientras avanzo saludando con discretos gestos a los conocidos, siento aún en mí todo el calor de la enérgica confianza de Nico. Me siento como cuando se entra en algún interior, deslumbrado por la luz del día: esa comezón en la piel, aún sensible al tacto. En ese momento, cuando por primera vez puedo ver claramente el ataúd de color plomo, me asalta la idea de que Nico Della Guardia podría ganar. Me lo anuncia una vocecilla oculta en mi interior que, apenas audible, como una conciencia quejumbrosa, me dice lo que no quiero oír. A pesar de no merecerlo, de estar poco cualificado, de tener el alma de un pigmeo, podría ser lanzado como un meteoro hacia el triunfo. Aquí, en la región de los muertos, no puedo dejar de reconocer el atractivo carnal de su vitalidad y lo lejos que ésta ha de llevarle.

De acuerdo con el carácter público de la ocasión, se han dispuesto junto al féretro de Carolyn dos filas de sillas de tijera, ocupadas en su mayor parte por las personalidades de rigor. La única presencia que llama la atención es la de un chico, que tendrá cerca de veinte años, sentado al lado del alcalde, justo a los pies del ataúd. Tiene el pelo rojizo, mal cortado, y el nudo de la corbata tan prieto que le alza el cuello de su camisa de rayón. «Será un sobrino», decido yo, un tanto sorprendido, «quizás un primo. Desde luego, un familiar». La familia de Carolyn, según la idea que yo tengo, son todos del este, donde ella quiso dejarlos, hace ya muchos años. A su lado, hay más funcionarios de la alcaldía de los debidos y me encuentro con que no tengo sitio junto a Horgan en la primera fila. Mientras me coloco en la de detrás, Raymond se gira hacia mí. Por lo visto, ha observado mi charla con Della Guardia.

—¿Qué tenía que contarte Delay?

—Nada. Caca de la vaca. Se está quedando sin dinero.

—Y, ¿quién no? —pregunta Raymond.

Me intereso por su conferencia con el alcalde y Horgan pone caras raras.

—Quería darme un consejo en privado, que quedara entre él y yo, porque no quiere que parezca que toma partido. Cree que aumentaría mucho mis posibilidades si arrestáramos al asesino de Carolyn antes del día de la elección. ¿Puedes creer semejante majadería? Y lo dice tan serio que no puedo dejarle plantado. Está disfrutando como un loco con este asunto. Míralo —indica con un gesto—. El plañidero mayor.

Como es habitual, tratándose de Bolcarro, Raymond es incapaz de mostrarse comedido. Miro a nuestro alrededor, esperando que no nos hayan oído, y señalo con la cabeza al joven sentado al lado del alcalde.

—¿Quién es el chico? —pregunto.

Me parece no haber oído bien su respuesta, así que me acerco y Raymond pega su rostro a mi oído.

—Su hijo —repite.

Me enderezo bruscamente.

—Creció con su padre en Nueva Jersey —añade Raymond— y después vino aquí para estudiar. Está en la universidad.

La sorpresa me aturde. Murmuro algo a Raymond y me dirijo a mi silla, situada al final de la fila entre dos voluminosos arreglos florales sobre sendos pedestales. Por un instante, creo haberme recobrado del sobresalto; pero, cuando el órgano se pone a sonar inesperadamente a mis espaldas y el reverendo pronuncia sus primeras palabras, el estupor me embarga, cala profundamente en mi interior y se convierte en la herida infectada de dolor real. Yo no lo sabía. Siento una especie de trémula perplejidad. Es increíble que guardara para ella un hecho así. Lo del marido, hace tiempo que lo sospechaba, pero jamás mencionó que tuviera un hijo y mucho menos uno tan cercano. Tengo que reprimir las ganas de marcharme inmediatamente, de arrancarme de esta oscuridad teatral y disfrutar del efecto benéfico de la luz intensa. Haciendo un esfuerzo de voluntad me obligo a mí mismo al cabo de unos instantes a volver al presente.

Raymond ha ocupado el atril, sin presentación previa. Antes han hablado brevemente el reverendo, señor Hiller, y Rita Worth, de la Asociación de Mujeres Abogadas, pero ahora un repentino aire grave y portentoso invade el lugar, una corriente capaz de arrancarme de mi pena y de mi ensimismamiento. Los cientos de personas aquí congregadas enmudecen. Ray Horgan no ha sido nunca un político, pero es un consumado hombre público, un orador, una presencia. Más calvo, más recio, allí de pie con su elegante traje azul, irradia su angustia y su poder como la luz de un faro.

Sus comentarios son anecdóticos. Relata cómo contrató a Carolyn a pesar de las objeciones de otros fiscales de carácter más duro, que consideraban a los auxiliares de vigilancia casi como meros asistentes sociales. Elogia su firmeza y su tenacidad. Recuerda sus éxitos profesionales, su actitud desafiante ante algunos jueces y las reglas arcaicas que a ella le gustaba infringir. Contadas por Raymond, estas historias contienen un sentido conmovedor, una dulce añoranza de Carolyn y todo su valor perdido. Realmente, Raymond no tiene igual en unas circunstancias y ante una audiencia semejantes, cuando se trata de hablar sin otra pretensión que

transmitir sus creencias y sentimientos.

Yo, sin embargo, no logro recuperarme de la conmoción sufrida momentos antes. Siento que la ofensa, el estupor, la punzante fuerza de las palabras de Raymond, mi profunda, mi indecible pena me embargan hasta límites intolerables, amenazando con hacerme perder la compostura que desesperadamente trato de mantener. Llego a un pacto conmigo mismo: no iré al entierro. Hay cosas que hacer en la oficina y estaremos sobradamente representados. Las secretarias y los empleados, las ancianas damas que siempre criticaron el comportamiento de Carolyn y ahora lloran en los primeros bancos estarán allí presentes, en apretada fila, junto a la fosa, desahogando en lágrimas otra de las muchas desolaciones que la vida depara. Dejaré que ellos presencien su desaparición bajo la tierra.

Raymond concluye. Su impresionante intervención, presenciada por muchos de los que le consideran asediado, provoca una palpable conmoción en el auditorio. Él se retira a su asiento. El reverendo empieza a referir los detalles del sepelio, pero yo no le presto atención. Estoy decidido a volver a la oficina. Cumpliendo los deseos de Raymond, seguiré buscando al asesino de Carolyn. No creo que a nadie le importe, y menos aún a Carolyn. Ya le he presentado mis respetos. Demasiado, diría ella. Demasiadas veces. Tanto ella como yo sabemos que ya están dichos mis lamentos por Carolyn Polhemus.

CAPÍTULO 2

La oficina tiene el aire extraño que provocan las calamidades: las cosas parecen estar fuera de lugar; los vestíbulos vacíos; los teléfonos que repican en monótona sucesión. Dos secretarias, las únicas que se han quedado, corren de aquí para allá pidiendo paciencia a los que llaman.

Hasta en sus mejores momentos, la oficina del fiscal general del Condado de Kindle tiene un aspecto tétrico. La mayoría de los ayudantes tienen que compartir sus despachos. Y ahí tienen que trabajar, en un espacio de estrecheces dickensianas. El edificio del Condado se construyó en 1897, en el naciente estilo institucional de fábricas y de colegios. Es un bloque macizo de ladrillo rojo, adornado con unas cuantas columnas dóricas para que se sepa que aquello es un edificio oficial. En el interior, las puertas tienen montantes y las ventanas, unos austeros marcos de madera. Las paredes están pintadas de un color musgoso, verde-hospital. Lo peor de todo es la luz: una especie de amarillo desvaído como de goma-laca pasada. Pues bien, aquí estamos: doscientos individuos acosados, tratando de hacer frente a todos los crímenes que se cometen en una ciudad de un millón de habitantes y en el resto del condado, donde residen dos millones más. En verano trabajamos en medio de una humedad selvática, mientras el entrechocar de las viejas contraventanas se superpone al clamor constante de los teléfonos. En invierno los radiadores escupen y se lamentan en medio de una semipenumbra que parece impedir la entrada a la luz del día. Así es la justicia en el Medio Oeste.

Lipranzer me está esperando sentado en mi oficina, oculto tras la puerta como el malo de una película del Oeste.

—Tranquilo como un cementerio ¿eh? —son sus primeras palabras. Hago un comentario acerca de su sensibilidad, mientras echo mi abrigo sobre una silla.

—Y a propósito, ¿dónde estabas tú? Todos los polis con más de cinco años de servicio estaban allí.

—Yo no voy a funerales.

Decido que algún significado tendrá el que los detectives de homicidios, en general, sientan tan poca afición por los funerales, pero no logro establecer la relación y dejo que la idea se pierda. La vida en el trabajo: muchos signos en el oscuro mundo de los significados me eluden al cabo del día; son

sombras que chocan con la superficie como criaturas meteóricas.

Me atengo a lo presente. Hay dos cosas sobre mi mesa: una nota de Mac Dougall, la ayudante jefe de administración, y un sobre dejado allí por Lipranzer. La nota de Mac dice solamente: «¿Dónde está Tommy Molto?» Se me ocurre pensar que, con todas nuestras sospechas de intriga política, podríamos estar ignorando lo más obvio; alguien debería comprobar los hospitales y el apartamento de Tommy. Después de todo, ya ha muerto un ayudante del fiscal. Ese es el motivo del sobre de Lipranzer, cuya etiqueta, mecanografiada en los laboratorios de la policía, dice: «Agresor: Desconocido. Víctima: C. Polhemus.»

—¿Sabías que nuestra difunta deja un heredero? —pregunto, mientras busco un abrecartas.

—¡No jodas! —dice Lip.

—Un chico. De unos dieciocho o veinte años. Estaba en el funeral.

—¡No jodas! —vuelve a decir Lip, observando su cigarrillo—. Uno se imagina que si algo bueno tienen los funerales es que no habrá sorpresas.

—Uno de nosotros debería ir a hablar con el chico. Estudia en la universidad.

—Dame la dirección y yo iré. «Haz cualquier cosa que te pidan los tíos de Horgan.» La letanía de Morano, que me ha vuelto a repetir esta mañana —Morano es el jefe de policía, un aliado de Bolcarro—. Está esperando ver a Raymond caerse de culo.

—Él y Nico. Me encontré con Delay —le cuento nuestra entrevista—. La verdad es que tiene la moral muy alta. Ha estado a punto de convencerme.

—Va a hacérselo mejor de lo que muchos creen. Y entonces te tirarás de los pelos por no haberte presentado tú.

Hago un gesto: «¿quién sabe?». Ante Lip, no tengo que andarme con miramientos. Como preparativo de la quincuagésima reunión de antiguos alumnos, recibí un cuestionario con una serie de preguntas personales que encontré muy difíciles de contestar: «¿Qué personaje de la historia americana contemporánea admiras más?, ¿cuál es tu posesión material más importante?, di quién es tu mejor amigo y descríbelo.» Concretamente esta última pregunta me desconcertó durante cierto tiempo. Pero, al final, apunté el nombre de Lipranzer. «Mi mejor amigo», escribí, «es un policía. Mide un metro setenta, pesa sesenta kilos después de comer, lleva un peinado muy gracioso y tiene un remoto aspecto de vicioso de poca monta, como el de esos chiquillos que se ven vagando por las calles. Fuma dos paquetes de Camel al

día. No tenemos nada en común, pero lo admiro. Hace muy bien su trabajo.»

Me topé por primera vez con Lip hará unos siete u ocho años en la sección de crímenes violentos, a la que fui inicialmente destinado. El empezaba entonces a trabajar en homicidios. Hemos colaborado en una docena de casos desde entonces. Pero aún hay un rasgo de su personalidad que considero un misterio, incluso un peligro. Lipranzer ha sido policía toda su vida adulta. Su padre fue jefe de vigilancia de un distrito del West End y cuando su viejo murió, Lip dejó los estudios para ocupar una plaza que le llegaba por una especie de derecho de primogenitura departamental. Ahora, le han colocado a dedo en la oficina del fiscal general, como comando especial, que así se llama. Teóricamente su trabajo consiste en servir de enlace con la policía, coordinando las operaciones de investigación criminal de interés particular para nuestra oficina. En la práctica, está más solo que una estrella fugaz. Informa al capitán Schmidt, a quien lo único que le importa es tener dieciséis convictos de homicidio al final de cada ejercicio anual. Pasa la mayor parte del tiempo solo, por la calle, en bares o en muelles de carga, bebiendo con cualquiera que pueda proporcionarle una buena información: gánsteres, periodistas, maricas, agentes federales, cualquiera que pueda mantenerle al tanto del mundo de los «malos de *calité*». Lipranzer es un erudito de los bajos fondos. Con el tiempo, he llegado a comprender que el extraño peso de toda esa información es la causa de su aspecto peculiar, mohíno y pitañoso.

Aún tengo el sobre en la mano.

—Y, ¿qué hay aquí? —le pregunto.

—El informe del forense. La hoja tres. Un montón de fotos de una mujer desnuda, muerta. —La hoja tres es la copia para el fiscal de los atestados que redactan los oficiales de policía. Ya he hablado con ellos personalmente. Paso al dictamen del patólogo forense. El doctor Kumagai. Es un japonesillo de extraña apariencia que parece sacado de un pasquín de los años cuarenta. Le llamamos Sin-Dolor. Es un profesional con muy mala fama. Ningún fiscal le cita a testificar sin antes tocar madera.

—Y ¿cuál es el resultado? ¿Fluidos masculinos en todos los agujeros?

—Sólo en el principal. La señora murió de hemorragia craneal provocada por fractura. Las fotos podrían dar la sensación de que fue estrangulada, pero Sin-Dolor dice que había aire en sus pulmones. El tío debió golpearla con algún chisme. Sin-Dolor no tiene ni idea de qué pudo ser. Pero, desde luego, algo pesado y muy duro.

—Supongo que ya hemos buscado el arma homicida en el apartamento.

—Se puso todo patas arriba.

—¿No faltaba nada que llamara la atención? ¿Candelabros o pisapapeles?

—Nada. Mandé a tres equipos distintos.

—Así que —digo— nuestro hombre llegó preparado para sacudir un estacazo.

—Podría ser. O quizá, se llevó el chisme. No estoy tan seguro de que viniera preparado. Parece que le atizó para someterla y no se enteró de que se la había cargado. Supongo yo, ya lo verás cuando mires las fotos, que por la forma en que están atadas las cuerdas, es que el tío se metió entre sus piernas para que su peso la estrangulara. Son todos nudos corredizos. O sea —concluye Lipranzer— que quiso follársela hasta la muerte, o algo así.

—Encantador —comento.

—Del todo —dice Lip—. Un tipo encantador de verdad.

Ambos nos quedamos callados por unos instantes.

—No encontramos cardenales en los brazos ni en las manos. Nada —sigue diciendo Lip—. Eso podría significar que no hubo lucha antes de que la atara. La contusión está detrás, a la derecha. Debe ser que la golpeó desde atrás y luego la ató. Sólo que resulta extraño que la dejara seca al principio. A la mayoría de estos canallas les gusta que su víctima se entere de lo que le hacen.

Yo alzo los hombros. No estoy tan seguro de que sea así.

Las fotos son lo primero que sale del sobre: instantáneas a todo color. Carolyn en un antiguo almacén a la orilla del río cuyos pisos superiores se habían transformado en apartamentos. En el interior de la casa, los distintos ambientes estaban divididos por medio de biombos chinos y tapices ligeros. Sus gustos eran más bien modernos, con algunos toques clásicos y antiguos. Fue asesinada en el espacio que queda delante de la cocina usado como cuarto de estar. La primera foto es una vista general de este área: el grueso cristal de canto verde de la mesita auxiliar se ha caído de su base metálica y un módulo del sofá está patas arriba, pero, en general, estoy de acuerdo con Lip en que hay menos signos de violencia de los habituales en estos casos. Sobre todo, si uno no tiene en cuenta la mancha de sangre que ha empapado la fibra de la alfombra de flotaki, formando una especie de nube oscura y algodonosa. Aparto la mirada. No me siento aún con fuerzas suficientes para soportar las fotos del cadáver.

—¿Qué más dice Sin-Dolor? —pregunto.

—Palos de ciego.

—¿Como cuál?

—Sí. Esto te va a gustar —Lipranzer pone todo su empeño en repetir el análisis de Kumagai sobre el resto de esperma encontrado.

Había muy poco en los labios de la vulva, lo que quiere decir que Carolyn no pudo pasar mucho tiempo de pie después del contacto sexual. Es otra manera de demostrar que violación y muerte ocurrieron casi simultáneamente. El uno de abril, ella había salido de la oficina un poco después de las siete. Kumagai establece el momento del fallecimiento alrededor de las nueve.

—Es decir, doce horas antes de que el cuerpo fuese encontrado —calcula Lip—. Sin-Dolor dice que en ese tiempo, normalmente, pueden verse con ayuda del microscopio los bichitos del tío remontando las trompas y las entrañas de la tía. Pero, en cambio, los de este tío estaban todos muertos. No ha encontrado ninguno en ningún sitio. Sin-Dolor supone que el tío es estéril —Lip pronuncia esta palabra como si rimara con buril—. Dice que uno se puede quedar así de haber tenido paperas.

—De modo que ¿estamos buscando a un violador sin hijos y que haya pasado las paperas?

Lipranzer se encoge de hombros.

—Sin-Dolor dice que va a coger una muestra de semen y va a mandarla al laboratorio. Quizá le den otra versión.

Gruño un poco ante la posibilidad de que Sin-Dolor explore los reinos de la química superior.

—¿Es que no podemos conseguir un patólogo decente?

Lip se sonríe:

—Ya tenemos a Sin-Dolor —dice inocentemente.

Gruño de nuevo y hojeo algunas páginas más del informe de Kumagai.

—¿Hay secreciones? —pregunto. Los humanos no sólo nos distinguimos por nuestros grupos sanguíneos, sino también por si segregamos o no agentes identificadores en nuestros fluidos corporales.

Lip me coge el informe.

—Sí.

—¿Tipo sanguíneo?

—A.

—¿A? —digo yo—. El mío.

—Ya lo había pensado —comenta Lip—, pero tú tienes un hijo.

Vuelvo a hacer un comentario sobre su sentimentalismo. Sin molestarse en contestarme, Lipranzer enciende otro cigarrillo y niega con la cabeza.

—No acabo de entenderlo —dice—. Todo este maldito asunto es demasiado extraño. Algo se nos escapa.

Así que empezamos otra vez el juego favorito de todo investigador: quién y por qué. Desde un principio, la sospecha número uno de Lipranzer ha sido que el asesino es alguien a quien Carolyn mandó a la cárcel. Esta es la terrible obsesión de cualquier fiscal: la largamente acariciada venganza de alguno de los dipsómanos a quienes metió entre rejas. Al poco de destinarme a la sección de juicios con tribunal, un joven, como dirían los periódicos, que respondía al nombre de Pancho Mercato, se sintió ofendido por mis conclusiones definitivas en las que yo cuestionaba la virilidad de alguien que se gana la vida asaltando a mano armada a personas de más de setenta años de edad. Pancho, con sus casi dos metros y más de ciento veinte kilos de peso, saltó del banquillo y, como una exhalación, me persiguió por todo el Palacio de Justicia antes de que, en el refectorio del fiscal general, Mac Dougall le dejara seco, inválida y todo como estaba. El asunto acabó en la página tres del *Tribune* con unos titulares un tanto ofensivos: «Aterrorizado fiscal, salvado por una inválida.» O algo así. A Barbara, mi mujer, le gusta referirse a este suceso como mi primer caso famoso.

El trabajo de Carolyn la obligaba a enfrentarse con tipos aún más extraños que Pancho. Durante varios años, llevó la sección que entre nosotros se conoce como de Violaciones, nombre que ya da una idea bastante aproximada del tipo de casos que en ella se atienden. Si bien allí llegan también casi todas las formas de abusos sexuales, incluidos asaltos a menores o casos como el que ahora recuerdo, en el que un *ménage a trois* de hombres no transcurrió de la forma bonancible que sus protagonistas esperaban y el principal testigo del ministerio fiscal acabó con una bombilla en el recto. La hipótesis de Lipranzer es, de momento, que uno de los violadores a los que Carolyn procesó quiso vengarse. Y así acordamos revisar la lista de casos pendientes de Carolyn para comprobar si alguien, a quien ella llevara ante los tribunales o simplemente investigara, había cometido un crimen parecido al que había tenido lugar hacía tres noches. De manera que quedo encargado de revisar los informes del despacho de Carolyn. Por otra parte, las agencias públicas de investigación llevan un registro informatizado de todos los convictos por crímenes sexuales. Lip se encargará de revisarlos, para

comprobar si hay algo relacionado con el nombre de Carolyn o con el habilidoso de las cuerdas.

—¿Qué tenemos hasta ahora?

Lip empieza a hacer recuento de todos los pasos dados hasta ahora: se visitó a todos los vecinos al día siguiente del asesinato, pero esas entrevistas se hicieron probablemente con demasiada premura. Lip se ocupará de que los de homicidios vuelvan a pasar, casa por casa, por toda la manzana, pero esta vez por la tarde para hablar con aquellos vecinos que suelen estar en sus hogares a la hora en que se produjo el asesinato.

—Una señora dijo haber visto a un tipo con un impermeable en las escaleras —señala Lip, consultando su cuaderno de apuntes—. La señora Krapotnik. La cara le resultaba familiar, pero no cree que viviera allí.

—Los de «Pelo y Fibras» llegaron allí primero, ¿verdad? —le pregunto—. ¿Cuándo tendremos su informe? —Estos tipos son encargados de la grotesca tarea de limpiar el cadáver con aspirador y escudriñar la escena del crimen para después examinar con microscopio cualquier rastro de material descubierto. A menudo identifican cabellos o tejidos del vestido del criminal.

—¡Uy! Eso tardará una semana, por lo menos. Diez días —dice Lip—. Intentarán sacar algo de la cuerda.

Otra cosa interesante que me dice es que han tomado infinidad de muestras de las pelusillas de polvo. Hay unos cuantos cabellos, pero no tantos como se encontrarían si hubiera habido una lucha.

—¿Y huellas?

—Hicieron un barrido por todo el lugar.

—¿También de esta mesa de cristal? —se la señalo a Lip en la foto.

—Sí.

—¿Consiguieron alguna huella?

—Sí.

—¿Informe?

—Preliminar.

—¿De quién eran las huellas?

—De Carolyn Polhemus.

—Fantástico.

—No está todo perdido —dice Lip. Coge la foto y señala—. ¿Ves este bar de aquí? ¿Ves el vaso? —hay un vaso alto, de whisky, en medio de la barra—. Tiene huellas. Tres dedos, y las huellas no son de la difunta.

—¿Alguna idea sobre el posible propietario?

—No. Identificación dice que dentro de tres semanas. Tienen mucho atasco.

La División de Identificación del departamento de policía tiene archivados en sus ordenadores a todas las personas que han sido fichadas, se clasifican dedo a dedo por lo que se denominan puntos de comparación; las arrugas de una huella dactilar forman valles y lomas a las que se asigna un valor numérico. En los viejos tiempos no se podía identificar una huella desconocida a no ser que el sujeto hubiera dejado los diez dedos impresos, lo cual permitía al Departamento de Identificación buscar en el catálogo existente. Ahora, en plena era de los ordenadores, la búsqueda y comparación se pueden hacer automáticamente. Un aparato de rayo láser estudia la huella y la compara con todas las que están registradas en la memoria. El proceso sólo requiere unos minutos pero, debido a las limitaciones presupuestarias, el departamento todavía no dispone de todo el equipo y, en algunos casos especiales, tiene que pedir prestadas piezas a la policía estatal.

—Les he pedido que se dieran prisa, pero me sueltan que si el algoritmo, que si el programa y no sé qué mierdas más. Una llamada del fiscal general sería realmente útil. Diles que las comparen con cualquier fichado del Condado. Cualquier pringado del que haya ficha.

Tomo nota mentalmente.

—Y también necesitamos los informes de la Telefónica —dice Lipranzer y señala mi libreta. Aunque no se conoce demasiado, la Compañía de Teléfonos lleva un recuento informatizado de todas las llamadas locales hechas desde la mayoría de los teléfonos: Relación de Llamadas. Comienzo por escribir la requisitoria demandando esa documentación.

—Pídeles también la relación de cualquier persona a quien ella llamara en los últimos seis meses —añade Lip.

—Van a oírse sus aullidos... Probablemente se trate de más de doscientos números.

—Cualquiera a quien ella llamara tres veces. Yo les llevaré la lista. Pero pídeselo ahora, para no tener que estar perdiendo el culo buscándote para que me hagas otro oficio.

Asiento con la cabeza. Estoy pensando.

—Si os remontáis seis meses —le digo—, probablemente, os vais a encontrar con este número —y con un gesto señalo el teléfono de mi mesa. Lipranzer me mira a los ojos y me dice:

—Ya lo sé.

Así que lo sabe, pienso yo. Me quedo un momento intentando imaginar cómo es posible. Adivinanzas de la gente, acabo por concluir. Murmuraciones. Además, Lipranzer nota cosas que pasarían desapercibidas a otro cualquiera. Dudo que lo apruebe. Está soltero, pero no le tienta la promiscuidad. Hay una mujer polaca, por lo menos diez años mayor que él, viuda y con un chico ya crecido, que le guisa y se acuesta con él dos o tres veces por semana. Cuando habla con ella por teléfono, la llama «mami».

—¿Sabes? —le digo—. Ahora que hablamos del tema, Carolyn siempre dejaba cerradas la puerta y las ventanas —afirmo con admirable imparcialidad—. Siempre. Quizá fuera un poco loca, pero era una persona adulta. Sabía en qué ciudad vivía.

La mirada de Lipranzer se va fijando en mí gradualmente y sus ojos adquieren un brillo metálico. No se le ha escapado el significado de lo que estoy diciendo ni de que se lo haya ocultado hasta ahora. O así lo parece.

—¿Y tú qué crees? —pregunta, por fin—. ¿Que alguien se dedicó a abrir las ventanas?

—Podría ser.

—¿Para que pareciese un atraco?, ¿alguien a quien ella hubiera dejado entrar, sin más?

—¿Es que no tiene sentido? Tú has sido el que me ha dicho que había un vaso en la barra. Le estaba haciendo una visita. No me creo nada tu teoría del liberto loco.

Lip mira fijamente su cigarrillo. Fuera, veo que Eugenia, mi secretaria, ha regresado ya. Se oyen voces en el vestíbulo de los que van llegando del cementerio. Oigo risas ansiosas de alivio.

—No, necesariamente —dice, por fin—. No, con Carolyn Polhemus. Era una señora muy rara —de nuevo me mira con dureza.

—O sea, que tú crees que ella abrió la puerta a algún quinquí al que mandó a la cárcel.

—Yo creo que con Carolyn cualquiera sabe. Supón que se encontrara con uno de esos personajes en un bar. O que algún tío la llamara y le dijera: «Vamos a divertirnos.» ¿Crees tú que no habría ninguna posibilidad de que aceptara? Estamos hablando de Carolyn.

Sé dónde Lip quiere ir a parar. La señora fiscal, acusadora de jodedores, pervertidos y practicantes de fantasías prohibidas. Lip la tiene bastante bien calada. A Carolyn Polhemus no le hubiera importado en absoluto la idea de que algún tipo hubiera estado obsesionado con ella durante años. Pero, en

todo caso, esta discusión me está empezando a provocar náuseas.

—No te gustaba mucho, ¿eh, Lip?

—No, mucho —contesta. Nos miramos el uno al otro. Después, Lipranzer se incorpora y me da en la rodilla—. Y los dos sabemos una cosa. Tenía un gusto de mierda para los hombres.

Esta es su frase de despedida. Se guarda los Camel en el chubasquero y se va. Pido a Eugenia que haga el favor de no pasarme ninguna llamada de momento.

Necesito estar un rato solo para darme ánimos y mirar el resto de las fotografías. El primer minuto, al comenzar a pasarlas, lo que hago es, sobre todo, reflexionar sobre mí mismo. ¿Lograré llevar bien este asunto?

Me exhorto a mantener una compostura profesional. Pero, inevitablemente, esa sensación empieza a abrirse camino. Es como el entramado de la locura que a veces desborda el vaso a consecuencia de un impacto. Al principio reconozco que las fotografías me excitan, contra mi voluntad, pero me excitan bastante. En las primeras, el canto de la mesa de cristal está oprimiéndole el hombro; de modo que casi podría compararse con una platina de laboratorio. Pero, en seguida, desaparece. Y se ve el cuerpo de Carolyn espectacularmente grácil, en una postura que, a pesar de toda la agonía pasada, le da un aspecto ágil y atlético: sus piernas, graciosas y proporcionadas, sus pechos, altos y grandes. Incluso muerta, conserva su atractivo erótico. Pero, como reconozco poco a poco, esta impresión debe estar influida por otras experiencias. Porque lo que realmente aparece allí es horrible; tiene cardenales en la cara y en el cuello; unas franjas de color mora. La cuerda va de los tobillos a las rodillas, pasa por la cintura, las muñecas y, por fin, queda anudada fuertemente al cuello, donde se puede percibir la marca de la rozadura. Está forzada hacia atrás formando un arco feo y atormentado, y su rostro tiene la palidez de la muerte. Sus ojos, con el típico aspecto hipotiroideo de un estrangulado, están enormemente abultados y en su boca ha quedado impresa la mueca de un grito silencioso. Observo. Estudio. Su mirada tiene la misma incrédula desesperación salvaje que tanto me aterroriza, cuando reúno el arrojo suficiente para contemplar la agonía de un pez en una lonja. Y lo siento de la misma manera reverencial y con la misma postrada incomprensión. Después, para empeorarlo aún más, cuando ya he conseguido apartar toda esa porquería del cofre del tesoro, se alza en mi interior, sin que la vergüenza ni tampoco el miedo sean capaces de detenerla, una burbuja de algo ligero que debo acabar por reconocer que es satisfacción.

Ningún discurso sobre la mezquindad de mi naturaleza puede contenerla. Carolyn Polhemus, aquella torre de gracia y fortaleza, yace aquí, bajo mi mirada, con un aspecto que jamás tuvo en vida. Finalmente, me doy cuenta. Ella quiere mi compasión. Necesita mi ayuda.

CAPÍTULO 3

Cuando todo aquello acabó, fui a ver a un psiquiatra. Se llamaba Robinson.

—Yo diría que es la mujer más excitante que he conocido —le dije.

—¿Sexy? —preguntó él, después de un rato.

—Sí. Muy sexy. Cascadas de cabello rubio, casi sin trasero y pecho abundante. Y largas uñas rojas, además. O sea que sí. Que definitivamente, deliberadamente, casi irónicamente era sexy. De llamar la atención. Esa es la definición más elocuente. Y, desde luego, a mí me la llamó. Estuvo trabajando en nuestra oficina muchos años. Antes de ir a la universidad, era auxiliar de vigilancia de libertad condicional. Pero, en principio, para mí no era más que eso: ya sabe, la hermosa rubia de las tetas grandes. Cada poli que entraba, estando ella, ponía los ojos en blanco y hacía como si se masturbara. Eso es todo.

Después, se empezó a hablar de ella. Incluso cuando aún estaba en los juzgados de barrio. Cosas. Ya sabe: que si tenía una personalidad fuerte, una gran capacidad... Durante un tiempo, estuvo saliendo con un presentador del Canal 3, Chet no-sé-qué. Y se dejaba ver por todas partes. Muy activa en ciertas organizaciones profesionales. Colaboradora durante un tiempo del programa local NOW. Y astuta. Pidió que se le adscribiera a la sección de violaciones, cuando aquello se consideraba un destino horrible, con todos esos casos imposibles de resolver, en los que nunca se podía saber quién se acercaba más a la verdad, si la víctima o el acusado. Casos difíciles. Ya sólo encontrar los que merecían la pena presentar ante el tribunal, cuánto más ganarlos. Y su actuación fue verdaderamente brillante. Con el tiempo, Raymond la puso al frente de todos estos casos. Le gustaba mandarla a los programas divulgativos de la televisión los domingos por la mañana. De esta forma, quería hacer patente su interés por los asuntos de la mujer. Y Carolyn estaba encantada de ir allí y alzar su pancarta. Disfrutaba estando en el candelero. Pero era una buena letrada. Y dura como una roca. Los abogados defensores solían decir que tenía un complejo, que trataba de demostrar que tenía cojones. Pero los policías la adoraban.

—No estoy seguro de qué opinión me merecía entonces. Supongo que creía que iba un poco lejos.

Robinson me miró.

—Se pasaba un poco —dije—. Demasiado audaz. Demasiado engreída. Siempre con una vitalidad excesiva. No tenía sentido de la medida.

—Y —dijo Robinson, yendo al grano—, usted se enamoró de ella.

Me quedé callado. Quieto. Las palabras siempre son insuficientes.

—Me enamoré de ella —corroboré.

Ray pensó que ella necesitaba compartir el caso con alguien y ese alguien fui yo. Ocurrió durante el pasado mes de septiembre.

—¿Podría haberse negado? —preguntó Robinson.

—Supongo que sí. Como ayudante jefe, no llevo demasiados casos personalmente. Pude haberlo rechazado.

—¿Pero?

—Pero dije que sí. Porque, eso aduje entonces, el caso era interesante.

No cabe duda de que resultaba extraño: se trataba de Darryl McGaffan, un banquero. Trabajaba para su hermano Joey, un gángster, un personaje florido, un tipo de primera que disfrutaba siendo el blanco de todo agente del orden de la ciudad. Joey utilizaba el banco, situado en McCrary, para blanquear ríos de dinero negro, en su mayor parte procedente de los bajos fondos. Pero eso era asunto de Joey. Darryl se mantenía en la sombra y llevaba las cuentas. Tenía de manso todo lo que aquél de extravertido. Era un hombre vulgar.

Vivía en el barrio Oeste, cerca de McCrary. Estaba casado, y su vida había sido un tanto trágica. Su primer vástago, una niña, había muerto a la edad de tres años. Yo me enteré del caso, porque Joey había mencionado en cierta ocasión en que testificó ante el gran jurado la caída de su sobrina desde un balcón de la casa de su hermano. Explicó, con cierta capacidad de convicción, que la muerte instantánea de la niña a resultas de la fractura craneal sufrida en la caída le había producido tal impresión que su capacidad de juicio estaba enturbiada cuando cuatro individuos misteriosos llegaron a su banco con ciertos bonos que, para su enorme disgusto, resultaron ser robados. Joey se retorció las manos cuando hablaba de la niña y llegó a utilizar su pañuelo de seda para enjugarse los ojos.

Darryl y su mujer tenían otro hijo, un niño llamado Wendell. Cuando Wendell tenía cinco años, su madre lo llevó a la sala de urgencias del hospital West End Pavillion. El niño estaba inconsciente y su madre histérica porque el niño había sufrido una terrible caída, con el resultado de graves lesiones craneales. La madre afirmaba que el niño no había sido hospitalizado

anteriormente, pero la doctora de guardia, una joven de origen indio llamada Narajee, tenía un vago recuerdo de haberle atendido el año anterior y, cuando consultaron los archivos del hospital, se descubrió que ya había estado allí en dos ocasiones, una con el cuello roto y la otra con una fractura de brazo, ambas producto de sendas caídas, según su madre. El niño estaba inconsciente y no parecía probable, en cualquier caso, que pudiera hablar. De modo que procedió a examinar las heridas. Cuando, más tarde, prestó declaración dijo haberse dado cuenta inmediatamente de que los hematomas eran demasiado simétricos y su distribución demasiado regular por la cabeza como para ser resultado de una caída. Estudió los dos cortes de seis centímetros por tres a ambos lados, durante más de un día antes de descubrir de qué se trataba, y cuando por fin lo logró, se puso inmediatamente en contacto con Carolyn Polhemus para informarle de que estaba tratando a un muchacho con el cerebro fracturado, al parecer, porque su madre le había puesto la cabeza en un torno de carpintero. Carolyn consiguió un mandamiento judicial y descubrieron el artilugio, en el que aún había restos de piel, en el sótano de la casa de los McGaffen. Sometieron al niño aún inconsciente a un examen exhaustivo y constataron la presencia de cicatrices de quemaduras de cigarrillo en el ano. Y después esperaron a ver cómo evolucionaba. Se salvó. Ya entonces, había quedado bajo la custodia del tribunal tutelar. Inmediatamente se inició el asedio a la oficina del fiscal general. Darryl McGaffen salió en defensa de su mujer: era una madre cariñosa y solícita con su hijo. Declaró haber presenciado la caída del niño, un terrible accidente, una tragedia, agravada por la alucinante experiencia de ver cómo médicos y abogados conspiraban para privarles de su hijo enfermo. Muy emotivo. Una puesta en escena impecable. Joey se aseguró la presencia de las cámaras de televisión cuando su hermano entró en la sala, proclamando que aquello era una venganza de Raymond Horgan contra su familia. Este para demostrar su firmeza pensó en un principio en llevar personalmente el caso. Pero estaba empezando la campaña electoral y tuvo que devolver el caso a Carolyn recomendándole que, dada la atención de la prensa, lo llevara conjuntamente con un ayudante más veterano. Alguien, como yo, cuya presencia diera idea del interés que nuestra oficina tenía en el caso. Así pues, ella me lo pidió y yo acepté. Me dije que lo hacía por Raymond.

Los físicos lo llaman movimiento browniano: la acción por la cual las moléculas en suspensión corren unas tras otras. Esta actividad produce una especie de zumbido agudo, casi chirriante, en los umbrales de lo ultrasónico.

De niño, podía oírlo siempre que lo deseaba. Normalmente prefería ignorarlo pero, de vez en cuando, mi voluntad flaqueaba y dejaba que aquel sonido fuera creciendo en mis oídos hasta convertirse en un estruendo.

Por lo visto, durante la pubertad los huesos del oído interno se calcifican y se deja de percibir el sonido browniano. Lo cual carece de importancia porque, para entonces, hay otras distracciones. Durante mi vida matrimonial, la atracción hacia otras mujeres ha sido como el zumbido diario que, con un esfuerzo de voluntad, lograba ignorar. Pero, cuando comencé a trabajar con Carolyn, mi voluntad flaqueó y el zumbido creció, vibrante y cantarín.

—Y, sinceramente, no sé decirle por qué —le dije a Robinson.

Me considero una persona con principios. Siempre desprecié a mi padre por sus mariposeos. Los viernes por la noche, salía de casa como un gato vagabundo hacia alguna taberna y, más tarde, al Hotel Delaney de la avenida Western, muy poco mejor que una pensión de mala muerte, con alfombras viejas de lana completamente desgastadas en los escalones y un olor a naftalina que dejaba algún producto químico utilizado para la desinfección. Allí colmaba su pasión una variada muestra de mujeres sucias: camareras promiscuas, divorciadas callosas, esposas a la caza de aventuras. Antes de marcharse de correrías, cenaba con mi madre y conmigo. Los dos sabíamos dónde iba. El canturreaba. Aquel era el único sonido relacionado, hasta cierto punto, con la música que salía de sus labios en toda la semana.

Pero, por alguna razón, mientras trabajé con Carolyn, con su estrepitosa joyería, sus perfumes sutiles, su lápiz de labios rojo y sus uñas pintadas, con aquellos grandes pechos que subían y bajaban, sus largas piernas y la cascada brillante de su pelo, me sentí abrumado por todo aquello... y de qué manera, detalle a detalle, llegaba a excitarme cuando olía su perfume en otra mujer que se cruzaba conmigo en el vestíbulo.

—Y, sinceramente, no sé decirle por qué. Quizá, por eso estoy aquí. Entra algo nuevo y todo lo demás parece hacerse añicos. Se establece una vibración, un tono fundamental, y todo en mi interior se agita. Hablábamos de lo que hablásemos, el juicio, nuestras vidas, ella parecía una mezcla de cosas tan interesante. Una personalidad sinfónica. Disciplinada y atractiva. Una risa musical; una sonrisa que era una verdadera maravilla ortodóntica. Tenía mucho más ingenio de lo que hubiera esperado; seca como decían, pero sin llegar a ser dura.

Sobre todo me afectaban sus comentarios informales, la forma en que sus ojos, enmascarados por el rímel y la sombra, enfatizaban el tono neutro

de sus afirmaciones. Al analizar a los políticos, o a los testigos, o a los policías, siempre mostraba sus firmes convicciones sobre lo que estaba pasando. Y eso me resultaba muy excitante; encontrar a una mujer que realmente parecía poseer la verdad, que se movía por el mundo a la velocidad de Carolyn y que era tantas cosas tan diferentes para tantas personas distintas. Quizá fuera el contraste con Barbara, quien, con absoluta deliberación, no es ninguna de ellas.

—Ahí estaba esa mujer, audaz, brillante, hermosa. Admirada y dotada de una especie de resplandor. Y un día, me sorprende camino de su despacho, que es una pequeña maravilla en un lugar tan austero como el nuestro, ya que Carolyn se ha molestado en añadirle una pequeña alfombra oriental, plantas, una librería antigua y una mesa de despacho estilo imperio que ha conseguido a través de un contacto con los Servicios Centrales, y voy allí sin nada que decirle. Tengo una sensación de calor, de sequedad, como reza el tópico, y pienso: «¡Dios mío! Esto no puede ser real.» Y quizá, aún podría evitarse. Pero, en ese mismo instante, empiezo a notar que también ella me presta atención. Me está mirando. Ya sé que parecen historias de estudiantes. Peor aún, de colegiales. Pero es verdad, la gente no se mira.

Cuando entrevistamos a algún testigo, me vuelvo y veo que me está mirando con esa plácida sonrisa, casi arrepentida, mientras yo realizo mi tarea, o cuando en una reunión con Raymond y los responsables de la sección de crímenes mayores, siento el peso de sus ojos sobre mí y que continúa mirándome fijamente, tengo que contestarle con un guiño o con cualquier otro gesto, al que ella responde, casi siempre, con una sonrisa mimosa. Y, si estoy hablando, me detengo, con la mente en blanco ocupada enteramente por Carolyn. El hilo va desmadejándose sin problemas.

—Aquél fue el peor momento, cuando notaba mis sentimientos increíblemente dominados; en la ducha, en el coche... Carolyn. Fantasías. Conversaciones con ella. Una película ininterrumpida. La veo relajada, divertida y llena de aprecio... por mí. Por mí. No puedo acabar una llamada telefónica, ni leer un informe de la fiscalía.

Y todo esto, esta gran obsesión, se fue agrandando ante un corazón desbocado, una voluntad tornadiza, una inquietante sensación de resistencia e incredulidad. En ocasiones, me estremecía. Me decía a mí mismo que no había sucedido. Que era un episodio juvenil, una trampa de la mente *déjà vu*. Buscaba a tientas en mi interior la antigua realidad. Mañana, me levantaría y me sentiría de nuevo limpio y curado.

Por supuesto, eso no sucede y, en los momentos que paso a su lado, la anticipación y el aprecio son exquisitos. Me falta el aliento y se me va la cabeza. Me río con demasiada facilidad, demasiadas veces. Hago cualquier cosa por estar cerca de ella; le enseño un papel por encima del hombro mientras está sentada en su despacho para así poder recrearme en los detalles de su persona: sus pendientes de oro forjado, los efluvios de su gel de baño, de su aliento, el suave color azulado de su nuca cuando retira el pelo. Y son esos los momentos en que desespero y me siento avergonzado. ¡Esta obsesión loca y furibunda! ¿Dónde queda mi mundo? Me estoy alejando de él. Ya lo he dejado atrás.

CAPÍTULO 4

En la oscuridad se destaca la figura roja y azul de Spiderman sobre la cama de mi hijo. Es de tamaño natural y está en una postura de profesional de lucha libre, dispuesto a hacer presa a cualquier invasor.

Yo no crecí leyendo cómics; era una actividad demasiado frívola para la casa donde me crié. Pero, en cuanto Nat tuvo dos o tres años, comenzamos a explorar juntos los tebeos cada domingo. Mientras Barbara dormía, yo hacía el desayuno a Nat. Después, sentados en el sofá de la habitación del sol, con mi hijo sentado muy cerca de mí, comentábamos los progresos semanales de cada historieta. Nat perdía la furia descontrolada típica de un niño pequeño y quedaba reducido a una esencialidad más personal, pequeña y con un embeleso que se percibía a través de su cuerpo. Así fue como llegué a establecer mi propia relación con el Lanzador de Telarañas. Ahora Nat, que ya va a escuela primaria y es casi autosuficiente, lee los cómics él solo. Tengo que esperar el momento oportuno para conocer el destino de Peter Parker sin llamar la atención. La verdad es que son historias francamente divertidas; intenté explicárselo a Barbara cuando me pilló, hace unas semanas, con una en las manos.

—¡Será posible! —exclamó mi mujer, la cuasi-doctorada.

Toco el pelo de Nat, tan fino. Si siguiera toqueteándole, Nat acostumbrado a mis llegadas a altas horas, probablemente acabaría por incorporarse en la cama para murmurarme alguna gentileza. Esta es mi primera parada de cada noche. Tengo un deseo casi físico de su aliento tranquilizador. Justo antes de que Nat naciera, nos vinimos a vivir aquí, a Nearing, un antiguo puerto de ferrys en el cual los habitantes de la ciudad comenzaron a refugiarse hace lo bastante como para que se considere más ciudad que barrio. Aunque en un principio fue Barbara la que propició este traslado, ahora abandonaría con gusto Nearing, al que muchas veces culpa de su aislamiento. Soy yo el que necesito distanciarme de la ciudad, un lapso de tiempo y de espacio que me permita crearme una sensación de protección frente a lo que veo a diario. Supongo que esa es otra razón por la que tenía tantas ganas de que Spiderman ocupara este lugar. La actitud de Spidy, de ágil vigilancia, me reconforta.

Me encuentro a Barbara bocabajo en nuestra cama, casi desnuda. Está

sin aliento, con los músculos de su estrecha espalda contraídos y cubiertos de sudor. El vídeo zumba mientras rebobina. En la tele, acaban de empezar las noticias.

—¿Ejercicios? —le pregunto.

—Masturbación —contesta ella—. El único refugio del ama de casa solitaria.

Ni se molesta en echarme una mirada. A pesar de ello, me acerco y le doy un rápido beso en el cuello.

—Te llamé desde la estación de autobuses cuando perdí el de las 8:35. No estabas en casa. Te dejé un mensaje en el contestador.

—Lo he oído —dice ella—. Había ido a recoger a Nat. Cenó con mamá. Quería quedarme un rato más en el ordenador grande.

—¿Te ha cundido?

—He perdido el tiempo —se gira con el pecho aprisionado en el sujetador deportivo.

Mientras me desnudo, recibo una lacónica relación de los sucesos del día: la enfermedad de un vecino, la cuenta del mecánico, las últimas ocurrencias de su madre. Barbara va enumerando toda esta información con un tono aburrido. De esta ofensiva suya, monótona, de esta amargura tan cansina que ni siquiera es un reproche, me defiendo de la forma más simple: fingiendo no notarla. Muestro interés por cada noticia, entusiasmo por cada detalle. Y, mientras tanto, me voy cargando interiormente de una sensación familiar, como si mis venas se hubieran llenado de plomo. Estoy en casa.

Hará unos cinco años, cuando creía que estábamos preparados para tener otro hijo, Barbara anunció que volvía a la universidad, que se había matriculado en unos cursos de doctorado en matemáticas, rellenado la solicitud y pasado los exámenes sin decirme una palabra. Mi sorpresa la tomó por un reproche, y mis intentos de rechazar esa interpretación los aceptó con grandes reticencias. Pero yo no lo desaprobaba; nunca he creído que Barbara tuviera la obligación de quedarse en casa. Si reaccioné así, fue por otra cosa. No tanto por el hecho de no ser consultado, sino, más bien, porque ni siquiera lo hubiera intuido. De estudiante, Barbara había sido un portento en matemáticas; iba a clases para posgraduados que daban renombrados profesores junto a otros dos o tres estudiantes, todos ellos criaturas eremíticas de largas barbas descuidadas. Pero entonces, desdeñaba sus habilidades. Ahora, según me aseguraba, había descubierto que las matemáticas eran su verdadera vocación; sentía un interés devorador, del que no había oído una

palabra durante más de media década.

En este momento Barbara está ocupada con su tesis. Cuando la empezó, me dijo que proyectos como el suyo, soy incapaz de explicar en qué consiste, pueden, a veces, redactarse en una docena de hojas. Tanto si con esas palabras quería poner de manifiesto su esperanza o su ilusión, lo cierto es que la tal tesis se ha ido prolongando como una enfermedad crónica y se ha convertido en otra causa más de su dolorosa melancolía. Siempre que paso por delante de su estudio, la veo con un aspecto lamentable sobre su mesa de trabajo, la mirada fija en el único cerezo enano que ha logrado subsistir en la tierra caliza de nuestro jardín trasero.

A la espera de inspiración, lee. Nada que tenga algo que ver con este mundo: ni periódicos, ni revistas. Qué va. Viene de la biblioteca de la universidad cargada con pesados volúmenes sobre temas arcanos: psicolingüística, semiótica, braille y lenguaje gestual para mudos. Es una fanática de los datos. Por las noches, se reclina sobre el brocado del sofá del salón, comiendo bombones belgas, y, allí, hace sus descubrimientos sobre el funcionamiento de un mundo que nunca visita. Lee sobre la vida en Marte o las biografías de unos hombres y mujeres que la mayoría de nosotros encontraría aburridos y, desde luego oscuros. A continuación, un torrente de cultura médica. Pasó el último mes con libros que trataban, al parecer, de criogenia, inseminación artificial e historia de las lentes. Lo que ocurre durante estas visitas galácticas a otros planetas del entendimiento humano me es desconocido. Sin duda, compartiría sus nuevos conocimientos conmigo si se lo pidiese. Pero, con el tiempo, he perdido la habilidad de demostrar interés y Barbara considera mi apatía hacia estas materias como un defecto. Es más fácil guardar silencio mientras ella vaga por esos derroteros lejanos.

No hace mucho, se me ocurrió que a mi mujer con su abrupto manierismo social, su aversión por el género humano en general, su lado taciturno y su virtual parafernalia de pasiones privadas, en gran medida incomunicables, sólo se la podía describir como una persona misteriosa. No conserva ninguna amistad digna de ese nombre fuera de la relación que la une con su madre, a quien, cuando yo la conocí, Barbara apenas hablaba, y a la que todavía considera con escepticismo y desconfianza. Como mi madre, que en paz descansa, parece una cautiva voluntaria entre las paredes de su propia casa, consagrada al cuidado de nuestro hijo, al mantenimiento impecable de la casa y al trabajo sin fin con sus fórmulas y sus algoritmos.

Sin que al principio lo advirtiera, noto que ambos hemos dejado de

hablar, incluso de movernos, y estamos mirando la televisión, cuya pantalla se ha llenado con imágenes del servicio celebrado hoy en recuerdo de Carolyn. Se ve llegar el coche de Raymond y, por un breve instante, la parte de atrás de mi cabeza. Acompañan al hijo hasta las mismas puertas de la capilla. El presentador del noticiario superpone su comentario a las imágenes: «Ochocientas personas, incluidas muchas personalidades locales, se reunieron en una iglesia presbiteriana para presenciar el sepelio de Carolyn Polhemus, una ayudante del fiscal general, asesinada hace dos noches, en un acto brutal que implicó además su violación.» Ahora se ve salir a la gente. El alcalde y Raymond son filmados hablando con los periodistas, pero sólo se reproducen las palabras de Nico. Utiliza el registro más pausado del que es capaz y rehúsa contestar a cualquier pregunta relacionada con la investigación del caso. «He venido a recordar a una colega», les dice a los periodistas con un pie en el coche.

Barbara es la primera en hablar.

—¿Qué tal fue? —se ha envuelto en una bata roja de seda.

—Una gala —le contesto—, de alguna manera. Una reunión de luminarias.

—¿Lloraste?

—¡Vamos, Barbara!

—Te lo digo en serio —se ha echado hacia delante. Ha encajado la mandíbula y hay una salvaje inercia en su mirada. Siempre me maravilla que tenga la rabia tan a flor de piel. Con los años, la superioridad de su ira se ha convertido en una fuente de intimidación. Sabe que yo tardo más en responder, reprimido por antiguos temores, por el oscuro peso de la memoria. Mis padres solían sostener violentas discusiones que, a veces, desembocaban en auténticas peleas. Recuerdo vividamente una noche en que me despertaron sus gritos y descubrí a mi madre con un mechón de pelo rojo y reluciente de mi padre en una mano, mientras con la otra le pegaba con un periódico enrollado como si fuera un perro. Tras estas peleas mi madre permanecía postrada en la cama durante varios días, sufriendo terribles dolores de cabeza que la obligaban a permanecer en una habitación oscura y hacían caer sobre mí la prohibición de hacer ruido.

Sin otro lugar donde refugiarme me dirijo a la cesta de ropa limpia que Barbara ha traído de la lavandería y me pongo a emparejar calcetines. Guardamos silencio por unos instantes, sumidos en el parloteo de la televisión y los ruidos nocturnos de la casa. Un pequeño ramal del río corre

por detrás de los edificios a una manzana de distancia y, ahora que no hay tráfico, llega hasta nosotros el sonido del agua. Dos pisos más abajo, se cierra un horno con un portazo. Por primera vez en el día de hoy, exhalará a través de los conductos una especie de efluvio grasiento.

—Nico ponía mucho ahínco en parecer triste —me dice por fin.

—Sin demasiado éxito, si le hubieras visto de cerca. Estaba realmente radiante. Cree haberle metido un gol a Raymond.

—Y ¿es verdad?

Selecciono los calcetines y me encojo de hombros.

—Ha ganado mucho terreno con este asunto.

Barbara, testigo durante todos estos años de la imbatibilidad de Raymond, está obviamente sorprendida, pero en seguida pone en marcha a la matemática que hay en ella y la veo calcular las nuevas posibilidades. Se coge el pelo, de puntas grises y ensortijado, con el corte de moda y su cara bonita se ilumina de curiosidad.

—¿Qué harías si pasara? ¿Si Raymond perdiera?

—Aceptarlo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Me refiero a tu trabajo.

El azul con el azul. El negro con el negro. No es fácil a la luz de una bombilla. Hace unos años hablaba de marcharme del despacho. Era cuando aún creía poder convertirme en abogado defensor. Pero nunca me decidí a dar el paso, y hace mucho tiempo que no hemos vuelto a hablar de mi futuro.

—No sé lo que haría —le digo honradamente—. Soy abogado. Continuaría en la práctica. O enseñaría. No lo sé. Delay dice que quiere mantenerme en el cargo de ayudante jefe.

—Y ¿tú le crees?

—No —llevo los calcetines a mi cajón—. Hoy no decía más que chorradas. Llegó a decirme, todo serio, que el único oponente que le hubiera asustado era yo. ¿Sabes?, como si yo fuera capaz de apartar a Raymond y quedarme como su sucesor.

—Pues, deberías haberlo hecho —dice Barbara.

Me vuelvo a mirarla.

—De verdad —su entusiasmo, en cierto modo, no me sorprende. Siempre ha sentido por el jefe un genuino desdén de esposa. Y además, es sólo culpa mía. Soy yo el que carece de arrestos suficientes para hacer lo que a ojos de todo el mundo parece evidente.

—No soy político.

—Ya te las arreglarías —replica Barbara—. Te encantaría ser fiscal general.

Lo que me imaginaba: mi mujer tiene un conocimiento más profundo de mi naturaleza que yo mismo. Decido salirme por la tangente y le digo que todo esto es pura retórica. Raymond ganará.

—Bolcarro acabará por apoyarle. O atraparemos al asesino —y señalo la televisión con la cabeza— y llegará al día de las elecciones con su nombre en boca de todos los medios de comunicación.

—¿Cómo lo va a hacer? ¿Es que tienen un sospechoso?

—Tenemos una mierda.

—¿Entonces?

—Entonces, Dan Lipranzer y Rusty Sabich van a trabajar día y noche hasta poner al asesino a los pies de Raymond. Esa es la estrategia. Cuidadosamente planeada.

El mando a distancia chasquea y la imagen de la televisión se reduce a una diminuta estrella central. A mi espalda, oigo un puchero, un ronquido. No es un sonido agradable. Cuando vuelvo la mirada, los ojos de Barbara, fijos en mí, se han quedado en un punto cero, llenos de un odio absoluto.

—Eres tan predecible —dice en voz baja y mezquina—. ¿Estás a cargo de la investigación?

—Por supuesto.

—¿Por supuesto?

—Barbara, yo soy el ayudante jefe del fiscal general y Raymond se juega la vida en estas elecciones. ¿Qué otro podría llevar la investigación? El se encargaría de hacerlo si no estuviera haciendo campaña catorce horas al día.

Fue la perspectiva de una escena así la que me causó un estado de extremo desasosiego cuando, hace un par de noches, tuve que coger el teléfono para decirle lo que había pasado. No podía dejar de hacerlo; eso hubiera sido fingir demasiado. Mi llamada tenía el único propósito de anunciarle que llegaría tarde. Le expliqué que la oficina era un caos absoluto. «Carolyn Polhemus ha muerto», añadí.

—¡Hum! —replicó Barbara con un tono frío—. ¿De una sobredosis? —preguntó.

Me quedé perplejo mirando el auricular y calculando la profundidad de este malentendido.

Pero ahora no puedo esquivarla. Su rabia es cada vez mayor.

—Dime la verdad. ¿No hay en eso un conflicto de intereses...?

—Barbara...

—No —dice. Se ha puesto en pie—. Contéstame. ¿Es eso profesional...? ¿El que lo estés haciendo tú? Hay otros ciento veinte abogados. ¿No han podido encontrar a alguien que no se acostara con ella?

Estoy acostumbrado a estas alzas de tono y bajas tácticas. Me esfuerzo por permanecer ecuánime.

—Barbara, Raymond me ha pedido que lo haga.

—¡Venga ya, Rusty! No me vengas con esas porquerías de altos propósitos y causas nobles. ¡Explícale a Raymond por qué no puedes encargarte del caso!

—No quiero hacerlo. Sería dejarle en la estacada. Y resulta que a él ese asunto ni le va ni le viene.

Mi desasosiego es tan evidente que Barbara me abuchea. Me doy cuenta de que ésa es una táctica errónea. He escogido un mal momento para decir la verdad. Barbara siente muy poca compasión por mi secreto; si no fuera porque también a ella le dolería, lo publicaría en la cartelera. Durante el corto lapso en que, efectivamente, estuve con Carolyn, no tuve el valor o la decencia o el deseo de ser estorbado, o como quieran llamarlo, para confesarle nada a Barbara. Eso tendría que esperar hasta el final, una semana o dos después de que me hubiera resignado a la idea de que todo había acabado. Volví a casa temprano, a la hora de la cena, para compensar un mes de casi total ausencia a estas horas. Mi libertad me la procuró la falsa excusa de estar preparando un caso que, como había anunciado, iba a ser agotador. Nat se acababa de marchar a ponerse delante del televisor la media hora pactada. Y yo, sin saber cómo, me sinceré. La luna. Mi condición anímica. Una copa. Los psicólogos hablarían de un estado de fuga. Yo estaba a la deriva, miraba a la mesa. Cogí el vaso alto que tenía ante los ojos; era idéntico a los de la casa de Carolyn. Y aquello me la recordó con tanta intensidad que perdí el control. Sollocé, lloré allí sentado con pasión y Barbara lo adivinó inmediatamente. No se le ocurrió que pudiera estar malo; no pensó que fuera la fatiga o la tensión del juicio, o una enfermedad de las glándulas lacrimales. Lo adivinó; supo que lloraba por una pérdida y no por vergüenza.

Su inquisitoria no tuvo nada de tierno, pero no fue muy prolongada. ¿Quién? Se lo dije. ¿Me iba a marchar de casa? Ya había acabado. Fue corto, le dije, apenas había durado.

Oh, fui un héroe. Allí sentado, en la mesa de nuestro comedor, con la cara entre los brazos llorando, casi aullando, sobre las mangas de la camisa. Oí el entrecocar de los platos cuando Barbara se levantó y empezó a recoger la mesa.

—Al menos, no tengo que preguntar quién dejó a quien.

Más tarde, después de llevar a Nat a la cama, subí errático, hundido y aún con un lastimoso aspecto, a verla al dormitorio donde se había refugiado. Barbara estaba haciendo ejercicio otra vez, con aquella música insípida en el cassette, a todo volumen. Observé su contorsión doblemente atormentada, mientras yo seguía en completo desorden, tan vejado, tan vencido que parecía que sólo gracias a la piel, cáscara frágil, me mantenía de una pieza. Había entrado para decir algo tan prosaico como que quería continuar. Pero aquella frase no lograba emerger. La rabia con la que se castigaba el cuerpo, me mostraba claramente, incluso en mi estado, lo vano de mi esfuerzo. Me quedé mirando durante, quizá, cinco minutos. Barbara no me dirigió la mirada ni una sola vez, pero, al fin, en medio de una extensión articuló su opinión:

—Podrías habértelo hecho mejor —dijo algo más que no llegué a oír. La última palabra fue: puta.

Desde entonces hemos seguido juntos. En parte, mi asunto con Carolyn nos ha proporcionado una especie de extraño alivio. Al menos hay una causa ahora que justifica el efecto, que da ocasión a que se manifieste la negra rabia de Barbara, una razón real que explica por qué no nos llevamos bien. Ahora existe algo que tenemos que remontar y, por consiguiente, una esperanza tangible de que las cosas pueden mejorar.

El asunto que se nos plantea ahora, tal como yo lo veo, es el siguiente: si lo dejamos o no a pesar de los progresos que podamos hacer. Durante meses, Carolyn ha sido un demonio, un espíritu que lentamente se iba exorcizando de esta casa. Y la muerte la ha devuelto a la vida. Comprendo la queja de Barbara pero no puedo, no puedo, ceder a su deseo. Y mis razones son suficientemente personales como para caer en el reino de lo implícito, incluso de lo indecible.

Intento que lo comprenda, con una súplica sencilla y pausada:

—Barbara, ¿dónde ves la trascendencia? Es sólo una semana y media. Hasta las elecciones. Eso es todo. Después será otro caso más de la policía. Homicidio sin resolver.

—¿Es que no ves lo que estás haciendo?, ¿a ti mismo?, ¿a mí? Barbara —vuelvo a decir.

—Lo sabía —me interrumpe ella—. Sabía que harías algo de eso. Cuando me llamaste el otro día. Lo deduje de tu voz. Vas a pasar por todo otra vez, ¿verdad, Rusty? Eso es lo que quieres, ¿eh? Eso es lo que quieres. Está muerta y tú sigues obsesionado con ella.

—Barbara.

—Rusty, ya he soportado más de lo que podía aguantar. No pasaré por esto —Barbara no llora en estas ocasiones; en su lugar, se refugia en el altivo abismo de una ira volcánica. Se enrosca sobre sí misma para reunir fuerzas, abrazada con sus amplias mangas de satén mientras se desploma en la cama. Coge un libro, el mando a distancia, dos almohadas. El volcán de Santa Elena ruge y decido marcharme.

Me dirijo al armario y cojo la bata.

Al llegar al umbral de la puerta, me habla.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Que siempre quise preguntarte?

—Claro.

—¿Por qué te dejó?

—¿Carolyn?

—No, Perico el de los palotes —sus palabras están tan cargadas de amargura que me pregunto si llegaría a escupir.

Creía que la pregunta iba a ser por qué había empezado, pero parece que Barbara ya se ha buscado contestación a eso.

—No lo sé —le contestó—. Me inclino a pensar que no era muy importante para ella.

Barbara cierra los ojos y vuelve a abrirlos. Después hace un gesto con la cabeza.

—Eres un gilipollas —dice—. Vete.

Lo hago. Rápidamente. Otras veces le ha dado por arrojar cosas. Sin tener dónde ir y ansiando compañía, bajo al vestíbulo a ver una vez más a Nat. Su respiración es ronca e ininterrumpida; está en la fase del sueño profundo y me siento en su cama, bajo los protectores brazos de Spiderman.

CAPÍTULO 5

Lunes por la mañana: un día en la vida. El autobús suelta el rebaño de franela gris, en el lado oeste del río. La plaza de la terminal está rodeada de sauces, que verdean en primavera. Estoy en la oficina antes de las nueve. Mi secretaria, Eugenia Martínez, me da la bienvenida usual: la correspondencia, los mensajes telefónicos y una mirada sombría. Eugenia es obesa, de mediana edad y soltera, y al parecer está decidida a resarcirse de todo ello. Escribe a máquina con desgana, se niega a recibir dictados y la veo muchas veces al día mirando fijamente al teléfono, con una inmóvil irritación sesgada. Evidentemente, no la podemos echar. No la podemos ni siquiera degradar porque los funcionarios públicos, como el hormigón, se solidifican en sus puestos. Ella, la maldición de los ayudantes jefe de toda la década, permanece en este puesto desde que John White la estacionara aquí, para evitarse las continuas protestas que habría tenido que soportar de haberla asignado a cualquier otro despacho.

El primero de todos los recados es un aviso sobre Tommy Molto, que sigue sin venir y sin dar la menor explicación. En Personal quieren descontarle los días por ausencia injustificada. Hago una nota solicitando una entrevista con Mac y continúo ojeando los demás recados pausadamente. La oficina de archivos me proporciona una lista de trece individuos que han terminado su período de vigilancia en los últimos dos años, son todos asuntos tratados por Carolyn. En nota manuscrita, se me informa que los casos subrayados han sido remitidos a la oficina de Carolyn. Coloco el listado del ordenador en medio de la mesa, para no olvidarme.

Ya que Raymond está fuera casi todo el día, cumpliendo con sus compromisos electorales, he de resolver muchos asuntos que, ordinariamente, están en manos del fiscal general: formulo las querellas, concedo inmunidades, tramito las conformidades de los acusados y trato con las agencias de investigación. Esta mañana tengo que presidir una junta fiscal en la que haremos la valoración del tratamiento y circunstancias de todos los casos de la semana. Por la tarde, habré de dar cuenta del escándalo de la semana pasada en el que un policía de paisano murió a manos de un agente camuflado de la Brigada Antidroga; los dos tiraron de pistola y de placa, exigiéndose uno al otro que se rindiera. Entonces sus retaguardias entraron en

acción, de modo que al final había once agentes del orden gritándose obscenidades y blandiendo sus pistolas. Y ahora andamos de reuniones. Los polis me dirán que los federales lo estaban llevando en secreto y éstos insinuarán que cada información que se filtra al departamento de policía se convierte en un secreto a voces. Mientras tanto, se supone que debo buscar a alguien a quien poder procesar por el asesinato de Carolyn Polhemus.

Alguien más podría estar también buscando. Cerca de las nueve y media, recibo una llamada de Stewart Dubinsky del periódico *Tribune*. Durante el período electoral, Ray se encarga personalmente de tratar con la prensa; no quiere perder ninguna oportunidad de conseguir propaganda gratis y mucho menos recibir críticas por estar perdiendo el control de la oficina. Pero Stewart es probablemente el mejor informador judicial que tenemos. Casi todos los datos que ofrece son correctos y sabe hasta dónde puede llegar. No me importa hablar con él.

—¿Y qué hay de Carolyn? —pregunta. Esa forma de acortar el caso a sólo el nombre de la víctima me desconcierta...

La muerte de Carolyn está perdiendo ya el rango de tragedia para convertirse en otro desagradable suceso histórico más.

Desde luego, no puedo decirle a Stewart que no tenemos nada. Podría llegar a oídos de Nico y seguro que lo utilizaría para volver a bombardearnos.

—El fiscal general, Raymond Horgan, no hizo ningún comentario —le digo.

—¿Le importaría, no obstante, comentar otra información?

Sea lo que sea, éste es el verdadero motivo de su llamada.

—Se comenta que ha habido una deserción al más alto nivel. ¿Alguien de la sección de homicidios? ¿Le suena?

Debe referirse a Molto. Después de que Nico se marchara, Tommy, hasta entonces subordinado suyo, se hizo cargo de la sección. Horgan no quiso consolidarle en el cargo: sospechaba que antes o después algo así habría de pasar. Durante un instante, considero el hecho de que la prensa ya esté sobre la pista. No es bueno. En absoluto. Deduzco, por la forma en que Stewart ha agrupado las preguntas, cómo se va a desarrollar el tema. Una ayudante, muy significada, ha sido asesinada; otro, que debería estar a cargo de la investigación, abandona. Va a parecer que la oficina está al borde del caos.

—La misma respuesta —le digo—. Son palabras del fiscal.

Stewart chasquea la lengua. Está aburrido.

—¿*Off the record?* —pregunto.

—Desde luego.

—¿Tiene información fiable? —Quiero saber a cuánto estamos de leerlo en los periódicos.

—Así, así. Me lo ha dicho un tipo que siempre cree saber más de lo que sabe. Yo me imagino que debe tratarse de Tommy Molto. El y Nico siempre han sido uña y carne, ¿verdad?

Está claro que Stewart no tiene suficientes datos. Y eludo la pregunta.

—¿Qué le ha dicho Della Guardia? —paso a la ofensiva.

—Que no tiene nada que comentar. ¡Venga, Rusty! ¿Qué hay de eso?

—Stewart, entre nosotros, no tengo ni puta idea de dónde está Molto.

—Pero si está haciendo manitas con Nico, ¿por qué lo oculta el candidato?

—¿Quiere saber mi teoría?

—Pues, claro.

—Quizá, Nico lo tenga investigando el caso por su cuenta. Piénselo. «Della Guardia captura al asesino», ¿qué le parece el titular?

La idea es descabellada. Una investigación privada de un homicidio se puede convertir en una orden de arresto por obstrucción a la policía. Pero por ridículo que parezca, lo alucinante de la idea la convierte en digna de Nico. Y Stewart no es la clase de personas que diga cosas por decir. Trabaja siempre a partir de información.

—¿Debo suponer —le pregunto— que esto forma también parte de su rumor?

—Sin comentarios —contesta él.

Nos reímos el uno del otro y cuelgo el auricular. Inmediatamente, me pongo a llamar por teléfono. Dejo un mensaje a Loretta, la secretaria de Raymond, para que se ponga en contacto conmigo en cuanto llame. Después intento localizar a Mac, la jefa de administración, para hablar de Molto. No está. Me dicen. Le dejo otro recado.

Faltan pocos minutos para que empiece la junta, pero me aventuro a atravesar el pasillo y a entrar en el despacho de Carolyn. El lugar tiene ya un aire desolador. La mesa, estilo imperio, que Carolyn requisara de los Servicios Centrales, está completamente vacía y el contenido de los cajones: dos viejas polveras, un sobre de sopa, un paquete de pañuelos de papel, un jersey, un refresco de menta, están metidos en una caja de cartón junto a sus diplomas y certificados, que anteriormente se arracimaban en la pared. Hay

una acumulación de envases de cartón en medio de la habitación, formando una pirámide, que dan al lugar un evidente aspecto de abandono. Y el polvo, acumulado a lo largo de una semana de inactividad, exhala un cierto olor a corrupto. Vierto un vaso de agua sobre las marchitas plantas y quito el polvo a algunas hojas.

La relación de casos atendidos por Carolyn estaba compuesta sobre todo por asaltos sexuales. Según el cifrado de los rótulos del archivador, he contado hasta veintidós casos a la espera de veredicto o proceso en los cajones superiores del armario de roble viejo. Carolyn sentía una especial simpatía por las víctimas de tales crímenes y, andando el tiempo, llegué a constatar que ese sentimiento era más genuino de lo que al principio creía. Cuando hablaba de los terrores redivivos que aquellas mujeres experimentaban, su dura personalidad se dulcificaba, dando paso a un sentimiento alternativo de ternura y de rabia. Pero todos estos casos tienen siempre un aspecto estrafalario; por ejemplo, aquel en que un médico interno administraba un tratamiento a sus pacientes femeninos que acababa con la inserción de su propio instrumento. Pues bien, una víctima recibió tres veces ese tratamiento antes de decidirse a denunciarlo. O ese otro en que la novia de un sospechoso confesó, durante el segundo día de los interrogatorios, que le había conocido cuando, tras irrumpir en su casa, la forzó. Según su declaración, en cuanto bajó la navaja se dio cuenta de que tenía un aspecto tan amable...

Como muchos otros, yo creía que Carolyn sentía algo más que una fascinación pasajera por su trabajo y, por lo tanto, examino sus casos con la esperanza de hallar un esquema de actuación que pueda responder al que le causó la muerte; un ceremonial macabro, réplica del que ocurrió tres noches atrás en su apartamento, o la repetición brutal de algún crimen por el que Carolyn mostrara un marcado regodeo. Pero nada de eso encuentro.

Ninguno de los trece nombres me llevan a ningún sitio. Los casos nuevos no desvelan la menor pista.

Es hora de asistir a la junta fiscal, pero aún hay algo que me retiene. Cuando vuelvo a comprobar el listado del ordenador, me doy cuenta de que hay un caso que todavía no he encontrado: un historial S, como nosotros los llamamos, refiriéndonos a la subsección del código criminal del estado que se ocupa del soborno de los agentes de la ley. Carolyn, en muy contadas ocasiones, se ocupaba de asuntos ajenos a su especialidad, y los casos S, que caen dentro de lo que se llama Investigación Especial, estaban bajo mi

supervisión personal en las fechas en que se tramitó éste. Al principio creí que la referencia a un caso S era fruto del típico error informático y que se trataría de una denuncia incluida en otro sumario. Pero no está acompañado por ningún sumario; de hecho, está clasificado N. Id.: sujeto no identificado, lo que normalmente supone una investigación en la que no se ha arrestado al culpable. Reviso velozmente sus cajones una vez más y compruebo los de mi propio despacho. Yo llevo un registro personal de todos los casos S. Pero ése, concretamente, no aparece. Es más, da la sensación de que se hubiese bloqueado el acceso al sistema de archivo del ordenador, excepto para la clave de Carolyn.

Tomo nota en mi libreta: ¿Caso S?, ¿Polhemus?

Eugenia me espera de pie a la puerta de mi despacho.

—¡Pero, bueno! —me dice al verme—. ¿Dónde estaba? Que le he estado buscando. Le ha llamado el Gran Jefe —el Gran Jefe es, por supuesto, Raymond Horgan—. Le he estado buscando por todas partes. Ha dejado dicho que a la una y media en el club Delancey.

Raymond y yo celebramos muchas reuniones así durante el período electoral; le pillo después de un almuerzo o antes de una intervención y le pongo rápidamente al corriente de los asuntos de la oficina.

—¿Y, Mac ha llamado?

—Dijo que andaba en el edificio de enfrente toda la mañana —contesta Eugenia, recitando el mensaje. Sin duda, habrá ido a ver actuar a los ayudantes novatos durante el turno de mañana de la oficina central.

Le digo a Eugenia que retrase media hora la junta y me encamino hacia los juzgados a entrevistarme con Mac. En el segundo piso, se celebran las sesiones del juzgado central. En los de primera instancia, como su nombre indica, los acusados hacen su primera comparecencia ante el tribunal para fijar las fianzas; también se entienden los casos de menor cuantía y se celebran audiencias preliminares de los asuntos más graves. Ser asignado a uno de estos juzgados, normalmente, supone el segundo o tercer paso de la carrera de todo fiscal, después de haber cumplido una temporada en la sección de recursos o en la de denuncias y mandamientos de arresto. Yo pasé diecinueve meses en esta sala antes de que me destinaran a la de revisión de delitos mayores, e intento volver lo menos posible. Porque aquí es donde los crímenes parecen más reales, donde el aire se estremece ante la tensa agonía del que espera su veredicto.

En el vestíbulo que separa las dos inmensas salas centrales se agita una

multitud que se asemeja enormemente a lo que me imagino fueron las aglomeraciones de menesterosos en el puente de los viejos buques transoceánicos. Madres, novias y hermanos lloran y gritan a los jóvenes detenidos en la jaula de granito adosada a la sala. Un cierto tipo de abogados se mueve por aquí hostigando a sus clientes con el tono corrompido de un revendedor, mientras los letrados de oficio gritan los nombres de personas que no han visto en su vida y a las que, dentro de pocos instantes, habrán de defender. Los fiscales también gritan, pero en su caso buscan a los oficiales que han intervenido en el arresto de una docena de casos distintos, para que les amplíen los atestados redactados de forma deliberadamente críptica; el mejor método para dificultar la labor del abogado defensor.

En el interior de la sala abovedada, con sus columnas de mármol rojo, sus contrafuertes de roble y sus bancos de respaldo rígido, el tumulto prosigue con un estruendo persistente. Situados lo más cerca posible del estrado, para que no se les pase el turno cuando nombren sus casos, fiscales y abogados regatean amigablemente las condiciones de posibles conformidades. A un lado del estrado del juez, seis o siete letrados rodean al secretario de sala, rellenan los impresos de las vistas, examinan los archivos de la sala o, sencillamente, apremian al secretario para que el próximo caso sea el suyo. Los policías, la mayoría del turno de noche, se alinean por parejas contra la pared esperando las calificaciones de sus arrestos nocturnos, mientras beben café y mueven los pies para no quedarse dormidos. En el fondo de la sala, hay un clamor constante que proviene de la jaula de acusados donde éstos, convenientemente custodiados, esperan su comparecencia. Siempre hay uno o dos que gritan obscenidades a los policías o a los bedeles a propósito de las míseras condiciones que tienen que soportar o de los escandalosos efluvios que aromatizan el recinto, mientras el resto se lamenta en voz baja o golpea las barras.

Ahora, al finalizar la actividad de la mañana, se empieza a ver los casos de las que hacen la calle, con sus ajustadas mallas y sus pantaloncitos cortos. Se las condenará, multará y pondrá en libertad con tiempo suficiente para que puedan dormir y estén frescas para otra noche de trabajo. Normalmente, sus casos se agrupan y se ven unos cuantos a la vez representados por dos o tres abogados. Pero, otras veces, para economizar, un chulito se ocupa de todo el grupo. Eso es lo que está pasando en estos momentos: un mentecato con un traje salmón está largando una perorata sobre la brutalidad de la policía.

Mac me conduce al guardarropa, donde no hay ningún abrigo colgado.

Nadie está lo bastante loco como para dejar una prenda valiosa sin vigilancia en medio de tan selecta concurrencia. La habitación está completamente vacía a excepción de la máquina de algún estenógrafo y de un enorme candelabro cubierto con una bolsa de plástico, probablemente, parte de las pruebas de algún caso próximo.

Me pregunta qué sucede.

—Dime qué hacía Carolyn Polhemus con un caso S —le digo.

—No sabía que Carolyn estuviese interesada en crímenes de cintura para arriba —responde ella. Un viejo chascarrillo. Mac, desde su silla de ruedas, dice todas las irreverencias que se le ocurren. Hace una serie de sugerencias sobre el caso, que ya he considerado yo—. Pues, no tengo ni idea —admite al final.

Como responsable de la administración de la oficina, está encargada del personal, de los contratos y de los despidos. Es un trabajo ingrato con un título pomposo: ayudante jefe administrativo, pero Lidia MacDougall está acostumbrada a la adversidad. Lleva en silla de ruedas casi tanto tiempo como llevamos los dos aquí. Fue en una de esas noches de principio de invierno, en que la neblina es casi nieve. Lydia conducía. Tom, su primer marido, murió del impacto contra el río.

Hablando en términos generales, diría que Mac es la mejor abogada de la oficina; es organizada, sagaz y dotada para la sala. Con los años, ha aprendido incluso a sacar ventaja de su silla de ruedas ante los jurados. Hay ciertas tragedias que nos calan tan profundamente que sólo llegamos a comprenderlas de una forma evolutiva.

Mientras dura la vista, los jurados disponen de tiempo para pensar cómo será la vida cuando más abajo de la cintura se tienen dos piernas colgando, flácidas como dos apéndices. Y al escuchar a esta mujer hermosa, fuerte, de buen humor, tomar nota de su alianza y alguna mención casual a su hijo pequeño, observar el hecho de que es increíblemente normal, se sienten llenos de admiración y de una esperanza que todos deberíamos sentir.

En septiembre próximo, Mac accederá a la judicatura. Ya está incluida en la lista del partido y no tiene oponentes en las primarias. La elección general será automática. No hay muchos que se crean capaces de vencer a una abogada que cuenta con el apoyo de las mujeres, los minusválidos, los de la ley y el orden y las tres asociaciones de abogados mayoritarias de la ciudad.

—¿Por qué no se lo preguntas a Ray? —es su última sugerencia.

Yo hago un gesto de incredulidad. Ray no es un hombre de detalle. No hay muchas posibilidades de que se acuerde de un caso particular. Y me resisto a abrumarle, estos días, con problemas. Siempre está a la caza de un chivo expiatorio.

De camino a la sala donde Mac debe estar presente para atender a la actuación de un colega, le hablo de Tommy Molto y el problema de su paradero desconocido. Si despedimos a Molto, Nico rentabilizaría el hecho políticamente, aduciendo que Horgan anda a la caza de brujas entre sus amigos. Si lo mantenemos en la plantilla, aumentaremos el beneficio de su desertión. Acordamos apercibirle por ausencia injustificada, una falta que antes no se hacía constar en el expediente. Le digo a Mac que me sentiría mucho mejor si alguien fiable me confirmara que le había visto vivo.

—Ya se nos ha muerto una ayudante. Si mañana una señora encuentra trocitos de Molto en la basura, me gustaría poder decir que estábamos revolviendo Roma con Santiago.

Es el turno de Mac. Toma nota de lo hablado.

Su señoría, Larren Lyttle, con su gran rostro oscuro pletórico de voluntad y majestad, es el primero en apercibirse de mi llegada. Negro, en un club cuyos miembros, hasta hace pocos años, podían ser sólo blancos, no muestra signo alguno de desasosiego o incomodidad. Se siente a gusto entre las sillas de cuero y los sirvientes de librea verde.

Larren es un antiguo compañero de despacho de Raymond. Por aquel entonces, los dos eran unos contestatarios y su clientela la formaban consumidores de marihuana, objetores de conciencia y la mayoría de los militantes negros del lugar, así como unos pocos de pago. Sólo llevé un caso contra Larren antes de que accediera a la judicatura. Fue un asunto sin demasiada importancia: un chico muy rico, del barrio de West Shore, que intentó asaltar las casas de los amigos de sus padres. Larren tenía una robusta figura, de estatura imponente, sagaz con los testigos y en posesión de una retórica contundente. Podía adoptar un porte refinado y, en la siguiente frase, expresarse con la vulgaridad de un charlatán o el tono cáustico de un morador del gueto. El jurado casi nunca se percataba de ningún otro abogado que estuviera en la sala.

Raymond fue el primero en meterse en política. Larren manejaba la campaña de forma ostensible y aportaba los votos negros en número sustancial. Dos años después, cuando Raymond pensó que podía llegar a la alcaldía, Larren apareció en su lista como candidato a magistrado. Larren

ganó y Raymond perdió, pero el juez Lyttle pagó caro sus lealtades. Bolcarro lo desterró a un juzgado de primera instancia de la zona Norte, a donde sólo llegaban faltas contra el código de la circulación o casos de menor cuantía que normalmente son competencia de jueces. Por fin, cuatro años más tarde, Raymond pudo comprarle la libertad a cambio de su apoyo, temprano y entusiasta, a la campaña de reelección de Bolcarro. Desde entonces, Larren se ha convertido en un juez de asuntos más importantes, un autócrata implacable y, a pesar de su amistad con Raymond, en el enemigo feroz de los ayudantes del fiscal general. Se cuenta, en broma, que en sus juicios hay dos abogados defensores y el más difícil de vencer es el que lleva la toga de juez.

A pesar de todo, Larren sigue siendo una fuerza activa en las campañas de Raymond. El Código de Ética Judicial le prohíbe aceptar cualquier cargo oficial, pero sigue formando parte del grupo de asesores, compañeros de Raymond de sus años de facultad y sus primeros años de práctica cuya intimidad con Raymond, a veces, me ha llenado de una suerte de envidia adolescente. Larren; Mike Duke, director de una inmensa firma del centro; Joe Reilly, de la Facultad de Derecho... éstas son las personas a quienes Raymond acude en busca de apoyo en estas ocasiones.

Mike Duke es el encargado del aspecto financiero de la campaña. Tarea que este año ha resultado más ardua que en pasadas ocasiones, cuando Raymond no tenía ninguna oposición significativa. Entonces, Raymond no quiso solicitar ninguna subvención electoral, por miedo a comprometer su independencia. Pero este año ha tenido que dejar a un lado sus escrúpulos. Ha participado últimamente en un gran número de mítines ante liberales de talonario, caballeros elegantes como el grupo reunido hoy aquí, para confirmarles que sigue siendo el instrumento más adecuado de la justicia y que está en las mismas condiciones que hace una década. Raymond pronuncia sus discursos electorales en tono distendido, a la espera de que una llamada le haga ausentarse, primero a él y después al juez, momento que Mike aprovechará para exprimir a los presentes.

Y ésta es mi función hoy, aquí. Seré la excusa para que Raymond se pueda marchar. Me presenta y explica que tiene que ponerse al día con los asuntos de la oficina. En este ambiente, yo no soy más que un lacayo; a nadie se le ocurre siquiera pedirme que me siente y sólo el juez Lyttle se molesta en levantarse y darme la mano. Permanezco detrás de la mesa y de la nube de humo de los puros, mientras presencio la ronda final de apretones de mano y humoradas fanfarronas. Después salgo tras Raymond mientras pela un

caramelo de menta camino de la puerta.

—¿Qué tal va todo? —me pregunta, en cuanto dejamos atrás al portero y pasamos bajo el toldo verde del club. Se puede sentir cómo el aire se ha ido calmando desde esta mañana. Siento bullir la sangre. La primavera va a empezar.

Cuando le cuento la llamada de Dubinsky, no hace ningún esfuerzo por ocultar su irritación.

—Espera a que les coja jodiendo por ahí a cualquiera de los dos, y verás —se refiere a Nico y a Molto. Caminamos a grandes trancos hacia el edificio del Condado—. ¿Qué clase de mierda es ésa? ¿Una Investigación paralela?

—Ray, no es más que la opinión de un periodista expresada en voz alta. Probablemente, no sea cierto.

—Más vale que no sea cierto —responde.

Empiezo a contarle el escándalo que ha habido entre la policía y los federales, pero no me deja acabar.

—Pero ¿qué tal vamos con Carolyn? —pregunta. Veo que las especulaciones sobre las actividades de Molto no han servido más que para espolear sus deseos de resultados positivos en nuestra investigación. Comienza a interrogarme como una ametralladora. ¿Tenemos el informe de los de «Pelo y Fibras»? ¿Cuánto tardará?, ¿algo más positivo sobre las huellas dactilares?, ¿se ha pedido el extracto del fichero estatal de los procesados por Carolyn?

Cuando le digo a Ray que todo esto está ya en marcha, pero que me he pasado las últimas tres horas en la junta fiscal, se detiene en medio de la calle. Está furioso.

—¡Me cago en Rusty! —está rojo y las cejas se le arquean de ira—. ¡Ya te lo dije el otro día! Esta investigación tiene la máxima prioridad. Es lo que requiere. Della Guardia me está comiendo vivo con este asunto. Y Carolyn se lo merece. Deja que Mac se ocupe de la oficina. Está más que capacitada para hacerlo. Puede encargarse perfectamente de ver cómo los policías y los federales se méan unos a otros. Sabrá componérselas con el proceso. Tú estate en esto. Quiero que vayas a por todas y que lo hagas de manera ordenada. ¡Hazlo, cago en diez! Actúa como un profesional de una puta vez.

Miro a ambos lados de la calle. No veo a nadie conocido. Estoy pensando que tengo treinta y nueve años y que llevo trece de abogado.

Raymond reanuda la marcha en silencio. Por fin, vuelve la mirada hacia mí, agitando la cabeza. Supongo que va a continuar quejándose, pero, por el

contrario, me dice:

—¡Qué tíos más gilipollas! —Raymond no ha disfrutado el almuerzo.

En el edificio del Condado, Goldie, el pequeño ascensorista canoso que se pasa el día sentado, esperando para subir o bajar a Ray y a los comisionados del Condado, mete su taburete y dobla el periódico. He mencionado por primera vez el asunto del caso S desaparecido, pero, mientras estamos en el ascensor, interrumpo la conversación. Goldie y Nico eran buenos camaradas. Incluso alguna vez he visto a Goldie saltarse el reglamento y subir a Nico en un par de ocasiones; éstos son el tipo de detalles que realmente entusiasman a Nico: ir en el ascensor oficial. Su destino. Ponía cara de póquer, mientras Goldie inspeccionaba el vestíbulo para asegurarse de que no había moros en la costa.

Una vez llegados a la oficina, yo me atraso un tanto. Varios ayudantes se acercan a cambiar impresiones con Ray; algunos a plantearle sus problemas, otros con la única intención de conocer las últimas noticias del frente electoral. Le explico, un par de veces, que ya he revisado el archivo de Carolyn. Lo hago con ánimo disuasorio, ya que no tengo intención de confesarle más fracasos y Raymond, que salta de una conversación a otra, pierde el hilo de lo que le estoy diciendo.

—Falta un historial —le repito—. Se ocupó de un caso que no logramos encontrar.

Esto, por fin, llama la atención de Raymond. Hemos entrado a su despacho.

—¿Qué clase de caso? ¿Qué es lo que sabemos de él?

—Sabemos que estaba clasificado como soborno: un S. Parece que nadie sabe qué ha podido pasarle. Pregunté a Mac y he comprobado mi propio registro.

Raymond me estudia durante unos segundos, después, su mirada se torna ausente.

—¿Dónde se supone que debería estar a las dos? —me pregunta.

Cuando le digo que no tengo ni idea, llama a Loretta, su secretaria, gritando su nombre sin parar hasta que aparece. Resulta que Raymond está citado para comparecer en un seminario del Comité de Abogados sobre el procedimiento criminal. Esperan que explique las reformas en el sistema sumarial del ministerio fiscal, que ha estado anunciando en sus intervenciones electorales. También hay programadas unas declaraciones a la prensa a las que asistirán las cámaras de televisión. Y ya llega tarde.

—¡Mierda! —exclama Raymond—. ¡Mierda! —y se pasea por su despacho repitiendo: ¡Mierda!

Yo vuelvo a intentarlo.

—En cualquier caso, el asunto sigue registrado en la memoria del ordenador.

—¿Avisó a Cody? —me pregunta.

—¿Quién? ¿Carolyn?

—No. Loretta.

—No lo sé, Raymond.

Vuelve a chillar el nombre de Loretta.

—Avisé a Cody. ¿Le avisó ya? ¡Me cago en la puta! ¡Llámele! Y que alguien baje —Raymond me mira—. El borrachín se pone a hablar por el teléfono del coche y no hay dios que pueda encontrarle. ¿A quién coño llamará?

—Creía que a lo mejor habías oído algo de este caso. A lo mejor recuerdas algo.

Raymond no me escucha. Se ha desplomado sobre un sillón largo, que ocupa un ángulo de la habitación al que los ayudantes, irreverentemente, se refieren como el Muro de los Honores: una tira de escayola repleta de placas, fotos y otros recuerdos de grandes momentos: premios de la asociación de abogados, apuntes de dibujantes de sala de juicios, caricaturas políticas. Vuelve a tener ese aspecto cansado, errático, ensimismado, de hombre que ha visto cómo se desarrollan los acontecimientos.

—¡Dios! ¡Qué desastre de la hostia! Todas las campañas, Larren me dice que libere a un ayudante para que se haga cargo de la oficina y siempre hemos ido tirando sin necesidad de hacerlo. Pero esto está fuera de control. Hay demasiadas cosas que hacer y nadie se ocupa de nada. ¿Sabes que llevamos dos meses sin hacer un solo sondeo? Faltan dos semanas para las elecciones y no tenemos ni idea de dónde estamos, ni con quién.

Se tapa la boca con la palma de la mano y sacude la cabeza. Su estado no es tanto de ansiedad como de angustia. Raymond Horgan, el fiscal general del Condado de Kindle, ha perdido su temple.

Dejamos pasar un momento en completo silencio. No estoy dispuesto, sin embargo, después de lo que ha pasado en la calle, a postrarme ante él. Después de trece años en la función política, sé cómo ser un burócrata y quiero saber que he alcanzado mi objetivo de preguntar a Ray sobre el historial desaparecido.

—En cualquier caso —digo, aún una vez más—, no sé qué significado darle. No sé si es que está mal clasificado o si debo pensar en algo más siniestro.

Raymond me mira fijamente.

—¿Estás hablando otra vez de ese caso?

No tengo oportunidad de contestarle. Loretta avisa que hay una llamada telefónica para Raymond y él descuelga el auricular. Alejandro Stern, presidente del comité de la Comisión de Abogados, está al otro lado de la línea. Ray presenta sus disculpas: dice haber estado ocupado discutiendo el episodio de la policía contra los agentes federales y que ahora mismo va para allá. En cuanto cuelga el teléfono se pone otra vez a gritar el nombre de Cody.

—Ya he llegado —se anuncia Cody desde la puerta lateral.

—¡Fantástico! —Raymond echa a andar hacia un lado y luego hacia el otro—. ¿Dónde coño está mi abrigo?

Cody ya lo ha cogido. Le deseo suerte a Raymond.

Cody abre la puerta. Raymond sale por ella para volver a entrar un segundo más tarde.

—¡Loretta! ¿Dónde está mi discurso?

Resulta que también lo tiene Cody. Sin embargo, Raymond continúa andando hacia su mesa. Coge una carpeta y me la tiende al salir. Es el historial S.

—Ya hablaremos —me promete, y con Cody pisándole los talones sale al pasillo.

CAPÍTULO 6

—Por alguna que otra razón Wendell, el niño, se convirtió en algo muy importante —le dije a Robinson—. Quiero decir, para nosotros, para mí, al menos. Es difícil de explicar, pero de un modo u otro formó parte de mi asunto con Carolyn.

No era un chico normal. Estaba muy crecido para su edad, tenía esa torpeza al andar característica de los niños grandotes y un aspecto atontado, casi lerdo. No es que fuera tardo, sino más bien apático. Pedí explicaciones a uno de los psiquiatras, como si hubiese necesidad de ellas, y me contestó que, a sus cinco años, estaba deprimido.

Durante la tramitación del caso de su madre, trasladaron a Wendell del asilo del condado a un internado. Veía a su padre diariamente, pero ni una sola vez a su madre. Después de los clásicos tira y afloja ante el juez, Carolyn y yo obtuvimos el permiso para hablar con él. Para ser precisos, al principio, no hicimos más que presenciar las sesiones que tenía con los psiquiatras, quienes nos presentaron a Wendell. El niño jugaba con los juguetes y con las figuras que el médico tenía en su habitación y, de vez en cuando, éste preguntaba al niño qué le parecía esto o lo otro, a lo cual, casi invariablemente, Wendell contestaba que nada. Mattingly, que así se llamaba el loquero, nos comunicó que el niño no había preguntado por su madre ni una sola vez y, por eso, ellos no habían mencionado para nada el tema.

A Wendell le gustó Carolyn desde el principio. Le enseñaba sus muñecos, era a ella a quien dirigía sus comentarios, le enseñaba pájaros, camiones, cosas de fuera. En el transcurso de nuestra tercera o cuarta visita, Carolyn le dijo a Wendell que quería hablarle de su madre. El psiquiatra pareció alarmarse, pero Wendell agarró su muñeca con las dos manos y le dijo: «¿Para qué?»

La cosa fue progresando poco a poco. Veinte, treinta minutos al día. El loquero no ocultaba su sorpresa y, por fin, se decidió a pedir permiso a Carolyn para asistir a sus reuniones. Y, a lo largo de varias semanas, la historia se fue desvelando a retazos con comentarios apenas murmurados y respuestas desordenadas dadas a preguntas que, generalmente, Carolyn había hecho en días anteriores. Wendell no mostraba ninguna emoción, aparte de sus dudas. A menudo, se quedaba delante de Carolyn, aferrado con ambas

manos a una muñeca desmembrada, a la que miraba impávido. Carolyn repetía lo que él acababa de decir y después le hacía nuevas preguntas. Wendell, entonces, afirmaba o negaba con la cabeza, y a veces no contestaba. De vez en cuando, daba alguna explicación: «dolía», «llodaba», «mi dicía que me callase».

—¿Quería ella que te callaras?

—Sí. Mi dicía que me callase.

Para cualquier otra persona el hecho de someterle a esa repetición podría parecer una crueldad, pero Carolyn demostraba tener una verdadera necesidad por conocer todo esto, más allá del propio interés. Poco antes del juicio, Carolyn y el loquero decidieron conjuntamente que el ministerio fiscal no llamaría a declarar a Wendell a menos que fuese absolutamente necesario. El enfrentamiento con la madre podría ser, en su opinión, excesivo. Incluso después de adoptar esta decisión, siguió visitando a Wendell y extrayendo de él más y más cosas.

—Es difícil definir —le dije a Robinson— la manera que tenía de mirar al muchacho. Casi dentro de él. De una forma tan intensa, tan ávida... Jamás imaginé que pudiera establecer ese tipo de relación con un niño. Y me quedé asombrado.

Aquello la convirtió en algo todavía más misterioso. Parecía una especie de diosa hindú que contuviera en sí todos los sentimientos de la creación. A pesar de los ríos salvajes de pasión libidinosa que Carolyn desbordaba en mí por su forma de ser y su apariencia, había algo en la tierna atención que prestaba a este pobre niño que me estremecía, que daba a mis sentimientos una cualidad amorosa y dulce, a la que otorgaba un valor mucho mayor que a todos mis ardores fálicos. Cuando adoptaba ese tono serio, pausado y se inclinaba hacia el querido y desvalido Wendell, me sentía, a pesar de mis reproches, lleno de amor por ella.

Un amor salvaje, desesperado y obsesivo. Voluntariamente ciego. Amor, como el más verdadero, sin preocupación por el futuro. Un amor absorto en el presente e incapaz de interpretar el sentido de los signos.

Un día, comentando con Mattingly la forma en que Carolyn se había comportado con el niño, le dije: «Es extraordinario, ¿verdad?» Sorprendente, inexplicable. Quería que le rindiera honores. Pero él lo interpretó por el lado clínico, como si le estuviera preguntando cómo se podía explicar este fenómeno. Jugueteó con la pipa, meditabundo.

—He estado pensando en ello —dijo. Después su aspecto se tomó

preocupado calculando, supongo, que su respuesta podía ofenderme o ser mal interpretada. Pero continuó diciendo—: Y creo que debe recordarle, siquiera remotamente, a su madre.

El proceso se desarrolló bien. A la señora McGaffen la representaba Alejandro Stern, Sandy fuera de la sala. Un judío argentino, un caballero español, cortés, pulcro, de acento y manos perfectos. Es un abogado educado y quisquilloso. Y nosotros decidimos seguir el tono menor que imprimió al proceso. Presentamos nuestras pruebas físicas, el testimonio de los doctores y el resultado de sus observaciones; después, expusimos los frutos de nuestras investigaciones. Tras hacerlo, el ministerio fiscal descansó. Sandy reclamó la presencia de un psiquiatra que describió la dulce naturaleza de Colleen McGaffen. Después hizo alarde de sus dotes para la defensa, invirtiendo el orden usual de la presentación de testimonios. Presentó en primer lugar a la acusada, que lo negó todo; después el marido subió al estrado y, llorando desconsolado, describió la muerte de su hija mayor, la caída de Wendell, que insistía en haber presenciado, y la absoluta dedicación de su mujer al niño. Un buen abogado se esfuerza siempre por enviar al jurado un mensaje oculto con una serie de ideas que, por ser demasiado arbitrarias o impropias, es mejor no hacer explícito. Es el caso, por ejemplo, de una apelación a los sentimientos racistas cuando unas víctimas negras están identificando a unos agresores blancos, o el tono menor que adopta un abogado como Stern en un caso en grado de tentativa. En éste concretamente, Sandy quería que el jurado supiera que el marido la perdonaba. Y si él lo hacía, ¿por qué ellos no?

Como en una especie de refugio profesional, descubrí que en el tribunal me desligaba de Carolyn; disfrutaba de prolongados períodos de concentración y de vez en cuando despertaba a su presencia y a la de mi terrible obsesión por ella casi con sorpresa. Pero por este comportamiento tenía que pagar un alto precio. Para realizar las tareas más corrientes, como hablar con los testigos o reunir las pruebas, requería que toda mi fuerza se concentrara en hacer reaccionar mi congelada atención: «No pienses en ella. Por favor, no pienses en ella ahora.» Pero lo hacía. Me movía en un espacio fuera de la realidad, oscilaba entre una serie de fantasías sensoriales con momentos de auténticas broncas conmigo mismo y los instantes en los que ella estaba presente, durante los cuales yo, sencillamente, me quedaba embobado.

—Finalmente —le dije a Robinson—, llegó una noche en que nos quedamos trabajando en su despacho hasta bastante tarde. El turno de la

defensa estaba llegando a su fin. Darryl había empezado a testimoniar y el patetismo de su incapacidad para tratar cualquier tema relacionado con el caso era verdaderamente emotivo. Carolyn iba a ocuparse de su interrogatorio y tenía la moral alta. La sala de juicio estaba llena de periodistas; en dos canales de televisión se reseñaban los pormenores de la vista casi todas las noches. Y en sí mismo, el interrogatorio era interesante porque requería una habilidad quirúrgica: había que destruir a Darryl como testigo, pero no como persona. Siempre contaría con las simpatías del jurado pues, en definitiva, estaba haciendo lo que cualquier otro habría hecho en su lugar: intentar salvar lo que quedaba de su familia. Así pues, Carolyn quiso prepararlo con cuidado; empezó a practicarlo, a modularlo, a repetirlo en voz alta, destellando ante mí como una moneda lanzada al aire. Se había quitado los zapatos y llevaba una falda amplia que revoloteaba cada vez que daba la vuelta en aquel espacio tan estrecho. Caminaba con decisión mientras iba puliendo el tono y el matiz de las preguntas.

Los envoltorios de la comida preparada que nos habíamos subido estaban esparcidos por la mesa, junto con varios informes: los referidos al horario oficial y al real de Darryl que demostraban que está demasiado ocupado para saber lo que ocurre en su casa; los informes médicos sobre el niño; las observaciones de sus profesores y de una tía. Vamos componiendo cada pregunta: «No, no. Más suave, más suave: "Señor McGaffen, ¿usted no podía saber que Wendell enseñó sus hematomas en la escuela?" Así. Quizá, tres preguntas: "¿Conoce usted a Beverley Morrison? Bien. ¿Refrescaría su memoria recordarle que es la profesora de Wendell? ¿Tenía usted conocimiento de que en la tarde del siete de noviembre la señorita Morrison comentó a su esposa la condición física de Wendell?"»

«Con dulzura», dice ella.

«Eso es», digo yo. «No te acerques mucho a él, ni te muevas demasiado por la sala. Que no parezca que estás enfadada.»

—Y, Carolyn, muy excitada, se inclina hacia mí, pletórica, y me coge ambas manos. «¡Va a salir todo tan bien!», dice, y sus ojos más bien verdes, se detienen conmigo un poco más de lo necesario, lo suficiente para darme cuenta de que ya no estamos con el proceso. Y yo, que hasta entonces no le he dicho una sola palabra de lo que pienso, pronuncio en voz alta, en tono patético: «¿Qué diablos está pasando, Carolyn?» Y ella sonrío sólo un momento, pero con un resplandor fascinante, y contesta: «Ahora, no.» Y vuelve inmediatamente a centrarse en su intervención.

«Ahora, no.» Ahora, no. Aquella noche, cogí el último autobús a Nearing y, sentado en la oscuridad, sopesé la situación mientras las luces de la calle nos alumbraban a intervalos regulares. Ahora, no. ¿Estoy indeciso? Yo, no. Es bueno, es malo. No lo sé. Quiero dejar las cosas como están.

Pero al menos había algo. Gradualmente, fui reconociendo lo que significaba nuestra comunicación. No estaba loco. No eran imaginaciones mías. Algo estaba pasando. Habíamos hablado de *algo*. Y, aquella inquietud mía, turbulenta y errática, empezó a variar de rumbo. Allí sentado en la parte de atrás del autobús, en un pozo de oscuridad, mis obsesiones adquirieron un viso de sensatez y, sabiendo que me movía en el reino de lo real, sencillamente empecé a sentir miedo.

CAPÍTULO 7

Estudio B, reza un cartel en la puerta. Entro en un gran espacio abierto del tamaño de un gimnasio pequeño. La luz tiene una especie de calidad mostaza. Las paredes, de baldosín amarillo, irradian una luminiscencia peculiar. El lugar me recuerda mucho la escuela de Nat: una fila de fregaderos y las paredes cubiertas hasta el techo de compartimentos de madera clara, que supongo serán las taquillas de los estudiantes. Un joven está trabajando. Su caballete está al lado de la ventana. Pasé muchos años en la universidad. Si tuviera que hacer una valoración superficial, probablemente los mejores de mi vida. Pero creo que jamás puse los pies en el Centro de Arte, sobre todo si no se cuenta el edificio adyacente, el auditorio al que Barbara se obstinaba en llevarme, de vez en cuando, a ver algunas obras. Me quedo un instante preguntándome qué me habrá hecho venir aquí. Decididamente, hubiera sido mejor enviar a Lipranzer.

—¿Marty Polhemus? —pregunto.

El joven vuelve la cabeza y en sus ojos percibo cierta inquietud.

—¿Es usted de la policía?

Le ofrezco la mano y le digo mi nombre. Marty tira el pincel sobre una mesa en la que hay esparcidos una serie de tubos de acrílicos y frascos blancos de imprimación; se limpia las manos con el faldón de la camisa antes de estrechar la mía. Es el clásico estudiante de arte, con la cara llena de granos, el pelo muy largo formando bucles de color latón; tiene manchas de pintura por toda la ropa y las uñas sucias de pintura y mugre a partes iguales.

—Ya me dijeron que alguien más podría venir a verme —me dice Marty. Es un chico nervioso, de los que les gusta quedar bien. Me pregunta si quiero un café y vamos hacia la máquina que está al lado de la puerta. Marty sirve dos tazas de plástico que deja sobre la mesa para rebuscar el dinero en sus bolsillos. Por último, he de ser yo el que eche los dos cuartos de dólar en el bote.

—¿Quién? —le pregunto, mientras allí de pie nos dedicamos a soplar en nuestras respectivas tazas—. ¿Quién te dijo que podía venir a verte? ¿Mac?

—Raymond, el señor Horgan.

—¡Ah! —exclamo. Hay un momento de silencio tenso, aunque Marty me parece el tipo de muchacho con el que debe de ser frecuente que se

produzcan muchos momentos así. Le explico que soy el fiscal encargado de la investigación del asesinato de su madre y que me han informado de su horario de clases en la secretaría de la universidad: martes, de una a cuatro, en el Estudio de Arte Independiente—. Sólo quería cambiar impresiones contigo para saber si hay algo más que puedas añadir.

—Desde luego. Claro. Lo que quiera —volvemos hacia su caballete y termina sentándose en el ancho alféizar de la ventana. Desde allí puede verse, más allá de la universidad, cómo salen a la superficie los raíles del ferrocarril y se reúnen en el ombligo de la ciudad, como una cicatriz larga y tangible. El chico está mirando hacia allí y, por un momento, fijo mi vista en la misma dirección.

—No la conocía bien —comenta—. ¿Ya conoce la historia, no?

Sus ojos se mueven, inquietos, y no estoy seguro de qué respuesta prefiere: que sí o que no. Al confesarle mi ignorancia, asiente con la cabeza y desvía la mirada.

—No la vi durante mucho tiempo —me dice—. Mi padre puede contárselo mejor, si quiere saber los detalles. Llámeme. Me dijo que haría cualquier cosa que pudiera resultar útil.

—El vive en Nueva Jersey.

—Eso es. Le daré su número de teléfono.

—Doy por sentado que estaban divorciados.

Este comentario suscita la risa del chico.

—¡Dios! Espero que sí. Ahora está casado con mi madre... o sea, Muriel, pero yo siempre la llamo madre. Llevan casados quince años.

Sube las piernas al alféizar y observa el apretado grupo de edificios de la universidad mientras habla. Después de sugerirme que llame a su padre, Marty, en un instante, se decide a contarme su pasado. No se siente muy a gusto haciéndolo y se retuerce las manos casi dolorosamente. Pero continúa sin que sea necesario empujarlo. La historia que me va desvelando a trompicones es el típico relato de la era contemporánea: su padre, Kenneth, era profesor de inglés en un instituto de una pequeña ciudad de Nueva Jersey, y Carolyn, su alumna.

—Mi padre dice que era una chica, ya sabe, realmente atractiva. Creo que empezaron a salir cuando ella todavía iba a la escuela. Lo hacían a hurtadillas, o algo así. Y eso no es muy del estilo de papá. Para nada. El es muy tranquilo. Estoy seguro de que no había salido con más de dos chicas antes de ella. No me lo ha dicho, pero estoy seguro. Creo que fue como una

gran pasión. ¿Sabe? Realmente romántico. Por lo menos por parte de él.

El chico parece ahora un tanto confundido. La valoración de su madre le resulta confusa. Está claro que no la conocía lo suficiente para imaginar siquiera sus emociones.

—A ella —dice—, a Carolyn. O sea, a mi madre. A mi madre verdadera —el chico pone una cara rara—, mi padre la llamaba Carne. Ella tenía muchos hermanos y un padre. Su madre había muerto. Yo creo que ella los odiaba a todos. No lo sé seguro. Pero todos se odiaban entre sí. Papá decía que su padre siempre andaba a la greña con ella. Se sintió muy feliz al marcharse de allí.

De pronto, el chico se pone de pie y se aproxima a su pintura: un ojo giratorio de color rojo. Le echa un vistazo y toma uno de los tubos. Va a seguir trabajando, mientras habla.

Me dice que no sabe exactamente por qué rompieron sus padres. Cuando él nació, Carolyn estaba arreglando los trámites para ir a la universidad y le entristeció mucho tener que hacerlo. Su padre le contó que, en aquellos días, el mundo se les vino encima y que Carrie fue incapaz de remontarlo. Tenía un amante, dice Marty, está bastante seguro por la forma de hablar de su padre. Pero parece que a éste no le gustaba explayarse en este capítulo. Prefiere explicarlo diciendo que como producto de sus propias insatisfacciones, le dejó de gustar la ciudad, su marido y la vida que llevaba.

—Mi padre dice que era demasiado joven cuando se casaron y que creció y quiso ser algo más y que se decidió a llevarlo a cabo. Papá me contó que se armó un lío tremendo. Y, un día, se marchó. Dice que, probablemente, eso fue lo mejor. Es de éstos; dice cosas así y se las cree.

Este padre surge de las palabras de su hijo como una imponente figura, sabio y comprensivo; la clase de hombre que pasa las noches perdido en sus meditaciones en el salón de su casa, un profesor que siempre lleva a sus alumnos en el corazón. Estoy a punto de confesarle a este chico que yo también tengo un hijo y que me gustaría que un día él hablara así de mí.

—No tengo ni idea de quién la mató —me dice Marty Polhemus, bruscamente—. O sea, supongo que por eso ha venido a verme.

¿Por qué he ido?, me pregunto de repente. Me imagino que para ver lo que ella escondía o no quería contar. Para desdramatizar un poco más mi idea de lo que yo había creído intimidad.

—¿Cree que fue algún conocido suyo? —me pregunta—. O sea, ¿tiene sospechas, o como lo llamen? ¿Pistas?

Le digo que la respuesta es no. Le describo la naturaleza equívoca de las evidencias: las ventanas abiertas, el vaso. Evito hacer mención de las cuerdas o de la condición anómala del fluido seminal. Después de todo, era su madre. Aunque mi sensibilidad me indica que no es necesario ser demasiado cuidadoso ni solícito. Tengo mis serias dudas de que el aspecto aturdido de Marty tenga nada que ver con los recientes acontecimientos. Al contrario, hay algo que le hace ver todo esto desde fuera.

—Carolyn se ocupó de muchos casos de violación —le digo—. Hay quien cree que pudo ser alguno de los condenados.

—Pero, ¿usted, no?

—Los asesinos no son en general tan misteriosos. En esta ciudad, estos días, la mitad están relacionados con bandas. En casi todos los casos restantes, la víctima y el asesino se conocían mutuamente. Un cincuenta por ciento son por amores rotos: matrimonios en crisis, amantes infelices, ese tipo de cosas. Normalmente, siempre ha salido algún tipo de ruptura en los seis meses anteriores. El móvil suele resultar evidente.

—Tenía muchísimos novios —avanza Marty, *motu proprio*.

—¿Ah, sí?

—Me lo imagino. O sea, muchas veces me decía que no quería que apareciese por su casa. La llamaba, ¿sabe?, y en seguida sabía que estaba con alguien. No siempre podía descubrir lo que le pasaba. Creo que le gustaban los secretos, ¿sabe? —se encoge de hombros—. Creía que llegaría a conocerla. Para eso vine aquí. Mi padre intentó disuadirme, pero yo creí que estaba obrando bien. Ya no estoy tan interesado en la escuela. Pensé que de ir a la universidad, daría igual una que otra. Y, además, resulta que me están suspendiendo todas.

—¿No me digas?

—No todas. No puedo entender la física. No puedo. Ésa sí que no la apruebo en la vida.

Una chica con una camiseta de la gira mundial de un grupo de rock y un aspecto agradable traspasa la puerta y pregunta si ha visto a alguien llamado Harley. Marty le dice que no. Se oyen sonidos de un estéreo en el vestíbulo las dos veces que abre la puerta para entrar y para salir. El chico cambia de pinceles y se pone a trabajar a pocos centímetros del lienzo. Sus pinceladas son meticulosamente diminutas.

Continúa hablando de Carolyn.

—Durante años, supe que estaba aquí. Empecé a escribirle cartas.

Después, cuando por fin pude reunir el suficiente coraje, la llamé por teléfono. No era la primera vez que hablaba con ella. Nos llamaba muy de vez en cuando. Después de Año Nuevo, mucho. Como si hubiera querido llamar en vacaciones pero no se hubiera atrevido. En cualquier caso, estuvo muy simpática cuando le dije lo de venirme aquí. De verdad. «¡Vaya, eso sería estupendo!» Y tal y cual. Muy amable —dice y se asiente a sí mismo—. Educada. Esa es la palabra, ¿verdad?

—Sí —le confirmo.

—Así la vería. Y lo hice; muchos domingos. Un par de veces coincidí con algunos amigos suyos, cuando a ella le parecía bien, supongo. Ya sabe, así conocí al señor Horgan.

Me doy cuenta de que la tensión emocional es grande; y me parece que lo mejor es dejar que el chico hable, a pesar de mis ansias por conocer más detalles.

—O sea, ella estaba muy ocupada. Tenía una carrera y todo eso. Quería presentarse a fiscal general. ¿Lo sabía usted?

Tardo en contestar más de lo debido, aun tratándose de una conversación tan deshilvanada. Puede que mi expresión refleje cierta inquietud, porque el chico me mira de un modo extraño. Al fin, le digo que en la oficina del fiscal hay muchas personas con esas mismas aspiraciones. Pero eso no lo desanima.

—¿La conocía usted de verdad? O sea, trabajaba con ella y cosas así.

—De vez en cuando —repongo. Pero, por la forma en que me mira, comprendo qué mis esfuerzos por eludir una respuesta directa han sido en vano—. Me estabas contando lo que sucedía cuando la visitabas.

Se detiene un momento, pero se ve que está acostumbrado a colaborar con adultos. Vuelve a concentrar la atención en su pincel y lo restriega en un platillo de plástico. Antes de hablar, mueve los hombros.

—No mucho —dice. Entonces, alza su cabeza de enmarañada melena color latón y me mira directamente a los ojos—. Nunca hablaba de los tiempos pasados —me dice—. De cuando yo era niño. Yo había imaginado que lo haría. Pero supongo que no tenía presente esa parte de su vida. ¿Sabe? O sea, que no decía nada.

Asiento de nuevo y, por un momento, ninguno de los dos dice nada. Sus ojos se animan de nuevo.

—Yo no le interesaba, ¿sabe? Fue de lo más simpática. Pero como si le diera igual. Por eso mi viejo no quería que viniera aquí. O sea, que se pasó

todos estos años intentando disculparla, diciendo que había sido un momento en su vida y rollos así. No quería que yo sintiese que se había ido por mi causa. Pero él sabía lo que pasaba —tira el pincel—. Si quiere saber la verdad, el señor Horgan tuvo que convencerme para que fuera al funeral. Yo no iba a ir. No me apetecía y ya está. Mi propia madre. Es muy terrible, ¿no?

—No lo sé —digo yo. Baja el lienzo y lo contempla a sus pies. Parece agradecer mi interés por él. Es muy joven, pienso, y hay una ternura tan grande en su inquietud.

—Mi madre murió cuando yo estaba en la Facultad de Derecho —le digo suavemente—. La siguiente semana fui a ver a mi padre. Nunca lo hacía, pero supuse que dadas las circunstancias... —hago un gesto—. En cualquier caso, él estaba haciendo las maletas. Tenía la mitad de la casa en cajas. Le dije: «Papá, ¿dónde vas?», y él: «A Arizona.» Resultó que había comprado un terrenito y un remolque. Nunca me había dicho ni una palabra. Si no hubiera ido aquel día, estoy seguro de que se hubiera marchado de la ciudad sin siquiera despedirse de mí. Y así fue siempre en nuestra familia. A veces, las cosas entre padres e hijos van así.

El chico me mira en silencio durante un largo minuto, desconcertado por mi franqueza o por el tema de nuestra conversación.

—Y ¿cómo se reacciona ante eso, eh? ¿Cómo?

—Intentas madurar. Como buenamente puedas. Yo tengo un hijo y lo es todo para mí.

—¿Cómo se llama?

—¿Mi hijo?

—Sí.

—Nat.

—Nat —repite el hijo de Carolyn.

Me vuelve a mirar.

—¿Qué era ella para usted? O sea, seguro que no eran sólo compañeros de trabajo, ¿verdad? ¿Era también una especie de novia? —me pregunta.

Estoy seguro de que se ha percatado de mi anillo. Su movimiento de barbilla al hacerme la pregunta parece casi apuntar en esa dirección, pero no me siento capaz de mentir a este chico tan dulce, tan decente.

—Me temo que, durante un tiempo, también fue novia mía. A fines del año pasado —le confieso—. Muy poco tiempo.

—Sí —dice el chico y sacude la cabeza con verdadero asco. Espera encontrar a alguien a quien ella no engatusara y no hay nadie aquí que pueda

vanagloriarse de eso.

—Cuando suspenda —me dice—, me iré a casa.

Esta declaración tiene el suficiente peso como para indicarme que acaba de tomar esa decisión. Pero yo no le contesto. No necesita que nadie le diga que su decisión es correcta. Le sonrío con bastante cordialidad para que se percate de lo bien que me ha caído, al menos eso espero. Después, me voy.

CAPÍTULO 8

—¿Sabes? Allá —dice Lip, refiriéndose a la comisaría de McGrath, sede de la oficina central de la policía— le llaman a este asunto «Misión imposible» —está hablando de la investigación del asesinato de Carolyn—. Ya sabes, los polis dicen: «¿Alguna novedad en la misión imposible?», como si todos pensarán que este jodido asunto no llegará nunca a aclararse. Al menos, no a tiempo para Horgan. No debería haber sugerido a la prensa que daríamos con algo en seguida. Debería haberle restado importancia, en lugar de celebrar cuarenta malditas entrevistas para explicar lo mucho que estamos trabajando.

La boca de Lip está llena de pan y salsa de tomate, pero eso no le impide seguir protestando. Está enormemente irritado. Nos encontramos ante un solar baldío, una especie de basurero situado bajo el viaducto de la autopista. Su accidentado suelo está salpicado de bloques rotos de cemento armado, con las barras oxidadas asomando por sus extremos, junto a los cuales se acumulan desperdicios de los más diversos tipos: botellas, periódicos, piezas de coches abandonadas, cubierto todo ello por una lluvia de pelotas de papel y vasos de plástico estrujados, dejados allí por los numerosos transeúntes que, al igual que nosotros, han comprado un bocadillo en Giacalone, al otro lado de la calle. Es uno de los lugares favoritos de Lip, un quiosco italiano, en el que logran meter una chuleta de ternera con *marinara* y todo en un panecillo de Viena. A Lipranzer le gusta comer fuerte a mediodía; es la reacción del hombre soltero a la anomalía de la cena. Nuestras bebidas reposan sobre los restos de un banco público, en el que ambos tenemos apoyado un pie. Sus tablas de madera barata están grabadas con los nombres de chicos del barrio y algunos enamorados adolescentes.

Andando hacia el coche de Lip, intercambiamos información. Yo le cuento mi entrevista con el chico y su nulo resultado positivo. Lip comenta sus actividades recientes. Fue a ver a la vecina que declaró haber visto a un extraño.

—La señora Krapotnik—dice Lip—. Es una fiera. ¿Se lo dijo a alguien? Se lo estoy diciendo a usted —sacude la cabeza—. Mirará los archivos, pero antes de ir a verla tengo que hacerme con unos tapones para los oídos.

—Y, ¿qué hay del índice? —El índice es el fichero oficial de todos los

acusados de crímenes sexuales.

—Na —dice Lip.

—¿Nada en relación con las cuerdas?

—La señora con la que he hablado dice que leyó algo así en un libro. Ningún conocido suyo lo hizo nunca. ¡Joder! ¿Puedes creer que esté leyendo eso? Debería bastarle con su trabajo.

Lip lleva el habitual vehículo oficial de la policía, un Aries dorado sin signos externos, a excepción de los neumáticos negros y las placas de matrícula que, al igual que todas las de todos los vehículos de la policía, empiezan por ZF, constituyendo así un código que reconoce hasta el último maleante de la ciudad. Arranca a todo trapo. Los policías, los taxistas, toda la gente que vive en el coche conduce siempre muy deprisa. Zigzaguea por uno de sus muchos atajos en dirección al centro cuando, a causa de un desvío, se ve obligado a meterse en Kinbark, la arteria principal de mi antiguo barrio. El tráfico es muy denso y avanzamos con lentitud procesional por la avenida. Ahí está, pienso, ahí está. Milos, el primo de mi padre que compró la panadería cuando él se marchó, no se ha molestado en cambiar el letrero. Todavía se lee «Sabich's» en grandes letras azul marino.

Sólo recuerdo ciertos detalles del interior: las cortinillas de la puerta en verano, que transfiguraban las siluetas de los transeúntes; las estanterías de las bandejas metálicas de color azul detrás del mostrador; la pesada caja registradora de acero con su rotundo sonido metálico... y eso que trabajaba allí todos los días. Yo tenía seis años cuando se requirió mi presencia por primera vez; era un par de manos, improductivas hasta entonces, y que no había que pagar. Me enseñaron a desempaquetar y a apilar las cajas flexibles y blancas de las tartas. Las subía de doce en doce del sótano a la tienda. Aquellas cajas tenían unos cantos tan pulidos, que eran lacerantes como cuchillos afilados. Muchas veces me cortaba los nudillos y las yemas de los dedos. Aprendí a temer que eso ocurriera, ya que para mi padre, una gota de sangre en el costado de una caja constituía un escándalo. «Esto no es una carnicería.» Acompañaba a este comentario una mirada, en la que se mezclaban, en espantosa proporción, odio y asco.

En mis sueños de aquella época, siempre era verano; cuando el aire de este valle era tan denso como el de un pantano y el calor seco que añadían los hornos hacía que incluso andar por la tienda fuese trabajoso. Sueño que mi piel está cubierta de sudor y que mi padre me llama; se ha caído un pastel; mi miedo es como un ácido que me corroe las venas y los huesos.

Si tuviera que pintar a mi padre, lo representaría con la cabeza de gárgola y el corazón acorazado de un dragón. Los canales de sus sentimientos estaban demasiado enmarañados, coagulados, estrangulados, demasiado llenos de despecho como para poder albergar ningún afecto por un niño. No había ni la más remota posibilidad de que alguna vez intentara ver la vida desde mi óptica. Como el piso, sus paredes y sus cuadros, como los muebles que rompía, resultaba evidente que mi padre me consideraba una posesión de mi madre. Crecí aceptando con naturalidad lo que parecía un sencillo acuerdo: mi madre me amaba; mi padre, no.

Su gran satisfacción, si un sentimiento tan árido puede recibir semejante apelativo, consistía en abrir la tienda por las mañanas, encender los hornos, levantar el toldo y sacar el polvo blanquecino con la escoba por la puerta de atrás al final del día. En su familia, había habido cuatro generaciones de panaderos y él hacía, sencillamente, lo que le habían enseñado. Era inflexible con el trabajo y sus procedimientos eran exactos. Jamás trató de halagar a sus clientes; carecía de humor y de las miras comerciales necesarias. Es más, veía en cada persona que entraba a un enemigo potencial; alguien que venía a quejarse, a timarle, a engatusarle para, al final, llevarse el pan del día anterior. Pero sus ingresos fueron siempre estables; era una persona con fama de honrado; no quería tener empleados y él, personalmente, hacía el trabajo de dos; no hizo la declaración de la renta, por lo menos durante veinte años.

Llegó a este país en 1946. Me dieron el nombre del lugar en el que había crecido, un pueblo a unas doscientas millas de Belgrado. Allí casi todos se habían hecho partisanos. Cuando los nazis entraron en 1941, alinearon a los adultos junto a las tapias de la escuela y los fusilaron. A los niños los dejaron a su suerte. Mi padre, que apenas contaba dieciocho años y a quien había salvado su rostro lampiño, anduvo casi seis meses por las montañas con una banda, antes de que los capturaran. Pasó el resto de la guerra en campos de concentración: primero en campos de trabajo nazis y, después de la liberación, en los que crearon los aliados para refugiados. Sus parientes americanos le arreglaron el pasaje intimidando a su representante del distrito y a otros miembros de su plantilla de una manera incesante y excéntrica. Mi padre fue una de las primeras personas desplazadas a las que se permitió la entrada en los Estados Unidos. Y un año más tarde, ya no se hablaba con mi tía abuela ni con sus hijos, que tanto habían trabajado para salvarle.

Oigo los cláxones sonando a coro y me vuelvo para averiguar la causa. El hombre que conduce el coche situado detrás del nuestro aporrea el volante

y hace un gesto beligerante en mi dirección. Me doy cuenta, entonces, de que Lip se ha parado en medio del tráfico. Pienso que ha captado la dirección de mi mirada y ha dejado pasar a los otros coches pero, cuando me vuelvo para observar su expresión, sus ojos ya se han desviado y están deliberadamente concentrados en la circulación.

—Los «Pelo y Fibras» han remitido ya su informe —dice, al fin. Sus ojos grises, su cara arrugada de pómulos marcados no dejan traslucir nada. Sereno como las aguas de un estanque.

Le pido que me cuente y Lip, sumisamente, resume el contenido del informe. En el cuerpo y en los vestidos de Carolyn han encontrado hilos de una moqueta que no ha aparecido en su apartamento. El tejido se denomina Zorak V, es sintético y de manufactura doméstica; color malta escocesa, que es el tono más vendido. No se puede identificar la tintada y los restos encontrados pueden provenir tanto de modelos industriales como domésticos. En conjunto, habrá probablemente unos cincuenta mil hogares y oficinas en todo Kindle de donde podrían proceder los hilos de moqueta. No hay pelos ni fragmentos de piel en los dedos ni en las uñas de Carolyn, lo que confirma que no hubo lucha antes de ser atada y el único cabello humano distinto al de Carolyn encontrado junto al cadáver se ha identificado como femenino y, por lo tanto, no significativo. La cuerda que sirvió para atarla es de la que se usa normalmente para tender la ropa de fabricación americana; se vende en cualquier gran almacén.

—Eso no nos lleva muy lejos —le digo a Lipranzer.

—No mucho —contesta—. Por lo menos, sabemos que no agarró a nadie.

¡Quién sabe! —digo yo—. Sigo dándole vueltas a lo que hablamos la semana pasada. A lo mejor, era alguien que ella conocía. Recuerdo que, estando en la facultad, nos pasábamos el caso de un tío cuya agencia de seguros se rehusaba a pagar la póliza. La demanda, entablada por su viuda, era para morirse de risa, ya que resultaba que el tipo se había muerto de un golpe mientras intentaba colgarse. Literalmente. Con la soga alrededor del cuello y todo. Cascó al tropezar con el taburete sobre el que pensaba subirse.

¡No jodas! —exclama Lipranzer, riendo a carcajadas—. ¿Quién ganó el caso?

—Si no recuerdo mal, la compañía de seguros. El tribunal dictaminó que no era un riesgo cubierto. En resumen, quizás eso fuera de lo que se trataba. Ya sabes, perversión a gran escala. Cada vez lo creo más y más. Por lo visto,

es una especie de extraño placer que te llega cuando pierdes el conocimiento.

—Y ¿cómo explicas que ella muriera del golpe?

—Quizá su macho se asusta. Piensa que la ha matado y que se repite la historia de John Belushi. Eso le decide a prepararlo todo para que parezca otra cosa.

Lip sacude la cabeza. No le gusta mi versión.

—Estás sacando las cosas de quicio —me advierte—. No creo que el informe del patólogo confirme tu historia.

—Voy a hacer que Sin-Dolor lo compruebe, de todas formas. Esto parece recordar algo a Lipranzer.

—Sin-Dolor me llamó hace un par de días. Dice que ya le han mandado el informe del laboratorio químico-forense. Por el tono de su voz, no parece que haya grandes novedades, pero podrías pasar a recogerlo. Yo tengo que ir al barrio Oeste, a enseñarle las fotos a la señora Krapotnik.

Ya estamos de vuelta en el centro. Lip se mete en el primer espacio que encuentra en el aparcamiento reservado para la policía y, sorteando la muchedumbre del mediodía, nos encaminamos hacia la oficina. En la calle, nuestra primavera, como a menudo sucede, se está convirtiendo rápidamente en verano. Se percibe la fragancia de la estación que está a dos meses de distancia. Y ha animado a algunas mujeres a vestirse de verano: camisas sin mangas y tejidos ligeros y ceñidos, propios de la siguiente estación. ¡Dios, qué guapas son algunas de esas jóvenes morenas, las italianas y las mexicanas, sobre todo!

—¡Mierda! —exclamo—. No estoy logrando nada.

Él deja escapar una exclamación.

—¿Fuiste a por el resultado del informe de las huellas?

Lanzo un juramento.

—Sabía que se me olvidaba algo.

—Eres un cojonazos —me dice—. A mí no me lo van a dar. Ya se lo he pedido dos veces.

Le prometo que lo haré, y también ver a Sin-Dolor, hoy o mañana. Ya de vuelta en mi despacho, le digo a Eugenia que no me pase llamadas y cierro la puerta. Saco el historial S que me dio Horgan.

Lip lo estudia un momento.

El historial S, tal como lo recibí de Ray, consiste enteramente en una hoja de registro que se hizo cuando el caso entró en la memoria de nuestro sistema de ordenador, otra hoja con varias notas de puño y letra de Carolyn y

la fotocopia de una larga carta. No se indica si conservamos el original o esta copia es todo lo que hay. Está escrita a máquina con toda pulcritud y, sin embargo, no parece obra de un profesional. Los márgenes son estrechos y no deja espacio entre párrafo y párrafo. El autor es alguien que sabe escribir a máquina pero que no lo hace a menudo; quizá se trate de un ama de casa o de un hombre de profesión liberal.

He leído la carta tres o cuatro veces, pero lo hago una vez más a medida que Lip me va pasando las hojas.

Estimado señor Horgan:

Le escribo a usted, porque he sido admirador suyo durante muchos años. Estoy convencido que es totalmente ajeno a todo lo que me hace escribirle esta carta. Es más, creo que agradecerá la información. Probablemente, no habrá nada que usted pueda hacer, pues esto pasó hace mucho tiempo. Pero estoy convencido de que le gustaría saber que los hechos sucedieron mientras usted era fiscal general y están relacionados con alguien que trabajaba para usted, concretamente un ayudante suyo, que en mi opinión aceptaba sobornos. Este verano se cumplirán nueve años desde que una persona a la que llamaré Noel fue arrestada. Noel no es el nombre verdadero de esta persona, pero si se lo dijera, usted acudiría en primer lugar a él y le hablaría de todas las cosas que le voy a contar. Eso le haría pensar y acabaría por descubrir que fui yo el que lo delató. Y después se vengaría de mí. Créame, le conozco realmente bien y sé lo que estoy diciendo. El me haría lamentar haberle hecho esta confesión. Pero volviendo a nuestro tema, Noel fue arrestado. Yo creo que el motivo no es ahora importante, pero le diré que era algo que le avergonzaba muchísimo. Porque así es él. Noel pensaba que si la gente con la que trabajaba y salía llegaba a descubrir lo que había hecho, no querrían volver a relacionarse con él. Valientes amigos. Pero, así es Noel. Su abogado le dijo que era mejor que admitiese su culpabilidad, porque no pasaría nada ni nadie se enteraría. Pero Noel es una persona muy paranoica y se puso a correr por todas partes como un loco, aterrorizado por la posibilidad de que alguien llegara a descubrirlo. Muy pronto empezó a decir que iba a comprar a alguien. Al principio pensé que lo decía en broma. Noel es capaz de cualquier cosa, pero no parecía de esa clase. Si supiera de quién se trata, sabría por qué lo digo. Pero él siguió diciendo que lo iba a hacer; que le costaría 1.500 dólares. Lo sé porque, en pocas palabras, fui yo quien le prestó el dinero. Puesto que Noel es como es, pensé que lo mejor sería asegurarme de que el dinero

llegaba a su destino previsto. Fuimos los dos al Juzgado de Instrucción de la zona Norte, en la confluencia de Runyon y la 111. Allí no tuvimos que esperar ni un minuto siquiera, y una secretaria que parecía conocer a Noel se nos acercó y nos condujo al piso de abajo a las oficinas de los fiscales. El nombre de usted, Raymond Horgan, estaba escrito en la puerta, lo recuerdo. Noel me pidió que esperara fuera y yo estaba tan asustado en aquel momento que no podía discutir con él, aunque aquello era una estupidez ya que me había molestado en ir hasta allí para verle hacer la entrega del dinero. El caso es que no estuvo dentro ni dos minutos y después salió. Había puesto el dinero en un calcetín (no es broma) y, cuando salió, me lo enseñó y estaba vacío. Me fui de allí casi corriendo, pero Noel estaba muy tranquilo. Más tarde, le pregunté qué había sucedido. A Noel nunca le gustó hablar de este asunto. Decía que así me protegía (¡Ja!). Supongo que pensaba que si no me olvidaba de él, más tarde o más temprano le pediría que me devolviese mi dinero. Sea como sea, me dijo que la chica le había dejado en la oficina y le pidió que esperara allí. Entonces, oyó a un hombre hablarle desde atrás. Le dijo que pusiera lo que había traído en el cajón intermedio del escritorio y que se marchara. Y así lo hizo. No miró para atrás en absoluto. Diez días más tarde, Noel tuvo que presentarse ante el juez. Estaba otra vez medio loco y no paraba de decir que le iban a apretar los tornillos, pero en cuanto llegó allí, el representante del fiscal general dijo al juez que retiraban todos los cargos. He tratado una y otra vez de recordar el nombre del representante, pero no he podido. En un par de ocasiones, le pregunté a Noel quién era el tipo al que había sobornado pero, como ya le he dicho, no le gustaba hablar de ello y me contestó que no me metiese en donde no me llamaban. De modo que le escribo esta carta. No he visto a Noel desde hace dos años. Francamente, esto no es lo peor que ha hecho, ni mucho menos, puesto a creer todo lo que él cuenta, pero sí lo único que le he visto hacer con mis propios ojos. No es mi intención que se detenga a Noel, sino más bien denunciar la actividad de este fiscal que, al aceptar dinero y aprovecharse de la gente, obraba de forma, a mi juicio, totalmente incorrecta y para que usted hiciera algo al respecto. Un par de personas, a las que conté esta historia sin revelar ningún nombre, dijeron que usted no podría actuar sobre unos hechos ya tan antiguos, desde el momento que el delito ha prescrito, pero me imagino que éste no será el único caso en que algo similar ha sucedido y, quizás incluso, sigan haciendo las mismas cosas. En realidad, creo que lo que acabo de escribir no es cierto. Espero que encierren a Noel

también. Pero no quiero que él me culpe a mí. Y si llegan a cogerlo, les pido por favor que no le enseñen esta carta. Confío en usted.

Por supuesto, es anónima. En nuestra oficina se reciben cartas así todos los días. Hay dos personas que no hacen prácticamente otra cosa que contestar este tipo de correspondencia y atender a los chiflados que se acercan en persona hasta la recepción de la oficina. Las quejas que parecen más fundadas se filtran y así es como, seguramente, ha llegado ésta a manos de Raymond. Incluso a pesar de este filtro, la mayor parte es pura basura. Pero ésta en concreto, por todos sus extraños ribetes convulsos, tiene trazas de ser real. Es más que posible, desde luego, que nuestro confidente fuera simplemente estafado por su amigo Noel. Pero él, que está en mejor posición para juzgar la veracidad del caso, no parece creerlo así.

De todas formas, no es de extrañar que Raymond Horgan no quisiese dejar el expediente al alcance de cualquiera en un año de elecciones. A Nico le encantaría descubrir pruebas de un crimen sin resolver cometido durante el mandato de Ray. Como apunta el autor de esta carta, no es probable que el episodio del amigo Noel fuera un caso aislado. Lo que tenemos entre manos es un escándalo de primera magnitud. Un soborno aún sin aclarar; peor aún, toda una red que pasaba desapercibida en uno de nuestros juzgados.

Lipranzer ha encendido un cigarrillo. Lleva un rato callado.

—¿Te parece una chorrada?

—No —contesta él—. Hay algo. Quizá no lo que este tipo cree, pero hay algo.

—¿Crees que vale la pena investigarlo?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, no tenemos muchas otras pistas.

—Eso pienso yo. Carolyn creía que estos tíos eran maricas —le indico—. Yo me inclino a pensar que estaba en lo cierto.

Señalo las notas. Ha apuntado los números de varios artículos de lo que aún se sigue llamando Capítulo de Delitos contra la Moral del Código Penal entre interrogaciones.

—¿Recuerdas la «redada de los pantalones» en el *Public Forest*? Debió ser por aquella misma época. Nos llegaban toneladas de tíos de éstos. Y los casos iban al juzgado del Norte, ¿no?

Lip está afirmando con la cabeza; todo concuerda. La comprometida naturaleza del crimen, la obsesión por ocultarlo. El tiempo coincide. En la primera administración de Ray, se ignoraban los crímenes sexuales entre adultos que implicaban consentimiento, como parte de su política jurídica.

Los policías nos traían los casos pero nosotros les dábamos carpetazo. Cuando Ray empezó la campaña de reelección, algunos grupos, prostitutas y homosexuales, estaban fuera de control. Sobre todo sus elementos más floridos. Con los «gay» el problema era agudo en los parques públicos que rodean la ciudad. Las familias no iban allí los fines de semana, ni a las doce del mediodía, por miedo a que sus hijos vieran semejantes comportamientos. Hubo algunas quejas bastante gráficas sobre lo que ocurría allí a plena luz del día, sobre las mesas de los merenderos, donde, como solía indicar la madre, se suponía que la gente comía. A nueve meses de las elecciones acordamos hacer una gran operación de limpieza. Docenas de hombres eran arrestados cada noche, a menudo *in flagrante delicto*. Los casos eran normalmente despachados con una orden de libertad provisional, gestionada a través de la sección de vigilancia, y los acusados desaparecían.

El problema, como reconocemos Lip y yo, es encontrar a Noel. Hubo unos cuatrocientos casos ese verano y nosotros ni siquiera sabemos su nombre. Si Carolyn había hecho progresos, en el informe no se reflejan. La fecha de la solapa indica que el caso le llegó unos cinco meses antes de su asesinato y sus anotaciones indican que le dedicó poco tiempo. «Noel» está escrito en la parte de arriba y subrayado innumerables veces. Un poco más abajo de la página ha escrito «León». El significado de este segundo nombre se me escapó al principio. Después, me di cuenta de que ella había pensado que, como en el caso de muchos alias, el nombre escogido por el autor de la carta es producto de una asociación de ideas. Quizás, el nombre es un acróstico. Carolyn partía de la suposición de que ese alguien a quien buscaba se llamaba León. Además, había apuntado otro nombre a pie de página: Kenneally, y su cargo. Se trata de Lionel Kenneally, un buen policía, en la actualidad, comisario. Trabajamos juntos en el caso de los Santos de la Noche. Supervisa la vigilancia de la policía del distrito 32, cuyos casos se atienden en el juzgado del Norte.

—Aún sigo sin entender por qué nunca oí hablar de este caso —digo. No existe razón alguna que pueda imaginar para no haber sido informado y menos todavía que explique por qué el caso acabó en manos de Carolyn, que no trabajaba en nuestra sección de corrupción pública. Me he pasado mis buenos ratos con este rompecabezas, tan lleno de implicaciones, sobre mi desencantado romance con Raymond y del suyo conmigo.

Lip se encoge de hombros.

—¿Qué te ha dicho Horgan?

—No he conseguido arrinconarlo. Estamos a doce días de las elecciones. Ahora están metidos en campaña las veinticuatro horas.

—¿Qué te dijo Kenneally?

—Está de permiso.

—Lo mejor es que vayas tú a hablar con él. A mí no me va a contar ningún trapo sucio. No estamos, precisamente, en el club de admiradores mutuos.

El departamento de policía está lleno de gente con la que Lipranzer no se lleva bien, pero me parecía que Kenneally le caía bien. A él le gustan los buenos policías, pero algo hay entre ellos. Ya lo había insinuado antes.

Lip empieza a salir de la oficina pero se da la vuelta. Yo ya me iba al despacho de Eugenia; Lip me toma por el brazo y me detiene. Cierra la puerta que acabo de abrir.

—Una cosa —dice. Me mira a los ojos—. Tenemos la lista de las llamadas telefónicas.

—¿Y, bien?

—Nada muy alentador. Quedamos que pediríamos la relación de cualquier número a quien ella llamara más de tres veces en los últimos seis meses.

—¿Sí?

—Al repasarla, he visto que uno de los números es el tuyo.

—¿Este? —pregunto.

Una mirada penetrante emerge del rostro delgado y eslavo de Lip.

—De tu casa —me espeta—, de octubre.

Estoy a punto de decirle que eso no puede ser cierto.

A Carolyn jamás se le ocurrió localizarme a mí en casa. Después me doy cuenta de qué se trata. Yo hice esas llamadas desde la casa de Carolyn mintiendo a mi mujer: «Volveré otra vez tarde, mi amor. Este caso va a ser muy puto. Cenaré por aquí.»

Lip me observa calcular. Sus ojos son fríos y grises.

—Olvidalo —le digo por fin—. Barbara armaría un escándalo si se enterase de que he extendido un mandamiento para la compañía de teléfonos. Si no te importa. Te lo agradecería.

El asiente pero puedo apreciar que aún no está convencido. Aunque no fuera más que eso, entre nosotros siempre existió un entendimiento por encima de cierta estupidez mezquina y sería una infidelidad con ese acuerdo si Dan Lipranzer no se tomara un momento más para clavarme sus ojos grises

y hacerme ver que le he defraudado.

CAPÍTULO 9

—Al final —le dije a Robinson—, resultó que tuvimos que sentar a Wendell McGaffin en el banquillo de los testigos.

Era el único que podía contrarrestar las declaraciones de su padre, así pues no hubo más remedio que llamarle para que refutase su testimonio. Carolyn estuvo espléndida. Llevaba un traje azul oscuro y una blusa beige con un gigantesco lazo de satén y permaneció al lado de Wendell cuyos pies, sentado en aquel banquillo de roble macizo, no llegaban al suelo. En la sala, no se oía una mosca.

—Y, entonces, ¿qué hizo tu madre, Wendell?

El pidió agua.

—Y cuando te llevó al sótano, Wendell, ¿qué hizo?

—Me hizo pupa.

—¿Con esto? —Carolyn se dirigió al tornillo de carpintero que, como un pájaro de mal agüero, estaba colocado al borde de la mesa del ministerio fiscal: grasiento, negro y más grueso que cualquiera de los miembros del niño.

—Ahá.

—¿Te hizo daño?

—Ahá.

—Y tú, ¿lloraste?

—Ahá —Wendell bebió un poco más de agua antes de añadir—. Mucho.

—Cuéntanos cómo pasó —pidió Carolyn finalmente con dulzura, y Wendell lo hizo: ella le había dicho que se tumbara. El había gritado y había llorado. Le pidió a su mamá que no le hiciera eso. Se lo había suplicado.

Pero, acabó tumbándose.

Y ella le dijo que no gritara.

Wendell balanceaba los pies mientras hablaba. Estaba abrazado a su muñeca. Y, como Carolyn y Mattingly le habían recomendado, no miraba a su madre. En el turno de réplica, Stern hizo lo poquito que se podía hacer: le preguntó cuántas veces había visto a Carolyn y si quería a su madre, lo que provocó que el niño pidiera más agua. En realidad no hubo disputa. Todos los presentes sabían que el niño decía la verdad, no porque estuviera bien

aleccionado o porque su declaración fuera particularmente emotiva sino porque en cada sílaba que Wendell articulaba había un tono, un conocimiento, un profundo convencimiento instintivo de que lo que estaba describiendo era malo. Wendell convenció por su coraje moral.

Yo pronuncié el alegato del ministerio fiscal. Mi estado de confusión personal era tal que, cuando me aproximaba al estrado, no tenía la menor noción de lo que iba a decir y, por un momento, fui presa del pánico, convencido de haberme quedado sin palabras. Pero, a Dios gracias, encontré el pozo de todo mi apasionado tumulto y hablé con pasión en favor de este niño que había vivido hasta entonces sumido en una desesperación e incertidumbre constantes, anhelando amor, como el resto de los mortales, y en lugar de eso, recibiendo no sólo indiferencia y aspereza, sino tortura.

Después, esperamos. El tiempo de deliberación de un jurado es lo más parecido a una imagen congelada. Incluso las tareas más sencillas, como contestar al teléfono o leer los sumarios de la acusación, quedan más allá de mi capacidad de atención y siempre termino paseando por los pasillos y reiterando tanto las pruebas como los argumentos a cualquier desafortunado que comete la imprudencia de preguntarme por el caso. Hacia las cuatro, Carolyn vino a decirme que se iba a Morton's a devolver algo y yo me ofrecí a acompañarla. Cuando salíamos, empezaba a llover; caía un chaparrón frío, sesgado por el viento; un viento preñado de invierno. La gente corría por la calle cubriéndose la cabeza. Carolyn devolvió su compra, un cuenco de cristal cuya procedencia desconocía, y en seguida volvimos a estar bajo la lluvia. Ella lanzó un gritito al sentir el viento y yo la rodeé con un brazo protector. Se reclinó sobre mí, al abrigo del paraguas. Todo ocurrió como algo inesperado, pero natural. Y de esta guisa continuamos andando unas cuantas manzanas sin decimos nada hasta que, por fin, cedí ante mi impulso de hablar.

—Oye —le dije. Y volví a decir—: Oye.

Con tacones, Carolyn medía casi un metro ochenta, unos tres o cuatro centímetros más que yo, de modo que al volverse quedamos casi abrazados. A la luz del día, se podía apreciar mejor lo que Carolyn, con su devoción por las cremas, las gimnasias y los vestidos llamativos, trataba de disimular: un rostro de más de cuarenta años, en el que el maquillaje marcaba las arrugas que partían de los ojos, una especie de surcos macilentos que formaban ya parte de su piel. Pero, de alguna manera, esto la hacía más real. Era mi vida y esto estaba ocurriendo.

—He estado reflexionando sobre lo que dijiste la otra noche —y continué—. ¿A qué te referías con eso de: «Ahora, no»?

Ella me miró. Sacudió la cabeza como si no supiera qué contestar. Su cara reflejaba un puro capricho y selló los labios para no dejar escapar la risa.

Volvía el viento y la arrastré hacia el portal de un almacén. Estábamos en la calle Grayson, donde las tiendas miran a los olmos majestuosos del bulevar.

—Vamos —insistí aún, desarbolado y humilde—, que parece que hay algo entre nosotros. ¿O estoy loco por pensarlo?

—Me parece que no.

—¿Que no?

—No.

—¡Ah! —exclamé.

Todavía sonriendo maravillosamente, pasó su brazo sobre el mío y me empujó de nuevo a la calle.

El jurado regresó poco antes de las siete: culpable de todos los cargos. Raymond estaba todavía en su despacho y bajó con nosotros a reunirse con la prensa, ya que no se permitía a las cámaras llegar más allá del vestíbulo de entrada. Después, nos invitó a una copa. Tenía una cita a las 8:30, y al llegar la hora nos dejó en la parte de atrás de Caballero's, donde Carolyn y yo nos emborrachamos hasta ponemos tontitos. Le dije que había estado magnífica. Magnífica. No sé cuántas veces lo repetí.

La televisión y el cine han estropeado la mayoría de los momentos íntimos de nuestras vidas. Nos imponen unos convencionalismos que dominan nuestras actitudes en momentos cuya intensidad debería convertir en espontáneos y únicos. Conocemos los gestos convencionales del dolor que aprendimos de los Kennedy. Y expresiones obligadas para los momentos victoriosos que imitamos de atletas a los que vemos en la caja tonta, a su vez aprendidos de algún otro deportista. También la seducción tiene sus convenciones: sus miradas acarameladas y sus dimes y diretes entrecortados.

Así pues, acabamos saliendo a escena con valiente e irónica compostura, como la típica pareja de las películas, tal vez porque no teníamos ni idea de cómo comportamos. Y aun así algo había en el aire, una corriente vertiginosa, que me hacía difícil quedarme sentado, mover la boca, o alzar el vaso. No creo que dijéramos qué íbamos a comer, pero teníamos los menús delante, algo donde mirar, como *coquettes* con sus abanicos de seda. Bajo la mesa, la mano de Carolyn se posaba en mi cadera, como por casualidad.

—No te conocía antes de esto.

—¿Qué? —pregunta ella. Estamos juntos en un sofá de felpa, pero mi tono es tan bajo que ella tiene que inclinarse hacia mí. Puedo oler el licor que contiene su aliento.

—No te conocía antes de este caso, antes de que esto empezara. Y eso me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque ahora no me parece posible... que no te conociera.

—¿Me conoces ahora?

—Mejor. Creo. O ¿no?

—Quizá —dice ella—. Quizás ahora lo que pasa es que quieres llegar a conocerme.

—Probablemente —digo y ella repite:

—Probablemente.

—Y ¿llegaré a conocerte?

—También eso es probable —dice—, si es lo que deseas.

—Me parece que sí —respondo.

—Creo que sólo es una de las cosas que tú quieres.

—¿Una?

—Una —insiste ella. Acerca el vaso a sus labios sin dejar de mirarme. Nuestros rostros no están muy separados. Al bajar el vaso, el gran lazo de su blusa ocre me roza la barbilla. Su cara, con tanto maquillaje, me resulta un tanto áspera, pero sus ojos son profundos y espectacularmente brillantes y el aire está lleno de salvajes efluvios cosméticos y corporales, emanados de nuestra proximidad. Nuestra charla se demora interminablemente, en lánguidos círculos, como un halcón al acecho.

—¿Qué más quiero? —pregunto.

—Creo que lo sabes —contesta.

—¿Sí?

—Creo que sí.

—Yo también lo creo. Pero hay algo que todavía no sé.

—¿Qué es?

—No sé del todo cómo conseguir... lo que quiero.

—¿Ah, no?

—No del todo.

—¿No del todo?

—La verdad es que no.

Su sonrisa picara y delicadamente contenida, se ensancha para decirme:

—Tómalo.

—¿Tomarlo?

—Eso es.

—¿Ahora?

—Tómame.

El aire se vuelve tan denso que parece haber neblina. Lentamente, extendiendo la mano hasta alcanzar el suave borde del lazo de seda brillante. Al hacerlo, apenas le rozo el pecho. Y, entonces, sin apartar mis ojos de los suyos, tiro poco a poco de uno de los extremos. La tela corre con suavidad hasta que el nudo se deshace y el botón del cuello de su camisa queda al descubierto y, en ese preciso instante, siento revolotear la mano de Carolyn, bajo la mesa, como un pajarillo y una uña larga se desliza un instante sobre mi dolorido bulto. Estoy a punto de gritar, pero el grito queda reducido a un escalofrío y Carolyn, con calma, me aconseja pedir un taxi.

—Y así —dije a Robinson— empezó todo. La llevé a su precioso apartamento e hicimos el amor sobre unas acogedoras alfombras griegas. Me abalancé sobre ella en el preciso instante que corría el cerrojo de la puerta, con una mano le alcé la falda mientras con la otra bajaba por la blusa. Muy suave. Llegué al orgasmo como un relámpago. Y, después, yací sobre ella contemplando la habitación: figuritas de teka, de castaño y de cristal. Pensé lo mucho que se asemejaba al escaparate de una tienda de lujo y empecé a ponderar, con la misma ociosidad, qué cojones estaba haciendo con mi vida y concretamente con aquella vida en la que el momento culminante de una pasión tan arduamente cultivada pasaba tan deprisa que apenas podía creer que había sucedido. Pero no tuve mucho tiempo para pensar porque, en seguida, me sirvió una copa y pasamos a su dormitorio a ver el relato de nuestro caso en las noticias de la tele. Para entonces, ya estaba otra vez en forma y, al tumbarme sobre ella, supe que estaba perdido.

CAPÍTULO 10

—Cualquier cosa que pueda hacer por usted, Rusty. Lo que necesite.

Es Lou Balistrieri quien me dice esto, el jefe de los Servicios Especiales del departamento de policía, y yo estoy sentado en su oficina en la comisaría de McGrath, donde están ubicadas las principales secciones operativas. No sabría decirles cuántos Lou hay aquí: tipos de cincuenta y cinco años, de pelo gris, mofletes caídos como alforjas y voz gangosa de tanto fumar. Un burócrata dotado, grosero con todos sus subordinados y descaradamente adulator con cualquiera que, como yo, puede hacerle daño. Ahora está al teléfono llamando al laboratorio forense, que está bajo su control.

—Morris, aquí Balistrieri. Pásame a Dickerman. Si está en la cantina, ve allí y sácalo. Sí —Balistrieri me guiña un ojo. Fue policía de barrio durante veinte años, pero ahora trabaja sin uniforme. Su camisa de rayón está sudada por las axilas—. ¿Dickerman? Sí. Sobre el caso Polhemus. Rusty Sabich está aquí conmigo. Sí. Sabich, Sabich. ¡Hostias! Eso, el de Horgan. El ayudante en jefe. Tenemos un vaso o algo así. Sí. Ya sé que hay huellas dactilares, ya lo sé, por eso te llamo. ¿Qué te parece? Vale, soy un feto malayo. Vale y que no se te olvide en tu puta vida. Este feto malayo puede mandarte a casa con los huevos en una bolsa de plástico. Vale. Vale. Pero por lo que te estoy llamando es por esto: ¿no podemos hacer una pasada con el ordenador de los puntos de comparación que tenemos fichados? Sí, tenemos tres buenas huellas, ¿verdad? Pues mételas en el ordenador y veamos si las identifica. Me dicen que el policía encargado del caso lleva diez días pidiendo el resultado, así que ya está bien. ¿Murphy? Sí, ¿cuál? ¿Leo o Henry? Porque Henry es un cara bobo. Bueno, pues dile que la descargue. No necesito la mierda esa que sale del ordenador, de todas formas no la entiendo. No, no. Eso no es bastante. Vale. Llámame en seguida. Diez minutos. Diez. Vamos a arreglar este asunto.

El problema, tal como me va desentrañando, no es la falta de equipo, sino el hecho de que el ordenador está bajo la jurisdicción de otra sección. El departamento sólo dispone de uno y los que se encargan de hacer las nóminas y todas esas cosas lo consideran de su propiedad.

—Vale. Lo preguntaré, lo preguntaré —dice Balistrieri, cuando recibe la contestación telefónica. Tapa el auricular con la mano—. Quieren saber cuál

tiene que ser el campo de comparación. Puede ser sólo de las huellas de los maleantes, o de todos los conocidos del Condado. Ya sabe, todos los que han sido fichados. Funcionarios públicos y toda esa mierda. Vacilo un momento.

—Con los malhechores tendremos bastante. Nos ocuparemos del resto más tarde si lo necesitamos.

Balistrieri hace un gesto de desacuerdo.

—Hágalo de todo. Sabe Dios si podré volver a conseguirla —quita la mano del auricular antes de darme ocasión de responder—. Hazlo todo. Sí. ¿Para cuándo? ¿Qué cojones, una semana? Este tío lleva el asesinato más importante que hay ahora en la ciudad. Pues que le den por culo a las estadísticas de Murphy. Sí. Dile que lo he dicho yo. Vale —cuelga el teléfono—. Una semana, probablemente diez días. Tienen que sacar la nómina, después el jefe necesita unas estadísticas para Hacienda. Les meteré prisa pero dudo que lo tenga antes. Y díglele a su policía que devuelva el vaso al departamento para que lo puedan enviar al laboratorio, por si lo necesitan para algo.

Agradezco a Lou su ayuda y le pido que me indique el camino del laboratorio de patología.

El edificio parece un antiguo instituto, con marcos barnizados de roble oscuro y vestíbulos decrepitos. Hay polis por todas partes: hombres y últimamente bastantes mujeres, con sus camisas azul oscuro y sus corbatas negras. Van de un lado para otro gritándose chistes. A la gente de mi generación y de mi clase social no le gusta la policía. Siempre estaban dándonos en la cabeza y registrándonos en busca de droga. No estaban ilustrados. De modo que cuando me hice fiscal, empecé a tratarlos con cierto recelo que, en realidad, nunca he superado. Llevo años trabajando con ellos. Algunos me gustan; otros muchos, no. La mayoría tiene dos defectos: son duros y están locos. Han visto demasiadas cosas; viven con las narices metidas en la cloaca.

Hará dos o tres semanas, me quedé más de la cuenta en Gil's y empecé a invitar a un policía de barrio, llamado Palucci. Se metió un par de whiskys con cerveza y empezó a hablar sobre un corazón que encontró una mañana en una bolsa de cremallera. Eso era todo. Sólo el órgano y los vasos principales, junto a un cubo de basura al fondo de un callejón. Lo cogió; lo miró y se largó de allí en su coche. Pero después se obligó a regresar al lugar. Alzó la tapa del cubo y revolvió en la basura. No encontró las otras partes del cuerpo.

—Eso es lo que había. Yo cumplí con mi deber. Lo llevé al centro y les

dije que lo marcaran como despojo.

Locos. Son nuestros paranoicos pagados. Un poli ve una conspiración en un día nublado; sospecha una traición cuando le das los buenos días. Son esos camaradas sombríos que habitan entre nosotros, pensando mal de todos.

El ascensor me lleva al sótano.

—Doctor Kumagai —le saludo. Su oficina está justo delante del depósito de cadáveres que contiene todas esas mesas de acero inoxidable y un insoportable olor a cavidades peritoneales abiertas. A través de las paredes oigo el motor de una sierra quirúrgica. El despacho de Sin-Dolor es un maremágnun: periódicos y revistas formando verdaderas trincheras, bandejas preñadas de papeles. En un rincón, hay un pequeño televisor encendido, con el volumen bajo, y un partido de béisbol en la pantalla.

—Señor Savin. Asunto importante debe ser, ¿verdad? Tener al ayudante jefe con nosotros.

Sin-Dolor es un ser raro por los cuatro costados; un japonesillo de poco más de metro y medio, con unas cejas pobladas y un pequeño bigote partido por la mitad. Es uno de esos tipos cinéticos que siempre se están moviendo y gesticulando, y hablan con las manos en el aire. El científico loco, excepto que en él no hay nada benevolente. Quienquiera que le sugiriera la idea de que estaría mejor trabajando con cadáveres lo encaminó en la dirección correcta. Soy incapaz de imaginar sus costumbres en la cama. Pero seguro que es de los que tiran cosas y dicen palabrotas. Puede expresar cualquier expresión amarga que encierre su cerebro, por mínima que sea. Uno de esos individuos de los que nuestro mundo, a veces, parece tan plagado. No lo comprendo. Si hago un esfuerzo telepático, con esa tendencia instintiva que todos tenemos, mi pantalla aparece llena de rayas. No sé lo que pasará por su mente mientras trabaja o ve la televisión, ni cuando se vuelve para mirar a una mujer. Sé que perdería irremisiblemente si me dieran diez oportunidades para adivinar lo que hizo el sábado por la noche.

—La verdad es que he venido a recoger un informe. Usted avisó a Lipranzer.

—¡Ah! Sí, sí —dice Sin-Dolor, trasladando con ambas manos los fajos de papeles que cubren su mesa para buscar el informe—. Por aquí, en alguna parte. Ese cabrón de Lipranzer. Quiere que des todo en seguida. Así que no va a seguir de ayudante jefe mucho, ¿sí? Della Guardia, creo, va a dar patada en culo a Raymond Horgan, ¿sí?

Me mira esperando una respuesta. Sin-Dolor, como siempre que se trata

de algo desagradable para otro ser humano, sonrío.

—Ya veremos —le digo, entonces decido ser un poco más agresivo—. ¿Delay es amigo suyo, doctor?

—Nico es tío putamadre, putamadre. Ah, sí. Trabajar juntos en muchos tipos de asesinatos grandes. Es muy bueno, sí. Llega y les da patada en culo a todos los abogados —me tiende una carpeta—. Ese cabrón de Dave Parker. Ahora sólo se ahoga por un lado de la nariz, y le da bien a la maldita bola.

No me había percatado de esta asociación entre Nico y Sin-Dolor hasta ahora, pero es natural: el fiscal de los grandes casos de homicidios y el patólogo de la policía. Tuvo que haber momentos en que se necesitaran mutuamente con desesperación. Le pregunto a Sin-Dolor si me puedo sentar un momento.

—¡Seguro! Sentar, sentar —quita una fila de legajos y se vuelve hacia la televisión.

—Lipranzer y yo hemos estado últimamente dándole vueltas a esta teoría o, digamos más bien, idea. Podría tratarse de un acto de persuasión descontrolado. Quizá Carolyn estaba viviendo peligrosamente y su amante pensó que había muerto. Y después le dio un golpe en la cabeza para que pareciese algo distinto. ¿Le parece posible?

Sin-Dolor, con su bata blanca de laboratorio, apoya el codo sobre una pila de papeles.

—Ni hablar.

—¿No?

—Ni hablar. Estúpidos policías —dice Sin-Dolor, el patólogo de la policía—. Algo difícil, hacen fácil. Algo fácil, hacen difícil. Lea el puto informe. Yo escribo el informe, lea el puto informe. Lipranzer quiere: «Date prisa, date prisa.» Después, no lee el puto informe.

—¿Este informe?

—No ese informe —me arranca el informe que le muestro en alto—. Mi informe. La autopsia. ¿Ve algo con magulladuras en muñecas? ¿Magulladuras en tobillos? Esta señora muerta del golpe, no estrangulada. Lea el maldito informe.

—Estaba muy bien atada. En las fotos se aprecia la rozadura del cuello.

—Ah. Claro, claro. Atada muy fuerte, muy bien. Parecía un jodido arco con flecha cuando la trajeron aquí. Pero sólo una marca en el cuello. Si alguien tira y tira, la cuerda se va a mover. Hay marca ancha. Ella tiene marca pequeña en cuello.

—¿O sea?

Sin-Dolor sonríe. Le encanta tener la sartén por el mango. Se acerca tanto al televisor que su resplandor gris se refleja sobre su frente.

—Primera y tercera —dice.

—¿Qué quiere decir que la marca sea estrecha? —pregunto otra vez. Espero. La voz del comentarista sube de tono para anunciar un *The drive*.

—¿Necesito una orden judicial? —le pregunto en voz alta. Trato de sonreír, pero hay en mi voz un cierto tono cortante.

—¿Qué? —pregunta Sin-Dolor.

—¿Qué conclusión saca de la marca del cuello?

—Que la cuerda estuvo atada ahí primero.  Vale?

Me tomo una pausa para intentar digerir esto. Como sabe Sin-Dolor, no entiendo nada.

— Tiempo! —le digo—. Creía que la teoría con la que se estaba trabajando era que alguien la había golpeado para someterla. Que el golpe fue mortal, pero nuestro hombre no se dio cuenta o no le import . Después la at  ese extraño nudo corredizo y la violó, así, mientras lo hacía la estaba estrangulando.  Lo he entendido bien o ha cambiado de idea?

—¿Yo cambiar? Lee el puto informe. No dice cosa así. Yo no digo. Quizá parece. Quizás eso piensan los policías. No yo.

—Bueno, y  qu  piensa usted?

Sin-Dolor sonríe. Se encoge de hombros.

Yo cierro los ojos un instante.

—Mire —le digo—. Llevamos diez días investigando un asesinato muy importante y ahora es cuando usted me dice que la cuerda pas  por el cuello primero. Hubiera agradecido oírlo un poco antes.

—Usted preguntar. Lipranzer decir: «De prisa, necesito informe.» Vale, él tiene informe. Nadie me pregunta lo que yo pienso.

—Lo acabo de hacer.

Sin-Dolor rectifica la postura en su silla.

—Quizá yo pienso nada.

O este t o es el merluzo más grande que he visto en mi vida o es que hay algo que no va bien. Delibero un momento, reconstruyendo la acción hacia atrás.

—¿Me está diciendo que cree que la violaron primero y después la ataron?

—La ataron, último. S . Creo eso.  Violada? Ahora creo no.

—¿Ahora?

—Ahora —dice Sin-Dolor. Nos miramos el uno al otro—. Lea el informe —dice.

—¿La autopsia?

—Este informe. Este jodido informe.

Pega en el sobre que sostengo en la mano. Así que me pongo a leer el informe. Es del laboratorio químico-forense. Se ha identificado otra substancia en la vagina de Carolyn Polhemus. Se denomina nonoxynol 9. Por su concentración, el laboratorio concluye que se deriva de una gelatina espermicida. Por eso no había espermatozoides vivos.

Sin-Dolor sonrío satisfecho y sin generosidad cuando levanto la mirada.

—¿Estamos diciendo que la mujer usó un anticonceptivo? —pregunto.

—No decimos. Lo hizo. Gel anticonceptivo. Concentración del dos por ciento. Usado con diafragma.

—¿Un diafragma? —hablo con extraordinaria lentitud—. ¿Se le pasó por alto un diafragma en la autopsia?

—¡No, jote! —Sin-Dolor golpea en la mesa. Se ríe de mí a carcajadas—. Usted estaba en autopsia, Savin, mientras la hacíamos rebanadas. No diafragma en la mujer.

Otro silencio. Sin-Dolor sonrío y yo le observo. Le mordería.

—¿Dónde fue a parar?

—¿Mi opinión?

—Por favor.

—Alguien lo quita.

—¿Los policías?

—Los policías no son tan estúpidos.

—¿Quién?

—Mire, señor Savin. No son los policías. No soy yo. Tiene que ser él.

—¿El asesino?

—¡Claro, jote!

Cojo el informe y lo vuelvo a leer. Al hacerlo descubro algo más y nuestra conversación, de repente, se aclara. Intento tranquilizarme, pero mi genio quiere salir a la superficie. Siento cómo se me van calentando las orejas. Quizá Sin-Dolor se dé cuenta de ello porque, después de jugar conmigo durante diez minutos, se decide a hablar. Probablemente se imagina que antes o después, terminaría por descubrirlo.

—¿Tú quieres saber, yo creo? Creo todo es preparado. La mata es novio.

El entra, bebe copas. La señora tiene relaciones con el hombre, ¿vale? Todo bonito. Pero él es un tío enfadado. Coger algo, la mata. Entonces hace que sea violación. La ata. Quita diafragma. Eso yo creo.

—¿Qué cree Tommy Molto? —le pregunto.

Sin-Dolor Kumagai, esa rata sádica, está por fin acorralado. Sonríe insípidamente, incluso intenta reír. Reír no es la palabra adecuada: jadea, más bien. Mueve la boca pero no pronuncia ninguna palabra.

Le tiendo el informe. Me doy cuenta en este momento, de que tiene fecha de hace cinco días. Le señalo una anotación escrita con su letra en la parte de arriba. Pone: «Molto 762-2225.»

—¿No quiere copiarlo en otro sitio para asegurarse de que puede localizar a Molto cuando lo necesite?

Sin-Dolor vuelve a ganar velocidad.

—¡Ah, Tommy! —finge mejor cuando quiere parecer simpático—. Buen chico, buen chico.

—¿Qué tal le va?

—Bien, bien.

—Dígale que nos llame uno de estos días. Quizás así pueda descubrir lo que está pasando con esta puta investigación —me levanto. Señalo a Kumagai y me dirijo a él por el mote que sé que odia—. Sin-Dolor, dígame a Molto, y a Nico también, de mi parte que esto es juego sucio. Política sucia. Y una mierda de departamento de policía. Y, ¡que Dios les ayude a ellos y a usted, si consigo presentar un cargo por obstrucción!

Vuelvo a agarrar el informe y me marcho sin esperar respuesta. Mi corazón palpita y siento los brazos flojos de rabia.

Raymond, por supuesto, no está cuando regreso a la oficina pero le digo a Lucille que me localice en cuanto llegue, es urgente. Busco a Mac, pero también está fuera. Me siento en mi despacho y rumio mi tristeza. Qué jodidamente astuto. Todo lo que pedíamos. Pero nada más. Da el informe, pero no su opinión. Llama cuando está listo el informe del laboratorio forense, pero no menciona su contenido. Cuanto más tiempo sigamos en la dirección equivocada, mejor. Y, mientras, filtra todo lo que sabe a Molto. Eso es lo que peor me sienta. ¡Dios, qué sucia es la política! Y más aún el departamento de policía. Los Medici no vivieron en un mundo más lleno de intrigas. Todas las secretas pleitesías de la comunidad terminan pagándose ahí. Al concejal, al librero, a tu novia. A tus parientes políticos, al hermano con menos suerte, al tío de la ferretería que siempre te hacía descuento en los

clavos. Al novato al que tienes que atender, al yonki cuya descarnada sinceridad te toca la fibra sensible, o al chivato al que tienes que vigilar. Al inspector que un día sacó del atolladero a tu tío o al teniente de quien sospechas que está conchabado con Bolcarro y en breve se convertirá en capitán, o en algo más importante. A tu compañero de piso, y a tu vecino, al cantante de moda que no es más que un puto marica. Todos ellos necesitan un favor. Y tú se lo haces. En el departamento de policía de una gran ciudad, por lo menos en el Condado de Kindle, no existe eso de jugar según las reglas. Se las saltaron todas hace mucho tiempo. Y ahora, los dos mil individuos de azul barren para dentro. Sin-Dolor actúa como todos los demás. Quizá Nico le ha prometido un ascenso.

Suena el teléfono. Es Mac. Paso por la puerta que comunica nuestros despachos.

—Bien —le digo—, por fin sabemos en qué anda metido Tommy Molto.

CAPÍTULO 11

Veo luz en el despacho de Ray al irme a casa. Son casi las nueve y mi primer pensamiento es que hay alguien allí que no debería estar. Mi encuentro con Kumagai hace tres días me ha vuelto receloso, así que me sorprende encontrarme a Ray sentado en su mesa, estudiando lo que parece ser un informe de ordenador, con un aspecto inusualmente relajado tras la espesa niebla de su pipa. A estas alturas de la campaña es una visión extraña. Raymond es un gran trabajador y se ha pasado muchas noches aquí estudiando sumarios fiscales, autos de procesamiento o, si no, preparando futuras intervenciones; pero ahora, con el puesto en venta, la mayoría de las tardes tiene que dedicarlas a intervenciones electorales. Cuando está aquí, es porque está con Larren y los otros mandarines de su campaña, conspirando. Este momento es lo bastante inusual como para considerarlo privado y, por tanto, antes de entrar doy dos golpes con los nudillos en la vieja puerta de roble.

—¿Hojas de té?

—Más o menos —me dice—, pero más precisas. Desgraciadamente —pone voz de hombre público—. Los resultados de las encuestas del Canal 3 y del *Tribune* muestran que el candidato Nico Della Guardia aventaja al titular Raymond Horgan, cuando sólo quedan ocho días de campaña.

Mi reacción es sucinta.

—Mentira.

—Léelo y llora.

Empuja el resultado de la encuesta hacia mí.

Soy incapaz de deducir nada de las filas de números.

—La línea de abajo —me dice Raymond.

—¿«I» quiere decir indecisos? —pregunto—. Cuarenta y tres, y treinta y nueve. Dieciocho por ciento de indecisos. Todavía tienes todas las de ganar.

—Yo soy el titular. En cuanto el público se dé cuenta de que Nico tiene posibilidades optarán por él. Una cara nueva es la estrella de unas primarias.

La sabiduría política de Ray suele ser digna del oráculo de Delfos, sobre todo porque no recoge sus propios pronósticos sino también los de Mike y los de Larren. Sin embargo, yo intento parecer optimista.

—Has tenido un par de semanas malas. Nico ha jugado muy bien la baza

de Carolyn. Te repondrás. Déjale que se lo crea. Además, ¿cuál es el margen de error de esto?

—Pues afortunadamente, o desafortunadamente para mí, es de un cuatro por ciento.

Mike Duke, me informa, está en la sede de la televisión intentando convencerles de que exageren el resultado de la encuesta e informen de que ambos estamos absolutamente emparejados. Larren ha ido a hacer lo mismo con los del periódico, y ya ha llegado a un acuerdo con los editores, a condición que los del Canal 3 quieran hacer lo mismo.

—El periódico no puede contradecir la interpretación de la emisora de televisión en una encuesta que se ha realizado conjuntamente —me explica Raymond. Da una chupada a su pipa—. Y apuesto a que lo logra. Me van a echar ese hueso. Pero, ¿de qué nos va a servir? Las cifras son las cifras. Toda la ciudad va a sentir el olor a carne podrida.

—¿Qué tal son tus propias cifras?

—Una mierda —me dice Ray. La campaña no ha tenido dinero para realizar un trabajo bien hecho. Esta encuesta la ha realizado una asociación nacional. Todo el mundo: Larren, Mike, él, tenían la impresión de que la situación no era tan crítica, pero nadie puede ahora negarlo.

—Probablemente tengas razón con lo de Carolyn —dice Ray—. Ha hecho daño. Pero, todo está a la baja —Raymond Horgan se quita la pipa de la boca y me mira a los ojos—.Vamos a perder, Rusty. Quiero que sea aquí donde lo oigas por primera vez.

Miro a la cara cansada de Raymond, mi viejo ídolo, mi líder. Tiene las manos entrelazadas. Está en reposo. Doce años y medio después de que empezara a hablar de revolucionar la idea del cumplimiento de la ley y un año después del momento óptimo para el interés de ambos, Raymond Horgan ha tirado la toalla. Ya es problema de otro. Y para el pequeño fauno que alega que están en juego principios y objetivos no hay, después de doce años, más que la respuesta de un hombre cansado. Las ideas y los principios ya no existen. Ya no, cuando no se tienen cárceles para encerrar a los criminales que se detienen, ni suficientes salas de juicio para procesarlos; ya no, cuando se encuentra uno con demasiados jueces que aprendieron su oficio en escuelas nocturnas porque el hermano mayor había cubierto la única vacante en la agencia de seguros del padre y que consiguieron su puesto en virtud de sus treinta años de trabajo abnegado en una prisión. En la administración de Nico Della Guardia habrá los mismos imperativos; no importa lo mucho que

proclame grandes cambios en sus intervenciones televisadas. Se encontrará con demasiados crímenes y con que no hay ninguna forma sensata de encargarse de ellos; demasiado pocos abogados; demasiados favores políticos, demasiada miseria y demasiada maldad que seguirán existiendo a pesar de los ideales y de los principios del fiscal general. Delay puede tener su oportunidad. La tranquilidad de Raymond ante el abismo me contagia.

—¡Qué más da! —exclamo.

—Eso es —replica él después de soltar una carcajada. Va hacia la mesa de reuniones, en un rincón de la habitación, y saca la petaquita que tiene siempre guardada en el cajón de los lápices. Llena dos vasitos de papel de la máquina de agua fría y yo voy a su encuentro para hacerle compañía.

—¿Sabes? Cuando empecé a trabajar aquí no bebía —le digo—. Vamos, no es que tenga problemas de botella, no me estoy quejando, pero hace doce años no bebía jamás. Ni una cerveza, ni un vino, ni un ron con Coca-Cola. Y ahora me siento y me liquido whiskys de un trago —y es lo que hago en este momento; mi estómago se contrae y se me saltan las lágrimas. Ray me sirve otro—. Qué perro es el tiempo.

—Estás llegando a una edad peligrosa, Rusty. Todo ese puto mirar atrás. Algo positivo que he sacado de mi divorcio es que se ha detenido toda esa mierda. Ya sabes. Dejo este oficio, pero no me voy a pasar cuatro meses ahogando mis penas en cerveza y hablando de los buenos tiempos pasados.

—Estarás sentado en una de esas jaulas de cristal del piso cuarenta del edificio IBM con secretarias por aquí y por allá y un grupo de colegas megamillonarios que te preguntarán si treinta horas a la semana es demasiado tiempo por el privilegio de estampar tu nombre en la puerta.

—Mentira.

—Seguro —contesto. En algunos momentos nostálgicos, durante los últimos años, he oído a Ray evocar fantasías parecidas; unos cuantos años para engrosar la cuenta en un banco y después conseguirse un nombramiento de juez, si puede ser de Corte de Apelación, como paso previo al Tribunal Supremo.

—Bueno, quizás —admite Ray y los dos soltamos una carcajada—. ¿Y tú? ¿Te irás? —me pregunta.

—Dudo que tenga mucho donde elegir. Delay nombrará a Tommy Molto ayudante jefe. Está clarísimo.

Raymond se encoge de hombros.

—Con Della Guardia nunca se sabe.

—Iba siendo hora de que me decidiera a cambiar de oficio, de todas formas —digo yo.

—¿Podemos presentarte para juez, Rusty?

Este es un momento dorado para mí: por fin ha llegado la recompensa a mi lealtad. ¿Que si quiero ser juez? ¿Tiene tetas una jabalina? ¿Y ruedas los autobuses? ¿Juegan al béisbol los Yankees en el Bronx? Doy un sorbo a mi whisky con repentina prudencia.

—Desde luego lo pensaría —le contesto—. Tendría que decidirme sobre la práctica de la abogacía. Y considerar el dinero. Pero desde luego lo pensaría.

—Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos. Esos tíos me deben un favor. Es lógico pensar que me quedan resortes para ocuparme de un par de amigos.

—Te lo agradezco.

Ray se sirve otro poco.

—¿Qué tal van las cosas con mi irresuelto caso favorito?

—Mal —le digo—. En general. Sabemos un poco más sobre lo que parece haber pasado. Es decir, si nos fiamos del patólogo. ¿Te contó Mac lo de Molto?

—Lo oí —contesta Ray—, lo oí. ¿Qué es toda esa basura?

—Parece que Dubinsky tenía razón: Nico tiene a Tommy vigilando nuestra investigación.

—¿Vigilando o revolviendo? —pregunta Ray.

—Probablemente un poco de todo. Me imagino que Molto anda por ahí, más que nada, recogiendo información. Ya sabes: preguntando a viejos colegas del departamento, haciendo que le pasen de extranjis los informes. Quizás hasta haya conseguido que se retrase un poco el trabajo del laboratorio, pero ¿cómo lo probamos? Todavía no sé a ciencia cierta de qué van. A lo mejor realmente piensan que yo soy un payaso y están intentando resolver el caso por su cuenta. Vaya: atrapar al pájaro antes del día de las elecciones.

—No —dice Raymond—. Eso es lo que ellos dirán. Si los aplasto entre los dedos por andar jodiendo por ahí nuestra investigación, saldrán diciendo que Molto, como responsable máximo de la sección de homicidios, ha estado interesándose en el caso, temiendo que se nos escapara de las manos. No —dice Ray otra vez—. Te voy a decir por qué Nico y Tommy están intentando recabar información. Es una forma de vigilarnos. Muy inteligente. Observan

lo que vamos haciendo y así saben exactamente hasta dónde pueden llegar con muy poco riesgo. Cada vez que nos ven titubear, le dan al botón y suben el volumen un poco más.

Hablamos un momento sobre Kumagai. Ambos estamos de acuerdo en que es improbable que cambiara los resultados. Sencillamente se estaba inhibiendo. Podríamos asignarle el caso a su ayudante, pero eso no cambiaría mucho las cosas. Mañana cuando se conozca el resultado de la encuesta, se habrá acabado la lealtad del departamento. Pensando en su futuro, todos los policías que han tuteado a Nico alguna vez se apresurarán a pasarle información.

—¿Y dónde nos conduce todo esto? —quiere saber Raymond—. ¿Quién es nuestro malhechor?

—Pues, a lo mejor, su novio o un tío al que conoció por ahí. Parece que fue alguien que la conocía lo suficiente para saber cómo tenía que montar la escena, aunque podría ser una coincidencia. ¿Quién sabe? —Miro la luna que forma el reflejo de la luz en la superficie de mi whisky—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Supongo que sí.

Es el momento adecuado para averiguar qué coño hacía Ray con el historial S en el cajón de su escritorio. Supongo que eso es lo que espera. Pero hay algo más que me gustaría saber. Es una cuchillada traperera, con dos tragos en el colete y disfrutando del momento más agradable que he pasado con Raymond Horgan desde hace años; probablemente desde el último caso que llevamos juntos, el de la conspiración de los Santos de la Noche. Y sé que está muy mal utilizar la faceta de investigador para explorar mis propias obsesiones. Sé todo esto, pero sin embargo se lo pregunto.

—¿Jodías con Carolyn?

Raymond lanza una carcajada, una gran risotada que hace que todo él se estremezca, intentando fingir que tiene más whisky encima de lo que en realidad ha bebido. Reconozco en ello un gesto ensayado de abogado veterano; una forma de ganar tiempo cuando se está cargado y se necesita un momento para pensar: cuando no recuerda el nombre del escolta de uno de los consejeros, o cuando un periodista está disparando al azar pero se está acercando demasiado al fondo de la cuestión. Si hubiera habido hielo en su vaso lo habría masticado, cualquier cosa con tal de tener algo en la boca.

—Escucha —dice él—. Voy a decirte algo sobre tu técnica interrogatoria, Rusty. Te andas demasiado por las ramas. Tienes que aprender

a ser más directo.

Reímos. Pero yo no digo nada. Si quiere soltarse del anzuelo tendrá que esforzarse.

—Digamos que la fallecida y yo éramos ambos solteros y adultos —dice finalmente, mirando el fondo de su vaso—. ¿Eso no supone ningún tipo de problema, eh?

—No, si no te sugiere nada sobre quien la mató.

—No —aclara él—. No fue ese tipo de historia. ¿Quién sabía los secretos de esa dama? Con franqueza, lo nuestro fue corto y dulce. Se acabó hace cuatro o cinco meses.

Esto se parece mucho al ajedrez; hay demasiada afectación. Pero si Carolyn hirió sus sentimientos, Ray no lo muestra. Parece haber aceptado la separación sin traumas. Mejor de lo que yo puedo decir. Contemplo mi bebida. El historial S, los comentarios de su hijo; todo eran pistas. Pero lo cierto es que había sospechado la relación de Carolyn con Raymond mucho tiempo atrás, con sólo observar los signos externos: las veces que ella corría a su despacho, las horas a las que los dos se iban a casa. Desde luego, entonces ya conocía personalmente el esquema. Ya había hecho mi viaje al peculiar mundo de Carolyn y éste ya había llegado a su brusco fin. Había observado sus manejos con una mezcla de la punzante nostalgia de un turista y un sentimiento mucho más violento de ansiedad. Ahora, me reprocho el haber transigido en preocuparme siquiera por oír lo confirmado.

—Tú sabías algunos de sus secretos —le digo—. Tú conocías al muchacho.

—Eso es verdad. ¿Has hablado con él?

—La semana pasada.

—Y él, ¿tiró de la manta de mamá, eh?

Le digo que sí. Sé lo importante que es para un hombre en la situación de Ray saberse inescrutable.

—Un chico triste —observa Ray.

—Ya sabes, el chico me dijo que su madre quería ser fiscal general.

—Yo se lo oí decir a ella. Le dije que tenía que seguir preparando el terreno hasta conseguir prestigio profesional o contactos políticos. No se puede entrar sin más — Ray me echa un vistazo: No soy tan tonto como tú crees, me está diciendo, puedo ver el bosque, a pesar de los árboles. Una docena de años de poder y adulaciones no han conseguido embrutecerle tanto. Vuelvo a sentir, complacido, un regusto de orgullo y respeto por

Raymond. Bien, por ti, pienso.

De modo que fue así. Según Raymond, habían terminado cuatro meses antes. Las cuentas encajan: Raymond anunció su candidatura y Carolyn lo dejó. Había imaginado, como todo el mundo, que Raymond no iba a presentarse, que podía pasar los trastos a quien le diera la gana. Quizá pensara en poder persuadirle para que escogiera una mujer, marcando así en su despedida un último y glorioso paso hacia el progreso. Lo único que no entiendo es por qué el tren que había de llevarla a la gloria hizo un alto en mí primero. ¿Por qué entretenerse en una estación de segundo orden cuando pretendía alcanzar la principal? A no ser que todo estuviera un poco menos calculado de lo que ahora me imagino.

—Era una muñeca dura —dice él—. Buena chica, ya sabes. Pero dura, muy dura.

—Sí —le digo—. Buena y dura y muerta.

Raymond se levanta.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Ahora es cuando vas a preguntarme alguna intimidad. ¿A que sí? — Raymond sonrío, todo dientes y encanto irlandés—. Deja que lo adivine: ¿Qué cojones hacía yo con el historial?

Caliente, caliente —contesto—. Aunque comprendo que no lo quisieras tener rondando por ahí. ¿Por qué se lo diste a ella en primer lugar?

¡Mierda! —exclama él—, porque ella me lo pidió. ¿Quieres que nos pongamos cínicos? Porque ella me lo pidió y yo me acostaba con ella. Supongo que se enteraría por Linda Pérez —una de las encargadas de leer las quejas que nos remiten por correo—. Ya conoces a Carolyn. Un caso espectacular. Me imagino que pensó que le venía bien. A mí me parecía más bien un montón de mentiras. ¿Cómo se llama el tío?

—¿Noel?

—Noel, eso es. Sableó al tío de la carta. Le estafó y se quedó con el dinero. Eso es lo que pienso. ¿No te parece?

—No lo sé.

—Ella lo investigó. Sé que estuvo revolviendo en los informes del distrito treinta y dos y no encontró nada. Eso fue lo que me dijo.

—Me hubiera gustado enterarme de este caso —digo. El alcohol me ha soltado la lengua.

Ray asiente. Bebe otro poco de su vaso.

—Ya sabes lo que pasa, Rusty. Haces una cosa mal y te pillas los dedos.

Ella no quería que comentase el caso. Una cosa lleva a la otra y, al final, todo el mundo hubiera acabado por enterarse de que estaba follando con el jefe. Además, el jefe tampoco tenía interés en divulgarlo. ¿A quién podía importarle?

—A mí —le digo, como hubiera querido decirlo durante años. Asiente también de eso.

—Lo siento, Rusty. De verdad. ¡Mierda! Soy el hijo de puta más avergonzado del mundo —se acerca a una balda y mira al retrato de sus hijos. Tiene cinco. Después, va a ponerse el abrigo. Mueve los brazos y las manos descompasadamente; le cuesta un esfuerzo bajarse el cuello—. Ya lo sabes. Si de verdad pierdo estas putas elecciones, voy a dimitir. ¡Que Nico dirija el cotarro si tantas ganas tiene! —se detiene—. O quizá tú. ¿Te gustaría el trabajo una temporada?

«Gracias Raymond», pienso. «Muchas gracias.» Al final resulta que Carolyn tenía razón.

Pero no puedo evitarlo. Me levanto también. Le coloco el cuello del abrigo; apago las luces, cierro el despacho y le encamino hacia los ascensores. Me cercioro de que coge un taxi. Lo último que le digo es:

—No es fácil estar a la altura.

Y, por supuesto, lo que son los hábitos, cuando pronuncio esas palabras lo hago de corazón.

CAPÍTULO 12

De alguna manera el hambre loca y transmutadora que Carolyn despertó en mí se plasmó en una pasión renovada por la música rock.

—No tenía nada que ver con los gustos de Carolyn —le expliqué a Robinson. Incluso en el manicomio que era la oficina del fiscal general, oía música clásica en la radio de su despacho. Tampoco se trataba de una nostalgia adolescente. No cultivé la viña del *soul and rock* de los años sesenta que pusieron música de fondo a mi juventud. Se trataba de temas de la New Wave, estridentes y chirriantes, de letras perversas y de un ritmo tan despreocupado como el de la lluvia. Empecé a ir en coche al trabajo y a decirle a Barbara que estaba pasando mi fiebre anual de busfobia. El coche me facilitaba, por supuesto, mis escapadas nocturnas a casa de Carolyn. Pero éstas, en cualquier caso, hubieran podido arreglarse de otra forma. Lo que quería era tener la oportunidad de conducir durante cincuenta minutos, con las ventanas herméticamente cerradas mientras Radio Rock Wnof, aullaba por los altavoces del Buick, con el volumen tan alto que el parabrisas vibraba cuando el canal de los bajos sobresalía en ciertas canciones.

Estaba desconcertado, tenso.

Cuando iba por la calle después de haber aparcado el coche, experimentaba una media erección porque estaba empezando una jornada que, lo sentía, era un dulce y tentador avance hacia el momento en que Carolyn sería mi botín secreto. Sudaba todo el tiempo, la sangre corría por mis venas. Y cada hora, durante una llamada telefónica o una reunión, tenía visiones de Carolyn tumbada en un reposo apasionado, visiones tan concretas e inmediatas que me sentía perdido en el espacio y en el tiempo.

Carolyn, por su parte, era como el hielo en el dominio de la situación. Durante el fin de semana después de la primera noche juntos, pasé horas y horas ausente, ponderando nuestro próximo encuentro. No tenía idea de lo que iba a ocurrir. A la puerta de su apartamento, ella besó mi mano y se despidió diciendo sencillamente: «¡Adiós!» Yo no pensaba resistirme de ninguna forma. Tomaría todo aquello que se me ofreciera.

La mañana del lunes, aparecía en su despacho con una carpeta en la mano. Mi pose, mi paso, los había ensayado innumerables veces. No quería dar la sensación de urgencia. Me apoyé contra el marco de la puerta. Carolyn

estaba en su mesa. Se oía la sinfonía Júpiter.

—Vengo a hablarte sobre el caso Nagel —le digo.

Los Nagel eran otra visión del lado oscuro de los suburbios: marido y mujer formaban un equipo de violación y sodomía. Ella abordaba a las mujeres en la calle, presenciaba el rapto y ejercitaba su imaginación con los mil y un usos de su pene de caucho. Carolyn quería pedir una pena menor para la mujer.

—Puedo transigir con la calificación —le digo—, pero necesitaríamos presentar dos cargos distintos.

Sólo así he conseguido que levante la vista de su trabajo. Impávida, me mira sin pestañear. Sonríe con la ingenuidad de una colegiala.

—¿Quién la lleva? —le pregunto, refiriéndome a qué abogado se ha hecho cargo de su caso.

—Sandy —contesta ella; es decir, Alejandro Stern, que parece ocuparse de toda persona de buena familia acusada de cualquier crimen dentro de los confines de este estado.

—Dile a Sandy —continúo yo— que para la mujer tiene que conformarse con una calificación de agresión en grado mayor. Es mejor que el juez no piense que le estamos atando las manos.

—O que la prensa crea que intentamos conseguir una libertad condicional a la fuerza para una violadora del sexo femenino.

—Eso tampoco —concedo—. Somos fiscales militantes de la igualdad de oportunidades.

Yo sonrío. Ella sonrío. Me quedo un rato más, indeciso. Ya he pasado por esto, pero mi corazón palpita y temo que haya en mi rostro una expresión insípida y meliflua.

Vale, me doy con la carpeta en el muslo y me vuelvo.

—Deberíamos quedar para tomar una copa —me dice.

Yo asiento con los labios sellados.

—¿En Gil's? —le pregunto.

—¿Qué te parece —sugiere ella— en el sitio donde acabamos la otra noche?

Su apartamento. Mi alma revive. Tiene la mínima expresión de una sonrisa y, antes de que me haya ido, ya está otra vez con su trabajo.

Como un reflejo, me veo en este umbral con enorme pena. Tenía tantas esperanzas. Estaba tan lleno de gratitud. Y, sin embargo, debería haber deducido el futuro de mi pasado.

Hubo una gran pasión en mi amor por Carolyn, pero apenas alegría. A partir de aquel instante, desde que supe que aquello iba a continuar, me sentí como la mandrágora de los viejos poemas que leíamos en el colegio, arrancada de la tierra con un grito. Estaba destrozado. Hundido. Diezmado. Hecho añicos. Cada momento era una confusión. Había encallado en algo antiguo, oscuro y profundo. No tenía conciencia de mí mismo. Era como un fantasma ciego que vaga por un castillo, pensando de amor. Era la idea de Carolyn, más que su imagen, lo que me sobrevolaba a cada momento. Deseaba con una intensidad que no recordaba haber sentido antes. Y aquel deseo era insistente, obsesivo y, de alguna manera, devastador. Ahora pienso en Pandora, a la que de pequeño confundía con Peter Pan, al abrir la caja y descubrir que había liberado aquel torrente de miserias.

—Había algo tan real en la carne de otra mujer —le dije al psiquiatra. Tras casi veinte años de dormir con Barbara, yo no me iba a la cama sólo con ella. Me acostaba con otros cinco mil polvos; con el recuerdo de cuerpos más jóvenes; con las preocupaciones de millones de cosas que apoyaban y rodeaban nuestra vida: las devastadoras goteras; la negativa de Nat a entender las matemáticas; la forma en que Raymond, al cabo de los años, me había agradecido los servicios prestados, valorando más los fracasos que los éxitos; la arrogancia de mi suegra cuando hablaba con cualquier persona que no fuera de su familia más próxima, incluido yo. En nuestra cama, extendía la mano hacia Barbara a través de la intervención espectral de todos esos visitantes, todas las veces.

Pero Carolyn era un fenómeno puro. Yo estaba mareado, desorientado. Tras diecisiete años de fidelidad matrimonial, de impulsos erráticos reprimidos en aras de una vida doméstica tranquila, no podía creer que me encontrara en esta situación; que mis fantasías se hubieran hecho realidad. Realidad. Estudiaba su cuerpo desnudo. Sus grandes aureolas esplendorosas; sus pezones largos; el lustre de su piel entre el ombligo y los muslos. Me sentía perdido y optimista aquí en esta tierra sin restricciones, rescatado de los diligentes movimientos parsimoniosos de mi vida. Cada vez que entraba en ella sentía que dividía el mundo.

—Estaba con ella tres o cuatro noches por semana. Acabamos por establecer una especie de rutina. Ella dejaba abierta la puerta de la calle y cuando empezaban las noticias en la tele, yo llegaba —Carolyn estaba limpiando, bebiendo, abriendo el correo. Una botella de vino blanco, fría y húmeda como un canto del río, me esperaba descorchada en la mesa de la

cocina. Jamás corría a saludarme. Sus asuntos, cualesquiera que fueran, la tenían ocupada. Normalmente, lo que me comentaba, mientras se acercaba a mí yendo de una habitación a otra, se refería a la oficina o a la política local. Corrían persistentes rumores, por entonces, de que Raymond no se presentaría a la reelección y Carolyn seguía esta posibilidad con gran interés. Parecía recabar información de todas partes, de la oficina, de la policía, de la asociación de abogados.

Y después, en algún momento, por fin, encontraba su camino hacia mí. Abría los brazos, me tomaba entre ellos y me daba la bienvenida. La pillé una vez en el baño y ahí mismo le hice el amor. Y otra vez la cogí mientras se vestía. Pero normalmente, pasábamos por ese ir uno hacia el otro, por ese dejar que el tiempo pasase, hasta que por fin se sentía dispuesta para llevarme a la cama donde comenzaba mi hora de adoración.

Me acercaba a ella con pleno recogimiento. A menudo me ponía de rodillas. Le quitaba la falda, las medias, las bragas para que aquellos muslos suyos, perfectos, aquel adorable triángulo quedase al aire, mientras ella permanecía de pie ante mí: aun antes de zambullir la cabeza en su cuerpo, aquel profundo aroma femenino invadía el ambiente. Eran auténticos momentos de salvaje locura. De rodillas, tenso y ciego, metía mi cara en ella, y mi lengua trabajaba febrilmente, ululando en silencio, mientras estiraba los brazos hacia arriba, empujando la ropa en busca de sus pechos. Mi pasión en aquellos momentos era tan pura como la música.

Después, lentamente, Carolyn se iba haciendo con la situación. A ella le gustaba hacerlo a lo basto y, a su debido tiempo, me avisaba para que la penetrara con violencia. Yo, de pie al lado de la cama, enterraba las manos en su trasero y empezaba a zarandearla.

—No paraba de hablar.

—¿Diciendo qué? —preguntó Robinson.

—Ya sabe usted: palabras entre dientes. «Bien. Más. Sí, sí. ¡Oh, sí! ¡Fuerte! ¡Espera, espera, espera, oh, por favor, mi amor, sí!»

No éramos unos amantes que satisficieran las necesidades el uno del otro, me di cuenta después. A medida que el tiempo pasaba, el comportamiento de Carolyn conmigo se fue haciendo más y más hostil. Pues, a pesar de su pretendida sofisticación, encontré que bordeaba lo grosero. Le gustaba decir guarrerías. Machadas. Le gustaba hablar sobre mis partes. «Me voy a comer tu polla, tu polla gorda y peluda.» Estas salidas de tono me desconcertaban. Una vez me eché a reír, pero su mirada reveló una

indignación tan profunda, casi furiosa, que aprendí a absorber estos comentarios depredatorios. Y la dejaba hacerlo a su gusto. Observé que había una especie de progresión. Este hacer el amor tenía para ella un objetivo, un propósito: conseguir imponer su propio dominio. Vagaba por mi cuerpo, me cogía el pene con la boca, lo soltaba, deslizaba la mano más allá del escroto y tentaba en el agujero del ano. Una noche me habló: «¿Te hace esto Barbara?» Me dijo mientras hurgaba ahí. Levantó la mirada para preguntarme de nuevo, serena, dominadora: «¿Te lo hace?» No mostró ningún pudor, ni ningún temor. Para entonces ya sabía que no habría por mi parte ningún paroxismo de vergüenza porque ella mencionara a Barbara. Sabía que podía traer a mi mujer a nuestra cama y convertirla en testigo de mi deseo de escapar.

La mayoría de las noches, encargábamos la comida en un chino. Siempre la traía el mismo chico bizco, que miraba ávidamente a Carolyn cuando salía a abrirla con su bata naranja de seda. Después, nos tumbábamos en la cama y nos pasábamos los envoltorios de la comida. Siempre tenía puesta la televisión o la radio; un hábito, me doy cuenta, de sus muchos años de soledad. En la cama, cotilleábamos. Carolyn era una aguda observadora del remolino de la política local y sus innumerables demandas mezquinas en busca de engrandecimiento y poder privado. Ella lo veía en esos mismos términos, pero con más excitación que yo y menos humor. No estaba tan dispuesta como yo a renunciar a la búsqueda de la gloria personal. Consideraba que era un derecho natural de todos, incluida ella.

Mientras yo estaba saliendo con Carolyn, Nico se hallaba al comienzo de su campaña. En aquel tiempo, yo no le tomaba en serio. Ninguno, ni Carolyn siquiera, le dábamos la mínima oportunidad. Pero ella veía otras posibilidades que me explicó una noche, no mucho antes de que nuestro paraíso terminara. Yo le estaba contando mi último análisis de los motivos de Nico.

—Busca una compensación —le dije a Carolyn—. Quiere que los amigos de Raymond le encuentren algo. No es una buena estrategia política en el Condado de Kindle empezar en unas primarias. Fíjate en Raymond. Bolcarro nunca le dejará olvidar que fue su rival en las municipales.

—¿Y si Bolcarro quiere vengarse?

—Bolcarro no es el partido. Algún día se irá. Nico es demasiado corderillo para ir por su cuenta.

Carolyn no estaba de acuerdo. Veía mucho más claro que yo lo decidido que estaba.

—Nico cree que Raymond está cansado o que él puede convencerle de que lo está. Muchos creen que Raymond no debería presentarse de nuevo.

—¿Gente del partido? —le pregunté.

Era la primera noticia que tenía. Muchos dijeron que no se iba a presentar, pero no que, en caso de hacerlo, se viera con malos ojos.

—Gente del partido. Gente del alcalde. Nico le ha hecho pupa con sólo presentarse. Se está diciendo que Raymond necesita ser relevado.

Se estiró para alcanzar otro envoltorio de comida y un pecho se columpió atractivamente al salirse de la sábana.

—¿Habla Raymond de eso? —me preguntó.

—Conmigo no.

—¿Si llegara a percibir esas malas vibraciones lo pensaría?

Yo hice un gesto de escepticismo. La verdad es que no tenía mucha idea de lo que Raymond pensaba en aquellos días. Desde su divorcio se había vuelto mucho más reservado. Aunque me había nombrado jefe de sus ayudantes, su confianza en mí era menor.

—Si consintiese en dejarlo —continuó Carolyn—, el partido, sin duda, le dejaría elegir al nuevo candidato. El podría negociarlo. Ya saben que no va a dárselo a Nico sin más.

—De eso puedes estar segura.

—¿A quién escogería? —preguntó ella.

—Probablemente a alguien de la oficina. Que diera continuidad a su labor.

—¿Tú? —preguntó de nuevo.

—Quizá Mac. Sería una estupenda candidata, con su silla de ruedas y todo.

—Ni hablar —replicó, alzando una porción de *Moo Shu* con los palillos—. No en estos días. La silla no es muy telegénica. Creo que te escogería a ti. Tú eres el candidato natural.

Yo sacudí la cabeza. Fue una actitud refleja. Quizás en aquel momento lo dijera en serio. Estaba en la cama de Carolyn y sentía que ya había sucumbido ante demasiadas tentaciones.

Carolyn apartó la comida. Me agarró del brazo y me miró a los ojos.

—Rusty, si le dices que lo quieres, te escogerá a ti.

La observé durante un instante.

—¿Estás sugiriéndome que vaya a decirle a Raymond que su tiempo ya ha cumplido?

—Se podría hacer con tacto —dijo Carolyn, mirándome directamente a los ojos.

—De ninguna manera —le contesté.

—¿Por qué no?

—No voy a morder esa mano. Si está acabado, que sea él mismo quien lo decida. Ni siquiera estoy seguro de que le aconsejara retirarse si me pidiera consejo. Sigue siendo el candidato más fuerte contra Della Guardia.

Ella negó con la cabeza.

—Sin Raymond, la candidatura de Nico no tiene sentido. El que consiga que los miembros del partido y los de Raymond se unan a su favor será el que se siente en el sillón del fiscal general. No hay quien pueda con ellos.

—Realmente has estudiado el caso —le dije.

—Necesita un empujón —me contestó.

—Dáselo tú. No es mi forma de ser.

Carolyn se levantó de la cama desnuda. De pie, descalza, parecía ágil y fuerte. Se puso la bata. Me di cuenta de que estaba contrariada.

—¿Por qué te has disgustado? —le pregunté—. ¿Querías convertirte en la ayudante en jefe?

Ella no contestó.

—La última vez que me acosté con Carolyn, ella me la sacó en medio de nuestro trajín y se volvió.

Al principio no entendí lo que quería. Pero cuando empezó a darme con su trasero, me di cuenta de lo que se me ofrecía: un griego.

—No —le dije.

—Inténtalo —miró por encima del hombro—. Por favor.

Yo me pegué a su espalda.

—Despacito —me dijo—. Sólo un poquito.

Yo entré demasiado deprisa.

—No tanto —exclamó—. ¡Oh!

Apreté, descansé, bombeé. Ella se arqueó, claramente dolorida. Y yo me sorprendí al verme, de pronto, excitado.

Ella volvió la cabeza. Había lágrimas en sus ojos. Entonces los abrió y me miró cara a cara. Estaba radiante.

—¿Hace esto... —jadeó—, te hace esto Barbara?

CAPÍTULO 13

En el distrito 32 no se percibe el follón típico de una comisaría. Hará unos siete años, cuando estábamos en medio de nuestra investigación, uno de los Santos de la Noche entró aquí con una escopeta de cañones recortados en el chubasquero. Se acariciaba el pecho como si protegiera del viento a un niño pequeño, de modo que le bastó bajar un poco la cremallera para poner la boca del arma bajo la barbilla del desgraciado funcionario encargado de la secretaría, un chico de veintiocho años llamado Jack Lansing, que había continuado escribiendo sin darse cuenta. Dicen que el pistolero, hasta la fecha no identificado, sonrió antes de volarle la cabeza al pobre Jack.

Desde entonces, los policías de esta comisaría atienden al público a través de un cristal a prueba de balas de veinte centímetros de grosor y hablan por un sistema radiofónico que suena como si la señal se emitiera desde la luna. Hay zonas abiertas al público por donde pasan los denunciantes, las víctimas y las novias de los policías, pero una vez pasada la gruesa puerta metálica de doce centímetros con pestillo electrónico, se encuentra uno con una especie de esterilidad absoluta. Los prisioneros están en un bloque aparte, en el sótano, y bajo ningún concepto se les permite traspasar ese nivel. Arriba, el clamor habitual no existe y el lugar recuerda un poco una agencia de seguros. Las mesas de los agentes están dispuestas en un espacio abierto, que podría pasar por cualquier otra oficina de una empresa importante. Los policías con graduación tienen sus despachos en la pared de enfrente, separados del resto por mamparas. En una de las oficinas más grandes, encuentro a Lionel Kenneally. No nos hemos visto mucho desde que terminaron los casos de los Santos de la Noche.

—¡Cago en la mar, Savin! —me dice—. ¡Cago en la mar!

Se quita el cigarrillo y me da un golpe en la espalda.

Lionel Kenneally es la encarnación de todo aquello que a una persona normal le desagradea en un policía. Es malhablado, partidista, notoriamente mezquino y racista hasta la médula. Está todavía por verse la situación en la que yo apostaría una hora de mi sueldo por sus escrúpulos. Pero me gusta; en parte, porque es un ejemplar en estado puro, sin mezclas y sin justificaciones, un auténtico policía dedicado a los sombríos misterios y lealtades de la vida en la calle. Puede percibir las vibraciones del corazón de la ciudad con la

facilidad con la que un sabueso detecta un olor, con sólo alzar el hocico. Durante la investigación de los Santos de la Noche, Lionel era el hombre a quien yo acudía cuando necesitaba encontrar a alguien. Nunca dudaba; los sacaba de galerías de tiro o se metía en Grace Street a las cuatro de la madrugada, único momento del día en que un policía puede moverse por esos parajes con una cierta seguridad. Un par de veces presencié cómo Lionel, con su metro noventa, aporreaba una puerta con tanta fuerza que parecía que la iba a sacar del marco.

—¿Quién es?

—Abre, Tyrone. Es tu hada madrina.

Evocamos los viejos recuerdos; me habla de Maurice Dudley. Ya he oído la historia pero no le interrumpo. Maurice, una masa de ciento veinticinco kilos, un asesino, un canalla; pues resulta que está absorto en profundos estudios bíblicos en la cárcel de Rudyard. Va a ordenarse sacerdote.

—Harukan está tan cabreado que ni siquiera le habla. ¿Puede usted creerlo?

Harukan era el líder de los Santos de la Noche.

—¿Quién dijo que la rehabilitación no es posible?

Esta observación nos hace una gracia enorme. Quizás estemos pensando en la mujer en cuyo brazo Maurice escribió su nombre con un cuchillo de cocina. O en los policías de esta comisaría que juraban, con la exageración característica de las historias de polis y tribunales, que lo había hecho con faltas de ortografía.

—Y usted. ¿Está de paso o qué? —me pregunta finalmente Kenneally.

—La verdad es que no estoy muy seguro —le digo—. Estoy intentando aclarar una cosa.

—¿Sobre qué? ¿Carolyn?

Asiento.

—¿Cómo va eso? —pregunta Kenneally—. Lo último que he oído es que resulta que no es una violación.

En dos minutos le ofrezco a Kenneally un resumen del estado de nuestra investigación.

—Y ¿qué es lo que quiere aclarar? —pregunta—. ¿Si el tío que le preparaba los martinis es el que se lo hizo?

—Eso parece evidente. Pero yo sigo escamado. ¿No tuvimos un mirón, hará como diez años, que espiaba a las parejas y luego entraba y se llevaba un

trozo de la señora a punta de pistola?

—¡Joder! —exclama Kenneally—. Anda completamente perdido. Está buscando a alguien del cuerpo: a un policía, a un fiscal, a un detective privado. Alguien que supiera qué escena montar cuando fuera a matarla. Eso es lo que yo imagino. Si hubiera estado con un amigo aquella noche y la hubiera dejado con vida, ya nos habría venido con el cuento. Habría querido colaborar.

—Si es que no tiene una esposa a la que rendir cuentas.

Kenneally considera ese extremo. Me ofrece un amago de encogimiento de hombros. A lo mejor tengo razón.

—¿Cuándo la vio por última vez? —le pregunto.

—Hace tres meses. Vino por aquí.

—¿A qué?

—A hacer las mismas pijadas que usted: a investigar algo y a intentar que no se supiera lo que era.

Yo me río. Un auténtico policía. Kenneally se levanta. Va hacia un montón de casos transferidos, que están apilados en un rincón de la habitación.

—Se consiguió a un novato para que le revisara toda esta basura, así que ni se tuvo que romper las uñas ni estropear las medias.

—Déjeme adivinar —le digo—, informes de los casos de hace nueve veranos.

—Cierto —exclama.

—¿Mencionó algún nombre?

Kenneally lo piensa.

—Creo que sí, pero que me jodan si me acuerdo. También había algo raro con eso.

—¿León?

Lionel chasca los dedos.

—Apellido desconocido —dice—. Eso es lo que había de raro. Estaba dando palos de ciego.

—¿Qué consiguió?

—Caca.

—Seguro.

—¡Que sí, joder! No es que ella estuviera muy atenta. Estaba más pendiente de quién se fijaba en su culo. Que en esta casa, como bien sabía ella, es todo el mundo. Digamos que se lo pasó bien volviendo por aquí.

—¿Volviendo?

—Trabajó en el distrito Norte cuando era una oficial de libertad vigilada. Tampoco entonces tenía ni puta idea de lo que hacía. Era la típica asistente social. No podía imaginarme yo que Horgan acabara empleándola.

Lo había olvidado. Me parece que lo sabía. Pero no lo recordaba. Carolyn trabajó aquí. Estoy pensando en la secretaria que mencionaba el novio de Noel en la carta. No decía si era blanca o negra, gorda o delgada. Pero sí decía «la chica». ¿Podría alguien llamar «chica» a Carolyn incluso hace nueve años?

—No le caía muy bien.

—Era una puta —dice Kenneally, sin rodeos—. Ya sabe, de las independientes. En la cama se labraba su porvenir. Y apuntaba a lo más alto. Cualquiera lo podía ver.

Miro un momento alrededor. Nuestra conversación parece haber acabado. Vuelvo a preguntarle si está seguro de que no encontró nada.

—Ni un puto rollo. Puede hablar con el chico que la ayudó a revisar los papeles, si quiere.

—Si no le importa, Lionel.

—¡Qué cojones me va importar! —descuelga el interfono y avisa a un policía llamado Guerash—. ¿Por qué se sigue preocupando por este asunto? —me dice mientras esperamos—. Será problema de otro dentro de muy poco, ¿no le parece?

—¿Se refiere a Delay?

—Creo que lo tiene en el bote.

Durante la última semana ésa es la comidilla de los polis. Nunca fingieron aprecio por Raymond.

—Nunca se sabe. Quizás haga un descubrimiento espectacular con este asunto y le salve.

—Ni que baje Dios del Sinaí le salvará, según he oído. En el centro dicen que Bolcarro va a anunciar su apoyo a Nico esta tarde.

Trago saliva. Si a seis días de las elecciones Bolcarro apoya a Nico, entonces sí que Raymond no será sino una pieza de museo.

Entra Guerash. Tiene el mismo aspecto que la mitad de los jóvenes del cuerpo: guapo, pero pasado de moda; porte erguido y una especie de pulcritud militar en su apariencia. Los zapatos relucientes y los botones de la chaqueta brillantes. Lleva el pelo con una raya perfecta.

Kenneally se dirige a él.

—¿Te acuerdas de la señora fiscal que estuvo aquí, Polhemus?

—Hermoso par de pulmones —responde Guerash.

Kenneally se vuelve hacia mí.

—Se da cuenta, este chico se va a convertir en un buen poli. Nunca olvida una talla de sujetador.

—¿Es la que se cepillaron en la orilla del río? —me pregunta Guerash.

Le contesto que así es. Kenneally continúa habiéndole.

—Vale, aquí Rusty es el ayudante jefe del fiscal general. Quiere saber si ella se llevó algo cuando estuvo aquí.

—No que yo sepa —afirma Guerash.

—¿Qué buscaba? —le pregunto.

—Quería ver los arrestos efectuados un determinado día. Me dijo que habría como sesenta o setenta personas arrestadas por escándalo público. Estamos hablando de hace ocho o nueve años. Bueno, en cualquier caso, me puso a revolver por todas estas cajas.

—¿Cómo sabía lo del día?

—¡Yo qué sé! Parecía saber lo que estaba buscando. Sólo me dijo que buscara el día que más arrestos había habido. Y eso es lo que hice. Podía haberme llevado una semana revisar toda esa basura. Había como unos quinientos arrestados por el cuarenta y dos.

El cuarenta y dos es el artículo que se aplica a los que incurren en escándalo público.

Un día. Vuelvo a pensar en la carta. No hay nada en aquel historial que permitiera reducir el lapso de tiempo tan drásticamente. Quizá le pareció una tarea imposible antes de empezar y decidiera coger sólo una muestra.

—¿Encontró usted lo que ella buscaba?

—Creía que sí. La llamé y vino a revisar lo que había encontrado. La dejé sola con los papeles y me fui. Luego me dijo que no había encontrado nada.

—¿Recuerda por casualidad algo de lo que le buscó? ¿Algún factor común de los arrestos?

—Todos en el *Public Forest*. Todos tíos. Creo que fue una manifestación o algo así. No sé.

—¡Hostia! —exclama Kenneally, dirigiéndose a Guerash asqueado—. ¿Por escándalo público? ¿Eso es lo de los maricones, verdad? —me pregunta a mí—. Cuando Ray encontró sus pelotas, durante un día y medio.

—¿Le dijo algo sobre lo que estaba buscando? ¿Un nombre o algo?

—Sí, pero ni siquiera sabía el apellido. Sólo el nombre. Yo no tenía muy claro si conocía al tío ese o no —Guerash hace una pausa—. ¿Por qué tengo la impresión de que tenía que ver con las Navidades?

—¿Noel? ¿Le dio ese nombre?

Guerash chasca los dedos.

—Eso es.

—¿No era León?

—Ni hablar. Me dijo que estaba buscando a Noel apellido desconocido. Me acuerdo porque me lo escribió en un papel y en seguida me acordé de las Navidades.

—¿Puede decirme lo que vio ella?

—Tío, no lo sé. Creo que lo guardé.

—Y una puta mierda —interviene Kenneally—. Te pedí que lo hicieras tres jodidas veces. Aquí está. Sírvase usted mismo.

Nos señala los casos transferidos del rincón.

Cuando Guerash abre la primera caja, lanza un juramento. Coge un manojo de hojas sueltas que están en la puerta de arriba de los historiales clasificados.

—No era muy ordenada, diría yo. Estos informes estaban todos colocados cuando se los di.

Me gustaría preguntarle a Guerash si está seguro de eso, pero no tiene objeto. Esa es una de las cosas de las que se acuerda sin duda y puedo ver lo ordenadas que están el resto de las carpetas. Además le pega mucho a Carolyn coger los informes que otras personas han tardado años en hacer y tratarlos como detritos.

Guerash empieza a revolver casi por instinto entre las hojas de arrestos y yo le ayudo. Kenneally se nos une también. Estamos de pie alrededor de su mesa maldiciendo a Carolyn. Cada carpeta de arresto debería incluir un informe policial, una ficha de arresto con la fotografía del detenido y sus huellas dactilares, una denuncia y el resguardo de la fianza, pero ni una sola de estas sesenta o setenta carpetas están completas. En todas falta algo y las hojas están revueltas. El orden numérico ha desaparecido.

Kenneally no deja de repetir: «Putas.»

Llevamos casi cinco minutos en esto antes de que se me ocurra; este desorden no es casual. Estos papeles han sido barajados.

—¿Quién coño ha estado hurgando aquí después de Carolyn? —le pregunto a Kenneally.

—Nadie. Llevan cuatro meses quietecitos en ese rincón, esperando a que este mamón los ponga en su lugar. Nadie más que él y yo sabe que están aquí. ¿Verdad? —dice dirigiéndose a Guerash. Guerash lo ratifica.

—Lionel —le pregunto—. ¿Conoce a Tommy Molto?

—¡Pues claro que sí, no te jode! La mitad de mi vida hace que conozco a Tommy Molto. El cabroncete era el fiscal de este jurado.

Lo hubiera recordado si llego a pensarlo. Molto era famoso por sus batallas con los jueces.

—¿Estaba aquí cuando Carolyn era la oficial de vigilancia?

—Me parece que sí. Vamos a ver. ¡Joder, Rusty! ¡Que yo no llevo la hoja de registro de esos tíos!

—¿Cuál fue la última vez que le viste?

Lionel lo piensa.

—Tres, cuatro años. Me parece que me topé con él en una cena o algo así. Ya sabe: era un buen tío. Le vi y hablamos. Ya me conoce.

—¿Pero él no ha estado mirando estos informes?

—Oiga —dice Lionel— míreme a los labios. Usted. Yo. Guerash. Ella. Eso es todo.

Cuando terminamos de ordenar los papeles, Guerash revisa los informes un par de veces.

—¿Falta uno, verdad? —le pregunto.

—Nos falta un número —contesta—. Podría haber un error. —Arrestaron a unos sesenta maricones, no se molestan en llevar la cuenta exacta —dice Kenneally.

Le pregunto a Lionel:

—Pero, ¿podría ser que haya desaparecido el atestado?

—Eso, también.

—Habría un informe de sala en cualquier caso, ¿no? —pregunto. Kenneally mira a Guerash. Y Guerash me mira a mí. Yo anoto el número. Tiene que estar microfilmado. A Lipranzer le va a encantar el trabajito.

Cuando Guerash se ha ido, me quedo un rato más con Kenneally.

—¿No quiere decir de qué va el asunto? —me pregunta.

—No puedo Lionel.

Lo entiende. Pero sé que se siente molesto.

Le doy la mano.

—Pues, sí —dice Lionel—. Aquellos fueron días muy movidos por aquí. Hubo un montón de historias.

Su mirada no se aparta de mí, quiere que sepa que ambos tenemos nuestros secretos.

Fuera hace verdadero calor. Veintiocho grados. Casi un récord para el mes de abril. Ya en el coche, pongo las noticias de la radio. Hay un programa en directo desde la oficina del alcalde. Ya ha terminado la alocución de Su Ilustrísima, pero oigo lo suficiente para comprender el sentido de su intervención. La oficina del fiscal necesita sangre nueva, una nueva dirección. El pueblo lo desea y se lo merece.

Voy a tener que empezar a buscar otro empleo.

CAPÍTULO 14

Día de partido. En la mortecina luz del atardecer primaveral da comienzo el juego de la liga de padres y alumnos de segundo grado. El cielo parece estar más cercano allí en el campo, un terreno que se extiende sobre un antiguo pantano, mientras que los Stingers de la señora Strongmeyer ocupan lentamente sus posiciones, con sus sudaderas abrochadas hasta el cuello y sus guantes de béisbol. En la creciente penumbra, los padres se acercan a las bases para dar las últimas instrucciones. Un gigantesco niño de ocho años llamado Rocky ocupa la plataforma y hace girar su bate cerca de la pelota colocada en el extremo de la franja de goma. De pronto, lanza la pelota al espacio con sorprendente fuerza. Esta cae en el lado izquierdo, fuera del alcance del tembloroso defensa de los Stingers.

—Nathaniel —grito, al mismo tiempo que otros padres—. Nat.

Nat por fin despierta. Alcanza la pelota justo unos segundos antes que Molly, un ágil duendecillo con la cola de caballo revoloteando por debajo de su gorra. Nat la coge, gira y la lanza con un solo movimiento. La pelota describe un tremendo arco y aterriza con un golpe sordo cerca de la tercera base en el momento en que Rocky alcanza la meta. De acuerdo con el protocolo local, sólo yo puedo amonestar a mi hijo, de modo que avanzo por la línea de foul, dando palmadas con las manos.

—¡Estás dormido! ¡Despierta!

No temo por Nat. Se encoge de hombros, alza su mano enguantada y despliega una enorme sonrisa con sus nuevos dientes mellados que parecen velas de una tarta de cumpleaños.

—La perdí, papá —grita—. La perdí.

Todos los padres del grupo corean mi carcajada. Repetimos una y otra vez la frase de Nat. La perdió. Cliff Nudelman me da una palmada en la espalda. Al menos el chico ya ha aprendido la jerga.

Me pregunto si los demás hombres soñarían, cuando eran niños, con sus hijos. Yo contemplaba el futuro con pasión y con esperanza. Mi hijo sería un niño amable y obediente. Un niño bueno, lleno de virtudes y de talento.

Nat no es así. No es que sea un mal chico. Eso decimos en casa. Barbara y yo nos lo decimos constantemente desde que cumplió los dos años. Nat no es, en realidad, un mal chico. Y yo lo creo. Fervientemente. Con un corazón

rebosante de amor. Es sensible. Amable. Y también es alocado y distraído. Ha seguido su propio ritmo desde que nació. Cuando le leo un cuento, pasa las páginas para ver qué hay más adelante. No escucha o al menos no parece importarle. En la escuela, siempre tiene problemas.

Le salvan su despreocupado encanto y sus atractivos físicos. Mi hijo es precioso. Me refiero a algo distinto de la manida belleza infantil; los rasgos suaves, la tersa piel de los pequeños. Este chico tiene los ojos oscuros, agudos, de mirada penetrante. Estos rasgos finos y regulares no los ha heredado de mí. Yo soy más grande y robusto. Tengo una nariz abultada, un arco superciliar un tanto neandertalense. La familia de Barbara es más menuda y mejor parecida y son ellos los que habitualmente se llevan los honores. Íntimamente, sin embargo, yo he pensado a veces con disgusto en la belleza eslava, penetrante y austera, de mi padre. Tal vez pensando en este origen ruego ante mi propio altar que este don no lleve a Nat a la arrogancia o la crueldad, rasgos estos que las personas guapas que he conocido consideraban como algo natural o, lo que es peor, como un derecho distintivo.

Cuando termina el juego, nos dispersamos por parejas en dirección a los coches estacionados en el aparcamiento de grava. Hacia el mes de mayo, cuando el tiempo sea más suave, nos quedaremos a merendar después del partido. Algunas veces encargamos pizzas. Los padres nos ocupamos por turno de traer las cervezas y, después de la comida, los niños reanudan su juego mientras los padres permanecemos tumbados sobre la hierba hablando de nuestros asuntos. Estoy deseando que lleguen esos días. Entre estos hombres que no conozco muy bien parece existir una cálida unión, un sentimiento semejante al que deben sentir los fieles cuando abandonan juntos su iglesia. Padres e hijos, lejos de las preocupaciones cotidianas de la vida laboral, lejos incluso de los placeres y las responsabilidades del matrimonio. Padres un tanto alegres en las tardes de los viernes, felices con sus inconmensurables obligaciones.

Pero ahora que todavía hace frío y oscurece pronto, he prometido a Barbara que nos reuniremos para cenar en una cafetería de la localidad. La encontramos esperándonos sentada en un banco rojo de plástico. Nat le da un beso e inicia su informe sobre la práctica victoria de los Stingers mientras ella alza la cabeza para dirigirme una mirada de frío reproche. Barbara está furiosa conmigo por seguir encargándome de la investigación del asesinato de Carolyn, pero me doy cuenta en seguida de que esta noche algo nuevo

aumenta su disgusto. Lo primero que pienso es que llegamos con retraso, pero el reloj del restaurante me dice en cambio que llegamos con un minuto de adelanto. No puedo imaginar qué habré hecho para provocarla.

Con el paso de los años, Barbara tiende a sumirse más y más en los sombríos bosques de su humor. Los elementos del mundo exterior que antes la detenían han sido relegados al pasado. Seis años enseñando en el North End acabaron con su fe en las reformas sociales. Cuando Nat nació, dejó de buscar en los otros. La vida en las afueras de la ciudad, sus fronteras y su particular escala de valores, la han acallado, exagerando su deseo de soledad. La muerte de su padre, tres años atrás, fue considerada como una deserción, como una manifestación más de la conducta mantenida durante toda su vida al margen de las necesidades de Barbara y de su padre, y la dejó en un estado de carencia permanente. Y los monótonos momentos de desconexión marital, instantes durante los cuales flotamos en un etéreo espacio subreal que imposibilita cualquier contacto significativo con otro ser humano, parecen haberle robado toda su despreocupación y optimismo. Durante estos períodos, alardea de su desencanto con todo el mundo de una forma tan ostensible que a veces creo que si cogiera su mano y se la chupara, sabría amargo.

Después, las cosas mejoran. Así ha sido siempre en el pasado. A pesar de que esta ruptura causada por mi infidelidad es, naturalmente, la más prolongada de nuestra vida de casados, todavía espero una mejoría. Por lo menos, ahora Barbara no habla de abogados y de divorcio como hizo en noviembre pasado. Sigue aquí. Este hecho, tan claro, me inspira cierta tranquilidad. Soy como un náufrago asido a los cascotes, esperando la llegada del barco de línea. Más tarde o más temprano, tendré ante mí a una mujer llena de buen humor, de inteligencia despierta, de comprensión y de talento, y enormemente interesada en mí. Así es cómo todavía me imagino a mi mujer.

Esta misma mujer tiene ahora una mirada fría como un diamante mientras hacemos cola para sentarnos. Nat se ha escabullido y mira con deleite el mostrador de los dulces. No se está quieto, por supuesto, es la viva encarnación del movimiento continuo. Barbara y yo lo vigilamos como hacemos siempre.

—¿Cómo va? —pregunta Barbara, de pronto. Es un reto. Se supone que tengo que darle conversación.

—¿Cómo va qué?

—El trabajo. ¿Seguís sin aclararos con la gran investigación?

—No hay pistas —respondo—. Ni resultados. Estamos en la más absoluta confusión. Todo el mundo está en danza. Es como si se dejara salir el aire de un globo. Con eso de que Bolcarro haya apoyado a Delay, ya sabes.

Barbara guiña los ojos y vuelve a mirarme con ojos críticos cuando menciono este acontecimiento. Por fin, reconozco mi último ultraje. Ayer volví tarde a casa y me quedé abajo pensando que estaría dormida. Barbara bajó en camión y me preguntó qué hacía desde la escalera. Cuando le dije que estaba trabajando en mi informe, se dio la vuelta y volvió a subir.

—¿Raymond no habló de hacerte juez hoy?

Me sobresaltó, lamentando la estúpida vanidad que me impulsó a mencionarle este proyecto. Mis posibilidades son ahora muy escasas. Bolcarro ya demostró hace dos días lo mucho que le preocupa ver feliz a Raymond.

—¿Qué quieres que haga, Barbara?

—No quiero que hagas nada, Rusty. He dejado de hacerlo. ¿No es eso lo que tú prefieres?

—Hizo bien su trabajo, Barbara.

—¿Y qué hizo por ti? Tienes treinta y nueve años. Una familia. Y ahora tendrás que pensar en el subsidio de paro. Hizo que le llevaras las maletas y le resolvieras sus problemas y ahora, en lugar de retirarse, te arrastra a ti en su caída.

—Hemos hecho algunas buenas cosas.

—Te utilizó. La gente siempre te utiliza. Y tú dejas que lo hagan. Te gusta. Te gusta de verdad. Prefieres que abusen de ti, en lugar de hacer caso de las personas que han intentado preocuparse por ti.

—¿Se supone que tú eres una de ellas?

—Yo. Tu madre. Nat. Ha sido así toda la vida. No tiene solución.

Estoy a punto de responder que Nat no, pero me detengo movido por un sentido de la diplomacia o de autoconservación. La camarera, una joven pequeña con la esbelta figura de una asidua al gimnasio, nos conduce a la mesa. Barbara negocia la comida con Nat. Patatas fritas, sí. Coca-Cola, no. Leche. Y tiene que tomar un poco de ensalada. Nat se mueve y mira a su alrededor. Le hago una caricia y le indico que se siente derecho. Barbara permanece en silencio tras la barrera de la carta.

¿Era más feliz cuando yo la conocí? Probablemente sí, aunque yo no lo recuerdo con claridad. Me dio clases cuando yo decidí insensatamente elegir cálculo para cumplir con las exigencias en materias de ciencias de la

universidad. Nunca llegó a cobrar sus honorarios. Se enamoró de mí y yo de ella. Adoraba su tremenda inteligencia, su belleza de adolescente, sus ropas de barrio residencial, el hecho de que fuera la hija de un médico y, por tanto, de alguien «normal». Adoraba incluso las tumultuosas corrientes de su personalidad, su capacidad para hablar de tantas cosas que a mí me parecían remotas. Sobre todo, adoraba la omnívora pasión que sentía por mí. En toda mi vida nadie había deseado tanto mi compañía, nadie había apreciado tanto cada rincón de mi ser. Conocí a media docena de hombres que andaban detrás de Barbara. Pero ella sólo me quería a mí; es más, me perseguía con un ardor que al principio me pareció embarazoso. Supongo que fue el espíritu de la época el que le hizo desear cuidar de aquel joven torpe, moreno y lleno de secretos deseos, que sus padres sin duda desaprobaban.

Como yo, como Nat, Barbara no era más que una niña, oprimida por su educación. Sus padres la habían sofocado con sus atenciones que, en cierta medida, ella consideraba falsas. Decía que la habían dirigido, utilizado en todas las ocasiones como instrumento de sus deseos y no de los suyos propios. Me decía a menudo que yo era la única persona que había conocido que fuese como ella: ambos estábamos solos y lo habíamos estado siempre. ¿Es esa la extraña reciprocidad del amor: querer siempre lo que uno piensa que da? Barbara esperaba que yo fuese un príncipe de los cuentos de hadas, un sapo transformado por sus caricias, que entraría en el tenebroso bosque donde ella estaba prisionera y la salvaría de sus demoníacos captores. Durante todos estos años he debido fallar muchas veces en el cumplimiento de esta obligación.

La rutina diaria del restaurante se despliega a nuestro alrededor. Parejas que charlan, obreros del turno de noche que cenan solos, la camarera sirviendo café. Y allí estoy yo, Rusty Sabich, de treinta y nueve años, abrumado por las cargas de toda una vida y por la fatiga de la jornada. Le digo a mi hijo que se beba la leche. Mordisqueo mi hamburguesa. A un metro de mí está la mujer a quien he dicho que quería durante cerca de veinte años, haciendo grandes esfuerzos para ignorarme, comprendo que en determinados momentos se sienta decepcionada. Desvalida. Lo comprendo. Tengo esa virtud. Pero no tengo la capacidad de hacer nada al respecto. No son sólo las rutinas de la vida adulta las que merman mis fuerzas. Sufro de alguna carencia. Y sólo podemos ser lo que somos. Tengo mi historia, mis recuerdos, el laberinto todavía sin descifrar de mi propio yo y en el que a menudo me pierdo. Percibo el clamor interno de Barbara. Comprendo sus

necesidades. Pero sólo puedo responder con silencio y pesar. Necesito todo el resto de mi ser para la ingente tarea de ser Rusty.

CAPÍTULO 15

El día de las elecciones amanece radiante. Anoche, sentado en la oficina de Raymond con Mike Duke, Larren y Horgan, los oí decir que el tiempo ayudaría. Ahora que el partido pertenece a Della Guardia, Ray necesita a los votantes que se mantienen fieles a su candidato y no a los deseos del jefe del distrito electoral. La semana pasada ha supuesto una extraña lección. Siempre que hay un acontecimiento negativo, se dice que era inevitable. Pero después se acaba por remontarlo. Anoche, en la oficina de Raymond, aún pensaban en ganar. El último sondeo de opinión, financiado otra vez por el periódico y el Canal 3, se llevó a cabo después de las declaraciones de Bolcarro y mostraba una desventaja de Raymond de sólo cinco puntos. Duke dijo que desde entonces las cosas parecían haber mejorado y que Raymond había vuelto a ganar en parte su viejo atractivo por ser ahora el desvalido. Allí estábamos todos sentados, cuatro hombres hechos y derechos, actuando como si de verdad creyéramos que aquello pudiera ser cierto.

La oficina, como siempre el día de las elecciones, presenta un aspecto desolador; como de punto y aparte. Durante su mandato, Raymond se ha opuesto siempre a la participación política activa de los empleados de su oficina que, anteriormente, constituían una banda de muñidores y trapisondistas. Los días en que los ayudantes vendían boletos para la recolección de fondos de la campaña del fiscal en los tribunales han pasado a la historia. En doce años, Raymond Horgan no ha pedido a los miembros de su personal ni un duro de su dinero, ni un minuto de su tiempo para ayudar a la campaña. Aun así, muchos de los administrativos que empezaron a trabajar antes de que Horgan se alzara con el cargo tienen compromisos políticos con los financiadores del partido, que son los que les aseguran el puesto y, como contrapartida del difícil acuerdo alcanzado con Bolcarro hace una década, Raymond accedió a dejar libre en el día de las elecciones a la mayor parte del personal, para que así los del partido hagan el trabajo propio de los militantes: ir de puerta en puerta distribuyendo panfletos, llevar a votar a los ancianos, vigilar las mesas electorales. Este año lo están haciendo por Nico Della Guardia.

Para el resto de nosotros, no hay establecida ninguna obligación. Paso la mayor parte del día en la oficina. El segundo de a bordo, en el puente de

mando mientras el barco se hunde. Hay muy poca gente, la mayor parte abogados ocupados en terminar informes o en hacer limpieza en las mesas de sus despachos. Alrededor de dos docenas de los ayudantes más jóvenes forman nuestra delegación en la Junta Electoral Central, dependiente de la oficina del fiscal de los Estados Unidos. En la mayoría de las ocasiones esto implica responder a todo tipo de reclamaciones absurdas: que si una máquina de votación no funciona; que si se ha presentado uno con una pistola en una mesa electoral; que si un miembro de la mesa lleva la pegatina de uno de los candidatos, o que se ha inducido a algún anciano a votar a éste o a aquél. De vez en cuando, recibe alguna llamada dándome las últimas noticias o contesto las de la prensa, informando sumisamente de que no hay indicios de que se haya producido ninguna incidencia en el proceso democrático.

Hacia las cuatro y media, recibo una llamada de Lipranzer. Han colocado un aparato de televisión a la puerta de mi oficina, pero todavía no hay resultados. Aún falta hora y media para que cierren las urnas. Las primeras noticias se refieren al alegre anecdotario de la jornada.

—Ha perdido —me dice Lip—. Mi contacto en el Canal 3 ha visto los resultados provisionales. Dice que Nico va a ganar por ocho o diez puntos si la tendencia se mantiene.

Otra vez me da un vuelco el corazón, mis entrañas se contraen. Curioso, pero esta vez me lo creo. Veo por la ventana las columnas del edificio de enfrente y las terrazas de las otras construcciones que lo rodean, las negras ondas del río que se tuerce como un codo dos manzanas más allá. Llevo ocupando la misma oficina desde hace siete años y todavía la vista no me resulta familiar.

—Enterado —pronuncio solemnemente, por fin—. ¿Algo más?

—Nada —dice Lip—. Quise que lo supieras —espera—. ¿Seguimos trabajando en el caso Polhemus?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—No —dice—, no. Han venido hoy a llevarse todos mis informes. Para Morano. Quiere revisarlos.

—¿Y?

—Me ha dado mala espina. No sé. Asaltaron a su suegra hace tres años a punta de pistola y no creo que se moleste en leer la denuncia.

—Lo entenderías —le contesto— si tuvieras una suegra —Lip entiende el chiste como lo que es: el ofrecimiento de una disculpa por mi anterior impaciencia—. Sólo quieren asegurarse de tener al tanto a Nico. Lo cual

parece una tontería —continuó— porque Molto debe haber estado haciéndose con copias de todo.

—A lo mejor. No lo sé. Hay algo que no cuadra. Vino Schmidt personalmente. Serio de verdad. Como si hubieran matado al presidente.

—Es que intentan parecer eficientes.

—Supongo que sí. Voy a ir a los juzgados del distrito Norte a acabar ese asunto de los historiales —añade Lip, refiriéndose a los informes que llevamos buscando desde mi visita al distrito 32—. Me prometieron tener listo el microfilm alrededor de las cinco. Quiero llegar allí antes de que lo manden. ¿Dónde vas a estar esta noche, por si te tengo que localizar?

Le digo que estaré en la fiesta de Ray, por el hotel, en algún sitio. Ya no estamos con las prisas de tener que volver corriendo con los resultados de la investigación, pero Lip dice que se pasará de todas formas; más o menos, para presentar sus respetos.

—Los irlandeses —dice Lip— siempre celebran unos fantásticos funerales.

Las estimaciones de Lipranzer resultan acertadas. La banda toca a bombo y platillo. Las chicas jóvenes, que siempre están presentes, rezuman esa especie de brillo tenue de las situaciones emocionantes, con grandes bandas cruzándoles el pecho y canotiers electorales muy colocaditos sobre sus peinados. *¡horgan!* aparece escrito por todas partes en letras verde limón. A ambos lados de la plataforma vacía del conferenciante se alzan dos gigantescas ampliaciones de su fotografía. Me paseo por la pista de baile, mordisqueando albóndigas y saboreando una desagradable sensación en el cuerpo.

Alrededor de las siete y media subo a la suite de Raymond en el piso quinto. Varias personas relacionadas con la campaña están desperdigadas por las distintas habitaciones. Hay tres bandejas con cosas para picar y algunas botellas de licor sobre uno de los aparadores, pero yo declino la invitación de consumir. Debe de haber lo menos diez teléfonos en estas habitaciones y todos están sonando.

Las tres cadenas de televisión local han dado ganador provisional a Nico. Larren, el juez Lyttle, sale con un vasito de bourbon en la mano, despotricando sobre los resultados preliminares.

—Es la primera vez —dice— que veo declarar muerto a uno, antes de que llegue al suelo.

Raymond, sin embargo, se muestra optimista. Está sentado en uno de los

dormitorios interiores, mirando la televisión y hablando por teléfono. Cuando me ve, deja el teléfono y viene a abrazarme.

—Rozat —me dice, llamándome por mi nombre. Sé que este gesto lo ha repetido con una docena de personas esta tarde, pero me siento conmovido y profundamente agradecido por verme incluido entre los miembros de la afligida familia.

Me siento junto a Raymond en el escabel de la *chaise longue* que él ocupa. Hay una botella abierta de Jack Daniel's y un sandwich a medio comer en la mesita junto a la silla. Raymond sigue hablando por teléfono y conferenciando con Larren y Mike y Joe Reilly. No me muevo. Recuerdo las noches que pasaba al lado de mi padre mientras veía un partido en la televisión o lo escuchaba en la radio. Siempre le pedía permiso para sentarme junto a él en el sofá. Aquellos fueron los momentos más cálidos que pasamos juntos. Al ir haciéndome mayor, mi padre se abría una cerveza que me pasaba de vez en cuando. A veces, incluso hacía algún comentario en voz alta sobre el desarrollo del partido.

Poco a poco, la conversación empieza a girar en torno al protocolo del traspaso de poderes. ¿Debe comunicarse con Della Guardia primero o bajar a hablar a los incondicionales que le esperan abajo? Della Guardia, deciden. Mike opina que Raymond debe llamarle. Joe, que le mande un telegrama.

—¡Iros al carajo! —exclama Raymond—. Pero si el hombre está ahí enfrente. Voy a cruzar a estrecharle la mano.

Le pide a Larren que se ocupe de concertarlo. Verá a Nico, después dirá su discurso y volverá aquí para conceder entrevistas personales con los miembros de la prensa y de la radio. No hay por qué guardarles rencor. Le pide a Mac que empiece a organizar esos encuentros a partir de las nueve y media. A las diez, hará una aparición en directo en el programa de Rosenberg.

No me había dado cuenta hasta ahora de la presencia de Mac y cuando da la vuelta a la silla me dice una sola palabra:

—Triste.

Raymond quiere venme a solas. Nos vamos al vestidor que está entre los dos cuartos y que es poco más que un armario grande con un servicio.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto.

—Ha habido momentos peores. Mañana será malo. El día después. Sobreviviremos. ¡Oye! —dice Raymond—. Acerca de eso que te mencioné la otra noche: cuando vea a Nico, le voy a presentar mi dimisión. No quiero ser

una mierda de político derrotado. No quiero que parezca que juego con la oficina. Me gustaría acabar limpiamente. Le diré que puede asumir el mando, siempre que lo apruebe el delegado ejecutivo del partido. Eso es una pequeña humorada, porque el delegado ejecutivo es Bolcarro. Así como presidente del partido, alcalde... el tío tiene más títulos que el presidente de una república bananera.

Tranquilizo a Raymond asegurándole que ha tomado una sabia decisión. Nos miramos el uno al otro.

—Siento como si debiera disculparme contigo, Rusty —me dice—. Si hay algún ayudante que me hubiera gustado ver en mi cargo, ése serías tú. Mi obligación era haberlo propiciado en lugar de presentarme yo. Pero me presionaron tanto para que volviera a intentarlo.

Hago señas con la mano y la cabeza. Le prohíbo que se disculpe. Larren asoma la cabeza.

—Estaba diciéndole a Rusty —le explica Ray— que no debía haber concurrido a las elecciones. Que debería haberle dado a él la oportunidad. Una cara nueva. Un fiscal de carrera. Apolítico. Hubiera avivado las cosas. ¿No te parece?

—¡Mierda! —dice el juez—, dentro de nada estarás intentando hacérmelo creer.

Todos reímos.

Larren nos relata su conversación con la gente de Nico. Ha hablado con Tommy Molto, que ha emergido esta noche como ayuda de campo del candidato durante estas primarias. Prefieren que no haya encuentro esta noche. Por el contrario, Nico y Molto quieren ver a Raymond mañana por la mañana.

—A las diez —dice Larren—. Me lo ha dicho, sin consultar. Y además me ha pedido que me asegure de que va Raymond solo. ¿Qué les parece la mierdecilla mandona?

—Le dije que llamarías a Nico para anunciarle formalmente tu renuncia —añade Larren, después de rumiar durante un segundo su descontento—. Cuando estés listo.

Raymond coge el vaso de bourbon de Larren y se atiza un latigazo.

—Vamos a por ello —proclama.

Mi lealtad no llega tan lejos. Prefiero no escucharlo. Me dirijo de nuevo a la pista de baile.

Cerca del bar, me topo con George Manson, un viejo amigo de

Raymond. Ya está borracho. Nos están empujando por todas partes.

—Mucha gente —me dice.

Sólo cerca del bar, pienso para mí, pero me contengo.

—Ha hecho una campaña muy buena —dice George— Un buen trabajo. Deberían sentirse todos muy orgullosos.

—Lo estamos —le digo—. Yo lo estoy.

—¿Ya qué se va a dedicar ahora? ¿A la práctica privada?

—Durante un tiempo. Supongo.

—¿En lo criminal?

¿Cuántas veces he tenido esta conversación esta noche? Le contesto a George que probablemente, que ya veré, quién sabe. Me voy a tomar unas vacaciones, eso seguro. George me da una tarjeta y dice que le llame. Quizá sepa de alguien que quiera hablar conmigo.

Horgan llega a la pista veinte minutos más tarde. Los gilipollas de la televisión arrasan todo a su paso hacia el escenario y sostienen en alto sus cámaras y sus micrófonos, de modo que es difícil ver nada. Raymond está sonriente y agita la mano. Dos de sus hijas están con él en el estrado. La banda toca una tonada irlandesa. Raymond ha dicho gracias por tercera vez y casi ha conseguido acallar a la audiencia cuando siento que me cogen del brazo. Lipranzer. Está sofocado de haber tenido que abrirse paso a empujones. Hay demasiado ruido aquí para poder hablar: pateos, gritos, silbidos. Los de atrás se han puesto a bailar. Lipranzer me señala afuera y le sigo hacia una señal de salida. Inesperadamente, salimos a un callejón a uno de los costados del hotel y Lip se acerca a un farol. Ahora que lo puedo ver, me doy cuenta de que algo va mal. Parece hundido, aplastado bajo el peso de una preocupación. El sudor le brilla en las sienes. Desde aquí se puede oír la voz de Raymond pero no lo que está diciendo.

—Esto es demasiado raro —me dice—. Hay un follón del carajo en la central. Un mogollón.

—¿Por qué?

—No lo sé —me dice—. Pero estoy recibiendo unas vibraciones como hacía años que no sentía. Me han dejado recado de que me presente en la oficina de Morano mañana, a las ocho de la mañana para someterme a una entrevista. Con Molto. Ese es el recado. No a hablar ni a cambiar impresiones. No a someterme a una entrevista como si estuvieran detrás de mí. Y hay otra cosa. Cuando he vuelto esta tarde me han dicho que Schmidt se ha llevado todos los resguardos de las pruebas del caso Polhemus. Si

quiero saber algo, que vaya a verle.

—Me suena a que te has quedado sin caso.

—Claro —dice—. Vale. Pero explícame esto. Me presento a las cinco en el juzgado Norte. Y todo esto sucede a las seis, a las seis y media. Y mira lo que encontré allí.

Mete la mano en su chubasquero y del bolsillo de la camisa saca cuatro o cinco hojas de tamaño folio, fotocopias de documentos del juzgado. Reconozco el número de la vista: es el mismo que el del expediente que faltaba en el distrito 32. La primera hoja es una copia del auto de procesamiento. El pueblo contra León Wells. Una denuncia por escándalo público. Absuelto de todos los cargos por decisión judicial un día de julio de hace nueve años.

—Bingo —exclamo.

—Y ahora esta hoja —me dice Lip. Es la orden de la fianza. En nuestro estado, un procesado puede evitar el pago de la fianza con sólo firmar un pagaré, por el que se compromete a pagar una suma, en cualquier caso inferior a cinco mil dólares según estipula la ley, si fuese declarado en rebeldía. Las únicas condiciones que se le imponen es que se abstenga de cometer nuevos crímenes y que se ponga en contacto telefónico semanalmente con el departamento de vigilancia de libertad provisional. La auxiliar a la que correspondió el caso de León Wells, según esta orden, fue Carolyn Polhemus. Su nombre y su número de teléfono aparecen ahí.

—Espera. Que esto es lo mejor —me pasa la última hoja. Es la copia de la cuartilla de la sala, un formulario de absolución. Con mayúsculas se lee: Moción de Absolución de Todos los Cargos. El letrado que presenta la moción es el fiscal. «Raymond Horgan, fiscal general del Condado de Kindle, Por Orden» aparece impreso al pie de la página. El ayudante encargado del caso debe firmar en el espacio en blanco. Al principio, no puedo leer la firma. Pero, cuando consigo descifrarla, exclamo:

—¿Molto?

Lipranzer y yo nos quedamos bajo la farola, mirando otra vez los papeles. Ninguno de los dos tenemos mucho que decir. Del hotel surge un enorme rugido, después se oye otra vez la banda que está interpretando «Cuando los ojos irlandeses sonríen». Supongo que Raymond acaba de admitir su derrota.

Trato de tranquilizar a Lip. Le digo que aguante el tirón. No estamos seguros de nada.

—Llévate esto —me da las copias del expediente.

Yo vuelvo a la sala. Lip se aleja solo, pasa junto a las basuras y se pierde en la oscuridad del callejón.

CAPÍTULO 16

—De modo que acabamos —le dije a Robinson— y acabamos de mala manera. Una semana me vio menos y la siguiente nada en absoluto. No hubo más almuerzos, ni llamadas, ni visitas a mi despacho. Se acabaron las«copas», como lo llamábamos entre nosotros. Se había esfumado.

Sabía el alto valor que concedía a su independencia. Y, al principio intenté acallar mi pánico, diciéndome que sólo era un alarde de libertad. Lo mejor sería no oponerse. Pero cada día que pasaba, el silencio y mi patética añoranza me iban carcomiendo las entrañas. Yo la sabía en el piso de abajo y nada deseaba tanto como encontrarme simplemente en la misma habitación. Tres veces fui corriendo al tercer piso de Morton's donde sabía que le gustaba almorzar. La tercera vez, apareció ella... con Raymond. No le di ninguna importancia en ese momento. Estaba ciego. No imaginaba tener rivales. Me quedé sentado durante media hora, solo, removiendo hojas de lechuga en mi ensaladera y echando miradas furtivas a la mesa que estaba seis metros más allá. ¡Su color! ¡Su cabello! Cuando me asaltó el recuerdo de su piel, sentado allí en un comedor público, lancé un gemido.

Al cumplirse la tercera semana, sentí que ya se estaba pasando de la raya. No tuve que reunir fuerzas, me dejé llevar por mis impulsos. Fui directamente a su oficina a las once de la mañana. No llevaba ni un expediente, ni un memorándum, ni nada que me sirviese como excusa.

No estaba allí.

Me quedé en el umbral de su puerta con los ojos cerrados, desbordado por la humillación y la tristeza. Me quería morir de la frustración. Mientras me encontraba allí, de esa guisa, ella regresó.

«Rusty», exclamó. Un saludo alegre. Me apartó y entró. La vi inclinarse para coger un expediente. Una punzante sensación me recorrió el cuerpo al observar cómo su falda de vellela ceñía su trasero, al ver la suavidad de sus pantorrillas flexionadas. Estaba ocupada. De pie, junto a su mesa. Leía las anotaciones de la sobrecubierta, tamborileando con el lápiz sobre una libreta.

—Quería volverte a ver —le dije.

Ella alzó la mirada. Su cara tenía una expresión solemne. Dio vuelta a la mesa, pasó a mi lado y cerró la puerta.

Inmediatamente habló.

—No me parece una buena idea. Ahora, no. No me viene bien, Rusty. Después volvió a abrir la puerta y regresó a su mesa. Se puso a trabajar. Encendió la radio. No miró ni un instante a donde yo estaba. Permanecí un rato más sin decidirme a salir.

Nunca creí que Carolyn Polhemus me amara, sino más bien que le agradaba. Mi pasión, mi obsesión la adulaba y la engrandecía. Sé que para ella yo suponía un lujo, un exceso. Y, por esta razón ser rechazado no me supuso un trauma; no me sentí devastado por la pena. Cuando por fin se me ocurrió que podía tener un sucesor, no imaginé su destrucción. Me hubiera conformado con compartirla. Me sentía hundido por su negativa y por mi añoranza. Quería, sencillamente, lo que había tenido hasta entonces. Anhelaba a Carolyn y mi liberación en ella con una intensidad que no tenía límites.

Para mí nunca acabó. Nada podía hacerlo acabar. Su voluntad había sido siempre algo secundario, conveniente. Yo quería mi pasión, en sus momentos más exultantes, los ardientes logros de mi adoración, de mi esclavitud. Estar sin eso, era casi como estar muerto. ¡Lo anhelaba! ¡Lo anhelaba! Me sentaba en la mecedora por las noches a soñar con Carolyn, abrumado por la autocompasión.

En aquellas semanas mi vida parecía haber explotado. Perdí el sentido de la proporción, mis criterios llegaron a extremos de crueldad dignos de una película de dibujos animados. Una niña de doce años había sido secuestrada y arrojada en el maletero del coche del acusado como si se tratara de una mercancía; la había sodomizado de una u otra manera cada hora y hora y media durante dos días y después le pegó una paliza, la cegó, para que no pudiera identificarle, y la dejó por muerta. Yo leía los informes de este caso, asistía a reuniones en las que se discutían las pruebas existentes. Y los comparaba en mi interior con lo que sufría por Carolyn.

En casa, hice mi absurda confesión a Barbara sollozando en la mesa del comedor, llorando sobre mi vaso, ¿tendré el valor de decirlo?, buscando su compasión. Ese loco instante egoísta, naturalmente, sólo sirvió para aumentar mis sufrimientos. Barbara no estaba dispuesta a soportarme el mínimo signo de dolor. Ya no me quedaba ningún sitio a donde acudir. En el trabajo, no hacía nada. Vigilaba los pasillos intentando pillar una fugaz visión de Carolyn al pasar. En casa, mi mujer era ahora mi más severa guardiana, me impedía, bajo la amenaza del fin inminente de nuestra vida familiar, exteriorizar ningún signo de necesidad. Me dio por pasear. Diciembre cedió

paso a enero. Las temperaturas descendieron a bajo cero y allí se quedaron durante varias semanas. Caminé horas y horas por nuestra pequeña ciudad, envuelto en una bufanda, sintiendo en la frente y en las mejillas la escochedura que me producía el cuello de piel de mi parka. Aquella era mi propia tundra. Mi Siberia. ¿Cuándo terminaría? Quería sencillamente tener algo de paz o al menos encontrarla.

Carolyn me evitaba. Lo hacía con tanto arte como el que derrochaba en otras cosas. Me enviaba sus memorándum, dejaba a Eugenia recados telefónicos. No acudía a las juntas a las que yo tenía previsto asistir. Estoy seguro de que fui yo el que le impuso esa conducta: porque se había dado cuenta de mi expresión miserable y hambrienta.

Durante el mes de marzo, la llamé varias veces desde casa. Carolyn estaba preparando el procesamiento de un reincidente, acusado de complejos cargos con precedentes que se remontaban a los años sesenta. Me dije a mí mismo que sería más fácil hablar de temas legales intrincados sin las interrupciones de la oficina. Esperé a que Nat estuviese dormido y Barbara atrincherada en su estudio, desde donde no podía oír mi llamada. Entonces, busqué el nombre de Carolyn en el pequeño listín mimeografiado, elaborado por Mac, que contenía todos los números de teléfonos particulares de los ayudantes. Prácticamente, no necesitaba consultarlo para recordar el número, pero supongo que, en aquellos momentos de compulsión, encontraba una extraña satisfacción en ver su nombre escrito en letras de imprenta. En cierto modo, prolongaba la comunicación, significaba que mi fantasía era real. Tan pronto como oí su voz, me di cuenta de lo falsas que eran mis excusas. Era incapaz de pronunciar una palabra.

—¡Diga! ¡Diga!

Me derrumbé al notar que hablaba sin un tono de reproche. ¿A quién estaría esperando ahora?

Cada vez estaba seguro de que, por orgullo, lograría hilvanar una frase o dos. Planeaba laboriosamente las conversaciones de antemano. Con golpes de humor para disipar su indiferencia o su disgusto, y declaraciones sinceras para el primer momento en que tuviera la más mínima oportunidad. Nada de ello tuvo lugar. Ella contestaba y yo esperaba, sumido en un arrogante pozo de vergüenza. Mis ojos se llenaban de lágrimas. Me oprimía el corazón.

—¡Diga! ¡Diga!

Colgaba el teléfono con alivio y me apresuraba a guardar el listín en el cajón del escritorio del vestíbulo.

Ella, por supuesto, sabía que era yo. Probablemente, mi respiración dejaba traslucir desamparo y desesperación. Un viernes por la noche, a finales de marzo, estaba sentado en Gil's, acabando la copa que había empezado con Lip antes de que éste se fuera a su casa, cuando la vi mirándome fijamente en el gran espejo biselado situado detrás de la barra. Allí estaba su rostro, por encima de las botellas de whisky, con el pelo recién peinado, brillante y rígido por la laca. Su colérica mirada me pareció cruel.

Era más fácil fingir. Aparté los ojos y le pedí al camarero que le sirviera un «*Old Fashioned*». Ella dijo que no, pero el camarero no la oyó y tuvo que esperar a que se lo pusieran. Ella estaba de pie y yo, sentado. El tremendo estrépito del viernes por la noche nos rodeaba. La máquina de discos aullaba sus músicas estridentes, y superpuestas se oían risas salvajes. La atmósfera tenía el penetrante olor de los viernes, el almizcle de la sexualidad liberada de todas las restricciones de la semana. Terminé mi cerveza y, gracias a Dios, reuní fuerzas para hablar al fin.

—Soy como un niño —le dije. Hablaba sin mirarla—. Me siento tan incómodo en este momento, aquí sentado, que me gustaría marcharme. Y, sin embargo, me paso la mayor parte del tiempo pensando que lo único que me gustaría hacer en esta vida es hablar contigo.

Levanté la mirada para ver qué efecto habían causado mis palabras en ella y la encontré con una expresión casi ausente.

—Eso es lo que he estado haciendo desde hace meses, pasar a tu lado. No es muy audaz, ¿verdad?

—Es prudente —me contestó ella.

—No, no es audaz —repetí—. Pero carezco de experiencia. Quiero decir que me gustaría armar una escena y demás, pero no lo sé hacer, Carolyn. Me prometí a los veintidós años. Y justo antes de casarme, pasé por el ejército; me emborraché una noche y follé con una mujer detrás de la barra de un bar de estación. Ésa es la historia de todas mis infidelidades, mi loca vida amorosa. Me estoy muriendo —le dije—. En este mismo instante. Sentado en este puto taburete, estoy a punto de morir. ¿Te gusta? Mírame temblar. El corazón se me va a salir del pecho. Dentro de un momento voy a necesitar respirar. No es audaz, ¿o, sí?

—¿Y qué quieres de mí, Rusty? —ahora le tocaba a ella mirar fijamente hacia el espejo.

—Algo.

—¿Consejo?

—Si eso es todo lo que puedo conseguir.

Dejó el vaso en la barra. Me puso la mano en el hombro y, por primera vez, me miró a los ojos.

—Madura —me dijo y se marchó.

—Y entonces, durante un minuto —le dije a Robinson— deseé con todas mis fuerzas que estuviera muerta.

CAPÍTULO 17

En la oficina, Tommy Molto era conocido como el Monje Loco. Es un ex seminarista; mide un metro sesenta, calculando por lo alto, con siete u ocho kilos de más, picado de viruelas y las uñas mordidas a tope. Tiene una personalidad enérgica. El tipo de persona capaz de quedarse toda la noche trabajando en un informe, o de pasarse tres meses sin un día de descanso. Un abogado competente, pero abrumado por la pobreza de juicio de un fanático. Como fiscal, siempre me ha parecido más preocupado por acumular hechos que por entenderlos. Se calienta demasiado pronto para ser efectivo ante un jurado; pero era un buen ayudante para Nico, porque posee las cualidades de disciplina que en Della Guardia se echan en falta. Su amistad con Delay se remonta a sus años de la escuela de Saint Joe. El círculo de italianos. Molto es uno de esos individuos que ingresó antes de tener edad suficiente para discernir si merecía la pena. La vida personal de Tommy es un misterio absoluto. Está soltero, y nunca le he visto con una mujer, lo cual inspira la conjetura usual en estos casos, pero si me pidieran una opinión me inclinaría a pensar que sigue siendo célibe. Su singular intensidad debe surgir de una fuente subterránea.

Tommy, como siempre, le está susurrando apasionadamente algo a Nico cuando paso por la puerta de la recepción. Hay un montón de cuellos estirados en la oficina, carreras de secretarias y oficiales de archivos hacia las ventanillas de las recepcionistas para ver el aspecto del nuevo jefe. Como si pudieran haberlo olvidado en nueve meses. Las hordas de la televisión siguieron a Nico hasta aquí e hicieron las tomas correspondientes de él y Molto sentados en las duras sillas de madera mientras esperaban a Horgan. Pero todo eso ya ha acabado. Los informadores se han marchado y los dos parecen un tanto abrumados cuando paso por ahí. Nico no lleva su flor. No soy capaz de resistir la tentación de meterme con Molto.

—Tommy Molto —digo—. Una vez tuvimos a un tipo del mismo nombre que trabajaba aquí, pero creo que debe de haberse muerto. No dejes de llamar y escribir cartas, Tom.

Esta broma, dicha con la mejor ley, parece no solamente caer en baldío sino que incluso provoca una mirada de horror. Las pobladas cejas de Molto se juntan y literalmente recula cuando le ofrezco la mano. Para intentar quitar

tensión al momento, me vuelvo hacia Delay. Me estrecha la mano, aunque no parece muy complacido de mis felicitaciones.

—No puedo decir que no me lo avisaste —admito.

No sonrío. Es más, aparta la mirada. Se siente extraordinariamente incómodo y se revuelve en la silla. No sé si la campaña le ha dejado un regusto de amargor o si Nico, como muchos de nosotros, se siente simplemente aterrorizado ahora que, por fin, ha conseguido lo que tanto deseaba.

De una cosa estoy seguro después de este encuentro: Nico no se va a poner de rodillas para asegurarse mi colaboración. Llego a llamar incluso a los archivos para pedirles que empiecen a guardarme unas cuantas cajas. Más avanzada la mañana, marco el número de Lipranzer en la comisaría de McGrath. Su teléfono, que no contesta nadie cuando no está él, lo descuelga una persona cuya voz no reconozco.

—34068.

—¿Dan Lipranzer?

—No está. ¿Quién le llama, por favor?

—¿Cuándo cree que volverá?

—¿Quién es?

—Entonces, adiós —le digo, antes de colgar.

Llamo a la puerta de al lado para saber la opinión de Mac sobre todo esto. Se ha ido. Cuando le pregunto a Eugenia dónde se ha ido, me dice que está en la oficina de Raymond, reunida, como dice ella, con «el señor Della Guardia». Lleva allí casi una hora. Me quedo junto a la mesa de Eugenia intentando vencer mi amargura. Después de todo, esto no ha salido bien. Nico es ahora el señor Della Guardia. Mac queda en plantilla de momento, a la espera de su nombramiento de juez. Raymond va a hacerse rico. Tommy Molto tiene mi puesto. Y yo podré darme con un canto en los dientes si consigo pagar la hipoteca de mi casa el mes que viene.

Aún estoy junto a Eugenia, cuando suena el teléfono.

—El señor Horgan quiere verle —me dice.

Después de las severas reprimendas que me hago a mí mismo mientras voy por el pasillo, me sorprende mucho la súbita sensación juvenil que siento cuando veo a Nico sentado en la silla del fiscal general. La rabia, los celos y el asco me paralizan. Nico ha asumido el aire del perfecto propietario. Se ha quitado la chaqueta y su cara tiene toda la solemnidad requerida, una expresión que yo, que lo conozco bastante bien, sé que es completamente

fingida. Tommy Molto está sentado a su lado, con la silla echada un poco hacia atrás. Me sorprende lo rápido que Tommy ha aprendido el arte de la adulación.

Raymond me indica que me siente. Me dice que como, en realidad, esta reunión la ha convocado Nico, él le ha ofrecido su silla. El propio Raymond está de pie al lado del sofá. Mac se ha puesto de cara a la ventana y está mirando por ella. Todavía no me ha saludado y, por su actitud, deduzco que desearía estar a kilómetros de aquí. Como afirma el viejo dicho: más le duele a ella.

—Hemos tomado una serie de decisiones —dice Raymond. Se vuelve hacia Della Guardia. Silencio. Delay en su primera misión como fiscal general se ha quedado sin palabras—. Bueno, quizá debiera explicar yo la primera parte —continúa Raymond. Se muestra extraordinariamente sombrío. Conozco demasiado bien esta expresión forzada, para saber que está enfadado y en lucha consigo mismo para mantenerse sereno. La tensión que se respira hace fácil deducir que han saltado chispas en la reunión anterior.

—Hablé anoche con el alcalde y le dije que no tenía intención de permanecer en la oficina a la luz de las preferencias de los electores. Me sugirió que si ésa era mi postura, lo mejor sería hablarlo con Nico, ver si él estaba dispuesto a tomar posesión antes y, como parece que así es, eso es lo que vamos a hacer. Contando con el beneplácito de la Junta del Condado. Me iré este viernes.

No puedo contenerme y deajo escapar un: «¡El viernes!», en alto.

—Es un poco más precipitado de lo que yo mismo había pensado, pero hay ciertos factores... —Raymond se detiene. Su actitud tiene algo de precario. Está luchando interiormente. Horgan alisa los papeles que están encima de la mesita auxiliar. Va hacia una de las repisas y mira a otra cosa. Lo está pasando fatal. Decido hacérselo más fácil a todos.

—Pues entonces, me iré yo también —digo. Nico empieza a hablar, pero yo le interrumpo—. Es mejor que empieces de cero, Delay.

—Eso no es lo que iba a decir —se pone en pie—. Quiero que sepas por qué Raymond se va tan pronto. Va a haber una investigación criminal entre los miembros de su plantilla. Tenemos información, parte de la cual nos llegó durante la campaña, pero no quisimos remover esa clase de asuntos turbios, pero tenemos información y creemos que existe un problema serio.

Me encuentro confundido por la aparente ira con que Nico ha pronunciado estas palabras. Me pregunto si se estará refiriendo al expediente

S. Quizás exista una explicación para la conexión de Molto con ese caso.

—Perdona, déjame interrumpir un momento —dice Ray—. Rusty, creo que lo mejor es ir directamente al grano. Nico y Tommy me han evacuado una serie de consultas sobre el caso Polhemus. No están muy de acuerdo con la forma en que has llevado la investigación. Y yo me he mostrado favorable a mantenerme al margen del asunto. Dejo en sus manos esa cuestión para que procedan como crean más conveniente. Queda a su criterio profesional. Pero Mac sugirió, y todos estamos de acuerdo, que era conveniente ponerte al tanto de la situación.

Espero las siguientes palabras. Una sensación de alarma me recorre antes del instante de comprensión.

—¿Estoy sometido a investigación judicial? —río en voz alta. Desde el otro lado de la habitación me habla Mac, por fin.

—No es gracioso, forastero —dice. Pero no hay humor en su voz.

—No —digo—, es una infamia. ¿Qué se supone que he hecho?

—Rusty —dice Raymond—, no procede esa clase de discusión en este momento. Nico y Tom piensan que hay una serie de cosas de las que deberías haber hablado. Eso es todo.

—Eso no es todo —interviene Molto con un exabrupto. Su mirada es penetrante—. Creo que estás implicado en el desarrollo errático de la investigación, que has estado escondiendo las bazas, que durante casi un mes te has dedicado a dar vueltas en círculo. Estabas cubriéndote las espaldas.

—Y yo creo que tú estás enfermo.

Mac ha dado la vuelta a la silla.

—No hay ninguna necesidad de hacer una escena —dice—. Esta discusión debe tener lugar en otro lugar y ante otras personas.

—¡Eso me importa un carajo! —exclamo yo—.

Quiero saber de qué se trata eso.

—Se trata —me dice Molto— del hecho de que estabas en el apartamento de Carolyn la noche que fue asesinada.

Mi corazón late tan fuerte que se me nubla la visión. Estaba esperando que me castigaran por haber tenido un lío con la difunta. Pero esto es incomprensible. ¿Un martes por la noche? Barbara estaba en la universidad y yo estaba cuidando del niño.

—Rusty —dice Raymond—, te aconsejo que cierres la boca de una puta vez.

Molto está de pie. Se me acerca con paso airado. Está furioso.

—Tenemos los resultados de las huellas dactilares. Esas que nunca te acordabas de recoger. Son tus huellas las que aparecen en el vaso. Las tuyas: Rozat K. Sabich. Precisamente en el vaso que estaba en la barra a dos metros de donde se encontró el cadáver de la mujer. Quizás al principio no recordaras que todos los empleados del Condado están fichados.

Yo me levanto.

—Esto es absurdo.

—¿Y las hojas de la compañía telefónica que dijiste a Lipranzer que no pidiera? ¿Las de tu casa? Hemos pedido esta mañana a la compañía que nos las remitan. Y ya deben de estar de camino. La estuviste llamando todo el mes. Hay una llamada de tu casa a la de ella esa misma noche.

—Me parece que ya he oído bastante —digo—. Si me disculpan.

No he llegado más que a la oficina de Loretta, contigua a la de Raymond, cuando Molto me llama desde atrás. Me sigue hasta la antecámara. Oigo a Della Guardia llamarle a chillidos.

—Quiero que sepas una cosa, Sabich —me señala con el dedo—. Lo sé.

—Desde luego que sí —le digo.

—Te vamos a mandar una orden judicial el mismo día que tomemos posesión. Mejor será que te consigas un abogado y bueno.

—¿Para esa absurda historia de obstruccionismo?

Los ojos de Molto echan chispas.

—No intentes fingir que no lo entiendes. Lo sé. Tú la mataste. Tú eres el asesino.

Ira; como si mi sangre se hubiera avivado; como si tuviera las venas llenas de veneno negro. Qué sensación más familiar, qué cerca de mi esencia parece. Me acerco a Tommy Molto. Le susurro:

—Sí, tienes razón.

Y me voy.

VERANO

Dado en el Tribunal Supremo del Condado de Kindle

El pueblo contra ROZAT K. SABICH

E.R.E. - VIOLACIÓN: SECCIÓN 76610

El juzgado de instrucción del condado de Kindle, en su sesión de junio, formula los cargos siguientes:

El día, o alrededor del día, primero de abril del año en curso, dentro de los límites del Condado de Kindle, ROZAT K. SABICH, en adelante designado acusado, cometió asesinato en primer grado contra la persona de Carolyn Polhemus, con conocimiento, intencionalidad y premeditación, agrediendo con fuerza y armas a la dicha Carolyn Polhemus y causándole la muerte, con infracción de la sección 76610 de los Estatutos Revisados del Condado.

Y, para que así conste,

Joseph Doherty, presidente

Juzgado de Instrucción del Condado de Kindle

Sesión de junio

Nico Della Guardia

Fiscal del Condado de Kindle

Dado el veintitrés de junio (Sello)

CAPÍTULO 18

—Los documentos y los informes están delante. Las declaraciones de los testigos, detrás —dice Jamie Kemp al tiempo que deja una pesada caja de cartón sobre la impecable mesa de nogal. Estamos en la sala de reuniones del despacho de su jefe, Alejandro Stern, mi abogado. Kemp está sudando. Ha tenido que venir con estos papeles bajo el fuerte sol de julio desde el edificio del Condado, que está dos manzanas más allá. Se le ha aflojado el nudo de la corbata azul marino y parte de su pelo cortado a lo Príncipe Valiente, recuerdo de sus años jóvenes, se le ha pegado a las sienes.

—Voy a ver los recados que han dejado —dice Kemp—, después vendré a revisar todo este mogollón con usted. Y recuerde —me señala—, no se asuste. Los abogados tenemos una expresión para definir su estado de ánimo. Lo llamamos canguis.

—¿Qué quiere decir?

—Es la acumulación de mierda que se siente en el corazón al ver el sumario del ministerio fiscal —Kemp sonríe. Me alegra que piense que aún soy capaz de aguantar una broma—. No es mortal.

Estamos a 14 de julio, hace tres semanas que recibí el auto de acusación por el asesinato de Carolyn Polhemus. A última hora de esta tarde tengo que presentarme ante el juez Edgar Mumphrey, presidente del Tribunal Superior, para la vista de mi causa. De acuerdo con los estatutos de este estado que regulan los procedimientos de los casos criminales, el ministerio fiscal debe hacer llegar a la defensa toda evidencia física que pretenda presentar en el proceso y una lista de testigos, adjuntando una copia de sus declaraciones. Y eso es lo que contiene la caja. Me quedo mirando la familiar etiqueta que reza: El pueblo contra Rozatk, Sabich. Me embarga esa sensación otra vez: Esto no ha pasado. A solas en esta cómoda habitación con su revestimiento de madera y sus filas de libros jurídicos de lomos escarlata, espero a que pase este compuesto de miedo y añoranza que ya me es familiar.

Hay otra copia de la acusación en la parte superior de la caja. Siempre me fijo en las mismas palabras: Agresión con fuerza y armas. *Vis et armis*, un término de derecho común. Con estas mismas palabras, durante siglos, cientos de personas en los países de habla inglesa han sido acusados de actos de violencia. La frase es arcaica, abandonada desde hace mucho en casi todas

las jurisdicciones. Pero continúa vigente en los estatutos de nuestro estado y el leerla aquí me causa la sensación de una extraña herencia.

He entrado en el club de las estrellas del crimen: John Dillinger, Barbazul, Jack el Destripador, y tantos otros menos conocidos: los medio locos, los injuriados, los malvados, o aquellos otros que sucumbieron a la terrible tentación de un momento, a un instante en el que redescubrieron los instintos más salvajes de nuestro ser, nuestro lado oscuro.

Tras dos meses de filtraciones en la prensa, de rumores, insinuaciones y murmuraciones crueles, llegué a proclamar abiertamente que me sentiría aliviado el día que recibiese la acusación. Estaba equivocado. Anteayer, Delay envió a Stern lo que se llama la «copia de cortesía» para el acusado. Leí por primera vez los cargos a unos diez metros de donde ahora me encuentro, en el recibidor de la elegante oficina color crema de Sandy, y sentí cómo el corazón y los demás órganos se paralizaban de forma tan dolorosa que estoy seguro de que hay zonas que se han visto afectadas. Sentí cómo la sangre abandonaba mis mejillas y me di cuenta de que mi miedo era visible. Intenté que mi voz fuera firme no para aparentar valor, sino sólo porque sabía que era la única alternativa que tenía.

Sandy estaba sentado junto a mí en el sofá y le mencioné a Kafka.

—¿Suena horrible y manido que le diga que no puedo creerlo? ¿Qué me siento lleno de rabia e incapaz de hacerme a la idea?

—Por supuesto que no —dijo Sandy—, por supuesto que no. Yo, que llevo treinta años en lo penal, tampoco puedo creerlo y creía haberlo visto todo. ¡*Todo!* Y no lo digo a la ligera. Tuve una vez un cliente, cuyo nombre no puedo decirle, Rusty, que depositó veinticinco millones de dólares en lingotes de oro exactamente en el mismo lugar donde está usted sentado. Un montón de lingotes de sesenta centímetros de alto. Y yo, que he visto tales cosas, puedo decirle que por las noches me siento en mi casa y pienso que éste es un asunto sorprendente y terrorífico.

Viniendo de Sandy, estas palabras tienen un alcance, un halo de auténtica sabiduría. Posee una elegancia, con su sobrio acento español, que se percibe incluso en su habla ordinaria. Su dignidad es tranquilizadora. He descubierto que durante los últimos tiempos me quedo arrobado, como un enamorado, ante cualquier gesto cortés.

—Rusty —me dice, tocando la página que sostengo en la mano—, no ha mencionado la única cosa... —intenta encontrar la palabra adecuada— alentadora de todo esto.

—¿Qué es?

—No hay notificación de la sección cinco.

—¡Ah! —digo y un escalofrío me recorre la espalda. En nuestro Estado, es preceptivo que el ministerio fiscal comunique al tiempo que presenta la acusación si piensa solicitar la pena de muerte para el acusado. A pesar de haberme pasado meses calibrando con la mayor precisión las intenciones de Nico, un fanático instinto de autodefensa me impedía ni siquiera considerar esa posibilidad. Mi mirada, me parece, revela algo de azoramiento e incluso humillación por encontrarme ya tan desligado de las perspectivas profesionales rutinarias—. Lo daba por seguro —digo débilmente.

—Ah, bueno —Sandy sonrío con amabilidad—. Son hábitos del oficio.

Por consejo de Sandy, no nos encontrábamos en la ciudad cuando se devolvió la acusación. Barbara, Nat y yo nos fuimos a un bungalow que tienen unos amigos de mis suegros cerca de Skageon. Por la noche se puede oír el rumor de las cataratas a una milla de distancia y la pesca de truchas resultó mejor que en ninguna otra ocasión.

Pero, por supuesto, la calamidad que había dejado seiscientos kilómetros más al sur en ningún momento abandonaba mi pensamiento. Al día siguiente, George Leonard del periódico *Tribune*, consiguió, no sé cómo, el número del bungalow y me pidió una declaración. Yo le remití a Stern. Más tarde, al entrar, oí a Barbara hablar con su madre por teléfono. Cuando colgó me sentí obligado a preguntar:

—¿Ha empezado ya?

—Por todas partes. La televisión. Los dos periódicos, en primera página. Tu antiguo compañero Delay no ha tenido reparos en airear todos los detalles escabrosos.

La verdad es que esa exposición resultó ser incompleta. Mi caso es de los que airean los periódicos sensacionalistas: Fiscal jefe acusado de asesinato; tenía relaciones con la víctima. Una mezcla de sexo, política y violencia en el Condado de Kindle. No sólo la prensa local, sino los medios de difusión nacionales se llenaron de esta noticia. Por pura curiosidad, yo mismo empecé a leer todo lo que se iba publicando. La biblioteca de Nearing tiene una sección de periódicos excelente y, como tenía tan poco que hacer, pues por consejo de Stern no había dimitido de mi cargo y me encontraba en una situación de permiso administrativo indefinido con sueldo, pasaba allí más tiempo del que hubiera pensado. Junto a los ancianos y a las mujeres de aspecto descuidado, disfrutaba del silencio y del aire acondicionado mientras

revisaba las crónicas nacionales sobre mi adulterio. El *New York Times*, como siempre, es objetivo, se refiere a todos con el «don» delante y hace una exposición exhaustiva de las grotescas circunstancias que rodean el caso. Curiosamente son las revistas nacionales, *Time* y *Newsweek*, las que hacen los mayores esfuerzos para que el asunto parezca sensacionalista. Todos los artículos van acompañados de la misma foto que me sacó un gilipollas a quien vi acechando detrás de unos arbustos durante un par de días. Stern acabó por aconsejarme que saliera a dar un paseo y me dejara tomar la foto, a condición de que el fotógrafo se comprometiera a largarse de allí. Funcionó. Las unidades móviles que, según mis vecinos, llevaban una semana acampadas en los alrededores de la casa, mientras estábamos en Skageon, no han vuelto todavía. De todas formas, después de doce años de aparecer en los casos más importantes de la ciudad, la prensa y la televisión tienen suficiente documentación sobre mí en sus archivos como para que mi foto aparezca por todas partes. No puedo dar un paso por Nearing sin sorprender incesantes miradas y advierto en todo el mundo cierta vacilación, unos instantes de duda antes de saludarme. Los comentarios de consuelo que me ofrecen, aun siendo pocos, son ridículos e inadecuados; la señora de la limpieza, que me dijo: «¡Mala suerte!», o el joven empleado de la gasolinera, que me preguntó si era yo realmente el que aparecía en los periódicos. Otra de las cosas que me gustan de la biblioteca es que todos deben guardar silencio.

¿Y cómo me siento yo, caído, de pronto, del pedestal de ciudadano modelo y convertido en paria? Decir que no hay palabras para describirlo, no es exacto. Las hay, pero son tantas... Mi espíritu hace aguas por los cuatro costados. La ansiedad es un corrosivo implacable, y paso mucho tiempo inmerso en un torrente de rabia e incredulidad. Muchas veces me siento como entumecido y ese estado me supone un vago refugio. Incluso cuando pienso en Nat, en cómo afectará esto a su futuro, mi mayor consuelo es pensar que todo esto me ha pasado sólo a mí. Que yo soy la víctima principal. Y hasta cierto punto puedo soportarlo. He heredado más fatalismo de mi padre del que creía; una parte de mí ha crecido siempre sin esperanza ni fe en la razón y el orden. La vida es sencillamente experiencia y, por razones no siempre fáciles de discernir, intentamos continuamente seguir adelante. A veces me sorprende el mero hecho de seguir aquí. Me ha dado por mirarme los zapatos cuando cruzo la calle porque moverme, ir a algún sitio, hacer cualquier cosa me parece sorprendente. Que en medio de mis desgracias la vida continúe, me resulta extraño.

Y así estoy, ensimismado y distante. Por supuesto, dedico gran parte del tiempo a pensar cómo pudo pasar esto. Pero siempre llego a un punto donde mis capacidades no dan más de sí. La especulación me conduce a una periferia oscura y terrible, a un sumidero negro de paranoia y rabia del cual me aparto instantáneamente. Sé que a ciertos niveles no puedo soportar mucho más y, sencillamente, no lo hago. Prefiero dar vueltas a la cabeza imaginando cuándo acabará todo y con qué resultado. Deseo, con una desesperación que ninguna metáfora puede describir, deseo que todo esto no hubiera ocurrido; que las cosas siguieran como antes. Como antes de que permitiera a Carolyn saquear mi vida y todo lo que aquello trajo consigo. Y además está la ansiedad arrolladora por Nat; ¿que pasará con él?, ¿dónde podrá refugiarse?, ¿cómo puedo protegerlo yo de la vergüenza?, ¿cómo es posible que lo haya puesto en una situación que, a todos los efectos, es similar a la de una semi-orfandad? Estos son, en cierto sentido, mis peores momentos: esta rabia, esta frustración lacerante, esta sensación de impotencia, estas lágrimas. Y después, una o dos veces a lo largo de las últimas semanas, he tenido un sentimiento extraordinario, más ligero que el aire, más suave que una brisa, una esperanza que parece haberse instalado en mí imperceptiblemente y que me deja con una sensación como si hubiera escalado una muralla muy alta y tuviera el valor de mirar, sin más, adelante.

Los cargos contra mí, como deduzco del contenido de la caja de cartón, son bastante sencillos. Nico ha hecho una lista de doce testigos importantes, más de la mitad, relacionados con los indicios o con las pruebas materiales y científicas que piensa exponer a lo largo del proceso. Llamarán a Lipranzer, probablemente, para que diga que yo le di la orden concreta de no revisar las llamadas telefónicas hechas desde mi casa. La señora Krapotnik me ha identificado como alguien a quien vio en el edificio de Carolyn, aunque no está completamente segura de que sea yo el extraño al que espió la noche del asesinato. También está en la lista una criada de Nearing cuya declaración, un tanto oscura, parece sugerir que me vio en el autobús de Nearing-City una noche, en torno a la fecha de la muerte de Carolyn. También han citado a Raymond Horgan; a Tommy Molto; a Eugenia, mi secretaria; a Robinson, el psiquiatra a quien visité de vez en cuando, y a una serie de peritos científicos, incluido Sin-Dolor Kumagai.

Sin embargo, es un caso claramente circunstancial. Nadie puede decir que me vio matar a Carolyn, ni testificar que me oyó confesarme culpable, si no se tiene en cuenta la declaración de Molto que pretende interpretar

literalmente el comentario hecho al final de la reunión de aquel miércoles de abril. Sin querer ver la intención irónica que tenía. El meollo de este caso lo constituyen las pruebas físicas: el vaso con mis dos huellas dactilares, identificadas gracias a los archivos donde constan las mías desde que, hace doce años, las registraran al tomar posesión de mi cargo de ayudante del fiscal; los informes de la compañía telefónica en los que aparece una llamada hecha desde mi casa a la de Carolyn unas dos horas y media antes de que se cometiera el asesinato; el frotis vaginal, que revela la presencia de espermatozoides de mi tipo sanguíneo en los órganos genitales de Carolyn, abortados en su ciega migración por un compuesto anticonceptivo cuya presencia implica la realización del acto sexual de forma voluntaria, y, por fin, las fibras de Zorak V de color malta encontradas en los vestidos de Carolyn, sobre el cadáver y esparcidas por todo el salón, que coinciden con las muestras tomadas de la moqueta de mi casa.

Estas dos últimas pruebas fueron el resultado de una visita que tres agentes realizaron a mi casa dos o tres días después del Miércoles Negro, como apodamos Barbara y yo al día de la funesta reunión en el despacho de Raymond. Sonó el timbre y allí en la puerta estaba Tom Nyslenski, que lleva seis años ejecutando los mandamientos que se instruyen en la oficina del fiscal general. Yo estaba tan fuera de onda todavía que mi reacción inicial fue de cierta grata sorpresa al verle en la puerta.

—Me hubiera gustado no tener que venir —me dijo. Después, me tendió dos requisitorias del juzgado de instrucción, una para que proporcionara una evidencia física: una muestra de mi sangre, y otra para testificar. También traía una orden de registro que autorizaba específicamente a los agentes a tomar muestras de todas las moquetas y alfombras de nuestra casa, así como de toda ropa exterior que poseyera. Barbara y yo nos quedamos sentados en el salón mientras los tres hombres de uniforme marrón iban de habitación en habitación provistos de bolsas de plástico y tijeras. Se pasaron una hora en mi armario cortando pequeñas hilachas de las costuras de mis trajes. Nico y Molto eran lo bastante listos como para no buscar también el arma homicida. Un profesional de la ley no caería en el error de hacer algo tan llamativo como renovar la moqueta, podría incluso mostrarse reacio a tirar algunas ropas, considerando este hecho demasiado revelador, pero nunca guardaría el arma. Y, si los agentes la buscaban, el ministerio fiscal tendría que admitir ante el tribunal que no había podido ser hallada.

—¿Esta moqueta es de Zorak V? —le pregunté en voz baja a Barbara,

mientras los agentes estaban en el piso de arriba.

—No sé de qué es, Rusty —Barbara, como siempre, parecía sentir un placer especial en mantener la compostura. Tenía una expresión ligeramente alterada, quizás enojada, pero nada más. Como si se tratara de unos quinceañeros que estuvieran tirando petardos a altas horas de la noche.

—¿Es sintética? —le pregunté.

—¿Crees que tenemos dinero para permitirnos una de lana? —replicó.

Llamé a Stern, el cual me pidió que hiciera un inventario de lo que se llevaban. Al día siguiente, fui a proporcionar voluntariamente la muestra de sangre. Pero no testifiqué. Sobre esto, Stern y yo tuvimos la primera discrepancia seria. Sandy repetía el viejo aserto de que, en el desarrollo de una investigación, las declaraciones anteriores al juicio no aportan nada y sólo sirven para que el fiscal prepare su actuación. Educado como siempre, Stern me recordó el daño que ya había causado mi acceso de rabia en el despacho de Raymond. Pero a finales de abril, sin estar acusado y convencido de que nunca sería procesado, mi intención era impedir que este loco episodio dañara mi reputación. Si me acogía a la quinta enmienda y me negaba a testificar, probablemente no llegara a salir en los periódicos, aunque todos los letrados de la oficina del fiscal se enterarían y, a través de ellos, la mitad de los abogados de la ciudad. La opinión de Sandy prevaleció cuando nos llegaron los resultados del análisis de mi sangre que me identificaban como segregador; es decir, productor de anticuerpos de tipo A, como el hombre que estuvo con Carolyn por última vez. Las posibilidades de que fuera una coincidencia eran una entre diez. Entonces me di cuenta de que se había desvanecido la remota posibilidad que me quedaba de una rápida exoneración. Tommy Molto rehusó aceptar que nadie me representara en la ejecución de mi derecho de comparecencia, y, así, una cruda mañana de mayo, como tantos otros de los que antes me había mofado, entré furtivamente en la sala del Juzgado de Instrucción, una habitación pequeña sin ventanas que se parece un poco a una sala de proyección, y repetí, en respuesta a dieciséis preguntas distintas: «Por consejo de mi abogado, rehusó contestar a esa pregunta porque la respuesta podría ser utilizada en mi contra.»

—Y —me dice Sandy Stern— ¿cómo se ve el mundo desde el otro lado de la barrera?

Absorto en los misterios de la caja de cartón, no me había dado cuenta de su entrada. Está de pie, con una mano en el pomo de la puerta; es un

hombre bajo, regordete, impecablemente vestido. Cruzan su pálido y brillante cráneo unos pocos mechones de pelo que emanan de lo que en su día fue un copete. Entre los dedos tiene un cigarro puro. Es un vicio que cultiva sólo y exclusivamente en su despacho. En un lugar público estaría mal visto y Clara, su mujer, no se lo permite en casa.

—No esperaba que volviera tan pronto.

—La lista de juicios del juez Magnuson es terrible. Naturalmente el fallo será lo último —se refiere a otro de los casos que está llevando. Al parecer, ha estado esperando un montón de tiempo en el juzgado y el asunto todavía no ha concluido—. Rusty, quería preguntarle, ¿le importaría mucho si Jamie le acompaña a la comparecencia? —empieza a darme explicaciones pero en seguida le interrumpo.

—Sin ningún problema.

—Es muy amable. Quizás, entonces podamos dedicarle unos momentos a lo que nos ha mandado su amigo Della Guardia. ¿Cómo le llaman?

—Delay.

La consternación de Sandy es evidente. No puede imaginar la razón de ese mote y es demasiado correcto para pedirme que le revele la más trivial confidencia de la oficina del fiscal, con la cual litiga tan a menudo. Se quita la chaqueta y pide café. Lo trae la secretaria, junto con un gran cenicero de cristal para su puro.

—Y bien —dice—. ¿Sabemos ya cuál es la tesis de Della Guardia?

—Creo que sí.

—De acuerdo. Oigámosla. Si le parece bien, hágame un resumen en treinta segundos del informe preliminar de Nico.

Cuando me puse en contacto con Sandy, tres o cuatro horas después de aquella famosa reunión en el despacho de Raymond, estuvimos juntos una media hora. Me dijo lo que me costaría: veinticinco mil dólares en depósito, por una minuta calculada de la siguiente manera: ciento cincuenta dólares por hora fuera del tribunal y trescientos la hora en la sala; la diferencia, estrictamente como cortesía hacia mí, me sería devuelta en caso de que no hubiera acusación; me dijo que no comentara los cargos con nadie y, sobre todo, que no volviera a permitirme estallidos de cólera en presencia de los fiscales; que evitara a los periodistas; que no dimitiera de mi cargo, y también me dijo que aquello era algo terrorífico, que le recordaba a escenas de su infancia en Latinoamérica y que estaba seguro de que con mi historial extraordinario, todo este asunto se resolvería favorablemente. Pero Sandy

Stern, a quien conozco desde hace más de una década y con quien he litigado en una docena de ocasiones y que sabe que tanto en asuntos graves como en pequeñas cuestiones puede aceptar mi palabra... Sandy Stern no me ha preguntado si lo hice. Se ha interesado de vez en cuando por algunos detalles. En cierta ocasión me preguntó sin rodeos si mantenía «relaciones físicas» con Carolyn y yo le respondí sin vacilar que sí. Pero ha eludido siempre plantearme la pregunta definitiva. En eso es como el resto de la gente. Incluso Barbara, que ha expresado, en varias ocasiones, la fe en mi inocencia, nunca me lo ha preguntado directamente. Me dicen que si ha sido mala suerte, o me abrazan, o con mayor frecuencia dan muestras visibles de indignación. Pero nadie tiene el valor de hacerme la única pregunta que de verdad los agobia.

En Sandy, esta elipsis parece responder más a sus maneras clásicas, a la presencia formal que le cubre como un brocado. Pero yo sé que cumple otro propósito. Tal vez no me haga esta pregunta porque no está seguro de la veracidad de mi respuesta. Uno de los supuestos del sistema de justicia criminal, considerado como un axioma tan cierto como la ley de la gravedad, es que los acusados casi nunca dicen la verdad. Policías y fiscales, abogados y jueces saben que mienten. Mienten solemnemente; con las palmas sudorosas y los ojos demudados; o más a menudo, con una cara de inocencia colegial que se muda en rabiosa incredulidad si su buena fe es puesta en duda. Mienten para protegerse a sí mismos; mienten para proteger a sus amigos. Mienten por pura diversión, o porque así ha sido siempre. Mienten respecto a grandes temas y a pequeños detalles; sobre quién lo empezó, quién lo planeó, quién lo hizo y quién lo sintió. Pero mienten. Para el acusado, mentir es un credo: miente a los policías, miente a tu abogado, miente al jurado que entiende tu caso; si te condenan, miente al oficial encargado de vigilar tu libertad provisional; miente a tu compañero de celda. Proclama tu inocencia. Deja a los hijos de puta de fuera con la semilla de la duda. Siempre puede cambiar algo.

Sería, por tanto, un acto contrario a la sagacidad profesional de Sandy Stern confiar sin reservas en todo lo que yo diga. Por eso, no me lo pregunta. Este procedimiento tiene además otra ventaja. Si se encontrara alguna prueba nueva que contradijera frontalmente lo que le había contado antes, la ética le impediría sentarme en la tribuna de los testigos, a la que estoy abocado casi con seguridad. Mejor pues, ver qué tiene la acusación para «refrescar» mi memoria, como dicen los abogados, antes de que Sandy empiece a pedir mi versión. Atrapado en un sistema en el que el cliente tiende a mentir y el

abogado que procura su confianza no puede ayudarle a hacerlo, Stern se abre paso en los pocos espacios abiertos que quedan. Desea, sobre todo, hacer una exposición inteligente. No quiere dejarse engañar ni que sus opciones pierdan fuerza por culpa de unas declaraciones temerarias que luego resulten ser falsas. A medida que la fecha de la vista se aproxime, necesitará saber más datos. Quizás entonces me lo pregunte; y desde luego, yo le contestaré. De momento ha encontrado, como de costumbre, los circunloquios más sutiles para explorar el terreno sin comprometerse. —La teoría de Della Guardia es algo así —empiezo a decir—, Sabich está obsesionado con Polhemus. La llama. No puede dejarla en paz. Tiene que verla. Una noche, sabiendo que su mujer va a salir y que puede escabullirse, la llama, le suplica que le deje ir a verla y Polhemus consiente. Ella se echa en sus brazos y cometen el pecado más viejo del mundo, pero entonces algo se estropea. Quizá Sabich esté celoso porque ella tenga otra relación. Quizá Carolyn dice que es la última vez. Cualquiera que sea la razón, Sabich quiere más de lo que ella está dispuesta a darle. El le da un golpe con un objeto contundente. Y decide preparar la escena para que parezca una violación. Sabich es fiscal. Sabe que de esa manera habrá otros cientos de sospechosos. La ata, abre los cierres de las ventanas para hacer creer que el asesino se coló en la casa y, después, y ésta es la parte diabólica, le quita el diafragma, para borrar todo rastro de consentimiento. Como todos los malos de las películas, Sabich, por supuesto, comete algunos errores: olvida que al entrar bebió una copa y que dejó el vaso sobre la barra. Y no piensa, tal vez ni siquiera se le ocurre, que el químico forense podrá identificar el espermicida. Pero sabemos que obró con maldad con esa pobre mujer, porque no reveló a nadie su presencia en la noche del crimen, e incluso mintió para ocultarla. Pero ésta queda irrefutablemente establecida por las pruebas materiales.

Esta exposición me produce un siniestro consuelo. La fría vivisección de un crimen forma una parte tan íntima de mi vida y de mi capacidad de raciocinio que no me puedo sentir perturbado, ni siquiera remotamente implicado. El mundo del crimen tiene su jerga, tan despiadada como dulce pueda ser la del músico de jazz, y al utilizarla de nuevo siento que he vuelto al reino de los vivos, de aquellos para quienes el mal es un fenómeno odioso, si bien familiar, con el que hay que tratar de la misma manera que un científico estudia una enfermedad a través de su microscopio.

Prosigo con mi análisis.

—Esa es la teoría de Nico, más o menos. Tendrá que afinar un poco más

lo de la premeditación. Podrá argumentar que Sabich pensaba desde el primer momento cometer el crimen y que escogió la noche en que podía contar con una coartada, en previsión de que ella se negara a avivar el viejo fuego. O quizá que Sabich estaba en una historia distinta: o mía, o de nadie. Dependerá un poco de los matices probatorios. Probablemente Nico hará una presentación preliminar abierta, para no pillarse los dedos. Pero se parecerá bastante a ésta. ¿Qué tal suena?

Sandy contempla su puro. Son cigarros cubanos. Me lo dijo hace unas semanas. Se los consigue un antiguo cliente y él no pregunta cómo. Queman tan bien que en la ceniza se distinguen las nervaduras de la hoja.

—Plausible —dice al final—. La evidencia del motivo no es muy convincente. Y por lo general es un aspecto decisivo en los casos circunstanciales. Nada le relaciona a usted con ningún instrumento de violencia. El ministerio fiscal tiene una desventaja más porque, de hecho, usted era un oponente político de Della Guardia, no importa que usted no se considere un político, el jurado no lo creería y a nosotros nos viene mejor que sea así. Hay pruebas adicionales de cierta animosidad entre usted y el fiscal general, puesto que fue usted quien le expulsó personalmente de su puesto. La importancia de estas cuestiones quedaría bastante disminuida si no fuera el propio fiscal general el que llevara el caso.

—Eso es impensable —le digo—. Nico no perdería esta oportunidad de estar en el candelerero por nada del mundo.

Sandy parece sonreír mientras saborea su cigarro.

—Estoy de acuerdo. Así pues éstas son nuestras ventajas. Y todos estos factores que provocarían dudas en la mente de cualquier persona razonable, tienen especial importancia en un caso circunstancial por los cuales los jurados, como bien sabemos ambos, no suelen sentir simpatía. Sin embargo Rusty, debemos ser lo bastante honestos como para reconocer que las pruebas son en conjunto muy perjudiciales.

Sandy no hace una pausa muy grande, pero sus palabras, aunque yo tal vez hubiera utilizado esas mismas, parecen lanzadas contra mi corazón. Las pruebas son muy perjudiciales.

—Debemos indagar. Será difícil, por supuesto, y seguramente le resultará doloroso, pero es el momento de poner su aguda mente a trabajar en el caso Rusty. Tiene que localizar cada fallo, cada defecto que contenga. Debe estudiar minuciosamente, una por una, las pruebas y los testigos, una y otra vez. No vamos a decir que todo este difícil trabajo tenga que estar hecho

para mañana. Pero lo mejor es empezar inmediatamente, hoy mismo. Cuantas más deficiencias se encuentren en este caso circunstancial, mayores serán nuestras posibilidades. Más tendrá que explicar Nico y explicar con dificultad. Que no le asuste el ser muy técnico. Con cada punto que Della Guardia sea incapaz de justificar aumentan nuestras posibilidades de absolución.

Aunque he llegado a endurecerme bastante, una palabra me alcanza como una bofetada. Oportunidades, pienso.

Sandy avisa a Jamie Kemp para que participe en nuestra conversación y nos ayude a formular las requisitorias que dentro de poco deberemos solicitar del sumario. Para reducir mis gastos, Stern me ha permitido que participe en la investigación, pero debo actuar siempre bajo su dirección. Comparto con Kemp las tareas del abogado auxiliar y esta colaboración me gusta más de lo que había pensado. Kemp es socio de Stern desde hace aproximadamente un año. Según me han contado, hace años Kemp era guitarrista de un conjunto de rock de cierta popularidad; dicen que pasó por todo: discos, fans, giras, y cuando comenzó el ocaso, se decidió por la Facultad de Derecho de Yale. Había tenido tratos con él en la oficina del fiscal general una o dos veces sin incidentes, aunque allí tenía fama de ser vanidoso y presumido, pagado de sus atractivos físicos y de una vida agraciada por la buena fortuna. Me gusta, a pesar de que a veces no logre disimular cierto regocijo mordaz ante un mundo que, en su opinión, nunca llegará a afectarle del todo.

—En primer lugar —dice Stern—, debemos redactar la coartada.

Se trata de una declaración sin preguntas por la cual notificamos formalmente al fiscal nuestra intención de ratificarnos en lo dicho en la oficina de Raymond: que me encontraba en mi casa la noche en que se produjo el asesinato de Carolyn. Esta postura me priva de lo que en teoría sería mi mejor defensa: conceder que vi a Carolyn aquella noche por alguna razón ajena al caso. Eso debilitaría notablemente la incidencia de las pruebas materiales y centraría la cuestión en la falta de indicios que me relacionen con el crimen. Durante semanas he estado esperando que Stern hiciera algún esfuerzo diplomático para quitarme de la cabeza la idea de la coartada y al no hacerlo, me siento aliviado. Sea cual sea la opinión de Sandy sobre lo que dije, parece reconocer que cambiar a estas alturas de postura resultaría demasiado expuesto. Tendríamos que pensar una buena excusa que explicara lo que me impulsó a mentir a mi jefe, a mi amiga y a los dos abogados más importantes de la nueva administración.

Stern tira de la caja y se pone a clasificar los papeles. Empieza por el principio, por las pruebas.

—Vayamos al grano —dice—. El vaso.

Kemp sale a hacer copias del informe de las huellas dactilares y los tres lo leemos a la vez. Los del ordenador hicieron su hallazgo el día anterior a la elección. Cuando Bolcarro ya había tendido su brazo a Nico y casi con seguridad Morano, el jefe de la policía, también. Este informe debió pues llegar directamente hasta lo más alto y de ahí a Nico. De modo que, probablemente, Delay decía la verdad en el despacho de Horgan cuando se jactó de haber tenido conocimiento de pruebas que me inculpaban durante la campaña y que prefirió no hacer públicas. Me imagino que hubiera supuesto demasiado revuelo de última hora.

Y en cuanto al informe, en resumen viene a decir que se han identificado el dedo pulgar y medio de mi mano derecha. Sigue sin saberse a quién pertenece la otra huella. No es mía y no es de Carolyn. Con toda probabilidad debe pertenecer a una de las primeras personas que acudieron al lugar del crimen; pudo ser uno de los policías que respondieron a la llamada y que siempre lo tocan todo; el propietario del edificio que encontró el cadáver; los camilleros; quizás, hasta puede pertenecer a algún periodista. Sin embargo, este detalle será uno de los pequeños escollos que Della Guardia tendrá que soslayar.

—Me gustaría ver el vaso —digo yo—. Podría ayudarme a aclarar ciertas cosas.

Stern señala a Kemp y le pide que tome nota de que hay que hacer una solicitud demandando la presentación de las pruebas.

—También —continuó— queremos que se nos dé el informe de todas las huellas encontradas en el apartamento. Lo barrieron completamente. Esta vez Stern me lo asigna a mí. Me alcanza una libreta.

—Solicitud de acceso a todos los dictámenes científicos: atestados, espectrografías, tablas, análisis químicos, etcétera, etcétera; usted sabe mejor que yo lo que hay que pedir.

Tomo nota. A Stern se le ocurre una pregunta.

—Por supuesto. ¿Usted tomaría alguna vez una copa en el apartamento de Carolyn cuando iba antes allí?

—Sí —contesto—. Y aunque ella no era muy buena ama de casa es de suponer que en seis meses tuvo tiempo de lavar un vaso.

—Sí —comenta simplemente Stern.

Los dos nos quedamos cariacontecidos.

Kemp tiene otra idea.

—Me gustaría conseguir el inventario de todos los objetos hallados en ese apartamento. ¿Dónde está la crema espermicida o el producto químico ese que dicen haber encontrado en el análisis? ¿No tendría que haberse encontrado en el armario de las medicinas?

Me mira buscando mi confirmación pero yo niego con la cabeza.

—No recuerdo haber hablado con Carolyn de este asunto. Quizá me nombren el machista del año, pero jamás le pregunté qué estaba utilizando.

Stern está rumiando algo, contemporizando en el aire con su puro.

—Cuidado con eso —nos dice—. Son pensamientos productivos, pero no debemos impulsar a Della Guardia a obtener pruebas que no había pensado conseguir. Nuestra demanda debe ser discreta. Recuerden que todo lo que la acusación descubra y favorezca a la defensa nos debe ser remitido. Pero aquello que nosotros descubramos y les pueda ser útil, es mejor olvidarlo —Sandy me echa una mirada de soslayo, bastante divertido. Le hace gracia hablar tan abiertamente delante de un antiguo oponente. Quizás esté pensando en alguna prueba concreta que me ocultó en el pasado—. El mejor modo de llevar esta investigación es hacerlo sin revelar nuestras intenciones —señala a Kemp; es su turno—. Una instancia solicitando el inventario de todos los objetos sacados del apartamento de la víctima y otra para tener la oportunidad de llevar a cabo una inspección ocular del lugar por nuestra cuenta. ¿Seguirá sellado el apartamento? —me pregunta.

—Supongo que sí.

—También —dice Stern— deberíamos formular una requisitoria para que comparezcan sus médicos. El mencionar los hábitos de Carolyn me ha conducido a este pensamiento. El secreto profesional no sobrevive a la muerte. Quién sabe lo que podremos averiguar ahí. ¿Drogas?

—Quemaduras de cuerda en el pasado —dice Kemp.

Todos nos reímos; un momento horrible.

Sandy, correcto como siempre, pregunta si me es conocido el nombre de alguno de los doctores de Carolyn. Le digo que no, pero que todos los empleados del Condado pertenecemos a la Cruz Azul. Si solicitamos una requisitoria, descubriremos forzosamente un montón de información, incluidos los nombres de los doctores. Stern está encantado por mi contribución.

El siguiente grupo de documentos que revisamos son los informes

telefónicos de la casa de Carolyn y de la mía. Un taco de fotocopias de un dedo de grueso, con una ristra interminable de números de catorce dígitos. Le voy pasando las hojas, una a una, a Stern. Se han registrado llamadas de un minuto desde mi número al de Carolyn el 5,10 y 20 de marzo. Cuando llego al día 1 de abril, me detengo un buen rato. Pongo el dedo en un número recogido a las 7:32, de la tarde. Una llamada de dos minutos.

—A Carolyn —le digo.

—¡Ah! —comenta Stern—. Debe haber una forma sensata de explicar esta llamada.

Observar trabajar a Stern es como seguir la pista al humo, como ver alargarse una sombra. ¿Será su acento lo que le permite hacer ese perfecto énfasis sutil en la palabra «debe»? He comprendido lo que me pide. El fuma.

—Y usted en casa ¿qué hace cuando se queda a cuidar del niño? —me pregunta.

—Trabajo. Los memorándum, acusaciones, requisitorias, informes.

—¿Tendrá usted que comentar algunas cuestiones con otros ayudantes?

—Algunas veces.

—Desde luego —añade Stern—. De vez en cuando, surge la necesidad de hacer una pregunta, fijar una cita. Sin duda, habrá llamadas de este tipo a otros ayudantes, además de Carolyn.

Asiento a todas sus sugerencias.

—Hay muchas posibilidades —le digo—. Creo que en ese mes Carolyn estaba trabajando en un proceso importante. Lo revisaré.

—Bien —replica Stern. Vuelve a repasar la hoja de llamadas hechas desde mi casa la noche del asesinato. Arruga los labios, parece contrariado—. No hay más llamadas después de las 7:42 —dice finalmente y señala.

En otras palabras, no hay pruebas de que estuviera en casa como afirmaba.

—Malo —digo yo.

—Malo —repite Stern—. ¿Quizá le llamó alguien aquella noche?

Yo niego con la cabeza. Nadie, que yo recuerde. Pero ya conozco mi papel.

—Lo pensaré —afirmo y vuelvo a coger la hoja del uno de abril, para estudiarla un instante.

—¿Pueden falsificarse estas cosas? —pregunta Kemp—. ¿Los informes de la telefónica?

Asiento con la cabeza.

—Estaba pensando en eso —digo—. En la oficina del fiscal se reciben un montón de fotocopias de los listados de la compañía telefónica. Si un ayudante, o cualquier otro, quisiese jugársela a un acusado podría recortarlas y pegarlas sin que nadie advirtiese la diferencia —vuelvo a asentir con la cabeza, mirando hacia Kemp—. Sí, pueden falsificarse.

—¿Y debemos considerar esa posibilidad? —pregunta Stern.

Creo percibir en su voz cierto matiz de censura. Sus ojos, que estudian atentamente un hilo desprendido de la manga de su camisa, se clavan en los míos por un instante, penetrantes como rayos láser.

—Podríamos pensar en ello —digo, por fin.

—Hummm, hummm —murmura Stern para sí mismo. Tiene un aspecto solemne. Hace un gesto a Kemp para que tome nota—. No creo que debamos investigar este asunto antes de que concluya la presentación de pruebas del ministerio fiscal. No quiero que mencionen el hecho de que intentamos cuestionar la veracidad de estos informes y fallamos.

Aunque su comentario está dirigido a Kemp, es evidente para mí quién debe captar su significado.

Stern muy decidido coge otro expediente. Consulta su reloj, uno suizo de oro, extraplano. La comparecencia empezará dentro de cuarenta y cinco minutos. El propio Sandy debe estar antes en el juzgado. Sugiere que pasemos a hablar de los testigos. Yo hago un resumen de lo que he leído hasta el momento. Comento que Molto y Della Guardia no nos han facilitado las declaraciones de dos testigos: la de mi secretaria, Eugenia, y la de Raymond. Sandy, distraído, pide a Kemp que redacte otra requisitoria para reclamarlas. Se pone otra vez sus gafas de concha y continúa estudiando la lista de los testigos.

—La secretaria —nos dice— no me preocupa por razones que luego explicaré. Horgan, francamente, sí.

Me sorprende que Sandy diga eso.

—A algunos testigos —me explica entonces—, Della Guardia tiene que convocarlos, a pesar de las desventajas que le puedan acarrear. Usted lo sabe, Rusty, mejor que yo. El detective Lipranzer es un buen ejemplo. Fue totalmente sincero en la entrevista celebrada con Molto el día después de las elecciones y declaró que usted le había pedido que no solicitara los informes de las llamadas telefónicas hechas desde su casa. Esto representa para el fiscal una baza suficiente para convocarlo, a pesar de las muchas cosas positivas que dirá de usted. Horgan, por otra parte, no es un testigo al que

ningún buen fiscal le gustaría interrogar. Todos los miembros del jurado lo conocerán y su credibilidad será tal que resultaría muy arriesgado llamarle a testificar, a menos que... —Sandy espera. Vuelve a coger su cigarro.

—¿Amenos qué? —pregunto yo—. ¿Amenos que sea hostil a la defensa? No creo que Raymond Horgan vaya a hacerme esa jugada. Después de doce años. Además, ¿qué puede decir?

—Es una cuestión de matiz, más que de contenido. Me imagino que va a testificar sobre las declaraciones que hizo usted en su despacho el día después de las elecciones. Yo diría que sería mucho mejor para Nico presentar a la señora Mac Dougall, puestos a elegir un testimonio hostil. Por lo menos ella no lleva diez años siendo una personalidad local. Por otra parte, si resulta que Horgan, el oponente político de Della Guardia y el amigo de usted y su jefe durante doce años se muestra favorable a las tesis de la acusación... eso sería extremadamente perjudicial. Es el tipo de detalle capaz de hacer inclinar la balanza en casos poco definidos.

Me quedo mirándolo.

—No lo creo.

—Lo comprendo —me dice—. Y tal vez esté en lo cierto. Tal vez estemos olvidando algo que nos resultará evidente cuando tengamos el testimonio de Horgan. Pese a lo cual... —Sandy piensa—. ¿Aceptaría Raymond reunirse con usted?

—No veo por qué no.

—Lo llamaré a ver. ¿Dónde está ahora? —Kemp recuerda el nombre de la firma. Unos seis nombres. La liga de naciones. Todos los grupos étnicos están representados. O'Grady, Steinberg, Marconi, Slibovich, Jackson y Jones. O algo así—. Deberíamos concertar una reunión con Horgan, usted y yo lo antes posible.

Por extraño que parezca, ésta es la primera cosa que dice Sandy que me resulta completamente inesperada y que me afecta. Es verdad que no he vuelto a oír de Horgan desde aquel día de abril cuando salí de su despacho, pero él ha tenido sus propios problemas: un trabajo nuevo, un nuevo despacho. Y más concretamente en mi caso, él, que es un veterano criminalista, sabe lo restringidos que estarían nuestros temas de conversación. Había tomado su silencio como una conveniencia profesional. Hasta ahora. Me pregunto si no se tratará simplemente de un esfuerzo malicioso de los fiscales por intranquilizarme. Sería muy propio de Molto.

—¿Por qué necesita a Raymond, si va a llamar a testificar a Molto?

Principalmente, me explica Stern, porque, con toda probabilidad, Molto no va a declarar. Della Guardia ha afirmado en reiteradas ocasiones que Molto iba a llevar el caso. Un letrado no puede actuar como testigo y abogado en el mismo proceso. Sin embargo, Sandy recuerda a Jamie que debemos redactar una solicitud para descalificar a Molto, puesto que se encuentra incluido en la lista de testigos. Aunque no sirva para otra cosa, esto contribuirá a la desmoralización de la oficina del fiscal. Y obligará a Nico a prescindir del testimonio de Molto. Como yo, Sandy considera improbable que Nico quiera utilizar la declaración que le hice a Tommy. Cualquier jurado se mostraría reacio a creer que aquellas palabras fueron pronunciadas por otras razones que no fueran por sarcasmo y desprecio. Por otra parte, podrían tener cierta efectividad para un turno de réplica. Mejor será hacer la requisitoria y forzar la suerte de Nico.

Sandy sigue adelante.

—No entiendo esto —dice, sosteniendo en alto la declaración de la criada del autobús, la que dijo haberme visto yendo hacia el centro desde Nearing una noche, más o menos cercana a cuando ocurrió el asesinato—. ¿Qué trama Della Guardia?

—Sólo tenemos un coche —le explicó—. Estoy seguro de que Nico ha comprobado los registros. Barbara se lo llevó aquella noche. Por eso tuve que tomar otro medio de transporte. Estoy seguro de que emplazaron a un agente en la parada de Nearing, para que encontrara a alguien que pudiera reconocerme.

—Esto me interesa —dice Stern—. Por lo visto, ellos aceptan el hecho de que efectivamente Barbara le dejó en casa aquella noche. Comprendo que acepten que ella cogiera el coche. Ha habido demasiados sucesos lamentables con mujeres en los alrededores de la universidad como para creer que ella utilizaría los transportes públicos por la noche. Pero, ¿por qué admiten que ella saliera aquella noche? A ningún fiscal le gustaría tener que afirmar que el acusado se trasladó en autobús a cometer un asesinato. No parece auténtico. Se conoce que no han encontrado nada en las compañías de taxi ni en las de alquiler de coches. Y me imagino que habrán buscado en algún tipo de registro para confirmar la ausencia de Barbara.

—Probablemente, en la memoria del ordenador —Nat y yo hemos ido alguna vez a ver cómo trabaja su madre con la máquina—. Demostrará que Barbara la utilizó. Firma al llegar.

—¡Ahá! —exclama Stern.

—¿A qué hora fue eso? —pregunta Jamie—. ¿No muy tarde, verdad? Ella sabrá que usted estaba en casa en el momento del asesinato o, al menos, que lo había dejado allí, ¿no?

—Perfectamente. El ordenador registró su llegada a las ocho. Se marcharía a la universidad a las siete y media, como mucho, a menos veinte.

—¿Y Nat? —pregunta Sandy—. ¿A qué hora se acuesta?

—Alrededor de esa hora. Barbara suele acostarle antes de marcharse.

—¿Se levanta Nat con frecuencia o duerme profundamente? —pregunta Kemp.

—Como si estuviera en coma —le digo—. Pero no, jamás le dejaría solo en la casa.

Stern chasca la lengua. Esas son cosas que no se pueden probar.

—Sea como sea, —dice Stern—, estos hechos pueden sernos útiles. Tenemos derecho de acceso a todos sus registros. Es material del nuestro —evidencia favorable para la defensa—. Debemos hacer otra requisitoria. Fiera e iracunda. Un trabajo apropiado para usted, Rusty —sonríe amablemente.

Tomo nota. Le digo a Sandy que ya sólo queda un testigo del que me gustaría hablar. Quiero que lo tenga en cuenta. Le señalo el nombre de Robinson.

—Es un psiquiatra —le digo—. Le visité unas cuantas veces.

Estoy seguro de que Molto anda detrás de este feo gesto de incluir a mi antiguo psiquiatra como posible testigo. Me está siguiendo los pasos. Yo también les hacía cosas así a los acusados. Me aseguraba de que supieran que había hurgado en su vida. El director, un antiguo amigo del difunto padre de Barbara, el doctor Bernstein, no me volverá a mirar a la cara. Sin duda, de allí sacó Molto el nombre de Robinson.

Me sorprende la reacción de Stern ante mi revelación.

—Sí, el doctor Robinson —dice—. Me llamó justo después de la notificación de la acusación. Olvidé mencionarlo —lo que Sandy quiere decir es que no le pareció correcto hacerlo—. Sabía por el periódico que yo era su abogado y quería informarme de que había sido identificado y la policía había intentado entrevistarle. Robinson no quería molestarle a usted con esta información. En cualquier caso, me dijo que se había negado a hacer ninguna declaración amparándose en el secreto profesional. Le reafirmé este punto y le dije que no íbamos a renunciar a declarar.

—Podríamos renunciar. A mí no me importa —le digo. Y es verdad que no me importa. Me parece una intrusión menor, después de todo lo que me ha

sucedido durante los últimos meses.

—Su abogado le está diciendo que sí debe importarle. Della Guardia y Molto están, sin duda, esperando que hagamos tal cosa, en la creencia de que el doctor testificará sobre su salud mental y la improbabilidad de un comportamiento criminal.

—Estoy seguro que así lo hará.

—Ya veo que no me he expresado con suficiente claridad —dice Stern—. Se lo he comentado anteriormente. La prueba del motivo no es muy convincente. Nos ha resumido la teoría de Della Guardia en mi opinión, con mucho acierto. Sabich está obsesionado, nos dijo. Sabich se resiste a dejarla marchar. Dígame, Rusty. Usted ha analizado la posición de Della Guardia. ¿Cuál es la prueba de la relación amorosa entre acusado y víctima?

Unas cuantas llamadas telefónicas que pueden deberse a razones profesionales. No existe un diario ni siquiera una tarjeta enviada con unas flores. No existe correspondencia sentimental entre ellos. Supongo que es para aclarar ese punto por lo que han convocado a su secretaria, para que añada todo cuanto pueda, que, me imagino, no será mucho.

—Muy poco —corroboro. Sandy tiene razón. No me había percatado de ese agujero. Como fiscal, no debería haberseme pasado por alto. Pero es más difícil cuando se tienen todos los datos. De nuevo, trato de apartar esa delirante sensación de esperanza. No puedo creer que Nico no tenga pruebas en ese punto esencial. Señalo la hoja de llamadas—. Hay llamadas desde la casa de Carolyn a la mía, en octubre del año pasado.

—¿Sí? ¿Y quién puede asegurar que no las hizo la señora Polhemus? Estuvieron ustedes trabajando juntos el mes anterior en un importante caso. Sin duda, había una serie de problemas sin resolver. La cuestión de la fianza. Si no recuerdo mal, hubo una seria disputa sobre la custodia del muchacho. ¿Cómo se llamaba?

—Wendell McGaffen.

—Eso, Wendell. Hay cosas a las que el ayudante jefe no puede prestar la debida atención en la oficina.

—¿Y por qué le dije a Lipranzer que no pidiera la relación de llamadas de mi casa?

—Eso es más difícil —concede Sandy—. Pero doy por sentado que una persona que se sabe inocente se descartaría a sí mismo de la lista de sospechosos para impedir que se perdiera el tiempo.

Qué pico de oro. «Doy por sentado.» Como un prestidigitador.

—¿Y la señora Krapotnik? —pregunto—. Probablemente testimoniará haberme visto en el apartamento de Carolyn.

—Estaban llevando juntos un caso. Había extremos que tenían que discutir. Desde luego, si querían ustedes marcharse de la oficina del fiscal general, que no puede ser un lugar menos hospitalario, no iban a irse hasta Nearing, donde usted vive. Nadie niega que fuera algunas veces a su apartamento. Lo aceptamos. Sus huellas están en el vaso —la sonrisa de Sandy es latina, compleja. Su defensa empieza a cobrar forma y se muestra muy persuasivo—. No —dice Sandy—. Della Guardia no puede pedirle que testifique. Ni a usted, ni a su mujer. De modo que se encuentra en dificultades. Sin duda el rumor se ha extendido, Rusty. Y estoy seguro de que la mitad de los abogados del Condado de Kindle creen ahora que sospechaba su asunto con Carolyn. Pero no se admiten los cotilleos. El ministerio fiscal no tiene testigos. Y así concluimos que no existen pruebas del motivo. Yo en su lugar tendría más esperanzas —dice Sandy—, si no fuera por el problema de su testimonio —sus grandes ojos oscuros, serios y profundos, se cruzan por un momento con los míos. El problema de mi testimonio. El problema de decir la verdad, quiere decir—. Pero éstas son preguntas que deberemos responder en el futuro. Nuestro trabajo es, sencillamente, provocar una duda razonable. Y puede ser que, cuando Della Guardia concluya su turno, el jurado se sienta inducido a pensar que es usted víctima de una fatal coincidencia.

—O que me tendieron una encerrona.

Sandy es un hombre razonable y juicioso. Adopta una expresión grave en respuesta a mi sugerencia. Es evidente que preferiría que no existiesen ilusiones entre cliente y abogado. Mira otra vez su reloj. Se está acercando la hora de la intervención. Le toco la muñeca.

—¿Qué pensaría usted si le dijera que Carolyn parece haber estado implicada en un caso de soborno a otro ayudante? ¿Y que el ayudante encargado del asunto en cuestión era Tommy Molto? —esto es, técnicamente hablando, un secreto del sumario del juzgado de instrucción. Hasta ahora, dado el arranque de nuestra difícil discusión, yo lo había guardado para mí mismo.

Sandy deja pasar un buen rato sopesando esta revelación con aspecto reconcentrado.

—Por favor, explíquese.

En pocos minutos le pongo al corriente del expediente S.

—¿Y su investigación, en qué punto se encuentra?

—En ninguno. Se detuvo el mismo día en que abandoné la oficina.

—Debemos encontrar algún sistema para continuarla. Yo sugeriría contratar a un investigador privado. Quizá tenga usted una idea mejor.

Sandy se saca el cigarro de la boca. Aplasta la colilla en el cenicero y la mira un instante, con reverencia. Suspira antes de levantarse para ponérsela chaqueta.

Atacar al fiscal es una táctica siempre grata al cliente, pero raramente efectiva. Esas cuestiones que mencioné anteriormente: su oposición política a Della Guardia, el hecho de que usted lo echara, son puntos que contribuirán a disminuir la credibilidad de la acusación. Nos ayudarán a explicar el anhelo del fiscal por acusarle sin disponer de pruebas suficientes. Pero antes de que nos aventuremos por la vía de una acusación directa, debemos considerar la cuestión con mucho cuidado. Los éxitos derivados de la sugerencia de motivaciones siniestras por parte del ministerio fiscal son, como usted y yo sabemos, bastante raros.

—Lo comprendo —le digo—. Sólo quería que lo supiera.

—Desde luego. Y se lo agradezco.

—Es que la verdad —le digo— es así como lo siento. Que no es sólo una coincidencia lo que subyace en este caso. Quiero decir... —y entonces, un súbito impulso me provoca lo que mi orgullo me había impedido expresar durante tanto tiempo—. Sandy, soy inocente.

Stern se acerca a mí y me palmea en el hombro como sólo él sabe hacerlo. Tiene una expresión de profunda, si bien ensayada, tristeza. Y, al cruzarme con su mirada de spaniel de ojos marrones, comprendo que Alejandro Stern, uno de los mejores abogados de la ciudad, ha oído estas ardientes proclamaciones de inocencia demasiadas veces en su vida.

CAPÍTULO 19

A las dos menos diez, Jamie y yo nos encontramos con Barbara en la calle Grand esquina a Filer y nos dirigimos los tres juntos hacia el juzgado. La turbamulta de la prensa nos espera en las escaleras bajo las columnas. Conozco otra entrada por la parte de atrás, a través de la zona del acondicionamiento térmico del edificio, pero supongo que sólo podré utilizar ese truco una vez y tengo la angustiada sensación de que llegará el día en que desee con especial intensidad evitar a esta masa empalagosa, con sus luces halógenas, sus micrófonos, sus empujones y sus gritos. De momento, me conformo con abrirme paso diciendo: «Sin comentarios.»

Stanley Rosenberg, del Canal 5, guapo de verdad si no fuera por esos dientes tan prominentes, es el primero en abordarnos. Se ha adelantado a los cámaras y a los técnicos de sonido y se nos aproxima solo, camina a nuestro lado. Nos tuteamos.

—¿Hay posibilidad de que hagas alguna declaración ante las cámaras?

—Ninguna —le contesto.

Kemp ya está tratando de intervenir, pero yo le contengo mientras seguimos hablando.

—Si cambias de idea, ¿me prometes llamarme a mí primero?

—Ahora, no —dice Jamie y pone la mano en la manga de Stanley; Stanley, y esto le honra, no pierde su buen humor. Se presenta a sí mismo e intenta convencer a Kemp. Justo antes de la vista, dice Rosenberg, una entrevista televisada con Rusty sería buena para todo el mundo. Stern nunca me dejaría hacer ningún comentario, pero Kemp al acercarnos a la escalera y a la nube de cámaras, luces y micrófonos que nos aguardan, dice sencillamente: «Lo pensaremos.» Stanley se queda detrás mientras iniciamos el ascenso, Jamie y yo flanqueando a Barbara, casi alzándola por los codos, mientras nos abrimos paso a empujones.

—¿Qué piensas de que Raymond Horgan vaya a testificar contra ti? —me grita Stanley cuando nos vamos.

Doy un respingo. Los defectuosos dientes de Stanley quedan al descubierto por completo. Sabía que esa pregunta me provocaría. ¿Cómo se ha podido enterar?, me pregunto. Puede haber hecho ciertas deducciones al estudiar la lista de testigos, contenida en el sumario de Nico. Pero Stanley

tiene fuertes conexiones con Raymond y el instinto me dice que no utilizaría el nombre de Horgan a la ligera.

Hay una orden judicial que prohíbe el uso de cámaras en el interior del juzgado y, una vez atravesadas las puertas giratorias, sólo quedan los informadores de prensa y radio que nos siguen como una piña, lanzándonos sus micrófonos y gritando preguntas a las cuales ninguno de nosotros responde. Mientras caminamos deprisa por el pasillo, rumbo a los ascensores, cojo la mano de Barbara que está alrededor de mi brazo.

—¿Qué tal vas? —le pregunto.

Parece tensa, pero me dice que está bien. Stanley Rosenberg no es tan guapo como parece en la televisión, añade. Le digo que ninguno lo es.

Mi comparecencia se realiza ante su señoría el magistrado Edgar Mumphrey, presidente de la Audiencia Territorial del Condado de Kindle. Ed Mumphrey estaba a punto de dejar la oficina del fiscal general cuando yo entré a trabajar en ella. Se le tenía una especie de respeto reverencial, ya entonces, por una sencilla razón: era muy rico. Su padre había abierto una cadena de cines en esta ciudad, que con el tiempo reconvirtió en hoteles y emisoras de radio. Desde luego, Ed se había esforzado mucho por aparecer inmune a la influencia de su fortuna. Fue ayudante, durante más de diez años, después pasó a la práctica privada en la cual permaneció sólo uno o dos años hasta que, por fin, accedió a la judicatura. Se ha formado una reputación de juez recto y capaz, pero carente de la suficiente chispa para que se le considere brillante. Fue nombrado presidente el año pasado, un cargo básicamente administrativo, aunque presida todas las comparecencias, y negocie y acepte las declaraciones de culpabilidad cuando éstas se admiten en los primeros trámites de la vista.

Tomo asiento en la primera fila de la oscura sala rococó del juez Mumphrey. Barbara está a mi lado con un bonito traje azul. Por razones que se me escapan, ha optado también por ponerse un sombrerito del cual pende un tosco rebujo negro, que por lo visto quiere parecer un velo. Me siento tentado a informarle de que todavía no es mi funeral, pero Barbara nunca ha compartido el lado negro de mi humor. A mi lado, hay tres artistas, que trabajan para las cadenas locales de televisión, tomando febrilmente apuntes de mi perfil. Detrás de ellos, los periodistas y los cronistas de sala, todos esperan ver mi reacción cuando sea llamado asesino por primera vez en público.

A las dos en punto entra Nico por la puerta de guardarropía, con Molto

pisándole los talones. Delay se siente completamente distendido y va contestando las preguntas de los informadores que le han seguido al interior de la pequeña antesala. Les sigue hablando ya dentro de la sala, a través de la puerta abierta. El fiscal general, pienso para mí mismo. El puto fiscal general. Barbara me ha cogido de la mano y cuando aparece Nico, la aprieta un poco más fuerte.

La primera vez que conocí a Nico, hace doce años, lo clasifiqué instantáneamente como el típico chaval espabilado de un grupo étnico, que tantas veces había visto en la escuela secundaria y en la calle. Ese tipo de persona al que, con los años, había optado conscientemente por no parecerme: con más desparpajo que inteligencia, fanfarrón, siempre hablando. Pero como había tan poco dónde escoger, formé con él esa especie de asociación inmediata de los nuevos reclutas.

Salíamos juntos a comer. Nos ayudábamos a redactar nuestros informes. Al cabo de unos años nos fuimos separando, como resultado de nuestras diferencias intrínsecas. Habiendo trabajado como secretario del presidente del Tribunal Supremo, se me consideraba un profesional. Nico, como tantos otros ayudantes del fiscal general durante las pasadas décadas, llegó a la oficina con un historial político ya entonces abultado. Yo le oía hablar por teléfono. Había sido jefe de un distrito electoral en la organización de un primo suyo, Emilio Tonnetti, un parlamentario del Condado que le procuró el puesto a Nico. Ese fue uno de los últimos contratos políticos que Raymond consintió. Nico conocía a la mitad de los profesionales y funcionarios del Condado y no dejaba de comprar cuantas invitaciones políticas a campeonatos de golf o a cenas llegaban a sus manos, ni de estar presente en los lugares a los que acudían los personajes públicos.

Y, en honor a la verdad, resultó ser mejor abogado de lo que se esperaba. Sabía escribir, aunque le repateaba tener que quedarse en la biblioteca, y tiene gran efectividad ante el jurado. Su personalidad en la sala, como he observado a lo largo de los años, es la típica de muchos fiscales: sin concederse un rasgo de humor, ni un momento de descanso, y con una blanda intencionalidad. Pero tiene una intensidad única, que yo siempre he ilustrado contando lo que se conoce como la historia del Clímax. Se la conté la semana pasada a Sandy y a Kemp, cuando me preguntaron cuál fue el último caso que llevé con Della Guardia.

De aquello ya habrán pasado lo menos ocho años, poco tiempo después de que nos destinaran a la Sala de lo Penal. Los dos estábamos sedientos de

casos ante un jurado, así pues, decidimos intentar sacar adelante un asunto de violación irremisiblemente perdido que había rechazado alguien más listo que nosotros.

—Delay llevaba el interrogatorio de los querellantes. Lucille Fallon estaba sentada en el banquillo de los testigos —les dije a Sandy y a Kemp. Lucille, una mujer de color, estaba sentada en un bar cuando se encontró con el acusado. Su marido, un parado, estaba en casa cuidando de sus cuatro hijos. Lucille se puso a hablar con el acusado, Freddy Mack, y decidió aceptar que la llevara a casa en coche. Freddy era un auténtico perdedor, con un caso de violación y otro de asalto en su historial, de lo cual, evidentemente, el jurado no oyó una sola palabra. Se conoce que se excitó un poco y sacó una navaja del bolsillo, por medio de la cual precipitó un tanto lo que, según las apariencias, hubiera ocurrido de todas formas. Hal Lerner defendía al acusado y rechazó a todos los negros convocados para formar parte del jurado, y al final había una docena de blancos de mediana edad contemplando severamente a esta señora negra que había recibido un tratamiento más rudo del que se esperaba cuando salió de parranda.

Nico y yo habíamos pasado horas intentando preparar a Lucille para su testimonio, sin ningún resultado notable. Tenía un aspecto terrible, una mujer gorda embutida en un traje ceñido, gruñendo sin parar sobre esa cosa horrible que le había pasado. Su marido estaba en la primera fila. Cuando por fin, le llegó el turno de testificar, inventó una versión completamente nueva de los hechos acaecidos aquella tarde. Ella se había encontrado a Freddy al salir del bar y éste le había preguntado una dirección. Ya iba camino de lo que sería una devastadora hecatombe cuando le llegara el turno a la defensa, y Nico decidió ceñir su testimonio al «acto» en sí.

—¿Y qué hizo entonces el señor Mack, señora Fallon?

—Me lo hizo.

—¿Qué fue lo que le hizo, señora?

—Lo que había dicho que haría.

—¿Tuvo relaciones sexuales con usted, señora Fallon?

—Sí, señor, lo hizo.

—¿Introdujo su órgano sexual dentro del suyo?

—Ahá.

—¿Dónde estaba la navaja?

—Aquí. Aquí en el cuello. Me apretaba y cada vez que respiraba creía que me lo iba a rebanar.

—De acuerdo, señora —Nico iba a seguir con otra cosa cuando yo, desde la mesa del fiscal, le tendí una nota—. Es verdad —dijo Nico—, lo olvidaba. ¿Llegó al clímax?

—¿Cómo?

—¿Que si llegó al clímax?

—No, señor. Llegó en un Ford Fairlane.

Delay no sonrió. Pero el juez Farragut se empezó a reír con tantas ganas que tuvo que ocultarse detrás de su mesa y uno de los miembros del jurado se cayó literalmente del asiento. Nico ni siquiera se inmutó. Y cuando el jurado regresó con su veredicto de «No Culpable», juró no volver a llevar un caso conmigo. Según me dijo porque no fui capaz de mantener la compostura, lo que había dado al jurado la impresión de que aquel caso no era serio.

Hoy Nico parece bastante feliz. Irradia un halo de poder. Vuelve a llevar el clavel y no podría andar más estirado aunque quisiera. Tiene un aspecto pulcro y elegante con su nuevo traje oscuro. Hay una atractiva vitalidad en su actitud, en la forma de lidiar con los periodistas, saltando de un lado a otro, mezclando respuestas serias con comentarios personales. Una cosa es segura, pienso para mis adentros, el hijo de puta se está divirtiendo a mi costa. Es el héroe de los medios de comunicación, el hombre que resolvió el crimen del año. No hay periódico en el que no esté su retrato. La semana pasada vi dos artículos en los que se sugería la conveniencia de que Nico se presentara a la elección de alcalde, a dos años vista. Nico respondió con un alarde de fidelidad a Bolcarro, pero uno se pregunta de dónde vendrán esos comentarios.

Sin embargo, Stern sostiene que Nico ha hecho un esfuerzo para llevar mi caso de un modo imparcial. Ha hablado con la prensa mucho antes de lo que ninguno de los dos hubiéramos creído apropiado, pero las filtraciones no han ocurrido sólo por su culpa, ni siquiera por la de Molto. El departamento de policía escapa a sus magras capacidades de contención, en un asunto como éste. Nico ha sido franco con Stern sobre los progresos de la investigación; le ha tenido al corriente a medida que aparecían nuevas pruebas y me dio aviso personalmente de la acusación. Se mostró de acuerdo en que no se corría el riesgo de que me fugara y consentirá en que firme un pagaré como fianza. Lo más importante de todo, quizás, es que, hasta ahora, me ha hecho el favor de no añadir el cargo adicional de obstrucción a la justicia.

Fue Stern el primero en señalar, durante una de las primeras reuniones que mantuvimos, el enorme riesgo que hubiera supuesto si me hubieran

imputado el cargo de ocultar intencionadamente hechos materiales en el transcurso de la investigación.

—Un jurado, Rusty, puede ser fácilmente inducido a creer que usted estuvo en aquel apartamento la noche del crimen y que, como mínimo, era su obligación haberlo declarado y desde luego no mentir frente a Horgan, a Nico, a Molto y a Mac Dougall. Su conversación con el detective Lipranzer, en relación con las llamadas telefónicas de su casa, también es muy perjudicial.

Stern no se anduvo con rodeos. Tenía el puro bien asentado en la comisura de los labios. ¿Parpadearon sus ojos por un instante? Es el hombre más sutil que conozco. Tenía una vaga idea de por qué sacaba el tema a colación. ¿Debería tratar de aquel extremo con Nico? Eso era lo que me estaba preguntando. No podían caerme más de tres años por obstrucción a la justicia. Estaría fuera a los dieciocho meses. Podría estar junto a mi hijo antes de que creciera. A los cinco años, probablemente me volverían a conceder licencia para practicar la abogacía.

No he perdido mi capacidad de raciocinio. Pero no puedo vencer mi inercia emocional. Quiero que me sea devuelta la vida que tenía. Y no me conformo con menos. Exijo que esto no haya ocurrido. No quiero vivir marcado el resto de mis días. Aceptar la culpabilidad sería como permitir una amputación innecesaria. Peor.

—No nos avenimos —le dije a Sandy.

—No, desde luego que no, desde luego —me miró con incredulidad. El no había sugerido el tema.

Durante las semanas que siguieron, dimos por seguro que Della Guardia incluiría este punto tan sólido en la acusación. En momentos de extraño optimismo, sobre todo durante la última semana, cuando ya parecía claro que la acusación se iba perfilando, fantaseaba con la posibilidad de que ésta se refiriera sólo a la obstrucción. En lugar de eso, la acusación fue exclusivamente por asesinato. Hay razones tácticas por las cuales un fiscal puede preferir hacer esa elección. Incluir otra acusación por obstruccionismo podría ofrecer un compromiso tentador para el jurado si aquél se inclinaba a considerarme culpable sin llegar a estar convencido, dado el carácter circunstancial de mi caso. Pero, el día en que nos fue remitida la acusación, Sandy me dio su sorprendente interpretación de la decisión de Nico.

—Por supuesto, he pasado mucho tiempo hablando con Nico últimamente —me dijo Sandy—. Habla de usted y de Barbara con cierto

cariño. Me ha contado en un par de ocasiones anécdotas que les ocurrieron cuando trabajaban juntos en la oficina. Me dijo que usted le había escrito algunos informes. Que había salido con ustedes dos algunas noches, cuando él estaba casado. Debo decir, Rusty, que parece sincero. Molto es un fanático. Odia a todo aquel que acusa. Pero de Nico, no estoy tan seguro. Creo que este caso le ha afectado profundamente y si ha acordado esta opción ha sido por un motivo ético. Ha decidido que sería una irresponsabilidad por su parte acabar con su vida profesional, sólo porque cometiera usted una indiscreción, cualquiera que ésta fuera y bajo cualquier circunstancia. Si es culpable de asesinato debe ser castigado. Si no, su deseo es dejarle en libertad. Y, por una vez, aplaudo su gesto. Yo creo —me dijo el abogado al que había pagado veinticinco mil dólares para que se ocupara de mi defensa— que es un enfoque correcto.

—Caso criminal 86/1246 —anuncia Alvin, el guapo secretario negro del magistrado Mumphrey. Se me encoge el estómago y avanzo hacia el estrado, Jamie está detrás de mí. El juez Mumphrey, que entró hace sólo un instante, se está acomodando en su sillón. Los cínicos explican la ascensión de Ed al cargo de presidente en función de su buena presencia. Fue elegido como concesión a esta era de medios de comunicación; una persona en quien los electores puedan pensar con tranquilidad a la hora de votar por la continuidad del juez. La apariencia de Ed se ajusta maravillosamente al ideal jurídico: el pelo plateado peinado perfectamente para atrás desde la frente y unos rasgos clásicos lo bastante angulosos como para darle, sin embargo, un aspecto severo. Todos los años le piden un par de veces que pose en anuncios de las revistas de abogacía.

Della Guardia termina por colocarse a mi lado. Molto está unos pocos pasos atrás. Todo lo que Nico tiene de atildado, lo tiene Molto de descuidado. Su chaleco, ya de por sí ridículo en julio, resalta su tripa sustanciosa y las mangas de la camisa sobresalen demasiado de las de la chaqueta. Está despeinado. Lo miro y se me pasan las ganas de insultarle que creí iba a tener que reprimir. Prefiero buscar la mirada de Nico. Me hace un gesto de saludo.

—Rusty —dice sencillamente.

—Delay —le contesto. Cuando bajo la mirada hacia su cintura, compruebo que me ha ofrecido la mano a escondidas.

No tengo oportunidad de comprobar hasta dónde llega mi caridad. Kemp me ha cogido de la manga de la camisa y tira de ella violentamente para alejarme. Se interpone entre Della Guardia y yo. Los dos sabemos que no

hace falta recordarme que no debo hablar con los fiscales.

El juez Mumphrey baja la mirada desde su estrado de nogal y me sonrío con circunspección antes de hablar. Le agradezco la deferencia.

—Se abre la vista criminal 86/1246. Solicito a los letrados que procedan a identificarse para que conste en el acta.

—Señoría, soy Nico Della Guardia, en representación del pueblo de este estado. Me acompaña el ayudante jefe del fiscal, Thomas Molto.

Curiosas, las cosas que se oyen. Se me escapa una mínima expresión de sorpresa cuando oigo mi título seguido del nombre de Molto. Kemp me vuelve a tirar de la manga.

—Quentin Kemp, señoría, del despacho de Alejandro Stern, en nombre del acusado Rozat K. Sabich. Solicito licencia para cumplimentar el informe de nuestra comparecencia.

Se le concede a Jamie su petición y, a partir de ahora, queda constancia oficial en las actas del juicio que Stern & Cía son mis abogados. Jamie pasa a otro punto.

—Señoría, estando presente el acusado en la sala, queremos dejar constancia de haber recibido la acusación 86/1246 y renunciamos a su lectura formal. En nombre del señor Sabich, señoría, deseamos pedir a esta sala que haga constar nuestra declaración de no culpabilidad de todos los cargos.

—Declaración de no culpabilidad —repite el juez Mumphrey, mientras hace una nota en el informe de sala.

La fianza se fija por acuerdo en un pagaré estipulado en cincuenta mil dólares.

—¿Alguna de las partes desea que se celebre una reunión anterior a la vista?

Se trata de una sesión de negociación que se realiza prácticamente siempre porque ayuda a ambas partes a ganar tiempo. Delay empieza a hablar, pero Kemp le interrumpe.

—Señoría, tal reunión sería una pérdida innecesaria de tiempo para la sala —baja la mirada hacia su libreta para consultarlo escrito por Stern. Cuando Kemp salga, volverá a leer las mismas palabras en directo a los equipos móviles de televisión—. Los cargos que se imputan en este caso son muy graves y enteramente falsos. La reputación de uno de los mejores abogados y servidores públicos de esta ciudad ha sido atacada, y quizá destruida, sin ninguna base concreta. En la acepción más exacta de las palabras, en este caso la justicia debe ser rápida y, por lo tanto, solicitamos de

este tribunal que disponga una fecha inmediata para la celebración del juicio.

La retórica es perfecta pero, desde luego, es la estrategia la que domina esta demanda. Sandy hizo especial hincapié en que un rápido desarrollo me evitaría una tensión prolongada en mis ya mermadas fuerzas. Pero por muy confuso que pueda estar, aún soy capaz de reconocer los cimientos del razonamiento. El tiempo corre a favor del fiscal en este caso. La principal evidencia de Delay no se va a deteriorar. Mis huellas dactilares no van a perder su memoria. Ni los informes de teléfonos van a morir. Con el tiempo, la postura del fiscal sólo puede reforzarse. Puede aparecer un testigo. Y quizás haya tiempo para pensar dónde ha ido a parar el arma asesina.

La requisitoria de Kemp supone un alejamiento notable de las maneras habituales, puesto que la mayoría de los encausados ven en el aplazamiento la mejor alternativa a la absolución. Nuestra demanda parece pillar desprevenidos a Nico y a Molto. De nuevo Della Guardia empieza a hablar, pero Mumphrey lo interrumpe. Por la razón que sea ya ha oído suficiente.

—El acusado ha renunciado a la reunión previa al juicio. La cuestión que nos queda, por tanto, es establecer los términos del juicio. Señor secretario —dice él—, por favor saque un nombre.

Cinco años atrás, después de que se produjera un escándalo en la oficina de un secretario, el anterior presidente del Tribunal, Foley, solicitó sugerencias sobre un método que asegurara la elección de jueces de una forma completamente casual. Yo propuse que la elección se realizase en la sala delante de todo el mundo. Mi idea, presentada por supuesto en nombre de Horgan, se adoptó de inmediato y creo que aquello fue lo que acabó por convencer a Raymond de mi capacidad ejecutiva. Actualmente, en un bombo cerrado, prestado por un bingo, se hacen girar una serie de placas de madera con el nombre de un juez en cada una. El secretario hace girar los «huesos», que así se les llama, y coge el primero que cae.

—El magistrado Lyttle —dice. Larren Lyttle. El viejo camarada de Raymond, el sueño de todo abogado defensor. Me siento flotar. Kemp se vuelve y, sin más, me estrecha la mano. Molto literalmente lanza un gruñido. Estoy encantado al percibir cómo desde el banquillo Mumphrey me sonrío un instante.

—El caso será presentado ante la sala del juez Lyttle para las mociones y la vista. Las mociones del acusado serán archivadas durante catorce días, el fiscal general tendrá catorce días para responderlas —Mumphrey levanta el martillo. Está a punto de dar por terminada la sesión pero antes baja la mirada

hacia Nico—. Señor Della Guardia debí haber interrumpido al señor Kemp, pero supongo que este caso, cuando acabe, habrá inspirado muchos discursos. No quiero que parezca que apruebo lo que ha dicho. Pero tiene razón al observar que éstos son cargos muy serios. Contra un letrado al que creo que todos conocemos por haber servido a este tribunal con distinción durante muchos años. Permítame decirle, señor, sencillamente que yo, como los demás ciudadanos de este Condado, espero que en este caso se haga justicia... y que se haya hecho.

Mumphrey me hace un nuevo gesto de saludo y se anuncia el siguiente caso.

Della Guardia se va como llegó, por la puerta del guardarropía. Kemp está luchando por mantenerse impassible. Guarda su libreta en el portafolios y observa la salida de Nico.

—Anda muy bien, ¿verdad? —pregunta Jamie—, con todo eso pegado a su trasero.

CAPÍTULO 20

—Me imagino —dice Barbara— que estarás contento con lo de Larren.

Estamos en la autopista, libres al fin del tráfico de la ciudad. Barbara está al volante. Hemos llegado a la conclusión en las últimas semanas de que mi distracción ha llegado a tal extremo que el mundo ya no está a salvo cuando conduzco. Siento un primitivo alivio al dejar atrás las cámaras y el clamor. La prensa nos ha seguido en bloque desde el juzgado por toda la calle, nos ha tomado fotos y nos ha perseguido con las enormes cámaras de vídeo lanzadas sobre nosotros como los ojos de un monstruo. Caminamos despacio. Intentando, como Stern nos había aleccionado antes, parecer tranquilos. Dejamos a Kemp en una esquina dos manzanas más allá. «Si todos los días salen como hoy», nos dijo, «Nico no pasará del informe preliminar». Es por naturaleza un alma optimista, pero por lo mismo su afabilidad conjura una sombra. Todos los días no serán como éste. Nos esperan momentos más sombríos. Le estrecho la mano y le digo que se ha portado como un fenómeno. Barbara lo besa en la mejilla.

—Que haya salido Larren es una buena baza —le digo—. Probablemente la mejor que nos podría caer.

Mi única duda es Raymond. Ni él ni el magistrado Lyttle se permitirían comentar el caso fuera de la sala, pero la presencia del mejor amigo del juez como testigo tiene que tener algún efecto en uno u otro sentido, según las simpatías que demuestre en su declaración. Toco la mano de Barbara que está sobre el volante.

—Te agradezco que estuvieras allí.

—No tiene importancia —me dice—. De verdad, fue muy interesante —añade, sincera como siempre respecto a su curiosidad— si no tenemos en cuenta las circunstancias.

El mío es lo que llaman los abogados un caso de gran repercusión: la atención de la prensa continuará siendo intensa. En estas situaciones, la comunicación con los futuros miembros del jurado comienza mucho antes de que vengan a la sala a prestar sus servicios. Hasta este momento, Nico ha ganado las batallas de la prensa. Ahora tengo que hacer todo lo posible para proyectar una imagen más positiva de mí mismo. Acusado, en resumidas cuentas, de asesinato y de adulterio es importante hacer creer al público que

mi mujer no ha perdido su fe en mí. La asistencia de Barbara a cualquier acontecimiento donde estén presentes los informadores es crucial. Stern insistió en que fuera a la ciudad para poder tratarlo con ella personalmente. Dada su repulsión por cualquier acto público, sus suspicacias ante los extraños, yo esperaba que ella considerara esta tarea insoportable. Pero no se opuso. Su apoyo en los últimos dos meses no ha conocido el desaliento. Aunque sigue considerándome víctima de mis propias locuras, esta vez por haberme enamorado de la vida pública y de la política sucia, reconoce que los acontecimientos han rebasado con mucho lo que me tenía merecido. Con regularidad expresa su confianza en mi inocencia y, sin decirle yo nada, me presentó un cheque al portador de veinticinco mil dólares para hacer frente al pago de Sandy; un dinero de la cuenta que su padre dejó a su exclusivo control. Me escucha con atención durante horas y horas mientras pongo como un trapo a Nico y a Molto o le describo las complejidades de la estrategia pergeñada por Stern. Por las tardes, cuando me quedo ensimismado, viene a cogerme la mano. Comparte algo de mi sufrimiento y, aunque da muestras de valentía, sé que en algunos momentos ha llorado a solas.

No es sólo la tensión de estos extraordinarios acontecimientos, sino la radical alteración de mi horario lo que ha añadido un nuevo tiempo a nuestra relación. Por la mañana me voy a la biblioteca; tomo notas para mi defensa; cavo en el jardín sin sentido ninguno. Pero, en conjunto, estamos juntos la mayor parte del tiempo. Ahora, en verano, Barbara tiene poco que hacer en la universidad y alargamos la sobremesa a la hora del desayuno, ahora que Nat se ha marchado al campamento. Antes del almuerzo, salgo y recojo verduras para la ensalada. Una nueva languidez sexual se ha apoderado de nuestra relación.

—Estaba pensando que deberíamos hacerlo —me anunció una tarde desde el sofá en el que estaba reclinada con uno de sus extraños libros y una caja de bombones belgas. Desde entonces, el encuentro después de comer se ha convertido en parte de nuestra rutina. Para ella es más fácil hacerlo poniéndose en cuclillas sobre mí. Los pajaritos cantan por la ventana; la luz del día se filtra por entre las láminas de las contraventanas del dormitorio. Barbara se agita alrededor de mi perno bien hundido dentro de ella; ese poderoso vórtice suyo a pleno rendimiento; cierra los párpados pero gira los globos oculares, mientras mantiene el resto de la cara serena; sus movimientos van acelerándose y continúa afanándose hasta alcanzar el momento de la relajación final.

Barbara es una amante atlética e imaginativa; no fue carencia sensual lo que me condujo a Carolyn. No puedo quejarme de traumas ni de fetiches ni de nada que Barbara no sea capaz de hacer. Ni siquiera en los peores momentos. Ni siquiera en medio del cataclismo que siguió a mi estúpida confesión el invierno pasado abandonamos la práctica sexual. Pertenece a la generación de la revolución. Hablamos abiertamente del sexo. Cuando éramos jóvenes tendíamos hacia él como hacia una linterna mágica y seguimos reservándole su sitio. Nos hemos vuelto expertos en la fisonomía del placer: dónde hay que apretar, dónde hay que dar masajes. Barbara, una mujer de los ochenta, consideraría un insulto más tener que prescindir de ello.

De momento, el aspecto clínico que presidía nuestra relación ha desaparecido. Pero, incluso así, encuentro algo desesperado y triste en la forma de amar de Barbara. Todavía quedan distancias por salvar. Me tumbo en la cama durante la dulce hora de la tarde, mientras Barbara siesteaba, en la quietud suburbial relajante y seductora tras tantos años de estrépito ciudadano, y considero el gran misterio que, para mí, es mi mujer.

Ni siquiera en el cénit de mi pasión por Carolyn tuve pensamiento de dejarla. Si nuestro matrimonio ha sido a veces equívoco, nuestra vida familiar no. Los dos adoramos sin remisión a Nat. Crecí sabiendo que otras familias vivían de manera distinta a la mía. Se hablaban durante las comidas; iban juntos al cine y a tomar refrescos. Los veía jugar a la pelota y correr por los campos del *Public Forest*. Los envidiaba. Ellos compartían una vida. Nuestra existencia como familia, como padres e hijo, es la única aspiración de mi niñez que he cumplido plenamente, la única herida de aquellos años que he curado.

Y, sin embargo, suponer que Nathaniel es nuestra única salvación sería demasiado cínico. Pesimista. Falso. Incluso en el peor período, ambos hemos respondido a mandatos internos que tienen cierto peso en este caso. Mi mujer es una persona atractiva, mucho, la verdad. Se prodiga frente al espejo, observándose desde diversos ángulos para corroborar que permanece intacta; su busto es aún firme, su cintura, a pesar del embarazo, conserva un aspecto juvenil, sus rasgos, precisos y oscuros, no han perdido finura ni por acumulación de adiposidades ni por la relajación de los músculos bajo la mandíbula. Podría encontrar pretendientes si se lo propusiera. Ha preferido no hacerlo. Es una mujer capaz. Y a la muerte de su padre, recibió un legado de cien mil dólares, así pues, no son las necesidades económicas las que le impiden partir. Para bien o para mal, debe haber algo de verdad en las

amargas palabras que a veces me lanza a la cara en el ardor de las discusiones: que yo soy la única persona, la única, a excepción de Nat, a la que ha querido.

En períodos apacibles, como el de ahora, la devoción de Barbara tiende a alcanzar grados extremos. Ansía colmarme de atenciones. Me convierto en su embajador ante el mundo exterior, que vuelve a Nearing cargado de anécdotas y observaciones. Cuando estaba trabajando en un proceso y volvía a casa a las once o las doce de la noche, me encontraba a Barbara en bata esperándome y la cena caliente. Nos sentábamos y ella escuchaba con esa curiosidad suya tan intensa y reconcentrada el relato de los sucesos del día, como un niño de los años treinta pendiente de la radio. Con el sonido del entrecuchar de los platos como telón de fondo, yo hablaba con la boca llena y Barbara se reía y se maravillaba de los policías y los abogados que sólo conocía a través de mí.

¿Y yo? ¿Qué hay por mi parte? Desde luego, siempre he valorado la lealtad y la dedicación, la amabilidad y la atención, que en esos períodos me dispensa. Sus momentos de amor desinteresado, tan volcados sobre mí, son un bálsamo para mi malherido ego. Pero sería un sarcasmo y una falsedad asegurar que no existen también momentos en que la desprecio. Siendo el hijo injuriado de un hombre colérico, no puedo dominar completamente mi vulnerabilidad ante sus humores más negros. En sus arranques de hiriente sarcasmo, mis manos se retuercen sintiendo el impulso de la estrangulación. Como reacción a estos períodos, he aprendido a manifestar una indiferencia que, con el tiempo, se ha vuelto real. Caemos en un horrible círculo, en un tira y afloja en el que cada uno defiende su posición retrocediendo constantemente.

Pero esos tiempos hace ya mucho que han quedado atrás y casi están perdonados. Ahora esperamos al borde del descubrimiento. ¿Qué es lo que me retiene? Cierta añoranza. En la languidez de estas tardes casi logro percibirla, aunque las puertas y las ventanas de mi alma están abiertas a la más absoluta gratitud. Nunca hemos vivido sin erupciones momentáneas. Barbara es incapaz de mantener la serenidad. Pero también hemos hecho nuestras incursiones a los lugares más hermosos y a los parajes más altos; con Barbara Bernstein he pasado, sin duda, los mejores momentos de mi vida. Los primeros años fueron inocentes, llenos de ánimo y de una arrolladora pasión y un sentido del misterio que rebasa los límites de lo que se puede describir; añoro a veces aquellos tiempos; transportándome allí con el

recuerdo, suspiro agonizando con una ardiente sensación de inseguridad. Me siento como ese ser llamado a fracasar que, al final de las novelas de ciencia ficción, se va hundiendo mientras intenta desesperadamente llamar la atención de aquellas criaturas de cuya comunidad una vez formó parte. ¡Dejadme estar con vosotros! ¡Volved hacia atrás el tiempo!

Mientras yo estudiaba derecho en la universidad, Barbara estaba trabajando de profesora. Vivíamos en un apartamento de dos habitaciones y media, decrepito, lleno de bichos, escandalosamente destrozado. Los radiadores lanzaban chorros de agua hirviendo en medio del invierno; ratones y cucarachas reclamaban como dominio propio cualquier espacio en los armarios que quedara por debajo de la altura del fregadero. Sólo porque era considerado un piso de estudiantes, el edificio escapaba a la clasificación de lo que se conoce como antro. Nuestros caseros eran dos griegos, marido y mujer, a cual más enfermo. Vivían en el piso de arriba, al otro lado del patio. Oíamos los accesos enfisémicos del marido en cualquier estación. Ella tenía problemas de artritis y una enfermedad progresiva del corazón. Me daba miedo cada vez que tenía que subir a pagarles el alquiler a causa del olor: una mezcla de decadencia y hedor denso, extraño y podrido, como a col, que impregnaba el aire cuando se abría la puerta. Pero era lo único que podíamos permitirnos. Si deducíamos mis gastos de matrícula del sueldo de un profesor, nos aproximábamos a los mínimos burocráticos que fijan la frontera de la pobreza.

Decíamos en broma que éramos tan pobres que la única forma de diversión a nuestro alcance era follar. Esta broma intentaba paliar nuestro apuro, porque sabíamos que nos pasábamos un poco. Fueron unos años sensuales. Me pasaba los días esperando que llegara el fin de semana. Celebrábamos nuestro Sabbath particular: cenábamos solos, con una botella de vino y después nos dedicábamos a nuestros largos, amables y lentos amores. Empezábamos en cualquier sitio del apartamento, y nos íbamos acercando al dormitorio por las alfombras, en creciente *déshabillé*. A veces esto duraba más de una hora, yo anhelante y priápico y mi pequeña belleza oscura con los pechos disparados de puro éxtasis, mientras reptábamos el uno sobre el otro. Y una noche, mientras guiaba a Barbara en los últimos pasos hasta el dormitorio, vi que las contraventanas estaban abiertas y que en el piso de arriba nuestros dos ancianos vecinos tenían la cara vuelta hacia allí. Estaban mirándonos, aunque había algo tan inocente en su expresión que en el recuerdo me parecen animales asustados, liebres o conejos: una mirada de

perplejidad. Sospeché que no llevaban demasiado tiempo espiándonos, cosa que de ninguna manera disminuía mi vergüenza. Estaba de pie con mi miembro erecto, en aquel momento en la mano de Barbara, rociado de aceite de almendras. Barbara los vio también. Lo sé porque al echarme hacia atrás e ir hasta la ventana ella me detuvo. Me tocó la mano y volvió a cogerme otra vez. —No mires —me dijo—. No mires —murmuró, con su aliento dulce y cálido en mi cara—. Ya casi se han ido.

CAPÍTULO 21

Una semana después de mi comparecencia, Sandy y yo nos encontramos en la recepción del bufete del que Raymond es socio desde el mes de mayo. Un lugar con mucha clase: suelo de parquet cubierto con una de las alfombras persas más grandes que he visto en mi vida, de tonos rosa sobre vibrante fondo azul marino. De las paredes cuelgan valiosas pinturas abstractas y en las cuatro esquinas de la habitación hay mesas de cristal con cantos cromados sobre las que reposan bien ordenados números de las revistas *Forbes* y del *Wall Street Journal*. Una dulce rubia, que probablemente se lleva dos de los grandes de propina al año por estar tan rica, nos toma el nombre desde el otro lado de una lujosa mesa de palo de rosa.

Sandy me coge levemente de la solapa y me susurra las últimas instrucciones. Los jóvenes abogados que pasan deprisa en mangas de camisa seguramente no le han visto mover los labios.

—No he venido a entablar ninguna discusión —me advierte Sandy. Él hará las preguntas. Mi presencia tiene una simple función estimulante, como él dice—. Y, sobre todo, debe permanecer callado sea cual sea la acogida que nos dispensen.

—¿Sabe algo? —le pregunto.

—Uno oye cosas —dice Sandy—. Pero no tiene sentido especular cuando vamos a conocer la respuesta dentro de un instante.

La verdad es que Sandy oye muchas cosas. Le informan sus clientes. Los periodistas. A veces, algunos policías amigos. Y, por supuesto, los otros abogados defensores. Cuando era fiscal, la abogacía me parecía una especie de tribu, siempre con sus tam-tam en cuanto tenían una noticia que podían comunicarse. Sandy me dijo hace poco que Della Guardia, en cuanto tomó posesión, le había mandado una citación a Horgan ante el juzgado de instrucción. Raymond trató de oponer cierta resistencia alegando haber desempeñado un cargo ejecutivo. Sandy lo sabía de excelente fuente, según me dijo. De esta escaramuza infiero que aún continúa la hostilidad entre Nico y Raymond, pero la reacción de Sandy cuando vio el nombre de Raymond en la lista de testigos implica otros conocimientos. Sandy, desde luego, no traicionaría la confianza del que le da esas sugerencias sobre las intenciones de Raymond, sea quien sea.

La secretaria de Horgan sale a recibirnos y a mitad de camino de su despacho, aparece Raymond. Está en mangas de camisa.

—Sandy, Rusty —me da un golpecito en el hombro al tiempo que me estrecha la mano. Ha engordado algo y la panza abulta bajo los últimos botones de su camisa—. ¿Ya han estado aquí antes, muchachos?

Raymond nos hace los honores. Los incentivos de la nueva ley financiera han convertido los bufetes de abogados y las corporaciones en nuevos Versalles. Raymond nos enseña las obras de arte, dice nombres que yo sé están sacados de las revistas. Stella. Johns. Rauschenberg.

—Me gusta sobre todo éste —nos anuncia. Ondas y cuadrados. En la sala de reuniones hay una mesa de diez metros de largo tallada en un solo bloque de malaquita.

Sandy pregunta a Raymond sobre su nuevo trabajo.

—De momento, sobre todo asuntos federales —comenta. A su parecer resulta muy ventajoso. Tiene un caso de altos vuelos ante el juzgado de instrucción de Cleveland. Su cliente vendió paracaídas con una cuerda defectuosa al Departamento de Defensa.

—Un descuido tonto —nos dice Raymond, sonriendo socarronamente—. Ciento diez mil unidades.

Por fin llegamos a su despacho. Le han dado una habitación en una esquina con vistas al sur y al oeste. El Muro de los Honores ha sido trasplantado aquí con pocas añadiduras. Una foto de grupo durante la última toma de posesión de Raymond preside ahora el centro. Yo estoy ahí también, entre otros cuarenta, bastante a la derecha.

No me había percatado de la presencia de un joven hasta que Raymond nos lo presenta. Peter no sé qué. Un socio. Peter está provisto de papel y lápiz. Peter es un testigo. Respaldará la versión de Raymond en caso de futuras controversias sobre lo que aquí se dijo.

—Y ¿qué puedo hacer por ustedes? —nos pregunta, después de haber encargado café.

—En primer lugar —le contesta Sandy—, Rusty y yo queremos agradecer que nos haya podido recibir. Es usted muy amable.

Raymond nos indica que no tiene importancia.

—Y, díganme ¿qué puedo hacer por ustedes? —nos quiere sugerir, sin decirlo, que está dispuesto a ayudarnos.

—Creo que lo mejor, y usted lo entenderá perfectamente —dice Stern—, es que Rusty no tome parte en nuestra conversación. Espero que no le

importe si sólo escucha.

Mientras lo dice, Sandy lanza una rápida mirada a Peter que ya está tomando notas sin parar.

—Claro. Es su juego. —Raymond empieza a revolver en su mesa, sacudiendo el polvo que ni yo ni él podemos ver—. Me sorprende que haya querido que viniera. Pero son ustedes los que deciden, amigos.

Sandy arquea las cejas con uno de sus característicos gestos latinos que reflejan algo demasiado delicado o impreciso para poder expresarlo con palabras.

—Y bien. ¿Qué quiere que le diga? —pregunta Raymond otra vez.

—Vimos su nombre en la lista de testigos de Della Guardia. Desde luego, ése es el motivo, podríamos decir, de nuestra visita.

—Claro —dice Raymond y levanta los brazos—. Ya sabes cómo son estas cosas, Alejandro. Los tíos te envían una invitación a la fiesta y tienes que ir a bailar.

He presenciado este comportamiento fanfarrón y campechano de Raymond cientos de veces. Gesticula demasiado; sus marcados rasgos siempre al borde de la sonrisa. Sus ojos apenas se detienen en los de la persona con quien está hablando. Así era como negociaba con los abogados defensores. Soy un gran tío, pero no puedo hacer nada. Cuando su visitante se iba, Raymond a menudo lo ponía a caer de un burro.

—Así que ¿comparecerá usted al juicio?

—Puede estar seguro.

—Ya veo. No recibimos su declaración. ¿Debo suponer que no se ha comunicado con los fiscales?

—No, he hablado con ellos un poco. Y sabe, hablo con usted y hablo con ellos. Tuvimos algunos problemas al principio. Mike Duke tuvo que arreglar algunas cosas antes. Después he visto a Tommy Molto unas cuantas veces. ¡Mierda!, más de unas cuantas. Pero ya sabe, primero es una y después otra y otra. No he firmado ninguna declaración ni nada de eso.

Mala señal. Muy mala. Siento pánico y rabia a la vez, pero intento contenerme. Raymond está recibiendo un tratamiento de testigo estelar. Ninguna declaración formal para minimizar las contradicciones que puedan descubrirse durante el turno del abogado; múltiples sesiones con el fiscal, señal de que su testimonio resulta crucial para este caso.

—Mencionaba usted antes ciertos problemas —dice Sandy—, ¿no sería por cuestiones de inmunidad, verdad?

—¡No, joder! Nada de eso. Es sólo que algunos de estos tíos de aquí, mis nuevos colegas... Todo este asunto les pone nerviosos. También podría ser un poco embarazoso para mí —se ríe—. Es una forma cojonuda de empezar un trabajo. Llevo aquí tres días y ya he recibido una citación judicial. Seguro que Solly Weiss está encantado —dice. Se refiere al socio principal del bufete.

Sandy permanece un momento en silencio. Tiene el sombrero y la cartera colocados con toda pulcritud en el centro de su regazo. Estudia a Horgan sin el menor empacho, lo escruta. El tío no quiere soltar prenda. Stern se pone así en algunas ocasiones, abandona de repente su cómoda urbanidad y parece sumergirse bajo la superficie de las cosas.

—Y ¿qué ha dicho usted? —pregunta por fin en voz baja. Está muy quieto.

—¿A mis socios?

—Por supuesto que no. Me preguntaba qué podríamos esperar de su testimonio. Usted ya ha estado en este lado de la barrera antes — Sandy vuelve a un tono más familiar, amable e indirecto. Cuando hace un minuto le preguntó a Raymond qué les había dicho fue como si hubiera disparado un flash. Su bravura ha quedado al descubierto, pero inmediatamente la ha vuelto a controlar.

—Oh, bueno, no quiero empezar a contarles mis conversaciones palabra por palabra —hace un gesto en dirección al joven que se encuentra tomando notas.

—Desde luego que no —dice Sandy—. Háblenos de temas. Áreas. Cualquier cosa que crea poder contarnos sin comprometerse. Es muy difícil adivinar desde fuera con qué fin se requiere la presencia de un testigo. Usted lo sabe de sobra.

Sandy está intentando sonsacarle algo que no llega a comprender. Podríamos levantarnos e irnos en este mismo instante, si hubiéramos venido sólo a cumplir con el propósito anunciado de nuestra visita. Ya sabemos lo que piensa Raymond Horgan. No es un amigo.

—Voy a testificar sobre la conducta de Rusty durante la investigación. Sobre el interés que me mostró por llevarla personalmente. Y sobre una conversación posterior que mantuvimos acerca de mi vida privada...

—Espera un momento —no puedo aguantar más—. ¿Que yo estaba interesado en llevar el caso personalmente? Raymond, tú me pediste que me encargara de él.

—Hubo una conversación entre los dos.

Por el rabillo del ojo veo que Sandy ha alzado la mano, pero yo señalo a Horgan.

—Raymond, tú me lo pediste. Me dijiste que estabas ocupado con la campaña, que lo querías poner en las mejores manos, que en aquellos momentos no podías estar pendiente de si cualquier otro lo estropeaba.

—Es posible.

—Eso es lo que pasó.

Me vuelvo a Stern buscando su apoyo. El se ha echado hacia atrás y me mira fijamente. Está furioso.

—Lo siento —digo en voz baja.

Raymond continúa, ajeno a nuestro intercambio de miradas.

—No lo recuerdo así, Rusty. Quizás eso fue lo que ocurrió... no sé, como tú has dicho, estaba muy ocupado con la campaña. Pero, tal y como yo lo recuerdo, tuvimos una conversación dos días antes del funeral al término de la cual acordamos que tú te ocuparías del caso. Y la idea de encargártelo, al menos así lo siento yo, fue más tuya que mía. Lo reconozco, me pareció bien, pero recuerdo que me sorprendió cómo acabaron las cosas.

—Raymond... ¿Qué estás intentando hacerme, Raymond? —miro a Sandy; ha cerrado los ojos—. ¿No puedo preguntarle ni eso?

Pero al final me he pasado de la raya. Raymond ha desatado todas sus furias y ya no hay quien lo pare. Se inclina sobre su mesa todo lo que da de sí.

—¿Que qué estoy intentando hacerte? —repito dos veces esa pregunta, se pone rojo—. ¿Qué estabas tú intentando hacerme a mí, Rusty? ¿Qué coño hacen tus huellas por todo ese puto vaso? ¿Qué es esa gilipollez de venir a mi despacho y preguntarme con quién estoy follando? Y ni entonces, cuando hubiera sido un acto amistoso, ni dos semanas antes, cuando te asigné la investigación... y a propósito, recuerdo perfectamente que tu falta de entusiasmo me hizo echarle un par de reprimendas —se vuelve bruscamente a Sandy y le señala—. Esa es otra de las cosas que voy a declarar —después continúa conmigo—. Ni dos semanas antes cuando hubiera existido una razón profesional para hacerlo, me dijiste que estabas mojando en el mismo plato que yo. He dado muchas vueltas a esa conversación. Contéstame, Rusty, ¿qué coño hacías allí?, ¿qué fuiste a buscar?

Esta escena es excesiva para la capacidad de Peter, el garante. Ha dejado de escribir y ya sólo mira.

Stern señala a Peter.

—Bajo las presentes circunstancias. Aconsejo a mi cliente que no conteste. Es evidente que le gustaría hacerlo.

—Pues, eso es lo que voy a testificar —dice Raymond a Sandy. Se levanta y va contando con los dedos—. Que quería el caso. Que tuve que atizarle en el culo dos veces para que se decidiera a moverlo. Que estaba más interesado en saber quién más había jodido con Carolyn que en quién la había asesinado. Y que cuando las cosas llegaron a mayores, se sentó en mi despacho y se puso a gritarnos a todos que él no había estado aquella noche en el apartamento de Carolyn. Eso es lo que voy a testificar. Y me sentiré de puta madre cuando lo haga.

—Muy bien, Raymond —dice Sandy. Coge su sombrero de fieltro gris de la silla donde lo había depositado en sus esfuerzos por acallarme. Yo miro a Horgan a los ojos. Él me devuelve la mirada.

—Nico Della Guardia tenía razón cuando dijo que iba a joderme —dice Horgan.

Sandy se interpone entre nosotros. Me pone de pie tirando del brazo con las dos manos.

—Ya está bien —declara.

—Hijo de puta —digo mientras salimos por delante de Peter—. Hijo de puta.

—Ahora ya sabemos dónde estamos —dice Stern, tranquilamente.

Mientras cruzamos la recepción, Sandy me recomienda que no hable. Este silencio forzado me oprime la boca como un bocado. Cuando el ascensor empieza a bajar, siento una necesidad desesperada de hablar y me agarro al brazo de Stern al llegar a la planta baja.

—¿Qué le pasa?

—Está muy enfadado —Stern continúa andando por la entrada de mármol.

—Ya lo veo. ¿Es que le ha convencido Nico de que soy culpable?

—Probablemente. Sin duda piensa que usted podría haber sido mucho más cauteloso; por él, sobre todo.

—En otras palabras, no fui un sirviente leal.

Sandy hace otro de sus gestos latinos: manos, ojos y cejas. Tiene otras caras en la cabeza, sigue andando y fija en mí una mirada grave.

—No tenía idea de que Horgan hubiera mantenido una relación con Carolyn ni de que ustedes lo hubieran comentado.

—No recordaba la conversación.

—No me cabe la menor duda —dice Stern, y el tono transparenta sus dudas—. Pues creo que Della Guardia va a poder utilizarlo a su favor. ¿Cuándo tuvo lugar la relación entre Carolyn y Horgan?

—Justo después de que dejara de verme.

Sandy se detiene. No hace el menor esfuerzo por disimular su expresión dolida. Habla para sí mismo un instante en su lengua nativa.

—Bueno, desde luego se van acercando a un motivo.

—Pero aún están a cierta distancia —digo con optimismo—. Aún no pueden probar la relación principal entre ella y yo.

—A cierta distancia —me dice Sandy. Hay una sequedad deliberada en su expresión. Está claramente desilusionado conmigo, tanto por mi actuación en el piso de arriba como por ocultarle un detalle tan importante. Me dice que tendremos que hablar largo y tendido. Que en ese momento tiene que acudir a una vista. Se coloca el sombrero y se aventura bajo el sol abrasador sin dirigirme una mirada.

Aquí en el vestíbulo, tengo de pronto una sensación de abandono. Tantas emociones me han provocado una especie de mareo. Y sobre todo, siento una cáustica vergüenza por mi estupidez. Después de tantos años, no he sabido calcular el impacto que estos hechos tendrían en Raymond Horgan, aunque ahora la trayectoria de sus emociones me parece tan predecible como la curva de una hipérbola. Raymond Horgan es un hombre público. Ha dedicado su vida a hacerse una reputación. Dice no ser político, pero tiene achaques de político: se crece ante las aclamaciones, anhela la buena opinión de todos. No le importa si soy inocente o culpable. Se siente devastado por su propio infortunio. Su ayudante jefe, acusado de asesinato. La investigación que me había encargado, sabotada delante de sus narices. Y tendrá que sentarse en el banquillo de los testigos y airear sus propias indiscreciones. Se harán chistes sobre los ayudantes de Ray Horgan durante años. Entre su conducta y la mía, parecerá que en nuestra oficina había más actividad que en un baño romano. Y lo peor de todo es que ese asesinato lo arrancó de la vida que a él más le gustaba; cambió el rumbo de la campaña; lo mandó aquí, a esta jaula de vidrio y acero. Lo que enfurece a Raymond no es en realidad que yo cometiera este crimen, sino que él también se cree víctima. Eso dijo cuando por fin se expresó con libertad. Yo le jodí. Yo maté a Carolyn para arrastrarlo a él. Y acerté. Horgan cree tenerlo todo muy claro. Y es evidente que ha planeado la venganza.

Dejo por fin el edificio. El calor es intenso; el sol, cegador. De pronto, siento que se me va la cabeza. Intento obsesivamente calcular las mil sutiles consecuencias que el testimonio de Raymond va a causar en el desarrollo del proceso con su manifiesta hostilidad hacia mí, pero pronto lo olvido. Mil ideas van y vienen en errático vagabundeo. Veo la cara de mi padre. No puedo hilar unas cosas con otras. Después de estas semanas, de estas experiencias, siento que me voy a hacer pedazos y, sorprendido, me doy cuenta al dar vuelta a una esquina de que estoy rezando. Una vieja costumbre que adquirí de pequeño cuando intentaba cumplir las promesas hechas a un dios en el que no creía demasiado.

Y ahora, pienso, querido dios en quien no creo te ruego que acabes con esto, porque estoy mortalmente asustado. Querido dios, puedo oler mi temor tan claramente como el ozono del aire después de un relámpago. Siento un temor tan palpable que tiene color; es de un intenso rojo sangre. Y lo siento en mis huesos con dolor. Me duele tanto que apenas puedo recorrer esta calurosa avenida y por un momento no puedo seguir, porque mi espina dorsal se ha arqueado y está en carne viva como si le hubiera caído encima una barra de hierro fundido. Querido dios, querido dios: estoy agonizando y temeroso, y sea cual sea la causa por la que tú me mandas esto, apártalo de mí, por favor. Te lo ruego, apártalo de mí. Apártamelo. Querido dios en quien no creo, querido dios, libérame.

CAPÍTULO 22

En los Estados Unidos, el ministerio fiscal no puede apelar el fallo de un juez. Este es un principio constitucional sancionado por el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Sólo el fiscal americano, de entre todos los abogados que litigan ante el estrado, entre tanto sofisticado y tanto petulante, de toda la colección de letrados con sus trajes de rayón: los mandarines de la bancarrota, los charlatanes del tribunal de divorcios, los abogados de la droga con sus cadenas de oro o los más delicados como Sandy Stern, los «litigantes» de las grandes compañías que actúan en parejas aun en casos de rutina, sólo el fiscal carece del derecho a que sean revisados los fundamentos jurídicos del fallo emitido por un juez. El fiscal, cualquiera que sea la categoría de su despacho, el poder de la policía que manda, la predisposición a su favor que los miembros del jurado llevan siempre a la sala, tiene el deber de soportar con resignación las diversas formas de abuso judicial.

En ningún otro sitio ocurría esto de forma tan frecuente y gravosa como en las vistas del magistrado Larren Lyttle. Es taimado, culto y mal predispuesto, por su experiencia personal, a los puntos de vista del ministerio fiscal. Los hábitos adquiridos en sus veinte años de práctica de la abogacía, durante los cuales maltrataba y ridiculizaba con regularidad a fiscales y policías, no le abandonaron una vez en el estrado. Y por encima de todo, es el ejemplo vivo de la auténtica educación negra por lo que respecta a las innumerables formas en que los poderes del fiscal pueden ser usados con arrogancia para excusar una serie de caprichos irrazonables. Las injusticias flagrantes e indiscriminadas, que ha presenciado en las calles, se han convertido en una especie de enciclopedia emocional que informa cada decisión tomada de forma casi reflexiva en contra del ministerio fiscal. Al cabo de dos o tres años, Ray dejó de acudir a la sala a discutir. Los dos se chillaban como debieron hacerlo en su antiguo bufete. Al final, Larren daba con el martillo, más terco que nunca, y decretaba un descanso para que él y Raymond pudieran sosegar y quedar para tomar una copa.

Cuando Stern y yo llegamos, el magistrado Lyttle está ya en el estrado, atento a los informes sobre la situación de los trámites de otros casos. Al verle siempre se tiene la sensación de que estuviera debajo de un foco. Es la única persona a la que se ve: guapo, vital, extraordinariamente atractivo. El

magistrado Lyttle tiene una gran humanidad: un metro ochenta y cinco o noventa de estatura y anchos hombros. Su primer éxito le llegó como héroe del fútbol y del baloncesto en la universidad, a la que acudió con una beca. Tiene la cabeza cubierta de pelo ensortijado, casi todo gris, el rostro amplio, las manos enormes y, además, una oratoria principesca y una voz potente con la escala completa de los registros masculinos. Su poderosa inteligencia también se transmite a través de su presencia. Algunos dicen que Larren tiene pretensiones de llegar al tribunal federal en el futuro, otros opinan que su verdadera meta es suceder a Albright Williamson en su cargo de diputado del distrito al norte del río, si es que alguna vez Williamson deja de desafiar la edad y las predicciones de su cardiólogo. Pero, sean cuales sean sus inclinaciones, Larren es por sus perspectivas y poder personal un hombre de importancia vital en estos parajes.

Fuimos convocados ayer por la mañana con una llamada telefónica de la secretaria del juzgado. Después de haber cumplimentado las mociones previas a la vista, su señoría requiere la comparecencia de las partes. Sospecho que va a evacuar algunas de nuestras requisitorias y quizá fijará la fecha de la vista.

Sandy y yo esperamos en silencio. Kemp se ha quedado atrás. Los tres estuvimos reunidos todo el día de ayer y les fui diciendo todo lo que sabía sobre cada uno de los testigos que Nico ha convocado. Sandy todavía no me ha preguntado si me acosté con Carolyn aquella noche, ni si la maté, ni si poseo algún objeto que pueda responder a las características del hematoma craneal.

Estos momentos de espera, habituales en la vida de todo letrado, los aprovecho para mirar a mi alrededor. Ahí están otra vez los periodistas, aunque hoy no han acudido los dibujantes. El magistrado Lyttle, político hasta donde un juez puede serlo, suele tratarlos bien. Ha previsto una mesa para ellos junto a la pared oeste, y siempre se acuerda de dar aviso a la sala de prensa antes de tomar alguna decisión importante. La sala donde se va a decidir el curso de lo que me queda de vida es una verdadera joya. El banquillo del jurado culmina en un pasamanos de nogal con volutas descendentes, formando esferas de hermosísima madera vetada. El de los testigos es similar y está adosado al estrado del juez, que está por encima y adornado con un dosel también de nogal que descansa en dos pilares de mármol rojo. El secretario del juzgado, el conserje y el secretario de sala, cuya misión es tomar apuntes de todo cuanto se diga durante la vista, están

debajo del estrado. A poca distancia delante de ellos, hay dos mesas, finamente talladas, de nogal pero más oscuro, con patas esmeradamente torneadas. Estas mesas, dispuestas perpendicularmente al estrado, están destinadas a los letrados. El ministerio fiscal se sentará, como es tradicional, en la más próxima al jurado.

Cuando el otro asunto termina, se anuncia el nuestro. Algunos informadores se arremolinan tras la mesa de la defensa para poder oír mejor los procedimientos; todos los letrados y yo nos aproximamos al estrado. Stern, Molto y Nico, pronuncian sus nombres. Sandy hace mención a mi presencia. Tommy me lanza una mueca. Estoy seguro de que ya le ha llegado la onda de nuestra reunión con Raymond la semana pasada.

—Caballeros —comienza el magistrado Lyttle—, les pedí que vinieran porque pensé que sería conveniente que fuéramos adelantando algo en este caso. He recibido algunas demandas por parte del acusado y me dispongo a legislar sobre ellas, a no ser que los fiscales estén ansiosos por impugnarlas.

Tommy habla a Nico al oído.

—Sólo a la moción de descalificación del señor Molto, señoría —dice Nico.

Naturalmente, pienso yo. Tiene toda una oficina a su servicio y sigue sin poner las cosas por escrito.

Larren dice que dejará la moción de descalificación para el final, aunque tiene algunas ideas al respecto.

—Pasemos a la primera moción —dice Larren con el legajo delante de él—. Es una moción para concretar una fecha inmediata para el juicio. Lo he estado pensando y, como saben los fiscales, en el caso Rodríguez se llegó a una avenencia a primeras horas de esta mañana, de modo que estaré libre durante doce días hábiles dentro de tres semanas. —Larren consulta el calendario—. El dieciocho de agosto. ¿Podrá usted comparecer, señor Stern?

Es una evolución extraordinaria. Creíamos que no habría ninguna posibilidad hasta el otoño. Sandy tendrá que dejar todo lo demás, pero apenas lo duda.

—Encantado, señoría.

—Y ¿la acusación?

Nico, inmediatamente, empieza a poner pegas. Tiene planeadas unas vacaciones y el señor Molto, también. Hay aún ciertas pruebas que deben ser desarrolladas. Ante esto, el Vesubio entra en erupción.

—No, no —dice el magistrado Lyttle—. No me interesa nada de eso.

No, señor Delay Guardia —pronuncia su nombre como si quisiera incorporar el mote—. Estos cargos son muy graves. ¿Qué más podría usted hacerle al señor Sabich? Una persona que lleva de fiscal toda su vida profesional y usted presenta estos cargos. Todos sabemos por qué el señor Stern quiere que el juicio se celebre lo antes posible. En eso, nadie se llama a engaño. Todos hemos pasado gran parte de nuestra vida en estas lides. El señor Stern ha revisado las pruebas mencionadas por usted en el sumario, señor Delay Guardia, y se ha dado cuenta de que su acusación no tiene fundamentos muy sólidos. Quizá no esté en lo cierto. Eso es algo que no sé. Pero si acude usted a esta sala a acusar a un hombre de un crimen, mejor será que tenga pruebas suficientes para respaldar su acusación. Y que las tenga ya. No me venga usted ahora a decir que necesita tiempo para desarrollar no sé qué cosas. No puede dejar que todo esto penda sobre el señor Sabich, como si fuera la vieja espada de Damocles. No, señor —vuelve a decir Larren—. Esa vista comenzará dentro de tres semanas.

Se me ha helado la sangre. Sin excusarme, tomo asiento al borde de la mesa de la defensa. Stern se vuelve a mirarme y parece sonreír.

—Y ¿qué más queda? —continúa Larren. Su rostro se ilumina por un instante con una sonrisa particular. Nunca logra ocultar del todo su satisfacción cuando logra putear a un fiscal. Repasa rápidamente nuestras requisitorias. Todo se nos concede, como era de esperar. Tommy se queja un poco por la moción relativa al vaso. Recuerda a la sala que el ministerio fiscal tiene la obligación de probar la continuidad de la custodia; esto es, que el vaso no ha salido de las manos del ministerio fiscal, lo que sería imposible si se tuviera que proporcionar el vaso a la defensa.

—¿Qué quiere hacer la defensa con ese vaso?

Yo me levanto inmediatamente.

—Quiero verlo, señoría.

Sandy me echa una mirada corrosiva. Pone su mano en mi antebrazo y me empuja a mi sitio. Tendré que acostumbrarme a que en este sitio no puedo hablar.

—Bien —dice Larren—, el señor Sabich quiere ver el vaso. Eso es todo. Está en su derecho. El ministerio fiscal tendrá que mostrarle la evidencia. ¿Saben? He leído el sumario y creo saber por qué el señor Sabich quiere mirar ese vaso con suma atención. De modo que he decidido aprobar también esa moción. —Larren me señala. Es la primera vez que parece advertir mi presencia—. Y, a propósito señor Sabich, a usted se le oirá a través de sus

abogados, pero si desea usted tomar la palabra sepa que está usted en su pleno derecho. En cualquier momento. Cuando tengamos nuestras reuniones a puerta cerrada o durante los procedimientos a los que usted puede, desde luego, asistir. Quería que usted lo supiera. Somos conscientes de que el señor Sabich es un buen abogado, uno de los mejores de estos pagos, y estoy seguro de que sentirá curiosidad por saber lo que hacemos, de vez en cuando.

Miro a Sandy, que asiente, antes de contestar. Doy las gracias a la sala. Le digo que escucharé. Que mi abogado será el que hable.

—Muy bien —dice el magistrado. Pero en sus ojos hay una luz cálida que nunca antes le había visto en la sala. Ahora soy un acusado bajo su custodia. Como un jefe de tribu o un padrino de la mafia, me debe una cierta protección mientras esté en sus dominios—. A continuación, tenemos esta requisitoria para entrar en el apartamento.

Molto y Nico cambian impresiones.

—Ninguna objeción —dice Nico—, en tanto que un oficial de policía esté presente.

Ahora protesta Sandy. Siguen unos minutos de típico revuelo de sala. Todo el mundo sabe de qué se trata. Los fiscales intentan averiguar lo que estamos buscando. Por otra parte, hasta cierto punto, tienen razón. Cualquier variación en el contenido del apartamento de Carolyn tendrá su repercusión en el caso de que se necesite volver al lugar para recabar nuevos indicios.

—Bueno, para eso tienen las fotografías —dice Larren—. Cada vez que tengo uno de estos casos me pregunto si los fiscales no tendrán un pacto secreto con la Kodak —los periodistas se ríen. El propio Larren se sonríe. Es así. Le encanta entretener. Dirige su martillo hacia Della Guardia—. Puede usted poner a un agente a la puerta para asegurarse de que ningún miembro de la defensa introduce o sustrae nada, pero no le voy a dejar que fisgue lo que están buscando. El ministerio fiscal ha tenido cuatro meses para mirar por todo el apartamento —dice Larren, incluyendo en ese tiempo el mes en que yo estuve a la cabeza de la investigación—. Creo que la defensa tiene derecho a unos minutos en paz. Señor Stern, formule usted el requerimiento correspondiente, que yo lo firmaré. Y vamos a asegurarnos de que se avisa al administrador de la señora Polhemus, o a su testaferro, o a cualquiera que represente sus intereses, con antelación para que conozca la intención de este tribunal de permitirles la entrada.

—Y ahora, pasemos a la moción de descalificación del señor Molto.

Se trata de nuestra requisitoria para impedir que Molto sea uno de los

fiscales del caso porque Nico lo ha incluido en la lista de posibles testigos.

Nico interviene en seguida. Descalificar a uno de los fiscales a tres semanas del juicio sería una carga onerosa. Imposible. El ministerio fiscal no estaría nunca preparado para el caso. No sé si Nico busca más tiempo o está intentando derrotar la moción. Probablemente ni siquiera él lo sabe.

—Bueno, vamos a ver, señor Della Guardia. No fui yo el que le pidió que inscribiera al señor Molto en la lista de testigos —dice el magistrado—. No llego a imaginarme cómo pudo creer que iba a proceder con un ayudante que a la vez fuera a testificar. Ningún letrado puede ser ponente y testigo en la misma causa. Llevamos haciendo las cosas de esta manera en nuestros tribunales desde hace cuatrocientos años y no es mi intención cambiarlas ahora. Por importante que pueda ser para cualquiera de las partes y a pesar del número de redactores del *Time*, del *Newsweek* o de cualquier otra publicación que comparezcan —el magistrado Lyttle hace una pausa e inspecciona la galería de la prensa como si se acabara de dar cuenta de su presencia—. Pero permítame que le diga — Larren se levanta y comienza a pasearse por el estrado. A metro y medio por encima del suelo para empezar, sumado a su considerable altura, nos habla desde una distancia enorme—. Supongo que la declaración a que se refiere usted, señor Delay Guardia, es aquella en la que el señor Sabich responde a la acusación del señor Molto diciendo: «Tiene razón.»

—«Sí, tiene razón» —puntualiza Nico.

Larren acepta la corrección con una inclinación de cabeza.

—Muy bien. El ministerio fiscal no ha presentado esta declaración, todavía. Sin embargo ha revelado sus intenciones y, por esta razón, el señor Stern ha presentado esta moción. Pero a mí se me ocurre lo siguiente. No estoy tan seguro de que esa declaración pueda ser una prueba. De momento, el señor Stern no ha hecho ninguna objeción a su inclusión. Preferiría descalificar al señor Molto primero. Pero imagino, señor Delay Guardia, que una vez llegados a ese punto el señor Stern va a manifestar la nula relevancia de tal declaración.

Esa es una de las maneras preferidas de Larren de ayudar a la defensa: predice las objeciones que puede llegar a oír. Algunas de ellas, como ésta en concreto, van a producirse efectivamente, pero otras no se les habrían ocurrido a los abogados. En cualquiera de las dos situaciones, las objeciones predichas siempre prosperan.

—Señoría —dice Nico—, el hombre admitió el crimen.

—¡Vamos, señor Delay Guardia! —exclama el magistrado—. ¡En serio! Mire usted, esa es mi opinión. Si a un hombre se le dice que ha obrado mal y él responde: «Sí, tiene razón», cualquiera se daría cuenta de que lo dice con ironía. Todos estamos familiarizados con esas expresiones. En mi barrio, si el señor Sabich residiera allí, habríamos oído decir: «Tú mi'mo, colega» —hay una carcajada general en la sala. Larren ha dado otra vez en la diana. Vuelve a su asiento riéndose también—. Pero, en la parte de la ciudad donde habita el señor Sabich, me inclinaría a pensar que la gente dice: «Sí, tiene razón», cuando quiere decir que se vaya... que no la tiene, por decirlo finamente.

Nuevas risas.

—Pero, señoría —implora Nico—, ¿eso no es algo que debe decidir el jurado?

—Muy al contrario, señor Delay Guardia, esa cuestión corresponde inicialmente al juez. Yo tengo que estar persuadido de que la prueba es relevante, que haga más probable el motivo por el cual ha sido presentada. De momento no estoy dictaminando pero, señor, a menos que sea mucho más persuasivo de lo que ha sido hasta ahora, tengo la sensación de que se va a encontrar con que voy a tachar de irrelevante el testimonio. Quizás a usted le interesa tenerlo presente al enfrentarse a la moción del señor Stern, porque si no va a ofrecer este testimonio o dejarlo para el turno de réplica del acusado, entonces no hay razón para denegársela a la defensa.

Larren sonrío. Nico, desde luego, está arreglado. El magistrado le ha venido a decir que la declaración no va a ser admitida. La elección de Nico ahora es o perder a Molto y hacer un inútil esfuerzo por introducir su testimonio, o quedarse con Molto y abandonar la prueba. En realidad, no existe tal elección. Más vale un pájaro en mano... Lo que le dije a Molto acaba de desaparecer de este caso.

Molto se acerca al estrado.

—Magistrado —dice y no puede seguir hablando. Larren le interrumpe. Su expresión pierde todo rastro de buen humor.

—Señor Molto. No voy a perder el tiempo discutiendo la admisibilidad de su propio testimonio. Quizá pueda llegar a convencerme de que esta norma, sancionada por los años, que prohíbe a un letrado ser a la vez testigo de un caso, no deba ser aplicada en éste. Pero hasta entonces, no continuaré escuchándole.

Larren pone punto final rápidamente. Dice que nos verá en agosto, en el juicio. Tras lanzar una nueva mirada a los reporteros, abandona el estrado.

Molto se queda ahí plantado, con cara de pocos amigos. Tiene la mala costumbre, mala para un abogado, de dejar traslucir sus malos humores. Pero el magistrado Lyttle y él llevan muchos años buscándose las cosquillas. Quizá no recordara que Carolyn prestó servicios en el juzgado Norte, pero lo que nunca podría olvidar sería a Larren y a Molto. Sus disputas fueron notorias. Exiliado por Bolcarro a esa Siberia judicial, el magistrado Lyttle aplicaba allí su justicia sin paliativos. Los policías eran siempre culpables de malos tratos mientras no se probara lo contrario. Molto, sitiado y completamente amargado, solía decir que ladrones, maricas y ladronzuelos, algunos de los cuales tenían comparecencias diarias ante el tribunal de Larren, se levantaban a aplaudirle cuando tomaba asiento en su poltrona a primera hora de la mañana. La policía no se fiaba de Lyttle. Inventaron calificativos racistas, con el mismo derroche de imaginación que fue necesario para poner al hombre en la luna. Larren ya llevaba años en el centro cuando yo terminé la investigación de los Santos de la Noche y todavía Lionel Kenneally gruñía al oír su nombre. Hubo una anécdota que Kenneally debió contarme por lo menos diez veces sobre un caso de violencia presentado por un policía el cual alegó que el acusado se había resistido al arresto. El policía, que se llamaba Manos, había empezado a pelearse después de que el acusado le hubiese insultado.

—¿Qué le llamó? —preguntó Larren.

—¿Aquí, en la sala? —dijo Manos—. Sería mejor no repetirlo.

—¡Pero bueno, oficial! ¿Teme usted ofender a los presentes? —Larren hizo un gesto señalando a los primeros bancos donde estaban sentados los acusados de los casos de aquella mañana; una reunión de prostitutas, carteristas y mangantes—. Hable con entera libertad —le dijo el magistrado.

—Me llamó hijo de puta, señoría.

Desde los bancos arreciaron silbidos, rechiflas y mucha jovialidad. Larren intentó poner orden pero él mismo se estaba riendo.

—¡Pero bueno, oficial! —le dijo otra vez Larren, todavía con una sonrisa—. ¿No sabía usted que eso es un término cariñoso en nuestra comunidad?

Los de los bancos enloquecieron; empezaron a hacer saludos del poder negro y acabaron en una cerrada ovación. Manos soportó todo en silencio. Un minuto después, cuando Molto descansaba, Larren pronunció una sentencia favorable a la defensa.

—Y lo mejor de la historia —me dijo Kenneally— es que Manos se

acerca al estrado con la gorra en la mano y le dice a Lyttle, con la inocencia de un colegial, «Gracias, hijo de puta», y se fue.

He oído contar la misma historia a otras dos personas. Están de acuerdo en la frase final. Pero ambos juran que vino del otro lado del estrado.

CAPÍTULO 23

Todas las semanas, normalmente los miércoles por la noche, suena el teléfono de mi casa. Incluso antes de empezar a hablar, ya sé quién es. Le oigo dar caladas a su maldito cigarrillo. Los dos tenemos que acatar nuestras órdenes. El no dice el nombre.

—¿Qué tal vas? —pregunta.

—Tirando.

—Y ¿los tuyos?

—Pues ya ves.

—Es un mal rollo.

—Tú dirás.

Se ríe.

—No. Supongo que no tengo que decírtelo. Bueno, ¿necesitas algo?; ¿algo que yo pueda hacer?

—No demasiado. Eres un buen tipo. Gracias por llamarme.

—Sí, ya sé que lo soy. Pero lo hago porque estoy seguro de que dentro de poco volverás a tener la sartén por el mango. Me cubro las espaldas.

—Ya sé que es por eso. Y ¿tú? ¿Qué tal te va?

—Bien. Sobreviviendo.

—¿Sigue Schmidt con tu caso? —le pregunto, refiriéndome a su jefe.

—Como siempre. Eso es. Que le den por culo.

—¿Te lo están poniendo muy difícil?

—¿Esos mamones?, ¡venga!

Pero sé que Lip lo está pasando mal. Mac, que también me ha llamado un par de veces, me dijo que se lo habían llevado otra vez a la comisaría de McGrath y lo habían separado de los servicios especiales de la oficina del fiscal. Schmidt lo ha encadenado a un despacho y lo ha puesto a firmar los informes de otros detectives. Se va a volver loco. Pero Lip se ha pasado la vida haciendo números de equilibrismo en el departamento. Tenía que deslumbrar continuamente a las huestes para acallar a sus detractores. Había muchos esperando su caída. Y ahora ha llegado. Los policías siempre creerán que Lipranzer lo sabía todo y que me dejó ocultarlo. Esa es su forma de pensar.

—Te llamaré la semana que viene —me promete siempre antes de

colgar. Y siempre cumple su palabra.

Nuestras conversaciones no suelen variar más de una o dos frases. Cuando empezó a verse claro que esto iba en serio, me estuvo ofreciendo dinero durante un mes.

—Sé que estas cosas son caras —me dijo—. ¿No has oído que todos los mendigos tenemos un mendrugo en la despensa?

Le dije que Barbara ya había salido al paso. Hizo un comentario sobre lo conveniente que resulta casarse con una judía.

Esta semana he esperado con impaciencia a que el teléfono suene.

—¿Qué tal vas?

—Tirando —le digo.

Barbara ha cogido el otro teléfono y nos oye hablar.

—Es para mí, Barb —le digo. Ajena a nuestro acuerdo, dice sencillamente: «Hola Lip.» Y cuelga.

—¿Cómo va todo?

—Empezamos el juicio —le digo—. Dentro de tres semanas. Menos.

—Sí, lo sé. Lo he visto en los periódicos.

Los dos nos quedamos un minuto en silencio. Dan Lipranzer no puede hacer nada para modificar su testimonio. Va a partirme por la mitad y los dos lo sabemos. Contestó a Molto el día después de las elecciones, antes de saber de qué se trataba, y me inclino a pensar que si hubiera sabido las consecuencias, las respuestas hubieran sido las mismas. Lo que pasó, pasó. Así se lo habrá explicado Lip a sí mismo.

—Así que te estás preparando ¿no? —me pregunta.

—Estamos trabajando muchísimo. Stern es increíble. De verdad. Es el mejor de todos.

—Eso dicen por ahí —le oigo dar una calada a su cigarrillo—. Bueno, está bien. ¿Necesitas algo?

—Hay una cosa... —le digo. Si no me hubiera preguntado, no se lo habría dicho, ése era el pacto que había establecido conmigo mismo.

—Dispara —me dice.

—Tengo que encontrar a ese tío, a León Wells. Ya sabes, el que supuestamente sobornó al fiscal. ¿Te acuerdas?, el acusado del caso que te fotocopiaron, el de Carolyn y Molto. Stern ha contratado a un sabueso y el tío ha vuelto de vacío. Por lo que él ha averiguado, el tal pájaro ni siquiera existe. No sé otra manera de encontrarlo. No puedo ir a sincerarme con Tommy.

Este investigador privado se llama Ned Berman. Sandy dijo que era muy bueno, pero parece no tener la menor idea de lo que hace. Le di copia de las páginas del archivo judicial. Tres días después vino diciendo que lo sentía.

—El juzgado Norte, tío, en esa época era un auténtico zoo. Les deseo suerte. De verdad. No hay manera de saber quién hacía algo a quién.

Lipranzer lo piensa mucho antes de contestar, más de lo que esperaba. Pero conozco el problema. Es muy sencillo. Si el departamento descubre que me ayudó en la preparación de mi defensa, lo empapelan. Insubordinación. Deslealtad. Más de quince años y la pensión por los aires.

—No te lo pediría, sabes que no lo haría, pero creo que puede ser importante.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Crees que Molto está metido en esto? ¿Te ha preparado la encerrona para que no figonees? —veo que, aunque está intentando no hacer ninguna valoración, Lipranzer juzga esta idea excesiva.

—No sé qué decir, Lip. Quieres oírme decir que lo creo posible. Pues sí lo creo. Y respecto a si me estaban intentando entorpecer o no, te puedo decir que si sacáramos esta historia a la luz, le haría bastante daño. Es una de estas cosas que captan la atención del jurado.

Vuelve a guardar silencio.

—Después de haber testificado, están pendientes de mí. Y no quiero que me hagan decir cosas falsas cuando estoy bajo juramento. Hay muchos a quienes les gustaría verme hacerlo. Cuando baje del banquillo se relajarán. Entonces me pondré a ello. ¿De acuerdo?

No vale. Probablemente será muy tarde. Pero ya le he pedido demasiado.

—Fantástico. Eres un amigo. De verdad.

—Es que sé que dentro de poco volverás a tener la sartén por el mango —me dice—. Me estoy cubriendo las espaldas.

Otra vez partido. La liga de verano. Afortunadamente, en este circuito no hay categorías porque los Stingers sólo han mejorado de forma marginal. En la pesada atmósfera de estas tardes de agosto, las pelotas lanzadas al aire siguen desconcertando a nuestros jugadores. Caen con la velocidad desenfrenada de la lluvia. Las niñas responden mejor a las enseñanzas. Lanzan y batean cada vez con más habilidad. Pero la mayoría de los niños siguen haciendo oídos sordos. De nada sirve cantarles las alabanzas de un lanzamiento equilibrado. Cada hombrecito de ocho años llega a la plataforma soñando con la mágica violencia de su bate. Se imagina carreras y golpes

prodigiosos. Para los niños no tienen sentido las reiteradas instrucciones de mantener la pelota en el suelo.

Sorprendentemente, Nat es una excepción. Este verano está cambiando y empezando a adquirir cierta noción del mundo. Empieza a ser consciente de sus capacidades y de que la gente considera la forma en que uno hace las cosas como un signo de carácter. Cuando le toca lanzar, observo que sus ojos se concentran al llegar a la primera base antes de salir disparado hacia la segunda. No basta decir que se limita sencillamente a imitar a los jugadores de la televisión, porque lo más significativo es que se haya fijado en ello. Está empezando a preocuparse por su estilo. Barbara dice que parece interesarse más por su ropa. Me sentiría mucho más encantado por todo esto si no recelara de los motivos de esta súbita maduración. No es tanto un progreso ni una evolución como un súbito despertar de sus ensueños. Nathaniel ha empezado a prestar atención al mundo. Supongo que porque sabe los muchos problemas que éste ha causado a su padre.

Después del partido, volvemos solos a casa. Nadie ha tenido la desconsideración de sugerir que no asistiéramos a las meriendas, pero es lo mejor. Nos quedamos una vez después de que se hiciera pública la acusación y el tiempo pasó tan despacio, tan cargado de opresivos silencios cada vez que surgía una asociación provocada por cualquier tema: el trabajo, al que yo no asistía, una película policial de la televisión con una historia parecida a la mía, que supe que no podríamos volver. A estos hombres no les falta la generosidad necesaria para aceptar mi presencia. Es para los niños para quienes constituyo un riesgo. Tenemos que pensar en los próximos meses, en la imposibilidad de explicar a dónde he ido y qué he hecho. Es injusto echar a perder estas espléndidas tardes con la ominosa presencia del crimen. Por eso, Naty yo nos despedimos con un saludo amistoso. Yo llevo el bate, el guante, y él camina a mi lado pisoteando las flores que nacen entre la hierba.

Nathaniel no se queja nunca. Estoy conmovido por la lealtad de mi hijo. Sólo Dios sabe qué tormentos le estarán infligiendo sus amigos, qué atroces tomaduras de pelo, qué chanzas tendrá que soportar. Pero él no me abandona; a mí, que soy el vaso del que se ha vertido todo este dolor. No me adora ni se muestra apasionado por mí. Pero está conmigo. Me levanta del sillón para ir a practicar su saque; por la noche, me acompaña a recoger el periódico y la leche. Camina a mi lado por el bosquecillo que separa nuestra urbanización del parque del pueblo. No da muestras de temor.

—¿Tienes miedo? —le pregunto de pronto, mientras andamos.

—¿De que no salgas?

El juicio pende sobre nosotros con tanta fuerza que incluso mi pequeño de ocho años sabe a qué me refiero.

—Sí.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no. No son más que un montón de mentiras, ¿verdad?

—Es una forma de decirlo.

—Que te hagan el juicio; tú les dices lo que pasó de verdad y ya está. Eso es lo que dice mamá.

Ay, corazón partido: eso es lo que dice su madre. Le paso el brazo por el hombro, más admirado que nunca por la fe que tiene en ella. No puedo imaginar las largas sesiones terapéuticas entre madre e hijo durante las cuales ella lo ha sabido llevar hasta este nivel de apoyo moral. Es un milagro que sólo Barbara podía realizar. En nuestra familia estamos unidos por esta simetría; yo amo a Nat más que a nadie en el mundo y él adora a su madre. Incluso a tan corta edad, lleno de la furiosa energía de una persona de ocho años, se amansa ante ella como nadie. Sólo a ella le consiente cogerlo en brazos; y los dos disfrutan de una especial simpatía, de una comunión, una dependencia más profunda incluso que la insondable intensidad de madre e hijo. Se parece más a ella que a mí: muy excitable, con una inteligencia fiera, lleno de prontos oscuros y privados. Barbara lo quiere con la misma devoción. Nunca abandona su imaginación. La creo cuando dice que jamás sería capaz de sentir lo mismo por otro niño.

Ninguno de los dos lleva bien las separaciones. El verano pasado, Barbara pasó cuatro días en Detroit. Fue a visitar a una colega amiga suya, Yetta Graver, a la que descubrió convertida en profesora de matemáticas. Llamaba a casa dos veces al día. Para Nat su ausencia fue como si estuviera pasando una enfermedad; tranquilizaba, recreándole la escena de lo que su madre y Yetta estarían haciendo en ese preciso momento:

—Están en un restaurante —le decía—. Las dos han pedido pescado. Mamá lo ha pedido asado a la parrilla con un poco de mantequilla. Cada una se ha bebido un vaso de vino. De postre, pensarán que un día es un día y se decidirán a comer algo que les resulte tentador.

—¿Pastel? —preguntó Nat.

—Pastel —contesté yo.

Mi hijo, ese hijo con el que siempre he soñado, se durmió con el

pensamiento de su madre comiendo dulces.

CAPÍTULO 24

—Hola —dice Marty Polhemus.

—Hola —le contesto. Al llegar al descansillo vi de refilón una figura de pelo largo y le tomé por Kemp, con quien he de reunirme aquí. En su lugar me encuentro con este chico en el que no había vuelto a pensar desde hacía meses. Estamos solos en el rellano delante de la puerta del apartamento de Carolyn, mirándonos el uno al otro. Marty extiende la mano y estrecha la mía con fuerza. No muestra ningún resquemor y parece que incluso se alegra de verme.

—No te esperaba aquí —le digo por fin, intentando indagar indirectamente la razón de su presencia.

Del bolsillo de la camisa saca una copia de la orden del magistrado Lyttle que nos autoriza a inspeccionar el lugar.

—Recibí esto —dice Marty.

—¡Ah, ya entiendo! —exclamo—. Pero eso era sólo una formalidad.

El magistrado nos ordenó notificárselo al abogado del propietario, un antiguo fiscal llamado Jack Buckley. Por lo visto Jack le envió el aviso.

—Es por si tenías alguna objeción a que entráramos a mirar algunas de las cosas de Carolyn. No era necesario que vinieras.

—No importa —el chico se balancea cada vez que habla. Va adelante y atrás. No tiene pinta de marcharse.

Trato de darle conversación. Le pregunto qué tal le va.

—La última vez que nos vimos pensabas dejar los libros y volver a casa.

—Y así lo hice —dice sin ceremonias—. La verdad es como si hubiera suspendido. Me quedó la física. Pero aprobé el inglés. Estaba casi seguro de que me iban a cargar esa también. Me fui a casa hace seis semanas. Volví ayer mismo. A recoger mis cosas.

Yo le digo que lo siento y que al verlo allí había supuesto que las cosas se habían arreglado.

—Pues, sí. Se arreglaron. Por lo menos para mí.

—¿Cómo lo tomó tu padre?

Se encoge de hombros.

—No estaba muy contento. Sobre todo por la nota de inglés. Eso hirió su orgullo. Pero reconoció que había tenido un año difícil. Trabajaré un tiempo

y después volveré —Marty mira a su alrededor, sin fijarse en nada—. Así que cuando vi la orden, me pareció una buena idea venir a ver qué era todo esto.

Los psicólogos han acuñado un término: impropio. Eso es este chico. Abriendo su corazón, en la puerta del apartamento donde su madre fue asesinada, al tío de quien se sospecha fue el asesino. Por un segundo me pregunto si sabe de qué va el asunto. Pero el encabezamiento estaba bien claro: El Pueblo contra Sabich. Y es imposible que no haya visto las noticias de la acusación en los periódicos. No hace tanto que se ha marchado.

No tengo oportunidad de seguir con mis pesquisas porque en ese momento aparece Kemp. Le oigo subir las escaleras. Está discutiendo con alguien, y cuando da la vuelta al rellano, veo con quién. Tom Glendenning, un policía grandote que nunca me ha gustado demasiado. Glendenning es un blanco rabioso. Tiene muchos prejuicios étnicos y raciales. Tampoco le gusta andarse con bromas. Toda su sensibilidad gira en torno al hecho de que nació blanco y de que ahora es policía. Trata a casi todo el mundo como si fuera un intruso. Sin duda estará muy satisfecho de poder incluirme a mí en ese grupo. Cuantos más sean, más a gusto se siente. Kemp le está explicando que no tiene derecho a entrar mientras nosotros inspeccionamos el apartamento y Glendenning dice que eso no es lo que le ha entendido a Molto. Por fin, logra convencerle de que baje a llamar por teléfono. Mientras está ausente, aprovecho para hacer las presentaciones.

—Tiene razón —dice Glendenning cuando regresa—. El magistrado ese ha dado una orden así.

Por la forma de decir «ese», se deduce lo que está pensando. Kemp parpadea. Es un buen abogado, pero todavía apesta a universidad. No se molesta en disimular su opinión cuando alguien le parece estúpido.

Un gran papel de color naranja fosforescente autoadhesivo está pegado en la puerta del apartamento de Carolyn. Advierte que allí se ha cometido un crimen, que está precintado por orden de la Audiencia del Condado de Kindle y que queda prohibida la entrada. El cartel cubre el marco de la puerta, de modo que no se puede abrir sin romperlo. La cerradura se ha sellado con silicona. Glendenning corta el precinto con una navaja, pero tiene más problema para limpiar la cerradura. Cuando termina, saca el llavero de Carolyn. Lleva colgando la etiqueta blanca y roja que lo identifica como prueba. Hay una cerradura en el pomo de la puerta y un pestillo. Como le dije a Lipranzer hace ya tiempo, Carolyn no se andaba con tonterías.

Con las llaves puestas en la cerradura de abajo, Glendenning se vuelve

y, sin mediar palabra, nos registra a Kemp, a mí y después a Marty. Así no podremos introducir nada en el apartamento. Le muestro la libreta de papel que llevo en la mano. El nos pide los billeteiros. Kemp empieza a protestar, pero yo le indico que se calle. De nuevo, sin mediar palabra, Glendenning hace lo mismo con Marty que ya tiene su cartera en la mano.

—¡Joo! —dice Marty—. Miren todas estas cosas. ¿Qué voy a hacer con ellas? —entra delante de Kemp y de mí. Yo le echo una mirada a Jamie. Ninguno de los dos sabe si tenemos autoridad para impedirle la entrada o si hay razón para preocuparse. Glendenning reclama su presencia—. ¡Eh, oiga! No toque nada. Nada. Sólo ellos pueden tocar. ¿Entendido?

Marty asiente con la cabeza y atraviesa el salón hacia las ventanas, como para ver el panorama.

El aire huele a cerrado y a recalentado por el calor del verano. En alguna parte debe de haber algo pudriéndose, se percibe cierto mal olor. Aunque hoy la temperatura es moderada, la casa, cerrada a cal y canto, no ha llegado a ventilarse después del intenso calor de la semana pasada. Aquí hay lo menos cuarenta grados.

Nunca he creído en fantasmas, pero resulta inquietante estar otra vez aquí. Siento un extraño escalofrío que va abriéndose paso desde la parte baja de mi columna vertebral. El apartamento parece extrañamente ordenado. Sobre todo, teniendo en cuenta que han dejado todo tal y como se encontró. La mesa y el sillón están todavía patas arriba. Sobre el suelo de roble claro, delante de la puerta de la cocina, hay una silueta del cuerpo de Carolyn trazada con tiza. Pero todo lo demás parece haber adquirido una densidad añadida. Junto al sofá, en la otra mesita auxiliar, continúa la cajita taraceada que le regalé a Carolyn. Le había encantado, cuando la vio en Morton's, el día que entramos juntos durante el caso McGaffen. Uno de los dragones rojos del biombo chino clava en mí su fiero ojo. Dios, pienso. Dios, en qué líos me he metido.

Kemp se acerca a mí. Va a empezar a mirar por ahí. Me tiende un par de guantes de plástico de esos que son como bolsas con dedos. No es estrictamente necesario usarlos, pero Stern insistió. Mejor no tener que pleitear por unas huellas dactilares que Tommy Molto afirme haber encontrado hace tiempo.

Me detengo un minuto junto al bar; está en la pared de la cocina. Supongo que lo que ahora busco puedo encontrarlo en las fotos de la policía, pero quería asegurarme. Me detengo a un metro de la repisa de los vasos y

cuento los que están alineados sobre un paño. En uno de este mismo juego se han identificado mis huellas. Hay doce. Los cuento dos veces para asegurarme. Jamie se pone a mi lado. Me susurra.

—¿Dónde coño miramos?

Quiere ver si encuentra a mano los anticonceptivos que pudo usar Carolyn.

—Por allí hay un baño —le digo en voz baja—. Tiene un armarito y un tocador.

Le indico que voy a revisar el dormitorio. Primero miro en el armario. Su olor está impregnado en todas las cosas. Reconozco la ropa con la que la vi vestida. Y me provoca una sensación tibia que pugna con el deseo de que todo esto no hubiera existido. No sé si es un impulso cínico o la impresión de lo prohibido que siempre tenía ante esta puerta.

Me dirijo hacia su mesilla de noche. Es un mueble de líneas curvas con patas estilo reina Ana, y en él está el teléfono.

Este es un lugar tan apropiado como cualquier otro. Pero cuando abro su único cajón, sólo veo unas medias. Las aparto y encuentro un listín de teléfonos; una libreta fina, con tapas de piel de becerro. Los policías siempre se dejan algo. No puedo resistir la tentación. Busco la S. Nada. Y entonces pienso en la R. Sí, por fin di con ello. Ahí están los números de mi trabajo y de mi casa. Sigo curioseando un momento. Horgan también está. Molto no aparece por su nombre, pero hay un tal T. M. que probablemente sea él. Me doy cuenta de que debería buscar sus médicos. Los encuentro en la letra D. Tomo nota de sus nombres en un papel que guardo en el bolsillo. Oigo un ruido fuera. Por alguna razón, lo primero que pienso es que se trata de Glendenning que ha decidido ignorar la orden del juez negro y está espiándonos. Vuelvo algunas páginas del libro para proteger mis hallazgos. Pero cuando pasa la figura por la puerta veo a Marty que sigue dando vueltas. Mira hacia el interior de la habitación y me hace un saludo con la mano. La libreta ha quedado abierta por la L. Larren es el primer nombre de la lista. Hay tres números. «Bueno», pienso yo, «debió ser un grupo muy bien avenido el del juzgado Norte. Están todos aquí». Después vuelvo a pensarlo. Todos, no. Busco en la N y en la D, incluso en la G. No, Nico no se lo hizo. Vuelvo a dejar el listín bajo las medias.

Marty ha metido la cabeza en el dormitorio.

—Muy raro, ¿eh?

Esa es la palabra. Asiento con tristeza. Me dice que nos va a esperar

fuera. Intento darle a entender que es libre de marcharse si quiere. Pero el chico es bastante torpe y no entiende la indirecta. Salgo a buscar a Kemp y lo encuentro revisando el salón.

—Ahí no hay nada —me dice—. Ni geles, ni cremas. Ni siquiera he encontrado la caja del diafragma. ¿Se me pasa algo? ¿Esconden las mujeres estas cosas?

—Que yo sepa, no. Barbara guarda el suyo en el cajón de arriba de la cómoda. Y de las demás, no tengo ni idea.

—Pues si el análisis dice que se han encontrado restos de geles anticonceptivos y no los hay en toda la casa —dice Kemp—. Dígame usted de dónde los sacó.

—Me los llevaría yo —le contesto—, después de quitarle el diafragma.

Tanto con Kemp como con Stern he caído en el hábito de especular en primera persona sobre lo que Nico dirá que hice. A Jamie, sobre todo, le parece muy divertido.

—¿Para qué iba a hacerlo?

Lo pienso un momento.

—Quizá para ocultar el hecho de haberme llevado el diafragma.

—Eso no tiene sentido. Se supone que es una violación. ¿Qué importancia puede tener lo que ella usara cuando quería tener relaciones sexuales?

—Supongo que no podía pensar con claridad. Si no, tampoco habría dejado el vaso en la barra.

Kemp sonrío. Le gustan los juegos de ingenio.

—Eso puede ser —dice—. No hay duda ninguna. Me gustaría traer a Berman —dice refiriéndose al detective—. Debería estar buscando él para que pudiera testificar después. Tardará aproximadamente una hora en venir. Ya verá cuando Glendenning se entere de que tiene que esperar. Se va a cagar en todo.

Volvemos a reunirnos los cuatro a la puerta del apartamento y contemplamos cómo Glendenning echa la llave. Nos vuelve a cachear uno por uno. Como predijo Kemp, Glendenning se niega a esperar a Berman. Kemp le asegura que tiene obligación de hacerlo, que la orden del tribunal nos da acceso al lugar durante todo el día.

—Yo no obedezco órdenes de ningún abogado rockero —dice Glendenning. Incluso cuando estaba en su mismo bando, siempre pensé que el tipo este era un encanto.

—Vale, pues vámonos entonces a ver al juez —dice Kemp. Jamie ha calado a Glendenning en seguida. El policía mira a su alrededor como si fuera la cosa más ridícula que hubiera oído en su vida, pero sabe que se ha pillado los dedos. Él y Kemp bajan por las escaleras todavía intercambiándose unas palabras. Yo me quedo con Marty Polhemus.

—Simpático tío, ¿verdad? —pregunto a Marty.

El me pregunta con total seriedad:

—¿Cuál?

—Hablaban del policía.

—Sí, parece buena gente. Dijo que, cómo se llama, el señor Kemp, estuvo en los Galactics —yo se lo confirmo y el chico, como era de esperar, exclama—: ¡Guau!

Se queda en silencio. Parece que sigue esperando algo.

—Hablé con ellos, ¿sabe? Con los policías.

—¿Ah, sí?

—Me preguntaron por usted, ¿sabe? Lo que me dijo cuando vino a verme.

—Bueno, ése es su trabajo.

—Sí. Querían saber si me dijo algo de su relación con ella, o sea, con Carolyn. ¿Sabe?

Tengo que ejercer al máximo mi capacidad de autocontrol para no dar un respingo. Lo había olvidado. Había olvidado que se lo había contado a este maldito chico. Esta es la prueba de Nico. Así es como va a demostrar la historia. Una densa sensación biliosa se me viene a la boca.

—Me interrogaron un par de veces, ¿sabe? Dije... o sea, creo que habíamos hablado legal.

—Claro.

—Y les dije que no me había dicho nada de eso.

Miro al muchacho.

—¿Está bien?

Desde luego, yo debería recordarle que hay que decir la verdad.

—Claro —le respondo.

—Yo no creo que usted la matara.

—Te lo agradezco.

—Es como el *karma* —dice—. No es justo.

Sonrío. Levanto la mano para guiarlo hacia las escaleras y, entonces, me asalta la idea. Es como si me hubiera dado contra un muro. El reconocimiento

y el pánico. Estoy tan asustado que me flaquean las piernas, me tambaleo. Idiota, pienso. Idiota. Lo está grabando. Lleva un cassette. Nico y Molto lo han preparado. Para eso ha venido aquí. Por eso no me cuadraba su presencia. Nos ha seguido por la casa y ha visto todo lo que hemos hecho. Luego me trae aquí para que le soborne. Me he condenado a mí mismo. Estoy acabado. Creo que me voy a desmayar. Me vuelven a fallar las fuerzas, pero me apoyo en la pared.

Marty me tiende la mano.

—¿Qué le pasa?

Al mirarle, me doy cuenta de que estoy loco. Es absurdo. Está vestido de verano. Con una camiseta ceñida y unos pantalones cortos. Ni siquiera lleva cinturón. Nadie puede ocultar un aparato ahí. Vi cómo Glendenning lo cacheaba. Y tampoco se refleja en sus ojos. Sólo veo a un chico despistado, amable, tímido, terriblemente perdido.

De repente me he puesto a sudar. Estoy empapado y débil; me siento el pulso en las muñecas.

—Estoy bien —le digo, pero Marty me coge del brazo mientras bajamos las escaleras—. Es este lugar —le digo—, me sienta mal.

CAPÍTULO 25

Las tres de la madrugada. Cuando me despierto, mi corazón está desbocado y gotas de sudor frío me recorren el cuello, hasta el punto de que con la tontería propia del duermevela estoy intentando aflojarme el nudo de la corbata. Me incorporo, después me vuelvo a echar. Tengo la respiración entrecortada y el corazón me late como un trueno intermitente en el oído que apoyo en la almohada. Todavía veo mi sueño con claridad: la cara de mi madre en plena agonía; esa imagen gastada, cadavérica, que tenía cuando se acercaba a su fin y, aún peor, esa mirada de indecible terror.

Cuando mi madre enfermó, para morir al poco tiempo, se encontraba en el período más pacífico de toda su vida adulta. Ella y mi padre ya no vivían juntos, aunque seguían trabajando uno al lado del otro en la panadería. Él se había mudado a casa de una viuda, la señora Bova, de la que recuerdo su carácter exigente aun antes de que muriera su marido. Para mi madre, cuya vida junto a mi padre había estado presidida por el terror, este arreglo supuso una especie de liberación. Su interés por el mundo se incrementó. De repente se convirtió en una de las más asiduas oyentes de los programas de participación de la radio: díganos qué piensa sobre los problemas interraciales, sobre la legalización de la marihuana, sobre quién mató a Kennedy. Se plantaba en la mesa del comedor con periódicos y revistas viejos e iba tomando notas en libretas y agendas, preparándose para el programa del día siguiente. Mi madre, que tenía fobia a aventurarse más allá del edificio de nuestra casa, que cuando tenía que salir por la tarde empezaba a hacer los preparativos a primera hora de la mañana; mi madre, que desde que cumplí los ocho años me mandaba a la compra para evitar salir de casa... mi madre se convirtió en una personalidad local de cierto renombre por sus notables puntos de vista sobre varias controversias de importancia mundial. Yo no podía reconciliar esta evolución con el análisis al que había llegado mucho antes para poder aceptar sus excentricidades o los reducidos límites de su vida anterior.

Ella tenía veintiocho años cuando se casaron, cinco más que mi padre. Era la sexta hija de un sindicalista judío y oriunda de Cork. Mi padre se sintió atraído, estoy seguro, por sus ahorros, que le permitieron abrir la tienda. Mi madre tampoco dio nunca indicios de haberse casado por amor. Era una

solterona demasiado extraña para conseguir otros pretendientes. Su comportamiento, yo fui testigo presencial, tendía a ser excesivo e ingobernable y oscilaba entre momentos cumbres de una alegría radiante y horas de insondable tristeza. A veces, se ponía furiosa. En seguida corría a volcar los cajones de su armario, o a revolver su caja de costura mientras lanzaba agudos chillidos. Casi nunca salía de casa y sus hermanas establecieron el hábito de ir a cuidar de ella. Aquel esfuerzo suponía, además, valor. Cuando estaban de visita, mi padre la tomaba con ellas y las insultaba a gritos, llamándolas entrometidas e incluso las amenazaba si llegaban cuando él estaba borracho. Las dos que nos visitaban con más frecuencia, mi tía Fio y mi tía Sarah, eran resueltas y audaces, verdaderas hijas de su padre, capaces de controlar al mío con sus miradas severas y su conducta intrépida, actuaban casi como si estuvieran tratando con un chucho ladrador. Sin dejarse intimidar, cumplían su misión de proteger al débil; a Rosie, mi madre, y, sobre todo, a mí. Durante mi niñez, aquellas hermanas fueron una presencia arropadora; me traían caramelos, me llevaban al peluquero y me compraban la ropa. Se encargaron de mi educación de una forma tan natural que hasta que tuve veinte años no empecé a reconocer sus intenciones y su bondad. Sin saber cómo, supe que existían dos mundos: el de mi madre y el que habitaban mis tías, al cual como llegué a descubrir con el tiempo también yo pertenecía. Era una estrella fija en la constelación de mi juventud, pensar que mi madre no era, como me decía a mí mismo, «normal»; saber que mi adoración por ella era un problema puramente privado, ininteligible para otros y más allá de mi capacidad de explicación.

¿Me preocupa realmente lo que pensaría ahora? Supongo que sí. A qué niño no le importaría. Casi me alegro de que no viva para verlo. Los últimos meses los pasó con nosotros. Aún vivíamos en el centro, en un apartamento de un único dormitorio. Pero Barbara se negó a que mi madre fuera a ningún otro sitio. Mi madre dormía en un diván de la sala de estar, del cual no se levantaba casi nunca. Barbara pasaba la mayor parte del tiempo a su lado, sentada en una silla rígida de madera. En sus últimos tiempos, mi madre hablaba todo el tiempo con Barbara. Descansaba su cabeza en la almohada, con el rostro tristemente consumido por la enfermedad y sus ojos cada vez más concentrados a medida que su vista se iba debilitando, mientras Barbara sostenía su mano. Murmuraban, sin que yo pudiese distinguir sus palabras, con un rumor constante, como el de un grifo abierto. Barbara Bernstein, hija de una pulida matrona de un barrio residencial, y mi madre, de mente errática

y temperamento increíblemente dulce, se acercaban una a otra, cruzaban los estrechos lazos de la soledad, mientras yo estaba, como siempre, demasiado embargado de dolor personal para iniciar un acercamiento. Las observaba desde la puerta: para Barbara, era la madre que no exigía nada; para Rosie, la criatura que se preocupaba por ella. Cuando yo ocupaba el lugar de Barbara, mi madre me sostenía la mano. Tuve la decencia de decirle muchas veces que la quería y ella me sonreía débilmente, pero sin apenas hablarme. En los últimos días, era Barbara quien le ponía las inyecciones de Demerol. Todavía conservamos algunas jeringuillas en una vieja caja con recuerdos de mi madre, que Barbara guardaba abajo en el mueble de la máquina de coser que ella tuvo en vida: viejas bobinas y fichas, la pluma Parker con plumín de oro que ella solía utilizar para tomar notas con vistas a sus intervenciones en la radio.

Tanteo a oscuras buscando las zapatillas, saco la bata del armario. En el salón, me siento en la mecedora con los pies subidos. He estado pensando últimamente en volver a fumar. No es que sienta necesidad, pero así tendría algo que hacer durante estas horas abyectas de la madrugada que tan a menudo paso en vela. Me he inventado un juego para llenar estos momentos, se llama «cuál es la peor parte» y gracias a él muchas cosas me parecen triviales. No me importa mucho que las mujeres se me queden mirando boquiabiertas cuando me paseo por la zona comercial del barrio. No me preocupa mi reputación, ni el hecho de que para el resto de mi vida, incluso si mañana retiraran todos los cargos, muchas personas den un respingo al oír pronunciar mi nombre. Ni lo mucho que me costará encontrar trabajo de fiscal en el supuesto de que me absuelvan. Pero la constante erosión emocional, la falta de sueño, la ansiedad maniática no puedo disimularlas o minimizarlas. Lo peor de todo son estos despertares a medianoche y los instantes de semiconsciencia en los cuales creo que el terror no va a acabar nunca. Es como palpar en la oscuridad buscando el interruptor de la luz sin estar seguro de encontrarlo; eso es lo que agudiza mi terror, no tener la certeza de dar con él. A medida que la búsqueda se prolonga, la pequeña sensación que me habita interiormente va erosionándose, se abre camino, se expande como una pastilla efervescente en agua, y la negrura salvaje de un pánico ilimitado y eterno parece dispuesta a engullirme. Esto es lo peor; esto y mis preocupaciones por Nathaniel. El domingo lo pondremos en un tren, camino del Campamento Okawaka, cerca de Skageon, donde pasará las tres semanas que dure el proceso. Al acordarme de esto, bajo en silencio las

escaleras y me quedo de pie en el vestíbulo oscuro ante la puerta de su cuarto. Escucho atentamente hasta oírle la respiración. Entonces, acompaño la mía a la suya. Mientras observo el sueño de Nat, se me impone la sordidez de la ciencia: pienso en términos de átomos y moléculas, piel, venas, músculos y huesos. Intento imaginarme a mi hijo como una compilación de partes. Pero fracaso; ni siquiera así logro agrandar el reino de nuestro entendimiento último. Yo entiendo a Nathaniel como la masa cálida de mis sentimientos por él; le tengo por algo en nada inferior, o más finito, o más irreductible que mis propias pasiones. No se le puede fragmentar ni analizar. Es mi gentil, mi hermoso niño durmiente, y me siento agradecido, tan agradecido que mi corazón supura y se rompe por haber sentido tanta ternura en esta vida tan dura.

Si me condenan, me arrancarán de él. Incluso Darren Lyttle me impondrá una larga condena y pensar que el resto de su juventud voy a estar sin él me destroza el alma. Cosa rara, siento poco miedo consciente por la prisión. Temo el exilio, la separación. Pensar en el confinamiento me molesta; pero los horrores físicos reales, que sé que voy a padecer, apenas aparecen en mi mente; incluso cuando me reto a considerar las consecuencias extremas, a las que tal vez me tenga que enfrentar.

Y, sin embargo, las conozco. He ido varias veces a Rudyard, la penitenciaría del estado, donde se manda a los asesinos, para entrevistar a algún testigo. Es una visión que te hiela la sangre en las venas. Los barrotes son de acero pesado, pintados de negro mate, seis centímetros de grosor por cuatro de anchura y, tras ellos, todos estos cabrones parecen ahora, y eso ahora es lo que te impresiona, la misma cosa: los negros mascullando su furibunda perorata maniática, los blancos con sus verdugos enrollados, los latinos con esa mirada sesgada por el odio. Son, en conjunto, el hombre a quien se evita en un vestíbulo o en una estación de autobuses, el chico al que se señalaría en un instituto como candidato a macarra. Son los que siempre muestran sus deficiencias como cicatrices, abocados a lugares como éste con la misma seguridad con la que una flecha lanzada al cielo vuelve a caer.

Es imposible albergar ningún tipo de sentimiento hacia semejante grupo. He oído horrores de todos los tipos y sé que todas estas historias escabrosas son parte de la tinta invisible que ennegrece mis sueños. Para mí, no estará lejos de la tortura. Ya he oído lo de las navajas nocturnas, lo de las duchas donde se masturban a la vista de todos. Sé lo de Marcus Wheatley, uno de los individuos a los cuales intenté hacer hablar durante el caso de los Santos de la

Noche; acusó a alguien por un asunto de drogas y lo tumbaron boca arriba en el gimnasio; le dijeron que subiera los brazos y le pusieron una barra con ciento veinticinco kilos en cada extremo que le asfixió y casi guillotiné. Conozco la demografía de esta vecindad: un dieciséis por ciento, asesinos; más de la mitad son inquilinos por crímenes violentos de una u otra clase. Conozco el tipo de bazofia que se come allí. Lo de los cuatro hombres por celda. El inaguantable olor a excremento en algunos pisos. Sé que cada mes hay ciertas áreas donde el control de las bandas es tan completo, que durante días los guardianes se niegan a entrar. Y lo de los propios guardias, y que ocho de ellos fueron condenados por el tribunal federal por el tipo de fiesta con la que celebraron el Año Nuevo: utilizaron sus armas para alinear a doce prisioneros negros y los lapidaron con piedras y con ladrillos.

Sé lo que les pasa a personas como yo ahí dentro, porque sé lo sucedido a algunos de los que yo contribuí a encerrar. Recuerdo lo de Marcy Lupino, la persona que primero me viene a la mente cuando mis pensamientos se entretienen en esas historias. Marcello era un hombre normal, el típico americano activo, un contable particular que al principio de su carrera se dedicó a arreglar las cuentas de algunos muchachos de su barrio que hacían dinero en las apuestas. Al cabo de un tiempo, Marcy prosperó y decidió que ya no necesitaba un segundo empleo. Pero entonces, John Conté, uno de los Muchachos, le informó que no podía dejar este trabajo así como así. Y siguió haciéndolo. Marcy Lupino, un respetado contable, presidente de la Asociación de Padres y miembro de la junta de accionistas de dos bancos, un hombre que no bromeaba con los libros de cuentas de sus grandes clientes salía de su oficina todas las tardes a las tres y media en punto e iba a ocuparse de sus apuestas en los deportes o en las carreras de caballos. Todo iba bien hasta que un día un soplón dio a los federales la dirección de un garito. Los inspectores de Hacienda entraron por la puerta y sorprendieron a Marcy Lupino con otra media docena de personas y tres millones de dólares en resguardos de apuestas. Los federales lo intentaron todo para hacerle hablar. Pero Marcy se había convertido en un experto en aritmética. Dos años por delitos de juego, por fraude postal o telegráfico, o por cualquier otra cosa que se les ocurriera a los federales no equivalía a diez minutos en manos de John Conté y sus Muchachos. Podía cortarle los cojones, metérselos en la boca y hacérselos masticar. Y eso, Marcy lo sabía muy bien, no era una metáfora.

Así que Mike Townsend de la brigada anticrimen tuvo que llamarme. Quería proporcionar incentivos a Marcy. Le procesamos, se le encontró

culpable y fue enviado a Rudyard, en lugar de al campamento federal, que era con lo que él contaba; un lugar con bar y canchas de tenis, donde él enseñaría contabilidad a los presos que cursaban estudios y podría disfrutar de un día de permiso cada tres meses para copular con la señora Lupino. En lugar de eso, le mandamos esposado a un hombre que había sacado los ojos de su hijita con una llave.

Seis meses más tarde, Townsend me llamó y nos fuimos al norte a ver si Lupino había respondido al tratamiento. Le encontramos en el campo con una azada. Estaba desbrozando el terreno. Nos volvimos a presentar, como si aquello fuera necesario. Marcy cogió la azada, apoyó en ella el brazo, se inclinó y se puso a llorar. Lloró como nunca he visto llorar a un hombre: se estremecía de pies a cabeza, su cara se volvió púrpura; las lágrimas brotaban de sus ojos, literalmente, como de un grifo abierto. Un hombre gordito, calvo, de cuarenta y ocho años, llorando hasta no poder más. Pero no habló. Sólo nos dijo: «No te'go die'tes.» Nada más. Mientras volvíamos, el guardia nos explicó: —Un negrazo, Drover, se empeñó en que Lupino fuera su chica. Es de éstos a los que no se puede llevar la contraria, tío, ni siquiera los italianos pueden decirle que no. Una noche se metió en la celda de Lupino, se sacó la verga y le dijo a Lupino que se la chupara. Lupino se negó, y Drover le cogió la cabeza y empezó a darle contra la barra de la litera hasta que no le quedó ni un solo diente en la boca: sólo algunos cachitos, pero ni un diente entero. Hay una regla aquí —nos dijo el vigilante—, les vendamos sus heridas, les cosemos, pero nadie consigue un trato de favor a menos que cante. El cabrón de Lupino no va a conseguir una dentadura postiza hasta que no nos diga quién le tocó el tambor en la cara. Y el cabrón de Lupino no va a hablar; sabe lo que es bueno; nadie aquí es tan idiota. No, no va a hablar. El viejo Drover se ríe como un condenado y va por ahí presumiendo del trabajo que hizo y de que su gran Johnson entra ahí con la suavidad de la seda, y dice que lo ha metido en muchos chochos que no tenían tan buen tacto —el vigilante, un refinado humanitario, se reclina sobre su escopeta y rompe a reír—. El crimen —nos informa a Townsend y a mí— no trae cuenta. Huye. Pienso ahora sentado aquí en la oscuridad, recordando la imagen de Marcy Lupino. Huye. Es un pensamiento que siempre me asalta por sorpresa: huye. Cuando era fiscal, nunca pude entender por qué se quedaba la gente a esperar el proceso, la condena, la prisión. Pero se quedaban casi todos, como yo ahora. Tengo mil seiscientos dólares en mi cuenta corriente y ni un céntimo más. Si cogiera los ahorros de Barbara, reuniría lo suficiente para marcharme. Pero

entonces, perdería seguramente el único motivo para desear la libertad... la oportunidad de ver a Nat. E incluso si pudiera pasarme los veranos con él en Río o en Uruguay, o cualquier sitio donde no extraditen a los asesinos, la capacidad de una fantasía desesperada es demasiado magra para imaginar cómo sobreviviría sin un lenguaje conocido ni una preparación que esas culturas valoraran. Sólo podría desaparecer en el centro de Cleveland o de Detroit, convertirme en otra persona y no volver a ver a mi hijo. Pero lo cierto es que ninguna de estas visiones se corresponde con mi idea de lo que es la vida. Incluso en estas horas desesperadas, sigo deseando las mismas cosas que quería cuando bajaba por la noche del autobús en el parque de Nearing. A veces somos así de sencillos, y nos dan fuerza cosas así de extrañas. Me siento aquí en la oscuridad con las piernas encogidas y, mientras me recorre un escalofrío, imagino el olor de un cigarrillo.

CAPÍTULO 26

—El pueblo contra Rozat K. Sabich —anuncia Ernestine, la secretaria del juez Lyttle en medio de la sala atiborrada de gente—. ¡A juicio!

No hay muchas cosas comparables al primer día de un juicio por asesinato. Quizás el amanecer antes de una batalla o los cristianos contra los leones en la antigua Roma. Hay una sed de sangre en el ambiente. Los espectadores se agolpan en los bancos, llenan cada centímetro lineal disponible. Hay cuatro filas completas reservadas para la prensa. Con cinco dibujantes a la cabeza. Los ayudantes del magistrado: la secretaria y el asesor letrado del juez, que normalmente no se hallan presentes, están hoy sentados en sillas de tijera en la pared del fondo, al lado de la puerta de su cámara. Los bedeles armados para la ocasión, dada su solemnidad, están colocados en las esquinas delanteras del estrado junto a las columnas de mármol. La atmósfera está cargada de un incesante murmullo. Hoy nadie se aburre aquí.

El magistrado Lyttle entra y la sala se pone en pie. Ernestine anuncia la sesión:

—¡Oyez, oyez! La Audiencia del Condado de Kindle se reúne en sesión. Preside el ilustrísimo magistrado, señor Larren Lyttle. Acercaos, prestad atención y seréis escuchados. Dios salve a los Estados Unidos y a este ilustre tribunal.

Da un golpe con el martillo y todo el mundo se sienta. Después anuncia mi caso.

Los letrados y yo nos acercamos al estrado. Stern y Kemp; Molto y Nico; Glendenning ha venido también, será el investigador del caso y se sentará con el ministerio fiscal. Yo estoy de pie, detrás de mis abogados. El magistrado mira a un lado y a otro, con el pelo recién cortado y repinado. Estamos a dieciocho de agosto; apenas han pasado dos meses desde que recibí la acusación.

—¿Estamos listos para recibir al jurado? —pregunta Larren.

—Señoría —dice Kemp—, hay unas cuantas cuestiones que podríamos ir resolviendo, mientras los convocados van llegando.

El papel de Kemp durante este caso será encargarse de la jurisprudencia. Stern le ha puesto a cargo de la investigación e intervendrá en materias relacionadas con la interpretación de la ley, siempre en momentos en que no

esté presente el jurado. Delante de ellos, no dirá una palabra.

Ernestine se dirige al teléfono de la sala y ordena al bedel que haga pasar a los jurados; es decir, a los ciudadanos convocados para este servicio, que seguidamente serán interrogados por el juez y por los letrados para escoger a los más adecuados.

—Señoría —vuelve a tomar la palabra Kemp—, el ministerio fiscal ha satisfecho todas las demandas que usted aprobó, con una excepción: no hemos podido ver el vaso.

Stern ha dado instrucciones a Jamie para que saque esto a colación. Al margen de nuestra curiosidad, quiere que el magistrado sepa que los fiscales están justificando la mala opinión que se tiene de ellos. Funciona. Larren se enfada.

—¿Y eso, señor Delay Guardia? —resulta evidente que Nico lo ignora. Mira a Molto.

—Señoría —interviene Molto—, nos encargaremos de ello después de la sesión.

—Muy bien —concede Larren—. Pero que sea hoy mismo.

—Tampoco —continúa Kemp— llegó usted a fallar sobre la moción para descalificar al señor Molto.

—Es verdad. He estado esperando la respuesta del fiscal. ¿Señor Delay Guardia?

Tommy y Nico intercambian una mirada y se asienten mutuamente. Van a actuar según lo anteriormente acordado entre ellos.

—Señoría, este ministerio no llamará a declarar al señor Molto. Por ello sugerimos que la moción carece de sentido.

Stern se adelanta y pide permiso para hablar.

—¿Debemos entender entonces, señoría, que el señor Molto no será llamado bajo ninguna circunstancia y que su testimonio no será tenido en cuenta en ninguna fase del proceso?

—Así es —confirma Larren—. Quiero dejar esto claro desde el principio, señor Delay Guardia. No quiero oírle decir más tarde que usted no esperaba esto o que no esperaba aquello. El señor Molto no va a testificar durante esta vista. ¿Está claro?

—Sí, señoría —responde Nico.

—Muy bien. Rechazo entonces la moción del acusado sobre la representación del ministerio fiscal, basándome en que el señor Molto no testificará durante este proceso.

Ernestine le susurra algo al oído. Los convocados para formar el jurado se hallan aguardando en el pasillo.

Se les concede el permiso para entrar; son setenta y cinco personas, doce de las cuales, dentro de poco tiempo, se encargarán de decidir el futuro de mi vida. No son nada especial; sólo gente. En realidad se podrían evitar las convocatorias y los cuestionarios y hacer entrar a las primeras setenta y cinco personas que pasaran por la calle. Ernestine sienta a los dieciséis primeros en la tribuna y al resto en las cuatro primeras filas de bancos del lado de los fiscales, que los bedeles, en medio de grandes protestas, han despejado de espectadores obligándolos a guardar cola en el exterior de la sala.

Larren empieza por contar a los recién llegados la sinopsis de este caso. Probablemente habrá presenciado mil elecciones de jurados durante toda su carrera. Establece con ellos una relación instantánea: un negro grande y bien parecido, de aspecto divertido e inteligente. Los blancos también se sienten atraídos por su personalidad y piensan que ojalá fueran todos como él. En ningún otro momento del proceso, la ventaja que Larren concede a la defensa es mayor que en esta coyuntura. Es hábil al dirigirse a los jurados, astuto para descubrir prejuicios ocultos, y comprometido hasta el fondo de su alma con las nociones fundamentales: el acusado es presunto inocente. Inocente. Al sentarse aquí, se debe estar pensando que él no lo hizo.

—Perdone, señor. El de la primera fila ¿cómo se llama?

—Mahalovich.

—Señor Mahalovich, ¿cometió el señor Sabich el crimen que se le imputa?

Mahalovich, un recio hombre de mediana edad que tiene el periódico doblado sobre su regazo, se encoge de hombros.

—No lo sé, señoría.

—Señor Mahalovich, vamos a prescindir de sus servicios. Señoras y señores, déjenme recordarles una vez más lo que deben ustedes suponer. El señor Sabich es inocente. Yo soy el magistrado y les digo que es eso lo que deben pensar. Asuman el hecho de que es inocente. Al sentarse en la tribuna quiero que lo miren y se digan a sí mismos: «Ahí está sentado un hombre inocente.»

Continúa haciendo ejercicios similares explicando la misión del ministerio fiscal, que consiste en probar la culpabilidad más allá de cualquier duda razonable, y el derecho del acusado a permanecer en silencio. Se dirige a una señora delgada de pelo gris, vestida con un traje camisero, que está

sentada en el asiento contiguo al que Mahalovich ocupaba hasta hace un momento:

—Y, dígame, ¿no sería lógico pensar que una persona que realmente es inocente debería levantarse y decirles: «Eso de que me acusan no es cierto»?

La señora está desconcertada. Ha visto lo que le pasó a Mahalovich, pero a un juez no se le miente. Se toca el cuero del vestido antes de responder.

—Yo creo que sí —confiesa.

—Por supuesto que sí. Y ustedes deben suponer que el señor Sabich piensa lo mismo puesto que estamos presumiendo su inocencia. Pero no debe hacerlo. Porque así lo dice expresamente la Constitución de los Estados Unidos. Y esto significa que ustedes, como miembros del jurado de este caso, deben prometer tener presente este pensamiento. Porque el señor Sabich y su abogado el señor Stern pueden haber decidido acogerse a este derecho constitucional. Los que escribieron la Constitución dijeron: Dios le bendiga señor Sabich, nada tiene que explicar. El ministerio fiscal debe probar su culpabilidad. Usted no tiene que decir nada, si no quiere. Pues bien, el señor Sabich no podrá recibir esa bendición si alguno de ustedes persiste en creer que, de todas formas, el señor Sabich tendría que explicarse.

Cuando era fiscal, esta parte de la actuación de Larren me resultaba insufrible y Nico y Molto están los dos pálidos y disgustados. Por veces que se repita uno a sí mismo que el juez tiene razón al actuar así, resulta increíble que haga falta explicárselo a nadie tan enfáticamente. Nico, sobre todo, parece ojeroso. Escucha con una expresión alerta y sombría. Ha adelgazado y se han ennegrecido las bolsas bajo sus ojos. Preparar un caso de esta magnitud en tres semanas es una tarea terrible y, a la vez, debe encargarse de la oficina. Además, seguro que ha considerado lo que se juega en esto. Ha cogido un arco voltaico y ha iluminado el cielo, proclamando a los cuatro vientos: «Miren a Nico Della Guardia.» Si pierde, no volverá a tener la misma credibilidad. Su soterrada campaña para alzarse como sucesor de Bolcarro se habrá abortado a poco de empezar. Su carrera, mucho más que la mía, está pendiente de un hilo. Últimamente, me he dado cuenta de que la mía, después de la acusación y de todo el guirigay de este proceso, se ha acabado sea cual sea el resultado.

A continuación hace referencia al tema de la publicidad. Pregunta a los jurados sobre lo que han leído. Para los tímidos, señala el artículo que anuncia el inicio de este proceso en primera página del *Trib*. Los jurados

siempre mienten respecto a este punto. Los que no quieren intervenir normalmente encuentran la forma de evitarlo. Los que llegan a la sala están, en su mayoría, ansiosos por salir elegidos y por tanto son más reacios a confesar hechos que puedan descalificarlos. Pero poco a poco Larren va sonsacándoles la verdad. Casi todos han oído algo sobre este caso y, durante casi veinte minutos, el magistrado les explica lo inútil de esa información.

—Nadie sabe nada sobre este caso —dice— porque aún no se ha oído una sola palabra sobre él.

Pide a otras seis personas que se retiren, pues admiten no ser capaces de resistir la influencia de la publicidad. Me intranquiliza imaginar qué pensarán los demás, deslumbrados como han de estar por la constante presencia de Nico en los medios de comunicación. Es difícil creer que nadie pueda dejar a un lado totalmente este tipo de prejuicios.

A última hora de la mañana comienzan las preguntas sobre la vida de los jurados. Este proceso, denominado *voir diré*, esto es, decir la verdad, prosigue por la tarde y se prolonga durante la segunda mañana de la vista. Larren les hace todas las preguntas que se le ocurre y, después, los abogados añaden aún otras. El magistrado Lyttle se opondrá a todas las preguntas relacionadas con el caso, pero los letrados pueden inquirir libremente todo tipo de detalles personales, siendo la única limitación la que ellos mismos se impongan para no ofender a nadie. ¿Qué programas de televisión suele ver? ¿Qué periódicos lee? ¿Pertenece a alguna asociación? ¿Trabajan sus hijos fuera de casa? ¿Quién se encarga de llevar la contabilidad mensual en su casa, usted o su mujer? Este es un sutil juego psicológico que consiste en descubrir quién estará a tu favor. Existen asesores especializados que ganan cientos de miles de dólares haciendo tales predicciones, pero un abogado de la talla de Stern lo sabe por instinto y experiencia.

Para que sea efectiva la elección de los miembros del jurado, hay que saber cómo se quiere llevar el caso. Stern no me ha dicho nada, pero se va perfilando que tiene un propósito bastante claro de no ofrecer pruebas. Cree que será suficiente con rebatir las de Nico. Quizá mis actuaciones pasadas, cuando perdí los estribos a pesar de sus instrucciones, le hayan convencido de que sería un mal testigo de mi propia causa. Sin duda la decisión final sobre si voy a testificar o no quedará en mis manos. Pero sospecho que Stern va a intentar forzar las cosas para convencerme de poder llegar al final sin mi testimonio, antes de imponer su opinión. En todo caso, no me ha explicado muy bien cómo piensa plantear la defensa. Mac y unos cuantos jueces no han

puesto ninguna objeción en testificar sobre mi buena conducta. Stern me pidió también una lista de vecinos que estuvieran dispuestos a ofrecer esa clase de testimonio. Está claro, sin embargo, que intenta presentar un caso de duda razonable. Al final, si todo sale como él espera, nadie sabrá lo que pasó. El ministerio fiscal habrá fracasado en su intento de probar mi culpabilidad, y yo seré absuelto. Para alcanzar ese objetivo, necesitamos un jurado que sea lo bastante espabilado para comprender el principio legal y lo bastante enérgico para aplicarlo; personas que no condenen basándose en meras sospechas. Por esa razón, Sandy me ha dicho que, en general, prefiere jóvenes a viejos. Además estarán más sintonizados con algunos aspectos de las relaciones entre hombre y mujer, que de forma tan intensa tiñen este caso. Quiere, en pocas palabras, personas convencidas de que compañeros de trabajo pueden reunirse en la casa de uno de los dos por motivos distintos a los sexuales. Por otra parte, ha dicho, la gente mayor se sentirá más impresionada por mis logros pasados, mi posición y mi reputación.

Cualquiera que sean los planes originales, al final uno se guía por impresiones viscerales. Ciertas personas te gustan, te parece gente con la que se podría hablar. Stern, Kemp y yo estamos de acuerdo en la mayoría de los casos cuando empezamos a elegir en la segunda mañana de la vista. Nos reunimos en torno a la mesa para hacer aceptar o rechazar a los candidatos agrupados de cuatro en cuatro. Sandy invita a Barbara a que se acerque al banco más próximo y tome parte en las deliberaciones. Ella me pasa la mano por el hombro, pero no aporta ningún comentario. Allí a mi lado mientras conferenciamos, vestida con un traje de seda azul oscuro también con sombrero a juego, produce una sensación de grave dignidad, de pena contenida. En conjunto, el efecto es parecido al de las viudas de los Kennedy. Está desempeñando muy bien su papel. Ayer por la noche, una vez empezadas las preguntas sobre la vida de los miembros del jurado, Sandy le anunció que iba a pedirle que se uniera a nosotros. Al llegar a casa, ella expresó su admiración por la cortesía de Sandy y yo le expliqué que la cortesía no era su principal motivo. Stern quiere hacer ver a los miembros del jurado desde un principio que mi mujer sigue a mi lado y que nosotros, plenamente insertos en esta edad moderna, consultamos las opiniones de las mujeres.

La defensa prescinde de diez posibles jurados sin explicación o, como se dice, discrecionalmente. El ministerio fiscal, de seis. El plan de Nico parece oponerse al nuestro, aunque al tener menos a quien desechar carece de las

mismas oportunidades para conformar la tribuna. En términos generales, busca a sus votantes: personas mayores de grupos étnicos, sobre todo católicos. Por esa razón, sin haberlo acordado con antelación, echamos abajo a todos los italianos.

Me siento más contento con el grupo resultante, de lo que normalmente era el caso cuando actuaba como fiscal. Hay una mayoría de jóvenes, casi todos solteros. La dueña de un comercio, que rondará los treinta. Una joven, contable en una agencia de bolsa. Un hombre de veintiséis, capataz de una cadena de montaje, y otro individuo, más o menos de su edad, que es encargado de restaurante en un hotel local a tiempo parcial y dedica el resto a los ordenadores. Hay también una inteligente joven negra que hace trabajos de auditoría para una compañía de seguros. Entre los doce, hay una maestra divorciada, una secretaria de ferrocarriles de cercanías, un profesor de música jubilado el año pasado y un mecánico; también hay una persona que está realizando un curso preparatorio de dirección de la cadena Burger King, una auxiliar de clínica retirada y una vendedora de cosméticos de la casa Morton's. Nueve blancos y tres negros. Siete mujeres y cinco hombres. Larren escoge a otros cuatro más, que estarán presentes en la vista pero que no tomarán parte en las deliberaciones, excepto si alguno de los miembros del tribunal se pone enfermo o es excusado por alguna otra razón.

Una vez elegido el jurado, nada más empezar la segunda tarde, todo está listo para iniciar mi juicio.

A las dos menos diez, regresamos a la sala para asistir a las exposiciones de los informes preliminares. El ambiente sigue igual que ayer por la mañana. El remanso que supuso la selección del jurado ha acabado ya y la sed de sangre resurge. La excitación del principio se convierte en una especie de dolor irritante que siento en los huesos. Kemp me pide que salga con él al pasillo y una vez fuera nos alejamos un poco del tumulto de los desafortunados curiosos a quienes los bedeles no han podido encontrar sitio. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. Los buenos periodistas no divulgarían algo oído subrepticamente, pero no hay forma de predecir quién está en tratos con los fiscales.

—Quiero decirle algo —me dice Jamie. Se ha cortado el pelo sus buenos cinco centímetros y ha comparecido con un elegante traje azul de rayas, adquirido en J. Press de New Haven. Tiene el atractivo requerido para haber escogido Hollywood en lugar de las leyes. He oído decir que hizo suficiente dinero tocando la guitarra como para vivir cómodamente sin trabajar. En

lugar de eso, está en el despacho leyendo casos, escribiendo informes, reuniéndose con Stern y conmigo hasta las once y las doce de la noche—. Me gusta usted.

—Y usted también a mí —le contesto.

—Y espero de todo corazón que les demos una buena paliza. Nunca le había dicho esto a un cliente. Pero tengo fe en que ganará.

La vida profesional de Kemp no tiene más de uno o dos años de existencia, así que el comentario no vale mucho como predicción, pero sus buenos sentimientos me han conmovido. Le pongo una mano en el hombro y le doy las gracias. Él no llegó a decir que me creyera inocente. No es tan tonto como para estar convencido; las pruebas están en mi contra. Probablemente si le despertaran en medio de la noche y se lo preguntaran diría que no sabía.

Entonces Stern aparece. Está casi eufórico. La excitación da color a su rostro. Su camisa, de un blanco impoluto y sin una sola arruga, destaca con virginal pureza junto a sus abultadas mejillas. Está a punto de pronunciar el informe preliminar del caso más notable de su carrera. De repente, siento que me corroe la envidia. No había pensado en todos estos meses lo interesante que debe de ser llevar este caso; una omisión comprensible. Pero las viejas ambiciones se abren paso, de pronto, en medio de este aire supercargado. El gran caso de los Santos de la Noche, una conspiración con veintitrés acusados que llevamos Raymond y yo, recibió sólo una fracción de la atención que está mereciendo el mío y aun así fue como tocar un cable eléctrico. Sentí una excitación trepidante que durante siete semanas no tuvo fin ni en sueños. Como con las motos o al escalar montañas, lo importante es saber que lo has hecho, que has estado ahí. Me siento triste de repente, momentáneamente desesperado por mi pérdida profesión.

—Y ¿bien? —me pregunta Sandy.

—Le decía que creo que ganaremos —dice Kemp.

Stern hace un comentario en español; sus cejas se disparan hacia la pelada cresta de su cuero cabelludo.

—Eso no se debe decir —comenta—. Nunca —me coge de la mano y me dedica su mirada más profunda—. Rusty, haremos cuanto podamos.

—Lo sé —le digo.

Al volver a la sala, Barbara surge de entre la multitud y me abraza. Ha ido a la universidad durante la pausa del almuerzo. Es un semiabrazo, con una mano me aprieta con fuerza la cintura. Me besa en la mejilla y me limpia

con la mano la marca del carmín. Ha hablado con Nat durante la comida.

—Me ha encargado que te diga que te quiere —dice—. Y yo también.

Lo ha expresado de una manera afectada de modo que, a pesar de sus buenas intenciones, el tono resulta equívoco. Sin embargo, lo ha hecho muy bien. Es el momento y el lugar apropiado para la mejor actuación.

El jurado va saliendo de la sala de espera situada detrás de la barra en la que, al final, habrán de deliberar y ocupan sus puestos en la tribuna. La profesora divorciada me sonrío al tomar asiento.

Larren explica la razón de ser de los informes preliminares: una enumeración de las pruebas; un pronóstico.

—No se trata de argumentarlas —matiza—. Los letrados no plantearán inferencias de lo que, en su opinión, se deduce de las pruebas. Se limitarán a contarles sin florituras en qué va a consistir la evidencia.

Larren dice esto, sin duda, para advertir a Delay. En una causa en la que todas las pruebas son meramente indiciarias, el fiscal necesita explayarse un tanto al principio para hacer ver al jurado cómo encaja todo. Pero Nico tendrá que hacerlo con sumo cuidado. A pesar de sus propios sentimientos hacia Larren todos los miembros del jurado han caído ya en las redes del magistrado. Su encanto es como una fragancia de flores que inunda el aire. Nico no ganará nada con provocarle.

Larren le cede la palabra. Nico se levanta. Atildado, tieso, erizado de antemano. La imagen de una persona que ha llegado a lo más alto.

—Con la venia de la sala —dice como es preceptivo.

Desde el principio, su intervención es sorprendentemente mala.

Me doy cuenta rápido de lo que ha sucedido. La escasez de tiempo, el peso de la oficina, han hecho severa merma en la preparación del proceso. No lo ha revisado antes de venir. Hay partes que son improvisadas; quizás a causa de las advertencias de antes de empezar. Nico no puede quitarse de encima su abatimiento, su mirada nerviosa. No encuentra el ritmo. En ciertos puntos, duda.

Incluso a pesar de la inadecuada preparación, me cuesta trabajo escuchar lo que dice. Quizá Nico carezca de su acostumbrado estilo y organización, pero, aun así, está sentando las líneas maestras. La superposición de las pruebas materiales con lo que dije y no dije a Horgan y Lipranzer resulta, como siempre me temí, muy eficaz. Por otra parte, a Nico se le pasan por alto algunos matices. Dice muy poco al jurado sobre cosas que debería ser él quien las desvelase. Un fiscal listo intenta disipar las pruebas de la defensa

mencionándolas él primero y demostrando así que sus tesis pueden soportar los peores embates de su oponente. Pero Nico no detalla adecuadamente mi vida, se le olvida decir que yo era el segundo de a bordo en la oficina y, al describir mi relación con Carolyn, omite cualquier mención al caso McGaffan. Cuando llegue el turno de Stern, con sus tranquilas maneras, convertirá las omisiones en ocultaciones.

Al tocar el tema de mis relaciones con Carolyn, Nico incurre en la primera desviación del esquema que nosotros habíamos previsto. Su problema es más grave de lo que habíamos imaginado. No sólo carece de pruebas de mi relación con Carolyn, sino que ni siquiera ha adivinado correctamente lo que ocurrió.

—Las pruebas —dice al jurado— demostrarán que el señor Sabich y la señora Polhemus mantuvieron una relación que duró muchos meses, por lo menos siete u ocho, antes de su asesinato. El señor Sabich estuvo en el apartamento de la señora Polhemus. Ella le llamaba por teléfono. Mantuvieron, como digo, una relación personal —hace una pausa—. Una relación íntima.

—Pero no todo fue bien en esta relación. El señor Sabich, aparentemente era muy desgraciado. El señor Sabich, parece, estaba muy celoso.

Larren ha estado con la mirada perdida por la sala, pero ahora sus ojos se iluminan. Nico está haciendo precisamente lo que el magistrado le advirtió que no hiciera: está interpretando los hechos en lugar de describir los testigos y las pruebas. En su agitación el magistrado mira una y otra vez en dirección de Stern, una invitación para que proteste, pero Stern permanece callado. Las interrupciones son una descortesía y Sandy es la cortesía misma. Pero hay una razón más importante; Nico está afirmando una serie de cosas que Sandy sabe no podrá probar.

—Sabich estaba celoso. Y estaba celoso porque la señora Polhemus mantenía otra relación. Una relación que aparentemente enfurecía al señor Sabich —otra pausa significativa—. Una relación con el fiscal general. Raymond Horgan.

Este detalle no había salido antes a la luz. Nico lo había ocultado, sin duda para proteger su nueva alianza con Raymond, pero no puede hacerlo por más tiempo, después de todo sigue siendo Nico; se ha vuelto hacia los bancos de la prensa y ha abierto la puerta a la noticia. Hay un murmullo audible en la sala y Larren, ante la mención del nombre de su amigo, acaba por perder la paciencia.

—Señor Delay Guardia —truená—. Ya le avisé a usted. Sus comentarios no pueden tener el carácter de un alegato. O se ajusta usted a un recitado aséptico de los hechos o daré por concluida su intervención. ¿He hablado claro?

Nico mira al estrado. Parece sorprendido. Su prominente nuez sube y baja al tragar.

—Desde luego —dice.

Celos, escribo en mi cuaderno de notas y se lo paso a Kemp. Puestos a elegir entre no presentar ningún motivo o presentar uno que no puede probar, Nico ha optado por lo último. Quizás esa sea la mejor apuesta, pero al final va a tener que estirar mucho los hechos.

Stern se acerca a la tribuna en cuanto Nico ha finalizado. El magistrado propone una pausa, pero Stern sonrío y afirma estar dispuesto a intervenir, con la venia de la sala. Sandy no quiere que haya una interrupción ahora y que las afirmaciones de Nico se consoliden en la mente del jurado.

Camina frente a la tribuna y descansa el codo sobre el pasamanos. Lleva un traje marrón, de sastre, que realza sutilmente su figura. Su rostro grave está lleno de presagios.

—¿Cómo vamos a contestar a esto —pregunta—, Rusty Sabich y yo? ¿Qué podemos decir cuando el señor Della Guardia les habla a ustedes de dos huellas dactilares pero no de una tercera? ¿Qué podemos decir cuando la evidencia que se les mostrará está llena de lagunas, de suposiciones, de habladurías y de crueles murmuraciones? ¿Qué podemos decir cuando un distinguido servidor público es llevado ante el tribunal sobre la base de unas pruebas indiciarias que, como ustedes podrán determinar, no se acercan a ese preciado nivel de una duda razonable?

—Una duda razonable —se vuelve. Camina, se acerca un paso más—. El ministerio fiscal debe probar la culpabilidad más allá de una duda razonable —quiere evocar todo lo oído anteayer en boca del magistrado Lyttle. Al principio, Stern se ha cruzado de brazos con este porte de jurista sabio y poderoso, tan efectivo después de esa primera reprimenda de Larren a Delay. Sandy utiliza el término evidencia indiciaría repetidamente. Menciona las palabras rumores y habladurías. Después habla sobre mí.

—¿Y quién es Rusty Sabich? No sólo, como les dijo el señor Della Guardia, un importante ayudante de la oficina del fiscal general. Sino el principal ayudante. Está considerado dentro de la profesión como uno de los mejores abogados de este condado y de este estado. En el transcurso del

proceso lo irán descubriendo. Un brillante licenciado universitario. Colaborador de la *Law Review*. Secretario del presidente del Tribunal Supremo del Estado. Ha consagrado su vida al servicio público empeñándose en impedir, prevenir y castigar los comportamientos criminales —Stern lanza una mirada acusadora a los fiscales—. No en cometerlos. Escuchen, señoras y señores, los nombres de algunas de las personas a quienes, como mostrará la evidencia, Rusty Sabich llevó ante la justicia. Escuchen, porque son personas cuyas malas acciones fueron tan notorias que, aunque ustedes no frecuentan estas salas, estoy seguro de que las recordarán y agradecerán una vez más la labor de Rusty Sabich —se pasa cinco minutos hablando de los Santos de la Noche y de otros casos, mucho más de lo conveniente. Pero Della Guardia siente reparo en presentar ninguna objeción después de que Sandy soportara su intervención sin quejarse.

—Es hijo de un emigrante. Un yugoslavo, un luchador por la libertad perseguido por los nazis. Su padre vino a este país en 1946, a esta tierra de libertad, con la esperanza de no presenciar más atrocidades. ¿Qué pensaría hoy Ivan Sabich?

Yo habría hecho un gesto escéptico si no tuviera órdenes estrictas de no mostrar nada. Me siento, con los puños cerrados, mirando adelante. En todo momento debo parecer resuelto, lamentablemente Stern no me ha comentado antes esta parte. Incluso si llego a testificar, me negaré a hablar sobre esto... aunque no es probable que los fiscales puedan refutarlo.

Las maneras de Stern son poderosas. El acento le da intriga a su discurso y la estudiada formalidad, sustancia. No hace ninguna predicción sobre lo que la defensa aportará. Evita prometer mi testimonio. Se centra más bien en las deficiencias. No hay pruebas, ni rastro de un indicio directo de que Rusty Sabich empuñara el arma asesina, ni de que tomara parte en ninguna acción violenta.

—Y ¿cuál es la piedra angular de este caso circunstancial? El señor Della Guardia les ha dicho muchas cosas sobre la relación del señor Sabich con la señora Polhemus. Pero no dijo que, como ratificará la evidencia, trabajaban juntos. Si estuvieron juntos fue porque ambos eran abogados, y no amantes, en un caso de tremenda importancia. El no se lo mencionó. Me dejó a mí la tarea de contárselo a ustedes. Muy bien, yo lo haré. Y las pruebas demostrarán que en efecto así sucedió. Deberían tener presente en adelante qué indican las pruebas y qué no indican sobre las relaciones de Rusty Sabich y Carolyn Polhemus. Ténganlo sobre todo en cuenta en un caso como el

presente, en el que el señor Della Guardia ha de probar su culpabilidad más allá de una duda razonable. Yo sólo les anuncio que la evidencia no probará lo que el señor Della Guardia pretende. No lo hará. Fíjense bien y verán como en este caso no se aporta ningún hecho, sino sólo suposiciones. Una detrás de otra. Sólo suposiciones e inferencias.

—Señor Stern —dice mansamente—, parece usted estar cayendo en el mismo error que el señor Della Guardia.

Sandy se vuelve; hace una escueta reverencia.

—Pido perdón, señoría —dice—. Creo que me he contagiado. Una risa leve de todos. Del juez. De una serie de miembros del jurado. Una pequeña broma a expensas de Nico.

Sandy se vuelve al jurado y comenta como si hablara para sus adentros:

—No debo dejarme llevar por este caso.

Después plantea su última semilla. Sin compromisos, sólo unas pocas palabras.

—Ciertamente uno no puede dejar de preguntarse por qué. Mientras escuchan las pruebas, pregúntenselo ustedes también. No por qué Carolyn Polhemus fue asesinada. Eso nadie lo descubriría a la vista de las pruebas presentadas. Sino por qué Rusty Sabich está aquí sentado falsamente acusado. ¿Por qué ese empeño en llevar adelante un caso circunstancial, que se supone debe mostrar la culpabilidad más allá de una duda razonable y no lo hace?

Sandy se detiene. Inclina a un lado la cabeza. Quizá sepa la respuesta o quizá no. Habla en voz baja.

—¿Por qué? —es la última cosa que dice.

CAPÍTULO 27

No logran encontrar el vaso.

Nico lo admite en cuanto Stern, Kemp y yo llegamos la mañana del tercer día de la vista. Hoy acudirá el primer testigo.

—¿Cómo es posible? —pregunta Stern.

—Pido disculpas —dice Nico—. Tommy me ha dicho que al principio lo olvidó. Y eso es verdad. Ahora lo están buscando por todas partes. Aparecerá. Pero tengo un problema —él y Stern se alejan para conferenciar. Molto les observa con lógica preocupación. No parece muy dispuesto a moverse de la mesa de los fiscales, como un perro apaleado. La verdad es que Tommy no tiene buen aspecto. Estamos todavía muy al principio del juicio para sentirse tan exhausto como aparenta. Tiene la tez macilenta y su traje es el mismo de ayer; no parece que haya podido descansar. No me sorprendería si me dijeran que Molto no se fue a casa anoche.

—¿Cómo es posible que se extravíe una prueba como ésa? —me pregunta Kemp.

—Pasa todos los días —contesto.

El almacén en donde se depositan las pruebas, situado en la comisaría de McGrath, tiene más objetos sin reclamar que una casa de empeños. Las etiquetas se caen, los números se tergiversan. Yo he tenido que empezar muchos casos con las pruebas extraviadas. Lamentablemente, Nico tiene razón: aparecerá.

Stern y Della Guardia han acordado decírselo al magistrado antes de que suba al estrado; iremos todos a su despacho, con lo cual Nico se ahorrará un vapuleo público. Las concesiones de Stern en este tipo de asuntos, cortesías mínimas pero infrecuentes, lo han hecho popular en la oficina del fiscal. Otros abogados exigirían que esto constara en actas y Nico tendría que ocultarse de la prensa.

Esperamos un momento en la antecámara del despacho del magistrado mientras su secretaria, Corrine, está atenta a la luz del teléfono para saber cuándo terminará de hablar el juez. Corrine es imponente y pechugona, y el carácter de sus relaciones con Larren era tema de especulación en los corrillos de los tribunales hasta que, el otoño pasado, se casó con un auxiliar de vigilancia de libertad provisional llamado Perkins. Larren siempre ha sido

un hombre cotizado entre las mujeres. Se divorció hará lo menos diez años y, últimamente, ha sido muy comentada su presencia en lugares nocturnos del bulevar Bayou, rebautizado, con cierta sabiduría, como la calle de los Sueños.

—Dice que pasen —nos indica Corrine, tras anunciar nuestra presencia al magistrado por teléfono.

Kemp. Nico y Molto nos preceden. Stern quiere consultarme una cosa a solas.

Cuando entramos, Nico ya ha empezado a explicarle el problema al magistrado. Él y Kemp están sentados en sillones delante de la mesa. Molto se sienta a cierta distancia en un sofá. La estancia, el *sancta sanctorum* del magistrado, tiene un aspecto distinguido. Una pared está totalmente forrada por los lomos dorados de los comentarios a la ley del estado y Larren también tiene su propio Muro de Honores. Hay una gran fotografía de él y Raymond, entre otras muchas de Larren con políticos, casi todos negros.

—Señoría —está diciendo Nico en ese momento—. Me enteré anoche mismo por Tommy.

—Pues ayer creí entender a Tommy que tenían el vaso y que sencillamente se les había olvidado. Tommy, le voy a decir una cosa —el juez está de pie detrás de su mesa, tiene un cierto aire regio con su camisa morada de cuello y puños blancos. Ha estado ordenando sus libros y papeles mientras escuchaba, pero ahora se vuelve y señala a Molto con el dedo—. Como lo pille en las mismas mentiras de casos anteriores lo siento en el banquillo. Lo digo en serio. No me venga diciendo una cosa y que luego resulte otra. Y quiero decírselo delante del fiscal general. Nico, sabe que con usted siempre me he llevado bien. Pero aquí hay una antigua historia —dice señalando a Molto con la cabeza.

—Juez, lo entiendo. De verdad. Por eso me preocupé tanto cuando me enteré. De verdad, creo que se ha extraviado.

Larren, delante de todos, mira siniestramente a Della Guardia por el rabillo del ojo. Nico no se acobarda. Lo está haciendo muy bien. Tiene las manos sobre el regazo y está poniendo todo su esfuerzo para parecer suplicante. Esta no es una actitud espontánea y sus afanes por humillarse ante el juez parecen tener éxito. Ayer por la noche debió pasar de todo entre él y Molto. De ahí el mal aspecto de Tommy.

Larren, sin embargo, no está dispuesto a dejarlo pasar. Como siempre ha captado todas las posibles implicaciones del caso. Durante más de un mes, los fiscales han mantenido la promesa de presentar el vaso, aunque sabían

que no lo podían encontrar.

—No es ninguna nadería —dice el juez, mirando a Stern en busca de apoyo—. Sabe, Nico, no firmo esas órdenes por diversión. Me da igual lo que haga con sus pruebas, pero dígame... ¿quién fue el último que cogió el vaso?

—Hay cierto desacuerdo en eso, señoría, pero creemos que fue la policía.

—Es natural —dice Larren y su mirada se pierde en el vacío, asqueado—. Bueno, pues esto tenemos. Han transgredido una orden de la sala. La defensa no ha tenido oportunidad de prepararse. Y usted nos largó unas conclusiones provisionales, Nico, en las que se refirió a esta prueba por lo menos media docena de veces. Bueno, pues ahora es su problema. Cuando encuentren el vaso, suponiendo que lo encuentren, determinaremos si forma parte o no de la evidencia. Y ahora, pasemos a la vista.

Pero Nico tiene dificultades más profundas que un simple juez enfadado. El ministerio fiscal ha preparado el proceso para que los testigos intervengan en un cierto orden, al que se conoce como orden de comparecencia. El primer testigo deberá hablar de la escena del crimen y, naturalmente, mencionará el vaso.

—No en mi sala —dice Larren—. No, señor. No vamos a seguir hablando de una evidencia que no se puede encontrar.

Stern interviene por fin. Anuncia que no tiene ninguna objeción a que Nico proceda según sus planes.

—Señoría, si el ministerio fiscal no llegara a encontrar el vaso, rechazaremos toda prueba ulterior relacionada con él —se refiere, desde luego, a las huellas dactilares—. Pero, de momento, no es nuestro propósito retrasar los procedimientos, si su señoría lo tiene a bien.

Larren se encoge de hombros. Sandy es el defensor. Esto era lo que Sandy me quería consultar en la antesala del magistrado. Si protestábamos, haríamos cambiar a Nico el orden previsto, pero Sandy cree que sacaremos más partido si el primer testigo de Nico tiene que hablar de una prueba no presentada. Mejor será convertirlo en una especie de parodia de la policía, fue como Stern lo expresó. Eso le hará daño ante el jurado. Además, qué mal puede hacerme el hecho aislado de que se encuentre un vaso. Y como le indiqué a Kemp, los custodios de la policía acabarán por localizarlo.

—En mi opinión deberían ustedes facilitar al señor Stern un orden de comparecencia para que estuviera al tanto de cuándo va a volver a salir el tema.

Molto toma la palabra.

—Lo tenemos aquí. Se lo daremos ahora mismo, señoría. Tommy rebusca entre el montón de papeles que tiene en su regazo y entrega una hoja a Kemp.

—Y vamos a incluirlo en el acta —dice. El castigo de Nico. Tendrá que explicar este enredo en público, después de todo.

Mientras los letrados están ante el estrado, repitiendo la conferencia que acabamos de mantener en presencia del secretario de sala, examino el orden de comparecencia. Estoy ansioso por saber cuándo va a intervenir Lipranzer. Cuanto antes lo haga, antes podrá volver a ocuparse de localizar a León. He intentado que el detective de Sandy siga buscando, pero me ha dicho que no hay nada que hacer. Tampoco en esto tengo suerte. La intervención de Lip será hacia el final del proceso. León y yo tendremos que esperar.

A pesar de mi desilusión reconozco que Nico y Tommy han estructurado el caso con cuidado. Empezarán con el lugar del crimen y la relación de las pruebas materiales, para continuar con una demostración progresiva de por qué soy el asesino. Primero intentarán dejar constancia, aunque aquí sus pruebas son muy endebles, de mi relación con Carolyn; después, de mi objetable aproximación a la investigación; cerca del final, aportarán los indicios que me sitúan en la escena del crimen: las huellas, las hilachas de moqueta encontradas, las llamadas telefónicas, la criada del autobús de Nearing, el resultado de la prueba de sangre. Kumagai Sin-Dolor testificará en último lugar y ofrecerá su experta opinión sobre cómo ocurrieron los hechos.

En el estrado, Larren está todavía echándole el rapapolvo a Nico para que conste en el acta.

—Y los fiscales se comprometen a dar aviso a la defensa en cuanto aparezca la prueba, ¿queda claro?

Nico promete que así será.

Una vez resuelto el asunto, comparece el jurado y Nico anuncia el nombre del primer testigo del ministerio fiscal: el detective Harold Greer. Entra y se queda de pie ante Larren para prestar juramento.

En cuanto Greer aparece, todos entendemos las razones de Nico para no variar el orden. Por razones psicológicas, los jurados suelen retener en la memoria al primer testigo y Greer tiene una presencia impresionante; es un inmenso negrazo, con un habla culta, calmado y ordenado en la presentación de sí mismo. Con o sin vaso, él es la viva imagen de la competencia. El

departamento está lleno de oficiales como Greer, con el coeficiente intelectual de un catedrático de universidad y que si se hicieron policías fue porque, dadas sus expectativas, era la mejor alternativa.

Molto se encarga de hacer las preguntas. Parece un tanto encogido pero su cuestionario es impecable.,

—¿Dónde se encontraba el cuerpo?

Greer fue el tercer oficial en aparecer por el lugar del crimen. Descubrieron a Carolyn a las 9:30. No había asistido a la reunión de las ocho, ni a una vista a las nueve. Su secretaria llamó directamente al encargado del edificio. Todo lo que éste hizo, según me contó hace meses, fue empujar la puerta y mirar. Se dio cuenta de que era asunto de la policía. Y en seguida avisaron a Greer.

Greer describe lo que observó y el trabajo que los técnicos del departamento realizaron bajo su supervisión. Identifica un paquete de plástico sellado, que contiene los hilos encontrados en el cuerpo de Carolyn y un paquete más grande con su falda, de la que se obtuvieron más restos de la fibra Zorak V. Ni Molto ni él hacen demasiado hincapié en el vaso. Greer afirma haberlo encontrado sobre la barra y haber visto a los técnicos sellar la bolsa.

—Y ¿dónde está el vaso ahora?

—Hemos tenido ciertos problemas para localizarlo. Debe encontrarse en la sala de almacenaje de la policía.

A continuación, Nico evoca el fantasma del diafragma desaparecido. Greer dice que a pesar de registrar a conciencia todo el apartamento, no descubrieron ningún tipo de anticonceptivo.

Entonces, una vez enumeradas ante el jurado todas las muestras recogidas por la policía, Molto pasa al punto culminante de su interrogatorio.

—Basándose en su propia experiencia como detective de homicidios durante nueve años, y en el aspecto del lugar, ¿qué opinión se formó usted sobre lo que allí pasó? —pregunta.

Stern hace su primera objeción delante del jurado.

—Se trata de una especulación, señoría —protesta—. No puede ser aceptada como la opinión de un experto. Molto está inquiriendo una sospecha.

Larren se palmea las mejillas con su enorme mano, pero sacude la cabeza.

—Denegada.

Molto repite la pregunta.

—Basándonos en la posición del cuerpo —responde Greer—, la forma en que fue atada, los signos que inducen a pensar en una pelea, la ventana que da a la salida de incendios abierta, mi primera impresión fue que la señora Polhemus había sido asesinada en el transcurso de un asalto sexual, o como resultado del mismo.

—¿Una violación? —dice Molto. Es una pregunta capciosa que no se suele permitir en un examen directo; sin embargo, en las presentes circunstancias resulta inocua.

—Sí —contesta Greer.

—¿Acudieron al lugar fotógrafos de la policía?

—Sí.

—¿Qué hicieron?

—Les pedí que tomaran una serie de fotografías del lugar. Y así lo hicieron.

—¿Estando usted presente?

Molto coge el taco de fotos que vi en la oficina hace cuatro meses, del carro de la evidencia que los fiscales han mandado traer a la sala esta mañana. Las enseña una por una a Sandy antes de presentárselas a Greer. Molto ha preparado el testimonio con inteligencia. Como regla general, los magistrados suelen limitar el uso de fotografías en los casos de asesinato. Es algo horripilante y perjudicial. Pero habiendo enfatizado la importancia de las apariencias, cosa que el ministerio fiscal argumentaría haber establecido, carecemos de base para fundar nuestra objeción. Nos quedamos quietos, intentando parecer impávidos, mientras Greer va describiendo las espeluznantes fotos a la vez que las reconoce como fiel reflejo de la escena. Cuando Molto se las ofrece, Sandy se aproxima al estrado y pide al juez que las vea.

—Bastará con dos del cadáver —dice Larren. Quita otras dos, pero permite a Molto pasar a los miembros del jurado las que ha admitido, una vez terminado el examen de Greer. Yo no me atrevo a levantar la mirada, pero sé que la sangre y el contorsionado cadáver de Carolyn han tenido el efecto buscado por los fiscales. No creo que la profesora vuelva a sonreírme durante cierto tiempo.

—El turno de la defensa —anuncia el magistrado.

—Sólo unas pocas preguntas —dice Sandy. Sonríe ligeramente a Greer. No vamos a entrar a fondo con este testigo—. Mencionó usted un vaso, señor

Greer. ¿Dónde está?

Stern empieza a mirar entre los objetos que Greer ha identificado.

—No está ahí.

—Perdone. Creí haberle oído testificar sobre él.

—Así es.

—¡Oh! —Sandy finge estar aturdido—. Pero, ¿no lo tiene?

—No, señor.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—En el lugar del crimen.

—Y desde entonces, ¿no lo ha visto?

—No, señor.

—¿Ha intentado buscarlo?

Greer sonríe. Probablemente por primera vez desde que subió al estrado.

—Sí, señor.

—Por la expresión de su cara, deduzco que lo ha hecho con cierto ahínco.

—Sí, señor.

—¿Y el vaso sigue sin aparecer?

—Eso es, señor.

—¿Quién lo tuvo en último lugar?

—No lo sé. El señor Molto, ese caballero de ahí, tiene los resguardos de las pruebas.

—¡Oh! —Sandy se vuelve a mirar a Molto. Tommy parece discretamente divertido con la interpretación de Sandy. Pero, desde luego, el jurado no conoce la causa de esta ligera mueca y Tommy debe parecerles un tanto arrogante—. El señor Molto los tiene.

—Sí, señor.

—En ese caso, normalmente debería tener también la evidencia.

—Sí, señor. Los fiscales conservan las pruebas y los originales de las etiquetas.

—De modo que ¿el señor Molto tiene la etiqueta, pero no el vaso?

—Efectivamente.

Sandy se vuelve otra vez hacia Molto y, mientras lo mira, dice:

—Gracias, oficial.

Parece rumiar algo antes de encararse otra vez con el testigo. Se demora unos momentos en detalles de recogida de las diversas pruebas. Cuando llega al diafragma, hace una pausa marcadamente enfática.

—Hubo algo más, aparte del aparato anticonceptivo, que no logró encontrar, ¿no es cierto, detective?

Greer arruga el ceño. No encontró el diamante de la esperanza ni el pañuelo de encaje perdido por la tía Tillie. Era una pregunta imposible de contestar.

—Usted y los oficiales que actuaban bajo sus órdenes realizaron un reconocimiento exhaustivo del apartamento, ¿verdad?

—Desde luego.

—Y sin embargo, señor, no sólo no encontró ningún diafragma, sino que tampoco vio cremas, ni geles, ni ninguna otra sustancia que pudiera ser utilizada para estos propósitos, ¿verdad?

Greer vacila antes de contestar. No había pensado en esto.

—Cierto —confirma.

Nico se vuelve inmediatamente hacia Tommy. Están sentados a sólo cinco metros de mí, dándonos la espalda y mirando al jurado. Nunca antes había tenido la oportunidad de ver a mis oponentes. La mesa del fiscal está orientada hacia el jurado. Nico está susurrando algo a Molto. Parece algo así como: «¿Dónde coño estará?» Varios miembros del jurado están escuchando muy atentos esta parte del interrogatorio.

Stern está a punto de sentarse cuando le pido que me traiga las fotos. Me mira severamente. Son pruebas que él preferiría dejar en el olvido lo antes posible. Sin embargo, yo insisto y me pasa el fajo. Finalmente encuentro la foto de la barra y le enseño lo que quiero decir. Se inclina ligeramente ante mí y se vuelve al testigo.

—¿Ha identificado usted esta foto, detective Greer, marcada como la prueba 6-G del ministerio fiscal?

—Sí, señor.

—¿Muestra la barra dónde usted encontró el vaso?

—En efecto.

—Dígame, por favor... sería más fácil si dispusiéramos del vaso, pero ¿lo recuerda usted bien, verdad?

—Creo que sí. Es como los de esta foto.

—Precisamente.

—¿El vaso que se llevaron ustedes era igual a los del juego que está dispuesto aquí sobre este paño?

Sandy ha dado la vuelta a la fotografía y está señalando al área indicada, de modo que tanto Greer como el jurado puedan verla.

—Pues sí.

—¿Quiere hacer el favor de contarlos?

Greer pone el dedo en la foto y los va contando lentamente.

—Doce —dice.

—Doce —repite Stern—. Así pues el vaso que nos falta haría el número trece.

Greer sabe que eso no es normal. Menea la cabeza.

—Eso parece.

—¿Un juego de trece? ¿Es extraño, verdad?

Molto protesta, pero Greer ya ha contestado: «Mucho», antes de que Larren pueda decidir.

—La verdad —me dice Sandy cuando hacemos la pausa para el almuerzo—, agradezco sus ideas, Rusty, pero debería compartirlas con nosotros un poco antes del último momento. Ese detalle podría ser de mucho interés.

Miro a Stern mientras salimos de la sala.

—Me acabo de dar cuenta —le digo.

Los fiscales tienen una tarde aciaga. No hubo un solo caso mientras era fiscal que no tuviera un punto débil, un agujero, una parte en la que mis pruebas no fueran muy consistentes. Yo llamaba a eso «andar por el Valle de la Muerte». Para Nico, el valle es, como intuíamos desde hace tiempo, probar lo que hubo entre Carolyn y yo. Sólo espera acumular ante el jurado suficientes indicios como para permitirle realizar una suposición razonable. El plan global de Nico y Molto consistía en empezar con fuerza apoyándose en Greer, salir del paso lo mejor posible en la actual coyuntura sin demorarse demasiado y correr hacia el final ayudados por la creciente credibilidad que les proporcionarían las pruebas materiales. Una estrategia razonable. Pero al regresar a la sala después del almuerzo, todos los letrados saben que estas horas pertenecen a la defensa.

La siguiente testigo del ministerio fiscal es Eugenia Martínez, mi antigua secretaria. Ella considera esta ocasión como el momento crucial de su vida. Llega a la sala con un sombrero desgastado y unos grandes pendientes. Nico presenta su testimonio sucintamente. Eugenia testifica que lleva quince años empleada en la oficina del fiscal general. De ellos, dos, hasta abril del año pasado, trabajó a mis órdenes. Un día del mes de septiembre u octubre último, Eugenia al contestar al teléfono pulsó sin darse cuenta la tecla de una línea distinta. Sólo oyó unas pocas frases pero reconoció las voces de los

interlocutores: éramos la señora Polhemus y yo. Yo le estaba proponiendo ir a su casa.

—¿Y cómo le sonó a usted aquella conversación? —pregunta Nico. —Protesto —interviene Stern—. El término «sonar» es impropio porque induce a una caracterización.

—Se admite.

Nico se vuelve a Larren.

—Señoría, ella puede testificar sobre lo que oyó.

—Sobre lo que oyó, sí. Pero no, sobre sus opiniones —desde su silla, Larren se dirige a Eugenia—. Señorita Martínez, no debe usted decirnos lo que pensó cuando escuchó esa conversación, sino sólo las palabras y el tono.

—¿Cuál era el tono? —pregunta Nico, bastante cerca de donde quería llegar.

Eugenia no está preparada para esa pregunta.

—Agradable —responde finalmente.

Stern vuelve a protestar pero la respuesta es demasiado vaga como para merecer la exclusión. Larren deja caer una mano y pide que conste la respuesta.

Nico está teniendo dificultades en una cuestión importante. De nuevo me quedo sorprendido por lo mal que se ha preparado.

—¿Le pareció que se hablaban con intimidación?

—¡Protesto! —Stern se ha puesto de pie—. La pregunta está hecha con intención y es desleal.

Larren vuelve a enfadarse con Nico ante el jurado. Le dice que la pregunta es del todo impropia. La rechaza y ordena a los miembros del jurado que no la tengan en consideración. Pero hay cierta premeditación en esa infracción de Nico. Está intentando marcarle pautas a Eugenia.

—¿Podría definir un poco más claramente el tono de las frases que oyó?

Stern vuelve a protestar con fuerza. La pregunta ya ha sido enunciada y contestada antes.

Larren mira hacia abajo con los ojos entornados.

—Señor Delay Guardia, le sugiero que pase a otra cosa.

Pero algo inesperado, acude de repente en ayuda de Nico.

—Él le dijo: «Ángel mío» —dice Eugenia por iniciativa propia. Nico se le queda mirando, sorprendido.

—Dijo eso, ¿vale? Dijo que iría a las ocho y después la llamó «ángel mío».

Por primera vez desde que el juicio empezó, pierdo la compostura ante el jurado. Se me escapa el aire por la nariz. Estoy seguro de que dejo traslucir mi irritación. Kemp pone una mano sobre la mía.

—¡Ángel mío! —susurro—. ¡Joder!

Stern se vuelve y me mira con severidad.

Habiendo llegado más allá de lo que esperaba, Nico se sienta.

—El turno de la defensa.

Sandy avanza hacia Eugenia. Empieza a hablar en cuanto se pone de pie. No espera ni siquiera a llegar hasta la tribuna. Mantiene la misma expresión severa que me dirigió a mí hace sólo un momento.

—¿Alas órdenes de quién trabaja ahora en la oficina del fiscal general, señorita Martínez?

—¿Trabajar?

—¿De quién son los papeles que debe usted mecanografiar? ¿Las llamadas que debe contestar?

—Del señor Molto.

—¿Este caballero? ¿El letrado que está en esa mesa?

—Sí, señor.

—Cuando el señor Sabich tuvo que marcharse de la oficina a causa de este proceso, el señor Molto ocupó su puesto. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor.

—Se trata de un puesto de considerable autoridad e influencia en la oficina del fiscal general, ¿no es cierto?

—Es el número dos —contesta Eugenia.

—¿Y estaba el señor Molto al frente de la investigación que le proporcionó el puesto del señor Sabich?

—¡Protesto!

—Señoría —dice Sandy al magistrado—. Tengo derecho a intentar aclarar los posibles condicionamientos de la testigo. Esta mujer está declarando ante su superior. El hecho de que conozca sus motivaciones es importante.

Larren sonrío. La intención de Stern va más allá, pero su excusa puede pasar. La protesta se desestima.

El secretario de sala vuelve a leer la pregunta y Eugenia contesta afirmativamente. Sandy, en su informe preliminar, aludió, bien que superficialmente, a las pasadas elecciones y al cambio habido en la administración. Esta es la primera oportunidad en la que intenta desarrollar el

tema de la rivalidad por el poder. Contestará, en parte, a la pregunta planteada al jurado, en aquella primera intervención, sobre cuáles serían las razones que indujeron a los fiscales a llevar adelante un caso sin pruebas suficientes. No había pensado que fuera a escoger a Molto como rival, en lugar de a Della Guardia.

—Bien. ¿Y en el curso de esa investigación le pidió el señor Molto que repitiera lo que recordaba sobre las relaciones entre el señor Sabich y la señora Polhemus a algún oficial de la policía?

—¿Cómo?

—¿No habló usted en mayo con el oficial Glendenning?

Tom a veces está presente en la sala y otras no, pero justamente hoy está aquí de uniforme sentado a la mesa del fiscal y Sandy le señala.

—Sí, señor.

—Y sabía que era una investigación muy importante, sobre todo para su jefe, el señor Molto, ¿no es cierto?

—Así parecía.

—Y, sin embargo, señorita, cuando le preguntaron sobre las relaciones del señor Sabich con la señora Polhemus nunca mencionó al oficial Glendenning que había oído al señor Sabich llamar a la señora Polhemus «ángel mío», ¿no es cierto?

Sandy pronuncia el epíteto enfáticamente, con un tono muy frío. Parece estar enfurecido por el perjurio. Tiene el informe de Glendenning en la mano.

Eugenia, de pronto se ve atrapada. Pone ojos de impotencia y flaquea un poco. Probablemente no tenía ni idea de que la defensa estuviera informada de sus anteriores declaraciones.

—No, señor —dice.

—Y tampoco le contó al oficial Glendenning que recordara haber oído usar al señor Sabich ningún término cariñoso, ¿verdad?

—No, señor —medita con tristeza. He visto esa mirada cientos de veces. Los ojos cerrados, los hombros hacia delante. Eugenia está en su peor momento—. Nunca dije nada parecido.

—¿Ni al señor Glendenning?

—A nadie.

Sandy se da cuenta, antes que yo, de a dónde quiere llegar Eugenia. Se ha buscado una salida. Él se adelanta unos pasos hacia ella.

—¿No dijo usted hace cinco minutos que el señor Sabich llamó a la señora Polhemus «ángel mío»?

Eugenia se yergue fiera y orgullosa.

—De ninguna manera —dice en voz alta.

Tres o cuatro miembros del jurado apartan la mirada. A uno de ellos, al que estudia el arte de la hamburguesa, se le escapa una carcajada como un acceso de hipo. Sandy estudia a Eugenia.

—Ya veo —dice finalmente—. Bien. Y dígame usted, señorita Martínez, ¿cuando estos días contesta usted al teléfono del señor Molto escucha sus conversaciones?

Sus ojos saltones se le encienden de rabia.

—No —dice.

—Usted no escucharía ni un minuto más de lo suficiente para darse cuenta de que la línea está ocupada, ¿no es cierto?

Desde luego, ése es el problema de Eugenia. Tal vez oyera bastantes más cosas de mis conversaciones con Carolyn que lo reconocido hasta ahora. Pero incluso aunque sea el fiscal general y su primer ayudante los que llevan el caso, no puede admitir haber escuchado a escondidas. Los vientos de la fortuna cambian demasiado deprisa y Eugenia, un animal burócrata, sabe que admitir algo semejante sería, a la larga, una bomba de relojería que la haría caer de su sinecura en el armazón del servicio público.

—¿Lo que oyó, lo oyó en un instante?

—Pues, sí.

—¿Y nada más?

—No, señor.

—Y nos ha dicho que el tono era agradable, ¿no fueron ésas sus palabras?

—Esas mismas palabras.

Stern se adelanta y se pone junto a Eugenia. La mujer pesa cerca de cien kilos. Es de rasgos bastos e, incluso vestida con sus mejores galas, como lo está hoy por ejemplo, sigue sin tener buen aspecto. El vestido es demasiado chillón y marca demasiado sus abultadas formas.

—¿Basa esta respuesta —pregunta Stern—, en su experiencia personal en estos asuntos?

Stern mantiene la expresión inmutable, pero un par de miembros del jurado captan su intención, bajan la cabeza y sonríen. Desde luego, Eugenia lo ha entendido. Los ojos de un asesino no podrían ser más fríos. Stern no espera su respuesta.

—Y esta conversación en la que mi cliente habló de reunirse en casa de

la señora Polhemus tuvo lugar el pasado mes de septiembre, ¿dice usted?

—Sí, señor.

—¿Recuerda usted que el señor Sabich y la señora Polhemus llevaban un caso juntos en septiembre?

Eugenia lo piensa.

—Pues no —dice.

—¿No recuerda el caso McGaffen? ¿El de un niño que había sido monstruosamente torturado por su madre, que le había metido la cabeza en un tornillo de carpintero, y le había quemado el ano con un cigarrillo? ¿No recuerda que fue el señor Sabich quien logró condenar a esa... —Stern aparenta buscar la palabra antes de terminar la frase— mujer?

—¡Ah, ése! —dice—. Lo recuerdo.

—El caso McGaffen supongo que no salió a colación cuando hablé con el señor Molto.

—¡Protesto! Larren lo sopesa.

—Retiraré la pregunta —dice Stern. Ya ha comunicado al jurado lo que quería. El fiscal Molto parece cargar con todas las culpas, hasta ahora. Es él quien conserva el resguardo del vaso desaparecido. Y quien ha inspirado el perjurio de Eugenia.

—Señorita Martínez, ¿recuerda si hizo calor en el Condado de Kindle alrededor del Día del Trabajo del año pasado?

Frunce el ceño. Ha sufrido una paliza tal que ahora está intentando cooperar.

—Hubo un par de días que pasamos de los treinta grados.

—En efecto —dice Stern—. ¿Tiene aire acondicionado la oficina del fiscal?

Eugenia gruñe.

—Sólo si cree lo que dicen.

Risas en toda la sala. El magistrado, los espectadores, el jurado. Incluso Stern por fin sonríe.

—Supongo que estarán deseando marcharse en esos días de tanto calor.

—Tiene toda la razón.

—Pero, cuando están en medio de un proceso, los fiscales no se marchan al terminar la jornada, ¿verdad?

Ella mira a Sandy con suspicacia.

—¿No es práctica común entre los ayudantes preparar la sesión del día siguiente por las tardes después de las seis?

—Ah, sí.

—Y, dígame, ¿no preferiría trabajar en un lugar con aire acondicionado más que en la oficina del fiscal, en una tarde calurosa?

—¡Protesto! —dice Nico.

Es una protesta absurda.

—Se rechaza.

—Pues claro que sí.

—Usted no tendrá conocimiento de si la casa de la señora Polhemus disponía de aire acondicionado, supongo.

—No, señor.

—Pero sí sabrá que el río está mucho más cerca de la oficina del fiscal que de la casa del señor Sabich en Nearing.

—Sí, señor.

Sea cual sea la valoración que hayan hecho los miembros del jurado de Eugenia, ésta ha de ser forzosamente favorable en comparación con la señora Krapotnik, llamada a declarar justo después. Con ella se llega a niveles cómicos. La señora Krapotnik es viuda. No nos dice de qué murió el señor Krapotnik, pero es difícil creer que ella no tuviera algo que ver. Es de pecho abundante y maquillaje estridente; su cabello rojizo está tan cardado que parece un arbusto y va cargada de joyas. Un ser difícil. Se niega a contestar las preguntas y habla por los codos. La señora Krapotnik nos explica que su difunto marido era una especie de contratista. Compró el edificio donde ahora vive, en la ribera del río, cuando la vecindad era todavía, en palabras de la señora Krapotnik, «un batiburrillo de remolques y basura» y asiente al jurado mientras lo dice, confiada de que sabrán a lo que se refiere. El señor Krapotnik dirigió personalmente las obras de adecentamiento de su parcela.

—Era un visionario. ¿Entienden? Descubría cosas. Aquel lugar... ¿Saben lo que había allí? Ruedas. No estoy de guasa, señor Dioguardia. Neumáticos. De verdad, no se puede imaginar el olor que había. Yo no soy ninguna remilgada pero... me da apuro contarle. En fin, que un día me llevó allí y les juro por Dios que estuve a punto de vomitar.

—Señora —dice Nico por décima vez.

—Era fontanero. ¿Quién iba a pensar que supiera nada de casas? ¿Sí, señor Dioguardia? —le mira de soslayo—. ¿Se llama así, Dioguardia?

—Della Guardia —dice Nico y vuelve la cara hacia Molto, buscando ayuda con desesperación.

Poco a poco, la señora Krapotnik llega a Carolyn. En un primer

momento fue arrendataria suya cuando se mudó allí, hace casi una década. Durante la locura de las rehabilitaciones, el edificio se dividió en apartamentos que se pusieron a la venta y Carolyn compró el suyo. Mientras escucho a la señora Krapotnik, paso a Kemp una nota: ¿De dónde saca el dinero una auxiliar que todavía está en la facultad para pagar el alquiler de una casa en la ribera del río? Kemp asiente. Estaba pensando lo mismo. Durante casi diez años Carolyn vivió en el segundo piso y la señora Krapotnik en el primero. Y Carolyn le llevó flores, aunque no era lo más indicado, el día que murió el pobre señor Krapotnik.

Nico quiere quitársela de encima cuanto antes. La señora Krapotnik está completamente fuera de control. No se molesta en preguntarle por la noche del crimen. Cualquier identificación que hiciera en estos momentos quedaría gravemente entredicho después de su confusa intervención. Así que Nico decide preguntar sin más:

—¿Reconoce a alguien en esta sala, señora Krapotnik, a quien viera cerca de la casa de la señora Polhemus?

—Bueno, sé que he visto a ése —dice y lanza las dos manos y toda la parafernalia de pulseras detrás en dirección al magistrado.

Larren se cubre la cara con las dos manos. Nico se frota la nariz. La risa de los espectadores es reprimida, pero después de un instante parece renacer. La señora Krapotnik, al darse cuenta de que ha metido la pata, mira a su alrededor desesperada. Señala a Tommy Molto, sentado en la mesa del fiscal.

—Y a ése también.

Molto empeora la cuestión al volverse a mirar si hay alguien detrás. Para entonces todos los miembros del jurado ríen abiertamente.

Nico se acerca al carro de evidencias y toma la serie de fotografías entre las cuales había identificado una instantánea mía. Observa la serie, mira en dirección a mí y se encoge de hombros. ¿Quién sabe?

—¿Recuerda haber identificado antes la fotografía número 4? —pregunta Nico.

—¿Quién sabe? —dice esta vez en voz alta. Y cuando Nico cierra los ojos desesperado, añade—. Ah, bueno. Dije que era él.

Nico se va a su asiento.

—El turno de la defensa.

—Sólo una pregunta —dice Stern—. Señora Krapotnik, ¿supongo que sus casas tendrán aire acondicionado?

—¿Aire acondicionado?—se vuelve al magistrado—. ¿Qué le importa a

él si tenemos aire acondicionado?

Larren despliega toda su altura y posa sus manazas en el extremo del estrado, hasta quedar suspendido sobre la señora Krapotnik, a algo más de un metro por encima de su cabeza.

—Señora Krapotnik —dice en voz baja—, esa pregunta se puede contestar con un sí o con un no. Si dice usted algo más, la hago arrestar por desacato.

—Sí —dice la señora Krapotnik.

—Nada más, señoría —dice Stern—. ¿Reflejará el acta que no hubo identificación del señor Sabich?

—El acta reflejará —dice el juez, moviendo la cabeza— que el señor Sabich fue una de las pocas personas de la sala que la señora Krapotnik pasó por alto.

Larren abandona la sala en medio de las risas.

Más tarde los periodistas se aglomeran en torno a Stern. Quieren sacarle un comentario sobre el primer día de testificaciones, pero no hace ninguno.

Kemp está guardándolo todo en la gran cartera que Sandy lleva a los juicios: los documentos, los duplicados de las declaraciones y las copias de las pruebas que fueron exhibidas durante la jornada y que se acumulan en la mesa. Yo le empiezo a ayudar, pero Stern me coge del brazo y me lleva al pasillo.

—No nos recreemos en el éxito —dice—. Nos espera una larga noche de trabajo. Mañana comparecerá Raymond Horgan.

Qué familiar me resulta todo. Regreso a casa por la noche con el mismo agotamiento de siempre después de un día de vista. Siento los huesos liberados de la corriente de alto voltaje que he soportado durante el día: mis músculos están entumecidos a causa del recalentamiento de la adrenalina. Mis poros no quieren cerrarse y un moderado sudor corporal, provocado por la gran excitación, continúa afluyendo durante toda la tarde. Vuelvo a casa con la camisa pegada como si fuera una envoltura.

Sentado en la sala hay momentos en los que realmente olvido a quién se está juzgando. Los aspectos de la actuación no están presentes, desde luego, pero es grande la gratificación que siento al seguirlo de cerca. Y, en cuanto vuelvo al despacho, vuelvo a ser el abogado de siempre y leo libros, tomo notas, preparo informes. Nunca me faltan ánimos. Cuando el autobús me deja en Nearing, camino por las silenciosas calles alumbradas de esta agradable ciudad; todas las sensaciones son conocidas y por ende, seguras. He llegado a

puerto. Mi ansiedad se sosiega; estoy en paz. Como lo he hecho desde hace años, me detengo en la puerta y, sentado en una mecedora, me quito los zapatos para no despertar a Barbara que ya debe estar durmiendo. La casa está a oscuras. Disfruto del silencio y medito sobre los acontecimientos del día, al fin solo. Y, en ese momento, estimulado por todo lo que se ha hablado de ella o, simplemente por la sensación momentánea de que he regresado a un pasado mejor o incluso por una evocación inconsciente de otros sigilosos regresos a casa, me sobresalta el ver alzarse ante mí a Carolyn como lo hacía durante aquel corto mes en el que creí haber encontrado el nirvana, desnuda de medio cuerpo para arriba: los pechos erguidos y espectacularmente redondos, los pezones rojos, erectos y densos; su cabello cargado de electricidad estática por nuestros devaneos en la cama, su boca sensual entreabierta preparada para ofrecer algún comentario inteligente, ingenioso, estimulante. Y de nuevo me quedo casi sin capacidad de movimiento por culpa de un deseo tan fiero, tan voraz, tan lascivo que no me importa que sea loco, ni desesperanzado: susurro su nombre en la oscuridad. Lleno de vergüenza y de añoranza, soy como un cristal que vibra a punto de estallar: «¡Carolyn!» Desesperanzado. Loco. Y no puedo creer en mi profunda convicción, que en realidad no es una idea sino algo más profundo, una cadena de emociones, el deseo de volver a hacerlo todo otra vez. Y otra. Y otra.

Después, el fantasma se desvanece; ella se convierte en aire. Me siento en silencio, derecho como un palo. Respiro con ritmo rápido. Sé que pasarán horas antes de que pueda conciliar el sueño. Busco a tientas en el armario del salón algo para beber. Debería forzar mi mente a superar esta visita nocturna, pero no puedo. Tengo la sensación, tan firme como la añoranza de hace sólo un instante, de que ya ha pasado todo. Me siento en la mecedora del salón. Por alguna razón, me encuentro más a gusto con mi cartera y me la coloco sobre el regazo.

Pero su protección es incompleta. El despertar de esta aparición produce una gran alteración en mis corrientes emocionales. Allí sentado en la oscuridad siento la fuerza de los grandes personajes de mi vida, que giran en torno a mí como las múltiples lunas de un lejano planeta, ejerciendo cada uno su atracción. Barbara, Nat, mis padres. Qué cataclismo de amor y cariño. Y vergüenza. Siento su oscilante poderío y un remordimiento abrumador. Prometo desesperadamente a todos ellos, a mí mismo, al dios en quien no creo, que si sobrevivo a esto, me portaré mejor. Mejor que hasta ahora. Es un

compromiso apremiante, tan sincero y serio como el último deseo de un moribundo.

Me tomo mi copa allí sentado en la oscuridad y espero a que llegue la paz.

CAPÍTULO 28

Lo primero que noto cuando entra Raymond Horgan en la sala es que lleva el mismo traje que se puso en el funeral de Carolyn, de ligera estameña azul. Los kilos de más no merman nada su atractivo público. Se le puede describir como una persona corpulenta y, sin embargo, por su elegante manera de caminar, no es posible dudar de su talla. Él y Larren intercambian la misma mirada de complicidad mientras presta el juramento. Sentado, Horgan mira a su alrededor sopesando la concurrencia de una manera correcta y profesional. Saluda con la cabeza a Stern primero, después su mirada se cruza con la mía y me hace un gesto de reconocimiento. Yo no me muevo. No me permito ni el aleteo de una pestaña. En este momento deseo con todo mi corazón la absolución; no ya por recobrar la libertad, sino para tener la oportunidad de ver la mirada de Raymond Horgan el primer día que nos cruzamos en la calle.

Aquí en la sala, a la espera de Raymond, se volvió a respirar ese aire épico, esa sobrecarga de amperios propia de los momentos especiales: cuatrocientas personas que aguardan impacientes; un tono de urgencia en el murmullo de la sala. Hoy he notado que la zona reservada para la prensa ha crecido en una fila y media y los primeros violines del periodismo están presentes; los que escriben los editoriales o los artículos de fondo. No ha dejado de sorprenderme, durante lo que llevamos de juicio, el respeto con que los informadores han acatado la orden de Stern de no importunarme. Ahora que ya poseen en sus archivos imágenes de mi entrada al juzgado con que poder ilustrar el resumen de las incidencias del proceso en los telediarios de la noche, Barbara y yo podemos entrar y salir con relativa paz. De vez en cuando un periodista, normalmente algún antiguo conocido, me aborda en el vestíbulo para hacerme una pregunta. Yo les remito a Stern. La semana pasada, me tropecé con un *free lance* de Nueva York que afirmó estar considerando la posibilidad de escribir un libro sobre mi caso. Cree que tendría bastante éxito. No acepté su invitación a cenar.

Podría olvidarme de la prensa si no fuera por los periódicos de la mañana. Ya no sigo la información de la televisión; los resúmenes son tan malos que me ponen furioso incluso cuando los errores me favorecen. Pero no puedo evitar ver los titulares de los periódicos, los veo en las máquinas,

cuando bajamos a la ciudad en coche. Los dos diarios parecen empeñados en rivalizar a ver en cuál de ellos se ofrece una información más baladí. La revelación de Nico de los amores de Raymond y Carolyn durante un informe preliminar dio pie a titulares de pésimo gusto durante dos días: «El sexo de los fiscales», proclamaba el *Herald*, con un montón de subtítulos y detalles escabrosos. Es imposible que el jurado no viese también esos titulares. Todos prometen solemnemente tras su elección no leer los periódicos. Pero esto no se lo cree casi ningún abogado.

En la tribuna del jurado hay en estos momentos un revuelo considerable. Parece que la presencia de Raymond les llama más la atención que, por ejemplo, cuando vieron a Nico por primera vez el día de la elección del tribunal. Entonces sólo vi a unos pocos, inclinándose hacia el compañero y apuntando con la cabeza a Delay. La emoción que aporta Horgan a la sala es mayor. No sólo es una persona conocida por todos los presentes, sino que lo ha sido durante la mayor parte de su vida adulta. Es una celebridad. Nico es sólo su sustituto. Quizá la revelación de Nico durante su primera intervención dejó flotando una cierta intriga carnal que contribuye, también, a la enorme expectativa despertada. Lo que desde luego está claro es que, como predijo Stern hace semanas, hemos llegado al nudo gordiano de este caso. Los miembros del jurado han girado sus sillas hacia el banquillo de los testigos. Y, mientras Molto se acerca al estrado dispuesto a iniciar su interrogatorio, la sala se sume en el silencio.

—Diga su nombre, por favor.

—Raymond Patrick Horgan —contesta—. Tercero —y al decir esto último, hace una mueca a Larren. Debe de tratarse de un chiste privado. No sabía que hubiera dos R. H. anteriores. Es curioso lo que se descubre bajo juramento.

Una vez más, Molto ha preparado el cuestionario con cuidado. Desde luego, Raymond sabe lo que le espera, como es su obligación, y en seguida él y Tommy imprimen un buen ritmo al desarrollo del interrogatorio. Horgan tiene los puños cerrados. Su traje azul y su saber político le dan apariencia de serenidad. Despliega todo su encanto; su franqueza. Ha bajado un punto el volumen de la musicalidad celestial de su voz de barítono para lograr una entonación sin énfasis.

Tommy se lo toma con calma. Quieren sacarle todo el jugo a Horgan, recobrase rápidamente del desastre de ayer en esta guerra de impresiones. Repasa la vida de Raymond: nació aquí. Escuela secundaria en el East End,

en St. Viator. Dos años en la universidad. Su padre muere y entra en la policía. Después de siete años en el Cuerpo, ya sargento, se licencia en derecho, en los cargos nocturnos. Por un momento, temo que Molto haga mención del bufete de abogados que compartió con Larren, pero la cuestión es eludida. Horgan dice sencillamente que los abogados del bufete eran tres, y que se habían especializado, sobre todo, en lo criminal. Después de dieciséis años de práctica privada, comienza su etapa política.

—Gané algunas elecciones —dice—. Otras las perdí.

Y se vuelve a Nico con una sonrisa de camaradería. Delay levanta su cabeza, medio calva, deja de tomar notas y le devuelve una rápida mirada. ¡Dios mío, cómo se miran el uno al otro! ¡Vaya flechazo! Los miembros del jurado están encantados con esta alianza, forjada en pasadas hostilidades bien conocidas por todos. La sonriente profesora presencia ese intercambio de miradas con aparente delicia. Siento que mi alma zozobra. Este va a ser un día muy duro.

—¿Conoce usted al acusado, Rozat Sabich?

—Conozco a Rusty —dice Raymond.

—¿Está en la sala?

—Sí.

—¿Podría usted señalarle y describir la ropa que lleva?

—Está junto al señor Stern; es el segundo en la mesa de la defensa y lleva un traje azul de rayas.

Esta es una formalidad que tiene por objeto establecer que el Sabich de quien se va a hablar soy yo. Ayer con Eugenia, Sandy se puso en pie y confirmó mi identificación. «Estipuló» es el término exacto, para evitar este engorro de señalar con el dedo. Pero hoy se vuelve hacia mí y me dice:

—Levántese.

Lo hago. Me levanto lentamente. No sonrío, ni hago ningún gesto.

Estoy seguro de que mi furia es evidente. La afabilidad de Raymond se desvanece algo, incluso mientras continúa con la mano extendida.

—Es él —dice Raymond, con voz serena.

Molto pasa rápidamente al relato de mi asociación con Raymond, Sandy lo detallará. Inmediatamente después, pregunta a Raymond por Carolyn. Raymond se pone serio. Deja caer la mirada sobre la barandilla de la tribuna de los testigos y dice:

—Sí, a ella también la conocía.

—¿Y cuál fue la naturaleza de su relación?

—La conocí cuando ella era auxiliar de vigilancia de libertad provisional. Estuvo contratada durante ocho años en la oficina del fiscal general, como fiscal ayudante. Y además, durante un brevísimo lapso de tiempo, a finales del año pasado y principios de éste, mantuve una relación personal con ella.

Bonito y breve. Pasan al relato del asesinato. Molto no menciona en absoluto el tema de las elecciones, pero surge en las respuestas de Raymond por referencias.

—¿Existe la práctica en la oficina del fiscal de supervisar las investigaciones policiales?

—Desde luego, en casos especiales y, en mi opinión éste lo era, se asignaba a un ayudante la tarea de dirigir y asistir a la policía.

—¿Quién realizó la designación de este caso?

—Digamos, para no alargarnos mucho, que el señor Sabich y yo decidimos conjuntamente que él debería desempeñar esa función.

Por primera vez Tommy hace una pausa. Parece que Raymond se ha vuelto atrás un poco, como resultado de nuestra reunión. Molto no se lo esperaba. Pregunta otra vez.

—¿Cómo consiguió el señor Sabich esa asignación?

—La verdad es que no recuerdo exactamente si fui yo el que lo sugerí o fue él. Como todos los demás en aquellas fechas, yo estaba confuso y abrumado. El hecho es que se le asignó a él. Y lo aceptó de buen grado. De eso sí me acuerdo. No le importó en absoluto. Y prometió consagrarse a él.

—¿Y cumplió su promesa?

—En mi opinión, no.

Se podría protestar porque esta respuesta implica una conclusión, pero Stern no quiere interrumpir. Tiene un dedo apoyado en la mejilla y otro en la nariz. Observa con intensidad, sin siquiera preocuparse por tomar notas. En muchas ocasiones, su concentración es semejante a un estado de trance. Apenas extravierte nada, sólo absorbe. Vuelvo a sentir la misma sensación que cuando estuvimos en el despacho de Horgan: Sandy no opera con hechos o estrategias sino con caracteres. Está intentando desentrañar el de Horgan.

Raymond da fe de sus quejas por mi forma de llevar la investigación, de que incluso tuvo que llamarme la atención para que recogiera los informes de las huellas dactilares y de los tejidos. Deja traslucir la impresión clara de que yo la estaba refrenando. Después describe la conversación en su oficina, la noche en que los dos comprendimos por primera vez que iba a perder.

—Me preguntó si había tenido relaciones íntimas con Carolyn.

—¿Y usted qué le dijo?

—La verdad —dice Ray llanamente. Sin aspavientos—. Que habíamos estado juntos tres meses y que después se había acabado.

—¿Y cuando se lo contó al señor Sabich, dio él muestras de sorpresa?

—Ninguna.

Ya lo he entendido. Quieren desarrollar un razonamiento hacia atrás. Se lo pregunté, pero ya lo sabía. ¿Cuál es su teoría? ¿Que me sentí ultrajado cuando lo descubrí o que sucumbí bajo el peso de sucesivos agravios? Ninguna de las dos tiene sentido si se supone, como hace Nico, que mi relación con Carolyn seguía existiendo. No disponer de los datos correctos siempre es perjudicial. Siento la mirada escrutadora del jurado, intentando leer en mi rostro la verdad de la conjetura del fiscal.

—¿Y en algún momento de aquella conversación, o cualquier otro anterior, le mencionó el señor Sabich que estuviera en relaciones con la señora Polhemus?

Al instante, Sandy vuelve a la vida. Se pone de pie.

—Protesto, señoría. No existe la más mínima prueba en el informe que establezca la existencia de ningún tipo de relación personal entre la señora Polhemus y el señor Sabich.

Una buena táctica, aunque sólo sea para romper el ritmo y para remitir a los miembros del jurado a la sesión de ayer. Pero este escollo que estamos salvando en este momento tiene un lado doloroso para mí. No podemos seguir haciendo hincapié en esta falta de pruebas si voy a acabar por subir al estrado y decir al jurado que, todo lo que Stern ha estado impugnando durante dos semanas es verdad y que realmente hubo una relación amorosa entre Carolyn y yo. Me parece que éste es uno de los sutiles subterfugios que está utilizando Stern para desalentar mi testimonio.

—Pueeees —pronuncia Larren, lenta y pesadamente. Se revuelve en la silla—. Yo diría, casi ninguna prueba —un comentario favorable a la defensa—. Dejémoslo estar, pero quisiera hacer al jurado una indicación más —se vuelve hacia ellos—. Señoras y caballeros, el señor Molto ha hecho una pregunta basándose en una conjetura. Queda a su criterio discernir, fundamentándose en lo que se diga en esta sala, si esa conjetura es cierta. Por el hecho de que él lo diga no quiere decir que sea cierto. El señor Stern, por su parte, arguye que no hay suficiente evidencia para respaldar esa conjetura y, a la conclusión del presente caso, esa será una de las cuestiones que

deberán ustedes determinar. Proceda, señor Molto.

Molto repite la pregunta.

—Ciertamente, no —dice Raymond. Su humor gaélico se le ha borrado de la cara.

—¿Era algo que usted hubiera querido saber?

—¡Protesto!

—Enúncielo de otra manera, señor Molto. ¿Era eso algo que el testigo hubiera esperado que el señor Sabich le dijera, basándose en el conocimiento del testigo de las costumbres de su oficina? —Es raro ver a Larren tan solícito con los fiscales. Ya veo que Raymond está consiguiendo el impacto que me temía.

Cuando la pregunta se repite de la forma sugerida por el magistrado, Raymond me entierra.

—Desde luego que sí. No le hubiera permitido encargarse de esa investigación. Eso plantea más interrogantes que respuestas. El público debe saber que las cosas se hacen por razones profesionales, y no personales —añade.

Un pullazo extra. Stern, delante de mí, frunce el ceño.

Molto está llegando al final de su turno; la reunión en su despacho. Raymond hace un relato fiel de mi acceso de ira, a pesar de sus avisos y de los de Mac.

—Describanos el aspecto del señor Sabich cuando abandonó la reunión.

—Yo diría que parecía bastante excitado. Desquiciado. Creo que había perdido completamente los nervios.

Molto consulta a Nico con la mirada y dice que no tiene más preguntas. Larren decreta una pausa antes de que empiece el turno de réplica.

En los servicios, al salir de una cabina, me encuentro con Della Guardia dos lavabos más allá. Tiene demasiado poco pelo para necesitar peinarse, pero está intentando ponerlo en su sitio con las yemas de los dedos. Veo que parpadea un poco cuando me advierte en el espejo.

—¿No ha sido un mal testigo, eh?

Es difícil adivinar su intención. No sé si es un simple comentario o una maligna manifestación de júbilo. Tengo la sensación de que Nico está emocionalmente desquiciado. No sigue una orientación coherente; el otro día me ofreció la mano. Nunca ha sido capaz de afrontar una reacción desagradable. Sobre todo cuando viene de alguien conocido. Recuerdo que al poco de divorciarse de Diana, volvió a acogerla en su casa durante unas

semanas cuando el otro tío la echó, incluso sabiendo que se la estaba jugando. Nico interpreta mi indecisión a su manera.

—Venga, admítelo. El tío no es un mal testigo, ¿eh?

Me seco las manos. Ahora entiendo lo que quiere; gustarme. Quiere mi aprecio. ¡Dios, qué raros somos los seres humanos! Y a lo mejor, hasta Nico tenga cosas que le salven. En este momento, Horgan por ejemplo estaría tan frío como el filo de una navaja. Me parece tonto seguir resistiendo. Sonríe un poco. Utilizo su mote.

—Mejor que la señora Krapotnik, Delay.

—Bien, señor Horgan. Ha asegurado usted haber mantenido una relación íntima con la señora Polhemus, ¿correcto?

—Sí.

—Y también nos ha dicho que, en su opinión, el señor Sabich debió informarle de que también él había sostenido una relación semejante con la misma persona.

—Dejando pasar un tiempo prudencial, sí —dice Raymond con cautela. Quiere descartar los celos por su parte—. En mi opinión, al comenzarse las investigaciones él tenía la obligación moral de habérmelo comunicado.

—¿Tiene algún conocimiento fehaciente, señor Horgan, de que tal relación entre la señora Polhemus y el señor Sabich existiera?

—Esa es precisamente la cuestión —dice Horgan—. Nunca me lo dijo.

A Sandy no le hace ninguna gracia quedarse atascado. Se queda un buen rato mirando a Horgan. Quiere que el jurado se dé cuenta de que Horgan está tirando a dar.

—Por favor, conteste a la pregunta que le he hecho. ¿Recuerda su contenido?

—Sí.

—Pero ha decidido no contestarla.

Los labios de Raymond se mueven un momento sin decir nada.

—Le ofrezco disculpas, señor Stern. No. No tengo un conocimiento personal de tal relación.

—Gracias. Pero supongamos que hubiera algo que confesar. En ese caso, usted cree que un funcionario honrado tendría que haberlo confesado a su superior, ¿no es eso?

—Eso es.

—Bien —dice Stern. Se detiene un minuto para encararse con Horgan.

Sandy es bajo y enclenque pero dentro de la sala irradia un tremendo poder. Actualmente está igualado con Raymond, que también se muestra muy firme. La rojiza humanidad irlandesa de este último, con los puños cerrados, espera allí sentada el siguiente asalto de Stern. Suponiendo que salga bien de esto, la combinación de prominencia y habilidad harán de Raymond, con toda seguridad, el abogado defensor más prestigioso de esta ciudad. Su próximo rival será el hombre que le está interrogando en este momento. En los años venideros, habrá casos con varios acusados en los que compartirán las tareas de la defensa. Con todo realismo, he de reconocer que para Stern mantenerse en buenas relaciones con Raymond tiene una importancia práctica mayor que el desenlace de mi caso. En la jungla jurídica, hay una ley de vida: hay que contemporizar. Llevarse bien con todos y con ninguno. El ministerio fiscal es el único enemigo que estos tíos quisieran tener dentro de la profesión.

Consciente de todo ello, he dejado a un lado mi hostilidad y le he dicho a Sandy que cuenta con mis bendiciones para tratar a Horgan con guante blanco. Como Sandy había señalado, la credibilidad de Raymond, labrada en sus muchos años de vida pública, hará difícil su asalto en cualquier caso. Pero el porte de Stern señala bien a las claras que no va a doblegarse ante Raymond, ni ante sus gustos. Quizá Stern crea que el turno de la acusación nos ha hecho demasiado daño y no podemos limitarnos a encajarlo sin más. Pero estoy sorprendido de que Sandy haya empezado atacando de una forma tan contundente. Hay una serie de hechos favorables que Raymond tendrá que admitir, algunas buenas actuaciones mías en la oficina, por ejemplo. El aserto popular aconseja sacar del testigo todo lo que se pueda antes de darle la bofetada.

—¿Y se aplicaba a sí mismo estos criterios a la hora de desvelar sus propios secretos?

—Lo intentaba.

—Y desde luego usted brindaría toda la información necesaria a cualquier miembro de su oficina encargado de alguna investigación.

—Vuelvo a decir, señor Stern, que lo intentaría.

—Y desde luego el caso del asesinato de la señora Polhemus sería muy importante para su oficina.

—Dada su significación política, yo diría que crucial —al decirlo, Raymond mira en dirección a mí. Sus ojos son fríos como el acero.

—Pero incluso pareciéndole crucial, no proporcionó al señor Sabich toda la información que tenía sobre el tema o sobre la propia señora

Polhemus.

—Al menos intenté hacerlo.

—¿Ah, sí? ¿Y no es cierto que para poder identificar al posible agresor resultaba de la mayor importancia conocer todo aquello en lo que la señora Polhemus había estado trabajando, pues eso permitiría saber qué personas podrían tener un motivo personal para hacerle daño?

De repente se hace la luz en la mente de Raymond. Ahora sabe a dónde quiere llegar Sandy y se echa hacia atrás en la silla. Pero aún intenta luchar.

—Eso no era lo único importante.

Craso error. ¡Hay que ver lo desastrosos que son los abogados como testigos! ¡Va a negar Raymond que los archivos de Carolyn fueran una fuente importante de posibles pistas! Sandy le pone en un brete durante los siguientes minutos. ¿Las personas encargadas de hacer cumplir la ley sienten temor de las personas a quienes procesan? ¿Ocurren efectivamente tales represalias con demasiada frecuencia? ¿Sería imposible hacer cumplir la ley si fiscales y policías pudieran ser asaltados, heridos o asesinados por aquellos a quienes investigan? Desde luego, cuando la señora Polhemus fue asesinada se pensó, la prensa especuló con ello, que el agresor podía tratarse de un antiguo convicto. ¿No es cierto? Raymond se reconoce perdido después de unas cuantas preguntas y contesta a todo que sí.

—Así pues ¿todos los casos de la señora Polhemus eran importantes? ¿Era importante saber a quién estaba investigando y qué era lo que buscaba?

—Sí.

—Y a pesar de saberlo, señor Horgan, usted personalmente se llevó un historial de los cajones de la señora Polhemus después de que hubiera empezado la investigación de su asesinato, ¿verdad?

—Sí.

—Un asunto muy delicado, ¿no?

Larren ha presenciado este interrogatorio apoyado en el respaldo de su sillón. Durante la mayor parte del mismo, parecía divertido por la pugna entre estos dos famosos profesionales. Ahora lo interrumpe.

—¿Qué importancia tiene para este caso?

Sandy se queda un momento sin palabras.

—Señoría, me parece que su importancia es evidente.

—No para mí.

—El testigo ha manifestado en el turno anterior que el señor Sabich no le comunicó ciertas informaciones que el señor Horgan consideraba

pertinentes. La defensa tiene derecho a indagar lo que el señor Horgan entiende por pertinente.

—El señor Horgan era el fiscal general, señor Stern. Está usted sumando peras con manzanas —dice el magistrado.

Recibimos ayuda de un lugar inesperado. Della Guardia se ha puesto de pie.

—No tengo ninguna objeción a esta parte del cuestionario, señoría.

Larren vuelve la mirada hacia Nico. Inmediatamente Molto tira del brazo a Delay. Supongo que Nico está interesado en que continúe la discusión sobre los criterios profesionales en la creencia de que esto servirá para ilustrar al jurado acerca de la pureza de mi falta. Pero en esto está totalmente equivocado. Por varias razones: primero, Horgan no es su testigo y segundo, por la forma acalorada en que Molto le está hablando, ya sentado, deduzco que Nico no ha comprendido el sentido de las preguntas de Sandy. No sé si no conoce la existencia del historial S o si lo ha olvidado. Escribo una nota que le paso a Stern durante la pausa. ¿A quién le contó Horgan lo del historial S? ¿A Molto? ¿A Nico? ¿A ninguno?

Con bríos renovados, Sandy retorna el tema con rapidez.

—Como decía, ese caso era delicado, ¿verdad?

—Sí.

—Implicaba alegaciones...

Larren vuelve a interrumpir. Es más fiel que un perro guardián.

—No veo la necesidad de airear detalles del funcionamiento interno de la oficina del fiscal general, ni de sus investigaciones, muchas de las cuales, le recuerdo señor Stern, están protegidas por el secreto sumarial. Fue un caso delicado. Pasemos a otra cuestión.

—Desde luego, no es mi intención desvelar ningún secreto.

—Desde luego que no —dice Larren. Sonríe con aparente incredulidad y se gira hacia su recado de beber que, casualmente, está en dirección al jurado —.

Proceda.

—Y de hecho, ese caso era tan delicado, señor Horgan, que usted se lo asignó a la señora Polhemus sin informar a ningún otro miembro de su oficina, ¿verdad?

—Verdad.

Sandy, rápidamente pasa revista a todas las personas de la oficina a quien no se lo dijo. Mac. El jefe de investigaciones especiales, Mike Dolan,

tres o cuatro nombres más para acabar con el mío. Raymond asiente cada vez.

—Y sólo le dio el expediente al señor Sabich cuando él personalmente le informó de que faltaba un historial de los archivos de la señora Polhemus, ¿verdad?

—Verdad.

Sandy se da un pequeño paseo por la sala para dejar reposar todo esto. Raymond ha perdido brillo y el jurado está pendiente del desarrollo del interrogatorio.

—La señora Polhemus era una mujer ambiciosa, ¿no es verdad?

—Depende de lo que para usted signifique ser ambicioso.

—Le gustaba estar en el candelero; progresar dentro de la oficina, ¿verdad?

—Eso sí.

—¿Quería ella ocuparse del caso?

—Tal como lo recuerdo, sí.

—Señor Horgan, ¿asignó usted ese historial a la señora Polhemus, ese delicado caso de cuya existencia sólo usted y ella sabían y en el que ella tenía tanto interés, durante el tiempo que duró la relación entre ustedes dos?

Ray empieza a agitarse de nuevo en la silla. Sabe que Stern no le va a perdonar nada. Se ha achicado y me da la sensación de que intenta salirse por la tangente.

—La verdad, no recuerdo cuando hice esa asignación.

—Permítame entonces refrescarle la memoria.

Sandy saca la cubierta del historial, le enseña a Raymond la fecha de entrada y le recuerda su testimonio anterior en el que fijaba las fechas de su relación con Carolyn.

—Resulta entonces —concluye— que usted asignó este delicado asunto a la señora Polhemus mientras estaba envuelto en un romance con ella.

—Parece ser que sí.

Sandy se mantiene firme y mira a Horgan.

—La respuesta a la pregunta —dice Raymond— es sí.

—El que usted no informara a nadie de esta asignación contradice los procedimientos establecidos en su oficina, ¿verdad?

—Yo era el fiscal general y yo decidía cuándo debía haber excepciones a las reglas.

Ha captado la indirecta de Larren.

—Y usted hizo una excepción con la señora Polhemus.

-Sí.

—Con quien usted... No, no, perdone. Otra pregunta. ¿Normalmente ese caso hubiera sido asignado a un fiscal con más experiencia en esas cuestiones, verdad?

—Ese extremo era tenido en consideración.

—¿Pero no en este caso?

—No.

—¿Y continuó manteniéndolo en secreto con la señora Polhemus incluso después de que su relación terminara?

—Sí —dice Raymond. Es la primera vez que sonrío desde hace un tiempo—. Mi conducta no varió.

—¿Porque el asunto le incomodaba?

—Porque no se me ocurrió.

—Y cuando el señor Sabich intentaba acumular toda la información disponible en su oficina sobre los casos de la señora Polhemus, ¿tampoco se le ocurrió decirle que había entrado en su despacho y había sacado un historial?

—Supongo que no.

—¿No estaría usted intentando ocultar nada, verdad, señor Horgan?

—Desde luego que no.

—Había una campaña electoral por entonces, ¿no es cierto?

—Lo es.

—¿Una campaña difícil?

—Brutal.

—Una campaña que a juzgar por los resultados iba usted perdiendo.

—Sí.

—Una campaña en la que su oponente era el señor Della Guardia, un antiguo miembro de su oficina que conservaba allí muchos amigos, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Y no le preocupaba, señor Horgan, que en medio de esta brutal campaña se filtrara, por medio de algún amigo del señor Della Guardia, que había asignado usted un caso excepcional a una ayudante con la cual se acostaba?

—Quizá se me pasara por la mente. ¿Quién sabe, señor Stern? No me encontraba en una situación ideal.

—Lejos de ello —dice Stern—. Se lo vuelvo a preguntar, señor. ¿No estaría usted tratando de ocultar el hecho de que había tenido un romance con

un miembro de su plantilla?

—Desde luego no hablaba de ello a todas horas, si es a lo que se refiere.

—Pues claro que no. No se hubiese considerado un comportamiento muy profesional.

—Quizá no, pero lo era. Ambos éramos adultos.

—Me doy cuenta. ¿Tenía confianza en su propio discernimiento a pesar de este asunto?

—Desde luego que sí.

Stern ha ido poco a poco acercándose a Horgan. Ahora da los últimos dos pasos y alcanza a asirse al pasamanos de la tribuna.

—Y, sin embargo, señor, ¿viene a esta sala en la que la vida de un hombre que le ha servido fielmente durante una docena de años está en juego y nos dice que no tenía en él ni un ápice de esa misma confianza.

La mirada de Horgan se cruza con la de Stern. Desde donde yo estoy, no puedo ver la expresión de Raymond. Cuando por fin vuelve la cabeza, veo que ha apoyado la lengua en uno de los carrillos. Ahora está mirando hacia Della Guardia con una expresión un tanto bovina; no sé si pidiéndole ayuda o disculpas.

—Hubiera deseado que me dijera algo, eso es todo. Hubiera sido mejor para él y mejor para mí.

A uno de los jurados se le escapa un sonido reprobatorio. Oigo el ruido pero no sé de quién proviene. Los otros miran el suelo. Es difícil saber por qué este interrogatorio ha tenido tanto efecto. Ahí siguen las huellas dactilares, los hilos, las llamadas desde el teléfono de mi casa... Pero ha sido un momento espléndido para la defensa, Molto y Nico trajeron a Raymond Horgan a esta sala como modelo de imparcialidad; el arbitro de la corrección. Ahora se comprueba que las cosas se han exagerado.

Al igual que cuando había defendido a Darlene McGaffen, Sandy Stern ha logrado transmitir al jurado su mensaje sin tener que expresarlo con palabras. ¿Y qué?, quería decir. Supongamos que sea cierto que Sabich y la víctima habían mantenido relaciones íntimas. Supongamos que decidió, equivocada o acertadamente, callárselo para sí mismo. Eso en nada difería de la conducta de Horgan. El que para mí supusiera un apuro excesivo confesar ciertos aspectos de mi conducta, a nadie podía extrañar. El nudo que unía lo que no dije y lo que hice ha quedado deshecho; la unión entre asesinato y mentira, rota.

Sandy se aleja. Deja a Horgan sentado. Raymond suspira un par de

veces y saca el pañuelo. Al pasar por nuestra mesa, Stern pone su mano en mi hombro y yo la cubro con la mía. Un gesto espontáneo, pero que parece causar buen efecto en uno o dos miembros del jurado que lo perciben.

—Pasemos a otro punto, señor Horgan. ¿Cómo conoció usted al señor Sabich?

Sandy sigue paseando, con la cabeza vuelta hacia el testigo y, por debajo de la mesa, le hago un gesto de que no pregunte eso. Me había olvidado de advertírselo.

—Pero no nos detengamos en historias pasadas —dice Sandy, como por casualidad—. La verdad, señoría, si le parece bien, quizá nos convendría a todos comer algo.

—Muy bien —dice Larren. Parece muy cortante, después de la actuación de Raymond. Antes de abandonar el estrado, el magistrado baja la mirada hacia Horgan que aún no se ha movido.

CAPÍTULO 29

—¿Qué le ha parecido la mañana? ¿Humm? pregunta Stern. Alcanza la bandeja de las salsas—.

Debe probar el maíz, Rusty. Un plato sencillo, pero bastante bien preparado.

Hasta hoy, Stern había dedicado la hora del almuerzo a trabajar, pero salta a la vista que no es una costumbre que le agrade. Una vida civilizada incluye una comida a mediodía, como diría él. Y hoy, con Horgan o sin él, me lleva al club donde suele almorzar. Está en el piso cuarenta y seis de las Torres Morgan, uno de los edificios más altos de la ciudad. Desde aquí se ve la curva del río, la silueta recortada de los rascacielos, que cada vez se parecen más a cajas de zapatos puestas de pie. Con un telescopio podría llegar a ver mi casa en Nearing.

Esperaba haber intimado más con Sandy. Le tengo afecto. Y mi respeto por su capacidad profesional, que nunca fue escaso, ha ido creciendo progresivamente. Pero no puedo decir que seamos amigos. Quizá por ser cliente suyo y, además, acusado de asesinato. Pero la concepción de Stern sobre la capacidad humana es lo bastante amplia como para que un solo acto, por nefando que sea, descalifique completamente a una persona a sus ojos, desde un punto de vista afectivo. El problema, si hay alguno, es él mismo y sus propias limitaciones. Marca unas líneas de separación de su vida profesional y dudo que nadie las traspase. Lleva casado treinta años. He visto a Clara dos o tres veces. Sus tres hijos están cada uno en una punta del país. La más joven terminará el año que viene Derecho en la Universidad de Columbia. Pero por más que lo pienso no recuerdo a muchas personas que presuman de ser amigos de Stern. Su compañía es siempre agradable en cualquier reunión social y resulta un narrador especialmente ameno. Recuerdo que un amigo del padre de Barbara me dijo hace años que Stern contaba unas historias maravillosas en yiddish, extremo que, desde luego, no puedo confirmar. Pero hay límites infranqueables en lo que él considera su intimidad. Sé muy poco de lo que piensa de las cosas y, en especial, de mí.

—Dos comentarios sobre lo de esta mañana —le digo mientras me sirvo el maíz—. Creo que todo ha ido muy bien y me he divertido mucho. Su turno ha sido sensacional.

—Bueno, bueno —dice Stern.

Sandy, a pesar de sus maneras educadas, es un ególatra monstruoso, como todo gran penalista. Mueve la cabeza, pero se toma un rato para saborear mi piropo. Una serie de periodistas se acercaron a felicitarle en voz baja mientras veníamos hacia aquí. A pesar de estar a la mitad de su turno, Stern ya tiene un aire de triunfo. El mismo se lo buscó. No creo haberme dado cuenta hasta el inicio de este caso de lo vanidoso que es Raymond. Sin embargo, no sé adonde nos llevará.

—Le ha puesto en un tremendo aprieto.

—Aparentemente, sí. Algún día me lo recordará. Pero ese, ahora, no es nuestro problema.

—Me ha sorprendido que Larren se mostrase tan protector con Raymond. Si me hubieran pedido mi opinión, habría apostado que se mostraría muy comedido para parecer neutral.

—A Larren nunca le ha importado manifestar sus propias afinidades —Sandy se echa hacia atrás mientras el camarero le sirve—. Bueno —añade—. Espero que nos vaya igual de bien en la próxima coyuntura crítica. No estoy tan optimista.

No sé de qué está hablando.

—Hay dos interrogatorios claves en este proceso, Rusty —me explica—. No estamos más que a medias del primero.

—¿Cuál es el otro? ¿El de Lipranzer?

—No —Stern frunce levemente el ceño, molesto al parecer con la mera perspectiva del testimonio de Lipranzer—. Para nosotros, lo principal en relación con el detective Lipranzer es refrenar su impacto. En su caso, sólo podemos esperar mitigar el golpe. No, estaba pensando en el doctor Kumagai.

—¿Kumagai?

—Sí, sí —dice Sandy, asintiendo para sí mismo—. Como ya sabe, la evidencia física es el núcleo de la acusación del ministerio fiscal. Pero para poder utilizar plenamente esta evidencia, Della Guardia no puede presentarse ante el jurado al final de la vista y ofrecer sólo conjeturas sobre la forma en que tuvo lugar el hecho. Sus teorías deben ser respaldadas por opiniones científicas. Así que llamará a Kumagai a declarar —Sandy saborea su comida con evidente deleite—. Perdóneme por ser tan didáctico. No tengo la costumbre de defender a abogados. En cualquier caso, el testimonio de Kumagai es crítico. Si lo hace bien, dará solidez a la acusación. Pero también

nos proporciona a nosotros una buena oportunidad. Es, en realidad, la única oportunidad que tendremos de restar fuerza a las pruebas materiales: las huellas, las fibras y todas esas cosas que normalmente son inatacables. Si logramos que Kumagai parezca poco de fiar, todas las pruebas materiales se resentirán de ello.

—¿Y cómo lo hará?

—Ah —dice Stern, meditabundo—, siempre me hace preguntas difíciles. Muy pronto concentraremos nuestra atención en este asunto — juguetea con el cuchillo del pan y dirige su mirada hacia los tejados de las casas, sin fijarse realmente en ellos—. Kumagai no es un individuo agradable. No le gustará al jurado. Ya surgirá algo. Mientras tanto —añade Stern, girando de pronto su cabeza para mirarme—. ¿Qué era esa metedura de pata que estuve a punto de cometer? ¿Se hubiera desvelado algo horrible cuando pregunté cómo se conocieron usted y Horgan?

—No pensé que le gustara que el jurado oyera que el luchador yugoslavo acabó en la prisión federal.

—¿Su padre? ¡Dios mío, Rusty! Debo pedir disculpas por la improvisación del otro día. Se me ocurrió allí mismo.

Se hará cargo, estoy seguro. Le digo a Sandy que no se preocupe.

—¿Su padre fue a la cárcel? ¿Y cómo sucedió? ¿Le representó Horgan?

—No. Steve Mulcahy. Raymond sólo acudió a un par de sesiones. Así fue como nos conocimos. Se portó muy bien conmigo. Yo estaba muy alterado.

—Mulcahy era el tercer hombre en aquel bufete, ¿verdad? —entonces eran Mulcahy, Lyttle & Horgan—. Murió hace tiempo. De modo que tiene que ser una historia antigua.

—Yo estaba todavía en la universidad. Mulcahy era profesor mío. Cuando mi padre recibió la primera citación, acudí a él. Me sentía tremendamente avergonzado. Creí que el carácter y la oportunidad del proceso me impedirían el ejercicio.

—¿De la abogacía? ¡Dios mío! ¿Y qué crimen fue ése?

—Impuestos —digo. Pruebo el pescado—. Mi padre no había hecho la declaración de la renta durante veinticinco años.

—¡Veinticinco años! ¡Caramba! ¿Qué tal está su pescado?

—Bueno. ¿Quiere probarlo?

—Si no le importa, sí. Es muy amable. Aquí lo hacen exquisito.

Sandy sigue charlando. Se siente sereno y cómodo entre las cuberterías

de plata y los camareros de chaquetas en tonos pastel. Su retiro. Dentro de cuarenta y cinco minutos retomará el interrogatorio de uno de los más prestigiosos abogados de la ciudad. Pero como todos los virtuosos tiene una bien merecida fe en sus instintos. Ha trabajado con ahínco. El resto es inspiración.

A los postres, le enseño algunas notas que he ido tomando esta mañana.

—Ah, sí —me dice—. Muy bien.

Está determinado a no impugnar siquiera ciertas cuestiones.

—¡Se le acusa a usted falsamente y a él sólo se le ocurre decir que perdió la compostura! De verdad, es algo tan tonto que no se puede repetir.

En otra mesa, ve a un amigo; un hombre mayor, pelirrojo. Sandy se levanta un momento para señalarlo. Yo repaso mis notas. Pero ya hemos tocado casi todos los puntos. Prefiero mirar la ciudad y pensar en mi padre, como siempre, con desesperación. Durante todo aquel episodio yo estuve rabioso contra él, un poco por mi propia confusión y un poco porque sentía que no tenía ningún derecho a ser atendido después de haber ignorado completamente la enfermedad de mi madre, que entonces estaba en su estado inicial. Pero al verle a la puerta del despacho de Mulcahy, un gusanillo de dolor comenzó a roerme el corazón. En su aturdimiento mi padre, siempre tan rígido con su higiene personal, había olvidado afeitarse. La barba le crecía con mucha rapidez y sus mejillas se habían blanqueado con la pelusilla. Tenía el sombrero en la mano, cogido por el ala, y lo hacía girar entre las yemas de los dedos. Llevaba una corbata, lo que casi nunca hacía; el nudo era una especie de gurrño echado a un lado. La camisa tenía el cuello sucio. No parecía llenar la silla, ni siquiera el traje. Se miraba los pies. Era viejo, descubrí. Y también estaba terriblemente asustado.

Antes de aquella ocasión, no recuerdo haber visto a mi padre afectado por nada. Su actitud era, invariablemente, apática y malhumorada. No especulé sobre qué le podría haber hecho cambiar. Mi padre apenas me hablaba de su vida. Casi todo lo que sabía me lo habían contado sus parientes: el fusilamiento de sus padres; la huida; los campos de concentración de uno y otro bando donde pasó los últimos años de su juventud. Se comieron un caballo, me contó una vez mi primo cuando yo tendría nueve o diez años; la historia me provocó pesadillas durante casi una semana. Un caballo viejo se había desplomado durante la noche y se congeló. Permaneció en la nieve durante tres días. Y algunos guardianes permitieron que lo arrastraran al otro lado de la alambrada, a los barracones. Todos se

abalanzaron sobre él; le arrancaron la piel con las manos desnudas y tiraron de la carne. Algunos tenían la intención de llevarse algo dentro y cocinarlo, pero otros, obcecados por el pánico, empezaron a comérselo allí mismo. Mi padre había visto eso. Pero después vino a América; había sobrevivido. Y ahora, en la sala de espera del despacho de un abogado, preveía una repetición. Yo tenía veinticinco años y entonces comprendía más la vida de mi padre y cómo sus privaciones, por esa extraña herencia de efectos materiales, se habían hecho las mías... lo reconocí de una forma más patente que en toda mi vida anterior. Me sentí abrumado por la aflicción.

Mulcahy admitió la culpabilidad. El ayudante del fiscal general de los Estados Unidos prometió no solicitar más de un año de cárcel y el viejo magistrado Harley, blando de carácter, sólo le condenó a noventa días. Fui a visitarle una única vez mientras estuvo encerrado. No tenía estómago para más y mi madre, por entonces, se acercaba a su fin.

Cuando le pregunté cómo estaba, él miró a su alrededor como si entonces se percatara por primera vez del lugar. Mascaba un palillo de dientes.

—He estado en sitios peores —me dijo. Había recuperado su antigua aspereza mucho más desconcertante que su miedo anterior. Terco, ignorante, abrazando a sus peores infortunios con una especie de orgullo. Cosas que no sólo él sino, a la larga, también yo acabaría por sufrir, las exhibía como medallas al mérito. Había tomado parte en las Olimpiadas del confinamiento. Podría sobrevivir a una vulgar cárcel local. No sentía ninguna gratitud hacia mí. No se disculpó por la vergüenza que me había hecho pasar ni por su estupidez. No comprendió su propia prisión. Eso ocurrió al final de su vida; tres años después moriría. Pero, la verdad, es que a pesar de todo lo sucedido antes, no fue hasta ese momento que le di definitivamente por perdido para mí.

La sesión de la tarde comienza donde pensé que lo haría la de la mañana: tratando de los asuntos en los que Horgan nos es favorable. Stern empieza por las llamadas realizadas en marzo desde mi casa a la de Carolyn. Horgan recuerda inmediatamente la acusación contra el violador reincidente que Carolyn estaba preparando durante ese mes y reconoce que una de las principales funciones del ayudante jefe es asesorar en la presentación de los cargos, sobre todo tratándose de casos complejos. Raymond no se opone cuando Stern sugiere que el horario de Carolyn y mi sobrecargada agenda podían ser la causa de que dichas consultas tuvieran lugar por teléfono

durante la noche o, al menos, que dichas llamadas tuviesen como fin concertar reuniones relacionadas con la acusación en curso.

De las llamadas, Stern pasa a nuestra conversación de aquel miércoles después de las elecciones en el despacho de Raymond. Al mencionar que yo había afirmado estar en mi casa la noche del asesinato de Carolyn, el ministerio fiscal ha introducido evidencia de mi defensa y Stern principia su elaboración a partir de esto.

Sandy enfatiza que mi declaración fue voluntaria. ¿Aconsejó la señora Mac Dougall al señor Sabich que no hablara? Usted, señor Horgan. ¿Le pidió que se callara? ¿Utilizó usted expresiones más fuertes? ¿Le dijo que cerrara la boca? Sin embargo, él habló y lo hizo después de haber sido provocado, ¿o no? ¿Había algo premeditado en su actitud? ¿Sus comentarios parecían espontáneos? Stern explica de manera pormenorizada la experiencia de un fiscal sobre lo que puede pasarle al sujeto de una investigación cuando éste se franquea. La implicación hábilmente expuesta es que cualquier persona con mis conocimientos que hubiera tenido tiempo de reflexionar sobre una confrontación de este tipo se habría cuidado mucho de hablar, sobre todo de ese modo. Alguien que hubiera estado en el lugar del crimen, que hubiera hecho lo que los fiscales afirman que hice, está sugiriendo Stern, y que además hubiera estado a cargo de la investigación, habría escogido una explicación algo más convincente que esa mentira tan expuesta. Sólo una persona que de verdad no ha estado ahí y que ignora las circunstancias reales podría sentirse provocada ante los insultos y estallar en una reacción tan sincera, curiosamente socavada por el azar. Siguiendo con atención el análisis de Stern es fácil adivinar su conclusión y las razones por las cuales no quiere dejarme declarar. Rusty Sabich se expresó de forma espontánea el primer día que se enfrentó con la acusación. ¿Qué otra cosa puede añadir ahora después de tanto tiempo?

Establecida mi versión ante el jurado, Stern pasa a intentar reforzar mi credibilidad. Lleva a Raymond de paseo por el largo recorrido de mi éxito como ayudante del fiscal general. Empieza por mi época en la revista y continúa con los años sucesivos. Cuando después de un rato Molto objeta que esto es innecesario, Sandy explica que Horgan ha cuestionado mi capacidad de juicio en la dirección del caso Polhemus. Es oportuno que el jurado conozca en profundidad mi trayectoria profesional, para que lo calificado como falta de interés o incluso insubordinación pueda convertirse en un mero desacuerdo de método entre dos experimentados fiscales. La lógica de su

exposición es bastante irreprochable y Larren indica a Molto que regrese a su asiento. La canonización de san Rozat continúa.

—¿De modo que hace dos años —pregunta Sandy finalmente—, cuando el señor Sennett, entonces su ayudante jefe, se trasladó a San Diego, usted pensó en el señor Sabich para que ocupara el cargo?

—Así fue.

—¿Y sería adecuado definir al ayudante en jefe como la persona de la oficina en la que usted deposita su mayor confianza?

—Se podría definir así. Le consideraba el más capacitado para ese puesto.

—Muy bien. Usted disponía de otros ciento veinte ayudantes.

—Más o menos.

—Incluidos el señor Della Guardia y el señor Molto.

—Sí.

—¿Y usted escogió al señor Sabich?

—Sí.

Nico está que trina. Pero ni él ni Molto protestan. Sandy trabaja como un joyero, remachando con paciencia en el tema de los pasados resentimientos. Dos miembros del jurado parecen asentir.

—¿Usted no creía al señor Sabich capaz de cometer un crimen, tenía confianza en su juicio e integridad, después de haber colaborado estrechamente con él durante más de una década?

La pregunta es compleja y discutible pero también obvia.

—Denegada la protesta —decide Larren cuando Molto se levanta. Raymond la sopesa.

—Tengo que reconocerlo —dice, finalmente. Esta pequeña concesión parece tener un efecto notable en la tribuna del jurado. Ahora entiendo por qué Stern atacó a Raymond al principio. Tenía algo que decir. No al jurado... sino al propio Raymond Horgan. Raymond no tiene las cosas tan claras como cuando entró en la sala.

—Exactamente. Y él no se sentía en la necesidad de consultarle cada paso que daba para saber que estaba procediendo en la forma que usted deseaba, ¿verdad?

Supongo que trata de restar importancia a mi retraso en la investigación de las huellas dactilares.

—Yo siempre dejo cierta libertad de acción a los que trabajan a mis órdenes.

—¿No es cierto, señor Horgan, que mientras se encargaba de la investigación del asesinato de la señora Polhemus, el señor Sabich sabía que usted había confiado en su criterio en pasadas ocasiones, incluidos casos de gran trascendencia?

—No sé lo que él sabía. Pero, desde luego, había aprobado su proceder en muchas actuaciones anteriores.

—Por ejemplo —dice Stern, sin dejar entrever lo que va a decir a continuación—, usted dio al señor Sabich la autoridad de decidir cómo y cuándo despedir al señor Della Guardia.

Nico, como es natural, explota. Larren se siente incómodo. Convoca una reunión inmediata con todos los abogados, fuera de la presencia del jurado. Algunos jueces celebran estas reuniones, conocidas como apartes, en la propia sala en la esquina opuesta a la que ocupa el jurado. Larren tiene la costumbre de realizarlas fuera de la sala para evitar que los miembros del jurado lleguen a oír las argumentaciones de los letrados. Nos vamos a la antesala de su despacho.

Nico, Molto, Kemp, Stern, el secretario de sala y yo seguimos al magistrado por la puerta que está detrás del estrado. Resulta evidente, incluso antes de que hayamos llegado todos, que el magistrado está disgustado con Stern. Considera su última pregunta un golpe bajo.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —pregunta el juez a Stern—. ¿Revivir la vieja historia día a día? No quiero que este proceso se convierta en un concurso de personalidades.

Molto y Nico empiezan a hablar a la vez. Cualquier historia sobre antagonismos entre el fiscal y el acusado es irrelevante, argumentan. El juez Lyttle está dispuesto a darles la razón.

—Señoría —dice Stern—, no acusamos personalmente al señor Della Guardia de obrar con mala fe. Pero creemos que es una circunstancia concurrente que explica el cómo y el porqué de su predisposición en contra del acusado.

Sin decirlo, de nuevo está señalando a Molto. Desde el principio ha tenido mucho cuidado en escogerle a él y no a Nico. Della Guardia es un personaje popular en este momento, conocido por los miembros del jurado. Molto es un don nadie. Quizá Sandy también quiera sacar partido de la firme promesa de que Molto no podrá prestar testimonio.

—Las razones por las que el señor Della Guardia podría estar predispuesto en contra del acusado son irrelevantes, señor Stern. Lo que el

fiscal piense sobre el caso no incumbe al jurado. Ojalá no sea su intención entrar en estas disquisiciones.

—Señoría —dice Stern solemnemente—, la teoría de la defensa es que al señor Sabich le han tendido una trampa.

Doy un paso hacia atrás y salgo del corrillo. Estoy petrificado. Stern había rechazado con tanta rotundidad esta táctica hace semanas que no lo había vuelto a pensar. Y las cosas parecían irnos bien sin necesidad de ello. ¿Tanto daño hicieron las respuestas de Horgan en el turno anterior? Ya no entiendo las intenciones de mi abogado defensor. Creí que estaba tejiendo uno de sus delicados mensajes implícitos al jurado: Molto quería el puesto de Sabich, había forjado las cosas para presentar una acusación y conseguirlo, y Della Guardia no se dio cuenta porque él mismo albergaba un rencor. Si bien de manera inconsciente. Eso sería una genuina cosecha Sandy Stern; una artística reconstrucción de la fragilidad humana. Comunicada en voz baja con la intención de conseguir disminuir la credibilidad de los fiscales y demostrar cómo se había gestado este grotesco error: acusarme a mí. Estos mensajes, que encierran soterradamente una explicación tan verosímil, los miembros del jurado los reciben con avidez. Pero es una técnica tosca, Sandy y yo estuvimos de acuerdo en que no merecía la pena ponerla en práctica. Desde luego, no estoy preparado para este cambio de planes sin consulta previa. Todo constará en acta porque estas conferencias son del dominio público. En cuanto concluya, los informadores rodearán al secretario de sala y le suplicarán que les lea sus anotaciones. Ya puedo ver los titulares: «Sabich, víctima de un complot, dice su abogado.» Sabe Dios lo que pensarán los jurados si alguno de ellos no puede evitar lo imposible. Con su improvisación, Sandy ha encendido la hoguera.

Mientras tanto Nico camina por el pasillo gruñendo:

—No me lo puedo creer —repite dos o tres veces.

Larren espera una respuesta de Molto.

—Ridículo —dice éste.

—Su rechazo constará en el acta. Quiero decir, su respuesta sobre este punto de la evidencia. Si el señor Stern está preparado para probar que la acusación del señor Sabich ha sido una conspiración, entonces supongo que es relevante ahondar en la historia de los antagonismos.

Esa es sin duda una razón por la que Stern se ha liado la manta a la cabeza: para conseguir declaraciones normalmente inadmisibles.

—Debo advertirle —continúa el magistrado—, señor Stern, que está

jugando con fuego. No sé adonde conducirá todo esto, pero le voy a decir dos cosas: ya puede usted prepararse para la respuesta del fiscal, porque le voy a permitir un turno de réplica, y en segundo lugar, ya pueden ir llegando pruebas de esta acusación porque si no, prohibiré toda alusión al hecho. Y lo haré en presencia del jurado.

Desde su considerable altura, Larren inclina la vista sobre Stern. En esta coyuntura, la mayoría de los abogados, al verse cogidos en renuncio, se habrían retractado y retirarían la pregunta. Stern, en cambio, se limita a decir:

—Lo comprendo, señoría. En mi opinión, su señoría verá el desarrollo de este extremo. Y ofreceremos las oportunas pruebas al respecto.

—Muy bien.

Volvemos a la sala.

—Pero ¿qué cojones hace? —le pregunto a Kemp mientras nos sentamos a la mesa de la defensa. Jamie mueve la cabeza. Sandy tampoco lo ha consultado con él.

Stern pasa rápidamente del despido de Nico a otras cuestiones menos importantes. Hace un par de precisiones sobre asuntos de menor importancia y viene a nuestra mesa para conferenciar con nosotros.

—Casi acabado —nos susurra a Kemp y a mí—. Ya sólo me queda un tema. ¿Se les ocurre algo más?

Le pregunto qué ha hecho en la antecámara y él me pone una mano en el hombro. Dice que lo discutiremos más tarde. Kemp no tiene nada que añadir y Stern se vuelve al testigo.

—Sólo unas cuantas preguntas más, señor Horgan. Ha sido usted muy paciente. Ya hemos hablado del historial que usted asignó a la señora Polhemus; ese caso tan delicado. ¿Recuerda esa parte de su intervención?

—Creo que no la olvidaré durante un tiempo —dice Raymond.

Sin embargo sonrío.

—¿Sabía usted, señor Horgan, que el señor Molto estaba implicado en el caso en cuestión?

Nico está ya de pie, aullando de ira. Larren por primera vez delante del jurado muestra su enfado con Stern.

—Señor, ya le he advertido sobre este tipo de alusiones.

—Señoría, es importante para las tesis de la defensa, como apunté en el aparte —se refiere al complot. Stern se expresa crípticamente para evitar que el jurado se entere de lo hablado en la reunión, cuyo contenido debe seguir siéndoles desconocido—. Y quiero advertir a la sala, que es intención de la

defensa continuar la investigación de este expediente y ofrecerlo como prueba en su momento. En realidad, ésta será la evidencia a la que he aludido anteriormente.

Stern está diciendo que vamos a aportar el historial S como prueba para apoyar la tesis de que mi acusación ha sido urdida. De nuevo su postura me paraliza. El juez se echa hacia atrás; descansa las manos sobre la cabeza y deja salir el aire acumulado en sus mejillas.

—De momento, ya hemos oído suficiente.

—Dos preguntas más —dice Sandy con autoridad magistral, y se vuelve hacia Horgan sin esperar a la reacción del magistrado.

—¿Le preguntó alguna vez el señor Molto sobre ese expediente?

—Recuerdo que sí. Después de que dimití de mi cargo de fiscal general, revisó todo lo que Rusty, el señor Sabich, había investigado sobre el caso Polhemus.

—¿Entonces el expediente llegó a manos del señor Molto?

—Sí.

—¿Y tiene usted conocimiento de qué tipo de investigación se siguió sobre las alegaciones contenidas en él, si es que hubo alguna?

—No. No lo sé.

—Yo contestaré a eso —interviene Nico de repente. Se ha puesto de pie. Es evidente que está fuera de sus casillas. Está rojo y los ojos se le van a salir de las órbitas—. No hubo ninguna. No quiso perseguir los peces de colores de Rusty Sabich.

Este tono ante un jurado hubiera sido inadmisibles en ocasiones normales, pero es justo el tipo de intervención que la advertencia de Larren hecha justo en la antecámara propiciaba y de la que Della Guardia ha sacado el máximo provecho. Sin duda, él y Molto lo discutieron al volver y decidieron que fuera Nico quien ofreciera esta defensa apasionada de Molto en presencia del jurado. Stern no hace ninguna objeción. En lugar de ello, se vuelve lentamente hacia Molto.

—Señor Della Guardia —dice—, quizá debiéramos aprender todos algo sobre los peces de colores —hace una pausa—. Y sobre los chivos expiatorios.

Estas son las últimas palabras de Stern en el interrogatorio de Raymond.

Larren determina la suspensión de la vista hasta la semana siguiente. Los viernes debe presidir las presentaciones de otros casos.

Aguardo la explicación de Stern sobre su nuevo enfoque, pero él está

ocupado revolviendo los papeles de la mesa. Raymond se detiene a estrechar la mano de Stern al abandonar la sala. Pasa a kilómetros de mí.

Por fin Stern viene a verme. Se seca la cara con el pañuelo. Parece relajado. Dejando a un lado la última parte, su actuación ha ido excepcionalmente bien.

Pero estoy demasiado preocupado para recordar felicitarle.

—¿Qué es esto? ¿Creí haber entendido que no íbamos a tirar por esa senda?

—Sinceramente, Rusty, cambié de idea.

—¿Por qué?

Stern me ofrece su sonrisa latina: el mundo está lleno de misterios.

—Instinto —responde.

—¿Y qué pruebas vamos a ofrecer?

—Ahora que lo menciona —dice Sandy. Es un poco más bajo que yo y no puede pasarme el brazo por el hombro con comodidad. Opta por otro gesto tranquilizador: me coge de la solapa—, de momento voy a dejar el asunto en sus manos —dice y se va.

CAPÍTULO 30

Esta noche, me excuso diciendo que estoy destrozado y dejo a Stern y a Kemp en seguida. Hay una cita a la que quiero acudir. Llamé cuando acabé la visita y, fiel a su palabra, Lionel Kenneally está allí, en una taberna llamada Six Brothers. El taxista me mira asombrado cuando me bajo; no es que no haya blancos en esta vecindad, hay todavía unas cuantas familias que aguantan estoicamente entre chicanos y negros. Pero no llevan trajes de rayas ni portafolios. Sus casas de piedra tosca están rodeadas de almacenes y fábricas que ocupan la mayor parte del espacio de cada manzana. Hay una fábrica de salchichas en la acera de enfrente y huele a especias y a ajo en toda la calle. El local es como todos los de estos parajes. Sólo hay una barra y unas mesas de fórmica, el suelo de vinilo, y unas luces sobre los espejos. En la barra hay un anuncio de Hamm's que produce extrañas sombras con los reflejos angulosos de su catarata continua.

Kenneally ni siquiera espera a que entre. En cuanto me ve venir, se pone en movimiento y le sigo dócilmente a la parte de atrás, una habitación más pequeña con cuatro mesas. Dice que allí no nos molestarán.

—¿Qué cojones pasa? —sonríe pero su tono no es del todo amigable. Estoy mezclando al jefe de la policía del distrito con un procesado, un enemigo del pueblo, un tipo acusado de homicidio. No es lugar para un oficial de graduación.

—Le agradezco que haya venido, Lionel.

Le quita importancia. Quiere que vayamos al grano. Una mujer mete la cabeza en el cuarto. Al principio no pido nada, pero después lo pienso mejor y mando traer un whisky con hielo. Lionel ya tiene el suyo en la mano.

—Me gustaría preguntarle ahora lo que debí haberle preguntado cuando fui a verle a la comisaría en abril.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que pasaba en el puto juzgado Norte hace ocho años.

—Y eso ¿cómo se come? —me mira con los ojos entornados; no quiere dejarse engañar.

—Me refiero a si había alguien dejándose untar.

Kenneally apura el contenido del vaso. Está pensando.

—Oiga. Su situación es muy jodida, ¿vale?

—Leo los periódicos.

Me mira.

—¿Le va mal con esa historia?

Yo le cuento la verdad.

—Creo que no. Stern es un mago. Hay tres miembros del jurado que están pensando en invitarle a cenar a su casa. Se les ve en la cara. Hoy se ha llevado una buena tajada de Horgan.

—Dicen que Nico ha perdido las riendas. Dicen que se ha adelantado, que Molto le forzó la mano. Que si hubiera sido un poco listo le hubieran metido en una habitación con un grabador y alguien en quien confiara, en lugar de dejar que Mac le obligara a decirle a usted lo que pasaba.

Ahora comprendo que no son los efectos del alcohol sino rabia. Lionel Kenneally está cabreado. Ha oído lo bastante sobre este caso para saber que ha hecho algo que no le ocurre a menudo: cometer un error de apreciación.

—Pues yo creía que le iba a ir mal. Tan verdad como joder, que usted no me dijo para nada que había estado sobando la vajilla de la señora la última vez que me vio.

—¿Quiere que le diga que no la maté?

—¡Pues claro, joder! —No lo hice.

Sé que lo he dicho tan comedidamente que no llego a convencerle.

—¡Qué hijo de puta más raro es usted!

La camarera, con una de esas blusas de antes con volantes y escotada, entra con mi copa. Pone, además, otro vaso delante de Lionel.

—Sabe —digo a Kenneally mientras doy un trago—, eso es algo que nunca he entendido de mí. Quiero decir, mi vieja era una mujer rara, como esas que van de aquí para allá con las bolsas de la compra, y mi viejo se pasó la Segunda Guerra Mundial comiendo caballos y cosas así. Y eso tiene su influencia en el cerebro. Todo lo que me ha pasado en la vida es raro. Hasta que me ocurrió esto, pensaba honestamente que era un tipo normal. Ese era mi modelo y así creía ser. Lo creía de verdad. Y hasta la fecha lo único que he sacado en limpio de esta experiencia es oírle llamarme hijo de puta y raro y sentir esa impresión en el pecho cuando alguien, aunque ese alguien esté medio tarado, te ha dicho una verdad. Así que gracias.

Choco mi vaso con el suyo. No estoy seguro de que a Lionel le haya hecho gracia esta escena. Me observa durante un minuto.

—¿Para qué ha venido aquí, Rusty?

—Ya se lo he dicho. Para que me conteste esa pregunta.

Kenneally suspira.

—¡Qué tío cabrón! Una pregunta, ¿vale? Y lo que aquí se diga, aquí queda. Entre usted y yo. No me voy a tragar esos putos camelos sobre sus derechos constitucionales, ni nada de eso. Nadie me va a llamar a testificar contra el fiscal general. Y si llega a pasar, el mundo entero va a creer que confesó usted aquí esta noche.

—Conozco las reglas.

—La respuesta corta es que no lo sé exactamente. Quizás oyera cosas, de acuerdo, pero no era asunto mío. La vida por aquí está un poco relajada. Ya sabe lo que digo. Recuerde que hablamos de antes de que Felske se metiera en la mierda —Felske era un fiador que avalaba a policías a cambio de información. Cuando cambiaron la ley de fianzas, Felske y sus polis siguieron haciendo ingresos vendiendo la asistencia de la policía en ciertas ocasiones. A veces, los polis aconsejaban a un testigo que no se dejara ver. Otras, olvidaban cosas cuando tenían que testificar. Felske, sin embargo, un día le hizo una proposición semejante a uno que llevaba un transmisor. El policía implicado fue derecho al FBI y pillaron a Felske y a otros tres agentes. De eso hará cinco años—. Antes, aquel lugar estaba abierto a todo.

—¿Era Tommy Molto uno de los que se comentaba?

—Creí que había dicho una pregunta.

—Tiene partes accesorias.

Kenneally no sonrío. Mira su copa.

—En este trabajo, se aprende a no decir nunca «jamás» —Kenneally se ríe—. Mírese a sí mismo, ¿no? —se vuelve a reír. Sigue enfadado consigo mismo. Toda esta conversación va en contra de sus principios—. Pero Molto —dice— nunca. El tío jodido ha salido del seminario. Y se trajo el rosario a la sala. Ni por asomo se pringó.

—¿Y Carolyn, sí estaba pringada en lo que fuera?

Sacude la cabeza. No me está diciendo que no. Se niega a contestar.

—Mire, Rusty. A usted no le debo nada, ¿vale? Yo le veía como un buen profesional. Usted salió con lo de las bandas antes de que los de los barrios ricos hubieran oído hablar de ellas. Y trabajó mucho. Le di mi confianza. Y todo lo demás que haya hecho, hecho está. Pero se mete aquí conmigo por la noche... Tiene las manos sucias. No me pida demasiado. Hay tíos a los que debo algo. A usted no.

Lealtad de policía. No echaría una moneda ni a un niño muerto de hambre. Kenneally se acaba el whisky y mira hacia la puerta.

—¿Había algo entre Carolyn y Molto? ¡Vaya! ¿Algo personal?

—¡Pero bueno! ¿Qué tiene contra Molto? El tío es raro, como todos los demás.

—Digamos que es mi mejor alternativa.

—Y eso, ¿qué coño quiere decir?

Le pido con un gesto que lo olvide.

—Bueno, pues le diré que no me imagino a ese tío ni olerse a la Polhemus. Usted le conoce, ¿no? Eran amigos y ya está. Colegas. A veces le haría al tío algún favor —Kenneally se echa otro trago—. No era a él a quien se cepillaba.

—¿A quién?

—Ni soñarlo. Ya ha tenido bastante.

—Lionel —no quiero rogárselo. No me volvería a mirar a la cara—. No son cotilleos, ¡hostia! Se trata de mi puta vida.

—El negro.

—¿Qué?

—Se acostaba con el negro.

Al principio no lo entiendo. Pero después, sí.

—¿Larren?

—Usted ha estado en el juzgado Norte. Recordará cómo era. Todos trabajaban en la misma habitación. Tres puertas y una sola habitación. La auxiliar, el fiscal. Nick Costello fichaba a los polis que salían a testificar. Allí tenía el despacho. Las habitaciones del juez daban allí también. Venía de la sala al mediodía y ella le recibía. No les importaba que se supiese. ¡Joder! Ya se lo medio dije la otra vez que le vi. ¿No se acuerda? Le dije que se estaba labrando el futuro en la cama. No me podía imaginar que Horgan la fuera a contratar. Ese fue el que la metió. Su viejo colega, el juez Putamadre. Él y Horgan tenían algún rollo.

—Fueron compañeros de bufete —le aclaro—. Hace años.

—Me lo imaginaba —dice Lionel. Sacude la cabeza, asqueado.

—¿Y no me va a decir si Carolyn estaba pringada?

Alza un dedo.

—Me voy a marchar —me dice. Se calla un momento—. A veces, ella calmaba las cosas, diría yo. Molto y el juez, no se llevaban muy bien. Quizá le llegara la onda de sus historias.

—Algunas oí.

—Ella era amiga de todos allí. La auxiliar. A veces, para que el juez

cediese. A veces, que Molto diese dos pasos para atrás. Ella era como el arbitro. A lo mejor tiene usted razón. A lo mejor Molto le llevaba el cirio. A lo mejor por eso rechinaba los dientes cada vez que tenía que ponerse delante del juez. ¡Vaya usted a saber, con esa gente!

Sé que no voy a poder sacarle más. Esto último ha sido sólo por caridad. Cojo la cartera y dejo el dinero de las bebidas en la mesa.

—Es usted un buen tío, Kenneally.

—Un tonto del culo; eso es lo que soy. Medio mundo va a estar hablando de esta reunión mañana por la mañana. ¿Qué les voy a decir?

—Me importa un pito. Dígales la verdad. Molto ya sabe que voy a por él. Quizá por eso me encuentro metido en este berenjenal, para empezar.

—Eso no se lo cree usted.

—No lo sé —le digo—. Algo no encaja.

CAPÍTULO 31

Pasamos el fin de semana trabajando, los dos días. Mi tarea consiste en perfilar los preparativos para el final del turno del fiscal cuando la defensa, como es tradicional, solicite un veredicto absolutorio; una petición para que el juez dé por terminado el proceso porque considere que no hay pruebas suficientes para que un jurado razonable emita un veredicto justo. Esto, normalmente, no tiene ninguna efectividad; al considerarla, el juez debe evaluar el caso a la luz más favorable para el ministerio fiscal; es decir, por ejemplo, el magistrado Lyttle tendría que aceptar el testimonio de Eugenia, incluidos los ángeles. Por otra parte, si se dicta una sentencia exculpatoria, ésta es irrevocable. El ministerio fiscal no puede apelarla. Por esta razón muchos jueces, y Larren es un notorio ejemplo, utilizan este resorte para imponer el resultado que ellos favorecen. Por eso, aun siendo mínimas nuestras posibilidades, Stern quiere hacer una presentación de esta moción con la mayor solidez posible. Mi tarea es, pues, encontrar otros casos que condenen de una u otra manera la ausencia de pruebas de un motivo en casos indiciarios. Me paso las horas muertas en la biblioteca. El domingo por la mañana nos reunimos para estudiar la estrategia. Sandy no quiere hablar todavía con detalle sobre la tesis de la defensa. No menciona mi testimonio ni sugiere a ningún otro testigo. Nos dedicamos más bien a analizar el resto de las pruebas de la acusación. Lipranzer va a testificar el lunes. El ministerio fiscal imprimirá entonces velocidad a su intervención. Pasarán a analizar las pruebas materiales que aportan: los hilos, los listados de llamadas, las huellas dactilares si consiguen encontrar el vaso; la criada que cree haberme visto en el autobús y Kumagai.

Stern vuelve a recalcar me lo que me dijo el otro día durante el almuerzo: que debemos sembrar dudas sobre el testimonio de Kumagai. Si no lo logramos, el turno del ministerio fiscal culminará con un enorme ímpetu y esto podría obligar a Sandy a cambiar de estrategia en su intervención. Esta es una de las razones por las que Stern es reacio a llegar a una conclusión definitiva con respecto a cuál deberá ser su actuación. Kemp, Stern y yo buscamos juntos las posibilidades de atacar a Kumagai. Conozco algunas historias que se cuentan sobre él y comento que su historial del departamento de personal de la policía, en el que posiblemente estén archivadas las

reclamaciones relacionadas con sus pasadas actuaciones, puede ser una buena fuente de información.

—Estupendo —dice Stern—. Es maravilloso tener a un fiscal de nuestro lado.

Indica a Jamie que formule inmediatamente una requisitoria para el historial y otra para los archivos del laboratorio de patología, a fin de que podamos averiguar en qué otros asuntos se ocupaba Sin-Dolor en el mes de abril. No hemos presentado muchas de las requisitorias que tenemos previstas porque los agentes que deben ejecutarlas tienden a alertar a los fiscales, dándoles así la oportunidad de impugnar la evidencia descubierta o, lo que es peor, de utilizarla ellos mismos si es favorable a la acusación. Pero ahora que el turno del fiscal casi se ha cumplido, debemos proceder. Jamie revisa sus notas para comprobar que no hemos pasado por alto ninguno de los efectos que queremos solicitar. Extiende requisitorias para los médicos de Carolyn, identificados gracias a la pequeña agenda que encontré en su apartamento.

—Usted quería también una requisitoria para la compañía telefónica —me recuerda Kemp— con el fin de comprobar los datos sobre las llamadas efectuadas desde su casa.

—No se preocupe de eso —digo rápidamente. Aunque no levanto la vista, puedo sentir el peso de la mirada asombrada de Kemp. Stern, sin embargo, no se inmuta.

—Si el interrogatorio no es productivo, podríamos considerar la posibilidad de una estipulación —dice Sandy.

Se refiere a una declaración acordada por el ministerio fiscal y por la defensa especificando lo que diría el testigo, que de este modo no es llamado a declarar. Al comentarnos esta posibilidad, Stern se convence más y más de que es la mejor forma de actuar. Aceptaremos el testimonio de los representantes de la compañía telefónica y también el de los expertos en pelos y fibras y del químico forense. De este modo, acortaremos el tiempo durante el cual esta evidencia desfavorable se aireará ante el jurado. Della Guardia puede rechazar nuestra propuesta, pero no es probable que lo haga. El fiscal siempre ve como una bendición no tener que aportar la prueba.

Después de tomar estas decisiones, Kemp y yo volvemos a nuestra biblioteca, la sala de juntas del bufete de Stern en la que se guardan los libros de leyes dentro de las estanterías de roble oscuro que cubren sus paredes del suelo al techo. Yo trabajo en una mesa y Kemp en otra. Al cabo de un momento me doy cuenta de que Jamie me está observando, pero no levanto la

vista.

—No lo entiendo —dice al fin, sin dejarme opción—. Usted dijo que había algo erróneo en esos listados de la Compañía Telefónica.

—Jamie, déme un respiro. He reflexionado desde entonces.

—Dijo que deberíamos comprobar si habían sido falsificadas.

La intensidad de su mirada no está causada realmente por la ira. Hay en ella cierta vulnerabilidad. Por una vez Quentin Kemp, con sus botas vaqueras y su chaqueta deportiva de *tweed*, parece joven e indefenso. Se considera a sí mismo demasiado listo para dejarse engañar.

—Jamie, no fue más que un comentario, ¿vale? Forzado por las circunstancias. Ya comprende.

Pero veo que no lo comprende en absoluto. Me preocupa la expresión de sus ojos, su convencimiento de que no puede creer en mí. Cierro mi libreta y me pongo la chaqueta. Sandy todavía está en su despacho cuando voy a despedirme. Está estudiando el montón de informes científicos que Nico nos ha proporcionado en respuesta a nuestras demandas. Espectrografías. Ampliaciones de las huellas. El informe completo de la autopsia de Carolyn. Está vestido con ropas cómodas: un bonito suéter y pantalones amplios. Parece relajado a la luz verdosa de la lámpara de auditor, fumando su preciado puro.

Lipranzer está en el banquillo el lunes por la mañana. Nico se cuida muy mucho de que no se me acerque. El equipo fiscal viene por el pasillo con Lip, en el momento que Ernestine anuncia el comienzo de la vista. Lipranzer se ha puesto un traje; algo que él odia. Pero, así y todo, sigue pareciendo más un ladrón que un policía. Es una tela horrible de punto doble, con dibujos como de tapicería. Su peinado resulta más ridículo que nunca. Al final, me encuentro sujetando la puerta para que Lip entre en la sala y, a pesar de la presencia de Nico delante y de Glendenning detrás, él me hace un saludo y me guiña un ojo. Su sola presencia me da fuerza.

Nico maneja bien a Lip; su mejor actuación en lo que llevamos de vista. Es directo y consigue rápidamente lo que busca. Sabe que Lip no es de su bando; dirá la verdad pero, a diferencia de Horgan, espera una oportunidad para poner en evidencia a Nico. Delay tiene mucho cuidado en no brindarle la ocasión. Si se comporta de un modo profesional, sabe que puede contar con que Lip también lo hará. Los dos son escuetos y comedidos.

—¿Le dijo alguna vez el señor Sabich que mantenía una relación

personal con Carolyn Polhemus?

—Protesto.

—¿Basándose en lo mismo que en el caso del señor Horgan, señor Stern? —pregunta el magistrado.

—Desde luego.

—Se rechaza la protesta. Señoras y caballeros, estoy seguro de que recuerdan lo que les dije la semana pasada sobre las preguntas basadas en conjeturas. Porque el señor Della Guardia lo afirme, no ha de ser necesariamente así. Continúe usted.

Me pregunto cómo responderá Lip a esa pregunta. Pero sencillamente dice que no. Nico no le ha preguntado si yo sugerí que tal relación existiera, si era algo que se sobreentendiera entre nosotros. Preguntas que Della Guardia, en realidad, no podría enunciar de forma adecuada. Ha preguntado si yo se lo había dicho y él, correctamente, contesta que no. Encorsetado por los formalismos de las reglas sobre los testimonios, nuestro sistema para hallar la verdad suprime la mitad de lo que es comúnmente sabido.

De una forma telegráfica, casi británica, Nico alude a la circunstancia de haberle pedido yo a Lip que no solicitara la relación de llamadas telefónicas hechas desde mi casa. También le saca el número de veces que me tuvo que recordar que recogiera el resultado del análisis de las huellas dactilares tomadas en el vaso y en el resto de los objetos del apartamento de Carolyn. Todo esto emerge con un extraño trasfondo. El jurado, estoy seguro, nota algo raro. Y Nico es lo suficientemente hábil para aclararlo al final. Cuando ha conseguido lo que necesita de Lipranzer, prepara nuestro turno mostrando que su opinión me es favorable. Le pregunta por los casos en que hemos trabajado juntos.

—¿Sería exacto decir que ambos formaban una especie de equipo, para las tareas fiscales e investigadoras?

—Sí, señor.

—Y como resultado de este trabajo de equipo, ¿se ha forjado entre ustedes una amistad personal?

—Sin duda.

—¿Una amistad íntima?

La mirada de Lip patina hacia mí un instante.

—Supongo.

—¿Confía usted en él?

—Sí.

—Y él ¿lo sabe?

Stern protesta; Lip no puede conocer lo que yo sé y el fiscal le está induciendo a arrogarse tal conocimiento. El testigo ya ha calificado suficientemente la relación. Larren apoya la protesta en todos sus términos.

—Muy bien, vamos a plantear la pregunta de esta otra manera: ¿Se le asignó a usted este caso desde el principio?

—No, señor.

—¿A quién se le asignó?

—A Harold Greer, detective del distrito dieciocho, donde ocurrió el crimen.

—¿Es un investigador competente?

—¿Según mi opinión?

En este punto, Nico se muestra muy cauto, para evitar tanto la objeción de Stern como el ametrallamiento de Lip.

—¿Expresó el señor Sabich en su presencia alguna reserva sobre la capacidad profesional de Harold Greer?

—No, señor. Toda la gente que conozco cree que es un policía de los buenos.

—Gracias —Nico sonríe saboreando el triunfo—. ¿Y quién decidió convertir este caso en un cometido del comando especial y pasarle a usted el caso, detective Lipranzer?

—El señor Sabich me dio el trabajo, si es eso lo que me está preguntando. Con la aprobación del señor Horgan.

—Y, que usted sepa, detective Lipranzer, ¿tiene el acusado una relación semejante a la que mantiene usted con algún otro miembro del cuerpo de policía?

Lip se encoge de hombros.

—No, que yo sepa.

Nico se pavonea un poco.

—Así pues, es lógico suponer que usted es, de toda la policía local, la persona menos propensa a sospechar del señor Sabich como autor del asesinato.

La pregunta es impugnable. Stern empieza a moverse, pero se detiene, posando la mano sobre el brazo de su sillón. Esta vez le sigo el paso. Ha visto dudar a Lip y sabe que Nico, por improvisar, ha cometido su primer error. Ha dado la oportunidad que Lipranzer estaba esperando y va a recibir una coz.

—Jamás lo creería —dice Lip sencillamente. Enfatiza la palabra

«jamás». Estupendo. Eso caerá bien al jurado. No ha dejado de contestar a Nico, pero ha aprovechado el hueco para publicar sus sentimientos.

Sandy se levanta para empezar su turno. Anoche decidimos no aprovecharlo. No queríamos hacer más hincapié en los puntos favorables de Nico. Pero, por lo visto, el turno del fiscal nos ha ido peor de lo que Stern anticipaba. El examen de Nico ha abierto las puertas a una especie de catálogo de los distintos éxitos que Lip y yo conseguimos, como una forma de explicar por qué le escogí a él para este caso. Stern los examina uno por uno.

—Y, de hecho —dice Stern cuando termina el repaso—, incluso en medio de la investigación de este caso, usted y el señor Sabich estaban examinando otra cuestión, ¿no?

Lip está confuso.

—¿No había un expediente guardado en el cajón del señor Horgan...? Sandy no puede llegar más lejos, antes de que Nico haya saltado. Larren coge el martillo y señala a Stern.

—Señor Stern, ya le he dicho en demasiadas ocasiones que no vamos a permitir más alusiones a ese historial durante el turno del fiscal. Ya fue demasiado lejos cuando el señor Horgan estaba testificando y, de ninguna manera, voy a permitir que vuelva a ocurrir.

—Señoría, esta prueba tiene una importancia crítica para nuestra defensa. Vamos a continuar profundizando en ese expediente cuando nos llegue el turno de presentar las pruebas.

—Bueno, si este asunto es tan importante para su defensa, volveremos a llamar al detective Lipranzer en ese momento. Pero le aconsejo, señor, que pase a otro aspecto de su examen porque aún no me ha llegado la suficiente información como para permitirle que se dedique a perseguir ese asunto por toda la sala. ¿He sido claro? —el magistrado Lyttle se inclina sobre el estrado con una impresionante concentración en su rostro.

Stern hace su pequeña reverencia, inclinando la cabeza y los hombros. Yo mismo me siento desconcertado por este error de juicio de Stern. Se ha llevado una bronca delante del jurado, cosa previsible, y sigo sin entender lo que está intentando conseguir. Ya ha arrojado suficientes sombras sobre Molto con ese historial. ¿Por qué continúa remachándolo? Desde luego, el jurado se va a sentir defraudado, sobre todo si sigue prometiendo presentar unas pruebas que no tenemos. No podemos aportar la carta que encontré en el historial S, porque no son más que rumores. No comprendo el farol de Stern

y se muestra reacio a tratar el tema conmigo. Lo utiliza como si se tratara de algún efecto para la galería.

Mientras tanto, Stern ha vuelto a la mesa de la defensa.

—Bien, detective Lipranzer, el señor Della Guardia ha hecho algunas preguntas sobre la relación de llamadas proporcionada por la Compañía Telefónica —Stern tiene en la mano la documentación—. Tal como lo he entendido, fue usted quien sacó a colación el tema del número de teléfono de su casa. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor.

—¿No fue él?

—No.

—Entonces no le pidió en primera instancia que no se preocupase por los listados de su casa, ¿verdad?

—Absolutamente cierto.

—De hecho, él mismo le informó desde el principio que iba a encontrar llamadas desde el apartamento de la señora Polhemus a uno de sus teléfonos.

—El de la oficina. Cierto.

—Y no le explicó que ésa era la razón por la que le pedía que no los solicitara.

—No, señor.

Hay un énfasis especial en todas las respuestas de Lip. Stern está haciendo ahora mismo una demostración de lo que un buen abogado puede hacer con un testigo favorable. Pero todo está demasiado claro. No hay resistencia. Está dejando, más o menos, que Stern testifique. Acepta de inmediato la sugerencia de Stern de que fue idea suya no solicitar los listados de mi casa, por considerarlo innecesario; yo sólo di el visto bueno alegando, como es frecuente hacerlo, que sería mejor evitarlo para no inquietar a mi mujer. Sandy vuelve a la mesa de la defensa a buscar un documento; lo numera y se lo tiende para que lo identifique. Es el mandamiento judicial pidiendo a la Compañía de Teléfonos la presentación de la relación de llamadas.

—Dígame, ¿qué fiscal se encargó de redactar este mandamiento?

—Rusty. El señor Sabich.

—Su nombre aparece arriba como firmante autorizado, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y, en los términos en que está formulado, exige específicamente la presentación de esas relaciones?

—¿Por lo que está escrito?

—Esa es mi pregunta.

—La respuesta es sí. El mandamiento pedía esos informes.

—¿Contiene alguna excepción para la casa del señor Sabich?

—No.

—Y, siempre que usted o cualquier otro quisiera examinar las llamadas hechas desde la casa del señor Sabich, ¿esta requisitoria obligaría a la presentación de tales listados?

—Sí.

—De hecho, por favor no conteste si queda fuera de la esfera de sus conocimientos, ¿cuando el señor Molto y el señor Della Guardia decidieron consultar esos informes, confiaron en la autoridad que este documento les confería para obtenerlos?

—Creo que sí.

—Así pues, el señor Sabich está siendo sometido a un proceso basado en unas pruebas que él mismo buscó, ¿no es cierto?

Hay cierto revuelo en la sala. Nico protesta.

—La pregunta es capciosa.

Larren mueve la cabeza con benevolencia.

—Señor Della Guardia, está usted intentando demostrar aquí que el señor Sabich se mostró reacio a recabar pruebas, como forma de probar su culpable conocimiento. Y el ministerio fiscal está en su pleno derecho; pero la defensa, por su parte, también lo está de mostrar que la evidencia presentada hasta el momento se obtuvo gracias a sus esfuerzos. No conozco ninguna otra forma de rebatir sus teorías. Queda rechazada su protesta.

—Le repito la pregunta —dice Stern, de pie ante Lipranzer—: el señor Sabich está siendo juzgado a partir de indicios que él mismo requirió.

—Cierto —dice Lip. Y con celo de converso, añade—. Lo mismo que con las huellas.

—Precisamente —dice Stern—. Se centra en las huellas. Fue Sabich el que visitó personalmente la comisaría de McGrath, quien se entrevistó con Lou Balistriero y solicitó el análisis de las huellas. Es verdad que Sabich estaba ocupado con la gestión de la oficina del fiscal general, enteramente en sus manos, mientras duró la campaña. Pero, de nuevo, gracias a sus esfuerzos se consiguió la evidencia con la que ahora se le está intentando condenar.

—¿Le obstruyó a usted de alguna forma en el normal desarrollo de su labor? —pregunta Sandy para terminar.

Lip se incorpora en la silla.

—No.

—¿Le puso algún impedimento para realizarla?

—Ninguno, según mi criterio.

—La verdad, señor detective, creo haberle oído decir al señor Della Guardia que incluso si usted hubiera tenido conocimiento de esa evidencia, su afecto y respeto por Rusty Sabich tras tantos años de productiva asociación, es tal que nunca hubiera sospechado y, mucho menos creído su culpabilidad. ¿Es eso cierto?

Por la manera de dudar de Lip, temo por un momento que Stern haya ido demasiado lejos. Pero en seguida veo que, sencillamente, Lip está haciendo un esfuerzo para conseguir un efecto dramático.

—Nunca —repite y Stern se sienta. Al hacerlo, me sonrío furtivamente, un gesto para la galería. Sin embargo, por primera vez, tengo la sensación de que el jurado no está satisfecho con la actuación de Stern. No ha sido convincente. Este *tour de forcé* deja sin contestar por qué no informé espontáneamente a Lip de las llamadas realizadas desde mi casa, especialmente la que hiciera la noche del asesinato. El interrogatorio de Stern tampoco aclara las razones por las cuales no quise trabajar con Harold Greer, cuya presencia ha hecho, seguramente, mucha mejor impresión en el jurado que la de Lipranzer. Ni muestra qué otra cosa podía hacer sino ir a ver a Balistreri, cuando Lipranzer y Horgan me estaban azuzando para que lo hiciera. Y esta última parte, si bien emotiva por lo torpe, sólo es una pantomima. Nadie dejaría de desconfiar ante el descubrimiento de los informes de las llamadas y de las huellas. La dudosa naturaleza del turno de la defensa queda enfatizada por la obediente respuesta de Lip a las indicaciones de Stern. Todo resulta demasiado evidente. Lipranzer es un amigo que desea dejarse engañar. El jurado no dejará de percibirlo. Ha sido como yo me temía. La regla de las reacciones iguales y opuestas se aplica también a la sala. Debido en gran medida a su visible reticencia, Dan Lipranzer ha sido el testigo más perjudicial que he tenido hasta la fecha.

Por la tarde, continúa esta tendencia a la baja. Las declaraciones estipuladas están preparadas y se procede a su lectura. A renglón seguido del testimonio de Lipranzer, la revelación del contenido de los informes de las compañías de teléfonos es devastador. El propio Nico los lee. Por fin ha cogido la medida al jurado. Son un grupo de personas inteligentes y despiertas que quieren hechos, sin más tapujos. Nico asume un tono llano,

comedido y levanta un momento la vista al acabar para comprobar si la prueba ha alcanzado su objetivo. Los miembros del jurado están muy atentos a lo que él dice y puedo sentir el peso de sus cálculos. Descubro que como acusado se percibe con más claridad los momentos bajos que como abogado. Mi tarde se estabiliza en una sensación de debilidad y cohibición con un coeficiente nada despreciable de repugnancia.

El atestado sobre la moqueta es más largo pero tiene un efecto similar. Al acordar prescindir del testimonio, Nico, en teoría, ha perdido la carga dramática que conlleva una presentación personal, pero los técnicos tienden a ser muy secos y sus declaraciones, demasiado enrevesadas. Los atestados escritos son lo bastante directos como para tener cierto mordiente. No existe, de esta manera, la posibilidad de que Stern pueda emplearse en ninguna de sus magistrales réplicas o minimizaciones. Los hechos, tal cual son, emergen en medio de un doloroso silencio. El único aspecto que me es favorable, esto es, que las fibras encontradas no coinciden con ninguna de mis ropas, tiene fácil explicación. Me deshice de la ropa que llevaba aquella noche junto con el arma homicida. O, sencillamente, no se desprendieron fibras. Estas conclusiones, fácilmente deducibles e inevitables, cargan el aire de la sala. Siento que alcanzan hasta el último rincón. Y con ellas, una especie de calma invade el lugar. Es más que la modorra de media tarde, da la sensación de que todos los observadores han percibido un cambio de orientación, un giro en el proceso, en el sentido de las expectativas originales. Los fiscales quizás hayan tardado más de la cuenta, pero están asumiendo el control del proceso y están probando sus conclusiones.

Como de costumbre es Molto el que, por su exceso de avidez y su descuido, comienza a sacarme del abismo. Una vez concluida la lectura de la última declaración solicita un aparte.

—¿Qué ocurre? —pregunta Larren cuando estamos ya todos reunidos.

—Juez —dice— nos disponemos a leer el informe sobre las huellas dactilares. Pero hay una pequeña dificultad.

Kemp se vuelve hacia mí y sonrío maliciosamente. La tal dificultad nos resulta obvia: no han podido encontrar el vaso. La sonrisa de Jamie es bienvenida. Es el primer signo de simpatía que intercambiamos desde hace más de un día y llega en buen momento porque los dos miembros de la defensa han estado sin decir una palabra y con gesto mohíno toda la tarde. Durante la pausa de las tres y media, me encontré con Stern en los lavabos y no nos dijimos nada. Me hizo uno de sus encogimientos de hombros judeo-

latinos. Sus ojos expresaban indiferencia. Sabíamos que esto iba a ocurrir, parecía querer decir. Nuestro período en la cuerda floja había acabado.

Ahora en la pequeña antecámara de su despacho, el magistrado Lyttle fulmina a Molto, que sigue sin poder hacer nada para satisfacer a Larren.

—¿Me está usted diciendo que ha completado su búsqueda y que el objeto no ha podido ser encontrado?

—Juez... —empieza a decir.

—Porque eso sería una cosa. Y conforme a ello yo haría un dictamen. Pero si lo que me dice es que cree posible que aparezca pero que le conviene seguir sin ello, eso es algo muy distinto. No quiero ni oír hablar de proceder ahora y descubrir la prueba más adelante. ¿Me he hecho entender?

Nico coge del brazo a Tommy. Pide al juez que le conceda una noche más.

—Si es así, de acuerdo —dice Larren—. ¿Debo suponer que quieren pedir un aplazamiento hasta el día siguiente?

—Sí —dice Nico resueltamente.

Es evidente que el éxito del día de hoy le ha fortalecido. Puede tolerar la adversidad sin inquietarse. Parece haber recobrado su antiguo optimismo.

—Señoría —dice Stern—, espero que el tribunal no haya decidido autorizar al ministerio fiscal a proceder con la prueba de las huellas dactilares en ausencia del vaso. Con la venia, nos gustaría que se nos escuchara al respecto.

—Lo entiendo —dice Larren—. Ustedes querrán hacer algún tipo de investigación sobre este asunto, señor Stern. Y yo les escucharé encantado. Puedo asegurarle desde este momento que no estoy dispuesto a permitir que nadie suba a la tribuna de testigos a dar sus opiniones sobre algo que dice haber observado una vez en un objeto que nadie puede encontrar —dirige una áspera mirada hacia Molto—. Consulte esta noche sus libros y mañana le escucharé. En cuanto a usted, señor Della Guardia, en su lugar me remangaría la camisa e iría personalmente a buscar en ese almacén.

—Sí, señoría —dice Nico, sumisamente.

Stern me dirige una mirada significativa bajo las cejas arqueadas, al volver a la sala. Su expresión es inquisitiva, como si pensara que yo puedo explicar la desaparición del vaso. O quizá sea sencillamente lo prometedor de esta coyuntura lo que da a Stern esa expresión. Si Larren impidiera que los fiscales presentaran el informe de las huellas dactilares, el proceso contra mí habría fracasado con toda probabilidad. Stern no está seguro si puede sentirse

esperanzado o no. Ni yo tampoco.

—¿Pensaría en serio eso de prescindir de la prueba? —le pregunto a Stern mientras ocupamos nuestros asientos. Estamos esperando a que el jurado vuelva a la sala, para que el magistrado les anuncie que pueden marcharse hasta el día siguiente.

—Me parece algo que cuestiona seriamente la evidencia. ¿No es verdad? Tenemos que estudiarlo esta noche.

Eso supone que Kemp y yo debemos pasar más tiempo en la biblioteca. Acepto la indicación implícita de Stern asintiendo con la cabeza.

Hacia las nueve treinta de aquella noche, Kemp regresa a la pequeña biblioteca de Stern para decirme que me llaman por teléfono. Se queda allí revisando todos los casos que he estado copiando de los informes del Tribunal Supremo y de la Corte de Casación, mientras yo me acerco a la mesa de la secretaria desde donde Jamie ha contestado. Uno de los pilotos parpadea. Supongo que será Barbara. Normalmente me llama a esta hora para revisar juntos el transcurso del día durante unos momentos y cada tarde tengo que tejer una trama de evasivas y de respuestas a medias.

Lo cierto es que he hecho todo lo posible por evitar a Barbara desde los días inmediatamente anteriores al proceso. Le he sugerido que se vaya a la cama sin esperar mi regreso y ceno con Stern y Kemp para que ni siquiera tenga que guardarme la comida. No puedo soportar su curiosidad abstracta concentrada en este proceso como un potente faro. No quiero conversaciones a altas horas de la noche sobre los avatares de mi juicio como las que teníamos acerca de los malhechores que yo acusaba. No podría soportar que Barbara analizase meticulosamente las decisiones tácticas tomadas en este juicio del que depende mi vida. Sobre todo, no quiero hablar de mi inquietud. Sé las conclusiones a las que podría llegar con las pruebas que salen a relucir cada día y no sería capaz de aguantar la confrontación, ni para impugnarlas ni para confirmarlas.

Pero no es la voz de Barbara la que oigo cuando cojo el teléfono.

—¿Qué tal lo hice? —pregunta Lip—. Por un momento pensé que te iban a dar una medalla por todas esas cosas increíbles que hicimos juntos.

—Estuviste de miedo —le digo.

No tiene sentido decir la verdad.

—Qué cacho cabrón es Delay —dice—. Schmidt vino a verme esta mañana antes de mi actuación. Y va y me dice que un pajarito le había pedido que me diera un mensaje; si la jodía en el banquillo, me encontraría haciendo

rondas por la noche en el North End. Rollo majó el del tío ese.

Estoy de acuerdo, aunque yo también he enviado mensajes parecidos a policías que tienen una particular amistad con el acusado, o que le conocen del barrio. Es parte de nuestro trabajo.

—Pensé que a lo mejor nos podíamos ver esta noche —dice Lip—. Querría hablar sobre aquello que te iba a buscar —se refiere a León—. ¿Qué te parece si te llevo a casa? ¿Te vas a quedar ahí un rato?

—Otras dos horas, probablemente.

—Ah pues, me viene muy bien. Ahora tengo el turno de tarde, de cuatro a media noche. Me tomaré el café un poco antes. ¿En Corner Grand esquina a Kindle a las once y media? Iré en un Aries sin identificación.

El encuentro se realiza como en una película de espías. Me quedo en el vestíbulo hasta que aparece el coche. Lip no se detiene ni cinco segundos en el bordillo y ya está otra vez en marcha. Ahora que ya ha declarado, soporta una presión menor. Pero hay muchas personas que le aconsejarían mantenerse alejado de mí. Da vuelta a la esquina a tal velocidad que las ruedas traseras derrapan en el pavimento humedecido por el breve chaparrón caído.

Vuelvo a agradecerle su testimonio.

—Estuvo muy bien —le digo— porque fuiste sincero.

—Eso intentaba —dice y tiente la radio de la que salen ruidosas interferencias—. ¡Vaya mierda! —dice Lip refiriéndose a la radio—. Estamos trabajando en un caso de drogas, con la especial, para compensar el desastre de abril y los tíos son incapaces de ponerse de acuerdo con las frecuencias y evitar que nadie se quede fuera. Mejor será que el otro no tenga un detector porque si lo tiene se dará cuenta de todo.

Le pregunto qué está pasando.

—No está mal pensado —dice Lip—. Han puesto a una agente guapita con un abrigo de visón que habían embargado la última vez que la Antivicio entró en el “sala de Bolito”² de Muds Corvino. Se está haciendo pasar por una adicta de un barrio de pelás y va a comprar diez papelines de coca a alguien de Nearing.

—Probablemente, un vecino mío —comento yo—. Hay un tipo al final de la calle, se llama Cliff Nudleman, tiene la nariz más roja que la de Rodolfo.

Nos quedamos callados mientras se oye el radioteléfono del coche. Policías y ladrones. Siento una vaga melancolía al reconocer que lo echo de

menos. Hay muchísimas interferencias a causa de la lluvia. Los truenos y los rayos no deben de andar muy lejos. No quería ser el primero en mencionar a León, pero al final le pregunto a Lip qué tal van sus averiguaciones.

—No he empezado todavía —dice—. Pero lo haré. Antes de nada, es que no tengo ni puta idea de por dónde empezar. Eso es lo que te quería preguntar. ¿Tienes alguna sugerencia?

—No sé, Lip. No debería ser tan difícil encontrar a un marica que se llama León. Habla con camareros o con interioristas.

—Probablemente se fue a San Francisco, ya sabes. O se ha muerto del SIDA o algún otro rollo —me niego a contestar a la sugerencia de que sus esfuerzos sean fútiles. Nos quedamos un momento callados; la radio aúlla—. ¿Te puedo preguntar una cosa? —me dice después de un rato—. ¿De verdad es tan importante?

—¿Para mí?

—Sí.

—¡Joder!

—¿Se puede saber por qué? ¿De verdad crees que ese puto va a servirte? Le digo lo que le había dicho antes.

—Tengo que encontrar algo. Es la explicación más honrada que puedo darte.

—¿Algo sobre Molto?

—Sobre Molto. Eso es. Así es cómo lo veo. Que no es mucho decir — hemos llegado casi a la terminal del autobús, un lugar desolado a cualquier hora del día pero sobre todo en una noche lluviosa. Miro hacia la estación, una nave oscura y triste. La menguante fe de Lip en mí se manifiesta con una empañada tristeza. Esto es lo que le preocupa, más aún que los riesgos. Ha sacado sus propias conclusiones. Quiero usar esto contra Molto para desviar la atención. Peces de colores, como ha dicho Nico. La renuencia de Lip es evidente para ambos y el hecho de que yo tenga que apoyarme en nuestra amistad para que haga algo que me consta no haría por ningún otro es un triste signo de la situación en que me encuentro—. Vamos a darle un tiento, por lo menos. Berman, el investigador de Sandy, dice que en la comisaría no le dieron ni una hoja.

—Te lo dije, tío. Han echado el candado. Kenneally se va a cagar por la pata abajo por darte cuartel.

Me callo un momento.

—¿Cómo te has enterado?

—Un jefe no puede ir a muchos sitios sin que la gente lo sepa.

Las gotas de lluvia caen sobre el cristal. La atmósfera está cargada. Ahora comprendo la película de espías de la esquina.

—¿Qué te dijo? —pregunta Lip.

—No mucho. Me dijo que Carolyn y Larren estuvieron enrollados hace tiempo. ¿Qué te parece?

—Que tenía mundo —dice Lipranzer—. Lo que me ha parecido siempre.

—Me dijo que Larren la enchufó en la oficina del fiscal, a través de Raymond.

—Encaja —comenta Lip.

—Eso pensé yo.

—¿Te dijo algo más?

—Historias pasadas. Ya sabes que el juzgado Norte es un sitio muy sucio, pero que cree que Molto no se pringaba.

—¿Y tú lo crees? ¿Lo de Molto?

—No quiero creerlo.

—Yo no me fiaría de lo que ese tío crea que es pringarse o no. Te aviso. A saber de dónde viene él.

—¿Qué tienes contra Lionel?

—No es mi tipo —dice sencillamente. Ya hemos cruzado el puente de Nearing y nos hemos sumido en la súbita oscuridad del extrarradio, lejos del resplandor de las luces amarillas de sulfuro de la autopista—. Hacía la misma ronda que él cuando empecé, ¿sabías?

—No.

—Pues, sí —dice—. Le he visto en acción. No es mi tipo.

Decido no seguir preguntando.

Lip mira adelante. Las sombras de los limpiaparabrisas le cruzan la cara.

—De eso hace doce o catorce años —continúa después de una pausa—. Las cosas eran distintas. Soy el primero en reconocerlo, ¿vale? Por entonces todos estaban pringados. ¿De acuerdo? Todos —Lip me mira a los ojos y sé lo que quiere decir. Su mirada me resulta inquietante—. Putos, camareros, ellos ponían la pasta. No había ni que decírselo. Te la ponían delante. Así que no lo digo por eso, ¿vale?

—Pero una noche, salgo de un sitio a las dos o a las tres de la mañana y veo bajar al coche patrulla a toda velocidad y se para en seco. Al principio creo que me buscan y me acerco un poco más. Pero ni siquiera me ve. Es

Kenneally. Sabes, ya es sargento, de modo que va solo. Está mirando a la acera de enfrente, a un portal. Hay una puta, ¿vale? Una negra, con la falda subida hasta la barbilla y una camiseta de leopardo o algo de eso. Lo que sea. Le oigo silbar, ¡oye!, como si fuera un perro o un caballo. Muy fuerte. Se escucha en toda la calle. Y lleva el coche negro y blanco a un callejón. Sale y mira a la tía y le hace así —Lip dispara el dedo índice hacia su ingle—. Gran sonrisa. Y la señora, espera que te espera. Y él sigue señalando y sonriendo. Dice no se qué; no digas que no, o algo así. Y ella empieza a bajar lentamente la calle como diciendo: «Venga tío, no te enrolles», y arrastrando el bolso como si llevara un yunque dentro. Y Kenneally sigue con su gran sonrisa. Se sienta en el coche. Todo lo que veo son sus piernas sobresaliendo del coche con los pantalones en los tobillos y la tía de rodillas, trabajando. El cabrón ni siquiera se quitó el sombrero —Lip mete el coche suavemente en mi parcela. Lo pone en punto muerto y enciende un cigarrillo—. No es mi tipo —dice otra vez.

CAPÍTULO 32

La primera batalla enconada del proceso se celebra al día siguiente y ocupa toda la mañana. Nico describe la meticulosa búsqueda que durante seis horas ha realizado en el almacén de pruebas de la policía. No han podido localizar el vaso. Ambas partes han preparado sendos memorandos sobre si el testimonio acerca de las huellas dactilares puede, en todo caso, ser admitido. Kemp redactó el nuestro un poco después de la media noche. Molto debió haber empezado más tarde, pues Nico dijo que pasada la una todavía seguían en el laberinto del almacén. Todos tienen los ojos enrojecidos, típico de abogados en mitad de un proceso. Larren se retira a su despacho a leer los dos informes. Después, regresa para oír la exposición oral. En principio se supone que sólo Stern y Nico se han de dirigir a la sala, pero ambos se ven obligados a consultar a sus segundos tan a menudo, que pronto están los cuatro letrados hablando a la vez, interrumpidos de vez en cuando por el juez, que les plantea hipotéticas preguntas o que sencillamente piensa en voz alta. Stern expone sus tesis con una vehemencia mayor que en ningún otro momento del proceso. Quizás olfatee una posibilidad de triunfo, o quizá sea la desesperación acumulada tras los sucesos de ayer. Sigue enfatizando la injusticia fundamental que supondría forzar al acusado a enfrentarse con un testimonio cuyo soporte no hemos tenido oportunidad de comprobar. Nico primero y después Molto arguyen que la, así llamada, «cadena de custodia» no ha sido rota. Tanto si se logra encontrar el vaso, como si no, Greer, Lipranzer y Dickerman, el responsable del laboratorio, establecerán que las huellas fueron identificadas a partir de los depósitos encontrados en el vaso el día después del asesinato.

El tira y afloja entre los abogados parece interminable. Mi ánimo se sume en una enfermiza espiral que sube y baja, desde el júbilo al lamento más amargo. Está claro que el juez sigue indeciso. Esta es una de las situaciones, tan frecuentes en un proceso, ante las cuales el juez se mantendrá dentro de los márgenes de la legalidad haga lo que haga. Hay precedentes de ambas posiciones. En ciertos momentos, la forma de reprender a Nico y a Tommy me hace concebir la esperanza de que la prueba va a ser excluida. Pero los fiscales expresan con franqueza el perjuicio que eso acarrearía a sus conclusiones y, sin decirlo en voz alta, insinúan lo impropio de acabar un

caso de esta importancia por culpa de la negligencia policial. A la postre, este pensamiento parece prevalecer y Larren falla en contra de la defensa.

—Voy a admitir este testimonio —dice el magistrado poco después de que el reloj de la sala haya dado las doce. Después explica en qué basa su dictamen para que conste en acta, así el tribunal de la siguiente instancia podrá revisar su juicio, en caso necesario—. Debo decir que me cuesta trabajo hacerlo, pero estoy influido por la evidente importancia que tiene para este caso. Naturalmente, ese mismo factor, dado el tono general de algunos hechos acaecidos durante este proceso —el magistrado mira a Molto—, me hace entender perfectamente el escepticismo de la defensa. Tienen razón en que no han tenido oportunidad de revisar uno de los objetos que, por otra parte, tampoco va a ser presentado al jurado. Su ausencia se atribuye al almacén de la policía. Quiero hacer constar en acta que el departamento de almacenaje de pruebas de la policía ha sido responsable directo durante muchos años de este tipo de extravíos, tanto por falta de control de entrada, como de presentación de las pruebas ante la sala. Probablemente, éste sea el ejemplo más llamativo pero, desde luego, no el único que conocemos y debo decir que han sido los antecedentes de este hecho los que me han decidido a admitir este testimonio. Incluso los fiscales mejor intencionados y de ninguna manera se me interprete como una valoración de las intenciones del señor Della Guardia ni del señor Molto, que parece haber sido la última persona que tuvo el vaso en su poder —de nuevo Larren mira sombríamente a Tommy. ¿Dijo realmente Greer eso?, me pregunto—. Pues ni los fiscales mejor intencionados parecen poder controlar la suerte de las pruebas materiales una vez fuera de su alcance. Podría ocurrir que hubiera mala fe en este caso. Continuaré alerta investigando y si encontrara un solo trazo de mala fe, entonces ahí terminaría esta acusación. Pero en principio ese pensamiento me parece algo tan fuera de lugar que no creo exista posibilidad alguna de que sea cierto. Y por esta razón voy a admitir esta prueba, a pesar de la protesta de la defensa y de mis propias reservas. Sin embargo voy a instruir al jurado limitando estrictamente su alcance, para cuya redacción necesitaré cierto tiempo durante la hora del almuerzo. Por tanto, el juicio se reanudará a las dos en punto.

El magistrado abandona el estrado, pide a los letrados que permanezcan unos momentos en la sala para conocer sus impresiones sobre la instrucción que quiere redactar. Sandy se muestra filosófico. Parece evidente, creía que íbamos a ganar. Le explico a Barbara lo ocurrido, pues parece muy inquieta

por el dictamen de Larren.

—No es justo —me dice—. No habéis tenido oportunidad de verlo.

—Compréndelo —le contesto—. Es una de esas decisiones que un juez debe tomar. —No intento ser heroico; durante el tiempo que han durado las discusiones he estado midiendo a Larren por mi propio rasero. En esta ocasión, yo habría actuado como él.

Me voy al servicio. Cuando salgo, otra vez veo a Nico en el lavabo, aclarándose las manos mientras ladea la cabeza a izquierda y a derecha para ver a la luz la posición de su pelo.

—Bueno, Rusty. ¿Vamos a oírte hablar la semana que viene? —dice.

Según las leyes del estado sobre el sumario, la defensa no tiene ninguna obligación de informar al ministerio fiscal de sus testigos. Si el acusado va a testificar o no, es a menudo el secreto que con más celo guarda el equipo de la defensa. Los fiscales lógicamente acabarán mañana. Suponiendo que el juez disponga de un día para la presentación de las demandas de una sentencia directa, nuestro turno empezaría el próximo lunes. Si no reciben ninguna indicación de nuestras intenciones, los fiscales no sabrán si pasarse el fin de semana preparándose para sus turnos de réplica o para elevar su alegato final. Normalmente se acaba por no hacer ni una cosa ni otra.

—Estoy seguro de que Stern te lo dirá, Delay, en cuanto nos decidamos.

—Tengo la corazonada de que vas a testificar.

Nico está jugando a las adivinanzas, intentando provocarme. Está mucho más duro que durante nuestro último encuentro en este mismo lugar la semana pasada. Vuelve a ser el mañoso Delay de siempre.

—Quizás aciertes —le digo—. ¿Vas a ser tú el que me interrogue?

—Forzosamente —contesta—, no podría interrogar a Barbara. Es una dama demasiado agradable.

De nuevo Nico me está tanteando. Quiere saber si Barbara va a declarar para corroborar mi coartada y si me acobarda pensar que Molto vaya a interrogar a mi mujer.

—Eres un blandengue, Delay —me miro al espejo. Estoy harto de la conversación. Nico, crecido por el desarrollo de los acontecimientos de los últimos días, no quiere dejar pasar la oportunidad.

—No me defraudes. Quiero oírte decir. Sabes, a veces me lo pregunto: ¿Cómo pudo hacer una cosa así un tío como ése? Lo admito. A veces me lo pregunto.

—Nico, si te dijera lo que realmente sucedió, no lo creerías.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me doy la vuelta, pero me coge del brazo.

—De verdad, ¿qué quieres decir con eso?, ¿no será esa gilipollez de que Tommy te lo preparó, verdad? Vamos, eso es para los periódicos. Yo soy Delay —se toca la camisa—. No puedes hablar en serio. Eso es sólo mierda. Mira, entre nosotros: Una auténtica mierda. Y ahora dime. Mira, tú y yo. Como viejos colegas. Sin que salga de aquí. ¿Me vas a decir que te crees esa chorrada?

—¿Dónde está el vaso?

—¡Vete a tomar por culo! Los polis que lo pierden todo. Los dos lo sabemos.

—Y con Eugenia se pasó un poco, ¿no te parece?

—¿Qué? ¿De verdad crees que le mandó decir «ángel mío»? ¡Venga! La calentó demasiado. Lo admito. Y eso fue una estupidez. Se lo dije. Es muy impulsivo. Ya sabes. Quería mucho a Carolyn. Se sentía muy cerca de ella. La consideraba una de sus amigas más íntimas. Casi como una hermana mayor. La miraba con admiración. Se siente muy comprometido con este caso.

—¿Has leído tú ese expediente, Nico?

—¿El del cajón de Raymond?

—Haz las tareas, Delay. Y hazlas tú solito. Te puedes encontrar con sorpresas. Sobre la hermana mayor y el hermano menor.

Nico sonrío y sacude la cabeza, expresando que no se traga eso. Pero sé que mis palabras le han calado hondo. Disfruto la ventaja; hace años que le cogí el pulso a Nico. Me seco las manos con una toalla de papel, con los labios cerrados herméticamente. No diré nada más.

—Así que ése es el gran secreto, ¿eh? Tommy lo hizo. ¡Es lo que me quedaba por oír!

—¡Sigue, Delay! —le digo pausadamente, mientras le doy la espalda—. Te daré un avance. Pregunta lo que quieras. Una sola pregunta. Que no salga de aquí, como decías. Entre viejos colegas. Nadie repite nada de lo que aquí se diga.

Me vuelvo y le miro abiertamente a los ojos.

—¿Lo hiciste? —me pregunta.

Sabía que me haría esa pregunta. Antes o después alguien tenía que hacerla. Terminó de secarme las manos. Apelo a todo lo que en mí hay de verdad, a cada medalla a la sinceridad que poseo.

—No, Nico —digo muy despacio y le miro sin pestañear—. Yo no maté a Carolyn.

Sé que mi declaración le ha afectado; una especie de dilatación de la pupila; sus ojos se oscurecen de pronto. Su rostro parece variar de tono.

—Muy bien —dice por fin—. Lo llevarás muy bien —finalmente sonrío—. Así que esto ha sido una especie de putada, ¿eh? ¿Acusado falsamente y todas esas cosas?

—¡Vete a tomar por culo, Delay!

—Sabía que oiría eso también.

Salimos los dos riendo. Cuando levanto la mirada, veo que he atraído la atención de Stern y de Kemp que están a poca distancia charlando con Berman, el investigador privado. Es muy alto, con una gran panza y una corbata estridente. Stern parece nervioso, quizá por verme con Nico, aunque creo que es porque ha sido interrumpido. Mueve la mano indicando a los otros dos que le dejen en paz y regresa a la sala. Kemp se aleja con Berman unos cuantos pasos y después vuelve hacia mí. Esperamos a que Delay entre también siguiendo a Stern.

—No estaré aquí esta tarde —dice Jamie—. ¡Hay novedades!

—¿Buenas o malas?

—Muy buenas, si resultan ciertas.

—¿Es un secreto?

Jamie se vuelve a mirar a la sala.

—Sandy me ha pedido que no le hablara de eso, de momento. No quiere crear falsas expectativas. Ya comprende.

—La verdad es que no.

Berman desde cierta distancia le dice a Jamie que tienen que irse. Kemp me da en el brazo.

—Si son ciertas, quedará encantado. Créame.

Mi mirada, estoy seguro, es abyecta. Me siento confundido y menospreciado por mis propios abogados.

Pero no puedo protestar. Yo mismo he enseñado a Jamie Kemp a no prodigar su confianza. Le he educado en el escepticismo profesional, en la creencia de que no es bueno hacer juicios precipitados.

—Ha salido algo con una de las requisitorias —dice. Berman le vuelve a llamar: prometieron al tío que estarían allí a la una. Jamie se vuelve—. Créame —dice una vez más antes de salir al trote hacia el vestíbulo.

—Señoras y señores —lee Larren al jurado—. Están ustedes a punto de

oír la opinión de un experto en huellas dactilares. Morrie Dickerman, respecto a una prueba que él afirma haber identificado en cierto vaso. Al considerar dicha prueba, ustedes deben, repito, deben tener presente que la defensa no ha tenido oportunidad de examinar el vaso. El testimonio es apropiado, pero dejo a su discreción el valor que habrán de darle. El equipo defensor no ha podido comprobar la base científica que soporta la prueba del fiscal, ni si ha habido algún tipo de fraude. No estoy diciendo que lo haya, digo sencillamente que la defensa no ha podido pedir la opinión a un perito de su confianza. Ha podido haber un error, inocente quizá, pero un error. Tampoco han tenido la oportunidad de que algún otro científico identificara esas huellas como, quizá, pertenecientes a otra persona.

»Señoras y caballeros, me dirijo a ustedes en este momento para indicarles que, cuando se reúnan a deliberar, están en su perfecto derecho de considerar no sólo este testimonio, sino también el hecho de que el ministerio fiscal no fuera capaz de presentar el vaso a la defensa. Y es legítimo, no les estoy diciendo que lo hagan, sino que es perfectamente legítimo que ese hecho produzca una duda razonable en su mente que daría como consecuencia la absolución del señor Sabich.

»Y dicho esto, procédase.

Molto, ante el estrado, se detiene un momento para levantar la mirada al juez. A medida que el caso avanza, estos dos hombres han ido abandonando todo fingimiento. Existe un odio mortal entre ellos, notorio e intenso. Mientras tanto, la fuerza de la instrucción de Larren va calando en la sala. La defensa, en este momento, se empieza a recobrar. La prueba de las huellas ha quedado en entredicho por boca del propio juez. La absolución, ha dicho, es una conclusión legítima.

La mera sugerencia de que se haya podido cometer un error en un caso de esta índole supone una especie de corte hasta la médula.

Morrie Dickerman sube a la tribuna de los testigos. Es el típico ejemplo de profesional puro. Un neoyorquino anguloso, con grandes gafas de montura oscura. A Morrie las huellas dactilares le resultan fascinantes. Le soy simpático porque solía sentarme a escuchar sus hallazgos. Morrie tiene de bueno lo que Sin-Dolor Kumagai de malo; posee el compendio de habilidades que, de vez en cuando, se encuentran entre los funcionarios públicos. Se sienta con sus fotografías y sus diapositivas y muestra al jurado cómo ha procedido. Les explica de qué están compuestas las huellas dactilares, unos residuos grasos dejados por ciertas personas en determinados

momentos. Hay quien no deja jamás una huella; la mayoría, sin embargo, lo hace en determinados momentos, aunque no en todos, depende de su exudación. Pero cuando alguien deja una huella, es única. No hay dos iguales. Morrie aclara todo esto con palabras sencillas y después me pone la sogá al cuello en los cinco últimos minutos de su intervención, con sus fotos del bar, del vaso, de las huellas, comparadas con ampliaciones de las mías que ha sacado de mi ficha. Todos los puntos de similitud están marcados con flechas rojas. Morrie, como de costumbre, se ha preparado a conciencia.

Stern se queda un cierto tiempo de pie estudiando la ampliación fotográfica de una de mis huellas del vaso antes de empezar. Vuelve la foto hacia Morrie.

—¿A qué hora del día uno de abril se dejó esta huella, señor Dickerman?

—No tengo idea.

—Pero, ¿usted está seguro que se dejó ese día?

—No hay manera de asegurar eso tampoco.

—¿Perdón? —Stern baja las comisuras de la boca, fingiendo sorpresa—. Sin duda, podrá al menos decirnos que se realizó alrededor de esa fecha.

—No.

—Pues, ¿cuánto pueden durar las huellas dactilares?

—Años —dice Dickerman.

—¿Perdone?

—Pueden pasar años, sin que se descompongan las grasas que forman las huellas.

—¿Cuál es la huella más antigua que ha estudiado usted durante su carrera profesional en el departamento de policía?

—En un caso de secuestro. Tomé una huella del volante de un coche que tenía tres años y medio.

—¿Tres años y medio? —dice Stern admirado. Es una maravilla. El mismo hombre que dejó hecho una piltrafa a Raymond Horgan, ahora finge estar aturdido, como deferencia al experto. Actúa como si poco a poco fuera comprendiendo el asunto según avanza—. Entonces el señor Sabich pudo haber cogido el vaso seis meses antes, cuando estuvo en el apartamento de la señora Polhemus en conexión con el caso McGaffen.

—No podría decir cuándo lo cogió el señor Sabich. Sólo que hay dos huellas suyas en él.

—Supongamos que el señor Sabich lo tocara por alguna razón, un

simple sorbo de agua, por lo que su uso pasó inadvertido, o que quizá sólo el interior del vaso fuera enjuagado después de usado. ¿Es posible que sus huellas continuaran en el vaso?

—Sí. Y, a propósito, es teóricamente posible que no se hubieran borrado incluso si el vaso se hubiera sumergido completamente. Por regla general, el agua y el jabón quitan las huellas, arrastran la grasa, pero hay casos documentados en los que se han podido identificar huellas dactilares incluso después de que el objeto hubiera sido aclarado con agua y jabón.

—¿No? —exclama Sandy perplejo.

—Yo no lo he visto nunca —aclara Dickerman.

—Bueno, al menos sabemos que nadie más tocó el vaso porque no aparece ninguna otra huella en él.

—No.

—¿Perdón? —dice Stern lentamente.

—Hay otra huella.

—¿No? —dice Stern otra vez. Sigue aparentando perplejidad. Sandy tiene una extraña teatralidad. Al principio del proceso, el jurado no lo conocía lo suficiente para saber que estaba actuando; ahora, en esta segunda semana, hace gestos más amplios como para permitirles seguirlo deliberado de su discurso. Yo lo sé, y ustedes lo saben, les está diciendo. Un acto de confianza para hacerles comprender que en realidad está tratando de que no se les pase nada por alto—. ¿Quiere usted decir que hay otra huella en el vaso?

—Eso mismo.

—¿Y podría ocurrir que el señor Sabich hubiera tocado el vaso hace meses y otra persona lo tocara también el primero de abril?

—Podría ser —dice Dickerman con imparcialidad—. Podría ser cualquier cosa.

—Bueno, de todas formas sabemos que el señor Sabich estuvo allí aquella noche porque sus huellas aparecen en muchos otros objetos del apartamento, ¿no es cierto?

—No, señor.

—Pero tendría que haberlas en alguno de los objetos. Por ejemplo, los cierres de las ventanas que estaban abiertos. ¿Encontraron huellas identificables allí?

—Identificables, señor, pero no identificadas.

—¿Quiere decir que había huellas de alguien, pero no eran del señor

Sabich?

—Ni de la señora Polhemus. También la excluimos a ella.

—¿Las huellas pertenecen a una tercera persona?

—Sí, señor.

—¿Como con el vaso?

—Cierto.

Stern repasa la lista entera de lugares dentro de la casa que se revisaron sin descubrir ninguna huella dactilar mía: la mesa, volcada; los atizadores de la chimenea, que se pensó podían haber sido el arma del delito; la superficie de la barra, las otras mesitas de la habitación; la ventana, la puerta y, en fin, otros cinco o seis lugares más.

—¿Y las huellas del señor Sabich no aparecen en ninguno de esos lugares?

—No, señor.

—¿Sólo en el vaso que sigue sin aparecer?

—Sí, señor.

—¿Un solo lugar?

—Eso es todo.

—¿No habría dejado huellas por todas partes si hubiera estado allí? — Pudiera ser, o pudiera ser que no. El cristal es una superficie excepcionalmente receptiva.

Stern, desde luego, sabía la respuesta.

—Pero, ¿y la mesa, las ventanas? —pregunta.

Dickerman alza los hombros. El no ha venido a explicar nada, sino a identificar unas huellas. Stern aprovecha esa imposibilidad de Dickerman y, por primera vez desde que empezamos, mira directamente al jurado, como si buscara consuelo.

—Señor —pregunta Stern—. ¿Y cuántas huellas más había de esa tercera persona, es decir, ni del señor Sabich ni de la señora Polhemus?

—Cinco, creo. Una en el pomo de la ventana, una en el cristal, un par de ellas en las botellas de licor, una en una de las mesas.

—¿Y pertenecen todas ellas a la misma persona?

—No lo sé.

Stern, que aún no se ha movido de la mesa de la defensa, se inclina hacia delante para indicar que no entiende bien.

—¿Cómo dice?

—No hay forma de saberlo. Sólo puedo decir que quien las dejó no

consta en los archivos del condado. Porque hicimos una búsqueda por ordenador. No tiene antecedentes criminales, ni es funcionario. Pero podrían pertenecer a cinco personas distintas o a la misma. Podrían ser de la señora de la limpieza, de un vecino o de algún amigo. No puedo asegurarlo.

—Sigo sin comprender —dice Stern, aunque comprende perfectamente.

—Tenemos diez dedos, señor Stern. Yo no puedo saber que la huella desconocida A pertenece a un dedo índice o que la B es la del dedo medio. Y además, si es de la mano derecha o de la izquierda. No hay manera de asegurarlo sin poder confrontarlas con datos conocidos.

—Pero desde luego, señor Dickerman... —Stern se detiene—. ¿Qué fiscal supervisó sus actividades después del señor Sabich?

—Molto —dice Dickerman. Inmediatamente se tiene la sensación de que Tom no cae muy bien a Morrie.

—Pues, desde luego, él le pediría que comparara esas seis huellas no identificadas para ver si dos de ellas pertenecían al mismo dedo.

Muy bien. Excelente. Es el típico detalle que se me escapaba siempre cuando actuaba como fiscal. Yo estoy pensando en el acusado, y éste, desde luego, está pensando en alguien más.

Pero cuando Dickerman contesta: «No, señor, no lo hizo», uno de los miembros del jurado, el que se dedica en su tiempo libre a los ordenadores, se vuelve y mueve la cabeza. Me mira a mí, como diciendo. ¿Puede usted creerlo? Estoy atónito de lo lejos que ha quedado lo de ayer. El hombre se vuelve a la persona de al lado, la joven que lleva la droguería e intercambian comentarios.

—Puedo tenerlo para mañana mismo —dice Dickerman.

—Estoy seguro —dice Stern—. Bueno, espero que el señor Molto lo recuerde a partir de ahora —está a punto de sentarse pero se vuelve al testigo—. ¿Sabe usted, señor Dickerman, por qué no le pidió que hiciera la comparación de las otras huellas? —un buen abogado jamás pregunta por qué, a no ser que conozca la respuesta. Desde luego, Stern la sabe, como yo. Negligencia. Demasiado trabajo y demasiado poco tiempo para hacerlo. Un problema de selección. Cualquier respuesta servirá para provocar en el jurado nuevas dudas sobre Molto.

—Supongo que no le interesaba —contesta Dickerman. Intenta restar importancia a la omisión, pero lo que consigue, de hecho, es darle un carácter ominoso, como si a Molto le importara un bledo descubrir la verdad.

Stern que no se ha movido de nuestro lado en ningún momento, sigue de

pie un segundo más.

—Así es —dice—, así es.

Molto se aproxima al estrado y se llama a la señora Maybell Beatrice, que trabaja de asistenta en Nearing. Me alivia ver de nuevo a Tommy ante la tribuna. Porque Nico, con todo su descuido, parece haber encontrado su sitio en la sala. Tommy es mucho menos adaptable. En la oficina del fiscal, ha habido siempre una especie de división cultural. Una barrera que acabó provocando la ruptura definitiva con Nico. Raymond escogió a un cuerpo de élite; una serie de jóvenes abogados, con buenos expedientes de universidades que le gustaban. Y, tras un período de aprendizaje, los puso a trabajar en investigaciones especiales. Nosotros enjuiciábamos a los culpables y a los ricos por soborno y fraude; nos embarcamos en investigaciones largas y complejas; aprendimos a salir del paso en actuaciones contra abogados de la talla de Stern, capaces de discutir la interpretación de la ley con los propios jueces y matizar sus indicaciones a los jurados. Molto, como Della Guardia, nunca llegó más allá de la persecución de los crímenes callejeros. La particular mezcla de orgullo y pasión de Tommy se ha ido nutriendo, durante demasiado tiempo, en las salas de menor entidad, en las que ningún tipo de argucia está prohibida; los abogados defensores utilizan los trucos más bajos y los fiscales aprenden a imitarles. Tommy se ha convertido en el producto que demasiado a menudo forja la oficina de un fiscal: un letrado que ya no sabe distinguir las fronteras entre la persuasión y el engaño: que concibe un proceso como una serie de trucos y artimañas. Al principio pensé que sería su personalidad ardiente lo que le restaba puntos al ministerio fiscal. Pero no, lo que lastra su actuación es su incapacidad de triunfar sobre su experiencia. Es más listo que Nico. Tiene una inteligencia penetrante y alerta y siempre está preparado, pero ya todos los presentes en la sala sospechan que su celo no tiene límites. Hará cualquier cosa por ganar. Sea cual sea la vieja rivalidad o los celos que Carolyn suscitara, doy por sentado que este rasgo es, además, una de las causas de la antipatía entre el magistrado y él.

Y por esta misma razón se mantiene mi curiosidad sobre León y el historial S y cualquier sombra que se cierna sobre el pasado de Molto. El comentario de Nico sobre las estrechas relaciones entre Molto y Carolyn me resultó intrigante. ¿Quién sabe exactamente cómo le seduciría? Cada vez más, como cualquier otro observador de esta sala, estoy persuadido de que hay algo siniestro en el carácter de Molto. Le resulta demasiado fácil

justificar su comportamiento; no hay ninguna línea de flotación por debajo de la cual no esté dispuesto a hundirse. Lo que empezó siendo otra ilusión de Stern parece haber adquirido vida propia. Me pregunto si lo que Kemp ha salido a cazar no tendrá como objetivo a Molto. Ciertamente, mientras Stern ha ido avanzando con el típico artificio de abogado, de poner en tela de juicio al fiscal, la respuesta de Molto ha sido muy poco convincente. Comete lo que quizás haya sido su mayor error a lo largo de este proceso, durante el interrogatorio de esta asistente de Nearing.

La señora Beatrice dice que vio a un hombre blanco en el autobús de las ocho, un martes de abril. No sabe qué martes fue, pero era martes porque ese día trabaja hasta más tarde y era abril porque recuerda haber dicho que había sido el mes anterior, la primera vez que habló con los policías, que andaban haciendo entrevistas al azar en la parada del autobús, en mayo.

—Pues bien, señora —dice Molto—. Le pido que mire alrededor de la sala e indique si hay alguien a quien reconozca.

Me señala a mí.

Molto se sienta.

Stern empieza su turno. La señora Beatrice le mira sin aprensión. Es una mujer mayor, bastante robusta y con una cara amable y llena de vida. Su pelo gris está recogido en un moño y lleva unas gafas redondas de montura metálica.

—Señora Beatrice —dice Stern amablemente—, tengo la sensación de que es usted el tipo de persona que llega a la estación siempre antes de la hora —Stern lo sabe por la hora de la entrevista de la policía.

—Pues sí, señor. La señora Younger me deja libre a menos cuarto. Y me da tiempo a comprarme el periódico y una chocolatina y a coger sitio en el bus.

—¿El autobús que va a la ciudad es el mismo que viene del centro, verdad?

—Sí, señor.

—¿Concluye...? Quiero decir. ¿Termina la carrera en Nearing y vuelve, verdad?

—Da la vuelta en Nearing, es verdad.

—¿Y usted está allí todas las noches cuando llega el autobús de menos cuarto?

—De las seis menos cuarto. Casi todas las noches sí, señor. Menos los martes. Ya se lo he explicado.

—La gente que viene del centro baja del autobús y pasa a su lado, ¿verdad? De modo que usted tiene tiempo de verles la cara.

—Oh, sí, señor. Parecen muy cansados y muy aburridos... Por lo menos algunos.

—Pues bien, señora... Bueno, no debería preguntarle esto — Stern vuelve a mirar el atestado de la policía—. ¿Usted no dice haber reconocido al señor Sabich como el hombre a quien vio en el autobús aquel martes por la noche?

No hay nada capcioso en esa pregunta. Molto, en su turno, ha dejado la impresión de que ha sido así. Pero la señora Beatrice hace un gesto. Muévela cabeza enfáticamente.

—No, señor. Eso es una cosa que me gustaría explicar.

—Hágalo, por favor.

—Yo sabía que había visto a este hombre —señala hacia mí—. Se lo dije al señor Molto muchas veces. Lo veo cuando voy a coger el autobús. Me acuerdo que había un hombre en aquel autobús un martes por la noche, porque trabajo hasta tarde debido a que la señora Younger no llega a casa hasta cerca de las siete y media. Y me acuerdo también de que era un hombre blanco porque no hay muchos caballeros blancos que vayan en este autobús a esas horas de la noche. Pero lo que no recuerdo es si fue este hombre o fue otro. La cara me es conocida, como la de este hombre, pero no sé si de verlo en la estación o de verlo en el autobús aquella noche.

—Es decir, duda que fuera el señor Sabich al que vio aquella noche.

—Eso es. No sé si fue él. A lo mejor sí. No lo sé.

—¿Ha hablado con el señor Molto sobre su testimonio?

—Muchas veces.

—¿Y le ha contado a él todo lo que nos acaba de decir?

—¡Oh, sí, señor!

Sandy mira en dirección a Tommy con expresión de reproche.

Después de la vista. Stern me dice que me vaya a casa. Coge a Barbara y la empuja hacia mí.

—Lleve a cenar a su encantadora esposa. Merece un premio por su maravilloso apoyo.

Le digo a Stern que esperaba que empezáramos a hablar de nuestra defensa, pero Sandy mueve la cabeza.

—Rusty, discúlpeme —dice. Como presidente de la Asociación de Abogados Criminalistas, ha recaído en él la responsabilidad de organizar una

cena oficial, que se celebrará mañana por la noche, en honor del magistrado Magnuson, que acaba de jubilarse tras tres décadas como juez instructor en delitos muy graves—. Y además debo estar una o dos horas con Kemp —añade, sin ceremonias.

—¿Le importaría decirme dónde ha ido?

Stern arruga la cara.

—Rusty, por favor, discúlpeme —toma de nuevo el brazo de Barbara y el mío—. Tenemos cierta información. Le diré algo: está relacionado con mi interrogatorio de mañana del doctor Kumagai. Pero no merece la pena repetirlo ahora. Puede resultar un completo malentendido. No me gustaría alentar falsas esperanzas. «Más vale ignorante que defraudado.» Por favor, acepte mi consejo. Ha estado usted trabajando mucho. Tómese la noche libre. Durante el fin de semana tendremos tiempo de discutir la defensa, si llega el caso.

—¿Si llega el caso? —le pregunto. No entiendo muy bien lo que quiere decir. ¿Está proponiendo que descansemos... no brindar ninguna prueba? ¿Es que esta información es tan explosiva que podría suponer el final del proceso?

—Por favor —dice Sandy otra vez y comienza a sacarnos de la sala. Ahora Barbara interviene. Me coge de la mano.

Y, por fin, nos vamos a cenar a Retchner's, un restaurante alemán pasado de moda, próximo al palacio de justicia, que siempre me ha gustado. Barbara, después del feliz desarrollo de la sesión de hoy, está muy animada. Hasta ella se sintió afectada por los sombríos sucesos de ayer. Sugiere que pidamos una botella de vino y, una vez descorchada, me pregunta por el proceso. Aprovecha esta oportunidad que se le ofrece para asediarme. Es evidente que se siente frustrada por mi escasa disponibilidad. Hace preguntas en serie, mirándome con sus grandes ojos oscuros, tranquilos e intensos. Le preocupa mucho la lectura del informe pericial de ayer sobre los hilos encontrados. ¿Por qué era preferible al testimonio directo? Me pide una relación exhaustiva de todo lo revelado por el informe del laboratorio. Mis respuestas son, como siempre, lacónicas. Contesto escuetamente, recordándole que prosiga con su comida, mientras trato de reprimir mi malestar. Como siempre, hay un aspecto en el interés de Barbara que encuentro aterrador. ¿Será su curiosidad tan abstracta como parece? ¿Le atraerán más los procedimientos y los rompecabezas que sus consecuencias para mí? Trato de cambiar de conversación preguntándole qué noticias tenemos de Nathaniel,

pero Barbara se da cuenta de que la rehuyo.

—Sabes —me dice—. Vuelves a estar como antes.

—¿Qué quieres decir? —pregunto yo, evasivamente.

—Como antes. Distante.

Mi situación es la que es y ella se queja. A pesar del vino, siento que me invade una ira galvánica. Supongo que mi rostro debe parecerse al de mi padre, con esa terrible mirada que delata un sórdido impulso no reprimido. Espero a que se me pase.

—No es una experiencia grata, Barbara. Estoy intentando superarla. Día a día.

—Quiero ayudarte, Rusty —dice—. En todo lo que pueda.

No contesto. Quizá debería enfurecerme de nuevo pero, como siempre, la ira se desvanece sumiéndome en las oscuras cavernas de la más profunda tristeza.

Extiendo los brazos por encima de la mesa para coger sus manos entre las mías.

—No me he rendido. Quiero que lo sepas. Ahora es muy duro. Estoy tratando de llegar hasta el final. Pero no voy a rendirme en absoluto. Quiero salvar todo lo que sea posible por si tengo la oportunidad de volver a empezar. ¿De acuerdo?

Me mira con una franqueza que no es habitual en ella y al fin asiente con la cabeza.

Cuando nos dirigimos a casa en el coche, vuelvo a preguntarle por Nat y Barbara me dice, cosa que no ha hecho hasta entonces, que ha recibido una serie de llamadas del director de su campamento.

Nathaniel se despierta con pesadillas, dos y tres veces cada noche, gritando, sobresaltado. El director, en un principio, lo achacó a su adaptación a un entorno nuevo, ahora ha decidido que el problema es agudo; el niño siente algo más que simple nostalgia. Tiene una ansiedad especial por mi destino que se ha exagerado al estar separado de nosotros. El director recomienda mandarlo a casa.

—¿Qué voz tenía Nat?

Barbara le ha llamado dos veces durante las pausas del almuerzo, única hora a la que se le puede localizar. Yo estaba con Stern y con Kemp en ambas ocasiones.

—Animado. Intentaba ser valiente. Pero ya sabes. Creo que el director tiene razón. Sería mejor que volviera.

Yo en seguida me muestro de acuerdo. Me siento conmovido y con una perversa tranquilidad por la profundidad de la preocupación de mi hijo. Pero el hecho de que Barbara se haya reservado esta información reaviva viejas heridas. Estoy a punto de enfadarme otra vez, pero me digo a mí mismo que es irrazonable, irracional. Su intención, lo sé, es no aumentar mis preocupaciones. Pero ella tiene una forma de ocultar las cosas que no deja resquicios; es imposible detectarlas.

Cuando estamos abriendo la puerta, suena el teléfono. Imagino que será Kemp o Stern, dispuestos por fin a compartir su bomba conmigo. Pero no. Es Lipranzer que sigue sin dar su nombre.

—Creo que tenemos algo —dice—. Sobre ese asunto —León.

—¿Puedes hablar ahora?

—La verdad es que no. Sólo quería saber si vas a estar libre mañana a última hora. Cuando termine de trabajar.

—¿Después de media noche?

—Sí. Pensé que a lo mejor podíamos ir a dar una vuelta. Ir a ver a un tío...

—¿Lo has encontrado? —mi corazón da un brinco. Increíble. Lipranzer ha encontrado a León.

—Parece que sí. Mañana lo sabré seguro. Te va a encantar, ya lo verás —a través del teléfono oigo hablar a alguien más—. Mira, tengo que colgar. Sólo quería que lo supieras —dice. Se echa a reír, extraño sonido en Dan Lipranzer, sobre todo últimamente—. Te va a encantar.

CAPÍTULO 33

—Doctor Kumagai —dice Sandy, en un tono que desde la primera sílaba suena a rechifla. Son las dos y cinco, empieza la sesión de la tarde y éstas son las primeras palabras de un turno que, tanto Kemp como Stern me han prometido en privado, será el momento más memorable del proceso.

Tatsuo Kumagai, el último testigo del ministerio fiscal, Ted para sus amigos, se enfrenta a Stern con indiferencia. Tiene las manos cruzadas, su oscura tez rebosa placidez. Ante esta audiencia se presenta como una persona sin necesidades comunicativas. Él es un experto, un frío analizador de hechos. Está vestido con un traje de pana azul y lleva su abundante pelo negro escrupulosamente peinado hacia atrás, con una pequeña onda sobre la frente. Durante el turno del fiscal, esta mañana, he visto testificar por primera vez a Sin-Dolor y la verdad, ha actuado mejor de lo que esperaba. La terminología médica y sus peculiaridades lingüísticas hicieron que el secretario de la sala tuviera que pedir en varias ocasiones que se repitieran algunas respuestas o que éstas fueran deletreadas. Pero tiene una presencia innegable. Su arrogancia nativa se traduce, en la tribuna, en la firme confianza de un médico experto. Sus títulos son impresionantes. Ha estudiado en tres continentes. Ha presentado ponencias en todo el mundo. Ha testificado como patólogo forense en casos de homicidio por todos los Estados Unidos.

Estas credenciales fueron emergiendo a lo largo de un extenso repaso que efectuó el ministerio fiscal empeñado en la calificación de Sin-Dolor como experto. A diferencia de los así llamados testigos presenciales a los que se confiere la única misión de relatar lo que vieron, oyeron o hicieron, Sin-Dolor está encargado de considerar todos los indicios forenses y de ofrecer una opinión sobre lo que ocurrió. Con anterioridad a su intervención, se leyeron varios atestados: los resultados de los análisis químicos de las pruebas de sangre. Ya en la tribuna, Sin-Dolor utilizó esos mismos datos y su propio examen del cadáver para brindar al jurado una recapitulación global: durante la noche del 1 de abril, la señora Polhemus tuvo relaciones sexuales, casi con toda certeza por voluntad propia; esta opinión se fundamenta en la presencia de una concentración del dos por ciento de un producto denominado monoxynol 9 y de varias bases gelatinosas que indican el uso de

un diafragma. El hombre con quien la señora Polhemus tuvo dicha relación era, como yo, un segregador del tipo A. Poco tiempo después, como indica la superficialidad del depósito seminal primario en los conductos vaginales, la señora Polhemus fue golpeada desde atrás. Su atacante era diestro, como yo. Esto puede ser determinado por el ángulo del golpe en el lado derecho de su cabeza. La altura del atacante no puede ser determinada sin conocer la postura de la víctima en el momento del ataque ni la longitud del arma asesina. Lo más que se puede deducir de la herida craneal es que ella se puso en pie, si bien sólo un breve instante, antes de ser golpeada. Aparentemente, en aquel momento, se extrajo el diafragma y la señora Polhemus, ya muerta, fue atada. Sin objeciones por parte de Stern, Sin-Dolor testificó que la extracción del diafragma unido al hecho de que el agresor abriera las ventanas y la puerta, le había hecho pensar que se había simulado una violación para velar la identidad del asesino y éste tenía que ser alguien a quien los métodos de investigación policial le resultaban familiares, así como las responsabilidades ordinarias de la señora Polhemus en la oficina del fiscal general.

Nico, tras reconstruir este resumen junto a Sin-Dolor, le preguntó si me había comunicado su opinión de cómo ocurrió el crimen.

—Sí, señor. Yo reunido con señor Sabich, el más o menos 10 de abril de este año. Discutimos el caso.

—Relátenos lo que allí se dijo.

—Señor Sabich quiere convencerme de que señora Polhemus ha muerto en accidente por hacer actividad sexual desviada, en la que ella atada por su voluntad.

—¿Qué respondió usted?

—Digo que ridículo. Y explico lo que las pruebas dicen es la verdad.

—¿Y una vez que usted informó al señor Sabich de lo que había sucedido, tuvieron alguna ulterior discusión?

—Sí. El está muy enojado. Enfadado. Se pone de pie. Me amenaza. Me dice que yo mejor cuidado o yo procesado por obstrucción a investigación. Hay otras cosas, pero eso es lo más importante.

Tanto Stern como Kemp, que me flanquean a ambos lados, observaron la intervención de Sin-Dolor con una calma que se aproximaba a la beatitud. Ninguno se preocupó por tomar notas. Aún no sé lo que va a pasar, porque he preferido no saberlo.

—Kumagai cometió un error —me dijo Kemp cuando llegamos a su

despacho esta mañana—. Un gran error.

—¿Muy grande? —le pregunté.

—Enorme —me contestó—. Inmenso.

Pienso que si se tratara de otro que no fuera Sin-Dolor, me extrañaría aún más.

—¿Quiere saber de qué se trata?

Por extraño que parezca, compruebo que el consejo de Stern era acertado. Preferí no conocer los detalles. El mero hecho de oír que se había cometido un gran error fue suficiente para llevarme a las periferias de mi rabia más profunda. No tenía deseo de entrar en esa desordenada región.

—Sorpréndame —le dije a Kemp—. Lo oiré en la sala.

Ahora espero. Sin-Dolor está allí sentado, impávido, impasible. A la hora del almuerzo, Kemp me aseguró que la carrera de Kumagai podría acabar esta tarde.

—Doctor Kumagai —empieza, pues, Stern—, usted ha venido a declarar en su condición de experto. ¿Cierto?

—Sí, señor.

—Nos ha expuesto sus méritos y títulos, ¿verdad?

—He contestado a preguntas relacionadas, sí.

—Y ha afirmado haber declarado en muchas ocasiones anteriores.

—Cientos —dice Sin-Dolor. Cada respuesta tiene una especie de tono de desprecio. Intenta hacerse pasar por listo y por duro, por alguien superior a cualquier abogado.

—Doctor, ¿ha sido puesta alguna vez su competencia en tela de juicio? Sin-Dolor rectifica su postura en el asiento. El asalto ha comenzado.

—No, señor —contesta.

—¿No es cierto que muchos ayudantes del fiscal general se han quejado de su competencia como patólogo forense?

—No a mí.

—No, a usted no. Pero al jefe de policía sí. Y esas quejas dieron como resultado que se le abriese un expediente, consta en su archivo personal.

—Yo no sé nada de eso.

Sandy muestra el documento, primero a Nico y después a Kumagai.

—No, nunca visto eso —dice inmediatamente.

—¿Es que la ordenanza de la policía no contempla la obligación de notificar al interesado cualquier adición a su archivo personal?

—Podría ser, pero tú preguntas lo que recuerdo. Yo no recuerdo eso.

—Gracias, doctor —Sandy quita el documento de las manos de Kumagai—. ¿Tiene usted algún sobrenombre? ¿Algún apodo? —pregunta mientras camina hacia nuestra mesa.

Kumagai se tensa. Quizá desee ahora haber reconocido el escrito.

—Los amigos llaman Ted.

—Aparte de eso.

—No uso apodo.

—No, no que usted use. Sino por el que le conocen.

—No comprendo pregunta.

—¿Le han llamado alguna vez Sin-Dolor?

—¿A mí?

—¿A cualquiera que usted conozca?

De nuevo Sin-Dolor hace una pausa para cambiar de postura.

—Podría ser —dice finalmente.

—A usted no le gusta el mote, ¿verdad?

—No pienso en ello.

—¿Y no es cierto que ese nombre se lo puso el antiguo ayudante jefe del fiscal general, señor Sennett, en un contexto poco favorable para usted?

—Si usted dice.

—¿No le dijo a usted el señor Sennett a la cara que había chapuceado una autopsia y que la única persona que trabajaba con usted sin dolor era el cadáver y sólo porque estaba muerto?

La risa recorre la sala. Incluso Larren tiene que reprimirla en su estrado. Yo cambio de postura en mi asiento. Ojalá que sea bueno lo que tiene Stern, porque, por primera vez ha abandonado su innata corrección. Su examen de momento raya en la crueldad.

—No recuerdo eso —dice Sin-Dolor fríamente cuando la sala ha recobrado la debida compostura. Con el paso de los años, se ha convertido en un experto de las reglas del testimonio. Todo policía y todo fiscal de este condado conoce la historia. Stan Sennett estaría dichoso de subir a la tribuna y contarla él mismo, pero es seguro que el magistrado no permitirá semejante digresión, llamada «veto colateral». Sin-Dolor ha echado los hombros adelante. Mira a Stern, a la espera de lo que está por venir. Parece haber obtenido cierto placer de lo que considera como su pequeño triunfo propio.

—Ahora bien, el señor Della Guardia y el señor Molto son dos personas de la oficina del fiscal general con las que usted ha trabajado con, digamos, menor desacuerdo, ¿es eso cierto?

—Seguro. Ellos mis buenos amigos —sobre esto, Sin-Dolor ha sido bien aleccionado. El reconocerá sus contactos con Tommy y Delay, minimizando su importancia.

—¿Cambió usted impresiones con cualquiera de ellos mientras estaba realizando este trabajo?

—Hablé alguna vez a señor Molto.

—¿Con qué frecuencia?

—Estamos con contacto. Hablamos de cuando en vez.

—¿Habló usted con él más de cinco veces durante las primeras semanas de abril?

—Seguro. Si usted dice —no quiere arriesgarse. Sabe que hay una serie de requisitorias pululando. No puede estar seguro de qué relaciones de llamadas telefónicas hemos conseguido.

¿Y entró usted en detalles de esta investigación?

—Señor Molto es amigo. El pregunta lo que hago y yo digo. Hablamos de información pública. Nada del secreto sumarial —Sin-Dolor recupera su sonrisa satisfecha. Estas respuestas, desde luego, las ha preparado con los fiscales.

—¿Dio al señor Molto los resultados de los análisis químico-forenses antes de brindárselos al señor Sabich? Hablo específicamente de las muestras que denunciaban la presencia de agentes espermicidas.

—Comprendo —dice Sin-Dolor secamente. Mira directamente a Tommy. Molto tiene la cara parcialmente tapada con la mano y, al captar la mirada de Kumagai, la destapa.

—Creo que sí —dice Kumagai.

Larren le interrumpe antes de que pueda completar su respuesta.

—Un momento —dice—. Un momento. Que conste en acta que el fiscal Molto acaba de hacer un gesto, que reconozco como señal, al testigo, en conexión con su última respuesta. Posteriormente procederemos a calificar la falta del señor Molto. Continúe, señor Stern.

Tommy se ha puesto de color carmín mientras se levanta.

—Perdóneme, señoría, pero no sé a qué se refiere.

Ni yo tampoco y eso que estaba observando a Molto. Pero Larren se encoleriza.

—Este jurado no está ciego, señor Molto, ni yo tampoco. Continúe —dice dirigiéndose a Stern, pero su ira es tal que no puede aplazar su estallido para más adelante e inmediatamente gira su silla en dirección a Molto y le

hace un gesto con el martillo—. Ya se lo advertí. Estoy muy irritado con su conducta durante este proceso, señor Molto. Tomaré medidas disciplinarias.

—Juez... —dice Molto desesperado.

—Vuelva a su asiento, señor. Señor Stern, proceda.

Stern se acerca a la mesa. Tampoco él ha observado nada. Y yo apunto lo que vi. Stern no deja pasar el incidente.

—¿Sería justo suponer que usted y el señor Molto se han entendido siempre bien? —prosigue en tono sarcástico.

La pregunta suscita unas cuantas risas, en especial en los asientos de los informadores. Kumagai guiña los ojos desdeñosamente y no se preocupa por contestar.

—¿No es cierto que aspira a un ascenso, doctor Kumagai? —pregunta Stern.

—Me gustaría ascenso —contesta francamente

Sin-Dolor, sin un instante de vacilación—. Doctor Russell hace buen trabajo ahora. El retirarse en dos de años; quizás el puesto para mí.

—¿Y la recomendación del fiscal general le ayudaría a obtener esa posición, no es cierto?

—¿Quién sabe? —Sin-Dolor sonríe—, no puede hacer mal.

A regañadientes, no puedo dejar de admirar a Delay. Kumagai es su testigo y obviamente le ha aconsejado que conteste con sinceridad a cualquier pregunta que se le haga respecto al período electoral. Nico está muy interesado en ofrecer una imagen de cierta franqueza que poder esgrimir ante el jurado y de esa manera disculpar alguna de las meteduras de pata de Molto. Y su cálculo me parece correcto. Si no hubiera sido por el incidente con el magistrado de hace un momento, todo iría perfectamente bien.

—En abril, ¿hablaron usted y el señor Molto de la posibilidad de un ascenso para usted?

—Ya digo, señor Molto y mí, amigos. Yo hablo de lo que quiero hacer, él habla de lo que quiere hacer. Hablamos todo el tiempo. Abril, mayo, junio.

—Y en abril hablaron también de esta investigación en varias ocasiones antes de recibir el informe del laboratorio forense.

—Diría sí.

—Pues bien, el informe, señor, trata de la muestra de semen que se tomó del cadáver de la señora Polhemus durante la autopsia, ¿es correcto?

—Correcto.

—Y es ésa la que ha sido identificada como del mismo tipo sanguíneo

que el del señor Sabich y contiene un producto que denuncia el uso, por parte de la señora Polhemus, de algún tipo de ingenio para el control de la natalidad... un diafragma, concretamente. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, sí.

—¿Y la presencia de ese compuesto anticonceptivo, el espermicida, es fundamental en su opinión?

—Todos los factores, fundamentales, señor Stern.

—Pero ese hecho es particularmente importante porque usted, señor, quiere hacernos creer que este trágico incidente tuvo sólo la apariencia de una violación, ¿no es cierto?

—Yo no quiero hacer creer nada. Yo doy mi opinión.

—Pero es su opinión, para ir al grano, como se suele decir, que el señor Sabich intentó que aquello pareciese una violación.

—Si usted dice.

—Pero bueno, ¿no es eso lo que está intentando sugerir? Usted y el señor Molto y el señor Della Guardia. Seamos claros ante estas personas —Sandy señala al jurado—. Su opinión es que esto fue una violación fingida y que, por la manera de realizarla, sugiere algún conocimiento de las técnicas de investigación y de las obligaciones cotidianas de la señora Polhemus en la oficina del fiscal general, ¿correcto?

—Eso dije en interrogatorio de ministerio fiscal.

—Todo esto señala en dirección al señor Sabich, ¿no es cierto?

—Si usted dice —comenta finalmente Sin-Dolor, con una sonrisa. Se nota su renuencia a creer que Stern es tan inepto que implica a su propio cliente. Pero Sandy sigue forzando el tema y arranca más datos de los que Kumagai arriesgaría por sí solo y Kumagai disfruta su característica sensación de placer ante el infortunio ajeno.

—Y todas esas deducciones dependen de la presencia del agente espermicida en la muestra que usted envió al laboratorio forense, ¿o no?

—Más o menos.

—Mucho más que menos, ¿no es verdad?

—Yo diría que sí.

—¿De modo que esta muestra y la presencia del espermicida es vital en su experta opinión? —dice Stern, volviendo al punto en el que estaba hace un momento. Esta vez Sin-Dolor cede. Encoge los hombros y dice que sí.

—¿Y ha tenido en cuenta su experta opinión, doctor Kumagai, que ningún producto espermicida fue encontrado en la casa de la señora

Polhemus? ¿Tiene usted conocimiento del testimonio que nos diera aquí el detective Greer?

—Mi opinión basa en evidencia científica. Yo no leo acta.

—Pero ¿sabe lo que se dijo durante ese testimonio?

—Oí decir.

—¿Y no le preocupó como experto que su opinión se basara en la presencia de una sustancia que no pudo ser hallada entre las pertenencias de la víctima?

—¿Preocupado yo?

—Esa es mi pregunta.

—Yo no preocupado. Saco conclusión de evidencia científica.

Stern le echa una larga mirada a Sin-Dolor.

—El espermicida salió de algún lugar, señor Stern. No sé dónde la señora esconde esas cosas. Está en muestra. El análisis dice lo que dice.

—Así es —dice Sandy Stern.

—Usted estipula.

—Que el espermicida estuviera en la muestra que usted envió. Sí señor, en eso estamos de acuerdo —Sandy camina por la sala. Sigo sin saber cuál es el error de Kumagai. Hasta que Sin-Dolor mencionó el atestado, hubiera jurado que se trataba de que el espermicida había sido mal identificado.

—Pues bien, señor —dice Stern—, sus impresiones iniciales al hacer la autopsia no detectaron la presencia de ningún espermicida, ¿verdad?

—No recuerdo ahora.

—Pues piénselo con calma, por favor. ¿No era su teoría inicial que la persona que tuvo la última relación con la señora Polhemus era estéril?

—No recuerdo.

—¿En serio? Usted dijo al detective Lipranzer que el agresor de la señora Polhemus parecía tener una anomalía, pues producía espermatozoides muertos, ¿no es cierto? El señor Lipranzer ya ha declarado en esta sala y estoy seguro que no tendría problemas en hacerlo una segunda vez. Por favor, reflexione doctor Kumagai.

—A lo mejor. Muy preliminar.

—De acuerdo, aquélla fue su teoría preliminar. ¿Pero en ese momento era su opinión?

—Supongo.

—¿Recuerda usted los factores que le llevaron a tal opinión?

—No, señor.

—De hecho, doctor, estoy seguro que le debe ser difícil recordar, sin ayuda, una autopsia cualquiera a los pocos días de realizarla. ¿Tengo razón?

—Alguna vez.

—¿Cuántas autopsias realiza a la semana, doctor?

—Una, dos. A veces diez. Depende.

—¿Recuerda usted cuántas llevó a cabo durante los treinta días en torno a la muerte de Carolyn Polhemus?

—No, señor.

—¿Le sorprendería saber que fueron dieciocho?

—Puede ser.

—Y con ese número parece obvio, ¿no es cierto?, que los detalles de algún examen puedan escapársele de la cabeza.

—Cierto.

—Pero cuando usted habló con Lipranzer, los detalles estaban más frescos. ¿No es verdad?

—Probable.

—¿Y usted dijo entonces que el agresor era estéril?

—Bueno, recuerdo algo así.

—Bien, revisemos un momento esos hallazgos a los que usted acaba de aludir y que condujeron a elaborar su opinión preliminar.

Sandy los repasa rápidamente. El *rigor mortis* y la coagulación de la sangre establecieron el momento del fallecimiento. El depósito primario de fluido masculino en la parte interior de la vagina, lejos de la vulva, indican que estuvo poco tiempo de pie después de realizado el acto sexual y además que éste se realizó bastante cerca en el tiempo del momento de la muerte. En el interior de las trompas de Falopio había una ausencia total de espermatozoides vivos doce horas después del coito, suponiendo que no se hubiera utilizado ningún anticonceptivo.

—Y, para explicar estos fenómenos, sobre todo el de los espermatozoides muertos, esbozó la teoría de que el agresor era estéril. No se le ocurrió a usted, doctor, que se podía haber utilizado un espermicida. ¿Verdad?

—Aparentemente no.

—Al mirar atrás, deberá usted recriminarse lo tonto que fue el haber omitido algo tan obvio como el uso de un anticonceptivo.

—Hago errores —concede Sin-Dolor, dejando volar la mano.

—¿Ah, sí? ¿Con cuánta frecuencia?

Kumagai no contesta a eso. Se da cuenta de que ha metido la pata.

—Señor Stern, yo no encuentro el dispositivo de control. No hay diafragma. Parece que pienso no ha utilizado ningún control de natalidad.

—Pero, desde luego, Kumagai, un experto de su talla no debería haberse equivocado de una forma tan garrafal.

Kumagai sonrío. Sabe que se le está provocando.

—Cualquier simple hecho es importante —dice—. Eso lo sabe el asesino bien.

—¿Pero usted no estaba intentando desorientar al detective Lipranzer cuando le dio ese informe, ¿verdad?

—¡Oh, no! —Sin-Dolor sacude la cabeza vigorosamente. Está preparado para contestar a tal sugerencia.

—Entonces, debía estar convencido, doctor, de que no se había utilizado ningún método anticonceptivo... ¿tan convencido que descartó el uso de un espermicida?

—Señor Stern. Yo tengo opinión. El laboratorio no tiene resultados. La opinión cambia. Lipranzer tiene la opinión preliminar.

—Consideremos algunas alternativas, doctor Kumagai; por ejemplo, ¿no estaría convencido de que una mujer no ha utilizado ningún método anticonceptivo si supiera que no puede tener hijos?

—Seguro —dice él—. Pero la señora Polhemus tenía uno.

—Eso ha demostrado la evidencia —comenta Stern—. Pero no nos detengamos en el caso particular de la señora Polhemus. Piense sólo en mi ejemplo. Si una mujer supiera que no puede concebir, ¿no sería del todo irracional usar un espermicida?

—Seguro. Irracional —Sin-Dolor se muestra de acuerdo pero sus respuestas se van haciendo más lentas. Su mirada se embrutece. No tiene ni idea de adonde quiere ir a parar Stern.

—¿Absurdo?

—Yo diría, sí.

—¿Puede usted concebir, como perito forense, alguna razón por la que una mujer así utilizara un diafragma o un espermicida?

—¿No hablamos de una señora en menopausia?

—Hablamos de una mujer que sabe sin lugar a dudas que no puede concebir.

—Ninguna razón. Ninguna razón médica. Yo pienso en ninguna.

Sandy levanta la mirada hacia Larren.

—Señoría, ¿puedo solicitar a la secretaria de sala que marque las cinco últimas preguntas para que pueda leerlas más tarde en caso necesario?

Kumagai realiza un lento estudio de la sala. Mira al magistrado, a la secretaria y finalmente a la mesa del ministerio fiscal. Tiene el ceño fruncido. La trampa, sea la que fuere, ya ha sido tendida. Todo el mundo lo sabe. La secretaria pone un clip en el estrecho fajo de hojas de estenotipia.

—¿Y no es su opinión como experto, doctor Kumagai —dice mi abogado, Alejandro Stern—, que Carolyn Polhemus era una mujer que sabía que no podía concebir?

Kumagai mira a Stern, se inclina sobre el micrófono situado ante la silla de los testigos.

—No.

—Lo cierto es, doctor que hizo usted dieciocho autopsias en aquellos días. ¿No preferiría revisar sus notas originales?

—Sé que la señora utilizó método anticonceptivo. Usted estipula —dice otra vez.

—Y yo, señor, le vuelvo a decir que acepto la identificación del laboratorio de la muestra que *usted* envió.

Stern regresa a la mesa. Kemp ya sostiene el documento que ha venido a buscar. Sandy deja caer una copia en la mesa del fiscal y lleva el original a Kumagai.

—¿Reconoce usted sus notas de la autopsia de la señora Polhemus, doctor Kumagai?

Sin-Dolor pasa unas cuantas hojas.

—Mi firma —dice.

—¿Sería usted tan amable de leer en voz alta el pequeño párrafo marcado en la página que tiene el clip? —Sandy se vuelve a Nico—. La página dos, letrado.

Kumagai tiene que cambiarse de gafas.

—«Las trompas de Falopio están ligadas y separadas. Los extremos fímbricos parecen estar en estado normal» —Kumagai se queda mirando la hoja que acaba de leer. Sigue pasando páginas hasta el final. Frunce el ceño, ahora con mayor intensidad. Y finalmente sacude la cabeza.

—No correcto —dice.

—¿Sus propias notas de la autopsia? Usted las dicta mientras la está realizando, ¿no es verdad? Seguramente, doctor, ¿no estará usted sugiriendo que cometió un error en el momento de realizar la autopsia?

—No correcto —dice otra vez.

Stern regresa a la mesa de la defensa a buscar otro papel. Ahora, ya he entendido lo que pasa. Y le miro mientras coge el papel que le tiende Kemp. Le susurro:

—¿Carolyn tenía las trompas ligadas?

Es Kemp el que me asiente con la cabeza.

Durante los siguientes segundos me quedo en blanco. Extraña e inexplicablemente, me siento solo, encerrado en mis propias sensaciones oscilantes. Se ha quebrado una conexión esencial. Por un momento, tengo la sensación de que esto es algo *déjà vu*. No sé por qué. Lo que acontece en la sala me parece remoto. Soy vagamente consciente de que a Sin-Dolor Kumagai lo están despedazando. Niega dos o tres veces más la posibilidad de que la señora Polhemus tuviera las trompas de Falopio quirúrgicamente separadas para prevenir la concepción. Stern pregunta si existen otros hechos que pudieron afectar su opinión y pone en mano de Kumagai los informes del ginecólogo del West End que realizó la ligadura, hace seis años y medio, después de que Carolyn tuviera un aborto. Fue, sin duda, a este doctor a quien Kemp acudió a visitar ayer por la tarde.

—Le pregunto de nuevo, señor: ¿Alterarían estos informes su experta opinión?

Kumagai no responde.

—Señor, ¿no es su opinión como experto que Carolyn Polhemus sabía que no podía concebir?

—Aparentemente —Kumagai levanta la vista de los papeles. En medio de mi confusión me sorprende un sentimiento de verdadera lástima por él. Se muestra lento y desarbolado. Es a Molto y a Nico a quien habla, no a Stern o al jurado—. Lo olvidé —les dice.

—Señor, ¿no le parece absurdo creer que Carolyn Polhemus utilizara un espermicida la noche del primero de abril?

Kumagai no contesta.

—¿No le parece irracional?

Kumagai no responde.

—No hay razón aparente que le impulsara a hacerlo,

¿O sí?

Kumagai levanta la mirada. No sé si está pensando o sencillamente le abruma la vergüenza. Aún no contesta.

—¿Tendré que pedir a la secretaria de sala que lea sus respuestas de

hace unos momentos?

Kumagai niega con la cabeza.

—¿No se desprende de todo esto que Carolyn Polhemus no utilizó espermicida el primero de abril? ¿No sería ésa su opinión experta? ¿No le parece a usted, señor, como perito y como científico, que ésta es la explicación más obvia por la que no pudo encontrarse ningún espermicida en su apartamento?

Kumagai parece suspirar.

—No puedo contestar, señor —dice con cierta dignidad.

—Bien, responda al menos a esta pregunta. ¿No resulta evidente, dados los hechos, que la muestra que mandó al laboratorio no fue tomada del cuerpo de Carolyn Polhemus?

Kumagai en este momento se echa hacia atrás. Se coloca las gafas.

—Yo sigo procedimiento regular.

—¿Está usted diciendo a este jurado, señor, que tiene un claro recuerdo de haber tomado la muestra, haberla marcado y enviado al laboratorio?

—No.

—Repito, entonces: ¿No es más que probable que la muestra que contenía el espermicida, identificada como portador de fluidos del tipo del señor Sabich, no fuera extraída del cuerpo de Carolyn Polhemus?

Sin-Dolor mueve otra vez la cabeza a un lado y a otro. Pero no es una negación; es un gesto de perplejidad.

—Díganos, ¿no es probable?

—Es posible —reconoce por fin.

De la tribuna del jurado surge un claro: «¡Joder!», que recorre la sala.

—¿Y esa muestra se envió mientras tenían lugar sus conversaciones con el señor Molto, no es cierto?

Al oír esto, Kumagai recobra su chispa. Se yergue en la silla.

—¿Me acusa, señor Stern?

Este deja pasar cierto tiempo antes de contestar.

—Ya hemos tenido demasiadas acusaciones gratuitas para un solo caso —dice. Antes de volver a su asiento, Stern hace un gesto en dirección al testigo para indicar que ha terminado y añade—, Doctor Kumagai.

Después de la vista, Jamie Kemp y yo nos sentamos en la sala de reuniones de Stern para revivir el interrogatorio de Kumagai ante una pequeña audiencia: la secretaria de Sandy, Berman y los dos estudiantes de derecho que trabajan en el despacho como pasantes. Kemp ha traído una

botella de champán y uno de los jóvenes ha encendido la radio. Como buen actor que es, Kemp hace una parodia en la que remeda a ambos personajes. Repite las preguntas más punzantes de Stern con un tono insistente, después se desploma en la silla, pateando el suelo y hace los ruidos propios de una persona estrangulada. Stern entra en la habitación y nos encuentra riéndonos a carcajadas. Lleva un esmoquin o, más bien, parte de él: sólo los pantalones a rayas y la camisa almidonada y en el cuello una pajarita roja, aún sin anudar. Inspecciona la escena y se pone lívido; una rabia fiera le endurece todos los rasgos. Es fácil darse cuenta del esfuerzo que está haciendo para no perder los estribos.

—Esto es inapropiado —dice. Se dirige a Kemp—. Completamente inapropiado. El proceso continúa. No hay tiempo para celebraciones ni para felicitaciones. No podemos permitir que se note en la sala ni un ápice de presunción. Los jurados tienen un sentido especial para detectar esas cosas. Y se resienten de ello. Por tanto, hagan el favor de despejar esta sala, porque quiero hablar con mi cliente. Rusty —me dice— cuando tenga un momento.

Gira y yo le sigo a su oficina, delicadamente decorada, casi femenina. Sospecho que Clara ha intervenido en la elección. Todo es de un tono crema. Las ventanas están cubiertas por largas cortinas y la estancia está repleta de muebles tapizados en algodón de Haití, que invitan a tomar asiento. Stern tiene un gran cenicero de cristal en cada esquina de su mesa.

—Es culpa mía, más que de Jamie —digo al entrar.

—Gracias, pero, usted no tiene la obligación de valorar la situación en este momento. Él sí. Eso es enteramente inapropiado.

—Ha sido un gran éxito. Él ha trabajado mucho. Y lo celebrábamos. Estaba intentando relajar a su cliente.

—No necesita defender a Kemp ante mí. Es un abogado de primera clase y valoro su trabajo. Quizá sea mi culpa. Cuando un caso se acerca a su fin, me pongo tenso.

—Debería saborear este día, Sandy. Ningún abogado tiene muchas intervenciones como ésta, sobre todo con el perito del ministerio fiscal.

—Así es —dice Stern y se permite una breve sonrisa caprichosa—. ¡Qué metedura de pata más colosal! —sacude la cabeza—. Pero ahora eso ya ha pasado. Se mostró usted muy insistente y por eso quería hablarle un momento sobre la defensa. Hubiera deseado dedicarle más tiempo, pero me he comprometido a asistir a la cena del magistrado Magnuson hace meses. Della Guardia estará presente, de modo que todos tendremos la misma desventaja.

En cualquier caso y ciñéndonos a su defensa, la decisión final está siempre en manos del cliente. Si usted quiere, yo le puedo ofrecer mi consejo, si no, tiene usted entera libertad para disponer la estrategia. Estoy a su disposición.

Como ya había previsto, Sandy ha esperado a que el proceso esté bastante avanzado para dejarme tomar una decisión. Conozco cuál será su sugerencia.

—¿Cree usted que tendremos la oportunidad de presentar la defensa?

—¿Se refiere a si el magistrado Lyttle fallará el caso mañana mismo?

—¿Le parece posible?

—Me sorprendería —coge el puro del cenicero—. Para ser realista, diría que no.

—¿Qué me relaciona todavía con el crimen?

—Rusty, a usted no le quiero dar lecciones. Pero debe recordar que las deducciones en este momento deben hacerse a la luz más favorable al ministerio fiscal. Incluso el primer testimonio de Kumagai, por descabellado que ahora pueda parecer, debe ser aceptado al sopesar la moción. Mi respuesta es que las pruebas, bajo cualquier punto de vista, le unen a usted al lugar del crimen. Sus huellas dactilares, los hilos de la moqueta de su casa, los informes de la compañía telefónica, demuestran que estuvieron ustedes en contacto. Y todo esto se ocultó.

»En la práctica he de decir que ningún juez desea arrogarse la responsabilidad del jurado en casos de esta envergadura. Eso invita a la crítica y, quizá más importante, deja una sensación general de que el proceso no ha sido resuelto como Dios manda. La acusación, tal como yo la veo, es ya papel mojado. Es probable que el juez sea de la misma opinión. Pero, sin duda ninguna, preferirá que sea el jurado quien lo absuelva. En el caso, improbable, de que no fuera ese su veredicto, puede dictar un auto de absolución, a pesar de la decisión del jurado. Considero que eso es lo más probable que ocurra en este caso.

Tiene sentido, pero yo esperaba que dijera algo más.

—De modo que volvemos a encontrarnos con la cuestión de la defensa —dice Stern—. Desde luego, si emprendemos ese camino tenemos que ofrecer ciertos documentos. Tendremos que probar que Barbara estaba en la universidad como usted declaró, de modo que presentaremos el registro del ordenador para demostrar que firmó poco después de las ocho. Y demostrar que no consta su nombre en los albaranes de ninguna compañía de alquiler de coches, ni de taxis, para restar verosimilitud a la presunción de que viajara al

centro la noche del primero de abril. Los informes del ginecólogo a los que hemos aludido hoy. Y otra serie de cosas. Doy todo esto por supuesto. Pero otro problema distinto es si vamos a ofrecer algunos testimonios.

—¿A quién considera usted que deberíamos llamar?

—A testigos de su carácter. Por supuesto a Barbara.

—No quiero que ella testifique —digo inmediatamente.

—Es una mujer atractiva, Rusty, y hay cinco hombres en el jurado. Ella puede corroborar su coartada con bastante eficacia y, sin duda, desea hacerlo.

—Si soy yo el que testifico y ella está en la primera fila sonriéndome, convenceremos al jurado de la misma manera. No tenemos necesidad de dejar que la trituren.

Stern deja escapar un sonido. He desbaratado sus planes.

—Usted no quiere que yo suba al estrado, ¿verdad, Sandy? Stern dilata su respuesta. Se sacude una mota de ceniza de los pliegues de su camisa.

—¿Le desanima mi relación con Carolyn? No la negaría y lo sabe.

—Lo sé y no me parece muy prometedor. Creo que eso daría el gran empujón que necesitan a la tesis de la acusación. Para ser sinceros, corremos el riesgo de que esos hechos salgan a la luz durante el interrogatorio de Barbara. El derecho a guardar secreto sobre las comunicaciones confidenciales probablemente impediría ahondar en la confesión que usted hizo a su mujer de esta relación, pero no podemos estar completamente seguros. Después de todo, probablemente no valga la pena —a Stern no parece preocuparle tener que admitir que yo tenía razón, en realidad no tenía mucho sentido llamar a Barbara—. Pero el hecho de que este tema salga a relucir no es mi principal preocupación —añade Stern, levantándose. Finge estirarse pero sé que es una excusa para sentarse a mi lado en el tresillo. Es el lugar desde donde da todas las malas noticias. Rectifica la posición de una fotografía de Clara y los niños sobre uno de los estantes que hay detrás de su mesa y después, con la mayor naturalidad, se instala a mi lado.

—Rusty, normalmente prefiero ver al acusado subir al estrado. No importa cuántas veces y con cuánta insistencia se diga a los miembros del jurado que no deben valorar negativamente el silencio del acusado, ésa es una instrucción que no se puede acatar. El jurado quiere oír una negación directa; sobre todo cuando el acusado es alguien acostumbrado a hablar en público. Pero en este caso estoy en contra de hacerlo. Rusty, ambos sabemos que hay dos tipos de personas que hacen un buen papel como testigos. Los esencialmente sinceros y los buenos mentirosos. Usted es una persona veraz

y, en una situación normal, sería un buen testigo de su propia causa. Sin duda, lleva toda una vida entrenándose para comunicarse con un jurado. No me cabe la menor duda de que si usted fuera a declarar todo aquello que sabe, lo haría de una forma convincente y sería usted absuelto. Con todo merecimiento, añadiría yo.

Me mira brevemente con una expresión penetrante. No sé si es esto un voto de confianza a mi inocencia u otro comentario más sobre las escasas bases de la acusación. Pero creo que más bien es lo primero y quedo muy agradablemente sorprendido. Pero también es posible que me lo haya dicho para dorarme la píldora.

—Sin embargo —continúa— estoy convencido, después de observarle a usted durante muchos meses, que no diría usted todo lo que sabe. Continuaría manteniendo ciertas cuestiones en secreto. Desde luego, yo no deseo entrometerme en su vida en este momento, lo digo sinceramente. Con algunos clientes se requiere persuasión, con otros es mejor no saber nada. Y en unas pocas ocasiones lo mejor es no remover el fondo de la cuestión. Eso es lo adecuado en este caso. Tengo plena confianza en que la decisión tomada por usted ha sido meditada y bien sopesada. Pero incluso siendo así, cuando se sube al banco de los testigos a decir algo menos de la verdad, se ve uno en una situación parecida a la de un animal cojo en medio de la selva. Usted no es un mentiroso hábil ni avezado. Y si Nico profundiza en esta área sensible, será catastrófico para usted.

Una pausa, un silencio, un poco más largo de lo necesario se hace en nuestra conversación.

—Debemos ver el caso en los términos en que se plantea. Aún no hemos tenido un solo día malo para la defensa o, quizá, sólo uno. No hay ni una prueba que continúe incólume. Y esta tarde hemos dado un golpe a la acusación del que tiene pocas posibilidades de recuperarse. Desde un punto de vista profesional, el mejor consejo que puedo darle es que no testifique. Sean cuales sean sus posibilidades, y admito que después de esta tarde éstas han aumentado considerablemente, serán mayores de esta manera. Una vez dicho todo esto, permítame recordarle que es a usted a quien incumbe tomar esta decisión. Yo soy su abogado y presentaré su testimonio, si juzga conveniente hacerlo, con confianza y convicción, al margen de lo que quiera usted decir y, por supuesto, no es algo que tengamos que decidir esta noche. Pero quería que comenzara usted su período final de reflexión teniendo presentes mis puntos de vista.

Momentos después ya se ha ido. Ha anudado su corbata y ha descolgado su impecable chaqueta del perchero de detrás de la puerta. Permanezco en su oficina, ensombrecido por sus comentarios. Es lo más cerca que hemos estado Stern y yo de una conversación absolutamente sincera. Su franqueza, tras tantos meses de reserva, resulta molesta. A pesar de lo amable y elegante de su tono.

Camino por el recibidor con el pensamiento de tomarme otra copa de champán. La luz de Kemp está encendida. Está trabajando en su pequeño despacho. Encima de uno de los archivadores pegado a la pared, sin más, hay un cartel: sobre un fondo vibrante de color rojo, se recorta la silueta de un joven con una chaqueta de lentejuelas, está tocando la guitarra. La fotografía lo ha captado en movimiento y, así, su pelo forma una corona como un diente de león en plena polinización. La palabra *Galactics* cruza de esquina a esquina con letras mayúsculas blancas. Estoy seguro de que son pocos los que reconocerían en este chico al Jamie Kemp de hace una década.

—¡Vaya bronca que le ha echado el jefe por mi culpa! —digo—. Quiero ofrecerle disculpas.

—¡Qué tontería! He sido yo —me señala una silla—. Es el ser humano más disciplinado que conozco.

—Y un abogado acojonante.

—¿Verdad que sí? ¿Había visto algo igual a lo de esta tarde?

—Nunca —le digo—. Nunca en todos los años que llevo en la profesión. ¿Desde cuándo lo sabían, eh?

—Sandy encontró la frase en el atestado de la autopsia el domingo pasado. Y ayer conseguimos el informe del ginecólogo. ¿Quiere saber algo curioso? Stern cree que fue un error. Ya sabe que Kumagai todo lo hace a medias, y cuando recibió los resultados del laboratorio olvidó sus propias observaciones de la autopsia. Pero eso yo no me lo trago.

—¿No? ¿Qué cree usted?

—Creo que se lo han preparado.

—Bueno —le digo—, yo lo llevo pensando mucho más tiempo que usted.

—Lo he creído —añade Kemp— la mayor parte del tiempo —estoy seguro de que está pensando de nuevo en los listados telefónicos, pero no los menciona—. ¿Sabe quién fue?

Reflexiono un momento.

—¿Por qué no iba a contárselo a mis propios abogados?

—¿Piensa que fue Molto?

—Quizá —contesto—. Probablemente.

—¿Qué sacaría con hacerlo? ¿Impedir que siguiera usted investigando en ese historial? ¿Cómo lo llama? ¿El historial S?

—El historial S —repito.

—Pero no podía pensar que usted no lo iba a mencionar si él le hubiera puesto en un aprieto.

—Sí, pero fíjese en qué posición estoy. ¿Qué preferiría, ser acusado por el ayudante jefe del fiscal general o por un salvaje al que está intentando empapelar por asesinato? Además, no sabe hasta dónde hemos llegado en nuestras investigaciones. Quiere impedir que nadie siga fisgando.

—¿Eso es bastante alucinante, no le parece?

—Probablemente ésa es una de las razones por las que no me lo acabo de creer.

—¿Cuáles son las otras?

Sacudo la cabeza.

—Tendré una idea más aproximada esta noche.

—¿Qué pasa esta noche?

Vuelvo a sacudir la cabeza. Por bien de Lipranzer, no puedo correr ningún riesgo. Esta historia permanecerá entre él y yo.

—¿Es ésta la noche del hágalo usted mismo?

—Eso mismo.

—Será mejor que tenga cuidado. No empiece a hacer favores a Della Guardia.

—No se preocupe —digo—. Sé lo que hago.

Me pongo en pie y considero mi última frase. Una de las más pretenciosas que he dicho últimamente. Le doy las buenas noches y vuelvo al recibidor a buscar champaña.

CAPÍTULO 34

Como Santa Claus o los gnomos del bosque, Lipranzer aparece en mi casa después de la medianoche. Parece animado y de un humor poco corriente cuando Barbara, en bata, le saluda en la puerta.

Mientras esperaba a Lip no he sentido ningunas ganas de dormir. Antes bien, los sucesos del día se han combinado de tal forma que por primera vez desde hace meses siento un gusanillo que reconozco como algo más que una naciente esperanza. Es como el tremolar de los párpados cerrados al percibir la llegada del nuevo día. En algún lugar de mi interior hay una renovada fe en mi libertad futura. En esta cálida luminiscencia he pasado el rato más agradable de las últimas semanas con mi mujer. Ella y yo hemos estado bebiendo café y hablando durante horas sobre el fallecimiento profesional de Kumagai Sin-Dolor y el regreso de Nathaniel este viernes, con la esperanza de una nueva vida actuando como un bálsamo.

—En el centro se oyen unas cosas increíbles —nos cuenta Lipranzer a ambos—. Antes de salir de la comisaría, estuve hablando con un tío que acababa de estar con Glendenning. Dice que Delay habla de retirar el caso y que Tommy ha cogido una pataleta y está intentando pensar cosas nuevas. ¿Puede ser verdad?

—Podría ser —digo yo. Al mencionar que Nico pudiera retirar los cargos, Barbara me ha cogido del brazo.

—¿Qué coño ha pasado hoy en la sala? —me pregunta Lip. Empiezo a contarle la historia del interrogatorio de Kumagai, pero ya la ha oído.

—Ya lo sé —dice—. Pero ¿cómo es posible? Ya te dije que el japonés me había dicho que el asesino disparaba salvos. Por más veces que lo negara luego. Una cosa: Ted Kumagai es historia. No hay ni un alma en la comisaría que no tenga claro que le van a suspender la semana que viene.

Como predijo Kemp. Ahora, me da cierta pena.

Barbara nos acompaña hasta la puerta.

—Tened cuidado —nos dice.

Lip y yo nos quedamos un momento en el Aries sin identificación oficial. Yo me embuché otra taza de café, esta vez con cafeína, cuando llegó Lip, y Barbara le ha dado a él una segunda taza para el camino. Le va dando sorbitos mientras estamos aquí sentados.

—¿Y adonde vamos? —pregunto yo.

Desde luego un poco tarde para ir de visita. Pero he aprendido este sistema hace tiempo, en mi trato con los policías. Si se quiere pillar a alguien, el mejor momento para hacerlo son las horas muertas de la noche, cuando casi todo el mundo está en casa.

—Quiero que lo adivines. A ver, háblame de León. Descríbelo.

—No sé, tiene algún trabajo que quiere conservar. Eso se deducía de la caja, así que tiene que ser un niño bueno. Pero vive un poco peligrosamente. No sé, quizá tenga un restaurante o un bar con otros dos socios legales. Podría ser cualquier cosa semirrespetable. ¡Ya sé! Dirige una compañía de teatro. ¿Qué tal voy?

—Frío, frío. No lo vas a acertar en tu vida. ¿Es blanco?

—Probablemente, y bastante bien situado sea lo que sea.

—Mentira —dice Lipranzer.

—¡No jodas! Lipranzer se echa a reír.

—Vale —le digo—. Se acabaron mis veinte preguntas. ¡Suéltalo ya!

—Agárrate —dice Lipranzer—. Es un Santo de la Noche.

—¡Venga!

—Tiene una ficha tan larga como mi brazo. Está complicado en todo tipo de crímenes de bandas. El tío es una especie de lugarteniente, o como lo llamen: un diácono, se encarga de dos pisos de la sede. Lleva años ahí. Por lo visto, piensa que perdería el aprecio de los huevones de sus camaradas si se enteraran que anda por el *Public Forest* mamando polla de muchachitos blancos. Esa es su especialidad. Mojoleski tiene un soplón, una maricon con una pluma más alta que un rascacielos, que enseña en la secundaria, y le dio todo tipo de detalles sobre el puto ese. Parece que él y León estuvieron enroscados durante años. El tío fue profesor de León, Eddie no sé qué. Me apuesto lo que quieras a que éste es el tío que escribió la carta.

—¡Qué hijo de puta! ¿Y adonde vamos? ¿A Grace Street?

—Allí mismo —dice Lipranzer.

El simple nombre me provoca un escalofrío que recorre el corazón y la columna vertebral. Lionel Kenneally y yo pasamos unas cuantas noches allí. Madrugadas, más bien. A las tres, a las cuatro. Las horas más seguras para un hombre blanco.

—Le di un telefonazo —dice Lipranzer—. El tío maneja pasta. Tiene teléfono y viene en la guía y todo. El investigador ese, Berman, ha tenido que matarse a trabajar. Pero bueno, el caso es que le llamé hace una hora y hablé

con él. Le conté que vendía suscripciones para un periódico o no sé qué. No le interesaba, pero me dijo que sí cuando le pregunté si estaba hablando con León Wells.

Un Santo de la Noche, pienso mientras nos dirigimos hacia la ciudad. No parece real.

—Un Santo de la Noche —repito en voz alta.

Me familiaricé con el edificio de la calle Grace durante mi cuarto año de ayudante del fiscal. Entonces ya pertenecía al grupo de escogidos de Raymond Horgan. Me había elegido para ocuparme de una investigación a gran escala, coordinando la policía con el juzgado que instruía el sumario de los Santos de la Noche. Esta redada a la banda callejera más importante de la ciudad fue anunciada por Raymond justo a tiempo para convenirse en el centro de su campaña de reelección. Para él éste era un asunto ideal: Los gánsteres negros no eran populares, precisamente en el Condado de Kindle. Y el éxito hubiera enterrado para siempre su imagen de fiscal de corazón tierno. La investigación de los Santos fue mi primera aparición bajo la luz de los focos, la primera vez que trabajaba con periodistas a mi lado. La investigación me llevó casi cuatro años de mi vida. Para cuando Raymond se presentó a la reelección, ya habíamos condenado a ciento cuarenta y siete miembros identificados de la banda. La prensa dio gran resonancia al éxito sin precedentes de Raymond Horgan, sin mencionar jamás que más de setecientos miembros de la banda seguían en la calle, cometiendo los mismos desmanes.

La génesis de los Santos sería un buen tema de disertación para un sociólogo. En su origen se llamaban los Proscritos de la Noche. Una pequeña banda callejera del North End no muy disciplinada. Su líder era Melvin White. Melvin era un americano de buen aspecto; sin visión en un ojo, lechoso y errático, y, quizá para compensarlo, llevaba en la oreja opuesta un pendiente color turquesa de diez centímetros de largo. El pelo más bien liso, cortado estilo gorgona, podía describirse, por ejemplo, como una maraña rastafaria descuidada. Melvin era un ladrón. Robaba tapacubos, pistolas, correo, el dinero de las máquinas de la calle y todo tipo de vehículos motorizados. Una noche, Melvin y tres de sus colegas mataron a un árabe propietario de una gasolinera que les sorprendió cuando intentaban apalancar su caja registradora. Alegaron homicidio involuntario y Melvin, que hasta entonces no había visitado más que correccionales, fue a Ruyard, donde él y sus tres colegas conocieron a hombres dignos de su admiración. Cuatro años

más tarde, Melvin reapareció vestido con un caftán y unas filacterias y anunció a todos que desde entonces era el jefe Harukan, líder de la Orden de los Santos y Demonios de la Noche. Otros veinte pájaros, vestidos como él, se instalaron en la misma parte de la ciudad y en menos de doce meses todos empezaron a interesarse, como ellos decían, por la comunidad. Melvin reunió a sus seguidores en un edificio de apartamentos desierto al que él llamaba su Ashram. Predicaba a través de un altavoz los fines de semana y por las noches. Dedicaba el resto de los días a enseñar a robar a los aspirantes.

Al principio fue el correo. Los Santos habían colocado a su gente en la oficina de correos. Muchos, de hecho. No sólo robaban cheques y entradas a espectáculos, sino que recababan información con la que colar sus falsificaciones en cualquier banco. Harukan tenía lo que, por carecer de un término más adecuado, debe denominarse la visión de reconocer los principios de la empresa capitalista y los beneficios que iban obteniendo se reinvertían, generalmente, en adquirir edificios casi en ruinas del North End en subastas municipales. Con el tiempo, los Santos llegaron a poseer manzanas enteras. Se pasaban el día en sus grandes coches, tocando la bocina y con la radio a todo volumen. Hostigaban a las hijas de la vecindad e hicieron de los hijos matones a la fuerza. Harukan mientras tanto se convirtió en una figura política. Los Santos regalaban comida los fines de semana.

Cuando se empezaron a establecer, Melvin los fue desviando hacia el tráfico de drogas. Edificios enteros se convirtieron en centros procesadores. Tíos con licenciaturas en químicas cortaban la heroína con quinina y lactosa mientras dos tipos con sendas M-16 observaban sus manipulaciones. En una segunda área, seis mujeres completamente desnudas, para impedir sustracciones en algún recoveco de su fisonomía, metían las dosis en bolsuchas que precintaban con un sellador. En las calles de Santoslandia se vendía heroína de gran pureza en puestos callejeros. Se habilitaron ventanas en algunos garajes, a las que acudían chicos blancos de los barrios residenciales; y durante los fines de semana el tráfico era tan intenso que un gorila de la organización vestido con un caftán y pintarrajeado ordenaba el tráfico a toque de silbato e indicaba a la gente adonde acudir. Una o dos veces, los periódicos intentaron escribir sobre lo que estaba sucediendo, pero a los policías no les gustó. Había polis enganchados, algo que el departamento tradicionalmente prefiere ignorar. Y los que no estaban picándose, tenían miedo. Los Santos mataban; con pistolas, con garrotes, con navajas. Asesinaban, desde luego, en el transcurso de riñas sobre drogas; pero

también mataban por pequeñas diferencias de opinión. Porque alguien se burlaba de la decoración de un coche, o por un inocente roce de hombros en la calle. Controlaban seis manzanas de esta ciudad. Su propio pequeño círculo fascista de macanas. Una cuarta parte lo ocupaba la sede de Grace Street.

Oí decir en muchas ocasiones que el proyecto de este edificio estaba copiado de los planos de las residencias de estudiantes de la Universidad de Stanford. Baste decir que en estos momentos no guarda el más mínimo parecido. Las pequeñas terrazas en la parte de atrás de cada piso están cerradas con alambre de gallinero para acabar con la epidemia de suicidios: niños, borrachos y algunos a los que se empujaba, que durante los primeros cinco años se convirtieron en la papilla que cubría el pavimento. La mayoría de las puertas corredizas de cristal que dan acceso a las terrazas han sido reemplazadas por láminas de madera; y en las terrazas, propiamente dichas, cuelgan una amplia variedad de objetos: ropa tendida, latas de basura, estandartes de la banda, viejos neumáticos, partes de coches o, en invierno, cualquier cosa que se beneficia de la intemperie. Ningún sociólogo puede describir lo lejos que queda la vida en estas tres torres de cemento de lo conocido por la mayoría de nosotros. «Esto no es una escuela dominical», era la frase preferida de Lionel Kenneally. Y tenía razón, no lo era. Pero era más de lo que la ironía barata o el racismo más rabioso podían abarcar. Esta era una zona en pie de guerra, similar a lo que me describían algunos conocidos míos a la vuelta del Vietnam. Una tierra en la que no había futuro. Un lugar donde la ley de la causa y el efecto tenía poco significado. Sangre y furia, calor y frío. Esos eran términos con cierto sentido. Pero no se podía pedir a nadie que hiciera una previsión de lo que podía pasar el año siguiente, ni siquiera a la semana siguiente. A veces, cuando escuchaba a mis testigos describir la vida cotidiana en la sede, el discurso inconexo común a muchos de ellos, me preguntaba si estarían alucinando. Morgan Hobberly, mi estrella, un Santo arrepentido que se había interesado de verdad por la religión, me dijo que una mañana se tiró de la cama al oír disparos en el descansillo; al asomarse a ver qué pasaba, se encontró atrapado entre dos tipos que intentaban sorprenderse uno a otro a tiros. Le pregunté a Morgan cómo reaccionó.

—Volví a acostarme, tío. No era asunto mío. Me puse la almohada en la cabeza.

La verdad es que si mis cuatro años de investigación tuvieron éxito fue

gracias a Morgan Hobberly. La heroica incursión en la vida de las bandas, que Stern ha proclamado al jurado en una docena de oportunidades, llegó gracias a un único golpe de suerte: conocer a Morgan. Una organización como la de Harukan no podía dejar de tener miembros que pudieran ser comprados. Docenas de ellos informaban a la policía o a las agencias federales. Pero Melvin era lo bastante listo como para tener unos cuantos que le hacían el trabajo de contraespionaje. Nunca estábamos seguros de cuál era la verdad, pues a través de nuestras fuentes siempre había dos o tres versiones distintas a la vez.

Pero Morgan Hobberly era algo único. Estaba en el interior, no porque lo quisiera especialmente, sino porque a los Santos les gustaba tenerle cerca. Había nacido con ese don. Todo el mundo conoce a un Morgan Hobberly. Se le había concedido esa gracia, de la misma manera que otras personas están dotadas para la música, los caballos o los saltos de altura. Los vestidos le sentaban bien, sus movimientos eran ágiles; no era guapo precisamente, pero sí sereno. Distante, no sería el calificativo que le cuadraba, más bien mágico. Provocaba en mí una vibración que, de alguna manera, me recordaba a mis sentimientos por Nat. Y cuando una voz espiritual, que él tomó por divina, le dijo a Morgan una mañana que los caminos de Harukan eran perversos, decidió, en secreto, empezar a trabajar para el estado. Instalamos un pequeño micrófono en su cuerpo y con él asistía a reuniones de la plana mayor. Nos dio números de teléfono que nosotros conectamos a registradores y que acabamos por pinchar. Durante los setenta días que Morgan nos ayudó, reunimos virtualmente toda la información que luego utilizamos en los procesos instruidos durante los dos años siguientes.

No se salvó, desde luego. Los buenos nunca lo hacen. Fue Kenneally quien me dijo que lo habían encontrado. Habían recibido una llamada de la patrulla del distrito del *Public Forest*. Y no tenía buen cariz. Cuando yo llegué, ya se había congregado esa extraña asamblea, formada por polis, personal sanitario e informadores, típica de la escena de un crimen. Nadie quería hablar con nadie. Nadie quería acercarse al cuerpo. Estaban por todas partes, pero aislados como malas yerbas. Yo no podía imaginar dónde se hallaba. Lionel ya estaba allí, con las manos metidas en el chubasquero. Me echó su típica mirada torva. «¡Estamos jodidos!», estaba diciendo; y sus ojos se volvieron lo suficiente para dejarme adivinar la dirección justa.

Había muerto ahogado, como determinó más tarde el forense Russel; no permití que Kumagai se acercase al cuerpo. En la taza de un water público,

ahí estaba. Patas arriba, metidos en ella la cabeza y los hombros, que previamente le habían quebrado. El *rigor mortis* había aparecido, las piernas se habían doblado como una especie de espantapájaros y los pantalones de trabajo de sarga, los calcetines de pilón creaban una atmósfera de insoportable humildad. Su piel, la banda de carne visible entre los pantalones y los calcetines, era de un color púrpura monárquica. Me quedé en aquella diminuta cabina de madera en la que alguna mosca pertinaz seguía zumbando, aunque ya estábamos en noviembre, donde el aire continuaba siendo denso, a pesar de haber remitido el calor del verano, y recordé el extraño humor de Morgan Hobberly y el éter en el que siempre creí que flotaría. Perdí en parte mi fe en ángeles y fantasmas porque había llegado a creer que éste sería uno de los hombres que durante toda su vida sería invulnerable.

Lipranzer está frío, no desde un punto de vista emocional o como sinónimo de distante, sino literalmente frío, aunque la temperatura nocturna en agosto continúa alrededor de los treinta grados. Tiene los hombros echados hacia delante y se ha subido la cremallera del chubasquero. Le conozco lo bastante bien como para reconocer en ello un signo de intranquilidad, si no de miedo. En este ruedo, quizá yo tengo más experiencia.

—¿Cómo lo llevas, Charlie Chan? —le pregunto cuando nos dirigimos a las escaleras de hormigón.

—Mi no gustar esto, jefe —dice—. ¡Ah, no! Ni un poquito.

En la sede, la escalera es la principal vía pública del edificio. Los ascensores casi nunca funcionan y cuando lo hacen nadie los utiliza, puesto que no hay piedad para aquel que se encuentra entre piso y piso con una cuadrilla de asalto. Por el contrario, todas las transacciones se desarrollan en estas escaleras. Aquí se vende droga, aquí se bebe vino, aquí se hace el amor. Son las tres de la mañana y aún este Ganges vertical no está completamente desierto. Cerca del cuarto piso dos jóvenes beben algo que ocultan en una bolsa de papel, mientras cortejan a una chica que reclina la cabeza contra la pared. «¿Cómo lo llevas, hermano?», le dicen a un negro que por casualidad sube delante de nosotros: a Lip y a mí no nos dicen nada pero sus miradas son insolentes y frías: y Lip, sin dejar de subir, saca su «pipa» en cuanto pasamos. No quiere que le confundan con un vulgar blanco.

Al final de la escalera, en el octavo piso, Lip se lleva un dedo a los labios y en silencio empuja la puerta metálica de incendios. Le sigo por el

pasillo que da al típico vestíbulo del edificio iluminado para desanimar a los intrusos: los suelos asquerosos, la basura apilada a un lado, con montones más pequeños por aquí y por allá. Un olor inmisericorde a humanidad. En medio de la pared hay un desconchón que tiene forma de cabeza humana. En un vestíbulo como éste, uno de los hombres de Kenneally disparó contra Melvin White la primera noche después de acabar la ronda inicial de acusaciones. Yo me quedé fuera para supervisar los arrestos, pero pasaron unos veinte minutos desde los disparos antes de que los policías me dejaran entrar. Para entonces ya habían llegado las ambulancias y yo subí con el personal sanitario, ellos y los cirujanos consiguieron salvar la vida de Melvin, dándome la oportunidad de mandarlo de nuevo a Ruyard. Cuando yo le vi, sin embargo, no parecía tener muchas oportunidades. Lo habían tumbado en medio del vestíbulo junto a su rifle automático. Estaba haciendo un ruido demasiado elaborado, demasiado desesperado para calificarlo de gruñido y su estómago y sus brazos estaban teñidos de sangre. De entre las manos sobresalía un pequeño trozo de tejido de color púrpura y sobre él, de pie, estaba Stapleton Hobberly, el hermano de Morgan, que había empezado a servirnos de soplón tras el asesinato de su hermano. Stapleton tenía el pene entre las manos y estaba orinando en la cara a Melvin White mientras una serie de policías junto a la pared observaban la escena.

—¿Y qué cojones voy a decir si el tío muere ahogado? —me preguntó uno de los sanitarios.

Ahora Lip da unos suaves golpes en la puerta.

—¡Abre, León! ¡Despierta! Es la policía. Vamos, tío. Sólo queremos hablar.

Esperamos. El edificio parece sumirse en un silencio que va más allá del umbral de los sentidos. Lip vuelve a golpear con la palma de la mano. No se puede ni pensar en derribar esta puerta. Están todas blindadas con acero.

Lipranzer sacude la cabeza. Y en ese momento la puerta, de repente, silenciosamente se abre. Muy lentamente. Dentro, la habitación está a oscuras. De alguna manera ha comenzado un extraordinario bombeo de adrenalina. Si tuviera que describir los detalles que provocan esta reacción, sólo podría identificar el pequeño click metálico; pero incluso antes de eso hay una percepción instantánea de alarma. El peligro se palpa en el aire, como si la amenaza tuviese un olor característico, una imagen. Y, cuando oigo el sonido de la pistola al ser montada, me doy cuenta de que somos blancos perfectos, nuestras siluetas recortadas contra el blanco del vestíbulo.

Pero, a pesar de lo lúcido del pensamiento, no siento ningún impulso de moverme. Lipranzer, por el contrario, está de marcha. En algún momento, le he oído exclamar: «¡Hijo de puta!», y mientras cae al suelo, rectifica su posición y me empuja a mí. Yo aterrizo sobre un codo y me giro a un lado. Los dos terminamos tumbados boca abajo, mirándonos el uno al otro a ambos lados de la puerta. Lipranzer sostiene la pistola amartillada con las dos manos. Cierra los ojos y chilla a todo volumen:

—León, soy la policía. Este hombre es la policía. Y si tu arma no está aquí fuera dentro de diez segundos, vamos a volarte el asqueroso culo negro antes de que tengas tiempo de decir mierda. ¡Empiezo a contar! —Lip se pone de rodillas y clava la espalda en la pared. Me hace un gesto para que le imite—. ¡Uno! —aúlla.

—¡Tío! —oímos—. Si eres la poli, ¿cómo lo sé yo, eh?

Lip saca sus credenciales del bolsillo de su chubasquero. La placa y su fotografía de identificación. Se acerca apenas un milímetro a la puerta, después procura que sólo su mano cruce la superficie mientras lo tira dentro de la habitación.

—¡Dos! —vuelve a chillar. Se echa hacia atrás. Señala la salida de incendios. Vamos a salir corriendo en esa dirección, dentro de poco—. ¡Tres!

—Tío, estoy encendiendo la luz, ¿vale? Pero me quedo con el arma, ¿vale? —Cuatro.

¡Venga, vale ya! —La pistola rueda por los baldosines hasta dar contra la moldura de la pared, con un fuerte estrépito. Un cacharrote negro. Hasta que se ha detenido, he creído que era una rata. Se ve la luz del interior del apartamento a través de la puerta.

¡Sal aquí, León! —aúlla Lip—. De rodillas.

¡Venga ya, tío!

¡De rodillas!

—Mieeerda —sale de rodillas hasta la puerta con los brazos extendidos delante de él. Se mueve rápidamente con cierta comicidad—. Los polis, tío, son siempre tan serios...

Lip le cachea, después asiente con la cabeza y los tres nos levantamos. Lip vuelve a recuperar sus credenciales. León lleva una camiseta negra sin mangas y una banda roja en la cabeza. Abajo sólo lleva unos calzoncillos ajustados. Por lo visto le hemos despertado. Un tío de piel suave y constitución fuerte.

—Soy el detective Lipranzer. Comando especial. Querría entrar a hablar

contigo.

—¿Y él, tío?

—Un maldito amigo, ¿vale? —Lip, que continúa con la pistola en la mano, empuja a León—. Y ahora, adentro —León camina delante. Lip cubre la puerta con la pistola a la altura de los ojos: salta de un lado al otro estudiando el interior. Después entra y completa el registro. Un minuto después vuelve a por mí. Enfunda la pistola en la espalda, bajo la chaqueta.

—Tío, hemos estado a punto de salir en los periódicos —le digo. Son mis primeras palabras desde que esto empezó—. Supongo que te debo la vida. Si hubiera disparado...

Lip hace un gesto de menosprecio.

—Si hubiera disparado estarías muerto.

En el interior, León nos está esperando. Su apartamento consiste en una cocina y un par de habitaciones. No parece haber nadie más, pero él se ha sentado en el colchón que está en el suelo de la habitación. Se ha puesto los pantalones. Hay un despertador y un cenicero al lado de las camas.

—Queremos hacerte un par de preguntas —dice Lip—. Si te lo haces bien, nos quitaremos de tu vista en menos de cinco minutos.

—¡Pero, tío, que son las tres de la mañana! ¡Vamos, hombre! Déjeme respirar. Llamen a Charley Davis, es mi abogado, tío. Hablen con él, ¿eh?, porque estoy cansado y me voy a dormir —se recuesta contra la pared y cierra los ojos.

—No necesitas abogado, León.

León, con los ojos todavía cerrados, se ríe. Ya ha oído eso antes.

—Tienes inmunidad —le dice Lipranzer—. Este tío es un fiscal, ¿verdad?

León abre los ojos a tiempo de verme asentir.

—¿Lo ves? Tienes inmunidad.

—7-7-2... —dice León— 5-8-6-8. Ése es su número, tío. Charley Davis.

—León —dice Lip—, hará ocho o nueve años, pusiste quince de los grandes en la mesa de un ayudante del fiscal para que no se fijara en una serie de problemas que tenías entonces. ¿Sabes de lo que estoy hablando?

—Ni idea, tío. ¿Vale? O sea, me asaltáis en mi propia casa a las tres de la mañana, tío, para preguntarme esa mierda. ¿Estoy loco, tío, eh? ¿Soy un tonto de los cojones? ¿Me voy a poner a contarle a un poli blanco de los cojones mierda de esa? ¡Venga, tíos! Iros a casa. Olvidaos de mí.

Cierra los ojos otra vez. Lip hace un ruido. Por alguna razón tengo la

sensación de que va a volver a sacar la pistola y siento el impulso de detenerle. Pero, en vez de eso, camina lentamente hacia León. Se agacha en la cabecera de su cama. León le ha observado aproximarse, pero cierra los ojos una vez que Lipranzer ha llegado hasta él. Lip extiende su dedo índice y se lo clava un par de veces en el antebrazo. Después, Lip me señala a mí.

—¿Ves a ese tío? Ese tío es Rusty Sabich.

León abre los ojos. El Capitán Mata Santos. En su propio dormitorio.

—Mentira —dice León.

—¡Vamos, enséñale tu carnet! —dice Lipranzer.

No me lo esperaba y tengo que vaciar los bolsillos de mi cazadora.

Durante la búsqueda, me doy cuenta de que tengo la pechera toda manchada de la porquería del vestíbulo. He traído los documentos que Lip obtuvo hace meses del archivo judicial sobre León. Mi agenda, mi cartera. Allí encuentro una tarjeta y Lipranzer se la tiende a León.

—Rusty Sabich —dice Lip otra vez.

—¿Y qué? —pregunta León.

—Mira, León —dice Lip—. ¿Cuántos hermanos tuyos de sangre crees que hay apuntados en su libreta, eh? ¿Veinticinco? ¿Treinta y cinco? ¿A cuántos Santos crees que he tenido que pagar para que le soplaran? Vuelve a dormirte, León, y Rusty Sabich se va a poner al teléfono mañana por la mañana y va a decir a todos los que conoce que te pasas la vida en el *Public Forest* mamándosela a niños blancos. Les va a decir quién y cuándo y dónde. Les va a contar cómo descubrir todo sobre su amadísimo hermano León Welles. ¿Te parece también esto mentira? Eso no es una mentira, tío. Este es el hombre que permitió que Stapleton Hobberly le meara en la cara a Harukan. ¿Has oído esa historia, no? Y todo lo que te pedimos son cinco minutos de tu tiempo. Dinos la verdad y te dejamos en paz. Tenemos que averiguar un par de cosas. Eso es todo.

León no se ha movido, pero sus ojos están abiertos como platos, mientras escucha a Lipranzer. Ya no hay nada divertido en su expresión.

—Ya, tío. Y la semana que viene necesitan otra cosa y me vuelven a tirar la puerta abajo a las tres de la mañana para echarme toda esa mierda encima.

—Ahora mismo sabrás si te vamos a necesitar otra vez. En cuanto contestes a nuestras preguntas —le necesitaríamos para que fuese a declarar, en caso de que llegara a implicar a Molto. Pero Lip sabe de qué cuerdas tirar. No hay que decirles eso de momento—. Y ahora no me jodas con mentiras,

León. Esta es la primera pregunta: ¿Pagaste o no pagaste mil quinientos para que se olvidaran de tu caso?

León hace un ruido. Se incorpora.

—¡Qué jodido de Eddie! —dice—. Eso ya lo sabes tú, tío. ¿Vale? ¿Así que para qué me molestas?

—León —dice Lip lentamente—. Ya has oído mi pregunta.

—Sí, tío. Pagué mil quinientos.

El latido de mi corazón se ha vuelto muy fuerte. Pum, pum, pum. Espero ver saltar el bolsillo al bajar la mirada a la camisa.

Hablo por primera vez.

—¿Tuvo algo que ver la mujer con eso? ¿Carolyn? ¿La auxiliar?

León se ríe.

—Sí, tío. Puede asegurarlo.

—¿Asegurar qué?

—Venga, tío —dice él—. No me toque los cojones. Esa puta lo preparó todo. Usted lo sabe. Me dijo que no me preocupara, que sabía cómo hacerlo todo. Sin problemas. Todo guapo. Tío, me juego lo que quiera a que lo había hecho cien veces. Me dijo dónde había que ir, cómo llevar la pasta, tío. Y la tía muy fría. ¿Me oye?

—Le oigo —me inclino ahora como Lipranzer—. ¿Y estaba ella presente cuando hizo la entrega?

—Allí estaba. Sentadita, muy tranquila. Ya sabes: ¿Cómo estás? ¡Siéntate, hombre! Después se pone a hablar el gomoso.

—¿Estaba detrás de usted?

—Eso es. Ella me lo dijo cuando entré: «No te vuelvas. Haz sólo lo que el hombre diga.»

—Y él le dijo que lo dejara en su mesa.

—No, tío. En la mesa donde yo estaba. Me dijo: «Déjalo en el cajón de arriba.»

—Eso quería decir. Era la mesa del fiscal, ¿verdad?

—Sí, su mesa.

—Y tú le pagaste a él. ¿No? —interviene Lipranzer—. ¿Al fiscal?

León se vuelve y le mira irritado.

—¡Qué dices, tío! ¡Voy a estar yo pagando al julai del fiscal! ¿Es que soy idiota? Suelto a ese la pasta, tío, y me la coge y se pone a decir: «Ay, no: no puedo hacerlo, estoy pringado con la ciudad.» He oído esa mierda demasiadas veces.

Lipranzer me mira. No lo ha entendido todavía, pero yo sí. Acabo de hacerlo. Por fin. Dios, qué bruto soy. Qué bruto.

—¿Y quién era? —pregunta Lip.

León hace un gesto con la cara. No quiere decirle nada a un poli que no sepa ya. Yo lo digo por él.

—El juez, Lip. León pagó al magistrado. ¿Verdad?

León asiente.

—El gomoso negro. Ése era, tío. Detrás de mí. Pero le reconocí la voz en la sala —León chasca los dedos, intentando recordar el nombre. Pero no es necesario que se moleste. Está impreso en la orden por la cual se desestiman los cargos. La saco del bolsillo para comprobarlo. No falta esa firma. La he visto una docena de veces durante los últimos meses. Es tan original como todas las cosas que hace Larren.

—Bueno, ¿y qué hemos sacado? —pregunta Lip. Son ya casi las cinco y estamos sentados en un antro que no cierra en toda la noche. Era famoso por sus donuts, hasta que una cadena nacional se apropió de la idea—. ¿Larren se la beneficiaba y además cogía el dinero para mantenerla a todo lo grande?

Lip todavía está confuso. De camino aquí, se había parado en un agujero que conocía, una especie de nicho en la pared y volvió con un botellín de brandy de melocotón, nada menos. Se lo bebió de un trago como si fuera una Coca-Cola. Todavía no se había repuesto de la escena inicial en la puerta.

—¡Dios! —me dice—. A veces odio ser policía.

Ahora soy yo el que sacudo la cabeza ante sus preguntas. No lo sé. Lo único que he sacado en limpio en la última hora es que eso es lo que Kenneally no quería decirme cuando le vi. Que Larren estaba implicado. Por eso estaban tan jodidos los policías. El juez lo hacía también.

—¿Y Molto? —pregunta Lip—. ¿Crees que estaría también pringado?

—Creo que no. No me encaja Larren Lyttle en ningún triángulo, me dijo que Molto siempre miró a Carolyn con el máximo respeto. Probablemente, ella le pediría que retirara las denuncias y él se sentía obligado a hacerlo. Estoy seguro que le calentaba, como a todos los demás. Todo muy católico y reprimido, desde luego. Eso encaja, también. Ese es el combustible necesario para que los motores de Molto sigan a todo trapo. Una pasión insatisfecha.

Seguimos hablando de esta guisa durante un rato largo, hasta que se hace la hora de encargar el desayuno y los dos pedimos huevos. El sol está saliendo ahora sobre el río, con una espectacular profusión de tonos rosáceos.

De repente pienso en algo y estallo en carcajadas. Grandes carcajadas que no puedo controlar. Un ataque de hilaridad juvenil. Mi pensamiento es ridículo, en absoluto gracioso, la verdad. Pero ha sido un día largo y muy extraño.

—Nada. Estaba pensando... ¿quieres saberlo que me parece más chocante de todo lo que ha pasado hoy?

—¿Qué? —Tantos años como llevo contigo y no se me había ocurrido pensarlo.

—¿Qué? —pregunta Lip. Empiezo a reírme otra vez. Pasa un rato antes de que pueda contestarle: —No sabía que llevaras pistola.

CAPÍTULO 35

Barbara se da la vuelta cuando me acerco a la cama con el pijama puesto.

—¿Te estás levantando ya? —se incorpora para mirar el reloj. Son las seis y media—. ¿Es muy temprano, no?

—Me voy a la cama —le digo.

Quiere levantarse, pero muevo la mano como para indicarle que no merece la pena hablar ahora. No creo que me pueda dormir, pero lo hago. Sueño con mi padre en la cárcel.

Barbara espera hasta el último minuto para despertarme y tenemos que correr. Encontramos mucho tráfico sobre el puente y, cuando llegamos, la vista ya ha empezado. Kemp y los dos fiscales están de pie delante del juez. Nico tiene la palabra. Parece terco, ojeroso y su forma de dirigirse al magistrado puede calificarse sólo de agitada.

Me siento junto a Stern. Barbara ha llamado para decirle que llegaríamos tarde, pero diplomáticamente ha omitido la causa. Los primeros momentos de mi conversación susurrada con Sandy los aprovecho para asegurarle que estamos los dos bien. Después, me explica lo que sucede.

—Han llegado las horas de desesperación para la acusación. Se lo explicaré cuando acaben. Quieren que Molto testifique.

Eso había creído oírle decir a Nico. Cuando termina su exhortación al juez, Larren baja la mirada y responde sencillamente:

—No.

—Pero, señoría...

—Señor Della Guardia, ya estudiamos la cuestión cuidadosamente el primer día de la vista. No puede usted llamar a declarar al señor Molto.

—Pero juez, no teníamos ni idea...

—Señor Della Guardia, si fuese mi intención permitir al señor Molto que testificase, entonces debería declarar este juicio viciado de nulidad en este mismo instante. Porque si alguna vez este caso llegara al tribunal de apelación, si alguna vez digo, hipotéticamente, llegase allí, lo desestimarían y me lo remitirían inmediatamente. El señor Stern le preguntó y usted contestó que en ningún caso y bajo ninguna circunstancia, y así consta.

—Juez, usted mismo dijo que tendríamos derecho de réplica si la

defensa seguía adelante con la teoría de la emboscada.

—Y yo le permití que se levantara ante el jurado e hiciera una afirmación enteramente impropia en su presencia. ¿Recuerda lo que ocurrió mientras el señor Horgan estaba en la tribuna de los testigos? Y debo tener la suficiente fe en la perspicacia profesional del señor Stern como para creer que no se aventuraría por esa escabrosa senda sin disponer de una base sólida en que fundamentarla. Entonces yo no sabía, señor Della Guardia, que la principal prueba del ministerio fiscal iba a desaparecer después de haber sido vista por última vez en manos del señor Molto. Ni sabía que éste y el patólogo jefe iban a inventar pruebas o testimonios. Y le advierto a usted que ésta es una interpretación razonable de los hechos de ayer. Aún estoy estudiando cómo reprender la conducta del señor Molto. Pero una cosa, desde luego, no va usted a ver en esta sala: no permitiré al señor Molto subir al estrado y empeorar las cosas. Y ¿cuál era la otra cosa que quería solicitar?

Nico permanece en silencio, inclina la cabeza durante un segundo.

—Señoría, queremos llamar a un nuevo testigo.

—¿Quién es?

—El doctor Miles Robinson, el psiquiatra del señor Sabich. Estaba en nuestra lista de testigos pero lo omitimos en el orden de testimonios. Anoche informé al señor Stern al respecto.

Me he puesto tenso. Stern a mi lado, ha puesto su mano en mi brazo para impedir una reacción más precipitada.

—¿Qué coño significa esto? —le susurro.

—Iba a discutirlo con usted esta mañana —dice Stern en voz baja—. He hablado con el doctor. Le comunicaré mi evaluación de los propósitos de los fiscales dentro de un minuto.

—¿Y qué problema hay? —pregunta Larren—. ¿Ha protestado el señor Stern por la forma precipitada de convocar al testigo?

Stern se levanta.

—No, señoría, yo protesto por el testimonio de ese testigo, pero no por esa razón.

—Enuncie su objeción, señor Stern.

—Señoría, fundamentamos nuestra protesta en dos terrenos distintos. Sea cual sea la opinión que las personas cultas tienen de la psicoterapia, muchos la siguen considerando como una especie de estigma. Por lo tanto, este testimonio acarrea serios prejuicios para el señor Sabich. Pero más importante que eso todavía, tengo la sospecha de que el señor Molto, quien a

mi entender será el encargado de interrogar al doctor Robinson, incidirá en aspectos que violan el secreto profesional entre médico y paciente.

—Ya veo —dice Larren otra vez—. ¿Y está dispuesto a presentar la impugnación del testigo?

Stern baja la mirada hacia mí. Algo le ronda en la cabeza. Empieza a inclinarse hacia mí. Pero parece pensarlo mejor.

—Señoría, quizá mis palabras puedan ofender a alguien y quiero, por tanto, presentar anticipadamente mis disculpas. Sin embargo, creo que son las apropiadas y necesarias para articular los intereses de mi cliente. Señoría, cuestiono motivos que han llevado a los fiscales a solicitar este testimonio. No percibo ninguna base *de facto* que aconseje la violación del secreto profesional que impide a cualquier médico, y desde luego a un psicoterapeuta, revelar en su testimonio lo oído en conversaciones con el paciente, orientadas a su tratamiento. Creo que este testimonio se promueve con el único propósito de obligar a la defensa a solicitar su desestimación y que la sala permita que tal impugnación prospere, para que los fiscales tengan a quién echar la culpa de su derrota cuando lleguemos al fin que, como todos sabemos, le está destinado a este proceso.

Nico se pone furioso. Aporrea el estrado, sulfurado por la sugerencia de Stern acerca de sus intenciones de engañar al magistrado.

—¡Lo niego! —grita—. ¡Lo niego! Eso es un ultraje.

Vuelve a pasearse, describiendo círculos, y termina por detenerse ante la mesa del ministerio fiscal, mirando fijamente a Stern mientras bebe un vaso de agua.

Larren queda en silencio durante un largo rato, después, al hablar, no hace ningún comentario sobre las sugerencias de Stern.

—Señor Della Guardia, ¿en qué se basa usted para impugnar el privilegio del secreto profesional?

Nico y Molto cambian impresiones.

—Esperamos que la evidencia demuestre que el señor Sabich visitó al doctor Robinson sólo unas cuantas ocasiones. Como resultado de lo cual, creemos que los comentarios del señor Sabich no formaban parte de ningún tratamiento y quedan fuera de dicho privilegio.

He oído más de lo que puedo soportar. Murmuro en voz bastante alta:

—¡Eso es mentira!

Quizás el magistrado me haya oído, desde luego mira en mi dirección.

—Miren ustedes —dice Larren—, este caso no ha ido muy bien para las

tesis del ministerio fiscal. Cualquier idiota puede darse cuenta de eso y aquí no hay ningún idiota. Pero si usted cree, señor Delay Guardia, que voy a permitirle obtener testimonios protegidos por inmunidad porque a usted se le antoje sacar un conejo del sombrero, mejor será que lo piense antes dos veces. No puedo y no quiero permitirlo. En este caso, señor, no le voy a impedir que presente ese testimonio. No tengo ningún comentario que hacer a las observaciones del señor Stern. No sé si está en lo cierto. Sólo diré que es apropiado apelar al amparo del secreto profesional basándonos en un examen pregunta por pregunta. Si usted quiere traer este testigo a presencia del jurado, sea bienvenido, pero debo advertirle que está usted jugando con fuego, como se suele decir. La conducta de uno de los fiscales ha sido imperdonable a lo largo del proceso y si intenta conseguir material clasificado como secreto en presencia del jurado, entonces el que está en peligro es usted. ¿Ha hablado con el doctor Robinson para que le informe sobre qué áreas podrá usted preguntar?

—El doctor Robinson se negó a reunirse con nosotros.

—Muy bien hecho —dice Larren—. Proceda usted como quiera señor Delay Guardia. Pero procure pensar bien lo que puede sacar de ese testigo. Porque yo sólo puedo imaginar lo que el jurado estará pensando en este momento.

Nico pide unos minutos para conferenciar con Molto. Los dos se retiran a una esquina de la sala. Tommy se muestra vehemente en su conversación. Ha adquirido un color intenso y agita las manos con mucho énfasis. No me sorprende cuando Nico anuncia que tiene intención de proceder.

Así pues, se vuelve a llamar al jurado y Miles Robinson comparece en la tribuna de testigos. Tendrá unos sesenta y tantos años: pelo canoso, muy corto. Tiene un habla pausada y de una excelsa dignidad. En otros tiempos se le hubiera llamado un ochavón³. Es más rubio que yo, pero es negro. Le conocí hace muchos años, cuando se le convocó como testigo en un caso de locura; es el más importante experto nacional en el campo de la amnesia. Es catedrático de la Facultad de Medicina de la ciudad, comparte las tareas de encargado del departamento de Psiquiatría. Cuando tuve problemas acudí a él, porque me parecía el mejor psiquiatra que conocía.

—¿Conoce usted a Rusty Sabich? —pregunta Molto, en cuanto Robinson ha declarado su nombre, su dirección profesional y profesión.

—¿Tengo que contestar a eso, señoría?

Larren se inclina hacia él. Le habla amablemente:

—Doctor Robinson, el señor Stern, ese señor que está allí —le señala—, representa al señor Sabich. Cualquier cosa que él crea que no está usted obligado a contestar lo señalará oportunamente. En todos los demás casos deberá usted contestar a las preguntas que le formulen. No se preocupe. Es un profesional muy competente.

—Ya hemos hablado —dice Robinson.

—Muy bien —dice el juez—, entonces vuelva a leer la pregunta —pide Larren a la secretaria de sala.

—Sí —contesta Robinson, una vez leída.

—¿Cómo le conoció?

—Era mi paciente.

—¿Cuántas veces le visitó?

—Anoche comprobé mi fichero. Cinco en total.

—¿Entre qué fechas?

—De febrero a abril de este año. El 3 de abril fue la última vez.

—¿El 3 de abril? —pregunta Molto—. Mira a los miembros del jurado que evitan devolverle la mirada. Sin embargo, él quiere llamarles la atención sobre el dato de que la última consulta tuvo lugar dos días después de la fecha del asesinato.

—Sí, señor.

—¿Habló alguna vez el señor Sabich con usted de Carolyn Polhemus?

El juramento hipocrático protege el contenido de las conversaciones entre doctor y paciente, pero no los hechos. Hasta ahora, Molto no le ha pedido a Robinson que repita nada de lo que yo dijera. Ante esta última pregunta, sin embargo, Stern lentamente se levanta.

—Protesto —dice.

—Se admite —dice el magistrado. Ha doblado los brazos sobre el pecho y mira fijamente a Molto. Está claro que comparte con Sandy la percepción de los motivos. Y se ha convencido de su propio compromiso político. Ha dejado testificar a Robinson pero aceptará todas las protestas a cualquier pregunta de trascendencia.

—Señoría, ¿puedo saber en qué basa esa decisión? —pregunta Molto. Levanta la mirada hacia el estrado, desafiante. ¡Dios! Cómo se odian estos dos hombres. En estos momentos se requeriría una excavación arqueológica para descubrir las capas sedimentarias de los resentimientos acumulados al cabo de los años. Parte de los cuales tiene que tener que ver con Carolyn. Molto es demasiado primitivo para no ser celoso. ¿Conocía, en los tiempos

del juzgado Norte, la otra dimensión de las relaciones de Larren con ella?

Eso me ha tenido intrigado la mayor parte de la noche. ¿Qué sabían el uno del otro en aquellos días? ¿Qué piensa Larren que sabe Molto? Intrincada tela de araña. Sea como sea, es evidente que la disputa entre estos dos hombres no tiene ya nada que ver conmigo.

—Señor Molto, usted sabe en qué se basa este dictamen. Se discutió antes de que entrara el jurado. Ha establecido usted una relación médico-paciente y cualquier información así obtenida cae dentro del secreto profesional. Y si vuelve usted a cuestionar cualquier dictamen en presencia del jurado, señor, su examen habrá concluido. Proceda.

—Doctor Robinson, ¿no es cierto que el señor Sabich dejó de visitarle?

—Sí, señor.

—¿Había terminado su tratamiento?

—Sí, señor.

—Juez, afirmo que estas conversaciones no están protegidas por el secreto profesional.

—Señor Molto, está usted apercibido de desacato. Continúe con su interrogatorio.

Molto mira a Nico. Y después lo deja caer. Revisa su armamento y entonces escoge la bomba nuclear.

—¿Le dijo Rusty Sabich alguna vez que había matado a Carolyn Polhemus?

Hay un sobresalto audible en la sala. Pero ahora sé que Nico se puso a aporrear el estrado. Esta pregunta es la razón de haber traído a Robinson a declarar. Nada secundario sobre si me acostaba con ella. Están probando un nuevo disparo a ciegas. El magistrado, como era de esperar, ha montado en cólera.

—¡Hasta aquí! —grita—. ¡Hasta aquí hemos llegado! Se acabó, señor Molto. ¿Si las otras preguntas estaban sujetas a secreto, cómo ésta no iba a estarlo?

Yo le susurro algo a Stern. El me dice: «No», y yo le digo: «Sí», y literalmente le cojo del codo y le pongo de pie. Hay un tono de extraña incertidumbre en su forma de hablar.

—Señoría, no tenemos ninguna objeción a que se conteste a la pregunta formulada en los términos anunciados.

Larren y Molto se muestran ambos tardos en responder. El magistrado, por su rabia; Molto, por su completa confusión. Por fin los dos comprenden a

un tiempo.

Molto dice:

—Retiro la pregunta.

Pero el magistrado sabe lo que está ocurriendo.

—No señor. Usted no va a hacer una pregunta tan perjudicial como ésta en presencia del jurado, para luego intentar retirarla. En el acta aparece claramente, señor Stern, ¿decide usted prescindir de su derecho?

Stern se aclara la garganta.

—Señoría, la pregunta busca sonsacar comunicaciones secretas, pero desde mi punto de vista, tal y como se ha formulado puede ser contestada sin invadir nuestro privilegio.

—Ya veo —dice Larren—. Supongo que es verdad. Si sale de esa forma. ¿Está usted dispuesto a arriesgarse?

Los ojos de Stern fluctúan un instante hacia mí. Pero responde claramente:

—Sí, señoría.

—Bien, oigamos la respuesta entonces. Así sabremos dónde estamos. Señora secretaria, ¿le importaría leer la última pregunta del señor Molto?

Ella se levanta con la cinta estenotípica en la mano. Lee con entonación neutra:

—Pregunta del señor Molto: ¿Le dijo Rusty Sabich alguna vez que había matado a Carolyn Polhemus?

Larren mantiene la mano levantada para dar tiempo a que la secretaria vuelva a sentarse y se prepare a tomar nota de la respuesta. Después el magistrado hace un gesto afirmativo al testigo.

—La respuesta a esa pregunta —dice Robinson, con su estilo medido— es no. El señor Sabich jamás me dijo nada parecido a eso.

Hay una revuelta en la sala como no ha habido hasta ahora. Una oleada de alivio. Los jurados asienten. La maestra me sonrío.

Molto nunca se dará por vencido.

—¿Hablaron ustedes por cualquier motivo sobre el asesinato de la señora Polhemus?

—Protesto esa pregunta y cualquier otra que se refiera a las conversaciones entre el señor Sabich y el doctor.

—Se admite la protesta, se considera como moción delimitadora y se garantiza. Y, puesto que cualquier cuestión ulterior será inadmisibles o no pertinente a este caso, tengo la intención de dar por terminado el

interrogatorio. Doctor Robinson, puede usted retirarse.

—¡Señoría! —aúlla Molto. Pero Nico, al instante, le coge del brazo y le arranca del estrado.

Intercambian algunas palabras y Nico asiente con la cabeza para apaciguarlo, pero parece poseer una firmeza, una resolución, ajena al ultraje de Tommy.

El magistrado sólo mira a Nico.

—¿Debo suponer señor Delay Guardia que el ministerio fiscal ha terminado?

Nico contesta:

—Sí, señoría. En nombre del pueblo del Condado de Kindle, el ministerio fiscal ha terminado.

Larren está a punto de despachar al jurado hasta la semana que viene y a escuchar las mociones para un veredicto directo. Se vuelve a ellos:

—Señoras y caballeros, normalmente y llegados a este punto, les pediría que abandonaran la sala, pero no voy a hacerlo. Sus servicios en este caso han terminado.

Al principio no comprendo estas palabras, pero cuando siento el brazo de Kemp a mi alrededor y después el de Stern, comprendo lo que ha ocurrido. Mi vista ha acabado. El magistrado ha continuado hablando, dice a los miembros del jurado que si quieren pueden permanecer en la sala. Estoy llorando. Apoyo la cabeza sobre la mesa un momento. Sigo sollozando, pero alzo la cabeza para escuchar cómo Larren Lyttle me pone en libertad.

Se dirige al jurado:

—He reflexionado sobre este caso con cuidado durante las últimas veinticuatro horas. Este es el momento en que, normalmente, los abogados defensores elevan una moción solicitando que se considere la posibilidad de una absolución. En la mayoría de los casos, el juez deja que la vista continúe, pues ha encontrado suficientes indicios a lo largo del proceso como para pensar que un jurado razonable pudiera encontrar culpable al acusado. Creo que en todos los casos sería de justicia el que los hubiera. Ningún hombre debería ser conducido ante un tribunal sin las pruebas suficientes que permitan concluir a un grupo de personas honradas que es culpable, más allá de toda duda razonable. La justicia lo requiere y creo que en este caso no se ha hecho justicia. Comprendo que los fiscales tuvieran sospechas. Anteayer yo mismo hubiera podido decir que había motivos razonables para sospechar. Ahora no estoy tan seguro de que los haya. Pero no puedo permitir que

ustedes deliberen sobre unos indicios como los aquí presentados, tan inadecuados. Sería injusto con ustedes y más importante aún, con el señor Sabich. Nadie debería sufrir un proceso con pruebas como éstas. No me cabe la menor duda de que su veredicto sería unánime y exculpatorio. El señor Sabich no debe vivir con el fantasma de la duda ni un segundo más. No se han probado los motivos, ni hay indicios concretos de que hubiera tenido jamás una relación íntima con la víctima. Después de ayer no queda ninguna prueba solvente, según mi criterio, que dé a ninguna persona razonable motivos para creer que el señor Sabich tuvo siquiera relaciones carnales con la señora Polhemus la noche de su muerte. Y como acabamos de comprobar no hay sombra de prueba concreta de que haya asesinado a la señora Polhemus. Quizás estuviese allí aquella noche, al ministerio fiscal puede quizá concedérsele todavía el derecho a la duda en ese punto concreto. Si los fiscales hubieran llegado a encontrar el vaso estaría más seguro. Pero, considerando las circunstancias que se acumulan en este caso, no puedo dejar que la vista continúe.

—Señoría... —Nico está de pie.

—Señor Della Guardia. Comprendo que en este momento se sienta usted desesperado, pero mientras esté yo hablando le agradecería que me escuchase.

—Señoría...

—Quiero añadir unas cuantas cosas sobre el señor Molto.

—Juez, quiero pedir la absolucón.

Larren se echa literalmente hacia atrás. En la sala hay una gran conmoción y después ruido de gente que sale. Sé, sin necesidad de volver la mirada, que los informadores han echado a correr hacia los teléfonos. Los de la televisión tendrán que traerse las unidades móviles aquí. Nadie se imaginaba ni remotamente que se fuera a pitar el final en este momento. Larren da con el martillo y pide orden, después abre su gran mano para indicar a Nico que continúe.

—Juez, sólo quería decir un par de cosas: primero, que parece que muchas personas han empezado a pensar en este proceso como en una especie de emboscada o fraude. Yo lo niego rotundamente. Quiero negarlo en nombre de todos los miembros de este ministerio. Creo que teníamos razones para llevar adelante este caso...

—¿Quería usted presentar una moción, señor Delay Guardia?

—Sí, así es. Esperaba cuando llegué a la sala esta mañana que usted

dejara el caso en manos del jurado. Algunos jueces lo hubieran hecho, creo yo. En mi opinión eso hubiera sido lo correcto. Pero otros, probablemente, no. Y puesto que usted por lo visto ha tomado ya la decisión...

—Desde luego que sí.

—Por el bien del señor Sabich, no creo que sea éste el momento de cuestionar si esta decisión suya ha sido acertada o no. Yo no estoy de acuerdo con usted, pero no creo que sea justo pretender considerarla fuera de la ley. Ni tampoco quiero que nadie piense que estoy buscando una excusa. Y por esa razón me gustaría aceptar su apreciación y presentar el sobreseimiento de este caso.

—Se acepta la moción.

Larren se levanta.

—Señor Sabich, queda usted libre de todos los cargos. No soy capaz de expresarle el profundo pesar que siento por todo lo sucedido. Ni siquiera el placer de verle en libertad compensa esta desgracia para la justicia. Señor mío, quede usted con Dios.

Golpea una vez con el martillo.

—Caso resuelto —dice y se va.

CAPÍTULO 36

Gran revuelo. Mi mujer. Mis abogados. Los periodistas. Observadores a los que no conozco. Todos desean tocarme. Barbara me alcanza primero. El tacto de sus brazos rodeándome con tanta firmeza, sus pechos aplastados contra mí, su pelvis frotándose contra la mía resulta increíblemente estimulante. Quizá sea el primer signo de la regeneración de mi vida.

—Estoy tan contenta —me besa—. Estoy tan contenta por ti, Rusty.

Se vuelve y abraza a Stern.

Hoy, opto por primera y última vez por salir a través de la planta de servicios. No deseo encontrarme con la *melée* desordenada de la prensa. Reúno a Barbara, a Stern y a Kemp y les llevo hacia el final del vestíbulo, después desaparecemos. Pero por supuesto no hay escapatoria. Otra partida nos espera al llegar al edificio de Stern. Subimos las escaleras haciendo pocos comentarios. De algún lugar ha salido un aperitivo que está dispuesto en la sala de reuniones. Pero no tenemos oportunidad de comer. El teléfono suena. Y las secretarias pronto nos informan que la recepción está plagada de informadores desparramados por los vestíbulos. El monstruo hambriento debe ser alimentado. No puedo negar a Stern este momento. Se lo merece y las consecuencias que se derivan de este tipo de éxitos en un caso de tanta fama, no sólo en términos económicos sino también de prestigio profesional, realzarán la reputación de Stern durante los años venideros. Se ha convertido en un abogado de talla nacional.

Así que después de medio sandwich de ternera, bajamos todos al vestíbulo del edificio para volver a enfrentarnos con una multitud inquieta y gritona de periodistas, micrófonos, grabadoras, luces brillantes que se alzan a mi alrededor como una docena de soles nuevos. Stern habla primero, después yo: «No creo que nadie, dadas las circunstancias, pueda decir nada sensato. Sobre todo en tan poco tiempo. Me siento muy aliviado. Nunca llegaré a entender cómo empezó todo esto. He tenido la inmensa suerte de estar representado por el mejor abogado de la faz de la tierra.» Evito responder a las preguntas sobre Della Guardia. Aún no he llegado a aclarar mis propias ideas. Empiezo a contentarme con la idea de que se limitaba a hacer su trabajo. Nadie pregunta por Larren. Yo no menciono su nombre. A pesar de mi gratitud, dudo que después de lo de anoche pudiera deshacerme en

elogios.

Cuando volvemos a la oficina, encontramos champán de la misma cosecha que Kemp sacó anoche. ¿Estaba Stern preparado para la victoria o es que tiene siempre una caja metida en hielo? Todavía quedan muchos visitantes en las dependencias del bufete. Estoy entre ellos con Kemp y Stern, me levanto y brindo a la salud de Sandy. Está presente Clara, su mujer. Llegó Mac. Se echa a llorar mientras me abraza desde su silla.

—Jamás lo dudé —me dice.

Barbara me busca para decirme que se tiene que ir. Tiene esperanzas de que el regreso de Nat pueda adelantarse un día. Es posible que el director del campamento pueda conseguir sitio en el DC-3 que hace el vuelo de ida y vuelta a Skageon. Esto requerirá muchas llamadas. La acompaño hasta la puerta. Me vuelve a abrazar. «Me siento tan aliviada», dice. Pero entre nosotros hay una impenetrable tristeza. En este momento no puedo imaginar lo que Barbara piensa por dentro, pero creo que incluso en este instante de desbordante gratitud y alivio se da cuenta de que algo ha quedado en suspenso. Una vez pasen los efectos de todo esto, la superación de nuestros antiguos problemas requerirá un peligroso viaje a través de abismos casi infranqueables hasta alcanzar la gracia y el perdón.

Sigue acudiendo gente a la oficina de Stern. Están aquí una serie de policías, de abogados que han venido a felicitarnos a Sandy y a mí. Me siento a disgusto entre tantas personas a quienes no conozco. Mi euforia inicial ha pasado hace tiempo dando paso a una melancolía reprimida. Al principio lo achaco al cansancio y a un sentimiento de autocompasión, pero después me doy cuenta de que mi inquietud parece emanar como el petróleo negro al surgir de la tierra, de algo más particular. Una idea que exige un cierto tiempo de reflexión y, tan sigilosamente como puedo, abandono el lugar. No digo a nadie que me voy. Me escurro con la excusa de que quiero reflexionar sobre lo acontecido. Después con un pretexto abandono el edificio. A media tarde, las sombras son más largas y se ha levantado la brisa del río llena de verano y de riqueza.

Las ediciones vespertinas de los periódicos han salido ya. Los titulares del *Tribune* ocupan media página: «El juez libera a Sabich.» Y debajo: «Califica el proceso de "desgracia".» Pago el importe. «Tras calificarlo de "una desgracia para la justicia" el magistrado de la Audiencia Territorial del Condado de Kindle, Larren Lyttle, absolvió hoy del cargo de asesinato al señor Rozat K. Sabich, que fue ayudante jefe de la oficina del anterior fiscal

general y ha puesto fin de esta manera a la vista contra Sabich, que había entrado en su octavo día. El magistrado Lyttle criticó con duras palabras las conclusiones presentadas por el nuevo fiscal general, Nico Della Guardia, y ha llegado a afirmar en un momento del proceso que creía que ciertas pruebas presentadas contra Sabich, antiguo rival político del señor Della Guardia, habían sido inventadas por el ministerio fiscal.» Ambos periódicos lo cuentan de la misma manera. Ponen verde a Nico afirmando que el caso fue preparado para hacer caer a su antiguo rival. Mal asunto. La noticia se propagará de costa a costa. Mi amigo Nico bailará la danza del dolor durante bastante tiempo. La prensa insensible a medios tonos y a grises no menciona el decoroso gesto final de Nico de retirar los cargos.

Bajo hasta el río. La ciudad está extrañamente silenciosa esta noche. Han abierto un sitio nuevo a la orilla con una terraza. Me tomo dos cervezas y un sandwich. Despliego el periódico por la hoja de los deportes y lo pongo delante para evitar tener que responder a las miradas interrogativas de los transeúntes. Durante casi todo el tiempo me veo sumido en una especie de reflexión. Llamo a Barbara hacia las seis, pero no me contesta. Espero que esté camino del aeropuerto, quiero ir a casa a ver a Nat. Pero antes hay una parada que quiero hacer.

La puerta principal del despacho de Stern está abierta, pero la suite está casi desierta. Sólo oigo una voz, que reconozco por su falta de entonación. Es la de Stern. Sigo el sonido hasta la suntuosa oficina de Sandy. Por lo que oigo desde la puerta, deduzco que debe tratarse de un nuevo caso. La vida del abogado, pienso al verle allí sentado. Esta mañana ha ganado el caso más importante de su carrera y por la tarde ya está trabajando. Mientras habla por teléfono, veo que tiene ante sí un pequeño portafolios abierto y las ediciones respectivas de los dos periódicos locales sobre el sofá.

—Ah, sí —dice—. Rusty acaba de llegar. Sí. Como muy tarde a las diez. Prometido —cuelga el auricular—. Un cliente —dice—. Así que ha vuelto.

—Disculpe mi huida.

Sandy levanta la mano. No precisa explicaciones.

—Pero quería verle.

—Suele suceder —me dice—. Tengo clientes que vuelven al cabo de unos días o incluso de semanas. ¿Es difícil creer que se haya acabado todo, verdad?

—Es verdad —digo—. Eso es más o menos de lo que quería hablar, ¿puedo? —cojo uno de los puros de Sandy que tan a menudo me ha ofrecido.

Se acerca, me elige uno mientras yo cojo el humificador. Fumamos juntos, abogado y cliente—. Quería darle las gracias.

Sandy levanta la mano de la misma manera que antes. Le digo lo mucho que he admirado su defensa, que en muy pocas ocasiones me vi forzado a adivinar lo que estaba ocurriendo.

—Es usted —digo— el mejor.

Ante esta última adulación, sólo se ríe y le da un toquecito al cigarro, uno de sus gestos corteses, como si se sintiera desarmado ante la verdad.

—También he estado pensando sobre las cosas que han ocurrido y me gustaría saber qué es lo que ha pasado hoy en la sala.

—¿Hoy? —pregunta Sandy—. Hoy le han declarado inocente de unos cargos muy graves.

—No, no —digo—. Quiero saber lo que ha pasado de verdad. Ayer me enumeró usted las razones por las que Larren debería dejar el caso en manos del jurado. Y hoy me absuelven sin precisar ni la moción de la defensa.

—Rusty, hice sólo una estimación del posible razonamiento del magistrado. No tuve razón. Pero, ¿qué abogado cree usted que es capaz de predecir siempre correctamente las inclinaciones judiciales? El magistrado Lyttle decidió no exponerle a usted al riesgo de un veredicto del jurado sin disponer de datos suficientes, lo cual podría haber incrementado la presión sobre él y alejarle de lo que creía más justo. Ambos debemos agradecer al magistrado Lyttle su perspicacia y su fortaleza.

—Ayer por la noche usted creía que la hipótesis del ministerio fiscal era lo bastante consistente como para llegar hasta el jurado.

—Rusty, soy por naturaleza pesimista. Ciertamente, no me puede criticar por esta forma de ser. Si le hubiese predicho una victoria y el resultado hubiese sido adverso, entendería su preocupación. Pero así no.

—¿No?

—Ambos sabemos que la hipótesis del ministerio fiscal no era sólida desde un comienzo, y que se fue debilitando a medida que avanzábamos. A esto contribuyeron algunas disposiciones que nos fueron favorables, algunos testigos que fueron rebatidos, algún interrogatorio de la defensa que tuvo éxito. Cierta parte de las pruebas no se tomó en consideración. Otra estuvo claramente mal planteada. La hipótesis de la acusación falló. Tenga presente que hoy mismo las circunstancias del caso volvieron a cambiar una vez más. Me refiero al vuelco que ha supuesto el testimonio del doctor Robinson. Eso ha sido bastante elocuente.

—¿Ah sí? ¿Y eso por qué? ¿Porque no le dije que había matado a Carolyn? Yo soy abogado; fiscal. Bastante sé cuidarme como para confesar a nadie una cosa así.

—Pero visitar a un psiquiatra dos días después de haber cometido un asesinato, disfrutar de la ventaja de una relación profesional de lo más reservado, y no hacer ninguna confesión de culpabilidad, eso, Rusty, era una prueba significativa y encima presentada por el ministerio fiscal. De haberlo sabido, probablemente no hubiera hecho la predicción que hice anoche —Sandy frunce el ceño. Desvía un poco su mirada—. En momentos como éste, con semejantes cambios, he visto a hombres reaccionar de formas extrañas y diversas. No debería usted permitir que sus pensamientos sobre estos aspectos enturbien su apreciación de los hechos.

Muy diplomático. Me está queriendo decir: no deje que el hecho de haberla matado influya en su buen juicio como abogado. Esta leve traición, por sutil que pueda parecer, se sale tanto del molde que ahora estoy seguro de que estaba en lo cierto.

—Llevo en esas mismas salas de juicio una docena de años, Sandy. Y le aseguro que hay algo que no va bien.

Stern sonríe. Deja el puro. Entrelaza las manos.

—Nada está mal. Usted ha sido absuelto. Así funciona el sistema. Vuelva a su casa con su mujer. ¿Ha vuelto Nathaniel? Esa va a ser una maravillosa bienvenida para todos ustedes.

Me resisto a cambiar de tema.

—Quiero saber cuál ha sido el factor desencadenante de la decisión de hoy.

—Las pruebas. Su abogado. Los abogados de la parte contraria. Su propio prestigio, bien conocido por el juez, Rusty, ¿qué más puedo decirle?

—Creo que usted sabe lo mismo que yo —le digo.

—¿Que es qué, Rusty?

—Lo del historial S. Lo de Larren y Carolyn. Lo de que ella le consiguiera dinero.

Ni la conmoción, ni la aguda sorpresa, pertenecen a la escala emocional de Sandy. La fe que tiene en su propio conocimiento del mundo es tal que jamás permitiría verse afectado por algo así. Pero su mirada ahora se ha hecho más intensa. Su boca se crispa. Vuelve la brasa del cigarro hacia él y estudia la ceniza antes de volver a mirarme.

—Rusty, con todos los respetos. Ha pasado usted por una experiencia

muy fuerte. Yo soy su amigo: y también soy su abogado. Yo guardo sus secretos. Pero no le revelaré los míos.

—Puedo afrontar los hechos, Sandy. Le aseguro que puedo. Los últimos meses he tenido que hacerlo en innumerables ocasiones. Y además, como usted mismo me confesó la noche pasada, soy capaz de guardar un secreto. Pero tengo la estúpida pretensión de saber la verdad. Me gustaría conservar íntegro mi sentido de la ironía.

Espero una respuesta y Stern se pone de pie.

—Ahora entiendo el problema. A usted le preocupa la integridad del magistrado.

—Con razón, ¿no le parece?

—No, no estoy de acuerdo.

Viene al sofá y se sienta en el brazo, de tela blanca jaspeada. Dedicar un minuto a aflojarse la corbata.

—Rusty, sé lo que le digo. Cómo llegué a averiguarlo no es de su incumbencia. Yo tengo muchos clientes. Personas preocupadas. En ocasiones buscan el consejo de un abogado. Eso es todo. Y esta noche hablaremos de cosas que ninguno de los dos debe volver a mencionar. Por mi parte, se lo advierto ahora, no habré dicho nunca nada de esto, ¿me comprende?

—Perfectamente.

—Usted duda sobre el carácter de Larren. Perdóneme unos instantes de filosofía, Rusty. No todas las malas conductas de los seres humanos son el resultado de serios defectos de carácter. Las circunstancias también cuentan. La tentación, para emplear una palabra anticuada. Conozco a Larren desde el principio de mi carrera y puedo asegurarle que no era, entonces, la misma persona que ahora conocemos. Su divorcio le dejó en un estado de desorden personal completo, bebía demasiado, llegué a oír que incluso jugaba. Acababa de iniciar esa relación con una mujer hermosa y posesiva. Habían acabado con su vida profesional cuando estaba en el cénit, tanto por prestigio como por ingresos económicos. Estoy seguro que con este cambio, pretendía dar un vuelco a su vida personal. Por el contrario se encontró confinado como acto de venganza política a una zona judicialmente muerta, a la que se adjudicaba asuntos de mínima importancia, sin relación con lo que, en un principio, le atraía de la profesión. Larren tiene una mente poderosa, capaz. Y durante años sólo oyó hablar de infracciones de tráfico, peleas callejeras, interludios sexuales en el bosque, materias todas ellas periféricas del verdadero derecho público; asuntos que acaban todos de la misma manera:

con la absolución del acusado. Es sólo cuestión de terminología. Retirada de la denuncia. Acuerdo. Libertad provisional. En cualquier caso, el acusado siempre se marcha a su casa. Estaba en un ambiente cuya corrupción, a todos los niveles, había sido siempre el secreto más desestabilizador de esta ciudad. Fiadores, policías, ayudantes de vigilancia de libertad condicional, abogados... El juzgado Norte era un hervidero de tratos ilícitos. ¿Cree usted que Larren Lyttle fue el primer juez de aquel juzgado que cayó tan bajo?

—¿Está intentando disculparlo?

La mirada de Stern adquiere una expresión retadora, severa.

—En absoluto. No lo justifico en absoluto. Es una verdadera desgracia. Nuestras instituciones públicas se resienten de tales conductas. Si estos asuntos hubiesen sido objeto de acusación y probados adecuadamente, en el hipotético caso de que yo fuera el juez, las condenas habrían sido muy largas. Quizás hasta de cadena perpetua. Fueran cuales fueran mis simpatías o mis afectos. Pero esto sucedió en el pasado. Un pasado remoto. El magistrado Lyttle, se lo advierto, preferiría morir antes que dejarse corromper actualmente. Lo digo con toda sinceridad. No se trata de ninguna mojigatería, sino de mi firme convicción.

—Mi experiencia como fiscal, Sandy, me dice que son muy pocas las personas sólo un poco corruptas. Es un mal progresivo.

—Es un episodio del pasado, Rusty.

—¿Está seguro de que ha pasado?

—Absolutamente.

—¿Quiere usted decir que lo ha oído decir? ¿Cómo terminó la historia?

—Rusty, debe darse cuenta de que yo no tengo un conocimiento de historiador. Oí referencias concretas sobre una o dos personas.

—¿Cómo terminó, Sandy?

Me mira aún sentado en el brazo del sofá. Tiene las manos en las rodillas. Su cara es seria. Las confidencias forman el meollo de su vida profesional. Para Stern estos asuntos son íntimos y sagrados.

—Según tengo entendido —dice finalmente—, el asunto llegó a oídos de Raymond Horgan y éste exigió que cesase de inmediato. Algunos policías del distrito 32 empezaban a acumular pruebas. Otras personas, con conocimiento de los hechos, albergaban serios temores de que cualquier indicio de corrupción probaría en última instancia la mala fe de muchas personas además del juez Lyttle. Con franqueza he de decir que este relato lo oí a una de estas personas. Sea como fuere, llegaron a la conclusión de que lo

mejor era informar oficialmente al fiscal general para que abriese una investigación.

Stern desvía la mirada por un instante.

—Tal vez —añade, con el atisbo de una sonrisa— por consejo de su abogado. Yo, personalmente, creo que todo estaba calculado: Horgan informaría a su amigo de toda la vida de los peligros a los que se estaba exponiendo y le aconsejaría abandonar esa actitud. Esa es mi versión. Y recalco que no sé si esta interpretación es correcta o no. He de decir que me siento de lo más incómodo con esta clase de conversación. Para concluir diré que jamás he hecho nada para confirmar tal información.

Debí haberme imaginado que Horgan estaba metido en este ajo. Me concedo un minuto. ¿Qué sentimiento es éste? Algo entre la desilusión y la mofa.

—Sabe usted —le digo—. Hubo un tiempo en el que creía que Raymond Horgan y Larren Lyttle eran héroes.

—Y con razón. Hicieron muchas cosas heroicas. Muchas.

—¿Y qué hay de Molto? ¿Oyó usted algo sobre él?

Stern niega con la cabeza.

—Hasta donde yo sé, no sospechaba nada. Es difícil creer que ése fuera realmente el caso. Quizás alguien le habrá expuesto sus sospechas y se negó a aceptarlo. Y creo haber entendido que era, hasta cierto punto, el esclavo de Carolyn. Un perro fiel, un devoto. Estoy seguro de que ella era capaz de manipularle a su antojo. En Latinoamérica uno ve, o al menos veía cuando yo era más joven, no sé los aires que corren ahora, mujeres como Carolyn que utilizaban su sensualidad con intención agresiva. Hoy por hoy, existe algo más preocupante en una mujer que se acerca a las avenidas del poder de una forma tan oblicua y pasada de moda. Presenta un componente siniestro. Pero ella era muy hábil.

—Ella era muchas cosas —digo. ¡Ah Carolyn! De repente me pongo a pensar, con insoportable tristeza, ¿a dónde quería llegar contigo? Algo en ese momento me hace pensar que Stern no había captado bien su personalidad. Quizá se deba a la terrible prueba y a su extraordinario final en el día de hoy; tal vez sea la semana de la amnistía en el estado de Kindle y no se pueda culpar a nadie; quizá no sea más que la misma sensación degradada; pero, sea cual sea la razón, y a pesar de todo lo que ha pasado, todo, todavía albergo un sentimiento hacia ella aquí sentado entre el humo del cigarro y los agradables muebles, un sentimiento casi todo él ahora de simpatía. Es posible que

juzgara mal a Carolyn. Tal vez padecía un defecto de nacimiento, como los recién nacidos que vienen al mundo sin algún órgano. Tal vez careciese de la parte afectiva o ésta estuviese sujeta a una atrofia congénita. Pero no lo creo.

Pienso que era como muchos de los heridos y lisiados que han desfilado ante mí; las sinapsis y los receptores respondían a su corazón y a sus sensaciones, pero estaban sobrecargados por su necesidad de consuelo. Su dolor. ¡Su dolor! Era como una araña atrapada en su propia red. De esa forma suya tan grandiosa, al final debió sentirse atormentada. Seguramente no fue un accidente. Sólo puedo aventurar una suposición sobre las causas, pero desconozco la forma de crueldad que la forjó. Sin embargo, existía algún tipo de injuria, alguna vileza prolongada de la cual quería claramente escapar. Trataba de recrearse a sí misma. Interpretaba los papeles más brillantes: querida, estrella, persona con propósitos. Conquistadora de pasiones caprichosas. Fiscal inteligente y avispada, decidida a dominar y castigar a los tipos inferiores que no lograban controlar sus feos y violentos impulsos. Pero ningún disfraz podía cambiarla. La herencia de la injuria suele ser más injurias. Cualquier crueldad que le infligiesen la recibía y, engañándose a sí misma, excusándose, pero siempre con un inagotable residuo de dolor, la devolvía al mundo.

—¿Y bien? —preguntó Stern—. ¿Se queda un poco más satisfecho?

—¿De Larren?

—¿De quién iba a ser? —evidentemente, ha mal interpretado mi reflexión.

—Estoy muy poco satisfecho, Sandy. No debería haber presidido este caso. Debió rechazarlo con cualquier excusa en el mismo instante de la designación.

—Quizá sea así, Rusty, pero permítame recordarle que el magistrado Lyttle no tenía ni idea cuando este caso empezó de que ese historial, el historial S como usted lo llama, iba a ser una parte de nuestra defensa.

—Usted, sí.

—¿Yo? —Stern avienta con la mano el humo de su puro y hace un comentario en español que no comprendo—. ¿Soy también yo blanco de sus quejas? ¿Espero que no creerá que tenía planeado centrarme en ese historial desde el inicio del caso? Y si así fuera, Rusty, ¿cree usted que iba yo a presentar una recusación ante el magistrado Lyttle impugnándole a él mismo? ¿Cómo lo habría formulado usted? ¿El acusado solicita a la sala que se recuse a sí misma, ya que la víctima fue en una ocasión amante de su señoría y

cómplice de sus crímenes? Hay cosas que no se pueden plantear a la sala. De verdad, Rusty. No quiero parecer cínico. Comparto su preocupación por la ética profesional. Pero le vuelvo a sugerir que está usted reaccionando a las impresiones de los acontecimientos. Este puntillismo, bajo las presentes circunstancias, es un tanto sorprendente.

—No quiero ser pedante. Y si lo soy, lo lamento. No me preocupa ni la forma ni los tecnicismos. Tengo la sensación de que se han forzado las cosas.

Stern se echa para atrás y se quita el puro de la boca. Es un movimiento largo y lento que quiere significar sorpresa. Pero ya no es la primera noche. He visto todos los mejores gestos de Sandy Stern una serie de veces y no me trago éste.

—Sandy, he estado pensando mucho las cosas durante las últimas horas. La carrera de Larren Lyttle hubiera quedado en entredicho si las circunstancias del historial S hubieran sido exploradas a fondo. Y usted aprovechó hasta la menor oportunidad que se le presentó para decirle que tenía intención de hacer precisamente eso.

—¿De verdad, Rusty? Debe saber cosas que yo desconozco. No vi nada que indicase que el magistrado Lyttle comprendiera en toda su extensión el alcance del historial. No se llegó a desvelar nunca su contenido. Y el historial no estuvo nunca en la sala.

—Sandy, ¿se ofendería si le dijera que creo que todavía no comparte todo conmigo?

—¡Ah! —dice Stern—. Llevamos demasiado tiempo juntos en este caso. Empieza a hablar usted como Clara.

Sonríe, pero no dejo que se desvíe del tema.

—Sandy, tardé mucho en deducirlo. Lo admito, durante un tiempo me pareció una curiosa coincidencia, siempre que hacía hincapié en ese historial tocaba a Larren en la fibra sensible. Pero ahora me doy cuenta de que no era así. Usted quería captar la atención del magistrado. No había otra razón que justificara su insistencia en ese historial. La última vez que lo hizo, durante el testimonio de Lip, hacía tiempo que no lo necesitaba para provocar la duda sobre Molto. Entonces ya sabía todo lo relativo a Kumagai y contaba con ello para desacreditar a Tommy. Y sin embargo, le dijo al juez que teníamos intención de presentar pruebas relacionadas con ese historial en cuanto tuviéramos ocasión. Le dijo esto, de un modo u otro, una media docena de veces. Quería hacerle creer a Larren que estábamos deseando ventilar todo lo de ese historial en público. Por eso mencionó el asunto de la emboscada

cuando estaba interrogando a Horgan. Quería hacer constar en acta que Larren no disponía de ninguna forma legítima para impedirle seguir adelante. Y, sin embargo, cuando se sentó conmigo a discutir los términos de nuestra defensa no mencionó ni una sola palabra acerca del historial. No teníamos nada que ofrecer.

Stern queda en silencio.

—Es usted un buen investigador, Rusty —reconoce por fin.

—Y usted un adulator. La verdad, últimamente me sentía un poco torpe. Y todavía hay cosas que no puedo comprender como eso que mencionaba hace un momento. ¿Cómo podía saber usted que Larren se daría cuenta de que estaba implicado en el asunto del historial S? ¿Qué más hay en esta historia?

Stern y yo nos miramos el uno al otro un minuto. Su mirada es más profunda y compleja que nunca. Si está desconcertado, lo disimula muy bien.

—No hay nada más que saber, Rusty —me dice, por fin—. Yo hice ciertas deducciones. Sobre todo cuando vi la reacción del juez durante la testificación de Horgan.

Se les notaba muy íntimos, desde luego, y como digo, sabía que Horgan sería muy sensible a las implicaciones de ese historial. Parecía muy probable que él y Larren se hubieran comunicado entre sí al respecto. Pero no tenía la certeza. Intuición de abogado y nada más.

Horgan. Ese era el eslabón que me faltaba. Raymond debía haberle contado a Larren lo del expediente hace tiempo. Stern estaba en lo cierto. Por un momento barrunto los siguientes cálculos que se deducen de esta primera comunicación. Pero no es tarea que debemos realizar en este momento. Quiero aclarar las cosas con Stern.

—Veamos si lo he comprendido bien —le digo—. Usted ni en sueños pensaba en enfrentarse abiertamente con el juez. Eso hubiera sido desastroso y contraproducente. Y sencillamente, no es el estilo de Stern. Tenía que encontrar un modo que se correspondiese con su propio estilo perfecto y sutil. Quería que Larren se preocupase por ese historial, pero que siguiera creyendo que sólo él percibía su problema personal. Por lo que respecta a la defensa, todo debía hacer pensar que andábamos detrás de Tommy Molto. Usted actuó como si él fuera el villano que sería puesto al descubierto por el historial. Y el juez se lo tragó. Hizo lo que pudo para desviarnos por una dirección incorrecta. Que el celo de Tommy pareciera siniestro. Ridiculizó su forma de ser. Le amenazó. Le acusó de inventarse pruebas. De hacer señas a los

testigos. Pero aquello tenía doble filo. Cuanto peor era la situación de Molto, más motivaciones había para que usted investigara el historial porque empezaba a parecer probable la hipótesis de la emboscada, planeada por Molto para impedir que Sabich descubriera su retorcido pasado. Y de esta manera se iba haciendo más y más importante para Larren terminar el proceso. Nunca se arriesgaría a que usted arañara en ese historial. Larren no sabía lo que podía salir a la luz. Pero lo peor de todo, desde luego, sería que apareciese la verdad. No cabe duda de que si Molto sabía algo de los sucesos pasados, no iba a guardárselos para sí mismo. Podía reservárselo para proteger a Carolyn y su memoria, pero no para salvar el pellejo de Larren a costa del suyo propio. De esta manera, sin esperar siquiera a una moción nuestra, el magistrado Lyttle acuerda concedernos un K.O. técnico y mandarme a casa. Y, Sandy, había un hombre en la sala que sabía que esto tenía que ocurrir. Usted lo sabía desde el principio.

Los ojos de Stern son grandes y limpios de un marrón sombrío.

—¿Me juzga usted con tanta dureza, Rusty?

—No. Comparto la interpretación de Stern. Nadie está por encima de la tentación.

Sandy sonríe ante esto, pero de una forma un tanto triste.

—Así es —me dice.

—Pero la tolerancia no significa una carencia de ética. Sé que parezco el ingrato más grande del mundo, pero no lo apruebo.

—No actuaba en beneficio propio, Rusty —dice Stern, mirándome de ese modo que ya me es familiar, con la barbilla inclinada para poder observarme por debajo de sus arqueadas cejas—. Era una situación en la cual yo, nosotros nos vimos implicados. Yo no la creé. Mi recuerdo de ciertos asuntos que tratamos se avivaba a medida que profundizábamos en ellos. Al principio la tomé con Molto, porque era un blanco más fácil que Della Guardia. Era necesario desarrollar el tema de las pasadas rivalidades de algún modo. Y cuando recordé otra serie de cosas, fue necesario hacer una remodelación del caso en la forma que ha mencionado usted. Pero no quería coaccionar al magistrado. Por esa razón hice de Molto nuestra cabeza de turco. Para que el magistrado Lyttle no se sintiera impelido a hacer algo mezquino. ¿Era consciente de que esto podría crear en Larren ciertas presiones soterradas? —Stern hace un gesto, casi sonríe. De nuevo su misteriosa mirada latina, utilizada en esta ocasión como una forma de asentimiento, renuente si bien filosófica—. Como usted ha dicho, es cierto

que detecté un punto vulnerable. Pero creo que, sobre todas las cosas, en su análisis me supone usted una mente intrincada de tal categoría que ningún ser humano posee, y desde luego yo no. Hice ciertos juicios en el momento. No era una ruta preestablecida, siguió siendo una cuestión de intuición y estimación durante todo el proceso.

—Será para siempre un interrogante en mi vida. Este resultado.

—Eso sería inapropiado, Rusty. Comprendo su preocupación. Pero me lo pensaría dos veces antes de adoptar esa visión de la decisión final del juez; su forma de enfocar este caso fue, creo yo, imparcial en su conjunto. No cabe duda de que si hubiera buscado una forma conveniente de terminar los procedimientos, habría prohibido al ministerio fiscal ofrecer el testimonio de las huellas dactilares en ausencia del vaso. Incluso Della Guardia, a pesar de estar defraudado, confesó que la actuación del magistrado en la sesión de hoy estaba dentro de los legítimos poderes discrecionales de un juez. ¿Cree usted que Della Guardia hubiese hecho ese bello gesto si la decisión de Larren careciese de fundamento? La decisión del magistrado fue justa. Y aun si él no la hubiera tomado, de todas maneras habría usted sido absuelto. ¿No es eso lo que han dicho los miembros del jurado a la prensa?

En efecto, eso informan los periódicos. Tres miembros del jurado dijeron a los periodistas en las escaleras del juzgado que no hubieran votado mi culpabilidad. Pero Sandy y yo sabemos cuan poco valen las opiniones de tres hombres de la calle que han oído que el juez instructor da el caso por concluido. Y además, su opinión no basta para clarificar lo que las otras nueve personas hubieran decidido.

Stern continua:

—Como digo, yo formulé juicios. Si retrospectivamente alguno de nosotros los considerara cuestionables, entonces eso sería una carga sobre mi conciencia, no sobre la suya. Su obligación es aceptar su buena fortuna cara a cara, sin preguntarse qué puede haber debajo de eso. Este es el significado legal de una exculpación. El caso ha quedado enteramente resuelto. Debe seguir adelante. Se sobrepondrá a esta sombra en su carrera. Es usted un abogado con talento, Rusty. Siempre le consideraré como uno de los mejores fiscales de Horgan, probablemente el mejor. Me desilusionó bastante que Raymond careciera de la suficiente sensibilidad para apartarse a un lado e intentar hacer los arreglos políticos pertinentes para que usted le sucediera.

Ante eso, sonrío. Ahora sé que lo peor ha pasado. Llevaba sin oír esa copla muchos meses.

—Creo que le irá bien, Rusty. Tengo esa intuición.

Por mi parte la sensación que tengo es que Sandy está a punto de decir algo lamentable; incluso que quizá me haya beneficiado de esta experiencia. Le evito el mal trago. Recojo mi portafolios, que había dejado ahí. Stern me acompaña a la puerta. Nos detenemos en el umbral. Nos damos la mano y prometemos seguir en comunicación, aunque los dos sabemos que en el futuro tendremos muy poco que decirnos el uno al otro.

OTOÑO

CAPÍTULO 37

Es preciso ser poeta para escribir sobre la libertad. Esa cosa dulce y estimulante. En mi vida no he conocido un éxtasis tan apacible y completo como los instantes de delicia escalofriante que siento. Cada vez que me percato de que este peligro ha quedado atrás. Acabado. Concluido. Fueran cuales fueran las consecuencias colaterales o las burlas que otros puedan infligirme a la cara o, más probablemente, a mis espaldas, el terror ha acabado. Las muchas madrugadas que pasé sin dormir intentando catapultarme por delante del tiempo, viéndome a mí mismo embarcado en una tarea monótona durante el día y después trabajando por la noche como la mitad de mis compañeros en mi infinito rosario de peticiones de *habeas corpus* y, finalmente, las terribles horas de duermevela en las galerías de alguna prisión, esperando cualquier terror perverso que la noche pudiera deparar... ese horror ha pasado. Y con una sensación de alivio merecido. Todos los pecados de mi vida parecen realmente expiados. Mi sociedad me ha juzgado; no ha sido necesario el castigo. Todas las pringosas frases hechas tienen razón: se me ha quitado de encima un enorme peso; me siento como si pudiera volar, como un millonario, como un gigante. Me siento libre.

Y después, desde luego la sombra se desplaza y pienso en todo lo que he tenido que pasar con enorme rabia y amargura. Un descenso galopante hacia la depresión. Como fiscal he perdido casos, naturalmente, más de los que quisiera, y he tenido la oportunidad de observar al acusado exculpado en el instante de la victoria. La mayoría llora. Cuanto más culpables, más lloran. Siempre creí que era de alivio y de culpabilidad. Pero es, se lo puedo asegurar, por la incredulidad de pensar que esta prueba rigurosa, este — piense en la palabra— proceso lo has sufrido sin otra aparente finalidad que para tu desgracia, para que te cause un daño irreparable.

El regreso a la vida es lento. Una isla en la que sopla una brisa suave. Los dos primeros días, el teléfono no paró de sonar. No deja de sorprenderme cómo la gente que no me habló durante cuatro meses pueda imaginarme dispuesto a aceptar sus felicitaciones elocuentes pero poco sinceras. Pero llaman. Y soy lo bastante calculador para saber que quizá tenga necesidad de ellos otra vez y acepto sus buenos deseos con cierto aplomo. Pero la mayor parte del tiempo lo paso solo. Me vence el deseo de estar al aire de este

verano que se acaba y del otoño que se apunta. Un día, espero a Nat a la salida de la escuela y nos vamos a pescar en una canoa. El día pasa y no creo que hayamos cruzado una palabra. Pero estoy contento de andar con mi hijo y creo que él lo sabe. Otros días paseo por el bosque muy lentamente y empiezo a ver las cosas y, por lo tanto, a darme cuenta de que antes no las veía. Mi vida durante cuatro meses ha sido un aluvión, una incesante tormenta de sentimientos tan salvajes que nada existía fuera de ella. Cada aspecto se presentó a mi imaginación con un efecto ciclónico en mi interior, que ahora gradualmente se va apaciguando y que con el tiempo sé que volverá a requerir movimiento.

De momento estoy en casa. Mis vecinos dicen que debería escribir un libro, pero no estoy preparado todavía para embarcarme en ninguna empresa. En seguida me he dado cuenta de que Barbara encuentra mi presencia desconcertante. Su irritación conmigo, ausente durante tanto tiempo, ha regresado ahora con una forma peculiar. Se siente claramente incapaz de hablar con libertad y, como resultado de ello, parece incluso más reconcentrada que antes. La sorprende mirándome con una mirada intensa, molesta y creo que nerviosa.

—¿Qué? —pregunto. Su barbilla se alza con aire de desaprobación. Suspira. Se va.

—¿Vas a volver a trabajar alguna vez? —me pregunta un día—. No puedo hacer nada contigo revoloteando por todas partes.

—No te molesto.

—Me distraes.

—Sentado en el salón o trabajando en el jardín —reconozco que estoy intentando provocarla.

Ella alza los ojos al cielo y se marcha. Ahora nunca muerde el señuelo. Esta batalla, que lo es, debe ser librada en silencio.

Es verdad que no hago el menor esfuerzo para asegurarme un empleo. Continúan llegándome los cheques de la oficina del fiscal general cada dos semanas. Della Guardia, desde luego, no tiene un motivo justificado para echarme y sería un descalabro si volviera a la oficina. Nico está sitiado por la prensa. Los reportajes nacionales han aumentado el lógico apuro local. Lo que normalmente debería haber pasado por incompetencia en la administración de los asuntos del Condado, se ha magnificado hasta convertirse en un escándalo, por la atención recibida «de costa a costa». Nico Della Guardia ha conseguido que los del Condado de Kindle parezcamos

ignorantes bufones de una región apartada a los ojos del mundo. Los editorialistas e incluso algunos políticos locales del partido de la oposición exigen que Nico nombre a un fiscal especial para investigar a Tommy Molto. La Asociación de Abogados local ha abierto una encuesta para determinar si se debería expulsar a Tommy; la creencia popular es que Nico, en su ambición para catapultarse a la alcaldía, presionó demasiado y que, para satisfacerle, Molto creó indicios ayudado por Kumagai Sin-Dolor. La exculpación solicitada en el último momento por Nico se interpreta en general como una confesión; sólo en contadas ocasiones se sugieren otras motivaciones. Leí un artículo en un dominical firmado por Stew Dubinsky que hace referencia al historial S y al ambiente que existía en el juzgado Norte durante aquellos años. Pero no tuvo continuación. Sea cual sea el pensamiento general, no me siento predispuesto a rectificarlo. No exculparé a Nico, ni a Tommy, ni a Sin-Dolor. No siento deseos de decir lo que sé: que era mi semen el que se extrajo del cuerpo de Carolyn; que seguramente eran mis huellas las que se encontraron en el vaso de su apartamento, que los hilos de alfombra allí recogidos eran de mi casa, que las llamadas de los informes se hicieron desde mi teléfono. Nunca seré capaz de hacer frente a los costes de tales admisiones. Y hay una despiadada justicia en esto. Dejen que Tommy Molto disfrute la experiencia de intentar refutar lo que las circunstancias hacen parecer obvio. Yo acepto los cheques.

Ha sido el último acto de Mac como ayudante encargada de los asuntos administrativos de la oficina del fiscal, antes de pasar a la judicatura: negociar una fecha tope para estos cobros. Nico sugirió seis meses más. Yo pedí un año adicional como reparación. Nueve meses es el trato final. En la conversación definitiva sobre este tema, Mac aprovecha para honrar nuestra amistad pidiéndome que hable en su toma de posesión. Este será mi primer acto público. Ed Mumphrey, que preside la ceremonia en el juzgado, me presenta como un hombre que sabe mucho sobre la justicia. Y las trescientas o cuatrocientas personas que se han congregado para ver a Mac convertirse en juez se ponen en pie y me aplauden. Ahora soy un héroe local. El Dreyfus del Condado de Kindle. Y en parte lamentan el placer que sintieron al verme expoliado. No me es posible olvidar lo fuera de lugar que todavía me siento en sociedad. El proceso sigue creando una concha a mi alrededor. No puedo salir de ella.

Al ser yo uno de los tres ponentes en la ceremonia, Nico no está presente. Pero Horgan no podía dejar de acudir. Intento evitarle, pero más

tarde, en medio del jaleo del aperitivo servido en la mesa del hotel, siento una mano en el brazo.

Raymond me brinda una sonrisa aduladora. Pero no se arriesga a ofrecerme la mano.

—¿Qué tal te va? —pregunta, todo buenas intenciones.

—Estoy bien.

—Deberíamos almorzar juntos.

—Raymond, no volveré a hacer nada en mi vida que tú digas que debo hacer —me doy la vuelta, pero él me sigue.

—Me he expresado mal. Te agradecería mucho, Rusty, que almorzaras conmigo. Por favor.

Viejos afectos. Viejas relaciones. Tan difíciles de romper, porque ¿qué otras cosas tenemos? Concertamos un día y me voy.

Me reúno con Raymond en su despacho y sugiere que nos quedemos si a mí no me importa. A los dos nos conviene no aparecer en la columna de cotilleos, «Yo en la ciudad», en la que se relate cómo Ray H. y su absuelto ayudante en jefe enterraron el hacha de la guerra en un chuletón del Satinay's. Raymond ha encargado el almuerzo. Comemos la *Rémoulade* de gambas, solos en la enorme sala de reuniones sobre esa mesa de piedra, al parecer labrada en un único bloque de diez metros, pulida y colocada allí como un objeto de subasta para los capitanes de la industria. Raymond hace las preguntas obligadas sobre Barbara y Nat y habla sobre su nuevo despacho. Pregunta por mí.

—No volveré a ser el mismo —le digo.

—Me lo imagino.

—Dudo que puedas hacerlo.

—¿Estás esperando que te ofrezca disculpas?

—No tienes por qué. En cualquier caso no me serviría de nada.

—¿Así que no quieres que te diga que lo siento?

—Ya he dejado de darte consejos sobre cómo debes comportarte, Raymond.

—Porque es la verdad.

Raymond no pierde bocado. Tenía previsto encontrar cierto rencor.

—¿Sabes por qué lo siento? Porque Nico y Tommy me hicieron creerlo. Ni se me pasó por la imaginación que pudieran haber estado jodiendo con las pruebas. Supuse que actuaban como se les había enseñado. Van a revocar su nombramiento, ¿sabes? El de Della Guardia. Van a intentarlo. Ya hay

peticiones circulando por ahí.

Yo asiento. He leído otro tanto. Nico anunció la semana pasada que no había motivo para nombrar a un fiscal especial. Expresó su confianza en Molto. Los editorialistas de los periódicos y de las televisiones volvieron a ponerle en la picota. Un diputado ha presentado una interpelación en el parlamento estatal. Se ha corrido un tupido velo sobre la noticia de la semana.

—¿Sabes cuál es el problema de Nico, verdad? Bolcarro. Bolcarro no volverá a darle otra oportunidad. Y respecto a este caso, Augie no va a mover un dedo. Nico va a tener que hacerlo solito. Bolcarro sabe que ha tendido una mano a Nico y que éste se la ha devuelto presentándose como candidato a alcalde. ¿Te suena familiar?

Yo contesto:

—¡Aja! —quiero parecer aburrido. Petulante. He venido a hacer patente mi disgusto. Me prometí a mí mismo no preocuparme por lo bajo que pueda caer. Me apetece insultarle y lo haré. Pegarle derechazos. Dar un manotazo a la comida. No habrá límites de ninguna clase.

—Mira —dice de repente—, ponte en mi lugar. Este asunto fue duro para todos.

—Raymond —le digo—. ¿Qué cojones me hiciste a mí que me estuve tragando tu mierda durante doce años?

—Lo sé.

—Y fuiste allí a clavarme un hacha.

—Te lo he dicho, Nico me persuadió. Y una vez que lo crees, te conviertes en una especie de víctima de toda la historia.

—¡Vete a tomar por culo! —digo—. Y después, que vuelvan a darte otra vez.

Me limpio los labios con la servilleta de lino. No hago ningún ademán de marcharme. Esto no es más que el principio. Raymond me observa, la amargura y la consternación aparecen en su rubicunda cara. Finalmente, aclara la garganta e intenta cambiar de tema.

—¿Qué vas a hacer, Rusty, con tu carrera?

—No tengo ni idea.

—Quiero que sepas que te ayudaré en todo lo que pueda. Si quieres, veré lo que hay disponible aquí. ¿Hay algo que te interese especialmente en lo que yo pueda echar una mano? Haré todo lo que pueda.

—El único trabajo aparte de la oficina del fiscal que me apetece es algo que tú mencionaste... ser juez. ¿Crees que podrías hacerlo? ¿Crees que

podrías devolverme la vida que tenía? —le miro fijamente; intento que comprenda que este desgarrón no tiene compostura. Mi tono es sardónico.

Ningún candidato a juez puede aportar el bagaje de una acusación por asesinato. Pero Raymond no titubea.

—De acuerdo —dice—. ¿Quieres que explore eso, a ver si te encuentro un hueco?

—Estás lleno de mierda, Raymond. Ya no tienes esa clase de influencia.

—Quizá te equivoques, amigo mío. Augie Bolcarro piensa que soy su mejor amigo. En el mismo instante que me quitó de en medio, decidió que podría serle útil. Me consulta dos veces por semana. En serio. Me tiene por un veterano estadista. ¿No te parece bastante? Si quieres hablaré con él. O puedo hacer que Larren hable con él.

—No hagas eso —le digo rápidamente—. No quiero tu ayuda ni la suya tampoco.

—¿Qué pasa con Larren? Suponía que adorarías a ese tío.

—Es amigo tuyo, para empezar.

Horgan se ríe.

—Chico, has venido aquí con una idea fija en la cabeza, ¿verdad? Quieres mearme entero — Raymond aparta su plato—. ¿Quieres devolverme doce años en cinco minutos? Vale, empieza. Pero escúchame, yo no te prepararé la emboscada. ¿Quieres vengarte de alguien? Tommy se lo tiene merecido. Y Nico también, hasta donde yo sé. Únete a la masa. Si quieres estoy seguro de que puedes ponerte en contacto con la Asociación de Abogados. Te colocarán en primera fila y podrás hacer escarnio público de los dos.

—Ya me han llamado. Les contesté que no tenía nada que decir.

—¿Y por qué a mí, eh? Quizá no te guste ahora mi actitud, Rusty, pero cuando estuve en el banco de los testigos no dije ni una maldita cosa que no hubiera sucedido. Y lo sabes, hermano.

—Me mentiste, Raymond.

—¿Cuándo? —por primera vez, parece sorprendido.

—Cuando me diste el historial S. Cuando me dijiste que Carolyn lo había solicitado. Cuando me dijiste que era una alegación falsa.

—¡Ah! —dice Horgan lentamente. Tarda un momento en encajarlo pero no se acobarda. Raymond Horgan, como siempre supe, es un duro—. Vale. Ahora lo entiendo. Un pajarito te ha estado contando cuentos, ¿verdad?, ¿quién fue? ¿Lionel Kenneally? Siempre fue tu estúpido contacto. Sabes, hay

unas cuantas cosas que te gustaría oír sobre él también. Nadie es un héroe, Rusty. ¿Es eso lo que te escuece? De acuerdo. Yo no soy un héroe. Algunos otros tampoco lo fueron. Pero no tiene nada que ver con que a ti se te acusase de asesinato —me señala con el dedo, todavía altivo.

—¿Y que yo tuviera un juicio justo, Raymond? ¿Tampoco tiene nada que ver? ¿Sabías seguro que Larren no iba a utilizarme para mantener eso en secreto?

—Él no es de ese estilo.

—¿De qué estilo? Si fue un tío que se vendió. Corta el rollo. Lo único que le importaba a él, y a ti, si nos ponemos así, era asegurarse de que nadie lo descubriera. Te voy a preguntar una cosa, Raymond. ¿Cómo es que mi caso llegó a manos de Larren? ¿Quién llamó a Ed Mumphrey?

—Nadie le llamó.

—Fue pura casualidad, ¿eh?

—Por lo que yo sé.

—¿No se lo preguntaste?

—Larren y yo no hemos hablado nunca de tu caso. Jamás. Ni una sola vez que yo recuerde. Yo era su testigo y, por extraño que te parezca, nos portamos como Dios manda. Mira —dice—, sé lo que piensas. Sé cómo suena. Pero, Rusty, estás diciendo tonterías. Es algo que le sucedió a ese tío hace nueve años; en un momento en que tenía la cabeza completamente metida en el culo.

—¿Cómo sucedió, Raymond? —le pregunto; por un momento, mi curiosidad supera mi rabia.

—Rusty, no sé qué cojones pasó. Sólo hablé con él de esto en una ocasión. Y la conversación no duró más de lo imprescindible. Entonces estaba bebido casi todo el tiempo. Ya sabes, ella era la auxiliar. Los que estaban bajo fianza le contarían su triste historia y ella empezaría a dejar caer ciertas alusiones ante el juez. Y él se dejó llevar. Estoy seguro de que creía que así ella estaría más dispuesta a dejarse levantar las faldas. Un día, uno de los tipos a los que Carolyn había ayudado le viene con un billete de los grandes para recompensar sus molestias. Ella se lo enseña a Larren para tomar juntos una decisión. Le parece divertido. Y a ella también. Salen y se lo gastan en una cena. Una cosa lleva a la otra. Supongo que lo pasaron en grande. El siempre creyó que no era más que una travesura fraternal. Los dos lo creían.

—¿Y tú la contrataste a ella, sabiéndolo?

—Rusty, sí, ésa fue la razón para contratarla. Larren me contaba todas esas cursiladas sobre lo apurada que estaba para costearse los estudios y encargarse de vigilar once casos al año como auxiliar. Yo le dije, de acuerdo, le doblaré el sueldo, pero tenéis que acabar con esa mierda de una vez. Pensé dejarla allí como ayudante, nadie quería ese puesto. Y con otros dos ayudantes para vigilarla, qué podía hacer ella. Y así fue, al final se comprobó que había hecho un trabajo de puta madre. No era muy mirada en cuestión de principios, pero la señora tenía mucho talento. Conseguí trasladar a Larren al centro. Actuó con verdadera distinción. Me iré a la tumba creyéndolo. Nadie será capaz de mermar mi estima en la integridad de Larren cuando se ocupa de un delito muy grave. Un año más tarde, ambos eran tan respetables que ni siquiera se hablaban el uno al otro. Si ella llegó a intercambiar diez palabras con Larren en el transcurso de los últimos cinco o seis años, me quedaría muy sorprendido. Y, ¿sabes qué?, a medida que pasaba el tiempo me di cuenta de lo que él había visto en ella. Y ya conoces las consecuencias.

Esto, desde luego, es la respuesta a lo que no entendía la primavera pasada. Por qué Carolyn se acercó a mí y no a Raymond cuando percibió el posible vacío en la jefatura de la oficina. No era por mi virilidad, ni por mi piel morena. Yo estaba más crudo, no era ni remotamente tan sabio como él. Probablemente, se imaginó que Raymond se mostraría más receloso. Al menos, tenía motivo para serlo; quizás, incluso, la rechazó. Quizás ésa sea la razón por la que ella no logró lo que quería, ni Raymond dio muestras de haber sufrido. El la vio venir. Sabía lo que buscaba.

—Bueno, ¿qué te parece? —digo—. Todo arreglado.

Y entonces recibes aquella carta anónima. Y se la das a ella para que la quite de la circulación.

—No, señor. De ninguna manera. Se la di para que lo investigara y le advertí que en cualquier momento alguien podría ponerse a fisgarlo todo. Eso le dije. ¿Qué quieres de mí, Rusty? Yo estaba saliendo con la chica, entonces. ¿Quieres que finja? Si hubiese sido tan canalla, habría hecho lo que tú has dicho. La habría hecho añicos.

Lo niego con la cabeza. Los dos sabemos que es demasiado cuidadoso para hacer algo así. No se sabe quién puede ir buscando la carta. Es el tipo de enredo del que un Medici como Raymond sabe que hay que desprenderse. Y con instrucciones concretas para que no vuelva a sus manos. Muy ingenioso. Investigarlo, ver de qué va el asunto. Y se sobreentiende que si el asunto tiene que ver con Larren y contigo, debes manejarlo con mucho cuidado.

Carolyn desde luego lo intentó. Ya no tengo que discurrir quién sustrajo la ficha de arresto de León del distrito 32.

—¿Y cuando la dejaron tiesa, corriste a recuperar el expediente?

—Cuando la dejaron tiesa, como tú dices, recibí una llamada de su señoría. ¿Sabes? Cuando llegó la carta se lo conté. Y el mismo día que encontraron el cadáver me llama Larren, típico de él, siempre tan santurrón, y me dice que podría tener una cierta repercusión política y que debería ir a por él —Raymond se ríe. Él solo. Yo no relajo mi expresión severa—. Mira, Rusty, cuando tú me lo pediste te lo di.

—No tenías elección. Pero intentaste despistarme.

—Escucha, él es mi amigo.

Y la llave para el apoyo que obtiene de los negros. Si Raymond hubiera procesado a Larren Lyttle o hubiera permitido que alguien lo hiciera, lo mismo le hubiera dado presentar la dimisión que contender en la campaña de reelección. Pero no lo menciono. El asco ha conseguido, por fin, desplazar parte de mi ira.

Me levanto para marcharme.

—Rusty —me dice—. Lo que he dicho es en serio. Quiero ayudarte. Hazme una seña y haré lo que sea. Quieres que bese el culo a Augie Bolcarro en la plaza Wentham a las doce del mediodía para que te nombre juez, lo haré. Quieres trabajar en un buen bufete, pues intentaré arreglarlo también. Sé que te lo debo.

Lo que quiere decir es que desea tenerme contento. Pero su genuflexión es un mero tranquiliza-conciencias. No se puede continuar aporreando a un hombre que está de rodillas. No digo nada, pero asiento.

Raymond me acompaña por los pasillos y otra vez me enseña todo el arte moderno que adorna las paredes. Parece haber olvidado que nos dio la misma charla cuando vine acompañando a Stern. Cuando nos separamos en el ascensor, se echa hacia mí e intenta cogerme en un abrazo.

—Fue algo terrible —dice.

Yo me separo. Llego a empujarlo un poco. Pero ahora hay más gente y Horgan finge no haberse dado cuenta. Llega el ascensor. Horgan chasca los dedos. Se le ha ocurrido algo.

—¿Sabes? —dice en voz baja—, hay una cosa que me había prometido a mí mismo preguntarte hoy.

—Y ¿qué es Raymond? —pregunto, mientras entro en el ascensor.

—¿Quién la mató? Quiero decir, ¿quién piensas tú que lo hizo?

No digo nada. Permanezco impávido. Después, cuando las puertas del ascensor empiezan a cerrarse, envío a Raymond un cumplido gesto de saludo.

CAPÍTULO 38

Un día de octubre estoy trabajando en el jardín y siento una extraña conmoción. Estoy repasando la valla, quitando los postes viejos y cementando los nuevos, claveteando la malla. Por un momento contemplo la herramienta con la que estoy trabajando. Es un *comosellame*. Lo heredamos de mi suegro. A su muerte, la madre de Barbara nos trajo todo su equipo de jardinería y bricolaje. El *comosellame* es un objeto de hierro negro, una especie de cruce de martillo de orejas con palanqueta. Se puede usar para todo. La noche del 1 de abril se usó para matar a Carolyn Polhemus.

Nada más acabar el proceso, me di cuenta de que había una costra de sangre seca y un cabello rubio en el extremo de uno de sus dos dientes. Me quedé mirando el *comosellame* durante un largo rato, lo bajé al sótano y lo limpié en la pila del lavadero. Barbara bajó mientras lo hacía. Se quedó inmóvil en la escalera al verme, pero intenté parecer jovial. Abrí el grifo del agua caliente y me puse a silbar.

Desde entonces, lo he utilizado una docena de veces. No quiero poseer ningún fetiche, ni ningún tótem. Y después de un momento de reflexión, decido que no es el *comosellame* lo que me habla como un fantasma. Por el contrario mientras contemplo la hierba, las cosas y sus espinas, el huerto que esta primavera ayudé a plantar a Barbara, percibo una sensación en esta casa, en esta tierra irreversiblemente gastada y vieja. Por fin, estoy dispuesto a considerar un cambio. Encuentro a Barbara en el salón ordenando papeles. Están sobre la mesa con la misma disposición con la que mi madre ordenaba sus revistas y las fichas en su época de personaje radiofónico. Me siento al otro lado.

—Deberíamos pensar en mudarnos de casa —le digo.

Espero, desde luego, que esta concesión la haga sentirse radiante. Lleva años luchando por este traslado. Por el contrario, Barbara deja el lápiz y se echa la mano a la frente y dice:

—¡Oh, Dios!

Yo aguardo. Sé que algo horrible me va a pasar. No estoy asustado.

—No quería hablar sobre esto todavía, Rusty.

—¿Sobre qué?

—El futuro —dice y añade—. Pensé que no sería justo para ti. Tan

pronto.

—De acuerdo —digo—, te inclinas por el buen gusto. ¿Por qué no me dices lo que tienes en la cabeza?

—Rusty, no seas así.

—Soy así.

Cierra los puños.

—He aceptado un empleo para el segundo trimestre en la estatal Wayne.

La universidad estatal Wayne no está en el Condado de Kindle. La estatal Wayne está a más de seiscientos kilómetros de aquí. La estatal Wayne, si no recuerdo mal, está en una ciudad llamada Detroit.

—Detroit, ¿no?

—Sí.

—¿Me abandonas?

—No digas eso. He aceptado un trabajo. Rusty, no me gusta nada hacerte esto ahora. Pero siento que tengo que hacerlo. Mi contrato empezaba el primer trimestre. Te lo iba a decir en abril, pero entonces empezó toda esta locura —un escalofrío le recorre la cara, cierra los ojos—. En cualquier caso fueron muy amables al aplazar mi incorporación. He cambiado de idea una docena de veces. Pero he decidido que será lo mejor.

—¿Dónde va a estar Nat?

—Conmigo, desde luego —contesta ella. Su mirada, súbitamente, se ha vuelto fiera y aquilina. Sobre esto, parece decir, no debería pensar siquiera que ella pudiera transigir. Se me ocurre, como una especie de instinto burocrático, que podría ir a juicio e impedirlo. Pero de momento ya he tenido bastantes litigios. La sola idea me hace sonreír, reacción que provoca una mirada de vaga esperanza en Barbara.

—¿Qué quieres decir con que no me dejas, que sólo has aceptado un empleo? —le pregunto—. ¿Me invitas a Detroit?

—¿Vendrías?

—Quizá. No es un mal momento para empezar otra vez. Hay unas cuantas cosas desagradables que continúan rodeándome.

Barbara inmediatamente intenta corregirme. Ya ha pensado todas estas posibilidades, quizá para acallar su conciencia; tal vez porque siempre tiene esas geometrías en la cabeza.

—Tú eres un héroe —me dice Barbara—. De ti se ha escrito en el *New York Times* y en el *Washington Post*. Esperaba oírte decir en cualquier momento que te presentabas a las elecciones.

Yo me echo a reír, pero este comentario es triste, más que ninguna otra cosa que Barbara pudiera decir, porque demuestra lo alejados que estamos el uno del otro. De nuevo hemos dejado de comunicarnos. No he logrado explicarme con la suficiente claridad para que entendiera la absoluta repugnancia que siento por los acontecimientos ocurridos en nombre de la política.

—¿Te ofenderías si me trasladara a un sitio más cercano para poder ver a mi hijo? Dando por supuesto que no vamos a vivir en la misma casa. Me mira.

—No —me dice.

Contemplo la pared.

—Dios mío —pienso—. ¡Qué cosas pasan en la vida!

Y después vuelvo a pensar en cómo empezó y se consumió todo esto, como tan a menudo he hecho últimamente.

—Oh, Carolyn —pienso—. ¿Qué quería de ti? ¿Qué hice?

Pero no ignoro del todo la respuesta. Estoy a punto de cumplir los cuarenta. No puedo seguir fingiendo que el mundo me es desconocido, o que me gusta la mayor parte de las cosas que he visto. Soy el hijo de mi padre. Esa es mi herencia, la sombría certidumbre de que hay más crueldad de la que nuestro entendimiento puede comprender. No puedo pretender que mis sufrimientos hayan sido legión. Pero he visto mucho. Vi el alma coja de mi padre, lisiada por uno de los grandes crímenes de la historia. He visto el tormento y la necesidad; la rabia ciega y apasionada que provoca comportamientos desviados de muchas maneras, todas ellas horribles, en nuestras mismas calles. Como fiscal he intentado combatirlos. Declararme la espada enemiga de los espíritus mutilados que cometen sus fechorías con la fuerza y las armas pero, desde luego, me han vencido. ¿Quién puede observar este triste panorama tan negativo y mantener un aliento de optimismo? Sería más fácil si el mundo no estuviera lleno de infortunios casuales. Golan Scharf, uno de nuestros vecinos, tiene un hijo ciego de nacimiento. Mac y su marido, en un momento de diversión, torcieron una esquina y se precipitaron al río. E incluso si la suerte, y solamente la suerte, nos libra de lo peor, la vida, sin embargo, nos arrastra a muchos. Hombres jóvenes de talento presa del abatimiento se beben sus vidas. Mujeres jóvenes, llenas de esperanza, traen hijos al mundo, ensanchan las caderas y ven sucumbir su espíritu cuando la mediana edad se les va de las manos. Toda vida, como todo copo de nieve, me parecía entonces única en sus miserias y en la rareza y nimiedad

de sus placeres. Las luces se apagan, se hacen tenues. Y un alma no puede soportar tanta oscuridad. Yo fui tras Carolyn. Con toda deliberación e intencionalidad. No puedo decir que fuera un accidente ni una casualidad. Era lo que yo quería. Lo que yo quería hacer. Yo fui tras Carolyn.

Y ahora, mirando todavía a la pared, empiezo a hablar, a decir cosas que me había prometido no pronunciar jamás en voz alta.

—He pensado mucho en las razones —digo—. Aunque no creo que nadie llegue a comprenderlas del todo. Se llame como se llame esa demente mezcla de ira y locura que lleva a un ser humano a matar a un semejante no es algo fácil de comprender. Dudo que alguien pueda entenderlo en su totalidad, ni el que lo hace ni ningún otro. Yo lo he intentado. Lo he intentado de verdad. Lo primero que tengo que decir, Barbara, es que te pido perdón. Ya sé que muchos lo encontrarían ridículo. Pero debo decirlo.

—Hay otra cosa que debes saber. Tienes que creerme, nunca fue más importante para mí que tú. Nunca. Para ser completamente sincero, supongo que debía haber algo en ella que no creía poder encontrar en nadie más. Ese fue mi error. Lo admito. Pero como tú misma me dijiste, estaba obsesionado con ella. Necesitaba horas para explicarlo. Ella tenía ese poder; yo, esa debilidad. Pero de sobra sé que me hubiera costado mucho tiempo tenerla para mí, quizá jamás la hubiera conseguido en tanto ella siguiera rondando por ahí. Esto no es una excusa ni una justificación. No pretendo que lo parezca. Pero creo que ambos debemos tener en cuenta las circunstancias.

—Supuse que no haría bien a nadie hablar sobre esto. Y asumí también que tú lo habías pensado. Lo que pasó, pasó. Pero, naturalmente, he pasado mucho tiempo intentando descubrir lo sucedido. Difícilmente hubiera podido evitarlo. Adivino que todo fiscal sabe que se vive más cerca del verdadero mal de lo que nos gustaría creer. La fantasía es mucho más peligrosa de lo que la gente reconoce. Se tiene una idea, se elabora un plan cuidadosamente. Pensar en ello se va convirtiendo en algo estimulante. Nos cautiva y nos sobrecoge. Se van pergeñando todos los detalles. Damos un primer paso hacia su realización y eso también es estimulante. Y continuamos. Y, de esta manera, hemos llegado, por fin, al límite, repitiéndonos que aún no se ha hecho ningún mal. Ya sólo resta un momento extraordinario en el que, colmado de excitación, de la sensación de vuelo libre, la cosa ocurre.

Vuelvo ahora la mirada. Barbara está de pie, detrás de su silla. Hay alarma en su mirada, como cabría esperar. Sin duda nunca esperó oír esto. Pero yo continúo.

—Como te decía, jamás pensé en hablarte sobre esto. Pero ahora lo he sacado porque creo que de una vez por todas esto había que decirlo en voz alta. No veas en ello ninguna amenaza. Ni siquiera un atisbo de amenaza. Sólo Dios sabe lo que alguien en tu lugar puede pensar, Barbara, pero no existe ninguna amenaza. Sólo quiero poner las cartas sobre la mesa. Para que no haya dudas sobre lo que el otro piensa o sabe. No quiero que sea un factor influyente en lo que vayamos a hacer. Porque, aunque te sorprenda oírme decir eso y después esto otro, esperaba, supongo que la palabra es quería, quería, pues, continuar. Y por muchas razones. Nat, la primera de todas. Desde luego. Aunque también quiero minimizar el daño que ha causado a nuestras vidas. Pero, por encima de todo, no me gustaría que este acto demente quedara sin una consecuencia decente. Y, básicamente, al tratar de explicarme a mí mismo cómo y por qué esa mujer fue asesinada... por poco que intervengan los impulsos racionales y por poco que valgan como explicación... siempre pensé, supongo, que en parte fue por nosotros. Por nosotros. Dios sabe que en gran parte fue simplemente para mi beneficio, para desquitarme, si la conciencia puede soportar estos términos. Pero pensé que parte de ello era también por nosotros. Y por eso quería contarte mis pensamientos, para ver si te dicen algo o te suponen alguna diferencia.

He terminado y me siento extrañamente satisfecho. Lo he hecho tan bien como hubiera deseado. Barbara, mi mujer, está llorando; mucho y en silencio. Mira al suelo mientras las lágrimas van cayendo sin más. Solloza y recupera el aliento.

—Rusty, no creo que valga la pena decir nada excepto que lo siento. Espero que algún día me creas. Lo siento de verdad.

—Lo comprendo —le digo—. Te creo.

—Estaba dispuesta a decir la verdad. En cualquier momento. Hasta el último minuto. Si me hubieran hecho declarar como testigo, les hubiera dicho lo que sucedió.

—También eso lo comprendo. Pero no quería que fuera así. Francamente Barbara, no hubiera servido para nada. Habría sonado a excusa desesperada. Como si estuvieras haciendo un supremo esfuerzo por salvarme. Nadie hubiera creído jamás que fuiste tú quien la mató.

Estas palabras provocan nuevas lágrimas y después, por fin, autocontrol. Está dicho y ella se siente, en alguna medida, por fin aliviada. Barbara se enjuga los ojos con el dorso de las manos. Respira profundamente. Habla mirando la mesa.

—¿Sabes cómo es sentirse loca, Rusty? ¿Completamente loca? ¿No ser capaz de comprender quién eres? Nunca te encuentras a salvo. Cada vez que das un paso, el suelo se reblandece bajo tus pies y parece que va a engullirte. No puedo seguir así. Sé que si sigo contigo no podré intentar volver a ser una persona normal. Ya sé que es horrible. Pero también es horrible para mí. No importa lo que pensara, las cosas nunca vuelven a ser como antes para nadie después de algo así. Lo mejor que puedo decir, Rusty, es que nada sucedió como yo esperaba. No me di cuenta de la realidad de todo aquello hasta el proceso. Hasta que estuve allí sentada. Cuando vi lo que te estaba sucediendo y comprendí lo mucho que lo lamentaba. No me queda nada aquí, excepto sentirme arrepentida. Y temerosa. Y, por supuesto, avergonzada. No, ésa no es la palabra. ¿Culpable? —mueve la cabeza lentamente, mirando hacia la mesa—. No existe la palabra.

—Podríamos tratar de compartir eso, ya sabes. La culpa —digo.

Aunque me pese, mi comentario tiene un cariz fantástico. Barbara emite un jadeo entrecortado. De pronto se muerde el labio. Mira hacia otro lado y, en un impulso súbito, se pone a llorar. Después vuelve a mover la cabeza.

—No creo que esté bien —dice—. El proceso terminó tal como tenía que terminar, Rusty.

Eso es todo lo que dice. Yo habría esperado algo más, pero es suficiente. A punto de salir de la habitación, se detiene, vuelve hacia mí y me deja abrazarla un momento; un momento que se prolonga mientras permanece indecisa, pero finalmente se aleja. La oigo subir las escaleras. Conozco a Barbara. Se echará en la cama y llorará un poco más. Y después volverá a levantarse. Y hará las maletas.

CAPÍTULO 39

Un día poco después de Acción de Gracias, al ir al centro para hacer las compras de Navidad, me encuentro con Nico Della Guardia andando por el bulevar Kindle. Lleva la gabardina por los hombros y el ceño fruncido. Parece que busca algo por la calle. Viene en mi dirección, pero estoy casi seguro de que no me ha visto todavía. Pienso en sortearle entrando en un edificio, no porque tema su reacción, o la mía, sino sencillamente porque creo que va a ser más fácil para los dos evitar este encuentro. Pero ya me ha visto y ahora camina deliberadamente hacia mí. No sonrío pero me ofrece su mano y yo la acepto. Durante sólo un instante me siento embargado por una terrible emoción, dolor abrasador y pena, pero pasa rápido y me quedo allí, mirando afablemente al hombre que, desde un punto de vista pragmático, intentó quitarme la vida. Un transeúnte, consciente de la trascendencia del encuentro, se vuelve a mirarnos mientras continúa su camino, pero, por lo demás, el tráfico de peatones simplemente nos ignora.

Nico me pregunta cómo estoy. Tiene el aire formal que parece haber adoptado todo el mundo últimamente, así pues, entiendo que ya lo sabe. Se lo digo de todas maneras.

—Barbara y yo nos hemos separado —le digo.

—Lo he oído —dice—. Lo siento. De verdad. El divorcio es una putada. Bueno, tú ya lo sabes. Tuviste que aguantar mis lloros. Y eso que yo no tenía un chico. Quizá lo podáis arreglar.

—Lo dudo. Nat se ha quedado conmigo de momento, pero sólo hasta que Barbara se instale en Detroit.

—Qué mal —dice—. De verdad. Qué mal.

El viejo Nico de siempre, pienso. Sigue repitiéndolo todo.

Me vuelvo para dejar que continúe su camino. Esta vez soy yo el que le ofrezco la mano. Y, cuando la estrecha, se me acerca un paso y arruga la cara, deduzco que está a punto de decirme algo doloroso.

—Yo no te tendí esa emboscada —me dice—. Sé lo que piensa la gente. Pero no le dije a nadie que amañara las pruebas. Ni a Tommy. Ni a Kumagai.

Casi doy un respingo al oír el nombre de Sin-Dolor. Ha dimitido del cuerpo de policía. No. Sólo podía alegar connivencia o incompetencia, de modo que eligió el menor, y en mi opinión el más apropiado, de los dos

males. No escamoteó la muestra de semen, desde luego, pero he llegado a la conclusión de que nadie hubiera resultado inculpado si hubiera vuelto a repasar sus notas de la autopsia. Nadie hubiera sido capaz de poner todas las piezas juntas. Tal vez Tommy también sea culpable por forzar las cosas e intentar sacar adelante un caso dudoso. Supongo que persiguiéndome creía calmar su pena o su envidia o cualquiera que fuera el sentimiento que Carolyn provocó en él e incendió sus pasiones.

Nico mientras tanto continúa, sincero como siempre.

—De verdad que no lo hice —repite—. Sé lo que piensas. Pero tengo que decírtelo. No lo hice.

—Ya sé que no lo hiciste, Delay —le digo. Y después le cuento lo que creo que sucedió en realidad—. Tú hiciste tu trabajo como creías que se te exigía. Pero te fiaste de las personas equivocadas.

Me observa.

—Bueno, es probable que no siga mucho más tiempo en mi puesto. ¿Has oído hablar de la rectificación? —pregunta. Vuelve a mirar a uno y otro lado de la calle—. Pues claro que sí. Todo el mundo lo sabe. Bueno. ¿Y qué importa? Todos dicen que mi carrera ha terminado.

No busca mi compasión. Sólo quiere hacerme saber que las olas de la calamidad se han extendido y le han barrido a él también. Carolyn nos ha arrastrado a todos al abismo en su negra vigilia. Me sorprende dándole ánimos.

—Nunca se sabe, Delay, cómo van a desenvolverse los acontecimientos. El lo niega.

—No, no —dice—. No, tú eres el héroe, yo el chivo. Es gracioso —Nico sonrío de pronto para hacer ver que también a él la idea le resulta extraña, inapropiada—. Hace un año me podrías haber vencido en las elecciones y hoy lo harías otra vez. ¿No es gracioso? —Nico Della Guardia de repente estalla en carcajadas, herido por sus propias ironías. Extiende los brazos, aquí, en medio del bulevar Kindle—. Nada ha cambiado —concluye.

CAPÍTULO 40

La habitación principal de la casa donde he vivido durante más de ocho años está en completo desorden. Hay cajas abiertas, a medio llenar, por todas partes y los objetos que ocupan las repisas y los cajones están dispersados en todas las direcciones. Se han llevado los muebles. Nunca me habían gustado mucho y Barbara los quería para su casa de las afueras de Detroit. El 2 de enero me trasladé a un apartamento en la ciudad. No está mal. El corredor de fincas me dijo que había tenido mucha suerte al encontrarlo. La casa se pondrá en alquiler. He decidido dar despacio cada paso.

Ahora que Nat se ha marchado, la labor de empaquetado parece interminable. Voy de habitación en habitación. Cada objeto me recuerda algo. Cada esquina se lleva su coeficiente de dolor y melancolía. Cuando llego al límite, me pongo a trabajar en otra parte. Pienso a menudo en mi padre y en aquella escena que le conté a Marty Polhemus, cuando encontré al viejo una semana después de la muerte de mi madre empaquetando las cosas en el piso que había abandonado algunos años antes. Estaba en camiseta recogiendo los restos de su vida adulta en baúles y cajas con aire cínico y dando patadas a los bultos para hacerse paso mientras andaba de un lugar para otro.

La semana pasada tuve noticias de Marty. Me envió una felicitación de Navidad. «Me alegro de saber que todo le ha ido bien», decía. Me reí en voz alta cuando leí su mensaje. Era un chico realmente gracioso. Tiré la tarjeta. Pero el peso de la soledad es mayor de lo que yo imaginaba. Hace dos horas, revolví todas las cajas de basura para buscar el sobre. Necesito la dirección para contestarle.

Nunca escribí a mi padre. Y, cuando se fue a Arizona, no lo volví a ver. Lo llamaba de vez en cuando, sólo porque Barbara marcaba el número y me ponía el auricular en la mano. Era tan deliberadamente comunicativo, tan reservado con los detalles de su vida, que no merecía la pena tomarse la molestia de preguntarle. Supe que vivía con una mujer y que trabajaba tres días a la semana en una tahona. De Arizona me contó que hacía calor.

Aquella mujer, Wanda, me llamó para comunicarme que había muerto; de eso hará ocho años, pero el impacto de la noticia todavía me afecta, en alguna medida. Era fuerte y recio; daba por supuesto que viviría hasta los cien años. Siempre consideré aquélla la fecha tope de mi amargura. Ya lo

habían incinerado. Wanda encontró mi número por casualidad cuando limpiaba el remolque e insistió en que fuera al oeste a arreglar el resto de sus asuntos. Barbara estaba embarazada de ocho meses y los dos consideramos aquel viaje como la imposición final de mi padre. Resultó que Wanda era de Nueva York; alta, de buen aspecto y de unos cincuenta y tantos años. No dudó en hablar mal del difunto. La verdad, me dijo cuando llegué, es que lo había dejado seis meses antes. Y que la llamaron, cuando se desplomó en la tahona, porque no sabían de nadie más a quien avisar.

—No sé por qué hago estas cosas. La verdad, tengo que confesarle —me dijo después de un par de vasos— que era un auténtico dolor.

No le pareció graciosa mi sugerencia de poner esas palabras en su lápida.

Me dejó a solas para que recogiera las cosas del remolque. En la cama había unos calcetines de hombre rojos. En la cómoda, encontré otras seis o siete docenas de calcetines. Rojos y amarillos. De rayas, de puntos, de rombos. En los últimos años de su vida, por fin, mi padre se había permitido un lujo.

Suena el timbre. Siento un súbito placer. Me gustará tener un rato de conversación con el transportista o el cartero.

—Lip —digo mientras miro a través del mosquitero de la puerta. Entra y se sacude la nieve de los pies.

—Bonito y acogedor —dice Lip, mirando a su alrededor. Desde la puerta me tiende un pequeño paquete no mucho mayor que el lazo de satén que lo ata.

—Regalo de Navidad —me dice.

—¡Qué detallazo! —exclamo—. Nunca habíamos hecho esto antes.

—Supuse que no te sentaría mal un tonificante. ¿Se fue por fin Nat?

Asiento. Ayer le llevé al aeropuerto. Dejaron que ocupara su asiento el primero. Yo quería ir con él hasta el avión, pero Nat no me lo permitió. Desde la puerta, vi cómo se marchaba con su parka azul oscuro, solo y sumido ya en sus sueños. Es hijo de su padre. No se volvió para decirme adiós. Deseé con gran intensidad volver a tener mi vida de antes.

Lip y yo nos quedamos un momento mirándonos el uno al otro. Aún no le he cogido el abrigo. ¡Dios! Es horrible y me pasa con todo el mundo, con la gente de la calle o con los que conozco bien. Me han pasado tantas cosas inesperadas. Y ¿cómo va a responder la gente? Parece que no encaja en ningún esquema conversacional establecido decir: es muy duro lo de tu

mujer, pero por lo menos no te cogieron por el asesinato.

Cuando reacciono, le ofrezco una cerveza.

—Si tú bebes... —contesta y me sigue a la cocina. También aquí la mitad de los cacharros están en cajas. Al ir a coger un vaso del armario, Lipranzer señala el paquete que he dejado sobre la mesa.

—Quiero verte abrirlo. Llevo un tiempo guardándolo para ti. Lo ha envuelto con todo cuidado.

—No había recibido nunca un regalo —digo— que tuviera estos dobleces de sábanas de hospital.

Arrebujado en una cajita blanca hay un sobre beige ribeteado con una cinta roja y blanca, que es la que se utiliza para las pruebas. Rasgo el sobre y encuentro el vaso que había desaparecido durante el proceso. El de la barra de Carolyn. Sobresaltado, lo pongo en la mesa y doy un paso atrás. Esto es algo que jamás hubiera adivinado.

Lip rebusca en el bolsillo y saca su encendedor. Coge el sobre y pone una esquina en la llama hasta tener la certeza de que se está quemando. Después, lo echa en el fregadero, el vaso me lo tiende a mí. El polvo azul antihidratante todavía lo impregna y en su superficie se perciben claramente las tres huellas, una especie de porcelana surrealista de Delft. Pongo un momento el vaso a la luz, intentando adivinar, por razones que ignoro, cuál de los diminutos entresijos de líneas es la huella de mi pulgar derecho y cuál la de mi anular, aquellos antiguos signos reveladores. Aún estoy mirando el vaso cuando empiezo a hablar con Lipranzer.

—Se me plantea una terrible disyuntiva: debería conmoverme —digo, y ahora por fin le miro a los ojos— o cabrearme.

—¿Y eso?

—Es un delito grave en este estado apropiarse de las pruebas de un crimen. Te has jugado el culo haciendo esto, Lipper.

—Nadie lo va a saber —Lip se echa la cerveza que acabo de abrir—. Además yo no he hecho nada malo. Fueron ellos los que la jodieron. ¿Recuerdas que mandaron a Schmidt para que se llevara todas las pruebas? El vaso no estaba allí. Yo se lo había bajado a Dickerman. Al día siguiente me llaman del laboratorio; ya está hecho el análisis y puedo llevarme el vaso. Cuando voy, me encuentro con que Dickerman ha firmado el resguardo: «Devuelto a Indicios.» Se supone, ya sabes, que debo volverlo a dejar allí. Sólo que no lo pongo en ningún sitio porque ya no es mi maldito caso. ¿Qué hice? Pues lo metí en un cajón. Supuse que me iban a preguntar antes o

después. Nadie lo hizo. Mientras tanto, Molto, como cualquier otro puto ayudante, firma todos los recibos que se le presentan sin cotejarlos con la prueba. Y tres meses después se encuentra con que se ha echado encima un cubo de mierda. Pero ése es su problema — Lip levanta la cerveza y se la bebe—. Nadie tenía ni puta idea de dónde había ido a parar. Cuentan historias de cómo Nico puso su oficina patas arriba. Les hizo quitar hasta los clavos de la moqueta; eso me han dicho.

Nos reímos, los dos conocemos a Nico. Cuando se excita mucho se le encienden las calvas que su poco pelo no consigue cubrir. Por alguna razón sus pecas se destacan más también. Cuando dejamos de reír se produce un silencio.

—¿Sabes por qué estoy cabreado, verdad? —le pregunto, al fin. Lip se encoge de hombros y alza el vaso.

—Pensabas que yo la había matado.

Está preparado para escuchar eso y ni parpadea. Eructa antes de contestar.

—La tía esa era una putona.

—¿Eso disculparía el que yo la matara?

—¿Lo hiciste? —pregunta Lip.

Desde luego ha venido a descubrirlo. Si sólo hubiera querido ser un hermano solidario, se hubiera llevado el vaso la última vez que fue a pescar y lo hubiera tirado a las cataratas del Crown, que con tanta majestad rugen en la región de Skageon. Pero debe de estar reconcomiéndose de curiosidad. Por eso me ha traído el vaso, para dejar claro que estamos en el mismo barco.

—¿Crees que lo hice, no?

Se bebe la cerveza.

—Es posible.

—¡Y una mierda! Te vas a jugar tú el culo por una posibilidad, como la de que haya vida en Marte.

Me mira directo a los ojos, los suyos son de un azul desvaído.

—No llevo un micrófono, ¿sabes?

—Qué me importa si lo llevas. Ya me han procesado y absuelto. Podría publicar mi confesión en el *Trib* mañana y nadie me podría volver a encausar por ese asesinato. Sólo que los dos sabemos, Lip —pego un trago a la cerveza que me he abierto—, que los asesinos nunca lo admiten, ¿verdad?

Lip busca por la cocina algo que ya no está.

—Olvídalo.

—No voy a olvidarlo. Dime sólo lo que piensas, ¿vale? Piensas que me la cargué. Un poli que lleva quince años de servicio no escamotea pruebas del caso más importante de la ciudad por deporte. ¿A que no?

—No. No es por deporte —mi amigo Dan Lipranzer me mira—. Creo que la mataste.

—¿Cómo? Supongo que lo habrás resuelto.

No duda tanto como habría pensado.

—Creo que te la cargaste por rabia. Lo demás lo hiciste para que pareciera otra cosa. No tenía mucho sentido decir que lo sentías una vez muerta.

—¿Y por qué estaba tan cabreado?

—No lo sé. ¿Quién sabe? Te engañó, ¿no?, con Raymond. Eso es suficiente para estar cabreado.

Lentamente, le quito el vaso de cerveza de la mano. Puedo notar su aprensión al hacerlo. Está esperando que se lo tire a la cara. Pero yo lo pongo en la mesa, junto al que él ha traído, el que encontraron en la barra de Carolyn, el que tiene mis huellas. Son idénticos. Después voy al armario y bajo el resto del juego hasta dejar una docena de vasos alineados en dos filas, el que tiene restos de espuma de la cerveza encabezando la fila de la izquierda y el del polvo azul la de la derecha. Lipranzer está en uno de esos raros momentos en los que no tiene ninguna de sus forzadas miradas de chico listo.

Después abro el grifo y dejo correr el agua. Espero a que se cuelen las cenizas que había en la pila y echo el detergente. Empiezo a hablar mientras lo hago.

—Imagina una mujer, Lip, amargada como muchas otras personas se amargan en la vida. Una extraña mujer, fría y con una mente matemática muy precisa. Muy introvertida. Todo se lo guarda para ella. Enfadada y deprimida. La mayor parte del tiempo está furiosamente cabreada. Con la vida, con su marido. Con el adulterio miserable y triste que éste cometió y donde él entregó todo lo que ella deseaba. Quería ser su gran pasión y él no pensaba más que en aquella sabandija manipuladora que, como cualquiera menos él podía ver, lo tenía como una diversión. Esta mujer, Lip, está enferma del espíritu y del corazón y quizá de la cabeza, si vamos a hablar claramente. Está confusa. Tiene enormes dudas sobre su matrimonio. Unos días, está convencida de que le va a dejar, otros quiere quedarse. En cualquier caso tiene que hacer algo. Todo esto la está reconcomiendo, la está matando. Y

siente un deseo, una secreta esperanza salvaje, de que la mujer con la que él se acostaba muera. Cuando su rabia llega al cénit, está dispuesta a abandonar a su marido, derrotar hacia espacios abiertos. Pero no obtendría ninguna satisfacción en ello si la otra mujer quedara con vida. Si eso sucede, el marido, estúpido sin remisión, volverá arrastrándose a su lado y conseguirá aquello que ella cree que desea. La mujer sólo puede desquitarse si la otra desaparece.

—Pero, desde luego, siempre se hiere a quien se ama. Y en sus momentos bajos, añora todo aquello que una vez tuvieron y sueña con encontrar la forma de revivir los viejos tiempos. Pero incluso en esos estados le sigue pareciendo que la vida sería mejor si la otra mujer estuviera muerta. Sin elección, él acabará por fin con su obsesión. Quizás entonces consigan recuperarse, rehacer su vida sobre el desastre.

La pila ya está llena de agua jabonosa. El polvo azul se desprende del vaso con facilidad, aunque sale un tufo sulfuroso al entrar en contacto con el agua. Cojo una toalla y lo seco. Cuando he terminado, abro una caja y empiezo a embalar el juego de vasos. Lip me ayuda. Separa las hojas de periódicos que los transportistas me han proporcionado. No dice nada aún.

—Y así pues, la idea está allí. Día tras día. La única cosa en la que piensa la esposa es en matar a la otra mujer. Tanto en el cénit de la rabia como en las mazmorras de la autocompasión, encuentra esa idea excitante.

—Y, desde luego, cuando la idea empieza a tomar forma, se introduce un nuevo dato. El marido debe saberlo. Cuando está enrabieta, cuando se encamina a la puerta, paladea la deliciosa venganza pensando que él, en su dolor, sabrá quién le ha dejado en ese estado. En momentos más dulces, cuando piensa en salvar como sea este matrimonio, desea que él aprecie este monumental acto de entrega y devoción, este esfuerzo suyo por buscar la cura milagrosa. No tendría ningún valor si él creyese que fue un accidente.

—Y eso se convierte en parte de la obsesión. Matar. Y dejar que él sepa que ella lo ha hecho. ¿Cómo iba a lograrlo? Es un magnífico rompecabezas para una mujer capaz de alcanzar los niveles más altos del pensamiento abstracto. Obviamente, ella no quiere decírselo sin más. Por una razón: la mitad del tiempo cree que no estará ya allí. Y, desde luego, en la práctica existe la posibilidad de que, por decirlo suavemente, el marido no lo apruebe. Quizá lo castigue. Ella tiene que arrebatarse esa posibilidad. ¿Y cuál es la mejor forma de hacerlo? Afortunadamente, se puede predecir casi con entera certeza que el marido será el encargado de investigar el crimen. Al jefe de la

sección de homicidios le han dado la patada. Su lugarteniente es una persona en la que nadie confía. Y el marido es el hijo predilecto del fiscal general. El será quien recoja las pruebas, él y su compañero el detective de homicidios Lipranzer. Y, a medida que avance, detalle a detalle, irá descubriendo que el presunto culpable a quien todas las pruebas apuntan es él. Desde luego, sabrá que no es verdad. Y acabará por darse cuenta de quién es porque sólo hay una persona en todo el mundo que tenga acceso a su vaso, o a su semen. Pero no podrá convencer a nadie más. Sufirá en solitario silencio cuando le abandone. O besará su mano sangrienta con renovada devoción si permanece. En el propio acto, habrá purificación y descubrimiento. Habiéndose ido la otra mujer, ella será capaz de decidir lo que quiere hacer.

—Pero debe ser un crimen que el resto del mundo considere como razonablemente irresuelto, cuando el marido se vea obligado a calificarlo así.

Debe tratarse de un crimen en el que solamente él se dé cuenta de lo ocurrido. Por eso, decide hacer que parezca una violación. Y así, continúa el plan. Algo que debe incluirse es uno de estos vasos.

Señalo a Lip el que estoy envolviendo. Está sentado en una de las sillas de la cocina, escuchando con los ojos abiertos y una mirada que transita entre el horror y la reflexión.

—Era un vaso como éste el que alzó el marido y sobre el cual se puso a llorar, la noche que le confesó su infidelidad. Aquel sapo egoísta se sentó y la destrozó contándole toda la historia, llorando amargamente porque estos vasos eran iguales a los de la otra mujer. Eso será la tarjeta de visita perfecta, la mejor forma de decírselo. Así él lo sabrá. Se bebe una cerveza una noche mientras ve un partido. Esconde el vaso. Ya tiene sus huellas dactilares.

—Y después, durante unas cuantas mañanas, recoge el líquido que sale cuando se quita el diafragma. Lo guarda en una bolsa de plástico que, imagino, conserva en la nevera del sótano durante cierto tiempo.

—Y así es cómo lo hace. El primero de abril. ¡Ja, ja! Eso le ayudará a descubrirlo. Ella hace una llamada telefónica desde su casa una hora antes del suceso. El maridito está en casa, cuidando del niño. Pero, como Nico hubiera argumentado si Stern hubiese aducido que Barbara estaba aquí cuando yo hice esa llamada, es una casa grande, se puede utilizar el teléfono en el estudio de Barbara sin que se oiga en el piso de abajo.

La silla de Lip chirría de pronto al ser arrastrada hacia atrás.

—Oye —dice—. Repite eso. ¿Quién llamó? De verdad. No lo que pensó Delay. ¿Ella?

—Sí —contesto—. En esa ocasión, fue ella.

—¿En esa ocasión?

—Sí. Antes no.

—¿Antes eras tú?

—Yo.

—Hummm —dice Lip, y sus ojos se apagan al pensar, sin duda, en aquel día de abril que le pedí un favor aparentemente inocuo, una indiscreción trivial: olvidarse de pedir las llamadas de mi casa—. Hummm.

Lip entonces se pone a reír en voz alta. Al principio no lo entiendo, pero cuando observo su mirada alegre comprendo que está satisfecho. Sólo podemos ser lo que somos. El detective Lipranzer se alegra de saber que no estaba totalmente equivocado al creerme culpable de cierta mala fe.

—¿De modo que ella llamó aquella noche?

—En efecto.

—¿Sabiendo que tú lo habías hecho anteriormente?

—No estoy seguro de eso. No podía oírme porque no había nada que oír. Pero supongo que lo sabía. Tengo esa sensación. Probablemente me dejé el listín de teléfonos de la oficina abierto por esa página alguna vez que llamé a Carolyn. Barbara suele fijarse en esas cosas. Ya sabes que es muy meticulosa con los detalles, sobre todo en casa. Puede que incluso fuera eso lo que la empujara a dar el último paso. Pero no estoy seguro. Puede haber sido una coincidencia. Tenía que ponerse en contacto con Carolyn de algún modo. No podía presentarse allí sin más.

—¿Qué supones que le dijo por teléfono?

—¿Quién sabe? Cualquier cosa. Tonterías. Le pidió que la recibiese.

—Y la mató —dice Lip.

—La mató —añado yo—. Pero no sin antes pasar por la universidad. Utilizó el ordenador. Me imagino que le soltaría un programa de devanarse los sesos. Estoy seguro de que la máquina estuvo soltando papel durante dos horas. Todos los asesinos inteligentes tienen una coartada y es de suponer que Barbara tuviera en cuenta estos detalles. Entonces va en su coche a casa de Carolyn, que la está esperando. Carolyn la deja pasar y, cuando vuelve la cabeza, Barbara con toda su sangre fría le estampa un golpe en la cabeza con un pequeño objeto, el *comosellame*, que tiene el tamaño justo para entrar en un bolso de señora. Saca una cuerda que ha traído también y la ata. Deja el vaso-tarjeta de visita en el bar.

Y entonces, con una jeringuilla y sus conocimientos de inseminación

artificial, que ha adquirido leyendo revistas, inyecta el contenido de su pequeña bolsita, llena de fluido masculino. Descorre los pestillos de puertas y ventanas antes de marcharse.

»Desde luego, los métodos de detección criminal son algo más sofisticados de lo que Barbara suponía. Hay campos enteros de las investigaciones desconocidos para ella, como los análisis del tejido. Deja rastros con los que no contaba. Restos de la moqueta de su casa, prendidos en el borde de su falda. O unos cuantos cabellos propios. Acuérdate que los de «Pelo y Fibras» ni siquiera se molestaron en identificar el pelo femenino recogido. Estoy seguro de que nunca pensó que se haría un análisis tan detallado de la muestra de semen. Y apostaría a que Barbara no había oído hablar jamás de los informes de la compañía de teléfonos y quedó sorprendida cuando descubrió que su llamada desde nuestro teléfono a primera hora de la noche había sido localizada. Dejó más flechas señalándola de lo que tenía previsto. Como lo de la tercera huella dactilar del vaso, probablemente un momento de descuido. Y desde luego, ninguno de nosotros podía imaginar que Carolyn tuviera ligadas las trompas.

—Existe una dificultad, desde luego. La vida no parece seguir las reglas invariables de las matemáticas. Los acontecimientos no siguen el rumbo que ella había previsto. Molto está pendiente de la investigación. Recoge todo aquello que ella nunca pensó en dejarse y cosas como las huellas dactilares, que ella se imaginó que yo escondería debajo de la alfombra. Las cosas se ponen muy negras para el maridito. El mundo se le derrumba a su alrededor. Parece estar completamente desconcertado. Puede que ni siquiera sepa quién le tendió la emboscada. Y ahora, ella se ve en el lugar donde jamás pensó encontrarse: siente lástima por él, ha sufrido hasta extremos más allá de los cuales ella intentó que llegara, y, a la fría luz de la realidad, se siente llena de vergüenza; lo mimma, a lo largo de su vía crucis. Está dispuesta a salvarle en cualquier momento, revelando la verdad de los hechos, hasta que afortunadamente se hace innecesario. Pero desde luego no hay final feliz. Esta historia es una tragedia. Las cosas van mejor ahora entre el marido y la mujer. Han redescubierto la pasión y la amabilidad. Pero ahora, el delito se interpone entre ellos. Hay cosas que él no puede decirle a ella. Cosas que ella no le puede decir a él. Y lo que es peor, ella no puede soportar su propia culpabilidad, o el recuerdo de su locura.

Cuando termino mi relato miro a Lip. Y Lip me mira a mí. Le pregunto si quiere otra cerveza.

—No señor —dice—. Necesito un whisky.

Se levanta a lavar el vaso. Lo guarda en la caja con los otros once. Sujeta la caja mientras yo le pego el celo.

Le sirvo el trago y él empieza a bebérselo de pie.

—¿Cuándo lo descubriste todo? —pregunta.

—¿El cuadro completo? Fui recogiendo fragmentos cada día. Ha habido ocasiones en que no he hecho otra cosa que sentarme en la oscuridad, mientras Nat dormía, e ir reconstruyendo los detalles. Una y otra vez.

—Pero, ¿cuándo descubriste lo que había pasado?

—¿Cuándo supe que ella se había cargado a Carolyn? Se me pasó por la cabeza cuando me enteré de que se había hecho una llamada desde aquí la noche del asesinato. Pero pensé que Tommy había amañado los listados de la compañía de teléfonos. No lo supe realmente hasta que volví a ver los vasos en el apartamento de Carolyn y me di cuenta de que no faltaba ninguno de los suyos.

Lip hace un ruido con la boca, demasiado irónico para calificarlo de gruñido.

—¿Y cómo te sentiste al saberlo?

—Extraño —muevo la cabeza—. Ya sabes. La miraba. Ella estaba ahí preparando la cena para mí. Para Nat. Tocándome, maldita sea. Entonces, lo vi todo claro. Estaba completamente loco. No podía creerlo. Durante varios días no pude creerlo. A veces estaba seguro de que Tommy lo había preparado todo y que hacerme pensar que había sido Barbara formaba parte de su plan. Lo pensé muchas veces. Me hubiera encantado oír a León cargarle el mochuelo a Molto. Pero, al final, cuando supe de qué se trataba no sentí la más mínima sorpresa.

—¿Te gustaría freirla?

Hago una mueca. Niego lentamente con la cabeza.

—No puedo, Lip. No puedo hacerle eso a Nat. Todos hemos tenido ya más que suficiente. No podría soportarlo. Es más de lo que debo a nadie.

—¿Y no te preocupa el niño? ¿Que esté con ella?

—No —contesto—. Eso no. Eso es lo único que no me preocupa. Barbara está mejor con él. Le sirve de sostén. Necesita a alguien que la quiera de verdad. Y Nat la quiere. Siempre he sabido que no podía separarlos, sería lo peor que podría hacerles a cualquiera de los dos.

—Al menos no tengo que preguntarte por qué la has echado — Lip vuelve a hacer el mismo sonido con la boca—. Vaya.

Me he sentado en la silla que antes ocupara Lip. Estoy, pues, en medio de la habitación, solo, mientras hablo.

—Te voy a decir algo que te va a volar los sesos: ha sido ella la que se ha dado el bote. Yo no le pedí que se fuera. Supongo que dentro de seis meses me hubiera despertado una noche y la hubiera estrangulado. Pero tenía intención de intentar la reconciliación. Quería hacerlo, de verdad. Y por muy loca que esté, salvaje y desquiciada, y por mucho que se mire por un lado o por otro, habrá que seguir admitiendo que lo hizo por mí. Y desde luego, no sin amor. Sino por él. No digo que estemos empatados, pero ambos teníamos algo que hacemos perdonar.

Lip se ríe de eso.

—Chico —dice—, desde luego, lo llevas claro con las mujeres.

—¿Crees que no estaba en mis cabales por quedarme con ella?

—¿Quieres saber mi opinión?

—Eso parece.

—Estás mejor sin ella. Das demasiado crédito a su forma de ser. Hay demasiadas coincidencias.

—¿Qué quieres decir?

—En tu forma de enfocar el asunto.

—¿Por ejemplo?

—Tus huellas. Estaban en el vaso, ¿no?

—En efecto.

—¿Y tú eras el único que iba a saberlo? No puedes hacer la identificación tu solito. Tienes que encargársela al laboratorio. Y eso significa que alguien más tendría tu nombre.

—Sí. Pero yo soy un genio. Se supone que debía reconocer el vaso y no pedir que tomaran las huellas digitales.

—¿No pedir las huellas digitales en un caso de homicidio tan importante?

Tardo un poco en contestar.

—A lo mejor no sabía que podía hacerse una identificación con láser.

Mis huellas estaban ahí sólo para evitar que la dejara en la estacada.

—Claro —dice Lip—. Y mientras tanto el laboratorio está comprobándolas y sacando sus conclusiones. Además, tienen las fibras de tu moqueta.

—Nadie relaciona eso conmigo.

—¿Y los registros de las llamadas telefónicas? ¿Qué pasa si a alguien le

da por mirarlos? Tú mismo has dicho que probablemente ella sabía que habías utilizado este teléfono para llamar a Carolyn. ¿Por qué llamarla desde aquí, mientras tú rondabas por la casa? ¿Por qué correr ese riesgo y no utilizar un teléfono público? ¿Crees que no estaba enterada de los registros de la compañía telefónica? ¿Ni de las fibras? ¿Ni de a quién se le toman las huellas para los archivos? ¿Después de doce años oyéndote hablar de esas historias? —Lip apura el resto de su whisky—. Me parece, viejo, que tus deducciones no son válidas.

—¿No? ¿Y tú qué piensas?

—Pienso que quería ver muerta a Carolyn y a ti en la picota por hacerlo. Para mí que la única cosa con la que ella no contaba era que te salvaras. O quizá dos cosas.

Lipranzer agarra una de las sillas de la cocina y se sienta en ella a caballo. Ahora estamos cara a cara.

—Seguro que se llevó un susto cuando acabaste por encargarte de esta investigación. Eso es algo que ella no podía ni imaginar. Eres el ayudante jefe del fiscal. No andas por ahí ocupándote de homicidios. No tienes tiempo para eso. Tienes que encargarte de la maldita oficina mientras Horgan trata de salvar el culo. Lo único que podía saber es que Raymond estaría acojonado y querría llevar este asunto en familia, bajo su estricto control. Cualquiera que conociese a Raymond estaría condenadamente seguro de que el caso se asignaría a un policía del comando especial. Creo que esperaba que algún detective despierto te buscara las cosquillas. Alguien que desconfiara de tantas ventanas y puertas abiertas, que leyera el informe del frotis vaginal y se diese cuenta de que estaba amañado, alguien que buscara a un tipo realmente listo que supiese cómo hacerlo. Ella contaba con eso, con alguien que te conociese bien. Alguien que te acompañase a la Cruz Roja y conociese tu grupo sanguíneo. Que quizá te conociese tan bien como para sospechar que andabas rondando a cierta dama muerta. Que supiese de qué color era la moqueta de tu casa —de pronto, Lip bosteza aparatosamente y mira hacia el salón—. Sí, cuando viniese a buscarte con las esposas, terminaría de clavarse el cuchillo. Eso es lo que pienso.

—Es posible —digo pasado un momento—. He pensado en ello. Pero ella me dijo que las cosas no habían salido como esperaba.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que no te habían achicharrado? No esperarías oír otra cosa que no fueran flores: yo te habría salvado, cariño, si fuera necesario. ¿Qué harías tú? Decir: adelante. Entrégame.

—No lo sé, Lip —le miro y le aprieto suavemente el hombro—. Hace quince minutos creías que era yo quien la había matado.

Me responde con el mismo sonido de antes.

—No lo sé —digo otra vez—. Sólo sé dos cosas. Ella lo hizo. Y lo ha lamentado. Nunca dejaré de creer que lo ha lamentado —me incorporo—. Y, además, no me hubiera servido de nada decirlo.

—Hablando de decirlo, ¿se lo contaste a tus abogados al menos?

—A nadie. Justo al final, tuve la sensación de que quizá Sandy lo supiera. Una noche me habló de llamar a Barbara a declarar y me di cuenta claramente de que en realidad no tenía el mínimo interés en hacerlo. El joven Kemp también tenía alguna noción. Sabía que había algo raro en los listados de la compañía de teléfonos. Pero yo nunca les hubiera puesto en ese aprieto de verse obligados a elegir entre mi mujer y yo. No quería que me defendieran de esa manera. No hubiera podido soportar ver cómo separaban a mi hijo de su madre. Y, además de eso, nunca hubiera colado. Si de verdad Barbara planeó todo esto, Lip, también ella debía saberlo. Nico hubiera tenido un bonito argumento si yo me hubiera levantado a acusar a mi mujer. Hubiera proclamado que éste es el crimen perfecto. Un matrimonio infeliz. Un fiscal que conoce el sistema desde dentro. Un tipo que se ha convertido en un misógino. Que desprecia a Carolyn. Que odia a su mujer. Pero que ama a su hijo. Si él y su mujer se separaran, perdería su custodia. Hubiera afirmado que lo había planeado así. Para que pareciera que era ella quien lo había preparado. Hasta que llegué a arreglar lo del vaso con su huella o inyectar el espermicida. Quizá llegara a decir que me servía de Barbara como tabla de salvación, la persona a quien yo quería ver arrestada por este hecho, en caso de que todo este castillo de naipes cayera sobre mí. Hay muchos jurados que se habrían tragado esa historia.

—Pero no es verdad —dice Lip.

Le miro. Sé que le he vuelto a dejar solo, flotando en las etéreas regiones de la incredulidad.

—No —le digo—, no es verdad.

Pero existe esa incertidumbre, ese breve instante de duda. ¿Qué es peor? ¿Saber la verdad o encontrarla, decirla o ser creído?

ALEGATO FINAL

Cuando Raymond me llamó le dije que la idea era absurda.

—Rehabilitación instantánea —dijo.

—Es imposible —contesté.

—Rusty —replicó—, da una oportunidad a una conciencia culpable.

No estaba seguro si se refería a sí mismo o a todo el Condado de Kindle. Insistió en que eso era algo que podía suceder y, por fin, le dije que si todo podía arreglarse lo pensaría seriamente.

En enero, la moción de censura prosperó en el Ayuntamiento, autorizando nuevas elecciones. Bolcarro pudo haberlo impedido pero actuó con una neutralidad recién recobrada. Nico luchó activamente para retener su puesto y estuvo a punto de conseguirlo. Despidió a Tommy Molto unas dos semanas antes, pero varios líderes de la ciudad incluidos Raymond, Larren y el magistrado Mumphrey se pusieron en contra suya y Della Guardia fue derrotado por un margen de dos mil votos. No se ha dado por vencido. Va a presentarse a las municipales por el South End, y calculo que las ganará.

Bolcarro creó una comisión de ciudadanos de la que Raymond formaba parte para que hicieran un informe sobre el nuevo fiscal general. Eso fue lo que le impulsó a llamarme. Los rumores apuntaban hacia Mac, pero ella se negó a abandonar el estrado. Raymond me prometió que los periódicos habían tanteado la opinión y recibiría el apoyo de todos. No pude pensar en ninguna razón para negarme. El 28 de marzo, a sólo tres días del aniversario de la muerte de Carolyn Polhemus, fui nombrado fiscal general del Condado de Kindle.

Acepté el cargo con la condición de que no me presentaría a la reelección. El alcalde me ha dicho en un par de ocasiones que cree que sería un excelente magistrado, pero no lo ha puesto por escrito, todavía. De momento, disfruto con mi trabajo. Los periódicos me llaman «el fiscal en funciones». Mis relaciones con muchos colaboradores tienen sus más y sus menos, pero no me resulta más desagradable en el trabajo que cuando salgo del apartamento a comprar una docena de huevos. Acepté ese hecho cuando decidí que no me iba del Condado de Kindle. No es que sea valiente, ni siquiera cabezota. Es que no creo que iniciar una nueva vida en cualquier otra parte sea más fácil que enfrentarme a lo de aquí. Siempre seré una especie de

pieza de museo. Rusty Sabich. La falacia más grande que jamás se ha visto en el mundo. Le calumniaron, de eso no cabe duda, y después Della Guardia protegió a Molto. Realmente patética, toda la historia. El pobre nunca ha vuelto a ser el mismo.

El asesinato de Carolyn Polhemus permanece desde luego sin resolver. Nadie habla de abrir de nuevo el sumario, y menos estando yo aquí. Además existe una imposibilidad de tipo práctico que impide juzgar a una persona dos veces por el mismo crimen. Hace unos meses apareció un mangante de una prisión local intentando confesar la autoría del hecho. Envié a Lip para que le tomara declaración. Informó inmediatamente al departamento que, en su opinión, no era más que una sarta de embustes.

Voy a Detroit muchos fines de semana. Con mi trabajo actual, me resulta más difícil de lo que preveía, pero cuando yo no puedo ir, Barbara me manda a Nathaniel. Durante mi segundo viaje allá, Barbara sugirió que me quedara con ellos. Una cosa condujo a la otra y, de una forma un tanto peculiar, nos hemos reconciliado. No es probable que ella regrese aquí. Su trabajo parece irle muy bien y, la verdad, creo que agradece estar a cierta distancia de mí y de los recuerdos. Ninguno de los dos tenemos esperanzas de que este apañó dure. Antes o después la euforia sucumbirá y uno de los dos encontrará a otra persona. Cuando lo pienso, pido que sea una mujer unos cuantos años más joven que yo. Me gustaría tener otro hijo. Pero eso es algo que nadie puede planear. De momento, Nat parece obtener cierto consuelo en el hecho de que su madre y yo sigamos casados, no divorciados.

A veces, lo admito, todavía pienso en Carolyn. No con aquella loca añoranza, ni aquella fijación absurda. Supongo que, por fin, ha encontrado su lugar de descanso. Pero la experiencia me desconcierta: sigo preguntándome qué era lo que buscaba en Carolyn. Por qué era tan apremiante. En el fondo debía tener algo que ver con mi sensación del tormento, de las agonías que la agitaban. Ese legado de dolor se manifestaba abiertamente en su dureza, su fastidio y su ardiente oratoria en los tribunales en defensa de los semejantes de Wendell McGaffen, de los agredidos y los humillados. Era una persona que también había sufrido enormemente y que proclamaba en todos los aspectos visibles haber triunfado sobre todo su dolor. Pero no era verdad. Era tan imposible para ella dejar atrás el terrible lastre del pasado como para los héroes griegos volar cerca del Sol. ¿Significa esto que es imposible para todos nosotros?

Fui tras Carolyn. Una parte de mí sabía que éste era un gesto

desgraciado. Tendría que haber reconocido su turbulenta vanidad, la pobreza que aquejaba su espíritu. Tenía que haber sabido que lo que ofrecía no era más que un espejismo. Sin embargo, me fascinó la leyenda que había creado en torno a sí misma. La gloria. El atractivo. El valor. Su intencionado encanto. Volar por encima de este oscuro mundo de angustia, este negro universo de dolor. Siempre seguiré luchando por huir de la oscuridad. Fui tras Carolyn. La adoré como el lisiado y el paralítico adoran al santo que hace milagros. Sin embargo, yo quería con un furioso abandono, con un desafiante deseo, quería lo máximo: la exultación, la pasión y el momento, el fuego, la luz. Fui tras Carolyn. Con esperanza. Eterna esperanza.

—oo0oo—

notes

Notas a pie de página

¹ Corrupción fonética de la primera parte del apellido de Nico Della Guardia, que se convierte así en «tardón» (N. del T.)

² Un juego de azar de origen sudamericano, especie de lotería. (N. del T.)

³ En América, mestizo con un octavo de sangre negra. (N. del T.)